Akal Clásicos de la Literatura

H. P. Lovecraft

La llamada de Cthulhu y otras historias

Edición de
Leslie S. Klinger

LA LLAMADA DE CTHULHU Y OTRAS HISTORIAS

H. P. LOVECRAFT

Edición, Introducción y notas de: Leslie S. Klinger
Traducción de los textos de Lovecraft: Equipo editorial, Axel Alonso Valle y Lucía Márquez de la Plata
Traducción de las entradillas y notas: Alfonso García Fernández

akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

La llamada de Cthulhu y otras historias, contiene una selección estrictamente personal de su editor, Leslie S. Klinger, de diez de los mejores relatos cortos de H. P. Lovecraft. El genio de Providence concibió civilizaciones y dioses más antiguos que la historia humana, los mitos de Cthulhu, bautizados así en honor de su criatura monstruosa más famosa, oculta en el fondo del océano. «Dagon», uno de sus primeros cuentos, y «La llamada de Cthulhu», son relatos protagonizados por ese ser monstruoso y maloliente. «El horror de Dunwich» es otra popular «historia de monstruos», en la que unos científicos se enfrentan a una criatura invisible de otra dimensión. En un tono más de ciencia ficción que terrorífico, «En la noche de los tiempos» y «El morador de las tinieblas» son cuentos en los que sus protagonistas descubren de forma inesperada la enormidad del universo, lo que les acarreará consecuencias inimaginables. «La sombra sobre Innsmouth» es el mejor de sus relatos acerca de los peligros de sacar a la luz un pasado que es mejor ignorar. «El color que surgió del cielo» y «La música de Erich Zann» eran dos de los relatos favoritos de Lovecraft. El primero narra el encuentro con una entidad extraterrestre; en el segundo, el músico Zann es atormentado por monstruos que viven en dimensiones fuera de nuestro universo material, y le inspiran para una pieza de violín de una hermosura irreal. Finalmente, se incluyen dos de sus historias más emblemáticas, donde salen a la luz sus demonios internos: «El extraño» y «Las ratas de las paredes».

Howard Phillips Lovecraft (Providence, Rhode Island, 1890-1937) fue un escritor controvertido y extravagante, cuyas obras cambiaron para siempre el género de terror y la ciencia ficción. Tras una infancia difícil, marcada por la trágica muerte de su padre en un centro psiquiátrico, su educación recayó sobre su madre -una puritana ultraconservadora-, sus dos tías y su abuelo, quien tenía una gran biblioteca donde leyó con profusión mitología, astronomía y ciencias, y también la obra de Lord Dunsany, Edgar Allan Poe y Arthur Machen. La mayor parte de sus obras fue publicada en la revista *Weird Tales*. Mantuvo una relación epistolar con multitud de admiradores y amigos, y escribió alrededor de cien mil cartas. La mayor originalidad de Lovecraft reside en la creación de una compleja y personal mitología monstruosa en el centro de la cual están los *old ones*, divinidades horribles expulsadas de la Tierra en los tiempos prehistóricos y en lucha para tomar posesión de ella. Estos seres

aparecen en cuentos como «Las ratas en las paredes» (1924), «La llamada de Cthulhu» (1926) y «El horror de Dunwich» (1927), y en novelas como *El caso de Charles Dexter Ward* (1927). Tal mitología se enriqueció con divinidades menores, y se sostuvo con el recurso de crear libros ficticios malditos, como el *Necronomicón*. Otras obras importantes fueron *En las montañas de la locura* (1931) y «La sombra sobre Innsmouth» (1936). Lovecraft murió de cáncer intestinal el 15 de marzo de 1937, sumido en la pobreza y el anonimato.

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Ilustración de cubierta: *Cthulhu,* de Tavo Montañez

Los diez relatos de H. P. Lovecraft que conforman esta edición han sido extraídos de: *H. P. Lovecraft. Edición anotada*, Leslie S. Klinger (ed.), Alan Moore (intro.), Madrid, Akal, 2017; y de *H. P. Lovecraft. Más allá de Arkham. Edición anotada*, Leslie S. Klinger (ed.), Victor LaValle (intro.), Madrid, Akal, 2019.

Título original
The Call of Cthulhu and Other Storier

© Ediciones Akal, S. A., 2023

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-5355-2

Fotografía de H. P. Lovecraft de 1934.

INTRODUCCIÓN

No está muerto lo que puede yacer eternamente,
y con eones extraños aun morir puede la muerte.

¿Qué significado esconde este pareado? Howard Phillips Lovecraft escribió estos versos en 1921 y su fascinación por ellos fue tal que volvió a emplearlos cinco años más tarde[1]. El misterio que los rodea es, en cierto modo, el mismo misterio que envuelve gran parte de la vida y obra de su autor. Lovecraft nació en 1890 en Providence, Rhode Island, el mismo lugar donde murió a los cuarenta y siete años. Durante toda su vida fue ignorado por el mundo de las letras norteamericanas, puesto que su obra tan solo era conocida por un pequeño grupo de lectores de revistas *pulp*[2]. Basándose en estas circunstancias, algunos estudiosos han convertido a Lovecraft en una especie de ermitaño, un retrato que resulta ciertamente exagerado. Vivió en Nueva York durante dos infelices años previos a su fracaso matrimonial, entre 1924 y 1926, plegándose a los deseos de su esposa, Sonia Green. Y aunque a partir de entonces pasara el resto de su vida en Providence, viajó en numerosas ocasiones por toda la costa este de Estados Unidos. Además, cultivó un gran -enorme incluso- círculo de amistades por correspondencia; Lovecraft escribió decenas de miles de cartas a sus amigos y colegas, y participaba activamente en el mundillo de la prensa *amateur*. Publicó 13 números de su propio diario, *The Conservative*, entre 1915 y 1923, y con frecuencia colaboraba en otras revistas de aficionados contribuyendo con sus historias, por las que no recibía remuneración alguna.

Hacia mediados de la década de los veinte, Lovecraft había escrito docenas de cuentos, pero no había vendido ninguno. Finalmente, su trabajo comenzó a aparecer en las revistas *pulp*, publicaciones baratas enfocadas a un público de nicho que pagaban muy poco a los autores. Encontró su lugar en *Weird Tales* -de hecho, era el autor favorito de los lectores-, pero se vio obligado a complementar sus magros ingresos trabajando como editor, revisando los trabajos de otros escritores de inferior talento y escribiendo algún que otro relato que se publicaría bajo pseudónimo. Aunque varias de sus historias aparecieron en

diversas antologías, únicamente publicó un libro, *The Shadow over Innsmouth* («La sombra sobre Innsmouth») en 1936, una edición de escasa calidad y pésima difusión que únicamente contenía la historia que da título al volumen. En 1933 Lovecraft se evaluaba como escritor con estas palabras:

> Resulta cada vez más evidente que si poseo algún talento literario, este se ve limitado a la redacción de relatos sobre la vida onírica, presencias extrañas y «entidades» cósmicas, a pesar de mi marcado interés en muchos otros aspectos de la vida y de poseer experiencia profesional escribiendo y revisando tanto prosa como poesía. Desconozco la razón de esta circunstancia. No albergo ilusiones acerca de la escasa reputación de mis relatos, y no espero llegar a convertirme en un digno competidor de mis autores favoritos de la literatura de lo extraño[3].

Evidentemente, Lovecraft se equivocaba acerca de sus méritos literarios, pero ¿qué ocurrió para que, finalmente, su obra emergiera de las tinieblas? La respuesta hemos de hallarla en la devoción que le profesaban sus amigos y colegas. Tras su muerte, dos jóvenes pupilos, August Derleth y Donald Wandrei se entregaron a la labor de recopilar y publicar su legado literario. Centraron sus esfuerzos en lograr que la obra de Lovecraft fuese analizada de modo riguroso y los resultados fueron inmediatos: el mundo literario comenzó a prestarle atención. No a todo el mundo le gustó su estilo; Edmund Wilson, un crítico enormemente influyente, detestaba los numerosos epítetos que Lovecraft empleaba profusamente y consideraba que sus historias, «propias de un juntaletras», no deberían haber salido de las revistas *pulp*. Sin embargo, otros sí que supieron apreciar la potencia de sus relatos, y, hacia la década de los setenta, la mayor parte de la obra de ficción de Lovecraft se había publicado ya en formato libro, alcanzando un amplio espectro del público.

Lovecraft provocó un impacto enorme en las posteriores generaciones de escritores y lectores. Su círculo de amistades incluía autores *pulp* como Clark Ashton Smith, Robert E. Howard y Fritz Leiber, cuyas historias se veían claramente influenciadas por su estilo. Entre las recientes generaciones de escritores profundamente impresionados por sus lecturas juveniles de la obra de Lovecraft se encuentran Stephen King, Neil Gaiman, Robert Bloch, Peter Straub, Joyce Carol Oates, Ramsey Campbell, Thomas Ligotti y Harlan Ellison. Incluso Hollywood descubrió finalmente a Lovecraft, con adaptaciones como *Color Out of Space* (Richard Stanley, 2019), la serie de *Re-Animator* (*Re-Animator*, Stuart Gordon, 1985; *Bride of Re-Animator*,

Brian Yuzna, 1989; *Beyond Re-Animator*, Brian Yuzna, 2003) y la muy lovecraftiana *La cosa* (*The Thing*, John Carpenter, 1982). Sus abominables creaciones han penetrado en la cultura popular y la sociedad de consumo, desde la música popular hasta las pegatinas para parachoques, desde los muñecos de peluche hasta la decoración navideña.

Como descubrirá el lector al internarse en esta antología, Lovecraft no se limitaba a escribir la misma historia una y otra vez. En sus primeros años imitaba los temas macabros y los finales sorprendentes de Edgar Allan Poe. Evolucionó hacia el relato onírico, que más tarde calificó como «dunsaniano» en referencia a la ficción fantástica elaborada por el autor angloirlandés, Lord Dunsany[4]. Asimismo, Lovecraft experimentó con la ciencia ficción en un momento en el que el género aún se encontraba en pañales. Hasta que, finalmente, halló el tema que unificaba y daba cohesión a su obra, lo que él llamaba «el horror cósmico».

Siendo joven, Lovecraft fue un ávido estudiante de astronomía. Creía que la ciencia abriría nuevos horizontes que nos mostrarían lo insignificante que era la humanidad en el gran esquema de las cosas y la indiferencia del universo ante nuestra existencia, sumiendo a los seres humanos en un estado de terror existencial. Aunque probablemente no lo afirmase en serio, especuló con la idea de que los seres humanos no habíamos sido los primeros en poblar la Tierra. Concibió civilizaciones y dioses más antiguos que la historia humana, concepto que adquirió una enorme popularidad. Hoy en día dicho concepto se conoce como los Mitos de Cthulhu, bautizados así en honor de su criatura monstruosa más conocida, existiendo docenas -incluso cientos- de historias escritas por diversos autores que se han atrevido a explorar este parque de atracciones galáctico. Hasta tal punto que la ficción lovecraftiana ha acabado por convertirse en toda una industria, tanto que, no hace mucho, George R. R. Martin, el autor de *Canción de Hielo y Fuego*, la base literaria de la serie televisiva *Juego de Tronos*, ofreció una beca destinada a escritores que estuvieran elaborando este tipo de material.

* * *

Probablemente Howard Lovecraft no era un hombre feliz. Sus dos padres murieron en el Hospital Butler para Enfermos Mentales, el manicomio de Providence. Su padre, Winfield Scott Lovecraft, ingresó cuando Howard solo tenía tres años y murió cinco años más tarde. Su madre, Sarah Susan Phillips Lovecraft, se mudó a casa de sus padres (donde aún vivían sus hermanas), pero fue recluida cuando Howard tenía veintinueve años, muriendo dos años después. Desde entonces, y

con la excepción de los años vividos en Nueva York, Lovecraft residió únicamente en Providence. En 1933 se mudó con la última superviviente de su familia, la hermana menor de su madre, Annie Gamwell, con quien se había criado, feliz de vivir al fin en una casa colonial, cosa que solo pudo lograr compartiendo los gastos con su tía[5].

A partir de sus escritos se puede inferir que Lovecraft sentía un profundo terror a sufrir una enfermedad mental, tal como les había ocurrido a sus padres. Su fascinación por la locura es evidente si atendemos a historias como «El extraño», «Las ratas en las paredes», «La cosa en el umbral» y *El caso de Charles Dexter Ward*. Asimismo, resulta incuestionable que sentía una profunda aversión por todo aquel que no fuese blanco y de Providence. Por supuesto, Lovecraft no provenía de la aristocracia de Nueva Inglaterra -«hidalgo pobre» sería la descripción que mejor se ajustaría a la circunstancia económica y social de su familia-, pero despreciaba y aborrecía a los inmigrantes. Odiaba al populacho de Nueva York y detestaba el hecho de que la gente de color que conocía lograra el éxito, mientras que él seguía siendo un fracasado. Más adelante, llegó a abrazar la eugenesia, y aunque no abogaba por el exterminio de la población de color, apoyaba las políticas de Hitler sobre la segregación racial. Desgraciadamente, este racismo asoma en algunas de sus historias, por lo que resulta imposible separar la obra de su autor.

Sin embargo, aun condenando su racismo y sus opiniones políticas, ello no implica que debamos negarnos a leer sus relatos. Sus escritos reflejan de forma poderosa la sensación de que todos somos «extraños» en el universo. En «El extraño», el narrador se describe como «alguien que no pertenece a este siglo». Esta acuciante sensación de alienación es el tema sobre el que giran los mejores relatos y novelas de Lovecraft y que, muy probablemente, representaba su forma de entender el lugar que ocupaba en el mundo. Una y otra vez, los narradores de sus cuentos descubren que su pasado, su identidad y sus circunstancias vitales no son los que creían que eran. Este impacto -este breve atisbo de lo que se esconde tras el telón de lo real- es el verdadero horror que deja aturdidos tanto al narrador como al lector.

Seleccionar los mejores relatos de Lovecraft es una tarea desafiante, en gran medida a causa de lo variado de sus historias. Descarté inmediatamente dos de sus mejores obras, *El caso de Charles Dexter Ward* y *En las montañas de la locura*, por cuestiones de extensión. Y de sus relatos breves, elegí aquellas historias que resultaran más originales e influyentes, presentándolas en el mismo orden en que fueron escritas[6]. Se trata de una selección estrictamente personal, con lo que el lector podrá formarse su propia opinión acerca de mi criterio, e, inevitablemente, surgirán objeciones sobre la

inclusión o no de este o aquel relato. Para este lector insatisfecho, le recomiendo los dos volúmenes de mi *H. P. Lovecraft. Edición anotada*, que incluye 57 relatos.

Ciertas elecciones, las más populares, resultaban obvias, pero otras no tanto, como es el caso de «Dagon», uno de los primeros cuentos de Lovecraft, que, aun no siendo tan conocido como «La llamada de Cthulhu», fue la primera de sus historias en la que aparecía una deidad monstruosa oculta en el fondo del océano. Ambos relatos acabaron formando parte de los Mitos que se desarrollaron alrededor de la obra de Lovecraft, y los nombres de las criaturas que en ellos aparecen han acabado por convertirse en auténticos iconos. «El horror de Dunwich» es otra popular «historia de monstruos» en la que unos científicos de la Universidad de Miskatonic inventada por Lovecraft se enfrentan a una criatura invisible de otra dimensión. En un tono más de ciencia ficción que terrorífico, tanto «En la noche de los tiempos» como «El morador de las tinieblas» son cuentos de madurez en los que sus protagonistas, personas racionales y materialistas, descubren de forma inesperada la enormidad del universo, lo que les acarreará consecuencias inimaginables que cambiarán sus vidas. «La sombra sobre Innsmouth» es el mejor de sus relatos acerca de los peligros de sacar a la luz un pasado que es mejor ignorar.

«El color que surgió del cielo» -adaptado a la gran pantalla en 2019- y «La música de Erich Zann» eran dos de los relatos favoritos de Lovecraft. El primero es un clásico temprano de la ciencia ficción, un cuento que narra el encuentro con una entidad extraterrestre; el segundo es una historia evocadora y onírica sobre el poder de la música. Finalmente, se incluyen dos de las historias más emblemáticas de Lovecraft, donde salen a la luz sus demonios internos; «El extraño» y «Las ratas en las paredes». La deliberada ambigüedad de estos relatos resulta fundamental en su construcción del momento terrorífico: ¿son reales los acontecimientos narrados o son producto de la imaginación del narrador?

Los relatos de Lovecraft han sido celebrados, desacreditados, estudiados, anotados y, finalmente, consagrados en el panteón de las letras norteamericanas. Nos revelan aspectos secretos del universo que nunca hubiéramos imaginado que existieran. Si experimentas un escalofrío al leerlos, oh, afortunado lector, has de saber que existen aún más historias por descubrir. Y si tu corazón no puede soportar la impresión, siempre puedes cerrar el libro…

Leslie S. Klinger, abril de 2021

CRONOLOGÍA

1890: Howard Phillips Lovecraft nació el 20 de agosto a las 9 de la mañana en Providence, capital del Estado de Rhode Island. H. P. fue el hijo único de Winfield Scott Lovecraft, representante de ventas de la Gorham Silver Company, dedicada al comercio de la plata, metales preciosos y joyería, y de Sarah Susan Phillips.

1893-1898: Con casi tres años, su padre sufrió una crisis nerviosa en la habitación de un hotel de Chicago. Le ingresaron en el Butler Hospital, centro psiquiátrico de Providence, y fue incapacitado legalmente debido a una serie de trastornos de índole neurológico. A partir de ese momento y durante los cinco años siguientes, permaneció ingresado, donde murió en 1898. Con su muerte, la educación del niño recayó sobre su madre, sus dos tías, Lillian Delora Phillips y Annie Emeline Phillips, y, en especial, sobre su abuelo materno, Whipple van Buren Phillips.

1899: Su falta de perseverancia y de salud hicieron que Lovecraft no asistiera al colegio hasta los ocho años y tuvo que dejarlo después de un año. Durante su absentismo escolar, leía con voracidad los libros de la rica biblioteca de su abuelo. Adquirió conocimientos de química y astronomía, de historia y de mitología.

1903: Regresó a la escuela pública Hope Street, donde cursó dos años y medio en la educación secundaria, hasta que abandonó definitivamente los estudios.

1904: Falleció su abuelo materno, Whipple van Buren Phillips, afectando sobremanera al joven Lovecraft. La mala gestión de las propiedades y del dinero familiar dejó a la familia en tan malas condiciones económicas que se vieron obligados a mudarse. Lovecraft quedó tan afectado por la pérdida de su abuelo y la casa que le vio nacer, que consideró el suicidio durante un tiempo. Incluso dejó de asistir a la escuela durante un año.

1905: A los quince años escribió su primer relato como tal, «La bestia en la cueva», imitación de los cuentos de horror góticos. A los dieciséis, escribió una columna de astronomía para el *Providence Tribune*.

1906: El *Providence Journal* publicó una carta suya en la que, como

materialista científico, rechazaba abiertamente la astrología. A esta publicación le siguieron varias otras en diarios semanales de Rhode Island y Providence. Para su regreso a la escuela, estas columnas ya le habían dado cierta fama entre sus compañeros y maestros.

1908: Antes de su graduación, sufrió un colapso nervioso y no recibió su diploma. S. T. Joshi, biógrafo de Lovecraft, sugiere que pudo deberse a sus dificultades con las matemáticas, una materia que necesitaba dominar para convertirse en astrónomo profesional. Este fracaso en su educación -Lovecraft quiso estudiar en la Universidad de Brown- fue una fuente de vergüenza y desilusión hasta el final de sus días.

1908-1913: Se dedicó principalmente a la poesía, pero fue entonces cuando Lovecraft descubrió la literatura gótica de Edgar Allan Poe y escribió algunos relatos de ficción fuertemente influenciado por este autor, en especial, por su cuento «El corazón delator». Vivía como un ermitaño y apenas tenía contacto con el mundo exterior, a excepción de su madre y de sus tías.

1914: Las columnas de opinión de Lovecraft en la revista *Argosy*, quejándose sobre lo insípido de las historias de amor de uno de los escritores más populares de la publicación, Fred Jackson, llamaron la atención de Edward F. Daas, presidente de la United Amateur Press Association (UAPA), que le invitó a unirse a ellos. La UAPA infundió un nuevo vigor a Lovecraft, sacándole de su voluntaria reclusión e incitándole a contribuir con sus poemas y ensayos. Un tiempo después, se convirtió en presidente de la UAPA, e incluso llegó a ser presidente interino de la National Amateur Press Association (NAPA), la rival de la UAPA, desde 1922 a 1923.

1919: Vio la luz «Dagón», su primer trabajo publicado de forma profesional, apareciendo en *Weird Tales* en 1923. Sobre esta época, comenzó a formarse poco a poco una enorme red de admiradores y amigos, entre los que se encontraban Robert Bloch, Clark Ashton Smith y Robert E. Howard. La extensión y frecuencia de sus misivas con esas amistades lo convirtieron en uno de los más prolíficos escritores del género epistolar. A lo largo de su vida, Lovecraft escribió alrededor de cien mil cartas.

1921: La muerte de su madre le supuso una fuerte conmoción, ya que ocurrió tras una larga enfermedad. Lovecraft adoraba a su madre y, cuando esta murió, él contaba con 31 años. La muerte de su madre y el agotamiento de lo poco que quedaba de la riqueza familiar le obligaron a trabajar en pequeños encargos como «negro» (*ghost writer*) y corrector de estilo para escritos de otros autores. Gracias a este tipo de trabajos conoció a muchos de los que después formarían el llamado Círculo de Lovecraft, entre ellos Robert E. Howard, Clark Ashton Smith, Robert Bloch, Frank Belknap Long, August Derleth y otros más.

Dos meses después de la muerte de su madre, Lovecraft acudió a una convención de escritores aficionados en Boston, donde conoció a Sonia H. Greene, una mujer independiente, propietaria de una tienda de sombreros y escritora aficionada en la UAPA.

1922: Escribe «La tumba».

1924: Sonia y H. P. se casaron y se mudaron a Brooklyn. Inicialmente Lovecraft quedó embelesado con Nueva York, pero pronto la pareja se vio inmersa en dificultades económicas. Sonia perdió su tienda y Lovecraft no conseguía encontrar un trabajo. Se sumaron los problemas de salud de su esposa, que tuvo que mudarse a Cleveland debido a un empleo que le surgió, mientras él se quedaba en el barrio Red Hook de Brooklyn, donde comenzó a sentir una profunda aversión por la vida neoyorquina. Escribe «Las ratas en las paredes».

1925: Escribe «La música de Erich Zann».

1926: Aun viviendo separadamente, acordaron un divorcio amigable, aunque nunca se llevó a cabo.

1927: Volvió a convivir con sus tías durante los años siguientes en Providence. Allí es donde se ve superado por la sensación de fracaso que lo invade, abandonándose a la soledad y la frustración. En estos fructíferos años escribió la gran mayoría de sus obras más conocidas, como «La llamada de Cthulhu» (1926), «El horror de Dunwich» (1927), «El modelo de Pickman» (1927), «En las montañas de la locura» (1931) o *El caso de Charles Dexter Ward*, compuesta en 1927, pero que no vio la luz hasta 1941, publicadas en revistas *pulp* como *Weird Tales* y *Analog Science Fiction and Fact.*

1932: Su querida tía, la señora Clark, murió, y Lovecraft se vio obligado a mudarse en 1933 a una pequeña habitación de alquiler con su otra tía, la señora Gamwell.

1936: Su íntimo amigo Robert E. Howard, al que nunca llegó a conocer en persona, se suicidó el 11 de junio, dejándolo profundamente apenado. Escribe «La sombra sobre Insmouth».

Las últimas obras de Lovecraft fueron incrementándose en longitud y en complejidad, lo que dificultaba la venta en las revistas *pulp*. Debido a ello, se vio en la necesidad de volver a trabajar como «negro» para otros autores como en «El diario de Alonzo Typer» (1938) de William Lumley, «El montículo» (1940) de Zealia Bishop y «Muerte alada» (1940) de Hazel Heald, asimismo en poesía y otros estilos literarios.

1937: Durante su último año de vida, sus cartas estaban llenas de alusiones a sus malestares y dolencias. A finales de febrero, cuando contaba con 46 años, ingresó en el hospital Jane Brown Memorial, de Providence. Allí murió a primeras horas de la mañana del 15 de marzo

de 1937 de cáncer intestinal.

Fue enterrado tres días después en el panteón de su abuelo Phillips en el cementerio de Swan Point; aunque su nombre está inscrito en la columna central, ninguna losa señala su tumba. Muchos años después de su muerte, en la lápida que le erigió un grupo de aficionados, puede leerse una línea tomada de una de los miles de cartas que escribió a sus corresponsales: «Yo soy Providence».

LA LLAMADA DE CTHULHU Y OTRAS HISTORIAS

DAGÓN[7]

«[…] finalmente me vi libre y a la deriva […]».
Weird Tales 2/3 (octubre de 1923)
Ilustración de William F. Heitman

«Dagón» es el primer cuento que Lovecraft publicó de forma profesional y en él ya se pueden reconocer los elementos fundamentales de lo que luego se vendrían a llamar los Mitos de Cthulhu: criaturas de tiempos

inmemoriales, civilizaciones más antiguas que la propia humanidad y una atmósfera de inminente fatalismo, todo ello relatado por un narrador sometido a una terrible experiencia que apenas es capaz de describir. Posteriormente, Lovecraft definiría el argumento de este relato como «un encuentro con lo innombrable», innombrable que, paradójicamente, bautizó con el nombre de Dagón.

* * *

Estoy escribiendo esto bajo una considerable tensión mental, dado que esta noche mi vida tocará a su fin. En la miseria en que me encuentro, y cerca de agotar mi provisión de la droga que constituye lo único que me hace soportable la existencia, ya no puedo aguantar esta tortura por más tiempo, y me arrojaré desde la ventana de esta buhardilla a la sórdida calle que hay al pie de ella. Que mi condición de esclavo de la morfina no te haga creer que soy un pusilánime o un degenerado. Cuando hayas leído estas páginas garabateadas a toda prisa tal vez podrás vislumbrar, si bien nunca comprender del todo, por qué he de obtener el olvido o la muerte.

Fue en una de las zonas más abiertas y menos frecuentadas del ancho mar Pacífico donde el paquebote del que yo era sobrecargo cayó presa del buque alemán. La Gran Guerra[8] se encontraba entonces en sus inicios, y las fuerzas oceánicas del huno[9] aún no se habían sumido del todo en su posterior degradación[10]; de manera que de nuestra nave se hizo legítimo botín, mientras la tripulación de la que yo formaba parte era tratada con toda la corrección y respeto que nos correspondía como prisioneros navales. Tan laxa, en efecto, resultó ser la disciplina de nuestros captores que cinco días después de haber sido apresados me las ingenié para escapar solo en un pequeño bote con agua y provisiones suficientes para una buena temporada.

Cuando finalmente me vi libre y a la deriva, apenas tenía idea de dónde me encontraba. Dado que nunca había sido un navegante competente, solo pude inferir vagamente por el sol y las estrellas que era algo al sur del ecuador. Desconocía por completo la longitud de mi posición, y no había isla ni línea de costa a la vista. El tiempo era bueno, y durante incontables días floté sin rumbo bajo el sol abrasador, esperando el rescate de algún barco que se cruzara con mi bote, o que las corrientes me arrastrasen a las playas de alguna tierra habitable. Pero no divisé ni barco ni tierra y, en mi soledad, empecé a desesperarme sobre aquel ondeante e inmenso manto azul que lo cubría todo en torno mío.

El cambio se produjo mientras dormía. Nunca conoceré sus detalles exactos, ya que mi sueño, aunque agitado y plagado de pesadillas, no se interrumpió en ningún momento. Cuando por fin desperté, fue para

descubrir que me encontraba medio hundido en una viscosa extensión de inmundo cieno negro que se desplegaba a mi alrededor en monótonas ondulaciones hasta donde alcanzaba la vista, y en el que mi bote se hallaba varado a cierta distancia.

Aunque sería razonable imaginar que mi primera reacción hubiera sido de asombro ante una transformación tan prodigiosa e inesperada del entorno, en realidad me encontraba más horrorizado que maravillado, puesto que el aire y la pútrida tierra tenían un carácter siniestro que me estremecía hasta la médula. La zona hedía con restos de peces en descomposición, y de otras cosas más difíciles de describir que pude ver asomando entre el repugnante fango de aquella planicie sin fin. Quizá no debiera albergar la esperanza de poder transmitir con simples palabras el espanto inenarrable que es posible encontrar en un silencio absoluto y una inmensidad baldía. No había nada al alcance del oído, ni tampoco de la vista, excepto aquel vasto cenagal negro; no obstante, la misma rotundidad de la calma y homogeneidad del paisaje me oprimían con un miedo nauseabundo.

El sol fulgía implacable en un cielo que me parecía casi negro en su crueldad desprovista de nubes, como si reflejase el alquitranado lodo bajo mis pies. Mientras me arrastraba hasta el bote varado, caí en la cuenta de que solo una teoría podía explicar mi situación: a través de algún tipo de levantamiento volcánico[11] sin precedentes, una parte del lecho oceánico debía de haber sido proyectado hasta la superficie, exponiendo regiones que durante innumerables millones de años habían permanecido ocultas a profundidades insondables bajo el mar. Tan gigantesca era la extensión de nueva tierra que había emergido debajo de mí que me era imposible detectar ni el más mínimo rumor procedente del palpitante océano, por mucho que me esforzase. Tampoco había ninguna ave marina alimentándose de los despojos entre el cieno.

Estuve varias horas sentado, pensando o cavilando en el interior del bote, el cual descansaba sobre uno de sus costados y proporcionaba un poco de sombra mientras el sol se desplazaba por el cielo. Al avanzar el día, el terreno perdió parte de su carácter pegajoso, dando la impresión de que seguramente en poco tiempo estaría lo suficientemente seco como para abandonar el lugar a pie. Esa noche casi no dormí, y al día siguiente metí comida y agua en una mochila, en preparación de un viaje por tierra en busca del desaparecido océano y un posible rescate.

A la tercera mañana, comprobé que la tierra se había secado lo suficiente como para poder caminar sobre ella con facilidad. El olor a pescado era enloquecedor, pero me encontraba demasiado preocupado por cuestiones más serias como para que me importase un mal tan menor, así que emprendí la marcha de manera audaz hacia un destino

incierto. Durante toda la jornada avancé sin cesar hacia el oeste, guiado por un montículo lejano que se elevaba a mayor altura que cualquier otra elevación del ondulante desierto. Aquella noche acampé y, al día siguiente, seguí viajando en dirección al montículo, a pesar de que el objeto apenas parecía encontrarse más cerca que la primera vez que lo había divisado. Al atardecer alcancé la base del montículo, que resultó ser mucho más alto de lo que había parecido desde la lejanía, pues un valle intermedio acentuaba su relieve respecto a la superficie general. Demasiado cansado como para iniciar la ascensión, me eché a dormir a la sombra de la colina.

No sé cuál fue el motivo de que esa noche tuviera sueños tan delirantes, pero antes de que la menguante y fantásticamente gibosa[12] luna se hubiese elevado muy por encima de la llanura oriental, desperté bañado en un sudor frío, y decidido a no dormir más. El tipo de visiones que me habían asaltado eran demasiado horribles como para soportarlas de nuevo. Y bajo el resplandor de la luna vi lo poco sensato que había sido viajar de día. Sin el cegador azote de los rayos del sol, mi viaje habría resultado menos agotador; de hecho, me sentí entonces con sobradas fuerzas para emprender el ascenso que me había disuadido de continuar a la caída de la tarde. Tras recoger mi mochila, empecé a trepar hacia la cima del promontorio.

He mencionado antes que la monotonía ininterrumpida de la ondulante llanura me provocaba una vaga sensación de horror, pero creo que sentí uno aún mayor cuando coroné el montículo y mi mirada descendió por el lado contrario hasta una sima o cañón de dimensiones descomunales, cuyas oscuras hendiduras la luna todavía no había iluminado, al no encontrarse a suficiente altura en el cielo nocturno. Me sentí en el fin del mundo, asomado a un caos insondable de noche eterna. Por mi aterrorizada mente pasaron fugaces reminiscencias de *El paraíso perdido*, y del espantoso ascenso de Satanás a través de los reinos informes de las tinieblas[13].

A medida que la luna se fue elevando en el cielo, comencé a ver que las laderas de la depresión no eran tan verticales como había imaginado. Había en ellas cornisas y afloramientos de roca que proporcionaban asideros relativamente accesibles para efectuar un descenso, y tras una caída de cien metros escasos el declive se reducía enormemente. Apremiado por un impulso que me veo incapaz de analizar de manera precisa, bajé con dificultad por las rocas y me detuve al llegar a la suave pendiente inferior, mientras contemplaba las profundidades estigias[14] donde la luz aún no había penetrado.

De inmediato, captó mi atención un objeto inmenso y singular en la ladera opuesta, que se alzaba abruptamente a unos cien metros delante de mí; un objeto que relucía pálidamente bajo los rayos de la luna ascendente que acababan de posarse sobre él. No tardé en

convencerme de que se trataba simplemente de una piedra gigantesca, pero era consciente de una clara impresión de que su contorno y situación no eran totalmente obra de la naturaleza. Un escrutinio más detenido me llenó de sensaciones que no puedo expresar; ya que, pese a su enorme magnitud y su ubicación en una sima que se abría en el fondo del mar desde la primera edad del mundo, advertí sin ningún género de duda que el extraño objeto era un monolito perfectamente tallado cuya pesada mole había conocido el trabajo y quizá la adoración de criaturas vivientes y pensantes[15].

Aturdido y asustado, pero sintiendo aun así una cierta emoción gozosa como la que habría invadido a un científico[16] o arqueólogo, escudriñé lo que me rodeaba con mayor atención. La luna, cercana ya al cenit, brillaba de forma extraña e intensa sobre las imponentes paredes de roca que circundaban el abismo, y reveló entonces el hecho de que una larga masa de agua fluía en el fondo de este último, serpenteando en ambas direcciones hasta perderse de vista, y casi rozando mis pies en la pendiente donde me hallaba. Al otro lado de la sima, las pequeñas ondas del agua bañaban la base del ciclópeo[17] monolito, en cuya superficie podía ahora distinguir inscripciones y esculturas de burda manufactura. Las primeras pertenecían a algún sistema de jeroglíficos desconocidos para mí, y distintos a cualquier cosa que hubiera visto jamás en los libros; estaban compuestos en su mayor parte de estilizados símbolos acuáticos como peces, anguilas, pulpos, crustáceos, moluscos, ballenas y otros similares. Varios de los caracteres representaban de modo evidente seres marinos no descubiertos aún por el mundo moderno, pero cuyas formas en descomposición había observado en la planicie emergida[18].

Sin embargo, eran las tallas figurativas las que más cautivado me tenían. Claramente visibles al otro lado de la barrera acuosa a causa de su enorme tamaño, había una serie de bajorrelieves cuyo contenido habría despertado la envidia de un Doré[19]. Creo que supuestamente representaban hombres -o algún tipo de hombres, al menos-; aunque los seres aparecían retozando cual peces en las aguas de alguna gruta submarina, o rindiendo homenaje en algún santuario monolítico que parecía encontrarse también bajo las olas. De sus rostros y formas no me atrevo a hablar en detalle, puesto que su mero recuerdo me hace desfallecer. Grotescos más allá de lo que un Poe o un Bulwer[20] serían capaces de imaginar, resultaban horrendamente humanos en su contorno general, pese a exhibir manos y pies palmeados, labios espantosamente anchos y protuberantes, ojos vidriosos y saltones, y otros rasgos menos agradables aún de recordar. Curiosamente, parecían haber sido cincelados a un tamaño terriblemente desproporcionado en relación con su fondo escénico, ya que uno de aquellos seres se mostraba en pleno acto de matar una ballena

representada solo un poco más grande que él. Observé, tal como he dicho, su naturaleza grotesca y extraño tamaño, pero decidí enseguida que no eran más que los dioses imaginarios de alguna tribu primitiva de pescadores o marineros, cuyo último descendiente había perecido eras antes del nacimiento del primer ancestro del hombre de Piltdown[21] o del Neandertal[22]. Sobrecogido ante este inesperado atisbo de un pasado más allá de la imaginación del antropólogo más osado, me quedé pensativo mientras la luna proyectaba raros reflejos sobre el silencioso canal que tenía frente a mí.

De repente lo vi. Con una leve agitación de las aguas oscuras como único aviso de su salida a la superficie, la cosa apareció ante mis ojos. Enorme y repulsivo, aquel Polifemo[23] se lanzó como un imponente monstruo de pesadilla hacia el monolito, alrededor del cual enganchó sus gigantescos y escamosos brazos, al tiempo que inclinaba su horrenda cabeza y profería ciertos sonidos[24] acompasados. Creo que fue entonces cuando enloquecí.

De mi frenético ascenso por la pendiente y el barranco, y de mi regreso sumido en el delirio hasta el bote varado, poco recuerdo. Me parece que estuve mucho tiempo cantando, y riendo de manera extraña cuando no podía cantar. Conservo reminiscencias de una gran tormenta cierto tiempo después de haber llegado al bote; al menos, sé que oí truenos y otros sonidos que la naturaleza emite únicamente en sus momentos de mayor furia.

Cuando salí de mi ofuscación, me encontraba en un hospital de San Francisco, al cual me había llevado el capitán del barco estadounidense que había recogido mi bote en mitad del océano. Había hablado mucho en mi desvarío, pero descubrí que se había hecho mayormente caso omiso de mis palabras. De alguna posible emersión de tierras en el Pacífico, mis rescatadores nada sabían, ni yo consideré necesario insistir en algo que, tenía la certeza, no iban a poder creer. Una vez busqué a un etnólogo de renombre, y le entretuve con peculiares preguntas sobre la antigua leyenda filistea de Dagón, el Dios-Pez[25]; pero advertí enseguida que era un erudito irremediablemente convencional, por lo que no persistí en mi inquisición.

Es durante la noche, sobre todo si la luna está gibosa y menguante, cuando veo aquella cosa. Probé con la morfina; pero la droga solo ha proporcionado un alivio transitorio, y me ha atrapado entre sus garras como a un esclavo desesperado. De manera que pretendo poner fin a todo esto, tras haber hecho una completa exposición por escrito de lo sucedido para la información o diversión desdeñosa de mis semejantes. A menudo me pregunto si no podría haberse tratado todo de una pura alucinación, un simple pero extraño acceso de fiebre mientras me hallaba tendido, delirando de insolación, en la expuesta

barca con la que escapé del buque de guerra alemán. Pero, siempre que me planteo esto, aparece ante mí en respuesta una visión terriblemente vívida. Me resulta imposible pensar en el profundo mar sin estremecerme a causa de las criaturas innominables que pueden estar en este mismo momento reptando y desplazándose pesadamente sobre su lecho fangoso, adorando sus antiguos ídolos de piedra y labrando su detestable imagen en obeliscos submarinos de empapado granito. Sufro pesadillas con el día en que tal vez surjan de entre las olas para arrastrar tras sus pestilentes talones los restos de una humanidad endeble, exhausta por la guerra; con el día en que la tierra se hundirá, y el tenebroso fondo del océano se alzará en medio de un caos y confusión universales.

EL EXTRAÑO[26]

«Distinguí para mi horror en las roídas y descarnadas líneas de su figura una perversa y abominable parodia de la forma humana; y en su mohoso atuendo casi deshecho, un matiz inmencionable que me heló aún más la sangre».
Weird Tales 7/4 (abril de 1926)
Ilustración de Belle Goldschlager

De toda la producción literaria de Lovecraft, «El extraño» es, quizá, su cuento más analizado y estudiado. Se ha examinado desde el punto de vista biográfico y psicoanalítico, y se ha interpretado de diversas formas; un panfleto antirreligioso, una exploración filosófica, una crítica del

progreso y hasta como una expresión subconsciente del «pánico homosexual»[27]*. Pero ninguna de estas interpretaciones resulta completamente satisfactoria, puesto que Lovecraft siempre se mostró ambiguo respecto a sus intenciones a la hora de escribir este relato, lo que encaja perfectamente con una historia tan personal. Diez años después de su publicación, Lovecraft lo calificaba como una simple imitación de Poe. Pero, posiblemente debido a esa misma ambigüedad, muchos lectores consideran que se trata de una de sus mejores historias. Poco después de su muerte, August Derleth y Donald Wandrei la escogieron para abrir la primera antología publicada de sus cuentos*, The Outsider and Other Stories (*1937)*.

* * *

Aquella noche el Barón tuvo los más espantosos sueños;
Y sus huéspedes guerreros, por sombras y formas
de brujas, demonios y gusanos de la tumba
en sus pesadillas se vieron acosados[28].

Keats

Desdichado es aquel al que los recuerdos de la niñez le inspiran únicamente temor y tristeza. Desventurado quien rememora horas solitarias en inmensas y lóbregas estancias con tapices descoloridos y desquiciantes hileras de libros antiguos, o evoca sobrecogidas vigilias en bosques crepusculares de árboles grotescos, gigantescos y llenos de enredaderas que agitan silenciosamente ramas retorcidas en las alturas. Tal fue el destino que me adjudicaron los dioses; a mí, el confundido, el desencantado; el menesteroso, el desolado. Y sin embargo me doy extrañamente por contento, y me aferro desesperadamente a esos recuerdos marchitos, cuando mi memoria amenaza por un instante con revivir *aquellos otros*.

Lo único que sé del lugar en que nací es que el castillo era tremendamente antiguo y extremadamente horrible. Estaba lleno de pasadizos oscuros, y tenía altos techos en los que el ojo solo alcanzaba a ver sombras y telas de araña. Las piedras de sus ruinosos corredores parecían encontrarse siempre repugnantemente húmedas, y había un hedor detestable por todas partes, como de generaciones enteras de cadáveres apilados[29]. Todo estaba siempre a oscuras, así que de vez en cuando solía encender velas y contemplar fijamente su llama para hallar alivio; y fuera tampoco llegaba la luz del sol, dado que los imponentes árboles crecían muy por encima de la torre más alta accesible. Había una torre negra que sobrepasaba las copas de los

árboles elevándose hasta el cielo desconocido, pero estaba parcialmente en ruinas y no se podía subir a ella, excepto por medio de una escalada prácticamente imposible por la pared vertical, piedra a piedra.

Debí de vivir en aquel lugar durante años, pero me resulta imposible calcular el número. Debía de haber seres que atendieran mis necesidades, y sin embargo soy incapaz de recordar que hubiera nadie más aparte de mí, ni nada vivo que no fueran las silenciosas ratas, murciélagos y arañas. Quienquiera que me criara, pienso, tenía que ser increíblemente mayor, ya que la primera imagen que recordaba de una persona de carne y hueso era la de algo que se parecía a mí de un modo caricaturesco, pero que presentaba un aspecto deformado, ajado y decrépito como el castillo. No había nada grotesco a mis ojos en los huesos y esqueletos que se encontraban diseminados por algunas de las criptas de piedra excavadas a gran profundidad entre los cimientos, pues asociaba de manera extravagante aquellas cosas con mi realidad cotidiana, y las consideraba más naturales que las coloridas ilustraciones de seres vivientes que encontraba en muchos de los mohosos libros del castillo; libros de los cuales aprendí todo lo que sé. No hubo ningún maestro que me exhortara al estudio ni me orientara, y no recuerdo oír ninguna voz humana durante todos aquellos años, ni siquiera la mía; ya que, si bien había leído acerca de la facultad del habla, nunca se me había ocurrido intentar ponerla en práctica[30]. Mi aspecto era igualmente una cuestión que jamás me había planteado, dado que no había espejos en el castillo, y simplemente, de manera intuitiva, me consideraba semejante a las juveniles figuras que veía dibujadas y pintadas en los libros. Como recordaba tan pocas cosas, tenía la noción de que era joven.

Solía tumbarme a menudo fuera, bajo los mudos y tenebrosos árboles al otro lado del pestilente foso, y soñar despierto durante horas sobre lo que leía en los libros; y me imaginaba anheloso entre alegres multitudes en el soleado mundo que había más allá de aquel bosque infinito. Una vez intenté escapar de él, pero cuanto más me alejaba del castillo, más densas eran las sombras y más siniestramente terrorífica la atmósfera que me rodeaba, de modo que regresé corriendo como alma que lleva el diablo por miedo a extraviarme en un laberinto de silenciosas tinieblas.

Así pues, soñé y esperé a lo largo de interminables crepúsculos, aunque no sabía qué era lo que estaba esperando. Entonces, sumido en aquella sombría soledad, mi ansia de luz se volvió tan desesperada que ya no pude seguir de brazos cruzados, y levanté mis manos en un gesto suplicante hacia la ruinosa torre negra que se elevaba por encima del bosque hasta el cielo desconocido. Y al final resolví escalar aquella torre, aunque corriera el peligro de precipitarme al vacío;

dado que era preferible ver el cielo por un instante y perecer antes que vivir sin contemplar jamás la luz del día.

En medio de la húmeda penumbra subí la vetusta y gastada escalera de piedra hasta alcanzar el punto en el que se interrumpía, y a partir de ahí continué el ascenso aferrándome peligrosamente a pequeños asideros que remontaban la pared. Espantoso y aterrador era aquel solitario cilindro de roca sin escaleras; tenebroso, decrépito y desolado, y siniestro a causa de los sobresaltados murciélagos de alas silenciosas que revoloteaban en su interior. Pero más espantosa y aterradora aún era la lentitud de mi ascensión; ya que, por más que subía, la oscuridad por encima de mí no disminuía un ápice, lo cual hizo que me invadiera un nuevo escalofrío de inquietante y arcaica naturaleza. Sentí un estremecimiento al preguntarme por qué seguía sin ver claridad alguna, y habría mirado hacia abajo de haberme atrevido. Supuse que la noche se me había echado inesperadamente encima, y busqué a tientas con una mano el alféizar de alguna ventana, con idea de asomarme al exterior para intentar calcular la altura a la que había llegado; mas no encontré nada.

De pronto, tras una terrorífica eternidad escalando a ciegas aquel mortífero precipicio cóncavo, noté que daba con la cabeza en algo sólido, y supe que debía de haber alcanzado la cubierta de la torre, o por lo menos el suelo de algún tipo de estancia intermedia. En medio de la oscuridad, levanté una mano y examiné la barrera, descubriendo que estaba hecha de piedra y que era inamovible. Acometí entonces un recorrido potencialmente fatal de la circunferencia de la torre, agarrándome a cualquier asidero que pudiera proporcionar la limosa pared; hasta que, palpando la barrera con la mano, encontré por fin un punto en el que cedía, y entonces reanudé mi terrible ascensión, empujando esa losa o trampilla con la cabeza dado que necesitaba ambas manos para subir. No apareció ninguna luz al otro lado, y cuando mis manos llegaron más arriba supe que mi escalada había concluido por el momento, dado que aquella losa constituía la trampilla de un hueco que conducía a una superficie de piedra horizontal de mayor diámetro que la torre inferior: el suelo, sin duda, de alguna clase de atalaya espaciosa de techo alto. Subí trepando con cuidado a través del hueco, y traté de impedir que la pesada losa se cerrase de nuevo sobre él; mas fracasé en el intento. Los estremecedores ecos de su caída llegaron a mis oídos al tiempo que me desplomaba exhausto en el suelo de piedra. Con todo, esperaba poder levantarla otra vez cuando fuese necesario.

Creyendo encontrarme entonces a una altura extraordinaria, muy por encima de las detestables ramas del bosque, me levanté del suelo con esfuerzo y busqué a tientas alguna ventana en la estancia, a fin de tener la oportunidad de ver por primera vez el firmamento, la luna y

las estrellas acerca de los cuales había leído. No obstante, me vi decepcionado en todas direcciones, dado que lo único que encontré fueron unas enormes repisas de mármol que albergaban unas repulsivas cajas oblongas de un tamaño inquietante. Mis cavilaciones se acrecentaron, y me pregunté qué antiquísimos secretos podían morar en aquel elevado aposento aislado durante tantos eones del resto del castillo. Entonces mis manos dieron de repente con una salida: una rugosa puerta de piedra extrañamente cincelada. Cuando intenté abrirla, la encontré firmemente cerrada; pero, con un súbito y hercúleo despliegue de fuerza, vencí todos los obstáculos y tiré de ella hasta tener el paso libre. En ese momento, me invadió el éxtasis más absoluto que he conocido jamás; ya que, brillando plácidamente al otro lado de una ornamentada reja de hierro, y en lo alto de una corta escalera de piedra ascendente que arrancaba desde la puerta que acababa de descubrir, estaba la radiante luna llena, la cual no había visto jamás excepto en sueños, así como en vagas visiones que no me atrevía a llamar recuerdos.

Figurándome que había llegado a la mismísima cúspide del castillo, empecé a remontar a toda prisa el pequeño tramo de escaleras que había más allá de la puerta; pero el oscurecimiento de la luna provocado por una nube me hizo tropezar, y seguí subiendo a tientas con paso más lento en medio de la negrura. Esta era aún muy intensa cuando alcancé la reja, la cual probé a mover. Descubrí que se podía abrir, pero no lo hice por miedo a caer desde la asombrosa altura a la que había llegado en mi ascensión. Entonces, salió la luna.

No hay sorpresa más terrible que la que provoca lo extremadamente inesperado y lo grotescamente increíble. Jamás en mi vida había experimentado nada que me hubiera suscitado un terror comparable a lo que contemplé en ese momento, junto con las extrañas maravillas que aquella visión sugería. La visión en sí fue tan simple como pasmosa, pues consistió simplemente en lo siguiente: en lugar de un vertiginoso panorama de copas de árboles vistas desde una altitud colosal, al otro lado de la reja se extendía a ras de suelo en todas direcciones nada menos que *una masa de tierra firme*, adornada de manera variopinta por losas de mármol y columnas, y ensombrecida por una antigua iglesia de piedra cuya aguja en ruinas relucía a la luz de la luna de un modo fantasmal.

Sin ser totalmente consciente de mis actos, abrí la reja y salí con paso tambaleante a un camino de gravilla blanca que se alejaba en dos direcciones. Mi mente, pese a su estado de aturdimiento y confusión, todavía albergaba unas ansias desesperadas de luz, y ni siquiera el fantástico prodigio que había tenido lugar podía detener mi avance. No sabía ni me importaba si lo que estaba viviendo era un delirio, un sueño o un embrujo; estaba decidido a posar mi mirada sobre escenas

radiantes de luminosidad y alegría a cualquier precio. No tenía ni idea de quién o qué era yo, ni de en qué lugar podía encontrarme; pero a medida que continué avanzando a trompicones fui adquiriendo conciencia de una especie de recuerdo latente pavoroso que hacía que mi recorrido no fuera del todo casual. Pasando bajo un arco, salí de aquella zona de losas y columnas y deambulé por el campo, siguiendo a ratos el camino visible, pero también alejándome curiosamente de él otras veces para atravesar prados en los que solo la aparición ocasional de algunas ruinas revelaba la existencia en otros tiempos de una senda ya olvidada. En un momento dado crucé a nado un río impetuoso, en el cual unos escombros cubiertos de musgo hablaban de un puente desaparecido hacía ya largo tiempo.

Debieron de pasar más de dos horas antes de que llegara al lugar al que parecía dirigirme: un antiguo castillo cubierto de hiedra en un terreno poblado de espesos bosques; un sitio que me resultaba enloquecedoramente familiar, aunque también terrible y desconcertantemente extraño. Vi que el foso estaba lleno, y que algunas de las torres que tan bien conocía habían sido demolidas; al tiempo que había otras alas nuevas para confusión del observador. En lo que me fijé, no obstante, con sumo placer e interés fue en las ventanas abiertas, por las cuales escapaba una luz radiante y esplendorosa y una algarabía enormemente festiva y alegre. Tras acercarme a una de ellas me asomé al interior y vi a un grupo de personas, vestidas de una forma ciertamente rara, que se divertían y charlaban animadamente unas con otras. Aparentemente, era la primera vez que oía hablar a nadie, y solo podía intuir vagamente lo que decían. Algunas de las caras tenían semblantes que parecían traer a mi memoria recuerdos increíblemente remotos[31], mientras que otras resultaban completamente ajenas para mí.

Pasé entonces a través de aquella ventana baja al interior de la sala vivamente iluminada, pasando asimismo con ello de mi único momento de prometedora esperanza a mi más honda crisis de desolación y desengaño. La pesadilla no se hizo esperar, ya que nada más entrar se dio de inmediato una de las expresiones de emoción humana más terroríficas que había llegado a imaginar jamás. Cuando apenas había cruzado el alféizar, se abatió sobre toda la gente allí reunida un miedo espantosamente atroz que transformó cada rostro en una mueca de terror y arrancó de prácticamente todas las gargantas los gritos más horribles. Todo el mundo salió en desbandada, y en medio del griterío y el pánico varias personas se desmayaron y fueron llevadas a rastras por sus compañeros mientras huían como locos. Muchos se taparon los ojos con las manos y emprendieron una torpe carrera a ciegas en su precipitada escapatoria, tirando muebles y dándose de bruces con las paredes antes de que pudieran alcanzar una

de las numerosas puertas de la sala.

Los gritos fueron sobrecogedores; y mientras me encontraba solo y aturdido en la brillante estancia, escuchando cómo sus ecos se extinguían, me estremecí al pensar en lo que podría estar acechando furtivamente a mi alrededor. A primera vista la sala parecía encontrarse desierta, pero al aproximarme a una de las estancias adyacentes me pareció detectar una presencia en ella, un indicio de movimiento más allá de un arco dorado que daba paso a otra sala bastante parecida. Al irme acercando al arco empecé a percibir la presencia con mayor claridad; y entonces, con el primer y último sonido que he proferido en toda mi existencia -una espantosa ululación que me provocó un asco casi tan profundo como su perniciosa causa-, contemplé de manera total y aterradoramente vívida la inconcebible, indescriptible e inmencionable monstruosidad que con su mera aparición había transformado una alegre concurrencia en una estampida de enloquecidos fugitivos.

Ni siquiera sé dar una idea de su aspecto, pues aquel ser era una mezcla de todo lo que es impuro, inquietante, desagradable, anormal y detestable. Era el macabro espectro de la podredumbre, la decrepitud y la desolación; el pútrido y chorreante eidolon[32] de la revelación enfermiza; el terrible desvelamiento de aquello que la tierra misericordiosa debería mantener siempre oculto. Sabe Dios que aquel ser no era de este mundo -al menos, ya no-, y sin embargo distinguí para mi horror en las roídas y descarnadas líneas de su figura una perversa y abominable parodia de la forma humana; y en su mohoso atuendo casi deshecho, un matiz inmencionable que me heló aún más la sangre.

Me quedé prácticamente paralizado, pero no hasta el punto de no hacer un débil intento de huida: un torpe paso hacia atrás que no logró romper el hechizo al que aquel monstruo mudo e indescriptible me tenía sometido. Mis ojos, embrujados por los globos vidriosos que los miraban repulsivamente de hito en hito, se negaban a cerrarse; aunque, gracias a Dios, estaban nublados y solo revelaban al terrible ser de manera borrosa tras la conmoción inicial. Traté de levantar la mano para bloquear la visión de aquella cosa, pero tenía los nervios tan entumecidos que mi brazo no pudo cumplir plenamente mi deseo. El intento, no obstante, bastó para hacerme perder el equilibrio; de tal suerte que me vi forzado a dar varios pasos tambaleantes hacia adelante para no caerme. Mientras lo hacía, me di cuenta de manera súbita y angustiosa de la *cercanía* de aquel despojo, cuya horrible respiración apagada creí alcanzar a oír. Al borde de la locura, me vi capaz no obstante de interponer una mano para protegerme de la fétida aparición que me acosaba a tan corta distancia; y entonces, en un cataclísmico momento de infinita pesadilla e infernal casualidad,

mis dedos tocaron la putrefacta garra extendida del monstruo bajo el arco dorado[33].

No grité, pero todos los maléficos *guls*[34] que surcan el viento de la noche lo hicieron por mí cuando en ese mismo momento se abatió sobre mi mente una fugaz avalancha de recuerdos asoladores. En aquel instante supe cómo había sido todo; recordé lo que había más allá del espantoso castillo y los árboles, y reconocí el cambiado edificio en el que entonces me hallaba; y, lo más terrible de todo, también reconocí la impía abominación que se alzaba ante mí, mirándome por el rabillo del ojo, mientras apartaba mis sucios dedos de los suyos.

Pero en el universo no solo hay aflicción, también un bálsamo; y ese bálsamo es el nepente[35]. En el infinito horror de aquel instante olvidé lo que me había horrorizado, y el torrente de funestos recuerdos desapareció en un caos de imágenes reverberantes. Como si me hallara en un sueño, salí corriendo de aquel maldito y enorme castillo embrujado y hui silenciosa y velozmente a la luz de la luna. Cuando regresé al jardín de la iglesia salpicado de losas de mármol y bajé por la escalera, me encontré con que la trampilla de piedra resultaba inamovible; aun así, ello no me entristeció, pues detestaba el antiguo castillo y sus árboles. Ahora surco el viento de la noche junto con los amigables demonios burlones, y juego durante el día entre las catacumbas de Nefrén-Ka[36] en el inaccesible y desconocido valle de Hadoth[37] a orillas del Nilo. Tengo claro que la luz no es para mí, excepto la de la luna que alumbra las rocosas tumbas de Neb, ni tampoco ninguna alegría, salvo la de los innominados banquetes de Nitocris[38] bajo la Gran Pirámide; y sin embargo, en mi nuevo desenfreno y libertad, casi me resulta grata la amargura de vivir apartado del mundo.

Pues aunque el nepente ha aliviado mi dolor, siempre tengo presente que soy un extraño; alguien que no pertenece a este siglo y cuyo lugar no está entre quienes son aún hombres. Lo he sabido desde el momento en que extendí los dedos hacia la abominación que se encontraba en el interior de aquel gran marco dorado; desde que extendí los dedos y toqué *una fría y rígida superficie espejada*[39].

LA MÚSICA DE ERICH ZANN[40]

«La música de Erich Zann».
Weird Tales 5/5 (mayo de 1925)
Ilustración de Andrew Brosnatch

Al igual que sucedía con «El extraño», «La música de Erich Zann» es un relato que se ha analizado y debatido con profusión. Lovecraft apreciaba su ambigüedad y sencillez, y fue uno de los pocos cuentos que recibió una buena acogida por parte de la crítica durante su vida. Parcialmente basado en un sueño, se ha llegado a interpretar como un viaje a través de los entresijos de la psique de Lovecraft, periplo en el que el narrador guía al lector desde un río sombrío hasta internarse en las extrañas y desconocidas callejuelas de una ciudad. ¿Quizá huye de algo? ¿Por qué es incapaz de identificar el lugar donde se encuentra? Gracias a un tono de pesadilla próximo a la locura, esta historia es de las que no se olvidan fácilmente.

* * *

He estudiado mapas de la ciudad con sumo cuidado, pero nunca he

vuelto a encontrar la *rue* d'Auseil[41]. No han sido solo mapas modernos, pues soy consciente de que los nombres cambian. Por el contrario, he indagado a fondo acerca de todos los vestigios del pasado en el lugar, y he explorado personalmente cada parte de la ciudad, fuera cual fuera su nombre, que pudiera corresponderse con la calle que yo conocí como la *rue* d'Auseil. No obstante, a pesar de todos mis esfuerzos, la humillante realidad es que soy incapaz de encontrar la casa, la calle o siquiera el barrio donde, durante los últimos meses de mi precaria vida como estudiante de metafísica en la universidad, oí la música de Erich Zann.

Que me falle la memoria es algo que no me sorprende, considerando que mi salud, física y mental, se vio gravemente alterada durante el tiempo que pasé hospedado en la *rue* d'Auseil; aunque sí recuerdo que no llevé allí a ninguno de mis escasos conocidos. No obstante, que no consiga dar de nuevo con el sitio resulta al mismo tiempo curioso y desconcertante, dado que se encontraba a menos de media hora andando de la universidad y se caracterizaba por una serie de peculiaridades que difícilmente podría olvidar cualquier persona que hubiera estado allí alguna vez. Con todo, nunca he conocido a nadie que haya visto la *rue* d'Auseil.

La calle se encontraba al otro lado de un lóbrego río bordeado de almacenes, con vertiginosas paredes de ladrillo y ventanas sucias, y cruzado por un enorme y pesado puente de piedra oscura. El curso de aquel río siempre estaba sumido en sombras, como si el humo de las fábricas cercanas no dejara pasar nunca la luz del sol. También desprendía unos fétidos efluvios que no he olido en ninguna otra parte y que tal vez algún día me ayuden a localizarlo, puesto que sería capaz de reconocerlos en un instante. Más allá del puente había unas estrechas calles adoquinadas y surcadas por raíles; y luego venía la cuesta, suave al principio, pero increíblemente pronunciada después, que uno encontraba al llegar a la *rue* d'Auseil.

Jamás en mi vida he visto otra calle tan angosta y empinada como aquella. Era prácticamente un barranco, impracticable para cualquier vehículo, que constaba de tramos de escalera en varias partes de su recorrido y que terminaba arriba del todo en un elevado muro cubierto de hiedra. Tenía un pavimentado desigual, compuesto en algunos trechos por losas de piedra, en otros por adoquines y en otros más por una tierra desnuda salpicada de una agonizante vegetación gris verdosa[42]. Las casas eran altas e increíblemente antiguas, tenían tejados a dos aguas y se inclinaban de forma peligrosa hacia atrás, hacia delante y hacia los lados. En algunos puntos, un par de ellas situadas frente a frente, e inclinadas ambas en dirección a sus fachadas, llegaban prácticamente a tocarse en el centro de la calle como un arco; cosa que, por supuesto, impedía que gran parte de la

luz del sol alcanzara la calle que había debajo. También había unos cuantos pasadizos elevados que conectaban por alto las casas de uno y otro lado.

Los residentes de aquella calle me causaron una impresión extraña. Al principio pensé que se debía a que eran gente callada y reservada, pero más tarde concluí que el motivo era que todos parecían ser muy viejos. No sé cómo llegué a instalarme en una calle así, pero no estaba yo en mi juicio cuando me mudé a ella. Había estado viviendo en muchos sitios sórdidos, de los cuales siempre habían acabado echándome por falta de dinero; hasta que finalmente di con aquella precaria casa de huéspedes de la *rue* d'Auseil que llevaba el paralítico Blandot. Era el tercer edificio desde el extremo superior de la calle, y el más alto con diferencia de todos los que había en ella.

Mi habitación estaba en el cuarto piso, y era la única ocupada en él, ya que casi no había inquilinos en el edificio. La misma noche de mi llegada oí una música extraña proveniente de la buhardilla con techo a dos aguas que tenía justo encima, y al día siguiente le pregunté al viejo Blandot acerca de ella. Me dijo que se trataba de un anciano violagambista[43] alemán, un hombre mudo y excéntrico que firmaba con el nombre de Erich Zann[44] y era miembro de una orquestina de baja estofa que actuaba en funciones nocturnas; y después añadió que el deseo de Zann de tocar por la noche a la vuelta del teatro era el motivo de que hubiera elegido aquella buhardilla alta y aislada, cuya única ventana, situada en el hastial de la fachada, era el único punto en toda la calle desde el cual era posible ver el paisaje que había más allá del muro en el que terminaba la cuesta.

En lo sucesivo oí a Zann tocar todas las noches, y, pese a que no me dejaba dormir, el carácter extraño de su música me tenía hechizado. Aun no siendo yo una persona que supiera mucho de aquel arte, estaba seguro no obstante de que las armonías del anciano no guardaban relación alguna con ninguna otra música que yo hubiera oído anteriormente; por lo que concluí que se trataba de un compositor dotado de un genio insólito. Cuanto más lo escuchaba tocar, más fascinado estaba, hasta que al cabo de una semana decidí conocer a aquel hombre.

Una noche, cuando volvía de su trabajo, intercepté a Zann en el pasillo de la escalera y le dije que tenía ganas de conocerlo y de oírle tocar en persona. Se trataba de un hombrecillo enjuto y encorvado que vestía ropa gastada, con los ojos azules, una cara grotesca que recordaba a la de un sátiro y una cabeza prácticamente calva; y, al dirigirme a él en un primer momento, pareció indignado y asustado. No obstante, mi evidente cordialidad terminó por ablandar al anciano, quien, a regañadientes, me indicó con un gesto que lo siguiera por las oscuras, rechinantes y desvencijadas escaleras que conducían al último

piso. Su habitación, una de las dos únicas que ocupaban aquella buhardilla de techos sumamente inclinados, estaba en el lado oeste de la casa, el más cercano al alto muro que constituía el extremo superior de la calle. Poseía un tamaño muy grande, y parecía más grande aún a causa de lo extraordinariamente vacía y descuidada que estaba. No tenía más mobiliario que una estrecha cama de hierro, un sucio lavabo, una mesa pequeña, una librería de grandes dimensiones, un atril de música metálico y tres sillas de estilo anticuado. Había partituras apiladas de forma desordenada por el suelo. Las paredes eran de listones de madera, y probablemente no habían visto nunca un enlucido; al tiempo que la abundancia de polvo y telarañas hacía que el lugar pareciera más abandonado que habitado. Era evidente que el reino de belleza de Erich Zann se encontraba en algún mundo lejano de la imaginación.

Mientras me invitaba a tomar asiento mediante señas, el anciano mudo cerró la puerta, echó el gran pestillo de madera y encendió una vela para aumentar la iluminación de la otra que había traído consigo. Después sacó la viola *da gamba* de su apolillada funda y, cogiéndola, se sentó en la menos incómoda de las sillas. No utilizó el atril, y aun así, sin ofrecerme opción alguna y tocando de memoria, me embelesó durante más de una hora con compases que no había oído nunca antes en mi vida, y que debían de haber sido compuestos por él mismo. Describir su naturaleza exacta es imposible para alguien poco versado en el arte de la música. Eran una especie de fuga, con pasajes recurrentes de un tipo sumamente cautivador; pero lo que me llamó la atención de ellos es que no contenían ninguna de las extrañas melodías que había oído desde mi habitación en otras ocasiones.

Aquellas melodías se habían quedado grabadas a fuego en mi memoria, y las había tarareado y silbado vagamente para mí mismo muchas veces; de modo que, cuando el músico dejó descansar al fin su arco, le pregunté si tendría la amabilidad de tocar algunas de ellas. En cuanto empecé a formular mi petición, el arrugado rostro satiresco perdió la aburrida placidez que había presentado durante el recital, pareciendo manifestar de nuevo esa curiosa mezcla de aprensión y enfado que había advertido en él en el momento de abordarlo. Durante un segundo me sentí inclinado a emplear la persuasión, dado que no consideraba los vaivenes de la senilidad algo digno de ser tenido demasiado en cuenta; e incluso traté de poner en situación a mi anfitrión silbando algunas de las melodías que había escuchado la noche anterior. No obstante, cambié de idea al cabo de un instante, ya que, en cuanto el mudo violagambista reconoció la melodía que yo estaba silbando, el semblante se le crispó repentinamente con una expresión que escapaba a cualquier tipo de análisis y su larga y gélida mano huesuda salió disparada hacia mi boca al objeto de taparla y

silenciar la burda imitación. Al mismo tiempo, hizo una nueva demostración de su excentricidad al lanzar una mirada asustada hacia la solitaria ventana encortinada, como si temiera que algún intruso pudiera entrar por ella; una mirada que resultaba más absurda todavía al pensar que, debido a la gran altura a la que se encontraba, la buhardilla era inaccesible desde todos los tejados adyacentes, siendo aquella ventana, según me había dicho el portero, el único punto de la empinada calle desde el cual se podía otear lo que había más allá del muro que la coronaba.

La mirada del anciano me hizo recordar aquel comentario de Blandot, y de forma un tanto caprichosa me entraron ganas de asomarme a contemplar aquel amplio y vertiginoso panorama de tejados iluminados por la luna y luces urbanas que se extendía al otro lado de la cima de la colina y que, de toda la gente que vivía en la *rue* d'Auseil, solo aquel músico malhumorado podía ver. Yo me levanté para ir a la ventana, con intención de descorrer aquellas cortinas anodinas; y entonces el mudo inquilino se me echó encima de manera más furiosa y alarmada que antes, señalándome esta vez la puerta con la cabeza mientras trataba por todos los medios de arrastrarme hasta ella nerviosamente con ambas manos. Completamente indignado con mi anfitrión, le ordené entonces que me soltara, diciéndole que me iría de inmediato. El anciano relajó su presa, y al ver mi cara de enfado y agravio su propio enojo pareció remitir. Me apretó de nuevo el brazo con más fuerza, pero esta vez de manera amistosa, haciéndome tomar asiento; y a continuación se acercó con aire triste hasta la desordenada mesa, donde se puso a escribir largo y tendido con un lápiz en el forzado francés propio de un extranjero.

La nota que finalmente me entregó era una petición de indulgencia y perdón. Zann decía en ella que era un hombre viejo y solitario, aquejado de aprensiones y trastornos nerviosos poco corrientes relacionados con su música y con otras cosas. Le había gustado tocar para mí, y quería que lo visitara en otra ocasión, y que no tuviera en cuenta sus excentricidades. Aun así, el anciano no soportaba interpretar sus extrañas armonías delante de otros, ni oír a otros hacer lo propio; y tampoco aguantaba que nadie tocara nada en su habitación. Antes de nuestra conversación del pasillo no había sido consciente de que yo podía oírle tocar desde mi habitación, y me pidió entonces que, si no era mucha molestia, hablara con Blandot para trasladarme a otra más abajo donde no se le escuchara por las noches. Él se encargaría de cubrir la diferencia en el precio del alquiler, según decía en su nota.

Mientras descifraba sentado su deplorable francés, mi actitud hacia al anciano se volvió más condescendiente. Aquel hombre era víctima de dolencias físicas y nerviosas, igual que yo; y mis estudios de

metafísica me habían enseñado a ser generoso con los demás. En medio del silencio se oyó un leve ruido procedente de la ventana -el viento de la noche debía de haber sacudido la contraventana-, y por alguna razón aquello me hizo dar un respingo casi tan fuerte como el que dio Erich Zann. Cuando hube terminado de leer, le estreché la mano a mi anfitrión y me fui de allí en buenos términos. Al día siguiente Blandot me dio otra habitación más cara en el segundo piso, situada entre las de un prestamista de avanzada edad y la de un respetable tapicero. En el tercer piso no había nadie.

No tardé mucho en descubrir que el entusiasmo de Zann por mi compañía no era tan grande como había parecido mientras me persuadía de dejar mi habitación del cuarto. No me pidió que volviera a visitarlo, y se mostraba incómodo y tocaba con desgana cuando lo hacía. Esto era siempre por la noche; los días se los pasaba durmiendo, y se negaba a recibir a nadie. Mi simpatía por él no creció, pero aun así la buhardilla y esa música extraña parecían ejercer en mí una rara fascinación. Albergaba un curioso deseo de asomarme a aquella ventana para otear por encima del muro los relucientes tejados y pináculos que debían de extenderse cuesta abajo a lo largo de la invisible ladera contraria. En una ocasión subí a la buhardilla cuando Zann se encontraba fuera, tocando en el teatro, pero la puerta estaba cerrada con llave.

Lo que sí conseguí hacer fue oír a escondidas los recitales nocturnos del mudo anciano. Al principio solía subir de puntillas hasta el cuarto piso, donde estaba mi antigua habitación, pero después reuní el valor suficiente para remontar el quejumbroso tramo final de la escalera hasta la buhardilla. Allí en el estrecho pasillo, frente a aquella puerta cerrada y con el ojo de la cerradura tapado, escuchaba a menudo sonidos que me llenaban de un terror indefinible: ese terror que inspiran los portentos enigmáticos y los misterios siniestros. No es que los sonidos fueran horribles -pues no lo eran-, sino que contenían vibraciones que no evocaban nada que existiese sobre la faz de este planeta y que, en ciertos momentos, adquirían un carácter sinfónico cuya pertenencia a un único intérprete me resultaba casi inconcebible. Erich Zann era definitivamente un genio con un talento desbordante. Con el paso de las semanas, su manera de tocar se volvió más frenética, al tiempo que el anciano músico iba adquiriendo un aspecto cada vez más demacrado y un carácter más huraño que daba lástima ver. Ahora se negaba a recibirme fuera cual fuese el momento, y me evitaba siempre que nos encontrábamos en la escalera.

Entonces, una noche en que me encontraba escuchando frente a su puerta, oí los chirridos de la viola intensificarse hasta acabar convertidos en una caótica babel de sonidos; una infernal barahúnda que me habría llevado a dudar de mi precaria cordura de no haber

llegado hasta mis oídos desde el otro lado de aquella puerta infranqueable una lastimosa prueba de que el horror era real: el espantoso grito inarticulado que solo un mudo es capaz de proferir, y que surge únicamente en momentos de pavor o angustia sumamente terribles. Llamé a la puerta varias veces, pero no obtuve respuesta. Después me quedé esperando a oscuras en el pasillo, tiritando de frío y miedo, hasta que sentí los débiles esfuerzos del pobre músico por levantarse del suelo con ayuda de una silla. Creyendo que acababa de recobrar el conocimiento tras un desmayo, llamé otra vez a la puerta, a la vez que decía en voz alta quién era para así tranquilizarlo. Oí a Zann ir a trompicones hasta la ventana de guillotina, cerrar la contraventana y bajar la hoja, para después acercarse del mismo modo hasta la puerta, la cual abrió de manera tambaleante a fin de dejarme entrar. Esta vez su alegría por tenerme allí era genuina, puesto que el crispado rostro se le iluminó con alivio mientras trataba de agarrarse a mi chaqueta igual que lo haría un niño a las faldas de su madre.

Temblando patéticamente, el anciano me hizo tomar asiento en una silla mientras él se desplomaba en otra, junto a la cual su viola y su arco yacían tirados en el suelo de forma descuidada. El hombre permaneció un rato sentado sin hacer nada, cabeceando de manera extraña, pero dando la ligera y paradójica impresión de estar escuchando de manera muy atenta y aterrada. Seguidamente pareció quedarse tranquilo, y yendo hasta una silla junto a la mesa escribió una breve nota, me la dio y luego regresó a la mesa, donde se puso a escribir de nuevo rápidamente y sin parar. La nota me imploraba que por amor del Cielo, y por ver satisfecha mi curiosidad, esperase donde estaba mientras él preparaba una completa descripción en alemán de todos los portentos y horrores que lo atormentaban. Y yo esperé, en tanto el lápiz del mudo anciano se movía frenéticamente.

Fue quizá una hora más tarde, mientras yo seguía esperando y las hojas escritas de manera febril continuaban amontonándose, cuando vi a Zann dar un respingo como si hubiera percibido un indicio de algo sobrecogedoramente horrible. No había duda de que estaba mirando la ventana encortinada, y escuchando en actitud temblorosa. Entonces yo mismo creí oír un sonido; pero no se trataba de un sonido horrible, sino de una nota musical sumamente grave e infinitamente lejana, que parecía indicar que había alguien tocando algún instrumento en una de las casas de alrededor, o bien en alguna vivienda al otro lado del alto muro por encima del cual nunca había tenido ocasión de mirar. El efecto sobre Zann fue terrible, pues, soltando el lápiz, se levantó bruscamente de la silla, cogió la viola y empezó a hender el silencio nocturno con las melodías más frenéticas que yo había oído salir jamás de su arco, a excepción de cuando había estado escuchando al otro lado de la puerta cerrada.

Sería inútil describir la manera de tocar de Erich Zann aquella espantosa noche. Me horrorizó más que cualquiera de las otras veces en que lo había escuchado a escondidas, porque ahora podía ver la expresión de su cara, y tuve ocasión de darme cuenta de que esta vez la razón de que tocara así era un terror absoluto. Estaba intentando hacer ruido; ahuyentar alguna cosa o ahogar algún sonido. No alcanzaba a imaginar de qué se trataba, aunque tenía el presentimiento de que debía de ser algo espantoso. Zann continuó tocando de manera cada vez más prodigiosa, delirante e histérica, pero conservando hasta el final los rasgos de suprema genialidad que yo sabía que aquel extraño anciano poseía. Reconocí el aire: era una desenfrenada danza húngara muy popular en los teatros, y durante un segundo cavilé que aquella era la primera vez que oía a Zann interpretar una pieza de otro compositor.

Los chillidos y chirridos de aquella viola furiosa eran cada vez más y más intensos y más y más frenéticos. El músico sudaba a chorros de un modo pasmoso y se retorcía como un mono, mirando en todo momento la ventana encortinada con cara de desesperación. Sus arrebatados compases casi lograron evocarme vagas figuras de sátiros y bacantes que bailaban y daban vueltas enloquecidamente a través de hirvientes abismos de nubes, humo y rayos. Y entonces me pareció oír una nota más estridente y sostenida que no venía de la viola: una nota tranquila, pausada, firme y burlona que llegaba desde algún punto lejano al oeste.

En ese momento la contraventana empezó a verse sacudida por un ululante vendaval que se había levantado en el exterior de la casa como en respuesta al furioso recital del interior. La chillona viola de Zann se superó entonces a sí misma, emitiendo sonidos que jamás había creído posible que dicho instrumento pudiera emitir. La contraventana se sacudió más fuerte, se soltó y empezó a dar golpes contra la ventana. Entonces el cristal se rompió de un modo escalofriante bajo los persistentes impactos, y el gélido viento entró con fuerza en la habitación, haciendo chisporrotear las velas y revolviendo las hojas de papel que estaban encima de la mesa; aquellas en las que Zann había empezado a poner por escrito su horrible secreto. Miré entonces al anciano, y vi que se encontraba completamente enajenado. Sus ojos azules, desorbitados y vidriosos, miraban a la nada, y su frenética interpretación se había transformado en una ciega y mecánica saturnal irreconocible que ninguna pluma sería capaz siquiera de describir mínimamente.

Una ráfaga de viento, más fuerte que las demás, arrambló de pronto con las hojas manuscritas y se las llevó volando hacia la ventana. Yo salí corriendo desesperadamente en su persecución, pero escaparon a través de los destrozados cristales antes de que pudiera

llegar hasta ellos[45]. Entonces recordé mi anterior deseo de otear el paisaje desde aquella ventana; la única en la *rue* d'Auseil desde la cual se podía ver la bajada al otro lado del muro y la ciudad que se extendía al pie de ella. La noche era muy oscura, pero las luces de la ciudad siempre estaban ahí brillando, así que pensé que las divisaría entre la lluvia y el viento. No obstante, cuando miré desde aquella ventana del hastial, la más alta en toda la calle, mientras las velas chisporroteaban y la enloquecida viola aullaba al unísono con el viento nocturno, no vi ninguna ciudad desplegada debajo de mí, ni tampoco ninguna luz acogedora que brillase en calles recordadas, sino únicamente la negrura del espacio infinito; un espacio inimaginado que bullía con vida propia y con su propia música, y que no tenía parecido alguno con nada que hubiera en la tierra. Y, en tanto yo lo contemplaba paralizado de terror, el viento apagó las dos velas que alumbraban aquella vieja buhardilla a dos aguas, dejándome sumido en una cruda e impenetrable oscuridad con un caótico pandemonio frente a mí y con la locura demoníaca de aquella viola aullante a mi espalda.

Yo retrocedí tambaleándome en medio de la negrura, sin manera de encender ninguna luz, chocando contra la mesa, tirando una silla y, por fin, avanzando a tientas hasta el lugar en el que las tinieblas gritaban estridentemente con una música sobrecogedora. Salvar mi vida y la de Erich Zann era algo que al menos podía intentar, fueran cuales fueran las fuerzas a las que me estuviera enfrentando. En un momento dado me pareció notar que me rozaba una cosa gélida, y yo grité, mas mi grito se perdió entre los chillidos de aquella espantosa viola. De pronto, surgiendo de la oscuridad, el arco del instrumento me golpeó en su desenfrenado vaivén aserrante, y entonces supe que me encontraba cerca del músico. Palpé el aire frente a mí, toqué el respaldo de la silla de Zann y, seguidamente, hallé su hombro y lo zarandeé, en un intento de hacerle volver en sí.

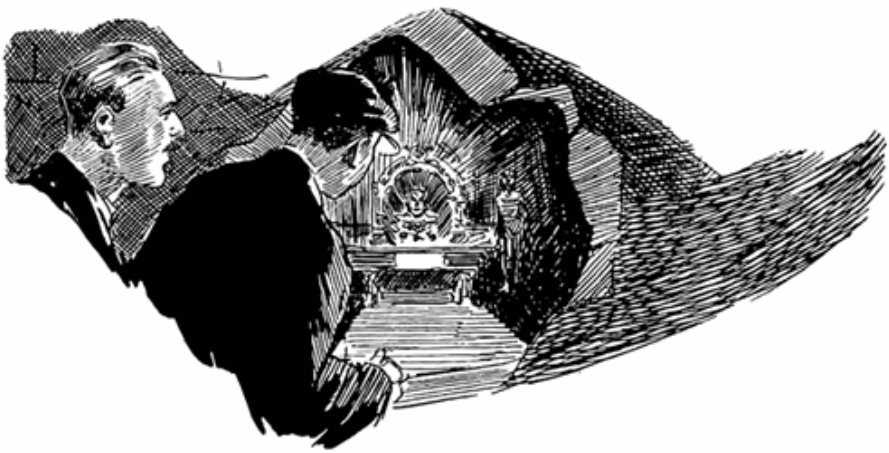
El hombre, sin embargo, no reaccionó, y la viola siguió chillando sin aflojar un ápice. Llevé la mano hasta su cabeza, cuyo mecánico cabeceo fui capaz de detener, y le grité al oído que teníamos que huir de aquellas desconocidas criaturas de la noche. Pero él ni respondió ni rebajó el frenesí de su indescriptible música, en tanto unas extrañas corrientes de viento parecían recorrer velozmente toda la buhardilla en medio de la negrura y el estridente caos. Cuando mi mano tocó su oreja, me estremecí, aunque no supe por qué; no hasta que no palpé su petrificado rostro: un rostro frío y rígido como el hielo, que no respiraba, y cuyos ojos vidriosos y desorbitados miraban inútilmente al vacío. Y entonces, tras encontrar por algún milagro la puerta y el gran pestillo de madera, huí como loco de aquella cosa de ojos vítreos sentada en la oscuridad, así como del malsano aullido de aquella

maldita viola cuya furia se estaba redoblando en el momento en que me lancé escaleras abajo.

Descender saltando, flotando, volando por aquellas interminables escaleras, a través de la oscura casa; salir corriendo como un poseso a la angosta, empinada y vetusta costana llena de tramos de escalera y casas peligrosamente inclinadas; bajar con ruidosas zancadas por escalones y adoquines hasta las calles de más abajo y el pútrido río encajonado entre almacenes; cruzar jadeando el enorme y sombrío puente hasta las amplias y salutíferas calles y bulevares que nos son familiares: todos ellos recuerdos vagos e imprecisos, pero terribles, que se aferran a mi memoria[46]. Y recuerdo también que no soplaba el más mínimo viento, que la luna brillaba en el cielo y que las luces de la ciudad centelleaban por doquier.

A pesar de mis búsquedas e investigaciones sumamente cuidadosas, no he logrado volver a encontrar la *rue* d'Auseil desde entonces. Aunque no es algo que lamente por completo; ni ello ni la pérdida en abismos inimaginables de esas hojas escritas con letra apretada que eran lo único que podría haber dado explicación a la música de Erich Zann.

LAS RATAS EN LAS PAREDES[47]



«Las ratas en las paredes».
Weird Tales 3/3 (marzo de 1924)
Artista desconocido

Este es uno de los primeros relatos de Lovecraft que juega con el concepto de los «ancestros terribles». «Las ratas en las paredes» combina el amor que su autor profesaba por Inglaterra y sus leyendas con sus ideas acerca de la degeneración y los atavismos, según las cuales el pasado condicionaría genéticamente el presente. Los análisis de este relato desde una óptica psicoanalítica afirman que el viaje de descenso (literal) del narrador es un viaje hacia su pasado y su propia psique, donde, finalmente, encontrará la locura[48]. El propio Lovecraft reconocía que esta historia resultaría «excesivamente desagradable para la delicada sensibilidad de un público cultivado»[49]. Sin embargo, insistió en su propósito de vender el cuento, cosa que finalmente logró. Tanto si se contempla la historia en su vertiente psicológica, como si nos quedamos en su superficie, tomándola simplemente como un relato de horror en el que se producen una serie de terribles sucesos, su perturbadora conclusión quedará grabada durante

mucho tiempo en la memoria del lector.

* * *

El 16 de julio de 1923 me mudé a Exham Priory[50] después de que el último de los obreros hubiera concluido su trabajo. La restauración había supuesto una tarea ingente, pues poco quedaba ya de la abandonada mole salvo un ruinoso esqueleto; no obstante lo cual, dado que se trataba del hogar ancestral de mi familia, no dejé que ningún gasto me disuadiera de mi propósito[51]. El lugar llevaba deshabitado desde el reinado de Jacobo I[52], cuando una tragedia de una naturaleza sumamente horrible, pero en gran parte misteriosa, había acabado repentinamente con la vida del señor de la casa, con la de cinco de sus hijos y con la de varios sirvientes, y envuelto en un halo de sospecha y terror al tercero de los vástagos, antepasado directo mío y único superviviente del aborrecido linaje. Con la incriminación de este heredero absoluto por el asesinato, la propiedad había regresado a manos de la Corona, y el acusado no había hecho el más mínimo intento de exculparse a sí mismo o de recuperar su patrimonio. Presa de algún horror más terrible que el de la conciencia o la ley, y habiendo manifestado únicamente un desesperado deseo por apartar el antiguo edificio de su vista y su memoria, el undécimo barón Exham[53], Walter de la Poer, huyó a Virginia, y allí fundó la familia que llegado el siglo siguiente ya había pasado a ser conocida como los Delapore[54].

Exham Priory había permanecido desocupada, pese a haber sido adjudicada tiempo después a la familia Norrys[55] y muy estudiada debido a su peculiar arquitectura compuesta: una arquitectura que comprendía unas torres góticas[56] levantadas sobre una infraestructura de origen sajón o románico[57], cuyos cimientos a su vez eran de un estilo o mezcla de estilos más antiguos: romano, e incluso druídico o el címrico[58] de los pobladores originales de la región, si es que las leyendas son ciertas. Estos cimientos eran algo muy singular, pues se encontraban unidos por uno de sus lados a la roca viva del precipicio calizo desde cuyo borde el castillo dominaba un yermo valle situado cinco kilómetros al oeste de la pequeña localidad de Anchester. Los arquitectos y los amantes de las antigüedades adoraban visitar aquella extraña reliquia de siglos ya olvidados, pero las gentes de la región la detestaban. La habían odiado cientos de años atrás, cuando mis antepasados vivían allí, y seguían odiándola hoy, cubierta bajo el musgo y el moho resultantes del abandono. Yo no había pisado Anchester[59] en mi vida antes de descubrir que provenía de una familia maldita. Y esta semana los obreros han dinamitado Exham Priory, y están trabajando en borrar todo rastro de sus cimientos.

Yo siempre había conocido los datos básicos relacionados con mi ascendencia, junto con el hecho de que mi primer antepasado norteamericano había llegado a las colonias rodeado de extraños rumores. De los detalles, sin embargo, no había tenido información ninguna, debido a la continua política de discreción mantenida por los Delapore. A diferencia de los dueños de las plantaciones vecinas, nosotros rara vez presumíamos de tener cruzados, u otros héroes medievales o renacentistas, entre nuestros antepasados; y tampoco había ninguna historia ancestral que se transmitiera de generación en generación, exceptuando lo que pudiera haber escrito en el sobre lacrado que en los tiempos anteriores a la Guerra de Secesión[60] cada cabeza de familia dejaba a su hijo mayor para que fuera abierto a su fallecimiento. Los honores que valorábamos eran aquellos que habíamos alcanzado desde nuestro viaje al Nuevo Mundo; los honores de un orgulloso y respetable, aunque un tanto huraño y reservado, linaje de Virginia.

Durante la guerra nuestra fortuna resultó destruida y toda nuestra existencia cambió debido a la quema de Carfax[61], nuestro hogar a orillas del río James[62]. Mi abuelo, que era una persona de edad avanzada, había perecido en el atroz incendio, y con él el sobre que nos unía a todos con nuestro pasado. Hoy puedo recordar aquel fuego igual que cuando lo contemplé en su día con siete años, con los soldados de la Unión lanzando vítores, las mujeres gritando y los negros rezando y dando alaridos[63]. Mi padre se hallaba en el frente, defendiendo Richmond[64], y después de muchas formalidades, mi madre y yo conseguimos que nos permitieran atravesar las líneas para reunirnos con él. Una vez terminada la guerra los tres nos trasladamos al norte, de donde era oriunda mi madre; y yo alcancé la edad adulta, la madurez y, finalmente, la riqueza convertido en un yanqui impasible. Ni mi padre ni yo llegamos a descubrir nunca el contenido de aquel sobre que debíamos haber heredado, y, cuando me metí de lleno en el anodino mundo empresarial de Massachusetts, perdí todo interés en los misterios que obviamente se ocultaban en el remoto origen de mi árbol familiar. De haber sospechado su naturaleza, ¡con qué gusto habría dejado Exham Priory a sus musgos, murciélagos y telas de araña!

Mi padre murió en 1904, pero sin ningún mensaje que legarme a mí o a mi único hijo, Alfred, un niño de diez años que había perdido a su madre[65]. Fue este muchacho quien invirtió el sentido del flujo de información familiar, pues, si bien yo únicamente podía ofrecerle conjeturas en tono de broma en lo referente a nuestro pasado, él me habló a mí por carta de unas leyendas ancestrales sumamente interesantes cuando la reciente guerra le hizo viajar a Inglaterra en 1917 como oficial de aviación. Los Delapore, al parecer, tenían una

historia llamativa y tal vez siniestra, ya que un amigo de mi hijo, el Cap. Edward Norrys del Real Cuerpo Aéreo[66], vivía en Anchester cerca de la antigua residencia familiar y le había contado algunas supersticiones campesinas cuyo carácter asombroso y disparatado pocos novelistas serían capaces de igualar. El propio Norrys no las tomaba en serio, desde luego, pero divertían a mi hijo y constituían un tema atractivo para las cartas que me enviaba. Fueron estas leyendas las que hicieron que me interesara definitivamente por mi herencia transatlántica, y las que motivaron que me decidiera a adquirir y restaurar la antigua morada familiar, la cual Norrys le había enseñado a Alfred en su pintoresco estado de abandono y ofrecido conseguir para él por una suma sorprendentemente razonable, al ser su propio tío el actual dueño de aquel terreno.

Compré Exham Priory en 1918, pero me vi distraído prácticamente de inmediato de mis planes de restauración por el regreso de mi hijo como un lisiado inválido. Durante los dos años que vivió estuve entregado en cuerpo y alma a su cuidado, llegando a dejar incluso la dirección de mi empresa en manos de unos socios. En 1921, al verme afligido y sin propósito en la vida, un fabricante retirado que se encontraba ya lejos de su juventud, decidí entretenerme durante los años que me restaran con mi nueva posesión. Cuando fui a visitar Anchester en diciembre me acogió como invitado el Cap. Norrys, un joven rollizo y afable que había tenido a mi hijo en alta estima, y cuya ayuda me procuré a fin de recabar planos y detalles que sirvieran de guía en la próxima restauración. La contemplación del edificio en sí no me produjo ninguna emoción especial, al tratarse de un tambaleante montón de ruinas medievales cubiertas de líquenes y plagadas de nidos de grajos que se encontraban suspendidas peligrosamente al borde de un precipicio y que estaban desprovistas de suelos u otros elementos interiores a excepción de las paredes de piedra de las torres anexas.

A medida que fui reuniendo información poco a poco sobre el aspecto del edificio en los tiempos en que mi antepasado lo había abandonado más de tres siglos atrás, empecé a contratar obreros para su reconstrucción. Me vi obligado en todos los casos a buscarlos en poblaciones distintas a la más próxima al lugar, ya que los habitantes de Anchester albergaban un miedo y una aversión hacia él que rayaban lo inverosímil. Este sentimiento era tan intenso que a veces se transmitía a los trabajadores venidos de fuera, hecho que provocó numerosas deserciones; al tiempo que su alcance parecía incluir tanto al edificio en sí como a la antigua familia que lo había ocupado.

Mi hijo me había contado que la gente lo había evitado un poco durante sus visitas debido a que era un De la Poer, y ahora yo me vi sutilmente rehuido por la misma razón[67], hasta que logré convencer a

los campesinos de que apenas sabía nada de mi herencia. Aun así siguieron teniéndome una hosca antipatía, por lo que me vi obligado a recabar la mayor parte de las historias locales por mediación de Norrys. Tal vez lo que la gente no era capaz de perdonar era que hubiera ido allí a restaurar un símbolo tan abominable para ellos; dado que, de forma racional o no, tenían Exham Priory por nada menos que un nido de demonios y hombres lobo.

Después de atar cabos entre las historias que Norrys recopiló para mí, y de complementarlas con los trabajos de varios eruditos que habían estudiado las ruinas, llegué a la conclusión de que Exham Priory se levantaba en el mismo emplazamiento de un templo prehistórico: una construcción druídica o antedruídica que debía de haber sido contemporánea de Stonehenge[68]. Que allí se habían celebrado ritos indescriptibles era algo que pocos dudaban, y existían desagradables leyendas que hablaban de la transferencia de estos ritos al culto a Cibeles[69] que los romanos habían introducido. Ciertas inscripciones aún visibles en el subsótano del edificio presentaban caracteres tan inconfundibles como «DIV… OPS… MAGNA. MAT…»[70], un epígrafe dedicado a la Magna Mater, aquella cuyo siniestro culto había estado en su día vanamente prohibido a los ciudadanos romanos. Anchester había sido el campamento de la tercera legión de Augusto[71], tal como atestiguan numerosos restos, y se decía que el templo de Cibeles era espléndido y rebosaba de adoradores que practicaban nefandas ceremonias siguiendo los mandamientos de un sacerdote frigio[72]. Las historias decían además que el ocaso de la antigua religión no había acabado con las orgías en el templo, sino que los sacerdotes habían seguido viviendo en la nueva fe sin ningún cambio real. Se decía asimismo que los ritos no habían desaparecido junto con el poder romano, y que algunos sajones[73] habían ampliado lo que aún quedaba del templo y le habían dado el trazado básico que este había conservado a partir de entonces, convirtiéndolo en el centro de un culto temido en media heptarquía[74]. Una crónica del año 1000 d.C. aproximadamente[75] alude al lugar como un sólido edificio de piedra que albergaba a una extraña y poderosa orden monástica, y que se hallaba rodeado por una extensa huerta que no necesitaba de muros para mantener alejado a un asustado populacho. Los daneses[76] no habían llegado a destruirlo, aunque después de la conquista normanda debió de entrar en una terrible decadencia, puesto que no hubo ningún impedimento cuando Enrique III otorgó el terreno a mi antepasado, Gilbert de la Poer, el primer barón Exham, en 1261[77].

No existen leyendas siniestras relativas a mi familia antes de esta fecha, pero algo extraño debió de suceder entonces. En una crónica se hace referencia a que un De la Poer había sido «maldecido por Dios» en 1307, al tiempo que las leyendas locales solamente tenían cosas

ominosas y desesperadamente aterradoras que decir del castillo que se erigió sobre los cimientos del antiguo templo y monasterio. Las historias que se contaban en las casas por la noche eran de un tipo sumamente truculento, y resultaban más espantosas aún tanto por su temerosa renuencia a entrar en detalles como por su carácter turbiamente evasivo. Aquellas historias representaban a mis ancestros como una estirpe de demonios al lado de los cuales Gilles de Retz[78] y el Marqués de Sade[79] parecerían los mayores principiantes, e insinuaban de manera susurrante su responsabilidad por algunas desapariciones que se habían producido a veces entre los habitantes del pueblo a lo largo de varias generaciones.

Los peores elementos, al parecer, eran los barones y sus herederos directos; o, por lo menos, eran los que más cuchicheos suscitaban. Se decía que, si uno de tales herederos presentaba inclinaciones más sanas de lo habitual, a menudo sufría una muerte prematura y misteriosa a fin de dejar su lugar a otro vástago más representativo del linaje. Parecía existir una secta en su seno, presidida por el cabeza de familia y en ocasiones limitada únicamente a unos pocos de sus miembros. Más que la ascendencia, era la forma de ser lo que a todas luces constituía la base de aquella secta, dado que varios de sus integrantes habían entrado en la familia por la vía del matrimonio. *Lady* Margaret Trevor de Cornualles, esposa de Godfrey, el segundo hijo del quinto barón, llegó a ser la peor pesadilla de los niños de la región, así como la diabólica protagonista de una antigua balada particularmente horripilante que aún no ha sido olvidada del todo en las zonas próximas a la frontera con Gales. También en otra balada se recuerda, ilustrando no obstante un caso distinto, la espantosa historia de *lady* Mary de la Poer, quien al poco tiempo de desposarse con el *earl* de Shrewsfield resultó asesinada por este último y su madre: un crimen tras el cual el sacerdote al que ambos feminicidas confesaron aquello que no se atrevían a contar al resto del mundo los absolvió y les dio su bendición.

Estos mitos y canciones, por muy normales que fueran en un entorno vulgarmente supersticioso, me provocaban un gran rechazo. Su persistencia, así como su adscripción a tantos y tantos de mis ancestros, resultaba especialmente incómoda; al tiempo que las imputaciones de monstruosas costumbres me recordaban con desagrado al único escándalo conocido entre mis parientes más directos: el caso de mi primo, el joven Randolph Delapore de Carfax, quien se había ido a vivir entre los negros y convertido en un sacerdote vudú[80] tras su regreso de la guerra mexicano-estadounidense[81].

Mucho menos perturbadoras para mí eran las historias de tipo más vago que hablaban de gemidos y aullidos escuchados en el yermo

valle azotado por el viento al pie del precipicio calizo; del pestilente olor a cadáver que se percibía tras las lluvias de primavera; de la chillona y agonizante cosa blanquecina que el caballo de *sir* John Clave había aplastado una noche en mitad de un campo solitario[82], y del sirviente que se había vuelto loco debido a algo que había visto en el castillo a plena luz del día. Todas estas cosas eran manidos cuentos de fantasmas, y yo, por aquel entonces, un escéptico declarado. Las historias referentes a desapariciones de campesinos eran menos susceptibles de desestimación, aunque tampoco resultaban particularmente significativas habida cuenta de las costumbres medievales. Husmear en terreno vedado conllevaba la muerte, y más de una cabeza decapitada había sido exhibida públicamente en los baluartes -hoy desaparecidos- que rodeaban Exham Priory.

Algunas de aquellas historias eran extremadamente pintorescas, y me hacían desear haber aprendido más mitología comparada en mi juventud. Existía la creencia, por ejemplo, de que una legión de demonios con alas de murciélago celebraba aquelarres todas las noches en el castillo; una legión cuyo sustento podía explicar la desproporcionada abundancia de hortalizas vulgares que se cosechaban en su enorme huerta. Y la más vívida de todas aquellas fabulaciones era la dramática historia de las ratas: la plaga de obscenas alimañas que había surgido en estampida del castillo tres meses después de la tragedia que la había condenado al abandono; la flaca, inmunda y hambrienta plaga que había arrasado todo lo que había encontrado a su paso y devorado aves de corral, gatos, perros, cerdos, ovejas e incluso dos desventurados seres humanos antes de agotar su furia. Existe toda una serie de historias diferentes centradas en aquella plaga de roedores imposible de olvidar, puesto que esta se diseminó entre las casas del pueblo y trajo consigo diversas calamidades y horrores[83].

Tales eran las leyendas con que me vi bombardeado mientras trataba de llevar a cabo, con la obstinación típica de un anciano, la tarea de reconstruir el hogar de mis antepasados. No ha de imaginarse ni por un instante que estas historias conformaban mi principal entorno psicológico; ya que, por otro lado, recibía constantes ánimos y elogios por parte del Cap. Norrys, así como también de los estudiosos del pasado que me rodeaban y ayudaban. Una vez acabado el trabajo, más de dos años después de su inicio, contemplé las grandes habitaciones, las paredes paneladas en madera, los techos abovedados, las arqueadas ventanas con parteluces y las amplias escaleras con un orgullo que compensaba plenamente el inmenso coste de aquella restauración. Todos los rasgos propios de la arquitectura del Medievo habían sido hábilmente reproducidos, y las partes nuevas se fundían perfectamente con los muros y cimientos originales. El hogar ancestral

de mis padres había sido reconstruido, y me encontraba deseoso de rectificar por fin la terrible fama local del linaje del cual yo era el último representante. Me instalaría en aquella casa de forma permanente y demostraría que un De la Poer (pues había adoptado nuevamente la grafía original del apellido) no tenía por qué ser necesariamente un monstruo. Es posible que mi sensación de comodidad se viera incrementada por el hecho de que, aunque Exham Priory tuviera una decoración medieval, su interior fuese en verdad completamente nuevo y estuviese libre tanto de viejas alimañas como de viejos fantasmas.

Como ya he dicho, me mudé a la casa el 16 de julio de 1923. El resto de sus ocupantes lo conformaban siete criados y nueve gatos, especie esta última por la que siento un particular afecto. El mayor de todos mis felinos, Negrito[84], tenía siete años y se había venido al castillo conmigo desde mi hogar en Bolton, Massachusetts[85]. Los demás había ido acumulándolos durante el tiempo que había estado alojado con la familia del Cap. Norrys, mientras tenía lugar la restauración del castillo. Los cinco primeros días disfrutamos de una rutina sumamente plácida, durante la cual me dediqué mayormente a compilar de manera ordenada información relativa al pasado de mi familia. Había logrado reunir para entonces algunas historias muy detalladas de la tragedia y huida final de Walter de la Poer, suceso que, me figuraba, podía ser el tema tratado en el documento hereditario perdido en el incendio de Carfax. Mi antepasado, al parecer, fue acusado con mucha razón de haber asesinado mientras dormían a todos sus familiares y criados en la casa -menos a cuatro cómplices entre el servicio- unas dos semanas después de haber hecho un impactante hallazgo que cambió radicalmente su comportamiento[86], pero que, salvo de manera implícita, no reveló a persona alguna excepto tal vez a los sirvientes que lo habían ayudado y que habían huido después adonde nadie pudiera atraparlos.

Esta matanza deliberada, entre cuyas víctimas se habían contado un padre, tres hermanos y dos hermanas, fue perdonada en buena medida por los vecinos del pueblo, y tratada por las autoridades con tal laxitud que su perpetrador escapó indemne, entre honores y sin ocultar su identidad a Virginia; siendo la opinión general cuchicheada entre las gentes que mi antepasado había purgado aquella tierra de una maldición inmemorial. Qué descubrimiento había provocado un acto tan terrible era algo que apenas podía conjeturar siquiera. Walter de la Poer debía de llevar años conociendo los siniestros rumores que rodeaban a su familia, así que dichas habladurías no podían haber sido el motivo de su extraño impulso. ¿Había sido testigo, entonces, de algún terrible rito ancestral, o tropezado con algún símbolo espantoso y revelador en el propio castillo o en sus alrededores? De él se decía

que había sido un joven tímido y apacible cuando vivía en Inglaterra. En Virginia había parecido más alguien angustiado y aprensivo que amargado o encallecido. Otro aventurero de noble cuna, Francis Harley de Bellview[87], lo había descrito en su diario como un hombre de una rectitud, honorabilidad y sensibilidad sin precedentes.

El 22 de julio se produjo el primer incidente, el cual, pese a haber sido tomado a la ligera en su momento, adquiere una significación preternatural al relacionarlo con los acontecimientos que tuvieron lugar posteriormente. Fue algo tan trivial como para resultar casi inapreciable, y es imposible que me hubiera fijado en ello en aquellas circunstancias; pues se ha de tener presente que dado que me encontraba en un edificio prácticamente nuevo y recién construido salvo por sus paredes, y rodeado por un personal doméstico mentalmente equilibrado, cualquier aprensión debería haber sido absurda a pesar del entorno. Lo que más tarde recordé fue simplemente lo siguiente: que mi viejo gato negro, cuyos estados de ánimo tan bien conozco, se encontraba indudablemente alerta e inquieto hasta un punto completamente impropio de su forma de ser; paseándose nervioso y alterado de habitación en habitación, y olisqueando constantemente las paredes que habían formado parte de la antigua construcción gótica. Me doy cuenta de lo manido que suena esto -como ese perro recurrente de las historias de fantasmas que siempre gruñe antes de que su amo vea a la figura cubierta por la sábana-, más aun así no puedo dejar de pensar en ello.

Al día siguiente un criado se quejó de que todos los gatos de la casa se encontraban muy intranquilos. Vino a verme a mi estudio, una habitación en el ala oeste del primer piso provista de una alta bóveda de arista, un oscuro panelado en madera de roble y una triple ventana gótica con vistas al precipicio de roca caliza y al desolado valle; y, al mismo tiempo que hablaba, vi la figura azabache de Negrito deslizándose sigilosamente a lo largo de la pared occidental y arañando los nuevos paneles que cubrían la piedra del antiguo castillo. Le dije al hombre que debía de estar saliendo algún olor o emanación particular de la vieja sillería; imperceptible para los sentidos humanos, pero capaz de excitar los sensibles órganos olfativos de los gatos incluso a través de los paneles de madera que la cubrían. Yo creía realmente en aquella explicación, y cuando el hombre planteó la posibilidad de que pudiera haber ratones o ratas, yo le dije que no había habido ratas allí desde hacía trescientos años, y que sería incluso harto difícil encontrar ratones de campo de las tierras de alrededor en el interior de aquellos altos muros, por los cuales, hasta donde se sabía, nunca se habían metido. Esa tarde fui a visitar al Cap. Norrys, y me aseguró que sería algo absolutamente sorprendente que el castillo se hubiera visto infestado por ratones de

campo de un modo tan repentino e inaudito.

Aquella noche, prescindiendo como de costumbre de mi ayuda de cámara, me retiré a la alcoba de la torre oeste que había escogido como propia, a la cual se accedía desde el estudio por una escalera de piedra y un corto pasadizo que habían sido, respectivamente, parcial y enteramente restaurados. Se trataba de una habitación circular, de techo muy alto y sin paneles de madera en las paredes, las cuales, no obstante, se hallaban decoradas con unos tapices de Arrás que yo mismo había elegido en Londres. Tras cerciorarme de que Negrito estaba conmigo, cerré la pesada puerta gótica y me fui a acostar alumbrado por las bombillas eléctricas de la estancia tan hábilmente diseñadas para parecer velas, hasta que al fin apagué la luz y me acomodé en la cama de madera tallada con dosel, con mi viejo gato en su sitio habitual echado sobre mis pies. No había corrido las cortinas, así que me quedé mirando la estrecha ventana que tenía enfrente, la cual daba al norte. Una aurora boreal iluminaba tenuemente el cielo, y la fina tracería de la ventana se recortaba sobre él de manera agradable.

Debí de caer plácidamente dormido en algún momento, dado que recuerdo tener la clara sensación de haber salido de unos extraños sueños en el instante en que el gato abandonó con un violento respingo su tranquila posición. Lo vi a la débil luz de la aurora, con la cabeza echada hacia delante, las patas delanteras apoyadas en mis tobillos y las traseras extendidas hacia atrás. Tenía la vista totalmente clavada en un punto de la pared situado un poco al oeste de la ventana; un punto que no parecía tener nada de especial a mis ojos, pero hacia el cual dirigí entonces toda mi atención. Y al hacerlo, supe que Negrito no estaba alterado sin motivo. Si el tapiz se movió realmente o no es algo que no sé decir. Yo creo que sí lo hizo, de forma muy leve. Pero lo que sí puedo jurar es que detrás de él oí un débil y claro correteo como de ratas o ratones. Un segundo después el gato se había abalanzado de lleno sobre el tapiz que ocultaba la pared, haciendo caer al suelo con su peso la sección atacada y dejando expuesto un húmedo y antiguo muro de piedra; arreglado aquí y allá por los restauradores, y desprovisto de cualquier rastro de roedores intrusos. Negrito empezó entonces a correr de un lado a otro junto a aquella parte del muro, arañando el tapiz caído y tratando a veces, por lo que parecía, de introducir una pata entre la pared y el suelo de roble. Sin embargo, no encontró nada, y al cabo de un rato el animal regresó cansinamente a su sitio sobre mis pies. Yo no me había movido, pero esa noche no pude volver a conciliar el sueño.

Por la mañana interrogué a todos los sirvientes, y descubrí que ninguno de ellos había advertido nada inusual a excepción de la cocinera, que recordó lo que había hecho un gato que había estado

descansando en la repisa de su ventana. Aquel gato había emitido un largo maullido gutural a alguna hora indeterminada de la noche, despertando a la cocinera a tiempo de que esta lo viera salir decididamente como una flecha por la puerta abierta escaleras abajo. Aquel mediodía lo pasé dormitando, y al llegar la tarde volví a visitar al Cap. Norrys, quien se mostró extremadamente interesado por lo que le estuve contando. Los extraños incidentes -tan insignificantes y al mismo tiempo tan curiosos- le resultaron atrayentes en virtud de su carácter pintoresco y le hicieron rememorar varias leyendas de fantasmas de la región. Estábamos verdaderamente perplejos de que hubiera ratas en el castillo, y Norrys me dejó unas cuantas trampas y verde de París[88], los cuales, a mi regreso, hice colocar a los sirvientes en varios puntos estratégicos de la casa.

Como tenía mucho sueño, me fui a la cama temprano, pero aun así me vi acosado por sueños de un tipo sumamente horrible. En ellos, me pareció estar contemplando desde una inmensa altura una gruta sumida en la penumbra, y anegada de inmundicia hasta la rodilla, en la que un porquero de barba blanca y aspecto diabólico dirigía con su cayado a un rebaño de bestias fofas y fungosas[89] cuyo aspecto me llenó de una repugnancia inenarrable. Entonces, justo en el momento en que el porquero se detenía y asentía satisfecho con la cabeza al observar su labor, una inmensa tromba de ratas cayó como un aguacero sobre el pestilente abismo y empezó a devorar tanto a las bestias como al hombre.

Desperté súbitamente de esta terrorífica visión por los movimientos de Negrito, quien había estado durmiendo como de costumbre echado sobre mis pies. Esta vez no tuve que investigar el origen de sus gruñidos y bufidos, ni del miedo que le hacía clavar las garras en mi tobillo, sin ser consciente de su efecto; pues las paredes del aposento vibraban por todos lados con un ruido nauseabundo: un susurrante y repulsivo correteo de gigantescas ratas hambrientas. Ya no había ninguna aurora boreal que permitiera ver si se movía el tapiz -cuya sección caída había vuelto a colgar en su sitio-, pero aun así, el miedo que sentía no era tan intenso como para impedirme encender la luz.

Cuando las bombillas iluminaron súbitamente la estancia vi que el tapiz entero estaba sacudiéndose de un modo espantoso, haciendo que sus un tanto peculiares dibujos ejecutaran una singular danza macabra. Aquel movimiento cesó prácticamente de inmediato, y con él el ruido. Tras saltar fuera de la cama, toqué el tapiz con el largo mango de un calentador de cama que tenía cerca, y levanté una de sus secciones para ver qué había detrás. Pero allí no había nada salvo el remendado muro de piedra, e incluso el gato se había relajado, al no percibir ya ninguna presencia anormal. Cuando examiné la trampa circular que había sido colocada en la habitación, vi que habían

saltado todos los resortes de sus bocas, aunque no quedaba ningún rastro de aquello que había sido atrapado y que después había conseguido escapar.

Seguir durmiendo ya no era una opción, de modo que, tras encender una vela, abrí la puerta y salí al pasadizo en dirección a las escaleras hacia mi estudio, con Negrito siguiéndome a corta distancia. No obstante, antes de llegar a los antiguos escalones de piedra, el gato salió disparado por delante de mí y bajó por ellos a toda velocidad, desapareciendo de mi vista. Cuando yo mismo me encontraba bajando, advertí de repente unos ruidos en la gran habitación al pie de la escalera: ruidos de una naturaleza inconfundible. Las paredes revestidas con paneles de roble eran un invisible hervidero de ratas, que correteaban de un lado a otro en agitado tropel mientras Negrito trataba frenéticamente de perseguirlas con la rabia de un cazador confundido. Al llegar a la habitación, encendí la luz, lo cual no hizo desaparecer el ruido esta vez. Las ratas continuaron con su alboroto, moviéndose en estampida con tal fuerza y claridad que al final me fue posible asignar una dirección concreta a sus movimientos. Aquellas criaturas, en número aparentemente inagotable, se encontraban enfrascadas en una monstruosa migración desde alturas impensables hasta algún lugar bajo el castillo situado, quizás, a inconcebible profundidad.

En ese momento oí pasos en el corredor, y un segundo después dos sirvientes abrieron la pesada puerta. Estaban registrando la casa en busca de lo que fuera que había sumido a todos los gatos de la casa en un violento pánico y les había hecho bajar precipitadamente varios tramos de escalera para sentarse, maullando, frente a la puerta cerrada que llevaba al subsótano. Les pregunté si habían oído a las ratas, pero contestaron negativamente. Y cuando me giré para dirigir su atención hacia los ruidos tras los paneles, me di cuenta de que estos habían cesado. Acompañado de los dos hombres, bajé entonces a la puerta del subsótano, pero me encontré con que los gatos ya se habían dispersado. Más tarde tomaría la decisión de explorar la cripta bajo el castillo, pero en ese momento me limité a hacer una ronda para revisar las trampas. Todas habían saltado, pero todas se encontraban también vacías. Tras asegurarme de que los felinos y yo habíamos sido los únicos en oír a las ratas, me fui al estudio y permanecí allí sentado hasta el amanecer; reflexionando profundamente, y repasando en mi cabeza cada leyenda, por pequeña que fuera, que había descubierto acerca del edificio en que vivía.

Dormí un poco por la mañana, cómodamente reclinado en el único sillón de lectura que mi plan de decoración medieval no había conseguido eliminar. Luego telefoneé al Cap. Norrys, quien vino para ayudarme a explorar el subsótano. No encontramos absolutamente

nada nocivo en él, pero no pudimos evitar estremecernos al recordar que aquella cripta había sido construida por manos romanas. Todos y cada uno de sus bajos arcos y sólidos pilares eran de ese estilo; no del decadente románico de los torpes sajones, sino del austero y armonioso clasicismo de la era de los cesares. De hecho, las paredes abundaban en inscripciones sobradamente conocidas por los estudiosos del pasado que en tantas y tantas ocasiones habían inspeccionado el lugar; cosas como: «P.GETAE. PROP […] TEMP […] DONA […]» y «L. PRAEC […] VS […] PONTIFI […] ATYS […]»[90].

La referencia a Atis me causó un escalofrío, dado que había leído a Catulo y sabía algo de los espantosos ritos de aquel dios del Oriente, cuyo culto estaba tan entremezclado con el de Cibeles[91]. Norrys y yo, a la luz de nuestras lámparas, tratamos de interpretar los extraños y casi borrados dibujos presentes en ciertos bloques de piedra irregularmente rectangulares que eran considerados altares según la opinión general; mas no conseguimos sacar nada en claro de ellos. Recordamos que los estudiosos pensaban que uno de aquellos motivos, una especie de sol radiante[92], apuntaba a un origen prerromano, lo cual parecía indicar que aquellos altares habían formado parte de algún templo más antiguo situado en el lugar -y dedicado quizás a deidades autóctonas- y que los sacerdotes del Imperio simplemente habían seguido usándolos. En uno de los bloques había unas manchas marrones que sembraron preguntas en mi mente[93]. El mayor de ellos, ubicado en el centro de la estancia, presentaba características en su cara superior que lo relacionaban con el fuego, probablemente con la incineración de ofrendas.

Ese era el tipo de cosas que uno podía ver en aquella cripta frente a cuya puerta los gatos habían estado maullando lúgubremente, y en la cual Norrys y yo decidimos en ese momento pasar la noche. Los sirvientes bajaron al lugar unos divanes, tras lo cual les dimos instrucciones de no hacer caso a los gatos hicieran lo que hicieran por la noche. También dejamos que Negrito se quedara con nosotros, tanto por la ayuda que pudiera brindar como por su simple compañía. Decidimos mantener la gran puerta de roble -una reproducción moderna, con rendijas de ventilación- firmemente cerrada; y, una vez que nos hubimos ocupado de todo esto, nos acostamos con las lámparas aún encendidas a esperar cualquier acontecimiento que pudiera presentarse.

La cripta se encontraba a gran profundidad en los cimientos del castillo, así como, sin ningún lugar a dudas, muy abajo en la pared del prominente precipicio calizo que dominaba el desolado valle. Que era allí adonde se había dirigido aquel inexplicable tropel de ratas, estaba seguro de ello, aunque el porqué era algo que se me escapaba. Mientras nos hallábamos allí tumbados en actitud expectante, vi

ocasionalmente entremezclada mi vigilia con sueños a medio formar de los que me despertaban los inquietos movimientos del gato que estaba echado sobre mis pies. Estos sueños no eran normales, sino horriblemente parecidos al que había tenido la noche anterior. Vi de nuevo la gruta en penumbra, y al porquero con sus innombrables bestias fungosas que se revolcaban en inmundicias; y al fijarme en estas últimas, me pareció verlas de manera más cercana y clara, hasta tal punto de que casi era capaz de distinguir los fofos rasgos de sus caras. Entonces logré distinguir los de una de ellas… y desperté soltando tal grito que mi mascota se levantó sobresaltada, a la vez que el Cap. Norrys, que no se había dormido, se echaba a reír de forma bastante sonora. Quizá Norrys se habría reído aún más -o puede que menos- si hubiera sabido lo que me hizo gritar; pero yo mismo no lo recordaría hasta más tarde. A menudo los mayores horrores provocan que la memoria se bloquee de forma misericordiosa.

Norrys me despertó en cuanto comenzaron los fenómenos extraños, viéndome arrancado del mismo sueño aterrador por su suave zarandeo y su exhortación a que escuchase a los gatos. Y, ciertamente, había mucho que escuchar, dado que al otro lado de la puerta cerrada en lo alto de la escalera de piedra estaba teniendo lugar una verdadera pesadilla de maullidos y arañazos felinos, mientras Negrito, ignorando completamente a sus congéneres de fuera, correteaba con excitación delante de las desnudas paredes de piedra, tras las cuales yo oía la misma babel de ratas en desbandada que me había perturbado la noche anterior.

Brotó entonces en mi corazón un agudo terror, pues aquellas eran anomalías que nada normal podía explicar de forma satisfactoria. Aquellas ratas, si no eran creaciones de una locura que solamente compartíamos los gatos y yo, debían de estar abriéndose paso y deslizándose por muros romanos que yo había creído bloques macizos de roca caliza… a no ser quizá que la acción del agua durante más de diecisiete siglos hubiera excavado sinuosas galerías que los cuerpos de los roedores hubieran despejado y ensanchado… Pero, aun siendo este el caso, ello no empequeñecía aquel fantasmagórico horror; puesto que, si las alimañas eran reales, ¿por qué no oía Norrys su asqueante alboroto? ¿Por qué me instaba a mirar a Negrito y a escuchar a los gatos al otro lado de la puerta, y por qué hacía absurdas y vagas conjeturas respecto al posible motivo de su excitación?

Para cuando conseguí decirle, del modo más racional que pude, lo que creía estar oyendo, me dio la impresión de que el ruido del correteo se perdía a lo lejos, a todavía *mayor profundidad*, muy por debajo de aquel subsótano en las entrañas de la tierra, hasta que el risco entero bajo mis pies pareció estar lleno de ratas carroñeras. Norrys no se mostró tan escéptico como yo había esperado,

pareciendo hallarse por el contrario profundamente turbado. Me hizo entonces un gesto para indicarme que los gatos de la puerta habían cesado en su escándalo, como si hubieran dado a las ratas por perdidas. Negrito, en cambio, estaba sufriendo un nuevo arrebato de nerviosismo, arañando frenéticamente en derredor la parte baja del gran altar de piedra en el centro de la estancia, que quedaba más cerca del diván de Norrys que del mío.

Mi miedo a lo desconocido era en aquel momento muy grande. Algo increíble había tenido lugar, y vi que el Cap. Norrys, un hombre más joven, corpulento y presumiblemente más materialista por naturaleza que yo, se encontraba igual de impactado -quizá debido a su larga y estrecha familiaridad con las leyendas de la región-. Por de pronto no fuimos capaces de hacer otra cosa que observar al viejo gato negro mientras este rascaba el pie del altar con cada vez menos energía, al tiempo que levantaba de tanto en tanto la cabeza y maullaba hacia mí con ese tono persuasivo que empleaba cuando quería que yo le hiciera algún favor.

Norrys acercó entonces una lámpara al altar y examinó el sitio en el que Negrito estaba rascando con la pata, arrodillándose silenciosamente y raspando los líquenes de siglos que unían el enorme bloque prerromano al suelo teselado. No encontró nada, pero justo cuando se disponía a abandonar sus esfuerzos yo reparé en una circunstancia trivial que me hizo estremecer, aunque no apuntara a nada más que a lo que yo ya me había imaginado. Se la señalé a Norrys, y ambos observamos su casi imperceptible manifestación con la mirada fija que provoca la fascinación y aceptación de un hallazgo. Se trataba solo de lo siguiente: que la llama de la lámpara colocada junto al altar estaba oscilando de forma leve pero inequívoca por culpa de una corriente de aire que no había recibido antes, y que provenía sin ningún lugar a dudas de las rendijas abiertas entre el suelo y el altar en el punto donde Norrys estaba raspando los líquenes.

Los dos pasamos el resto de la noche en el bien iluminado estudio, discutiendo con nerviosismo qué debíamos hacer a continuación. El descubrimiento de que bajo aquella mole maldita había alguna cripta más profunda aún que el subterráneo romano más hondo que se conocía -una cripta insospechada por los curiosos anticuarios de tres siglos- habría sido suficiente para entusiasmarnos incluso sin ningún trasfondo siniestro. Dadas las circunstancias, nuestra fascinación era doble, así que nos paramos a considerar si debíamos desistir de nuestra búsqueda y abandonar para siempre el castillo por supersticiosa cautela, o bien satisfacer nuestra sed de aventuras y enfrentarnos a los horrores que tal vez nos aguardaban en aquellas ignotas profundidades, fueran cuales fueran. Al llegar la mañana habíamos convenido ya tomar una opción intermedia, y decidido ir a

Londres a reunir un grupo de arqueólogos y científicos capaces de hacer frente al misterio. Habría que mencionar que antes de marcharnos del subsótano hicimos un infructuoso intento de mover el altar central, el cual ya ambos identificábamos como la puerta a un nuevo abismo de terror indescriptible. Qué secretos habría de revelar dicha puerta era algo que tendrían que descubrir hombres más sabios que nosotros.

Durante muchos días en Londres, el Cap. Norrys y yo presentamos nuestras experiencias, conjeturas e historias de leyenda a cinco destacadas autoridades; hombres todos ellos de los que cabía esperar que respetaran cualquier revelación familiar que pudieran dar de sí futuras exploraciones. Encontramos a casi todos ellos poco inclinados a burlarse de nuestro caso, mostrándose en cambio hondamente interesados y francamente receptivos. Apenas es necesario nombrarlos, pero puedo decir que entre ellos estaba sir William Brinton, cuyas excavaciones en la Tróade[94] entusiasmaron en su día a prácticamente el mundo entero. Cuando todos nos subimos al tren con destino a Anchester, me sentí como si estuviera a punto de toparme con terribles revelaciones; una sensación que se vio simbolizada por la atmósfera de duelo, entre los muchos estadounidenses que iban a bordo, provocada por la inesperada muerte del presidente al otro lado del globo[95].

Llegamos a Exham Priory la noche del 7 de agosto, y una vez allí los sirvientes me aseguraron que no había ocurrido nada inusual. Los gatos, incluido el viejo Negrito, habían estado completamente tranquilos; y no había saltado ni una sola de las trampas colocadas por la casa. Pensábamos iniciar nuestras exploraciones al día siguiente, en espera de lo cual asigné habitaciones bien equipadas a todos mis invitados. Yo, por mi parte, me fui a acostar a mi alcoba de la torre, con Negrito echado encima de mis pies. Caí dormido enseguida, pero me asaltaron horrendas pesadillas. Tuve una visión de un banquete romano como el de Trimalción[96], en el cual había algo horrible en una fuente tapada; y después se presentó ese detestable sueño recurrente sobre el porquero y su sórdida manada en la gruta penumbrosa. No obstante, cuando desperté ya era pleno día, y los ruidos que se oían en la casa eran todos normales. Las ratas, reales o fantasmales, no habían perturbado mi sueño, y Negrito seguía aún plácidamente dormido. Al bajar, descubrí que en el resto de la casa había reinado la misma tranquilidad; una situación que uno de los sabios reunidos -un tipo llamado Thornton, que se dedicaba al estudio de lo paranormal- atribuyó de manera bastante absurda al hecho de que ya me había sido mostrado aquello que ciertas fuerzas querían mostrarme.

Todo estaba ya listo, y a las once de la mañana nuestro grupo de siete hombres, pertrechados con potentes reflectores eléctricos y

herramientas de excavación, bajó hasta el subsótano y cerró la puerta con cerrojo. Negrito venía con nosotros, ya que los investigadores no veían motivos para desdeñar su excitabilidad y se encontraban, a decir verdad, deseosos de que estuviera presente en caso de que se dieran extrañas apariciones de roedores. Apenas dedicamos tiempo a examinar las inscripciones romanas y los misteriosos dibujos del altar, pues tres de los sabios ya los habían visto y todos estaban al tanto de sus características. Prestamos atención mayormente al importante altar central, y antes de que hubiera transcurrido una hora, sir William Brinton ya había conseguido inclinarlo hacia atrás por medio de una extraña especie de contrapeso.

Quedó entonces al descubierto algo tan horrible que nos habría dejado abrumados si no hubiéramos estado ya mentalmente preparados para ello. Al otro lado de una abertura prácticamente cuadrada en el suelo teselado, desparramados sobre un tramo de escalones de piedra tan enormemente desgastados que eran poco más que un plano inclinado en su parte central, había una espeluznante colección de huesos humanos o semihumanos. Aquellos que seguían agrupados en forma de esqueletos presentaban posturas de terror pánico, y todos ellos estaban cubiertos por marcas de dientes de roedores. Los cráneos mostraban signos de poco menos que idiocia total, cretinismo[97] o una primitiva morfología semisimiesca. Por encima de los escalones horrendamente alfombrados de huesos se arqueaba un pasadizo descendente aparentemente excavado en la roca viva, y por el cual circulaba una corriente de aire: no una súbita ráfaga de aire mefítico como el que surge de una cripta sellada, sino una fresca brisa provista de una cierta salubridad. No estuvimos mucho rato parados, y empezamos a abrir un pasillo en la escalera apartando los huesos entre escalofríos. Entonces *sir* William, al examinar las paredes del pasadizo, hizo la curiosa observación de que este último, a juzgar por la dirección de los golpes de pico, debía de haber sido excavado *desde abajo*.

He de ser ahora muy cuidadoso, y elegir bien mis palabras.

Tras bajar unos cuantos escalones abriéndonos camino entre aquellos huesos roídos vimos que había luz más adelante: no una fosforescencia de naturaleza mística, sino una luz diurna que solo podía estar filtrándose a través de fisuras ocultas en la pared del precipicio que dominaba el desolado valle. Que aquellas fisuras hubieran pasado desapercibidas desde el exterior apenas resultaba sorprendente, puesto que, además de que el valle se encontraba completamente deshabitado, el risco era tan alto y saliente que únicamente un aeronauta habría sido capaz de estudiar su pared en detalle. Lo que vimos a continuación, tras bajar unos pocos peldaños más, nos robó literalmente la respiración; tanto es así que Thornton, el

parapsicólogo, llegó incluso a desmayarse en los brazos del atónito hombre que se encontraba a su espalda. Norrys, con su rollizo rostro completamente blanco y flácido, simplemente dejó escapar un grito inarticulado; mientras que lo que yo hice, según creo, fue dar una bocanada o siseo de asombro y taparme los ojos. El hombre que tenía detrás -el único del grupo que me sobrepasaba en edad- soltó un manido «¡Dios mío!» con la voz más rota que jamás había oído en mi vida. De siete hombres cultivados, el único que mantuvo la compostura fue *sir* William Brinton; algo que, si cabe, habla más en su favor, dado que iba abriendo la marcha y debió de ser el primero en ver aquello.

Se trataba de una gruta de enorme altura sumida en la penumbra[98], que se extendía más lejos de lo que podía alcanzar la vista de cualquiera; un mundo subterráneo de misterio ilimitado y horribles evocaciones. Dentro de ella había edificaciones y otros restos arquitectónicos: en una terrorífica ojeada, vi un extraño grupo ordenado de túmulos[99], un primitivo círculo de monolitos, unas ruinas romanas provistas de una pequeña cúpula, una gigantesca y achaparrada construcción de tiempos de los sajones, y un antiguo edificio inglés de madera; todos los cuales, no obstante, se veían empequeñecidos por el macabro espectáculo que ofrecía la superficie general del terreno. En un radio de varios metros alrededor de la escalera se extendía una demencial maraña de huesos humanos, o, al menos, tan humanos como los que plagaban los escalones. Cubrían el suelo como un mar espumoso, algunos de ellos disgregados, pero otros total o parcialmente articulados como esqueletos; estos últimos invariablemente en posturas que hablaban de un frenesí demoníaco, bien combatiendo a alguna amenaza, bien agarrando a otras figuras con intención caníbal.

Cuando el Dr. Trask, el antropólogo, se agachó para determinar la raza a la que pertenecían aquellos cráneos, se topó con una degenerada mezcolanza que lo dejó completamente desconcertado. La mayor parte de ellos correspondían a especímenes que se encontraban por debajo del hombre de Piltdown[100] en la escala evolutiva, pero que eran definitivamente humanos en todos los casos. Muchos eran de tipo más evolucionado, y unos pocos pertenecían a ejemplares sumamente desarrollados y dotados de una gran sensibilidad. Todos los huesos habían sido roídos, mayormente por ratas, pero también en parte por otros integrantes de aquella horda semihumana. Mezclados con ellos había numerosos huesecillos de ratas: miembros caídos de la mortífera legión que había puesto fin a aquella larga epopeya.

Me sorprende que cualquiera de nosotros lograra sobrevivir a aquel espantoso día de descubrimientos con su cordura intacta. Ni Hoffmann[101] ni Huysmans[102] llegaron a imaginar un escenario más

terriblemente increíble, más frenéticamente repugnante o más góticamente grotesco que aquella gruta penumbrosa en la cual los siete nos adentramos con paso tambaleante, encontrándonos con una revelación tras otra, e intentando no pensar por el momento en los hechos que debían de haber tenido lugar allí trescientos, mil, dos mil o diez mil años antes. Era la antesala del infierno, y el pobre Thornton volvió a desmayarse cuando Trask le aseguró que algunos de los seres dueños de aquellos esqueletos habían sido seguramente cuadrúpedos a lo largo de las últimas veinte generaciones o más.

El horror fue en aumento a medida que comenzamos a interpretar los restos arquitectónicos. Los seres cuadrúpedos -con alguna que otra incorporación ocasional perteneciente a la clase bípeda- habían sido mantenidos en rediles de piedra, de los cuales debían de haber terminado escapando, presa de un delirio provocado por el hambre o el miedo a las ratas. Había habido grandes manadas de ellos, cebadas de manera evidente con unas vulgares hortalizas cuyos restos aún permanecían en el fondo de unos enormes comederos de piedra de tiempos prerromanos como una especie de ensilado emponzoñado[103]. Ahora sabía por qué mis antepasados habían tenido una huerta tan descomunalmente grande; ¡ojalá fuera capaz de olvidarlo! Sobre la finalidad de aquellos rebaños no me hizo falta preguntar.

Sir William, durante la inspección que llevó a cabo de las ruinas romanas con su foco reflector, tradujo en voz alta el rito más espantoso que jamás he conocido; y nos informó acerca de la dieta del culto antediluviano que los sacerdotes de Cibeles encontraron a su llegada y acabaron mezclando con su propio credo. Norrys, pese a haberse curtido en las trincheras, no pudo evitar salir mareado del edificio inglés. Este último era una carnicería y cocina -cosa que el capitán ya se esperaba-; pero fue demasiado para él ver típicos utensilios culinarios ingleses en un lugar como aquel, así como leer típicos *graffiti* ingleses en sus paredes, algunos grabados en fechas tan recientes como el año 1610[104]. Yo no fui capaz de entrar en aquel edificio: aquel cuyas diabólicas actividades solo había conseguido detener la daga de mi antepasado Walter de la Poer.

Donde sí me atreví a entrar fue en la achaparrada construcción sajona, cuya puerta de roble se había caído, y allí encontré una sobrecogedora hilera de diez celdas de piedra provistas de barrotes oxidados. Tres tenían ocupantes, todos esqueletos de especímenes altamente evolucionados, y en el huesudo índice de uno de ellos descubrí un sello con el escudo de armas de mi familia. Sir William halló una cámara subterránea con celdas mucho más antiguas bajo la capilla romana, pero esas se encontraban vacías. Debajo de ellas había una cripta de reducida altura que albergaba cajas llenas de huesos ceremoniosamente colocados, algunas de las cuales presentaban

terribles inscripciones paralelas grabadas en latín, griego y la lengua de Frigia. El Dr. Trask, entretanto, había abierto uno de los túmulos prehistóricos, y sacado a la luz cráneos que eran poco más humanos que el de un gorila, y que tenían grabados unos ideogramas indescriptibles. Mientras todo esto ocurría, mi gato se estuvo paseando con silenciosa indiferencia por todo aquel dantesco escenario. En un momento dado, lo vi horriblemente sentado en lo alto de una montaña de huesos, y me pregunté qué secretos podían esconderse tras sus ojos amarillos.

Tras asimilar de manera un tanto superficial las terroríficas revelaciones de aquel lugar sumido en la penumbra -y prefigurado de una forma tan espantosa por mi sueño recurrente- dirigimos nuestra atención hacia las tenebrosas y aparentemente infinitas profundidades de la caverna donde ningún rayo de luz filtrado del exterior era capaz de penetrar. Nunca sabremos qué invisibles mundos estigios se abren más allá de la corta distancia a la que nos adentramos, pues se decidió que era mejor para la humanidad no conocer tales secretos. No obstante, había muchas cosas a mano en las que absorber nuestra atención, ya que antes de que nos hubiéramos alejado mucho los reflectores revelaron aquella detestable infinidad de fosas en las que las ratas se habían alimentado a placer, y cuya súbita falta de rellenado había llevado a la voraz legión de roedores primero a atacar a los famélicos rebaños de ganado que aún seguían vivos y después a escapar en violento tropel del castillo en aquella histórica orgía de devastación que los campesinos jamás podrán olvidar.

¡Dios santo! ¡Qué visión la de aquellas negras fosas de despojos con huesos serrados y mordisqueados y cráneos abiertos! ¡Aquellas simas de pesadilla atestadas de huesos de pitecántropos[105], celtas, romanos e ingleses acumulados durante incontables siglos de impiedades! Algunas de ellas estaban llenas, sin que nadie pudiera decir cuán profundas habían sido en su día. Otras eran abismos sin fondo incluso a la luz de nuestros reflectores, hallándose pobladas de fantasías innombrables. ¿Qué pasaba -pensé- con las desafortunadas ratas que tropezaban con aquellas trampas en sus exploraciones a ciegas de aquel horripilante Tártaro?

En un momento dado sufrí un resbalón al borde de una de aquellas fosas horriblemente enormes, y por un instante experimenté un miedo arrebatador. Debía de llevar un buen rato abstraído en mis pensamientos, pues había perdido de vista a todos los demás miembros del grupo excepto al rollizo Cap. Norrys. Entonces llegó un sonido desde aquella infinita e impenetrablemente oscura lejanía que me pareció reconocer, y vi a mi viejo gato negro pasar raudo junto a mí como un alado dios egipcio[106], directo hacia el abismo sin límites de lo desconocido. Con todo, no tardé en salir detrás de él, pues un

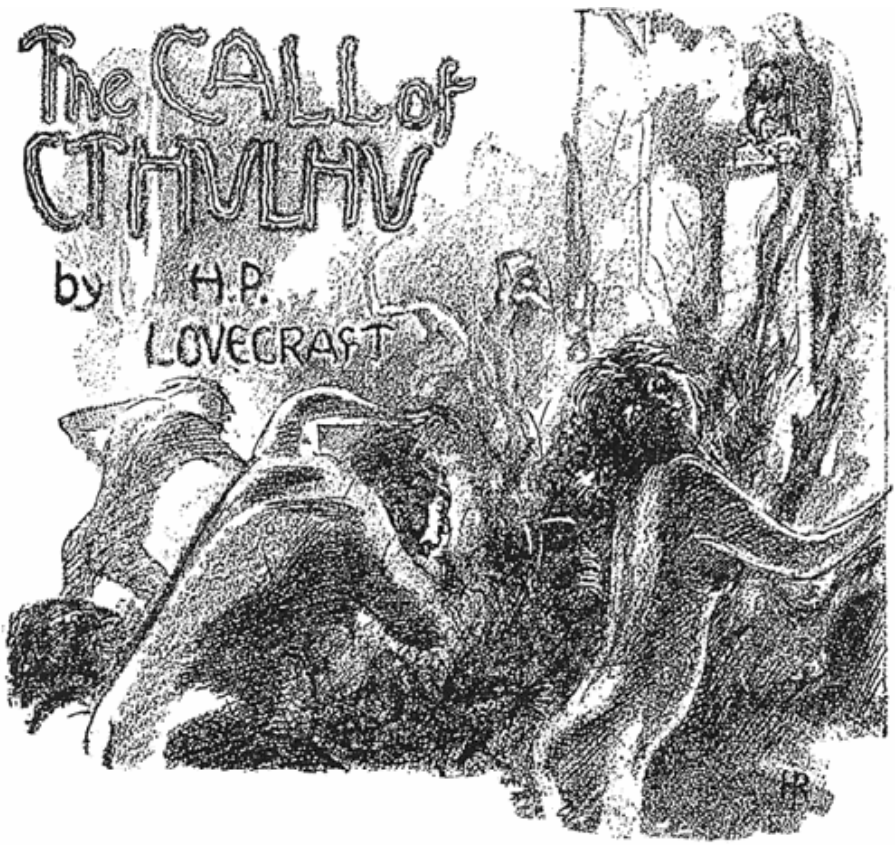
segundo más tarde ya no tenía ninguna duda. Se trataba del fantasmagórico correteo de aquellas ratas del averno, siempre a la búsqueda de nuevos horrores, y decididas a conducirme más y más lejos hasta alcanzar incluso esas cavernas dentadas del centro de la tierra en las que Nyarlathotep[107], el dios loco carente de rostro, aúlla ciegamente en la oscuridad al son de la música de dos flautistas imbéciles e informes.

La luz de mi reflector se extinguió, pero aun así seguí corriendo. Oía voces, maullidos y ecos, pero el sonido de aquel impío e insidioso correteo fue subiendo lentamente en intensidad hasta ahogar todos los demás; subiendo lentamente, de la misma manera que un cadáver rígido y abotargado sube a la superficie de un río oleaginoso que fluye bajo innumerables puentes de ónice hasta verter en un mar negro y pútrido. Algo chocó conmigo; algo blando y rollizo. Seguramente habían sido las ratas: esa viscosa, gelatinosa y hambrienta legión que se da festines con la carne de los muertos y de los vivos… ¿Por qué no iban a devorar las ratas a un De la Poer igual que un De la Poer devora cosas prohibidas?… La guerra devoró a mi hijo, malditos sean todos… y los yanquis devoraron Carfax con llamas, quemando al abuelo Delapore y el secreto familiar… ¡No, no, te digo que ese porquero diabólico de la gruta en penumbra *no soy yo*! ¡Y la cara rechoncha de aquella criatura fofa y fungosa *no era* la de Edward Norrys! ¿Quién dice que soy un De la Poer? ¡Él sobrevivió, pero mi hijo no!… ¿Debería un Norrys poseer las tierras de un De la Poer?… ¡Te digo que es cosa de vudú!… aquella serpiente moteada… ¡Maldito seas, Thornton, ya te enseñaré yo a desmayarte por lo que hace mi familia!… ¡Voto a Christo, suçio perro, que ia te enseñarè a desfallesçer assì!… *wolde ye swynke me thilke wys?*[108] … *¡Magna Mater! ¡Magna Mater!… Atys*[109]*… Dia ad aghaidh 's ad aodann… agus bas dunach ort! Dhonas 's dholas ort, agus leat-sa!*[110] … *Ungl… ungl… rrrlh… chchch…*[111].

Eso es lo que aseguran que dije cuando me encontraron en medio de la oscuridad al cabo de tres horas, agachado sobre el rechoncho cuerpo semidevorado del Cap. Norrys mientras mi propio gato saltaba y lanzaba sus zarpas contra mi cuello. Ahora han volado Exham Priory, se han llevado a Negrito de mi lado y me han encerrado en esta habitación con barrotes de Hanwell[112] mientras cuchichean con temor acerca de mi herencia y experiencias. Thornton se encuentra en la habitación de al lado, pero no me dejan hablar con él. También están tratando de ocultar casi todos los hechos relacionados con el castillo. Cuando menciono al pobre Norrys me acusan de haber cometido un acto espantoso, pero han de saber que yo no lo hice. Han de saber que fueron las ratas: esas escurridizas ratas cuyo correteo nunca me permitirá conciliar el sueño; esas diabólicas ratas que se

deslizan rápidamente tras el acolchado de esta habitación y me atraen a las profundidades de la tierra, hacia horrores más terribles de los que jamás he conocido; esas ratas que ellos nunca oyen; las ratas, las ratas de las paredes.

LA LLAMADA DE CTHULHU[113]



«El corro de adoradores saltaba y vociferaba, en una incesante bacanal entre el anillo de cuerpos y el anillo de fuego».
Weird Tales 11/2 (febrero de 1928)
Ilustración de Hugh Rankin

«*La llamada de Cthulhu» es un logro descomunal. Aunque algunos estudiosos minusvaloran este cuento argumentando que no es más que una*

mera ampliación de «Dagón», en este caso el relato es mucho más que la simple descripción de una serie de momentos terroríficos. Es el primer cuento de madurez de Lovecraft, en el que se pueden reconocer los rasgos característicos que aparecerán en obras posteriores; una estructura cuidadosamente elaborada a base de historias dentro de historias, unos narradores poco fiables y un tono general que va ascendiendo desde la serena investigación académica a la febril expresión del más terrible de los horrores. Elementos todos ellos que componen una construcción narrativa muy particular que Lovecraft volvería a emplear con gran éxito en Las montañas de la locura (*escrita en 1931). Asimismo, es aquí donde se nos ofrece la primera panorámica de la visión cósmica de Lovecraft; tal como señalaba Fritz Leiber, es en esta ocasión donde, por primera vez, Lovecraft desplaza el foco del terror de nuestro planeta a las estrellas, generando, en palabras de David Schultz, una especie de «antimitología» que anunciaría a la humanidad la imposibilidad de comprender el universo.*

* * *

[Encontrado entre los documentos del difunto Francis Wayland Thurston[114], de Boston]

Resultaría concebible pensar que, de dichos seres de enorme poder, es muy posible que alguno sobreviviera… desde tiempos inmensamente remotos en los que… la conciencia se manifestó, quizá, en formas y aspectos que largo tiempo después desaparecieron ante el avance de la humanidad… formas de las que únicamente la poesía y la leyenda captaron un fugaz recuerdo, calificándolos de dioses, monstruos, y seres mitológicos de todo tipo y especie…

Algernon Blackwood[115]

I. EL HORROR EN LA ARCILLA

El hecho más piadoso del mundo, en mi opinión, es la incapacidad de la mente humana de correlacionar todo lo que hay en él. Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de negros océanos infinitos, y no estaba escrito que viajáramos lejos. Las ciencias que tratan de abrir nuevos caminos, cada una de ellas en su propia dirección, apenas nos han perjudicado hasta ahora; pero llegará un día en que la construcción del puzle del conocimiento permitirá acceder a una visión de la realidad -y del espantoso lugar que ocupamos en ella- tan terrorífica que, o bien nos volveremos locos a causa de la revelación, o buscaremos refugio de la funesta luz en la paz y seguridad de una

nueva edad oscura.

Los teósofos[116] han especulado en torno a la imponente grandiosidad del ciclo cósmico en el que nuestro mundo y la raza humana constituyen incidentes pasajeros. Han hecho insinuaciones sobre extraños vestigios del pasado en términos que podrían helar la sangre si no estuvieran endulzados con un afable optimismo. Pero no es de dichos vestigios de donde provino el único atisbo de eones prohibidos que me llena de inquietud cuando pienso en él y me hace enloquecer cuando sueño con él. Ese atisbo, como todos los pavorosos asomos a la verdad, me llegó fugazmente a partir de una asociación accidental de objetos independientes, en este caso, un viejo artículo de periódico y las notas de un profesor ya fallecido. Espero que nadie más logre hacer esta misma asociación; desde luego, si vivo lo suficiente, nunca proporcionaré de manera deliberada eslabón alguno a una cadena tan horrenda. Y creo que también el profesor pretendía guardar silencio con respecto a la parte que él conocía, y que habría destruido sus notas de no haberle sobrevenido repentinamente la muerte.

Empecé a tener conocimiento del asunto en el invierno de 1926-1927 al fallecer mi tío abuelo George Gammell Angell, profesor emérito de Lenguas Semíticas en la Universidad de Brown, Providence, Rhode Island[117]. El profesor Angell era ampliamente reconocido como una autoridad en inscripciones antiguas y, con cierta frecuencia, los directores de destacados museos acudían a él para hacerle alguna que otra consulta, motivo por el cual es posible que muchos recuerden su defunción a los noventa y dos años. En el ámbito local, el interés del suceso se vio acrecentado por el misterio en torno a sus causas. Al parecer, el profesor había tenido un ataque mientras regresaba a su casa desde el transbordador de Newport[118], cayendo repentinamente al suelo después de que, según los testigos, sufriera un empujón por parte de un negro con aspecto de marinero que había salido de uno de los oscuros y solitarios patios de la empinada cuesta[119] que comunicaba directamente los muelles con la casa del fallecido en Williams Street. Los médicos no le encontraron ninguna afección visible, pero llegaron a la conclusión, tras debatir en actitud perpleja, que alguna lesión cardíaca desconocida, inducida por el enérgico ascenso de una pendiente tan pronunciada por un hombre tan anciano, había sido la responsable de su final. En aquel momento no vi razón para disentir de este dictamen, pero últimamente tiendo a ponerlo en duda… y algo más.

Como heredero y albacea de mi tío abuelo, dado que había muerto en viudedad y sin hijos, se esperaba de mí que revisara sus papeles con cierta minuciosidad, razón por la cual trasladé la totalidad de sus archivos y cajas a mi residencia en Boston. Gran parte del material

que puse en relación será después publicado por la Sociedad Arqueológica Estadounidense[120], pero había una caja que me resultó extremadamente desconcertante y que me sentí muy reacio a enseñar a otros. Estaba cerrada, y no di con la llave hasta que se me ocurrió examinar el llavero hecho por encargo que el profesor llevaba siempre en el bolsillo. Entonces conseguí abrirla, ciertamente, pero cuando lo hice parecía que había sido solo para enfrentarme a una barrera mayor y más difícil de salvar, pues ¿cuál era el significado del extraño bajorrelieve en arcilla[121] y de los inconexos apuntes, desvaríos y recortes que encontré? ¿Acaso mi tío abuelo, en sus últimos años, había empezado a caer en las imposturas más evidentes? Tomé entonces la determinación de buscar al excéntrico escultor responsable de aquel objeto que a todas luces había alterado la tranquilidad de un anciano.

El bajorrelieve era un tosco rectángulo con algo más de dos centímetros de grosor y una superficie de unos trece por quince centímetros, obviamente de origen moderno. No obstante, los diseños que presentaba estaban lejos de serlo en su ambiente e impresiones, ya que, si bien las extravagancias del cubismo y el futurismo[122] son numerosas y delirantes, por lo general no reproducen la críptica regularidad que subyace tras la escritura prehistórica. Y desde luego el grueso de aquellos diseños parecía ser algún tipo de escritura, aunque mi memoria, pese a mi gran familiaridad con los papeles y las colecciones de mi tío abuelo, no consiguió identificar ni el más mínimo detalle de aquella variedad concreta, ni tampoco darme siquiera una vaga pista de sus más remotas filiaciones.

Sobre estos aparentes jeroglíficos había una figura con un propósito evidentemente pictórico, aunque su ejecución impresionista impedía formarse una idea muy clara de su naturaleza. Parecía tratarse de alguna especie de monstruo, o de un símbolo que representaba a uno, con una forma que solo una mente enferma podría haber concebido. Si digo que mi imaginación un tanto singular evocó imágenes simultáneas de un pulpo, un dragón y una caricatura humana, no estaré siendo infiel al espíritu de la criatura[123]. En ella, una cabeza carnosa y tentaculada coronaba un cuerpo escamoso y grotesco dotado de unas alas rudimentarias; pero, con todo, era el *aspecto general* del conjunto lo que le confería un carácter terriblemente espantoso. También había un vago esbozo de un fondo arquitectónico de dimensiones ciclópeas detrás de la figura.

Los escritos que acompañaban esta rareza, aparte de un montón de recortes de prensa, presentaban la caligrafía más reciente del profesor Angell, y no pretendían ser ningún dechado de estilo literario. Lo que parecía ser el documento principal tenía como encabezado el sintagma «SECTA DE CTHULHU»[124], en caracteres concienzudamente

mecanografiados para evitar la lectura incorrecta de una palabra tan insólita. El manuscrito estaba dividido en dos secciones, la primera de las cuales abría con el siguiente título: «1925. Sueño y obra onírica de H. A. Wilcox, Thomas Street, 7, Providence, R. I.»[125], y la segunda con «Relato del inspector John R. Legrasse, Bienville Street, 121, Nueva Orleans, La.,[126] en la r. de 1908 de la SAE. Notas relacionadas e hist. del prof. Webb». Los demás papeles escritos a mano eran todos notas breves, algunas de ellas descripciones de los extraños sueños de distintas personas; otras, citas de libros y revistas de teosofía (en especial de *La Atlántida y el continente perdido de Lemuria*, de W. Scott-Elliot)[127], y el resto, comentarios en torno a sociedades secretas y sectas clandestinas que han pervivido largo tiempo, con referencias a pasajes de libros de consulta sobre mitología y antropología tales como *La rama dorada* de Frazer[128] y *El culto de las brujas en Europa Occidental* de la Srta. Murray[129]. Los recortes hacían alusión mayormente a enfermedades mentales de tipo extravagante y a brotes de locura u obsesión colectivos sucedidos en la primavera de 1925.

La primera mitad del manuscrito principal narraba una historia muy peculiar. Al parecer, el 1 de marzo de 1925 un joven delgado y moreno de aspecto neurótico y excitado había visitado al profesor Angell llevando consigo aquel singular bajorrelieve en arcilla, que en ese momento se hallaba extremadamente fresco y húmedo. En su tarjeta figuraba el nombre de Henry Anthony Wilcox, y mi tío abuelo lo había reconocido como el hijo menor de una excelente familia que conocía ligeramente. Wilcox había estado cursando estudios de escultura en la Escuela de Diseño de Rhode Island[130] y vivía solo en el edificio Fleur-de-Lys, que se encontraba no muy lejos de ese centro[131]. Se trataba de un joven precoz de conocido genio, pero también de gran excentricidad, que había llamado la atención desde niño por las extrañas historias y sueños peculiares que acostumbraba a relatar. Decía de sí mismo que era «psíquicamente hipersensible», mas los formales habitantes de la antigua ciudad comercial lo tildaban simplemente de «raro». Persona de poco trato con los de su clase desde siempre, había ido desapareciendo gradualmente de la escena social, y ahora apenas lo conocía un pequeño grupo de estetas de otras localidades. Incluso el Club de Arte de Providence[132], deseoso de preservar su conservadurismo, lo había encontrado totalmente inadmisible entre sus miembros.

Con ocasión de la visita -relataba el manuscrito del profesor-, el escultor solicitó de manera brusca a su anfitrión que le prestara sus conocimientos arqueológicos para identificar los jeroglíficos del bajorrelieve. Hablaba en un tono distraído y poco natural que transmitía afectación y distanciamiento; y mi tío abuelo mostró cierta aspereza en su respuesta, ya que la notoria frescura de la tablilla

implicaba que esta tenía relación con cualquier cosa excepto con la arqueología. La réplica del joven Wilcox, que causó tal impresión a mi tío abuelo que este la recordó y registró de manera literal en sus notas, fue en un estilo fantásticamente poético que habría de ser la norma de toda su parte en la conversación, y que desde entonces he encontrado tremendamente característico de él. Dijo: «Por supuesto que es nueva, pues la hice anoche mientras soñaba con extrañas ciudades; y los sueños son más antiguos que la siniestra Tiro[133], o la contemplativa Esfinge, o Babilonia y los jardines que la circundaban»[134].

Entonces comenzó a referir de manera dilatada aquella historia inconexa que sacó súbito partido de un recuerdo oculto y consiguió despertar un interés febril en mi tío abuelo. La noche anterior se había producido un leve temblor de tierra, el más notable sentido en Nueva Inglaterra en años[135], y como resultado, la imaginación de Wilcox se había visto profundamente afectada. Después de acostarse, había tenido un sueño sin precedentes de inmensas ciudades ciclópeas de bloques titánicos y monolitos proyectados hacia el cielo, todo ello chorreante de limo verde e invadido por una siniestra atmósfera de horror latente. Sus muros y pilares habían estado cubiertos de jeroglíficos y, de algún punto indeterminado en sus profundidades había surgido una voz que no era una voz: una sensación caótica que solo la imaginación pudo transmutar en sonido, pero que, aun así, Wilcox trató de representar verbalmente mediante el fárrago de letras casi impronunciable «*Cthulhu fhtagn*».

Este galimatías fue clave para avivar el recuerdo que agitó y perturbó al profesor Angell. Este interrogó al escultor con minuciosidad científica y estudió con una intensidad casi frenética el bajorrelieve en el que se había descubierto trabajando el joven, helado y vestido solo con su ropa de dormir, al despertar de manera sorpresiva y desconcertante. Mi tío abuelo achacó a su edad, me contó Wilcox más tarde, su lentitud a la hora de reconocer tanto los jeroglíficos como el diseño pictórico. Muchas de sus preguntas le parecieron tremendamente fuera de lugar a su visitante, en especial aquellas que trataron de conectar a este con extrañas sectas o sociedades; y Wilcox no pudo entender las repetidas promesas de silencio que le ofreció a cambio de ser admitido en algún tipo de grupo religioso místico o pagano muy extendido. Cuando el profesor se convenció de que el escultor no sabía realmente nada de ningún culto ni sistema de crípticas creencias, solicitó insistentemente a su visitante que le proporcionara en el futuro descripciones de otros posibles sueños. Esto dio fruto con regularidad, ya que, tras la primera entrevista, el manuscrito recoge visitas diarias del joven, durante las cuales detalló asombrosos fragmentos de imágenes nocturnas que siempre tenían como tema recurrente algún terrible paisaje ciclópeo

de piedra oscura y goteante, con una voz o inteligencia subterránea que vociferaba monótonamente en enigmáticos impactos sensoriales imposibles de poner por escrito salvo como acumulaciones de letras sin sentido. Los dos sonidos que se repetían con mayor frecuencia eran los que representaban los caracteres «Cthulhu» y «R'lyeh».

El 23 de marzo -continuaba el manuscrito-, Wilcox no se presentó, y las indagaciones en su lugar de residencia revelaron que se había visto afectado por un misterioso tipo de fiebre y que se lo habían llevado al hogar familiar en Waterman Street[136]. Había estado gritando durante la noche, despertando a otros artistas que vivían en el edificio, y desde entonces no había hecho más que alternar entre estados de inconsciencia y delirio. Mi tío abuelo telefoneó de inmediato a la familia y en adelante estuvo muy atento a la evolución del caso, con frecuentes llamadas a la consulta que el Dr. Tobey, quien estaba al cargo según pudo averiguar, tenía en Thayer Street[137]. Al parecer, la febril mente del joven estaba dominada por extrañas visiones obsesivas; y en ocasiones el doctor se estremecía cuando hablaba de ellas. No solo incluían repeticiones de lo que Wilcox había estado soñando anteriormente, sino que también apuntaban enloquecidamente a una cosa gigantesca que medía «kilómetros de alto» y caminaba o se movía pesadamente.

El joven no describió en detalle este objeto en ningún momento, pero algunas palabras sueltas y agitadas, tal como las repitió el Dr. Tobey, convencieron al profesor de que debía ser idéntico a la monstruosidad sin nombre que había intentado retratar con su escultura onírica. La mención de este objeto, añadió el doctor, era el invariable preludio a la caída en un profundo letargo del joven, cuya temperatura, por extraño que parezca, no era mucho más alta de lo normal; no obstante, en todos los demás respectos, su estado general hacía pensar más en una verdadera fiebre que en un trastorno mental.

El 2 de abril, en torno a las tres de la tarde desapareció súbitamente cualquier rastro del mal que aquejaba a Wilcox. Este se incorporó en su cama, sorprendido de verse en casa y sin idea alguna de lo que le había ocurrido en sueños o en el mundo real desde la noche del 22 de marzo. Una vez que su médico lo declaró en buen estado de salud, regresó a su alojamiento tres días después, mas el profesor Angell no pudo obtener ninguna otra ayuda de él. Tras su recuperación no había quedado el menor recuerdo de los extraños sueños que sufría y, al cabo de una semana de irrelevantes e inútiles descripciones de cosas perfectamente normales, mi tío abuelo no siguió registrando sus visiones nocturnas.

La primera parte del manuscrito terminaba aquí, pero las referencias a ciertas notas de la desordenada colección, me dio mucho en qué pensar -tanto, de hecho, que solo el arraigado escepticismo que

entonces constituía mi filosofía puede justificar mi continua desconfianza hacia el artista-. Las notas en cuestión eran aquellas que describían los sueños de varias personas durante el mismo periodo en que el joven Wilcox había tenido sus extrañas apariciones. Al parecer mi tío abuelo había iniciado enseguida una serie de investigaciones prodigiosamente extensas entre casi todos los amigos a los que podía preguntar sin resultar impertinente, en las que les solicitaba informes diarios de sus sueños y las fechas de cualquier visión destacable ocurrida en el pasado reciente. Aparentemente su petición había sido recibida de diversas formas, pero, como poco, debió de obtener más respuestas de las que cualquier hombre corriente habría sido capaz de manejar sin un secretario o secretaria. Esta correspondencia original no se había conservado, pero sus notas constituían un resumen cuidadoso y realmente significativo. Los típicos integrantes de la alta sociedad y el mundo de los negocios -la «buena gente» de Nueva Inglaterra, como siempre se la había conocido- ofrecieron unos resultados casi completamente negativos, si bien aparecen casos esporádicos de impresiones nocturnas, de carácter inquietante pero vago, siempre entre el 23 de marzo y el 2 de abril: el periodo de los delirios del joven Wilcox. Los hombres de ciencia apenas si se vieron un poco más afectados, aunque cuatro casos de descripción imprecisa apuntan a fugaces atisbos de paisajes insólitos, y en uno se menciona un terror a algo anormal.

Fue de los artistas y poetas de quienes llegaron las respuestas pertinentes, y estoy seguro de que se habría desatado el pánico si hubieran tenido oportunidad de comparar las notas que les correspondían. En vista de aquello, y a falta de sus cartas originales, sospeché en parte que el recopilador había formulado preguntas capciosas, o que había editado la correspondencia a fin de corroborar lo que él había decidido inconscientemente que quería ver. Este es el motivo de que yo siguiera teniendo la impresión de que Wilcox, al tanto de algún modo de la antigua información que ya poseía mi tío abuelo, se había estado aprovechando del veterano científico. Aquellas respuestas de los estetas contaban una historia perturbadora. Entre el 28 de febrero y el 2 de abril, una gran parte de ellos había soñado cosas tremendamente extrañas, con una intensidad infinitamente mayor durante el periodo del delirio del escultor. Más de un cuarto de los que informaron de algo, describieron escenas y sonidos confusos no muy diferentes de los del propio Wilcox; y algunos de los soñadores confesaron un profundo miedo del colosal ser innominado visible hacia el final. Uno de los casos, cuya nota describe con énfasis, fue sumamente triste. El sujeto, un famoso arquitecto interesado en la teosofía y el ocultismo[138], se volvió violentamente loco el mismo día del ataque del joven Wilcox, y expiró varios meses después tras

haberse pasado todo ese tiempo gritando sin cesar para que alguien lo salvara de alguna clase de ser salido del infierno. Si mi tío abuelo se hubiera referido a estos casos por su nombre en vez de simplemente por número, habría intentado corroborarlos e investigarlos personalmente; pero dadas las cosas, solo conseguí localizar unos pocos. Todos estos, no obstante, confirmaron completamente lo dicho en las notas. Muchas veces me he preguntado si todas las personas que fueron objeto del interrogatorio del profesor se sintieron tan desconcertados por él como este grupo. Es bueno que nunca vaya a llegarles ninguna explicación al respecto.

Los recortes de prensa, como ya he apuntado, mencionaban casos de pánico, obsesiones y excentricidad durante el periodo citado. El profesor Angell debía de haber empleado los servicios de una agencia para recortar los fragmentos de artículos, ya que su número era inmenso, y las fuentes procedían de todas partes del globo. Uno, por ejemplo, describía un suicidio nocturno en Londres, donde una persona que había estado durmiendo sola se había tirado por una ventana tras emitir un grito espantoso. Otro era una carta larga y farragosa al editor de un periódico sudamericano, en la que un fanático pronosticaba un terrible futuro a partir de unas visiones que había tenido. Un despacho enviado desde California por un corresponsal describe una colonia teosófica diciendo que todos sus miembros visten túnicas blancas a la espera de alguna clase de «gloriosa culminación» que nunca llega, en tanto que ciertos artículos de la India hablan con cautela de una fuerte agitación entre la población nativa a finales de marzo[139]. En Haití se multiplican las orgías vudú[140], y puestos avanzados del África informan de rumores que presagian cosas terribles. En torno al mismo periodo, oficiales estadounidenses destinados en Filipinas tienen altercados con ciertas tribus molestas[141], y algunos policías de Nueva York sufren el ataque de una turba histérica de inmigrantes del Mediterráneo oriental la noche del 22-23 de marzo[142]. También al oeste de Irlanda cunden rumores y leyendas absurdos, y un pintor fantástico llamado Ardois-Bonnot cuelga en el Salón de Primavera de París de 1926 un blasfemo *Paisaje onírico*[143]. Y los problemas registrados en manicomios son tan numerosos que solo un milagro puede haber evitado que la comunidad médica advirtiese extraños paralelismos y extrajera conclusiones desconcertantes. Un inquietante montón de recortes, a fin de cuentas; y a día de hoy apenas soy capaz de concebir el insensible racionalismo con el que los desestimé. Pero entonces estaba convencido de que el joven Wilcox tenía conocimiento del antiguo asunto mencionado por el profesor.

II. EL RELATO DEL INSPECTOR LEGRASSE

El antiguo asunto que había hecho que mi tío concediera tanta importancia al sueño y el bajorrelieve del escultor constituía el tema de la segunda mitad de su largo manuscrito. Ya en una ocasión anterior, al parecer, el profesor Angell había visto el diabólico contorno de la monstruosidad sin nombre, cavilado acerca de los jeroglíficos desconocidos y oído las funestas sílabas que solo pueden representarse como «Cthulhu»; y todo esto en conexión con algo tan desasosegante y horrible que no es de extrañar que persiguiera al joven Wilcox con preguntas y requerimientos de información.

La experiencia previa había tenido lugar en 1908, diecisiete años antes, cuando la Sociedad Arqueológica Estadounidense celebraba su reunión anual en San Luis[144]. El profesor Angell, como correspondía a alguien con su autoridad y logros, había tenido un papel destacado en todas las deliberaciones; y fue uno de los primeros en ser abordados por los diversos desconocidos que aprovecharon la convocatoria para solicitar respuesta a ciertas preguntas y soluciones expertas a determinados problemas.

El principal de estos desconocidos, que pronto copó el interés de todos los asistentes a la reunión, era un hombre de mediana edad y aspecto corriente que había hecho un largo viaje desde Nueva Orleans para obtener cierta información especial, imposible de conseguir a través de ninguna fuente local. Se llamaba John Raymond Legrasse y era inspector de policía de profesión[145]. Consigo traía el objeto de su visita: una estatuilla de piedra grotesca, repulsiva y aparentemente muy antigua cuyo origen era incapaz de determinar. No debe suponerse por ello que el inspector Legrasse albergara el más mínimo interés por la arqueología. Por el contrario, su deseo de hallar explicaciones lo habían suscitado causas puramente profesionales. La estatuilla, ídolo, fetiche o lo que fuera había sido confiscada algunos meses antes en los boscosos pantanos al sur de Nueva Orleans durante una redada contra una supuesta reunión vudú; y tan singulares y espantosos eran los ritos relacionados con ella que la policía se dio cuenta en el acto de que habían dado con una siniestra secta de la que nada sabían, infinitamente más diabólica que el más perverso círculo vuduista africano[146]. De su origen, aparte de las historias erráticas e increíbles que habían logrado arrancarles a los miembros de la secta detenidos, fue imposible descubrir absolutamente nada; de ahí el afán de la policía por obtener cualquier información sobre antigüedades que pudiera ayudarles a identificar aquel horrendo símbolo y, a través de él, seguir la pista de la secta hasta su origen.

El inspector Legrasse no estaba ni mucho menos preparado para la sensación que causó su ejemplar. Un vistazo había bastado para sumir

a los hombres de ciencia allí reunidos en un estado de tensa excitación, y estos se arremolinaron de inmediato a su alrededor para contemplar la figurilla cuya total extrañeza y aura de antigüedad verdaderamente abismal sugería de manera tan intensa visiones no reveladas del pasado arcaico. Ninguna escuela de escultura reconocida había animado aquel terrible objeto y, pese a todo, su deslustrada y verduzca superficie de piedra inidentificable parecía haber acumulado las huellas del paso de cientos o incluso miles de años.

La figura, que al cabo fue pasando sin prisa de un hombre a otro para un examen atento y cuidadoso, tenía entre dieciocho y veinte centímetros de alto y era de una factura artística exquisita. Representaba un monstruo de líneas vagamente antropoides, pero con una cabeza similar a un pulpo cuya cara era una masa de tentáculos, un cuerpo lleno de escamas y de aspecto gomoso, garras prodigiosas en las patas traseras y delanteras, y alas largas y estrechas a la espalda. Aquella cosa, que parecía imbuida de una malignidad terrible y antinatural, presentaba una corpulencia un tanto abotargada, y se encontraba diabólicamente agazapada sobre un bloque o pedestal rectangular cubierto de caracteres indescifrables. Las puntas de las alas tocaban el borde posterior del bloque, cuyo centro ocupaba el trasero del ser, mientras que las garras alargadas y curvas de las encogidas patas traseras aferraban el borde frontal y se extendían un cuarto de la altura del pedestal bajando hacia su base. La cabeza cefalópoda estaba inclinada hacia adelante, de tal modo que los extremos de los tentáculos faciales rozaban el dorso de las enormes garras delanteras que asían las elevadas rodillas de la acuclillada figura. Su aspecto general resultaba anormalmente realista, y más sutilmente aterrador si cabe por el absoluto desconocimiento de su origen. Su vasta, sobrecogedora e incalculable antigüedad no admitía duda alguna y, sin embargo, no parecía guardar la más mínima relación con ningún tipo conocido de arte perteneciente a los albores de la civilización, ni con ninguna otra época, de hecho. Absolutamente única y diferente a todo, hasta el mismo material con el que estaba hecha constituía un misterio, pues la piedra de color negro verduzco y aspecto jabonoso con motas y estrías doradas o iridiscentes no se parecía a nada clasificado por la geología o la mineralogía. Los caracteres que rodeaban la base eran igualmente desconcertantes, y ninguno de los miembros presentes de la sociedad, pese a estar representada allí la mitad de los expertos mundiales en aquel campo, fue capaz de formarse la menor idea ni siquiera de su parentesco lingüístico más remoto. También dichos caracteres, como el tema y el material de la escultura, pertenecían a algo horriblemente arcaico y distinto de la humanidad tal como la conocemos, algo que evocaba de forma espantosa ciclos pretéritos e impíos de la vida en los que

nuestro mundo y nuestras concepciones no tienen lugar.

Y, con todo, mientras los científicos meneaban uno por uno sus cabezas y se confesaban derrotados por el problema del inspector, había un hombre en aquella reunión que creyó advertir una ligera y extraña familiaridad en la forma monstruosa y en la escritura, y que pasado un breve rato contó con cierta timidez la rara anécdota que conocía. Esta persona era el difunto William Channing Webb, profesor de antropología en la Universidad de Princeton y explorador de no poca categoría[147]. El profesor Webb había participado, cuarenta y ocho años antes, en una expedición por Groenlandia e Islandia en busca de unas inscripciones rúnicas con las que no logró dar[148]; y durante su estancia en las montañas de la costa oeste de Groenlandia se había topado con una singular tribu o grupo religioso de esquimales[149] degenerados cuyo culto, una curiosa forma de adoración al diablo, le heló la sangre por su carácter deliberadamente sanguinario y repulsivo. Era una fe de la que otros esquimales sabían poco, y que mencionaban solo entre escalofríos, diciendo que había surgido en eones horriblemente antiguos, antes incluso de la creación del mundo. Además de ceremonias inenarrables y sacrificios humanos realizaban ciertos ritos extraños transmitidos de generación en generación y dirigidos a un archidemonio o *tornasuk*[150] antiquísimo, y de ellos el profesor Webb había tomado una esmerada transcripción fonética por boca de un viejo *angekok* o sacerdote hechicero, expresando los sonidos por medio del alfabeto latino lo mejor que supo. Pero lo que ahora resultaba más relevante era el fetiche que la tribu tenía como posesión más preciada, y alrededor del cual danzaban cuando la aurora boreal brincaba en el cielo sobre los acantilados helados. Se trataba, declaró el profesor, de un bajorrelieve de piedra burdamente tallado, que contenía una figura horripilante y una críptica inscripción. Y, hasta donde él podía decir, era un tosco paralelo en todas sus características fundamentales de la bestial estatuilla que se encontraba ahora frente a los asistentes al encuentro.

Esta información, recibida con tensa expectación y estupor por la concurrencia, resultó doblemente emocionante para el inspector Legrasse, quien comenzó de inmediato a asediar a su fuente con preguntas. Dado que había observado y copiado un cántico ritual de los adoradores del pantano detenidos por sus hombres, suplicó al profesor que tratara de recordar lo mejor que pudiera las sílabas anotadas entre los esquimales diabolistas. Después tuvo lugar una exhaustiva comparación de detalles y un instante de silencio verdaderamente sobrecogido cuando el detective y el científico se mostraron de acuerdo en que había una frase prácticamente idéntica que aquellos dos ritos infernales separados por tantos miles de kilómetros compartían. Lo que, en esencia, tanto los hechiceros

esquimales como los sacerdotes del pantano de Luisiana habían cantado a sus ídolos afines era algo muy parecido a esto (las divisiones entre palabras se habían supuesto a partir de las pausas que solían escucharse en la frase al ser cantada en voz alta):

«*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn*».

Legrasse tenía cierta ventaja sobre el profesor Webb, ya que varios de los arrestados le habían repetido lo que los viejos celebrantes les habían explicado que significaban las palabras. El texto anterior, tal como aparece aquí, venía a decir más o menos lo siguiente:

«En su morada de R'lyeh, Cthulhu sueña sin vida mientras espera».

Y entonces, en respuesta a una apremiante petición general, el inspector Legrasse relató con el mayor grado de detalle que le fue posible su experiencia con los adoradores del pantano, contando una historia a la que vi que mi tío abuelo había atribuido una honda importancia. Parecía salida de los sueños más fantásticos de un creador de mitos o un teósofo, y revelaba un sorprendente grado de imaginación cósmica entre el tipo de mestizos y parias de los que menos cabría esperarla.

El 1 de noviembre de 1907, la policía de Nueva Orleans había recibido una solicitud desesperada de ayuda desde la región de pantanos y lagunas situada al sur de la ciudad. Los chabolistas que vivían en ella, en su mayoría descendientes primitivos pero bienintencionados de los hombres de Lafitte[151], se hallaban atenazados por un terror extremo producido por algo desconocido que se había deslizado sigilosamente hasta sus casas en plena noche. Todo apuntaba a que se trataba de vudú, pero un tipo de vudú más terrible que cualquiera que hubiesen conocido; y algunas de sus mujeres y niños habían desaparecido desde que aquel malévolo tamtam comenzase su incesante batir en las regiones más recónditas del negro bosque embrujado en las que ningún habitante del poblado se aventuraba. Desde allí llegaban gritos demenciales y alaridos desgarradores, cánticos espeluznantes y resplandores de llamas diabólicas que danzaban en la oscuridad; y la gente, añadió el atemorizado mensajero, ya no podía soportarlo más.

Por todo ello, un destacamento de veinte policías, que llenaron dos coches de caballos y un automóvil, salió hacia allá a última hora de la tarde con el tembloroso chabolista como guía. Cuando el camino llegó a su fin, todos se apearon de los vehículos y continuaron adentrándose durante kilómetros en aquellos anegados y terribles bosques de cipreses donde nunca salía el sol. Feas raíces y malignas sogas colgantes de musgo español los acosaban, y de vez en cuando un montón de piedras húmedas o los restos de una tapia en desmoronamiento intensificaban mediante su insinuación de asentamientos malsanos en el lugar una atmósfera de abatimiento que

cada árbol deforme y cada islote fungoso contribuía a generar. Finalmente, el poblado chabolista, un mísero corrillo de chozas, apareció entre la vegetación, y sus histéricos habitantes corrieron a apiñarse en torno al grupo de linternas bamboleantes. El amortiguado ruido de los tamtams podía oírse ya débilmente en la distancia, mucho más allá del poblado, así como algún que otro grito esporádico cuando el viento cambiaba de dirección. También se filtraba a través de la pálida maleza un brillo rojizo que parecía nacer al final de interminables y boscosas avenidas sumidas en la noche. Reacios incluso a volver a quedarse solos, todos y cada uno de los acobardados chabolistas se negaron en redondo a acercarse ni un solo centímetro más al lugar de aquella ceremonia impía, por lo que el inspector Legrasse y sus diecinueve colegas continuaron sin guía alguna, internándose por negras y horrendas galerías que ninguno de ellos había hollado jamás.

Sobre la región en la que estaba entrando la policía, en gran parte desconocida e inexplorada por el hombre blanco, habían circulado desde siempre rumores terribles. Las leyendas hablaban de un lago oculto[152] nunca visto por ojos mortales en el que habitaba una especie de enorme y amorfo pólipo blanco con ojos luminiscentes[153], y los chabolistas contaban en voz baja que unos demonios con alas de murciélago surgían de profundas cuevas abiertas en la tierra para rendirle adoración a medianoche. Se decía que había morado allí desde antes de la llegada de D'Iberville[154], de La Salle[155], de los indios e incluso antes que los pájaros y demás animales benéficos del bosque. Era una pesadilla encarnada, y contemplarla significaba la muerte. Pero la gente la vislumbraba en sueños y, así, sabían lo suficiente de ella como para mantenerse alejados. La orgía vudú de aquel día se estaba celebrando, es cierto, únicamente al borde de esa aborrecible región, pero aquel lugar ya era de por sí bastante terrible; por tanto, cabía la posibilidad de que el escenario mismo de la ceremonia hubiera asustado más a los chabolistas que los espantosos sonidos e incidentes.

Únicamente la poesía o la locura podía hacer justicia a los ruidos que oyeron los hombres de Legrasse mientras se abrían camino a través de la tenebrosa ciénaga en dirección al encendido resplandor y los sordos tamtams. Existen cualidades vocales propias de los hombres, y otras propias de las bestias; y resulta terrible oír una cuando la fuente debería producir la otra. La furia animal y el libertinaje orgiástico se autoespoleaban hasta cotas demoníacas por medio de aullidos y éxtasis estridentes que desgarraban aquellos bosques y retumbaban a través de sus negras sombras como tempestades pestilentes surgidas de las profundidades del infierno. De vez en cuando el disarmónico ulular cesaba y, de lo que parecía ser un

coro bien disciplinado de voces roncas, se elevaba un canto cadencioso que articulaba aquella horrenda frase o ritual:

«*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn*».

Los policías, tras llegar a un punto donde el bosque se aclaraba, tuvieron de repente a la vista el espectáculo propiamente dicho. Cuatro de ellos notaron cómo les fallaban las piernas, uno se desmayó y otros dos no pudieron contener un grito enloquecido que por suerte ahogó la furiosa cacofonía de la orgía. Legrasse reanimó al agente desmayado echándole agua del pantano en la cara y todos permanecieron allí quietos, temblando y prácticamente hipnotizados por el horror.

En un claro natural del pantano había una isla herbosa de quizás algo menos de media hectárea de extensión, sin árboles y razonablemente seca. En ella brincaba y se retorcía en aquel momento una horda más difícil de describir de aberraciones humanas que nadie salvo un Sime[156] o un Angarola[157] sería capaz de retratar. Estos engendros híbridos, que se hallaban completamente desnudos, estaban rebuznando, bramando y contorsionándose alrededor de una hoguera con forma de anillo, en cuyo centro, revelado por huecos ocasionales de la cortina de llamas, se alzaba un gran monolito granítico de unos dos metros y medio de altura sobre el que descansaba, incongruente en su diminutez, la abominable estatuilla. De un amplio círculo de diez cadalsos con horcas levantados a intervalos regulares en torno al monolito circundado de llamas colgaban, boca abajo, los cuerpos violenta y extrañamente desfigurados de los desvalidos chabolistas que habían desaparecido. Era dentro de este círculo donde el corro de adoradores saltaba y vociferaba, desplazándose de izquierda a derecha en una incesante bacanal entre el anillo de cuerpos y el anillo de fuego.

Puede que solo fuera la imaginación o tal vez solo ecos lo que indujo a creer a uno de los policías, un hispano de temperamento nervioso, que había oído unas respuestas antifonales al ritual desde algún punto lejano y no iluminado más al interior del horrendo bosque del que hablan las antiguas leyendas. Con este hombre, Joseph D. Galvez, me reuní posteriormente para hacerle algunas preguntas, y resultó ser inquietantemente imaginativo. Llegó a insinuar incluso que había escuchado un batir de grandes alas apenas perceptible y divisado unos ojos brillantes y una descomunal mole blanca más allá de los árboles más lejanos; pero supongo que simplemente había prestado demasiada atención a las supersticiones locales.

En realidad, la parálisis horrorizada de los agentes fue relativamente breve. El deber era lo primero, y aunque debía de haber casi cien adoradores mestizos en la muchedumbre, la policía confió en la ventaja de sus armas de fuego y se lanzó con decisión al interior de

aquella nauseabunda concurrencia. Durante los cinco minutos siguientes el tumulto y el caos resultante fue indescriptible. Hubo golpes brutales, disparos y huidas, pero al final Legrasse alcanzó a contar unos cuarenta y siete detenidos con cara de pocos amigos, a los que obligó a vestirse apresuradamente y formar en una línea entre dos filas de policías. Cinco de los adoradores yacían muertos en el suelo, y otros dos gravemente heridos fueron trasladados sobre camillas improvisadas por sus futuros compañeros de calabozo. El ídolo en lo alto del monolito, naturalmente, fue retirado con cuidado y transportado personalmente por Legrasse hasta la jefatura de policía.

Una vez examinados allí tras una marcha tremendamente tensa y fatigosa, todos los detenidos resultaron ser hombres de muy baja extracción social y de naturaleza mestiza y mentalmente aberrante. La mayoría eran marineros, y unos cuantos negros y mulatos, mayormente antillanos y caboverdianos de la isla de Brava[158], aportaban un matiz vuduista a la heterogénea secta. Pero antes de que se les hubieran hecho muchas preguntas, resultó evidente que todo aquello estaba relacionado con algo mucho más profundo y antiguo que un fetichismo negro. Pese a su degeneración e ignorancia, aquellos individuos se mantuvieron sorprendente y sólidamente unidos en la idea central de su execrable culto.

Adoraban, según decían, a los Primigenios, que habían vivido eras antes de que existiese el hombre y llegado a nuestro entonces joven mundo desde las estrellas. Esos Primigenios habían desaparecido, en las profundidades de la tierra y bajo las aguas del océano; pero sus cuerpos muertos habían revelado sus secretos en sueños a los primeros hombres, los cuales crearon un culto que había sobrevivido al paso del tiempo. Este era ese culto, y los detenidos dijeron que siempre había existido y que siempre existiría, escondido en yermos lejanos y lugares recónditos de todo el mundo hasta el momento en que el sumo sacerdote Cthulhu, desde su oscura morada en la poderosa ciudad de R'lyeh en el fondo del mar, despertase y sojuzgase nuevamente la tierra. Un día él los llamaría, cuando las estrellas fueran propicias, y la secta secreta estaría siempre a la espera lista para liberarlo.

Y hasta que llegase ese día no debían decir más. Había un secreto que ni siquiera la tortura podría arrancarles. La humanidad no se encontraba completamente sola entre los seres conscientes de la tierra, ya que de la oscuridad surgían formas que visitaban al pequeño círculo de fieles. Pero esas formas no eran los Primigenios. Ningún hombre había visto nunca a estos. El ídolo tallado era el gran Cthulhu, mas nadie podía decir si los demás eran exactamente como él. Ya nadie sabía leer las viejas inscripciones, pero los conocimientos se transmitían de palabra. El canto ritual no era el secreto: este nunca se pronunciaba en voz alta, tan solo en leves susurros. El canto decía

simplemente: «En su morada de R'lyeh, Cthulhu sueña sin vida mientras espera».

Solo dos de los detenidos fueron considerados lo suficientemente cuerdos como para colgarlos; el resto fue internado en diversas instituciones psiquiátricas. Todos negaron haber tomado parte en los asesinatos rituales, afirmando que el sacrificio lo habían ejecutado las «alas negras» que habían acudido a ellos desde su lugar de encuentro inmemorial en el bosque embrujado. Pero de esos misteriosos aliados no se logró obtener ninguna descripción coherente. Lo único que pudo sacar en claro la policía provino en su mayor parte de un mestizo tremendamente anciano[159] llamado Castro, que mantenía que había navegado hasta extraños puertos y hablado con líderes inmortales de la secta en las montañas de China[160].

El viejo Castro recordaba fragmentos de espantosas leyendas que hacían palidecer las especulaciones de los teósofos y que el hombre y el mundo parecieran, de hecho, jóvenes y efímeros. En eones del pasado otros seres habían gobernado la tierra y habitado inmensas ciudades, cuyas ruinas, según aseguró que le habían dicho aquellos chinos inmortales, podían encontrarse en algunas islas del Pacífico en forma de piedras ciclópeas. Todos ellos habían muerto vastas eras antes de la llegada del hombre, pero existían artes capaces de revivirlos cuando las estrellas retornasen nuevamente a las posiciones adecuadas en el ciclo de la eternidad. En verdad, habían venido desde las estrellas y traído sus imágenes con ellos.

Estos Primigenios, continuó Castro, no estaban compuestos totalmente de carne y sangre. Tenían forma -¿pues no era prueba de ello aquella escultura de otro mundo?-, pero esa forma no estaba hecha de materia. Cuando las estrellas se situaban de manera adecuada en el cielo, podían volar de un mundo a otro surcando el espacio; pero cuando no era así, dejaban de vivir. Mas, aunque no vivían, en realidad tampoco morían nunca. Todos yacían en construcciones de piedra de su gran ciudad de R'lyeh, preservados por los hechizos del poderoso Cthulhu a la espera de una gloriosa resurrección cuando las estrellas y la tierra volvieran una vez más a serles propicias. Pero en ese momento alguna fuerza exterior debía actuar para liberar sus cuerpos. Los hechizos que los mantenían intactos les impedían igualmente dar el primer paso, por lo que solo podían aguardar despiertos en la oscuridad cavilando durante incontables millones de años. Conocían todo lo que sucedía en el universo, pero su modo de comunicarse era la transmisión del pensamiento. En aquel mismo instante estaban hablando desde sus tumbas. Cuando, tras caóticos e infinitos eones, llegaron los primeros hombres, los Primigenios contactaron con los más sensitivos entre ellos dando forma a sus sueños, pues solo así su lenguaje podía llegar

a las mentes de carne de los mamíferos.

Entonces, susurró Castro, esos primeros hombres crearon el culto a los Primigenios en torno a pequeños ídolos que estos les mostraron; ídolos traídos en eras remotas desde estrellas oscuras. Ese culto no moriría hasta que las estrellas se posicionaran nuevamente en el cielo y los sacerdotes secretos liberaran al gran Cthulhu de su tumba para que este reviviera a sus súbditos y reinstaurara su dominio en la tierra. La llegada de ese momento sería conocida de inmediato, pues entonces la humanidad se habría vuelto como los Primigenios, libre y salvaje, y más allá del bien y del mal, desembarazada de leyes y moralidad, una humanidad en la que todos los hombres gritarían, matarían y gozarían[161]. Luego los Primigenios liberados les enseñarían nuevas formas de gritar, matar y gozar, y la tierra entera ardería en un holocausto de éxtasis y libertad. Hasta entonces, la secta, mediante ritos apropiados, debía mantener viva la memoria de esas antiguas costumbres y transmitir la profecía de su retorno.

En el pasado arcaico algunos elegidos podían hablar en sueños con los Primigenios sepultados, pero entonces algo había ocurrido. La gran ciudad pétrea de R'lyeh, con sus monolitos y sepulcros, se había hundido bajo las olas; y las profundas aguas, imbuidas del misterio primordial a través del cual ni siquiera el pensamiento podía pasar, habían interrumpido la etérea comunicación. Pero el recuerdo nunca se perdió, y los sumos sacerdotes dijeron que la ciudad reemergería cuando las estrellas fueran propicias. Entonces surgieron de la tierra sus negros espíritus, envueltos en moho y secretos, cargados de vagos rumores escuchados en cavernas bajo el lecho de océanos perdidos en el tiempo. Pero de ellos Castro no se atrevió a decir mucho. Calló precipitadamente y no hubo persuasión ni sutileza capaz de sacarle nada más respecto a esa cuestión. Curiosamente, también declinó hacer mención alguna del *tamaño* de los Primigenios. En cuanto al culto, dijo que creía que su centro radicaba entre los desiertos desprovistos de senderos de Arabia, donde Irem, la Ciudad de los Pilares[162], sueña oculta e imperturbada. No tenía relación con el culto de las brujas europeas y, salvo aquellos que lo profesaban, prácticamente nadie conocía su existencia. Tampoco ningún libro la había insinuado nunca, aunque aquellos chinos inmortales decían que había dobles sentidos ocultos en el *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred que el iniciado podía interpretar como prefiriese, en especial los controvertidos versos:

> *No está muerto lo que puede yacer eternamente,*
> *y con eones extraños aun morir puede la muerte.*

Legrasse, profundamente impactado, pero no por ello incapaz de

reacción, había indagado sin éxito acerca de los orígenes históricos del culto. Castro, al parecer, no había mentido cuando dijo que era totalmente secreto. Las autoridades de la Universidad de Tulane no lograron arrojar luz sobre ninguna secta ni imagen, y ahora el detective había acudido a los mayores expertos del país sin encontrar más información que la historia de Groenlandia del profesor Webb.

El febril interés que generó en la reunión el relato de Legrasse, que quedaba corroborado por la estatuilla, tuvo eco en la subsiguiente correspondencia de aquellos que asistieron, aunque apenas hubo menciones al respecto en las publicaciones oficiales de la sociedad. La cautela resulta fundamental para quienes están acostumbrados a tratar ocasionalmente con charlatanes y farsantes. Legrasse prestó la imagen durante una temporada al profesor Webb, pero a la muerte de este la recuperó, y aún continúa en su posesión, donde la vi no hace mucho. Verdaderamente se trata de una cosa horrenda, e inequívocamente similar a la escultura que el joven Wilcox hizo en sueños.

No me sorprendía que la historia del escultor hubiera excitado a mi tío abuelo, pues ¿qué ideas deben venirle a uno a la cabeza, tras conocer lo que Legrasse había descubierto acerca de aquella secta, al saber de un joven de gran sensibilidad que no solo había soñado con la figura y los mismos jeroglíficos de la imagen encontrada en el pantano y de la tablilla demoníaca de Groenlandia, sino que también había escuchado en sueños al menos tres de las palabras exactas de la fórmula pronunciada tanto por los esquimales diabolistas como por los mestizos de Luisiana? El inicio inmediato por parte del profesor Angell de una investigación llevada con el máximo rigor resultaba de lo más natural en aquellas circunstancias, si bien yo sospechaba en el fondo que el joven Wilcox había descubierto el culto por alguna vía indirecta y se había inventado una serie de sueños para acrecentar el misterio y darle continuidad a costa de mi tío abuelo. Es cierto que las historias oníricas y los recortes reunidos por el profesor constituían una fuerte corroboración de todo el asunto, pero la extravagancia de este último y mi mentalidad racionalista me llevaron a adoptar las conclusiones que creí más sensatas. De modo que, tras examinar a fondo el manuscrito una vez más y correlacionar las notas teosóficas y antropológicas con la narración de Legrasse acerca de la secta, viajé a Providence a fin de verme con el escultor y darle la reprimenda que me parecía de justicia por abusar con semejante atrevimiento de un docto anciano.

Wilcox vivía aún en el edificio Fleur-de-Lys de Thomas Street, una horrorosa imitación victoriana de la arquitectura bretona del siglo XVII que exhibe ostentosamente su fachada de estuco entre las hermosísimas casas coloniales de la vieja colina y a la sombra misma del campanario georgiano[163] más elegante de toda Norteamérica. Lo

encontré trabajando en sus habitaciones, y al momento reconocí en vista de las obras que por allí había diseminadas que su genio era sin duda profundo y auténtico. Creo que en el futuro se oirá hablar de él como uno de los grandes decadentes, ya que ha cristalizado en arcilla y algún día reflejará en mármol las pesadillas y fantasías que Arthur Machen[164] evoca en prosa y Clark Ashton Smith[165] plasma en verso y pintura.

El escultor, moreno, frágil y un tanto descuidado en aspecto, giró lánguidamente la cabeza al oír mi llamada a la puerta y me preguntó sin levantarse de la silla por el motivo de mi visita. Cuando le dije quién era, mostró algo de interés, pues mi tío abuelo había suscitado su curiosidad al investigar sus extraños sueños, aunque nunca hubiese explicado la razón del estudio. Yo no le proporcioné más detalles al respecto, mas intenté con cierta sutileza que lo hiciera él. No tardé en convencerme de su absoluta sinceridad, puesto que hablaba de los sueños de un modo inconfundible. Estos y su residuo subconsciente habían ejercido una profunda influencia en su arte, y me mostró una estatua morbosa cuyas curvas estuvieron a punto de hacerme estremecer por la fuerza de la siniestra forma que insinuaba. Wilcox no recordaba haber visto el modelo de aquella cosa salvo en su propio bajorrelieve de origen onírico, pero los contornos de la figura se habían ido modelando por sí solos bajo sus manos de manera inconsciente. Se trataba, sin duda, de la forma gigante que había descrito histéricamente en su delirio. Que no sabía realmente nada de la secta secreta, a excepción de lo que había traslucido por las continuas preguntas de mi tío abuelo, fue algo que enseguida dejó bien claro, y de nuevo traté de pensar en algún modo a través del cual pudiera haber recibido aquellas misteriosas impresiones.

Hablaba de sus sueños de una manera extrañamente poética, haciéndome ver con terrible viveza la ciclópea y húmeda ciudad de limosa piedra verde -cuya *geometría*, observó de manera rara, era *completamente antinatural*- y oír con temerosa expectación la incesante llamada parcialmente mental desde las profundidades: «*Cthulhu fhtagn», «Cthulhu fhtagn*». Estas palabras habían formado parte de aquel espantoso rito que hablaba de la vela en sueños de Cthulhu en su pétrea tumba de R'lyeh, y sentí una profunda conmoción a pesar de mis creencias racionales. Yo estaba seguro de que Wilcox había oído hablar del culto de algún modo casual, y de que lo había olvidado poco después entre sus abundantes e igualmente extrañas lecturas e imaginaciones. Mas al cabo de un tiempo, en virtud meramente de su carácter impactante, había encontrado expresión subconsciente en sus sueños, en el bajorrelieve y en la terrible estatua que yo estaba contemplando en ese momento; de modo que su impostura hacia mi tío abuelo había sido en realidad muy inocente. El joven tenía una

forma de ser, a un tiempo ligeramente afectada y un poco maleducada, que nunca sería de mi agrado, mas aun así me hallaba suficientemente dispuesto a reconocer tanto su genio como su honestidad. Me despedí de él de manera cordial, deseándole entonces y ahora todo el éxito que su talento promete.

El asunto de la secta seguía teniéndome fascinado, y a veces fantaseaba con la posibilidad de alcanzar la fama gracias a mis investigaciones de su origen y conexiones. Visité Nueva Orleans, hablé con Legrasse y otros miembros del destacamento que tomó parte en aquella antigua redada, vi la horrenda imagen e incluso pude hacer algunas preguntas a los mestizos detenidos entonces que aún seguían vivos. El viejo Castro, por desgracia, llevaba muerto ya unos cuantos años. Lo que en esos días me fue relatado de primera mano y forma tan gráfica, pese a no ser en realidad más que una confirmación detallada del manuscrito de mi tío abuelo, consiguió reavivar mi entusiasmo, ya que tenía la certeza de que me hallaba tras la pista de una religión muy real, muy secreta y muy antigua, cuyo descubrimiento me encumbraría como antropólogo. Mi actitud seguía siendo absolutamente materialista, como desearía que aún fuera, y descartaba con una obstinación malsana y casi inexplicable la coincidencia de las notas sobre sueños y los curiosos recortes reunidos por el profesor Angell.

Una cosa que empecé a sospechar entonces, y que ahora me temo sé con seguridad, es que la muerte de mi tío abuelo había distado mucho de ser natural. Cayó al suelo en una calleja que subía por una colina desde unos antiguos muelles plagados de extranjeros sin raza definida, después de que un marinero negro le diera un empujón de forma descuidada. No se me olvidaba que los miembros de la secta detenidos en Luisiana eran hombres de mar y sangre mezclada, y no me sorprendería oír hablar de tácticas furtivas y agujas envenenadas tan despiadadas y de orígenes tan remotos como sus enigmáticas ceremonias y creencias. Es cierto que Legrasse y sus hombres no han sufrido ningún ataque, pero, en Noruega, ha muerto un marinero que fue testigo de ciertas cosas[166]. ¿No llegarían quizás a oídos siniestros las indagaciones más profundas de mi tío abuelo tras descubrir la información del escultor? Creo que el profesor Angell murió porque sabía demasiado, o porque era probable que descubriera demasiado. Aún está por ver si correré su misma suerte, pues yo mismo he descubierto ya mucho.

III. LA LOCURA QUE SURGIÓ DEL MAR

Si el cielo quiere alguna vez concederme una gracia, espero que sea el olvido total de las consecuencias de una simple casualidad que hizo que me fijara en un papel suelto colocado sobre un estante. No se trataba de nada con lo que pudiera haberme tropezado de manera natural en el transcurso de mi rutina diaria, pues era un antiguo número de una revista australiana, el *Sydney Bulletin* del 18 de abril de 1925, el cual se le había escapado incluso a la agencia de recortes de prensa que en el momento de su publicación había estado reuniendo con avidez material para la investigación de mi tío abuelo.

Por entonces, yo ya había abandonado en gran parte mis pesquisas sobre lo que el profesor Angell denominaba la «secta de Cthulhu», y estaba visitando a un amigo de gran cultura y erudición en Paterson, Nueva Jersey, que era conservador de un museo local y un destacado mineralogista. Examinando un día las piezas en reserva colocadas sin excesivo cuidado en las estanterías de un almacén de la parte de atrás del museo, captó mi atención una foto en uno de los periódicos viejos que había extendidos debajo de las rocas. Este era el ejemplar del *Sydney Bulletin*[167] que he mencionado anteriormente, ya que mi amigo mantenía amplios contactos con todos los países imaginables del extranjero; y la imagen era un fotograbado a mediatinta de un espantoso ídolo de piedra prácticamente idéntico al que Legrasse había encontrado en el pantano.

Tras retirar ansiosamente la hoja de sus preciados contenidos, leí con rapidez el artículo correspondiente fijándome en todos los detalles, y me decepcionó ver que no era muy extenso. Lo que dejaba entrever, no obstante, era portentosamente relevante para mi decaída búsqueda, así que lo arranqué con cuidado para llevármelo y pasar inmediatamente a la acción. Decía lo siguiente:

HALLADO UN MISTERIOSO BARCO A LA DERIVA

> El *Vigilant* ha arribado a puerto remolcando un yate neozelandés armado pero indefenso. Han sido encontrados a bordo un superviviente y el cadáver de otro hombre. Se habla de una batalla desesperada y muertes en mar abierto. El marinero rescatado se niega a dar detalles de su extraña experiencia. Un raro ídolo ha sido hallado en su poder. Se ha abierto inmediatamente una investigación.
>
> El carguero *Vigilant* de la Morrison Company, llegado desde Valparaíso, atracó esta mañana en su muelle del puerto Darling llevando a remolque el castigado y averiado -aunque fuertemente armado- yate de vapor *Alert* de Dunedin, N. Z., que fue avistado el 12 de abril en latitud 34º 21’ S y longitud 152º 17’ O[168], con un hombre vivo y otro muerto a bordo.

El *Vigilant* partió de Valparaíso el 25 de marzo, y el día 2 de abril se desvió considerablemente de su curso en dirección sur debido a tormentas excepcionalmente violentas y olas gigantescas. El 12 de abril se avistó el yate a la deriva, el cual, pese a parecer abandonado en un primer momento, llevaba a bordo un superviviente que presentaba algunos signos de delirio y el cuerpo de otro hombre fallecido claramente hacía más de una semana. Cuando lo encontraron, el primero tenía firmemente agarrado un horrible ídolo de piedra de origen desconocido y unos treinta centímetros de alto, respecto a cuya naturaleza los expertos de la Universidad de Sídney[169], la Real Sociedad[170] y el Museo de College Street[171] se han mostrado completamente desconcertados, y que el superviviente asegura que encontró en la cabina del yate, dentro de un pequeño altar de estilo sencillo tallado en la pared.

Este hombre, tras recobrar el conocimiento, relató una historia sumamente extraña sobre piratas y matanzas en el mar. Su nombre es Gustaf Johansen, un noruego de cierta inteligencia que había sido el segundo oficial de la goleta de dos palos *Emma*, de Auckland, que zarpó hacia el Callao[172] el 20 de febrero con una dotación de once hombres. La *Emma*, según la declaración del marinero, se vio retrasada y muy desviada al sur de su rumbo por culpa de la gran tormenta del 1 de marzo, y el día 22, en las coordenadas de latitud 49º 51' S y longitud 128º 34' O[173], se encontró con otro barco, el *Alert*, que estaba gobernado por una tripulación de canacos[174] y mestizos de aspecto sospechoso y malvado. Tras ordenarles estos en tono perentorio que dieran media vuelta, a lo cual el capitán Collins de la *Emma* se negó, la extraña tripulación abrió fuego sin previo aviso ni piedad sobre la goleta con una batería de cañones de latón que formaba parte del equipo del yate. Los hombres de la *Emma* presentaron batalla, afirma el superviviente, y, aunque la goleta comenzó a hundirse a causa de los impactos bajo su línea de flotación, lograron virar la nave hasta colocarse en paralelo a su enemigo y abordarlo, tras lo cual entablaron una pelea en la cubierta del yate con sus violentos tripulantes, cuyo número era ligeramente superior al suyo, y acabaron viéndose obligados a matarlos a todos debido a su forma particularmente vil y desesperada, aunque bastante torpe, de luchar.

En el ataque murieron tres de los hombres de la *Emma*, entre ellos el capitán Collins y el primer oficial Green, y los ocho supervivientes procedieron bajo el mando del segundo oficial Johansen a tomar el mando del yate capturado,

> continuando en su dirección original para ver si había existido algún motivo para que les ordenaran volver por donde habían venido. Y según parece, al día siguiente avistaron un islote en el que luego desembarcaron, aunque se desconocía la existencia de ninguno en esa zona del océano; y, de algún modo, seis de los hombres que tomaron tierra murieron allí. No obstante, Johansen es extrañamente reacio a dar detalles sobre esta parte de su historia, y solo dice que se precipitaron por una sima. A continuación, parece ser, un compañero y él regresaron al yate y trataron de conducirlo hasta algún puerto, pero la tormenta del 2 de abril les golpeó hasta hacerles perder el rumbo. Desde ese momento hasta su rescate el día 12, el hombre apenas recuerda nada, ni siquiera cuándo murió William Briden, su compañero. No se ha hallado ninguna causa concreta para la muerte de este último, pero se cree que pudo deberse a la tensión emocional sufrida o al azote de los elementos. Las comunicaciones recibidas desde Dunedin por telegrama informan que el *Alert* era bien conocido allí como una nave dedicada al comercio entre islas, y que tenía una reputación infame en sus muelles. El barco era propiedad de un curioso grupo de mestizos cuyas frecuentes reuniones y salidas nocturnas a los bosques cercanos atraían no poca curiosidad, y que había levado anclas apresuradamente justo después de la tormenta y los temblores de tierra del 1 de marzo. Nuestro corresponsal de Auckland otorga en cambio una excelente reputación a la *Emma* y sus hombres, y Johansen ha sido descrito como una persona seria y respetable. El almirantazgo iniciará a partir de mañana una investigación sobre todo el asunto, en la que se tratará por todos los medios de persuadir a Johansen para que aporte más detalles de los que ha dado hasta el momento.

Esto era todo, junto con la fotografía de la diabólica imagen; ¡pero qué aluvión de ideas desató en mi mente! El artículo contenía muchísima información nueva sobre la secta de Cthulhu y pruebas de que esta tenía extraños intereses en el mar además de en tierra. ¿Cuál había sido la razón de que la tripulación mestiza ordenara dar media vuelta al *Emma* mientras navegaba con su espantoso ídolo? ¿Qué isla desconocida era esa en la que habían muerto los seis marineros de la *Emma* y acerca de la cual el oficial Johansen era tan hermético?[175]. ¿Qué había sacado a la luz la investigación del vicealmirantazgo y qué se sabía de la perniciosa secta en Dunedin? Y, lo más asombroso de todo, ¿a qué se debía aquella profunda -y algo más que natural- conexión de fechas que confería una relevancia maligna y ahora

innegable a las diversas peripecias tan cuidadosamente anotadas por mi tío abuelo?

El 1 de marzo -nuestro 28 de febrero, de acuerdo con la línea internacional de cambio de fecha- se habían producido el terremoto y la tormenta. En Dunedin el *Alert* y su desagradable tripulación se habían hecho a la mar a toda prisa como si hubieran escuchado una imperiosa llamada, y en el lado opuesto de la tierra poetas y artistas habían comenzado a soñar con una insólita, fría y húmida ciudad ciclópea mientras un joven escultor modelaba sonámbulo la forma del aterrador Cthulhu. El 23 de marzo los tripulantes de la *Emma* tomaron tierra en una isla ignota y dejaron allí a seis de los suyos, muertos; y en esa misma fecha los sueños de ciertas personas especialmente sensibles adquirieron mayor intensidad y se ensombrecieron con el terror derivado de la amenazante persecución de un monstruo gigante, ¡al mismo tiempo que un arquitecto se volvía loco y un escultor empezaba repentinamente a delirar! ¿Y qué decir de esa tormenta del 2 de abril, la fecha en que cesaron todos los sueños sobre la ciudad chorreante y Wilcox escapó indemne de las garras de su extraña fiebre? ¿Qué decir de todo ello… y de esas alusiones del viejo Castro a los ahora hundidos Primigenios nacidos entre las estrellas y su cercano reinado, sus fieles seguidores *y su control sobre los sueños*? ¿Acaso estaba peligrosamente cerca de descubrir horrores cósmicos insoportables para el hombre? En tal caso, debían de ser horrores únicamente mentales, ya que de alguna manera el 2 de abril había puesto freno a cualquier amenaza monstruosa que hubiera iniciado un asedio del alma de la humanidad[176].

Esa misma tarde, tras un día de apresurados envíos de telegramas y preparativos, me despedí de mi anfitrión y cogí un tren para San Francisco. Menos de un mes después me encontraba en Dunedin, donde, a pesar de todo, no pudieron darme mucha información sobre los extraños miembros de la secta de Cthulhu que habían matado el tiempo en las antiguas tabernas del puerto. La escoria abundaba demasiado en los muelles como para que nadie destacara, aunque sí que escuché algunos comentarios vagos sobre un viaje que aquellos mestizos habían hecho tierra adentro, durante el cual se oyó un débil rumor de tambores y se observaron unas hogueras rojas en las lejanas colinas de los alrededores. En Auckland me enteré de que Johansen había regresado de un interrogatorio somero e inconcluyente en Sídney *con su antes rubio cabello totalmente blanco*, y que a continuación había vendido su casita en West Street y tomado un barco junto con su esposa para establecerse de nuevo en su antigua residencia de Oslo. De su impactante experiencia no contó a sus amigos más de lo que ya había contado a los funcionarios del almirantazgo, y lo único que aquellos pudieron hacer por mí fue

darme su dirección en Oslo.

Luego viajé a Sídney y hablé inútilmente con marineros y miembros del tribunal del vicealmirantazgo. Vi el *Alert*, que había sido vendido y se utilizaba ya como nave comercial, en los muelles de Circular Quay en la cala de Sídney, pero no logré sacar nada de su mole indiferente. La imagen agazapada de cabeza cefalópoda, cuerpo de dragón, alas escamosas y pedestal con jeroglíficos se conservaba en el museo de Hyde Park, donde tuve ocasión de examinarla con detenimiento y durante largo tiempo, y me pareció una pieza de una factura artística torvamente exquisita, con el mismo carácter absolutamente enigmático, la misma terrible antigüedad y el mismo material extrañamente ultraterreno que había observado en el ejemplar de menor tamaño de Legrasse. A los geólogos, me contó el conservador del centro, les había parecido un misterio colosal, ya que juraban que no había en todo el mundo una roca como aquella. Entonces me vino a la mente con un estremecimiento lo que el viejo Castro había contado a Legrasse acerca de los Primigenios: «Habían venido desde las estrellas y traído sus imágenes con ellos».

Conmocionado por una ruptura de mis esquemas mentales como nunca había conocido, decidí visitar entonces al oficial Johansen en Oslo. Tras navegar hasta Londres, reembarqué de inmediato con rumbo a la capital noruega, y un día de otoño arribé a los cuidados embarcaderos a la sombra del Egeberg[177]. La dirección de Johansen, descubrí, se hallaba en la Ciudad Vieja del rey Harold Haardrada, que mantuvo vivo el nombre de Oslo durante los siglos que el conjunto de la ciudad se hizo llamar «Cristiana»[178]. Realicé el breve viaje hasta la casa en taxi, y llamé con el corazón palpitante a la puerta de un pulcro y antiguo edificio de fachada enlucida. Acudió a responder una mujer vestida de negro y de semblante triste, y sentí una punzada de decepción cuando me comunicó en un inglés vacilante que Gustaf Johansen había muerto.

No había sobrevivido a su regreso, me explicó su mujer, ya que las experiencias que había tenido en el mar en 1925 habían destrozado su salud. No le había contado nada que no hubiera dicho ya al resto de la gente, pero había dejado un largo manuscrito -con «cuestiones técnicas», según había dicho- escrito en inglés, al objeto claramente de protegerla del peligro de una lectura casual. Al parecer, mientras paseaba por un estrecho callejón cerca del puerto de Gotemburgo[179], un fajo de papeles lanzado por la ventana de un ático le cayó encima, tirándole al suelo. Dos marineros lascares[180] le ayudaron inmediatamente a levantarse, pero murió antes de que la ambulancia pudiera llegar al lugar. Los médicos no hallaron ninguna explicación aceptable para su fallecimiento, y lo achacaron a un problema cardíaco y una constitución debilitada. Sentí entonces royéndome las

entrañas ese terror siniestro que ya nunca me abandonará hasta que también yo esté descansando en paz, «accidentalmente» o por otra causa. Tras convencer a la viuda de que mi relación con las «cuestiones técnicas» de su marido era suficiente motivo para hacerme legítimo depositario de su manuscrito, me llevé el documento conmigo y comencé a leerlo en el barco a Londres.

Era un relato farragoso y poco elaborado -el cándido intento de un marinero de escribir un diario *post facto*-, y se esforzaba en reconstruir día a día aquel último y terrible viaje. Me siento incapaz de transcribirlo literalmente con toda su turbidez y redundancia, pero expondré lo fundamental del texto hasta conseguir que se entienda al menos por qué el sonido del agua rozando contra los costados del barco se me hizo tan insoportable que tuve que meterme algodón en los oídos.

Johansen, gracias a Dios, no estaba al tanto de todo lo que yo sé, aunque él vio la ciudad y aquella cosa; pero tengo la certeza de que nunca volveré a dormir tranquilo cuando pienso en los horrores que merodean continuamente a espaldas de la vida en el tiempo y el espacio, y en esas blasfemias impías procedentes de estrellas primordiales que sueñan bajo el mar, con el conocimiento y el apoyo de una secta de pesadilla ansiosamente dispuesta a desatarlas sobre el mundo en el momento en que otro terremoto haga emerger de nuevo al sol y al aire su monstruosa ciudad de piedra.

El viaje de Johansen había comenzado tal como este había relatado al vicealmirantazgo. La *Emma*, en lastre, había zarpado desde Auckland el 20 de febrero y sufrido el embate de aquella tempestad de origen sísmico que debía de haber elevado desde el fondo del mar los horrores que invadieron los sueños de algunos hombres. Tras recuperar el control de la nave, esta avanzó a buen ritmo hasta que el 22 de marzo recibió el alto del *Alert*, y el pesar del oficial era perceptible en la descripción que hacía de su cañoneo y hundimiento. En cuanto a los diabólicos sectarios de tez morena a bordo del *Alert*, habla de ellos con un horror considerable. Tenían algo peculiarmente abominable que hacía que su destrucción casi pareciera un deber, y Johansen da francas muestras de asombro ante las acusaciones de crueldad que se formularon en contra de sus compañeros durante las diligencias de la comisión de investigación. Posteriormente, tras verse empujados por la curiosidad a seguir avanzando en el yate apresado con Johansen al mando, los hombres avistan un gran pilar de piedra que parece surgir del mar y, en el punto 49º 9’ de latitud sur y 126º 43’[181] de longitud oeste, encuentran de pronto una costa compuesta de tierra húmeda, fango y sillares ciclópeos cubiertos de algas que no puede ser nada más que la sustancia tangible del horror supremo de la tierra: la cadavérica ciudad de pesadilla de R’lyeh, que construyeron

en eones prehistóricos inmensurables las gigantescas y repulsivas formas que llegaron a nuestro mundo desde las oscuras estrellas. Allí yacía el gran Cthulhu y sus hordas, ocultos en verdosas criptas invadidas de limo y enviando al fin, tras ciclos incalculables, los pensamientos que extendían el miedo por los sueños de los más sensibles y llamaban imperiosamente a los fieles a un peregrinaje de liberación y restauración de su poder. Johansen no sospechaba nada de todo esto, ¡pero Dios sabe que pronto vio suficiente!

Supongo que solo una única cima, la horripilante ciudadela coronada por un monolito en la que se hallaba enterrado el gran Cthulhu, llegó realmente a elevarse sobre las aguas. Cuando pienso en todo lo que puede estar gestándose ahí abajo, casi me entran deseos de acabar inmediatamente con mi vida. Johansen y sus hombres se sintieron sobrecogidos por la majestuosidad cósmica de aquella chorreante Babilonia de demonios arcaicos, y seguramente adivinaron sin necesidad de ayuda que no pertenecía a este ni a ningún otro planeta coherente. El temor reverencial ante el increíble tamaño de los bloques de piedra verduzca, la vertiginosa altura del enorme monolito tallado y la turbadora identidad de las colosales estatuas y de los bajorrelieves con la extraña imagen hallada en el altar del *Alert* es angustiosamente palpable en cada línea de la asustada descripción del oficial.

Sin saber qué es el futurismo, Johansen logró aproximarse mucho a su estilo cuando habló de la ciudad, ya que en vez de describir construcciones o edificios definidos, se centra únicamente en dar impresiones generales de vastos ángulos y superficies de piedra -superficies demasiado extensas como para pertenecer a nada que debiera formar parte de esta tierra, y cubiertas de horribles figuras y jeroglíficos-. Menciono su alusión a los *ángulos* porque recuerda a algo que Wilcox me había contado de sus espantosos sueños: que la *geometría* del lugar onírico que veía era anormal y no euclídea, y que hacía pensar de manera odiosa en esferas y dimensiones distintas a las nuestras. Y ahora un marinero inculto tenía exactamente las mismas sensaciones al contemplar la terrible realidad.

Johansen y sus hombres desembarcaron en un empinado terraplén de barro a la orilla de aquella monstruosa acrópolis, y subieron penosamente y entre resbalones por titánicos bloques de piedra cubiertos de lodo que no podían formar ningún tipo de escalera creada por y para hombres. El mismo sol del cielo se veía distorsionado a través del miasma polarizador que desprendía aquella perversión empapada por el mar, y una perversa aura tensa y amenazadora subyacía maliciosamente en aquellos ángulos demencialmente elusivos de roca labrada en los que una segunda ojeada mostraba concavidades después de haber visto convexidades en la primera.

Una sensación muy parecida al miedo había asaltado a los exploradores antes de ver nada más concreto que roca, fango y algas. Todos y cada uno de ellos habrían huido de allí de no haber temido el desdén de sus compañeros, y la búsqueda que emprendieron -si bien en vano- de algún recuerdo que pudieran llevarse no fue particularmente entusiasta.

Rodríguez, *el Portugués*, fue el primero en trepar hasta el pie del monolito y vocear lo que había encontrado. El resto lo siguió y observó con curiosidad una inmensa puerta grabada que presentaba el ya familiar bajorrelieve del dragón cefalópodo. Era, contaba Johansen, como una gran puerta de granero; y a todos les pareció que era una puerta por el dintel, el umbral y las jambas ornamentados que la bordeaban, aunque no fueron capaces de decidir si descansaba plana como una trampilla o inclinada como la puerta exterior de un sótano. Tal como Wilcox habría dicho, la geometría del lugar era completamente antinatural. No se podía tener la certeza de que el mar y el suelo estuviesen en horizontal, de ahí que la posición relativa de todo lo demás se antojara fantasmalmente variable.

Briden empujó la piedra en varios puntos sin resultado. Después Donovan comenzó a pasar la mano delicadamente por el borde, haciendo presión en cada una de sus partes a medida que lo recorría. Subió así interminablemente por la grotesca moldura de piedra -llamémoslo «subir», suponiendo que aquella cosa no fuese horizontal después de todo- mientras los marineros se preguntaban cómo podía existir una puerta tan descomunal en el universo. Entonces, lenta y suavemente, la gigantesca hoja comenzó a ceder hacia dentro por su parte superior, y los hombres se percataron de que estaba contrapesada.

Donovan se deslizó o lanzó de algún modo hacia abajo o a lo largo de la jamba para reunirse con sus compañeros, y después todos se quedaron mirando atentamente la extraña recesión del portal monstruosamente esculpido. Dentro de aquella fantasía de distorsión prismática, se movía anómalamente en diagonal de tal forma que parecían estar quebrantándose todas las leyes de la materia y la perspectiva.

El hueco de la puerta albergaba una oscuridad casi tangible; una tenebrosidad que constituía una cualidad indudablemente física[182], dado que oscurecía partes de las paredes internas que deberían haber quedado a la vista y que, de hecho, salió a borbotones de la que había sido su prisión durante eones como si se tratase de humo, nublando el sol de manera apreciable conforme escapaba hacia el giboso y contraído cielo batiendo sus alas membranosas. El hedor que brotaba de aquella sima recién abierta era insoportable y, pasado un rato, Hawkins, que tenía un oído muy fino, creyó oír un desagradable

chapoteo en sus profundidades. Todos callaron y prestaron atención, y seguían haciéndolo aun cuando esa mole pesada y babosa apareció por el negro portal y trató de hacer pasar su verde y gelatinosa inmensidad a través de él para salir al viciado aire exterior de aquella ponzoñosa ciudad de locura.

La letra del pobre Johansen es casi ilegible al llegar a este punto. El noruego cree que, de los seis hombres que no llegaron al barco, dos perecieron de puro terror en ese mismo y maldito instante. Resulta imposible describir aquella cosa: no existen palabras para semejantes abismos de estridente e inmemorial locura, ni para tales contradicciones sobrenaturales de todo tipo de materia, fuerza y orden cósmico. Una montaña avanzaba tambaleándose. ¡Dios santo! ¿A quién le extraña, pues, que al otro lado de la tierra un gran arquitecto se volviera loco y que el pobre Wilcox delirase de fiebre en aquel instante telepático? La cosa de los ídolos, el engendro verde y viscoso de las estrellas, había despertado para reclamar lo que era suyo. Las estrellas eran propicias de nuevo, y lo que una secta antediluviana no había logrado deliberadamente, lo había hecho por accidente un grupo de inocentes marineros. Tras vigintillones[183] de años el gran Cthulhu volvía a estar libre, devorando por placer cuanto tenía a su alcance.

Tres hombres fueron barridos por las fofas garras antes de que nadie pudiera echar a correr. Que en paz descansen, si es que existe paz en algún lugar del universo. Eran Donovan, Guerrera y Ångstrom. Cuando los otros tres se lanzaron a un frenético descenso saltando sobre una interminable extensión de rocas encostradas de verde en dirección al bote, Parker tuvo un resbalón, y Johansen jura que se lo tragó un ángulo de la ciudad que no debería haber estado ahí; un ángulo que era agudo, pero que se comportó como si fuese obtuso. De modo que solo Briden y Johansen llegaron al bote y remaron desesperadamente hacia el *Alert* mientras la gigantesca monstruosidad bajaba los fangosos bloques de piedra con paso grávido hasta detenerse en actitud vacilante al borde del mar.

A pesar de la marcha a tierra firme de todas las manos disponibles, no se había dejado que la caldera se apagara del todo, y tan solo hicieron falta unas cuantas carreras febriles entre el timón y las máquinas del *Alert* para ponerlo en marcha. Lentamente, entre los distorsionados horrores de aquella escena indescriptible, el barco comenzó a surcar las letales aguas, mientras sobre los bloques de aquella costa sepulcral que no pertenecía a nuestro mundo el titánico ser de las estrellas babeaba y profería sonidos ininteligibles cual Polifemo maldiciendo la nave en fuga de Odiseo. Entonces, con mayor atrevimiento que el mítico cíclope, el gran Cthulhu se deslizó oleaginosamente dentro del agua y comenzó a perseguir el barco con

colosales brazadas de fuerza cósmica que levantaban olas en la superficie del mar. Briden se volvió para mirar y en ese momento perdió la cordura, riendo estridentemente tal como siguió haciendo a intervalos hasta que la muerte lo encontró una noche en la cabina de control mientras Johansen deambulaba por el barco sumido en el delirio.

Pero este último todavía no estaba acabado. Sabiendo que hasta que el *Alert* no avanzara a todo vapor la cosa seguramente podría darle alcance, optó por una salida desesperada y, tras poner las máquinas a plena potencia, subió como un rayo a cubierta y giró completamente el timón. Las fétidas aguas se agitaron y burbujearon con fuerza y, al tiempo que el barco iba ganando más y más velocidad, el audaz noruego enfiló directamente hacia la forma gelatinosa que lo perseguía y se elevaba sobre la sucia espuma como la popa de un galeón demoníaco. La espantosa cabeza cefalópoda de ávidos tentáculos se aproximó hasta prácticamente tocar el bauprés del recio yate, pero Johansen siguió adelante sin aflojar un ápice el ritmo. Hubo un estallido como el de una vejiga reventada, una lluvia pseudolíquida de inmundicia como el de un pez luna hendido en canal, una pestilencia como la de mil tumbas abiertas y un sonido que el cronista se negó a describir. Por un instante el barco se vio envuelto en una acre y cegadora nube verde, y después algo bulló venenosamente en la popa del barco, donde -¡Dios del cielo!- la dispersa plasticidad de aquel innombrable engendro del espacio estaba *recomponiéndose* brumosamente en su abominable forma original, mientras la distancia a esta aumentaba a cada segundo conforme el *Alert* ganaba impulso por la creciente presión de sus calderas.

Eso fue todo. Después de aquello lo único que hizo Johansen fue cavilar sobre el ídolo hallado en la cabina y ocuparse de procurar algo de comer para sí mismo y el riente maníaco que viajaba con él. No intentó volver a guiar el barco tras su atrevida huida inicial, ya que la reacción le había arrancado algo del alma. Luego llegó la tormenta del 2 de abril y con ella la confusión que había nublado su conciencia. Vagas impresiones de estar dando vueltas en remolinos espectrales de líquidos abismos infinitos, cabalgando vertiginosamente sobre la cola de un cometa a través de universos que no cesaban de girar y precipitándose histéricamente de las profundidades del infierno a la luna y de esta nuevamente al infierno; todo ello animado por un carcajeante[184] coro formado por los gozosos y horrendamente gesticulantes dioses primordiales y los burlones y verdes diablillos alados del Tártaro.

Y desde más allá de ese sueño llegó el rescate: el *Vigilant*, el tribunal del vicealmirantazgo, las calles de Dunedin y el largo viaje de regreso a su antigua casa junto al Egeberg. No podía contar lo que

sabía, pues lo creerían loco. Lo dejaría todo por escrito antes de que le llegara la muerte, pero su mujer no debía averiguar nada. Morir sería una bendición solo si así morían también sus recuerdos.

Ese fue el documento que leí y que ya he depositado en la caja de hojalata al lado del bajorrelieve y los papeles del profesor Angell. Y junto con ellos irá esta crónica, esta prueba de la cordura que aún conservo, en la que se relacionan una serie de hechos que espero nadie vuelva a relacionar nunca. He contemplado todo el horror que el universo es capaz de albergar, y en adelante incluso los cielos primaverales y las flores del verano serán un veneno para mí. Pero, en cualquier caso, no creo que vaya a vivir mucho tiempo. Tal como acabó mi tío abuelo, o el pobre Johansen, así acabaré yo también. Sé demasiado, y la secta continúa viva.

Y Cthulhu también, supongo, de regreso en ese abismo de roca que le ha servido de refugio desde la primera edad del Sol. Su ciudad maldita ha vuelto a hundirse, ya que el *Vigilant* pasó por donde se encontraba después de la tormenta de abril; pero sus pastores sobre la tierra aún cantan, saltan y matan en torno a monolitos coronados por ídolos en sitios apartados. El hundimiento debió de atraparlo mientras se hallaba dentro de su negra fosa o de lo contrario el mundo estaría ya chillando presa del terror y el frenesí. ¿Quién sabe cómo acabará todo? Lo que se ha alzado puede hundirse y lo que se ha hundido puede alzarse de nuevo. Una abominación sueña y espera en el fondo del océano, y la corrupción se extiende por las tambaleantes ciudades del hombre. Llegará un día en que… ¡pero no debo ni puedo pensar en ello! Rezo porque, si no sobrevivo a este manuscrito, mis albaceas antepongan la cautela al atrevimiento y se ocupen de que no llegue a ojos de nadie más.

EL COLOR QUE CAYÓ DEL CIELO185

«[…] en un terrorífico instante de oscuridad más profunda
los observadores vieron tremolar en las copas de los árboles

un millar de puntos diminutos […]».
Amazing Stories 2/6 (septiembre de 1927)
Ilustración de J. M. De Aragón

«El color que cayó del cielo» era el relato favorito de Lovecraft, y fue el primero en el que el autor de Providence combinó la ciencia ficción propiamente dicha con el terror. En «La llamada de Cthulhu» ya se insinuaba que el horror podía provenir del espacio exterior, pero en este caso, el elemento terrorífico toma forma material en una localidad muy concreta: Nueva Inglaterra, donde las banales descripciones de las infructuosas investigaciones científicas contrastan de forma violenta con la terrible, inexplicable y gradual destrucción de la familia Gardner. Además, el relato introduce la idea del pánico ante una invasión alienígena, adelantándose en más de diez años a la famosa dramatización radiofónica de Orson Wells de La guerra de los mundos, *de H. G. Wells.*

* * *

Al oeste de Arkham[186] se alzan colinas agrestes, y hay valles con profundos bosques que nunca han conocido el filo de un hacha. Hay cañadas sombrías y angostas donde los árboles se encorvan de un modo increíble, y donde escurren finos arroyuelos que jamás han atrapado los destellos del sol. En las pendientes más suaves se levantan granjas, antiguas e inestables, con casitas achaparradas cubiertas de musgo que rumian sin cesar viejos secretos de Nueva Inglaterra al abrigo de grandes cornisas rocosas; pero todas ellas están ya deshabitadas, con amplias chimeneas que se van viniendo abajo poco a poco y paredes de madera peligrosamente abombadas bajo tejados a la mansarda que apenas se levantan del suelo.

Sus habitantes originales las abandonaron tiempo atrás, y a los extranjeros no les gusta vivir allí. Lo intentaron los francocanadienses, también los italianos; y los polacos vinieron y se fueron. No por nada que pueda verse u oírse, o con lo que haya que bregar, sino por algo que ronda la imaginación. El lugar no tiene un buen efecto sobre ella, ni trae sueños apacibles por la noche. Debe ser esto lo que mantiene alejados a los extranjeros, pues el viejo Ammi Pierce nunca les ha hablado de lo que recuerda de los días extraños. Ammi, que lleva años un poco mal de la cabeza, es el único que sigue vivo o que habla alguna vez de aquellos días; y se atreve a hacerlo únicamente porque su casa está muy cerca de los descampados y las concurridas carreteras que rodean Arkham.

En su día había un camino que atravesaba las colinas y los valles, que pasaba justo por donde hoy se encuentra el páramo maldito; pero la gente dejó de utilizarlo y se trazó una nueva carretera que describe una amplia y larga curva hacia el sur. Aún es posible encontrar rastros del viejo camino entre la retornada maleza silvestre, y sin duda todavía quedarán algunos cuando la mitad de las depresiones de la zona se inunden para crear el nuevo embalse[187]. Entonces los oscuros bosques se talarán y el páramo maldito dormirá en las honduras de unas aguas azules cuya superficie reflejará el cielo y se rizará a la luz del sol. Y los secretos de los días extraños se fundirán con los secretos de las profundidades, con los arcanos del vetusto océano y con todo el misterio de la tierra primordial.

Cuando visité las colinas y los valles a fin de inspeccionar el terreno para el nuevo embalse me dijeron que se trataba de un lugar maligno. Esto me lo advirtieron en Arkham, y tratándose de una ciudad muy antigua llena de leyendas de brujas pensé que el mal del que hablaban debía de ser algo que las abuelas contaban en voz baja a los niños desde hacía siglos. El nombre «páramo maldito»[188] me resultaba muy curioso y teatral, y me hacía preguntarme cómo había entrado en las tradiciones de unos puritanos. Pero entonces vi al oeste con mis propios ojos aquella lóbrega maraña de cañadas y laderas, y cesé de hacerme preguntas sobre todo lo que no fuesen sus misterios ancestrales. Fue un día por la mañana, pero allí siempre había sombras al acecho. Los árboles crecían de manera excesivamente espesa, y sus troncos eran demasiado gruesos, a diferencia de lo que ocurre en otros bosques de Nueva Inglaterra[189]. El silencio ahogaba los umbríos senderos que corrían entre unos y otros; y la tierra resultaba exageradamente mórbida a causa del musgo húmedo y del grueso manto de materia en descomposición acumulado sobre ella durante años.

En las zonas a cielo abierto, que se concentraban principalmente a lo largo del trazado del viejo camino, había unas pocas granjas construidas sobre las laderas de las colinas, que unas veces conservaban todas sus construcciones en pie -o meramente una o dos-, y otras solo una chimenea solitaria o un sótano que no tardaría mucho en llenarse. Las zarzas y los hierbajos reinaban por doquier, y la maleza crujía con los movimientos furtivos de diversas bestezuelas. Una neblina inquietante y opresiva flotaba sobre todo dándole un toque irreal y grotesco, como si fallara algún aspecto esencial de la perspectiva o el claroscuro. No me extrañó que los extranjeros no se instalaran en la región, pues no era un lugar donde dormir. Recordaba demasiado a un paisaje de Salvador Rosa[190], o a algún grabado prohibido de un cuento de terror.

Pero ni siquiera todo lo anterior resultaba tan horrible como el

páramo maldito. Lo supe nada más toparme con él en el fondo de un extenso valle, ya que no podía haber otro nombre apropiado para algo como aquello, ni ninguna otra cosa que se ajustara a un nombre así. Era como si el poeta hubiera acuñado la expresión tras haber visto aquella zona concreta. Debía tratarse -pensé al verla- del resultado de un incendio; ¿pero por qué no había vuelto a brotar nunca nada en aquellas dos hectáreas grises y desoladas que se abrían al cielo en medio de los bosques y campos como una gran quemadura causada por algún ácido? Se hallaba mayormente en el lado norte del camino antiguo, aunque invadía parte del otro. Sentí una extraña reticencia a acercarme, y al final lo hice únicamente porque mi trabajo me obligaba a atravesarlo para continuar con mi reconocimiento del terreno. No había ningún tipo de vegetación en aquella amplia extensión, tan solo un fino polvo o ceniza gris que por lo que parecía el viento no levantaba jamás. Los árboles de los alrededores tenían un aspecto enfermizo y raquítico, y había pudriéndose numerosos troncos muertos, caídos o aún en pie, justo al borde del páramo. Mientras cruzaba este apresuradamente vi a mi derecha los ladrillos y piedras derribados de una vieja chimenea y un sótano, así como las abiertas y negras fauces de un pozo abandonado cuyos gases producto del agua estancada creaban extraños espejismos con los colores del sol. Hasta la larga y oscura subida a través del bosque que había más allá del páramo pareció agradable en comparación con este último, y a partir de ese día ya no volvieron a asombrarme los cuchicheos asustados de la gente de Arkham. Por allí cerca no había ninguna otra casa ni más ruinas, de modo que debía de haber sido una zona solitaria y apartada incluso en tiempos pasados. Y al anochecer, temiendo volver a pasar por aquel lugar ominoso, regresé a la ciudad dando un rodeo por la carretera que se extendía al sur describiendo una amplia curva. Sentí entonces un vago deseo de que el cielo se nublase un poco, pues un raro apocamiento ante el profundo vacío del firmamento se había deslizado en mi alma.

Por la noche pregunté a algunos ancianos de Arkham sobre el páramo maldito y por el significado de esa expresión, los «días extraños», que tanto se oía susurrar de manera intencionadamente vaga. Sin embargo, no obtuve ninguna respuesta satisfactoria más allá de que todo el misterio era mucho más reciente de lo que yo había imaginado. No se trataba en absoluto de ninguna vieja leyenda, sino de algo que había ocurrido en vida de los que hablaban, en los años ochenta, y como resultado una familia había desaparecido o muerto. Las personas con las que conversé no fueron precisas, y, como todas ellas me dijeron que no hiciese caso a las viejas y absurdas historias de Ammi Pierce, lo busqué a la mañana siguiente, habiendo escuchado que vivía solo en una casita decrépita y tambaleante donde el bosque

comenzaba a espesarse de verdad. Se trataba de una construcción tremendamente arcaica, que había empezado a desprender ese leve olor miasmático que impregna las paredes de las casas que llevan en pie demasiado tiempo. Solo con persistentes llamadas logré levantar al anciano de su cama y, cuando se acercó a abrir la puerta arrastrando los pies de manera vacilante, pude ver que no se alegraba de verme. Su aspecto no era tan frágil como yo había esperado, pero tenía una mirada curiosamente cansada, y su desaliño en el vestir y su barba blanca le conferían un aire de derrota. Dado que no sabía muy bien cómo conseguir que se pusiera a contar sus historias, fingí estar allí por trabajo, hablándole de mis tareas de reconocimiento y planteándole vagas preguntas sobre la región. Resultó ser una persona mucho más lista e instruida de lo que me habían hecho creer y, antes de darme cuenta, ya había captado el tema tan bien como cualquier otra de las personas con las que había hablado en Arkham. No era como otra gente de campo que había conocido en zonas donde iban a construirse embalses. De su boca no salió protesta alguna por los kilómetros de antiguos bosques y granjas que serían borrados del mapa, aunque quizá no habría sido así si su casa hubiera quedado dentro de los límites del futuro lago. Únicamente mostró alivio; alivio por el destino fatal de los sombríos y antiguos valles que llevaba toda la vida recorriendo. Que se los tragara el agua era lo mejor en ese momento; lo mejor que podía ocurrir después de los sucesos de los días extraños. Y con esta introducción su voz ronca adquirió un tono más grave, al tiempo que inclinaba el cuerpo hacia delante y comenzaba a blandir su índice derecho en un gesto que imponía respeto.

Fue entonces cuando escuché la historia, y, mientras aquella voz áspera y susurrante iba desgranándola de manera dispersa, me estremecí varias veces pese a tratarse de un día de verano. En muchos momentos tuve que traer de vuelta a mi interlocutor de sus divagaciones, hallar sentido a observaciones científicas que este únicamente repetía de lo que había dicho un grupo de profesores como un loro al que le fallase la memoria o rellenar lagunas allí donde su sentido de la lógica y la continuidad hacía agua. Cuando concluyó su relato no me extrañó que estuviera un poco ido, ni que la gente de Arkham apenas hablase del páramo maldito. A continuación, me apresuré en regresar a mi hotel antes de que cayera la noche, pues no quería que la salida de las estrellas me encontrara al raso, y al día siguiente viajé de vuelta a Boston para dejar mi puesto de trabajo. Me sentía incapaz de entrar nuevamente en aquel oscuro caos de antiguos bosques y colinas, o de enfrentarme otra vez a aquel páramo maldito y gris donde el profundo pozo negro se abría en la tierra junto a los ladrillos y las piedras caídos. El embalse se construirá dentro de poco,

y entonces todos esos secretos del pasado quedarán sumergidos a brazas de profundidad, donde nunca más podrán hacer daño a nadie. Pero creo que no querría visitar de noche esos campos ni siquiera cuando eso haya ocurrido -al menos, no mientras las siniestras estrellas estén visibles en el cielo-; y tampoco bebería la nueva agua de Arkham por nada del mundo.

Todo empezó -me contó el viejo Ammi- con el meteorito. Antes de que cayera, no habían circulado leyendas fantásticas por la región desde los juicios por brujería[191], e incluso entonces esos bosques del oeste no eran ni siquiera la mitad de temidos que el islote del Miskatonic, donde el diablo recibía a su corte junto a un curioso altar de piedra que ya estaba allí cuando llegaron los indios. Aquellos no eran bosques embrujados, y su fantástico ocaso nunca fue aterrador hasta los días extraños. Entonces llegó esa nube blanca de mediodía, esa cadena de explosiones en el aire y esa columna de humo en aquel lejano valle del interior del bosque. Y al anochecer toda Arkham sabía ya de la gran roca que había caído del cielo empotrándose en la tierra junto al pozo de la finca de Nahum Gardner. Pues era su casa la que se había levantado donde más tarde se extendería el páramo maldito: la cuidada casa blanca de Nahum Gardner rodeada de fértiles huertos de hortalizas y árboles frutales.

Nahum había ido entonces a la ciudad a hablarle a la gente de la roca, y de camino había pasado por casa de Ammi Pierce. Ammi tenía en aquel momento cuarenta años, y todas aquellas cosas raras se le quedaron fuertemente grabadas en la memoria. Él y su mujer habían acompañado a los tres profesores de la Universidad Miskatonic que a la mañana siguiente fueron corriendo a ver al extraordinario visitante del incógnito espacio sideral, y se preguntaron por qué Nahum había dicho el día anterior que era una roca muy grande. Había encogido, dijo Nahum mientras señalaba con el dedo el gran montículo parduzco que se levantaba de la tierra desgarrada y la hierba calcinada cerca del arcaico cigoñal[192] que había frente a su casa; pero los sabios respondieron que las rocas no encogen. Esta conservaba su calor de manera persistente, y Nahum afirmó que había brillado débilmente la noche previa. Los profesores tantearon su consistencia con un martillo de geólogo y descubrieron que era extrañamente blanda. Tanto, en verdad, como para resultar casi plástica; por lo que arrancaron más que partieron una muestra de ella para llevársela a la universidad, donde sería analizada. Tuvieron que meterla en un viejo cubo que cogieron prestado de la cocina de Nahum, pues ni siquiera aquel pequeño trozo quería enfriarse. Durante el camino de vuelta pararon en casa de Ammi para descansar, y se quedaron pensativos cuando la Sra. Pierce observó que el fragmento de roca estaba reduciendo su tamaño y quemando el fondo del cubo. Es cierto que no era muy

grande, pero quizá habían cogido menos cantidad de la que creían.

Un día más tarde -todo esto sucedió en junio del 82- los profesores habían salido nuevamente en un entusiasmado tropel. Al pasar por casa de Ammi le contaron las cosas extraordinarias que había hecho la muestra de roca, y cómo se había ido consumiendo gradualmente hasta desaparecer cuando la pusieron dentro de un vaso de precipitados. El vaso también se había desintegrado, y los sabios hablaron de la afinidad de la extraña roca por el silicio. Esta había mostrado un comportamiento totalmente increíble en aquel ordenado laboratorio, sin reaccionar en absoluto ni desprender gases ocluidos[193] al ser calentada sobre carbón, dando un resultado completamente negativo en la perla de bórax[194] y demostrando enseguida no ser nada volátil a ninguna temperatura producible, incluyendo la del soplete oxhídrico[195]. Sobre un yunque pareció altamente maleable, y en la oscuridad su luminosidad fue muy marcada. En tanto se negaba tenazmente a enfriarse, no tardó en tener al departamento entero revolucionado, y cuando al calentarla delante del espectroscopio[196] mostró bandas brillantes diferentes a cualquier color conocido del espectro normal se originó un emocionado debate sobre nuevos elementos[197], extrañas propiedades ópticas y otras cosas que los hombres de ciencia desconcertados acostumbran a decir cuando se enfrentan a lo desconocido.

En vista del calor que desprendía, sometieron la muestra a ensayos en un crisol con todos los reactivos convencionales. El agua no produjo ningún efecto. El ácido clorhídrico tampoco. El ácido nítrico e incluso el agua regia[198] se limitaron a sisear y salpicar contra su tórrida invulnerabilidad. A Ammi le costó recordar todas estas cosas, pero reconoció algunos disolventes cuando se los nombré en el orden habitual de uso. Entre ellos estaban el amoníaco y la sosa cáustica, el alcohol y el éter, el nauseabundo disulfuro de carbono[199] y muchísimos otros, pero, aunque el fragmento parecía estar reduciendo su peso de manera constante con el tiempo, así como ligeramente su temperatura, no se apreció ningún cambio en los disolventes que revelara que estos habían llegado a atacar la sustancia. Con todo, se trataba, sin lugar a duda, de un metal. Era magnético, para empezar; y tras su inmersión en los disolventes ácidos se vieron en él leves indicios de las estructuras de Widmannstätten que se encuentran en el hierro meteorítico[200]. Una vez que la muestra se hubo enfriado ya en un grado considerable, las pruebas continuaron en recipientes de vidrio, y fue en un vaso de precipitados de este material donde dejaron todas las esquirlas en que habían convertido el fragmento original durante el análisis. Mas a la mañana siguiente tanto las esquirlas como el vaso habían desaparecido por completo, y solo una quemadura en la madera señalaba el lugar que habían ocupado en un

estante.

Todo esto fue lo que los profesores contaron a Ammi cuando hicieron una breve parada ante su puerta, y una vez más este fue con ellos a ver al pétreo mensajero de las estrellas, aunque en esta ocasión su mujer no los acompañó. Definitivamente, el meteorito había encogido, y ni siquiera los serios profesores pudieron dudar de la realidad de lo que veían. En torno a la parda roca menguante junto al pozo había un espacio vacío, excepto allí donde la tierra se había hundido; y mientras que el día anterior había presentado un diámetro de unos dos metros largos, ahora apenas llegaba al metro y medio. Seguía caliente, y los sabios estudiaron con curiosidad su superficie mientras le quitaban otro trozo de mayor tamaño que el último con el martillo y el cincel. Esta vez practicaron una incisión más profunda y, cuando separaron el trozo que se iban a llevar, advirtieron que el núcleo del meteorito no era totalmente homogéneo.

Habían dejado expuesto lo que aparentaba ser un lado de un gran glóbulo coloreado incrustado en la sustancia. Su color, que recordaba a algunas de las franjas del extraño espectro del meteorito, era casi imposible de describir; y fue solo por analogía que llegaron a calificarlo de tal[201]. Su textura era brillante, y al darle unos golpecitos pareció augurar una estructura quebradiza y hueca. Entonces uno de los profesores le propinó un golpe seco con uno de los martillos y el glóbulo reventó con un pequeño pero vigoroso estallido. No se produjo ninguna emisión, y aquella cosa desapareció por completo con el pinchazo dejando un hueco esférico de unos ocho centímetros de diámetro. Todos estimaron probable el descubrimiento de otros glóbulos similares a medida que la sustancia envolvente fuera consumiéndose.

Era inútil hacer conjeturas, de modo que, tras un vano intento de encontrar más glóbulos perforando la roca, los investigadores volvieron a marcharse con su nueva muestra, la cual, no obstante, produjo unos resultados en el laboratorio tan desconcertantes como su predecesora. Aparte de ser prácticamente plástica, tener calor interno, magnetismo y una leve luminosidad, enfriarse ligeramente en ácidos potentes, poseer un espectro desconocido, consumirse al contacto con el aire y atacar compuestos de silicio con un resultado de destrucción mutua, la roca no presentaba absolutamente ninguna característica identificativa; y al término de las pruebas los científicos de la universidad se vieron obligados a reconocer que no sabían qué era; nada de esta tierra, sino un pedazo del vasto espacio exterior, y como tal estaba dotada de propiedades ajenas a las presentes en nuestro planeta y obedecía leyes igualmente ajenas[202].

Esa noche hubo una tormenta, y cuando los profesores fueron a casa de Nahum al día siguiente se llevaron una amarga decepción. La

roca, al ser magnética, debía de poseer alguna propiedad eléctrica peculiar, ya que había «atraído los rayos», según dijo Nahum, con singular insistencia[203]. Seis veces los había visto caer el granjero en el surco del campo frente a su casa en cuestión de una hora y, al acabar la tormenta, junto al antiguo cigoñal[204] no quedaba nada salvo un hoyo irregular, parcialmente cegado con tierra. Las búsquedas bajo esta habían resultado infructuosas, de modo que los científicos dieron por confirmada la desaparición total del meteorito. El fracaso era absoluto, por lo que no quedaba nada que hacer salvo regresar al laboratorio y hacerle nuevas pruebas al fragmento menguante que habían dejado cuidadosamente guardado en un recipiente de plomo. El fragmento duró una semana, al término de la cual no se había averiguado nada significativo de él. No dejó resto alguno tras su desaparición, y con el tiempo los profesores tuvieron dudas de haber visto realmente con sus propios ojos aquel misterioso vestigio de los insondables abismos del espacio exterior; aquel solitario e inquietante mensajero de otros universos y reinos de materias, fuerzas y entidades alienígenas.

Como era lógico que ocurriera, considerando su patrocinio de la universidad, los periódicos de Arkham dedicaron una gran atención al suceso y mandaron reporteros a hablar con Nahum Gardner y su familia. También al menos un periódico de Boston envió allí a un articulista, y Nahum se convirtió rápidamente en una especie de celebridad local. Era una persona delgada y jovial de unos cincuenta años, que vivía con su esposa y tres hijos en la agradable granja que tenía en el valle. Ammi y él se hacían frecuentes visitas, igual que sus mujeres; y tras todos aquellos años Ammi solo tenía hacia él palabras de elogio. El hombre parecía ligeramente orgulloso del interés que había atraído su granja y durante las siguientes semanas se le escuchó hablar a menudo del meteorito. Aquel julio y agosto hizo bastante calor, y Nahum trabajó duro segando el heno de las cuatro hectáreas de pastos que tenía al otro lado del arroyo Chapman, abriendo con su ruidosa carreta profundas rodadas en los umbríos caminos entre uno y otro. La faena le cansó esta vez más que otros años, y sintió que la edad estaba empezando a pesarle.

Luego llegó el tiempo de la fruta y la cosecha. Las peras y las manzanas maduraron despacio, y Nahum juraba que sus huertas estaban produciendo como nunca antes lo habían hecho. La fruta crecía hasta alcanzar un tamaño espectacular y un brillo inusitado, y con tal abundancia que hubo que encargar más barriles para hacerse cargo de la futura cosecha. Pero con la maduración llegó una gran decepción, puesto que en toda aquella espléndida variedad de aparente suculencia no había ni una sola pieza comestible. En el antes magnífico sabor de las peras y manzanas había aparecido

subrepticiamente un toque amargo y nauseabundo tal que incluso el más mínimo bocado causaba una prolongada sensación de asco. Lo mismo ocurrió con los melones y los tomates, y Nahum comprendió con tristeza que toda su cosecha se había echado a perder. Atando cabos rápidamente, afirmó que el meteorito había envenenado la tierra, y dio gracias a Dios de que casi todos sus demás cultivos estuvieran en la parcela de la loma que había, siguiendo el camino.

El invierno se adelantó aquel año, y fue muy frío. Ammi vio a Nahum menos que de costumbre, y observó que comenzaba a parecer preocupado. También el resto de su familia tenía un aspecto más taciturno y no asistía de forma ni mucho menos regular a la iglesia ni a los diversos actos sociales de los campesinos de la región. Fue imposible dar con causa alguna para esta frialdad o melancolía, aunque todos los miembros de la familia admitían a veces sufrir un empeoramiento de su salud y una ligera sensación de desasosiego. El propio Nahum fue quien se manifestó de forma más clara respecto a esta cuestión la vez que dijo que se encontraba inquieto por unas huellas que había visto en la nieve. Eran el tipo de huellas que las ardillas rojas, los conejos blancos y los zorros suelen dejar en invierno, pero el caviloso granjero afirmaba percibir algo extraño en su naturaleza y disposición. Siempre fue ambiguo en cuanto a esto, pero parecía pensar que no se correspondían como debían con la anatomía y los hábitos de las ardillas, los conejos y los zorros. Ammi escuchaba sin interés todas estas cosas hasta una noche en que pasó con su trineo por delante de la casa de Nahum volviendo de Clark's Corners. La luna brillaba en el cielo, y un conejo había cruzado el camino, y los saltos de ese conejo habían sido demasiado largos como para que Ammi o su caballo los vieran con agrado. Este último, de hecho, había estado a punto de desbocarse antes de que un firme tirón de las riendas lo frenara. A partir de aquel día Ammi tuvo más respeto por las historias de Nahum, y se preguntó por qué los perros de los Gardner parecían tan atemorizados y temblorosos todas las mañanas. Prácticamente habían perdido -tal como se fue viendo- el ímpetu que les hacía ladrar.

En febrero los hijos de los McGregor de Meadow Hill habían salido a cazar marmotas cuando, no lejos de la casa de los Gardner, cobraron una pieza sumamente peculiar. Las proporciones de su cuerpo parecían ligeramente alteradas de un modo extraño e indescriptible, en tanto que su cara presentaba una expresión nunca antes vista en una marmota. Dado que los chicos se asustaron de verdad y tiraron el animal en el acto, lo único que llegó a saber de él la gente de la región fueron sus grotescas descripciones. Pero el miedo de los caballos a pasar por las cercanías de la casa de Nahum era algo ya unánimemente reconocido y, así, comenzó a formarse con rapidez una base para toda una serie de leyendas contadas a media voz.

La gente juraba que la nieve se fundía más deprisa en la propiedad de Nahum que en cualquier otro sitio, y a principios de marzo tuvo lugar una asustada conversación en la tienda de Potter en Clark's Corners. Stephen Rice había pasado por la mañana con su carreta junto a la casa de Gardner, y se había fijado en unas coles de los pantanos que asomaban entre el barro del lado contrario del camino, en la linde del bosque. Nunca se habían visto ejemplares con un tamaño como aquel, los cuales tenían además extraños colores imposibles de describir con palabras. Sus formas eran monstruosas, y el caballo había bufado por culpa de un olor que a Stephen le pareció distinto a todo lo conocido. Esa misma tarde varias personas se pasaron por allí con sus carros para ver aquellas coles anormales, y todas coincidieron en que no deberían existir plantas así en un mundo sano. Alguien mencionó de forma espontánea la fruta echada a perder del otoño anterior, y comenzó a decirse que la tierra de Nahum estaba envenenada. Naturalmente el causante había sido el meteorito y, al recordar cuán insólita les había resultado esta roca a los científicos de la universidad, varios granjeros hablaron con ellos acerca de este nuevo asunto.

Un día fueron a hacerle una visita a Nahum, pero dado su nulo aprecio por las historias y leyendas fantásticas practicaron mucha cautela a la hora de extraer conclusiones. Eran plantas extrañas, desde luego, pero todas las coles de los pantanos tienen formas, olores y colores más o menos raros. Quizás algún componente mineral presente en la roca se había filtrado a la tierra, pero de ser así el agua de la lluvia pronto la limpiaría. Y en lo referente a las huellas y al miedo de los caballos, era indudable que todo ello no eran más que habladurías campesinas de inevitable aparición a raíz de un fenómeno como el del aerolito. Lo cierto es que en casos de rumores disparatados como aquel, las personas serias nada podían hacer, pues la supersticiosa gente del campo es capaz de decir y creer cualquier cosa. De modo que mientras duraron los días extraños los profesores se mantuvieron siempre al margen en actitud desdeñosa. Únicamente uno de ellos, cuando más de año y medio después la policía le entregó dos frasquitos de polvo para analizar, recordó que el extraño color de esas coles había sido muy similar al de las anómalas franjas luminosas que había emitido el fragmento de meteorito en el espectroscopio de la universidad, y también al del frágil glóbulo hallado en el interior de aquella roca procedente de la honda inmensidad del espacio. Las muestras de este análisis generaron en un principio las mismas franjas extrañas, aunque después perdieron la propiedad.

Los árboles echaron brotes prematuramente aquel año, y por la noche se balanceaban ominosamente con el viento. El segundo hijo de Nahum, Thaddeus, un muchacho de quince años, juraba que lo hacían

también cuando no había viento, pero esto era algo a lo que ni siquiera los rumores daban crédito. Aun así, no cabía duda de que flotaba en el ambiente cierta inquietud. La familia Gardner al completo adquirió la costumbre de permanecer discretamente a la escucha, aunque no con intención de captar ningún sonido que pudieran nombrar de manera consciente. Esta escucha era, más bien, producto de momentos en los que la conciencia parecía extraviarse ligeramente. Por desgracia, tales momentos fueron haciéndose más frecuentes semana tras semana, hasta que las palabras «algo raro le pasa a la familia de Nahum» se volvieron habituales. Cuando florecieron las primeras saxífragas tenían también un color extraño, distinto al de las coles de los pantanos, pero claramente relacionado e igualmente desconocido para todo el que lo veía. Nahum llevó a Arkham algunos capullos de la planta para enseñárselos al editor del *Gazette,* pero este eminente caballero se limitó a escribir un artículo humorístico sobre ellos, en el que ridiculizaba de manera educada los siniestros miedos de los campesinos. Nahum cometió un error al hablarle a un insensible hombre de ciudad de cómo se comportaban las grandes -mucho más de lo normal- mariposas antíopas en relación con esas saxífragas.

Abril trajo consigo una especie de locura para la gente del campo, y fue por entonces cuando comenzó a caer en desuso el camino que pasaba junto a la casa de Nahum y que terminaría con el tiempo por abandonarse del todo. Fue cosa de la vegetación. Todos los árboles de la huerta florecieron con extraños colores, y en la pedregosa tierra frente a la casa y en los pastos contiguos brotaron unas plantas insólitas que solo un botánico habría sabido relacionar con la flora propia de la zona. El único color normal y razonable a la vista era el verde de la hierba y el follaje, pues en todos los demás sitios estaban presentes esas variantes prismáticas y abigarradas de alguna clase de enfermizo color primario sin lugar entre los tonos conocidos de la tierra. Los calzones de holandés[205] adquirieron un aspecto siniestramente amenazador, y las sanguinarias[206] resultaban insolentes a causa de su perversión cromática. Ammi y los Gardner tenían una persistente sensación de familiaridad con la mayoría de aquellos colores, y finalmente concluyeron que les recordaban a uno de los frágiles glóbulos del interior del meteorito. Nahum aró y sembró su pasto de cuatro hectáreas y la parcela de la loma, pero no hizo nada con la tierra que rodeaba la casa. Sabía que sería inútil, y albergaba la esperanza de que las extrañas plantas chuparan todo el veneno del suelo durante el verano. El granjero estaba ya preparado para casi cualquier cosa, y se había acostumbrado a una sensación que le decía que había algo cerca de él esperando a ser oído. El que los vecinos evitaran su casa lo estaba afectando, naturalmente, pero más a su

esposa. Sus hijos lo llevaban mejor, puesto que iban diariamente a la escuela; pero no podían evitar que los rumores los asustasen. Thaddeus era el que más sufría de todos los hermanos, al ser un joven especialmente sensible.

En mayo llegaron los insectos, y la propiedad de Nahum se convirtió en una pesadilla de bichos que zumbaban e invadían cada rincón. La mayoría de ellos no parecía totalmente normal en su aspecto y movimientos, y sus hábitos nocturnos contradecían cualquier experiencia pasada. Los Gardner empezaron a vigilar por las noches, mirando en todas direcciones, buscando algo… aunque no sabían qué. Fue entonces cuando admitieron que Thaddeus había estado en lo cierto respecto a los árboles. La Sra. Gardner fue la siguiente en verlo desde la ventana mientras observaba las hinchadas ramas de un arce recortarse sobre un cielo nocturno iluminado por la luna. No cabía duda de que las ramas se estaban moviendo, y no soplaba el más mínimo viento. Seguramente era cosa de la savia. Todas las plantas se encontraban ya imbuidas de un carácter extraño, mas, aun así, no fue ninguno de los miembros de la familia de Nahum quien realizó el siguiente descubrimiento. El contacto continuado con todo aquello había embotado su capacidad de percepción, y lo que ellos no consiguieron ver lo vislumbró un apocado vendedor de molinos de viento de Bolton que, al desconocer las leyendas de la zona, pasó una noche por el lugar con su carro. Lo que contó en Arkham se recogió en un artículo corto del *Gazette*, y fue allí donde todos los granjeros, incluido Nahum, se enteraron de la noticia. La noche había sido oscura y los faroles del *buggy*, débiles, pero en torno a una granja del valle -que todo el mundo reconoció en el artículo como la de Nahum- la oscuridad había resultado menos densa. En toda la vegetación, la hierba, las hojas y las flores parecía haber una luminosidad tenue pero claramente perceptible, mientras que en un momento dado una parte independiente de la fosforescencia dio la impresión de moverse furtivamente en las cercanías del establo.

Hasta el momento aquel fenómeno no parecía afectar a la hierba, por lo que Nahum dejaba a las vacas pastar libremente en la parcela cercana a la casa. No obstante, hacia finales de mayo comenzaron a dar mala leche, y Nahum las trasladó entonces a la loma, tras lo cual el problema desapareció. No mucho después de que esto ocurriese, el cambio en la hierba y las hojas pudo apreciarse a simple vista. Toda la vegetación estaba tornándose gris y desarrollando un carácter quebradizo tremendamente singular. Ammi era ya la única persona que visitaba el lugar, y cada vez lo hacía con menos frecuencia. Cuando la escuela cerró por el verano los Gardner se vieron prácticamente aislados del mundo, y a veces dejaban que Ammi les hiciera los recados en la ciudad. Estaban sufriendo un curioso

deterioro tanto físico como mental, y nadie se sorprendió cuando comenzó a circular discretamente la noticia de que la Sra. Gardner había perdido la cabeza.

Sucedió en junio, en torno al aniversario de la caída del meteorito, y la pobre mujer gritaba sobre cosas en el aire que no era capaz de describir. En sus delirios no había ni un solo nombre concreto, únicamente verbos y pronombres. Las cosas se movían, cambiaban y revoloteaban, y los oídos le hormigueaban con impulsos que no eran meros sonidos. Se llevaban algo… le estaban drenando algo… algo que no debería existir se estaba aferrando a ella… alguien debía mantenerlo apartado… nada se estaba quieto durante la noche… las paredes y las ventanas se deslizaban. Nahum no la envió al manicomio del condado, sino que la dejó vagar por los alrededores de la casa mientras no resultase un peligro para ella misma o los demás. No hizo nada ni siquiera cuando le cambió la expresión de la cara. Pero cuando empezó a asustar a los niños, y Thaddeus corría ya riesgo de desmayarse por culpa de las caras que ella le ponía, el granjero decidió encerrarla en la buhardilla. Al llegar julio la mujer había dejado de hablar y andaba a gatas y, antes de que acabase el mes, a Nahum le entró la absurda idea de que su esposa brillaba un poco en la oscuridad, como veía ya claramente que ocurría con la vegetación de los contornos.

Un poco antes de esto los caballos habían huido en estampida. Algo los había despertado en plena noche, y los relinchos y las coces de los animales en sus compartimentos habían sido terribles. Parecía prácticamente imposible tranquilizarlos y, cuando Nahum abrió la puerta del establo, todos salieron corriendo como ciervos aterrados. Localizar a los cuatro llevó una semana entera, y una vez encontrados se vio que ahora eran completamente inservibles e incontrolables. Algo los había hecho enloquecer, de modo que hubo que sacrificar a cada uno de un disparo por su propio bien. Nahum pidió entonces prestado a Ammi uno de sus caballos para la recogida del heno, pero descubrió que el animal se negaba a acercarse al establo. Este respingó, se plantó y emitió un quejido, y al final a Nahum no le quedó más opción que llevárselo junto a la casa mientras los hombres empleaban su propia fuerza para acercar el pesado carro a la puerta del pajar situado encima del establo lo suficiente como para echar fácilmente el heno dentro con las horcas. Y, mientras todo esto ocurría, la vegetación estaba tornándose gris y quebradiza; incluso las flores de colores anteriormente tan extraños. Y la fruta salía gris, enana e insípida. Los ásteres y las varas de oro florecieron grises y deformes, y las rosas, cinias y malvas reales frente a la casa tenían un aspecto tan blasfemo que el hijo mayor de Nahum, Zenas, las cortó todas. Los extrañamente hinchados insectos murieron más o menos

por entonces, incluso las abejas que habían dejado sus colmenas para refugiarse en el bosque.

Al llegar septiembre toda la vegetación estaba descomponiéndose rápidamente en un polvo grisáceo, y Nahum temió que los árboles murieran antes de que la tierra quedase limpia de veneno. Su esposa sufría por entonces terroríficos periodos en los que no paraba de gritar, lo cual provocaba en él y en sus hijos un estado continuo de tensión nerviosa. Comenzaron a evitar el contacto con otra gente y, cuando la escuela volvió a abrir, los muchachos no fueron. Pero fue Ammi, en una de sus raras visitas, el primero en darse cuenta de que el agua del pozo ya no era buena. Tenía un sabor horrible que no era ni exactamente nauseabundo ni exactamente salado, de modo que Ammi aconsejó a su amigo que cavara un nuevo pozo en un terreno más elevado para usarlo hasta que la tierra volviese a su estado original. Nahum, sin embargo, ignoró la advertencia, pues para entonces ya se había insensibilizado ante los sucesos extraños y desagradables. Los muchachos y él siguieron utilizando el agua corrompida, bebiéndola de forma tan indiferente y mecánica como tomaban su escasa y mal cocinada comida y llevaban a cabo sus ingratas y monótonas tareas un día tras otro, sin rumbo alguno en sus vidas. Se percibía en todos ellos una especie de resignación impasible, como si anduvieran parcialmente en otro mundo entre filas de guardias sin nombre hacia una perdición segura y ya conocida.

Thaddeus se volvió loco en septiembre tras una visita al pozo. Había salido con un cubo y vuelto con las manos vacías, dando alaridos y agitando los brazos, y a veces riendo de manera estúpida y nerviosa o susurrando acerca de «loh coloreh que se mueven ai abajo». Dos casos de locura en una misma familia constituían una situación bastante terrible, pero Nahum la afrontó con mucha entereza. Dejó que el chico correteara por ahí durante una semana hasta que empezó a tropezarse y a hacerse daño, y entonces lo encerró en otra habitación de la buhardilla, justo enfrente de la de su madre al otro lado del pasillo. El modo en que se gritaban el uno al otro desde detrás de sus puertas cerradas resultaba sumamente terrible, en especial para el pequeño Merwin, el cual tenía la impresión de que hablaban en alguna lengua espantosa que no era de este mundo. Merwin estaba desarrollando una imaginación aterradora, y su inquietud no hizo sino empeorar después del encierro de su hermano, quien había sido hasta entonces su principal compañero de juegos.

Prácticamente al mismo tiempo comenzó la mortandad del ganado. Las aves del corral se pusieron grises y murieron poquísimo tiempo después, y su carne, al cortarla, resultó estar seca y despedir un olor fétido. Los cerdos engordaron de un modo desmesurado y, a continuación, empezaron de pronto a sufrir unos cambios repugnantes

a los que nadie supo dar explicación. Naturalmente, su carne no podía aprovecharse, y Nahum estaba desesperado. Ningún veterinario rural quería acercarse a su casa, y el que había en Arkham se hallaba francamente desconcertado. Los cerdos comenzaron a ponerse grises, y la carne se les volvió quebradiza y empezó a desprendérseles a pedazos antes de que les llegara la muerte, mientras sus ojos y morros desarrollaban singulares alteraciones. Fue un hecho totalmente inexplicable, pues nunca se los había alimentado con la vegetación contaminada. Después algo les ocurrió repentinamente a las vacas. Ciertas partes de sus cuerpos -o el cuerpo entero, en algunos casos- se arrugaban o comprimían de un modo increíble, y se daban con frecuencia en los animales atroces colapsos o desintegraciones anatómicos. En la fase final de su deterioro -cuyo resultado era siempre la muerte-, las vacas se ponían de color gris y desarrollaban una carne quebradiza tal como les había sucedido a los cerdos. No podía tratarse en modo alguno de un envenenamiento, ya que todos los casos habían ocurrido en un establo cerrado donde no había entrado intruso alguno. Tampoco de un virus transmitido por alimañas, pues ¿qué criatura sobre la tierra es capaz de atravesar las paredes? Solo cabía la opción de una enfermedad natural y, con todo, nadie podía concebir ninguna enfermedad que tuviera unos efectos como aquellos. Cuando llegó el tiempo de la cosecha ya no quedaba ni un solo animal vivo en la granja, pues el ganado y las aves de corral habían muerto y los perros, huido. Estos últimos, tres en total, habían desaparecido una noche, y nunca se volvió a saber de ellos. Los cinco gatos se habían ido algo antes, pero su marcha pasó bastante desapercibida, puesto que ya no parecía haber ratones en la casa y solo la Sra. Gardner había dedicado atención y cuidados a los gráciles felinos.

El 19 de octubre Nahum entró tambaleándose en casa de Ammi con una noticia espantosa. Al pobre Thaddeus le había sobrevenido la muerte en su habitación de la buhardilla, y lo había hecho de un modo que no era capaz de describir. Nahum había cavado entonces una tumba en la parcela vallada que la familia tenía detrás de la granja, y depositado allí lo que encontró en la habitación. No podía haber sido nada del exterior, puesto que la pequeña ventana con rejas y la puerta cerrada estaban intactas; pero había sido una muerte muy parecida a las del establo. Ammi y su mujer consolaron al afligido padre lo mejor que supieron, estremeciéndose mientras lo hacían. Un terror absoluto parecía rodear a los Gardner y todo lo que tocaban, y la mera presencia de uno de ellos en su casa era un soplo llegado de regiones innominadas e innominables. Ammi acompañó a Nahum a su propia casa con extrema renuencia, e hizo todo lo posible por calmar los histéricos sollozos del pequeño Merwin. Zenas, en cambio, no

necesitaba que nadie lo tranquilizara. Últimamente ya no hacía otra cosa que no fuera mirar a la nada y obedecer a lo que su padre le decía, y Ammi pensaba que había corrido una suerte piadosa. De vez en cuando los gritos de Merwin recibían débiles respuestas desde la buhardilla y, a una mirada interrogante de Ammi, Nahum explicó que las fuerzas estaban abandonando a su mujer. Cerniéndose ya la noche, Ammi se las arregló para salir de la casa, pues ni siquiera la amistad podía persuadirlo de quedarse en aquel lugar cuando la vegetación comenzó a resplandecer tenuemente y los árboles se balancearon -¿o no?- sin viento. Era una verdadera suerte para Ammi que no tuviese más imaginación. Incluso tal como estaban las cosas, su mente apenas se había visto afectada; pero de haber podido relacionar todos los presagios a su alrededor y reflexionar sobre ellos se habría vuelto total e inevitablemente loco. Mientras oscurecía, el hombre se apresuró en regresar a casa, con los gritos de la trastornada mujer y el nervioso muchacho resonando horriblemente en sus oídos.

Una mañana temprano, tres días más tarde, Nahum entró dando tumbos en la cocina de Ammi, y en ausencia de su anfitrión relató con voz entrecortada otro terrible suceso, mientras la Sra. Pierce escuchaba con el corazón en un puño. Esta vez se trataba del pequeño Merwin. Había desaparecido. A altas horas de la noche anterior había salido con un farol y un cubo para recoger agua, y no había regresado. Se había venido abajo durante los últimos días, y apenas si sabía lo que estaba haciendo en cada momento. Le gritaba a todo. En el momento de su desaparición, el padre había oído un alarido histérico que venía del terreno frente a la casa, pero antes de poder llegar a la puerta el chico ya no estaba. No se veía la luz del farol que había cogido, ni había rastro alguno del niño. En ese momento Nahum creyó que el farol y el cubo también habían desaparecido, pero al regresar el alba, y él con paso lento y cansado de su búsqueda nocturna por los bosques y campos, encontró unas cosas muy curiosas cerca del pozo. Allí había una masa de hierro aplastada y aparentemente fundida que sin duda había sido el farol, mientras que un asa doblada y unos aros retorcidos de hierro a su lado, parcialmente fundidos, parecían corresponder a los restos del cubo. Eso era todo. Nahum ya no podía devanarse más los sesos buscando una explicación, la Sra. Pierce estaba perpleja y Ammi, tras llegar a casa y escuchar la historia, no fue capaz de aportar ninguna idea. Merwin había desaparecido, y no habría servido de nada decírselo a la gente que vivía por los alrededores, quienes evitaban ya a todos los Gardner. Tampoco habría servido de nada informar de ello en Arkham, cuyos ciudadanos se mofaban de todo. Thad les había dejado, y ahora también Mernie. Algo estaba acechando, acechando y esperando a ser visto, sentido y oído. Nahum no tardaría en desaparecer también, y quería que Ammi

cuidase de su mujer y de Zenas si le sobrevivían. Todo aquello debía ser alguna clase de castigo divino, aunque le era imposible imaginar el motivo, dado que, hasta donde él sabía, siempre había seguido con rectitud los caminos del Señor.

Durante más de dos semanas Ammi no vio a Nahum, y entonces, preocupado por lo que pudiera haber ocurrido, venció sus miedos y fue a visitar la casa de los Gardner. De su gran chimenea no salía humo, y por un momento el visitante temió lo peor. El aspecto general de la granja era sobrecogedor: hierba y hojas grisáceas y marchitas en el suelo, restos quebradizos de enredaderas cayendo por paredes y hastiales arcaicos, y grandes árboles desnudos arañando el ceniciento cielo de noviembre con una estudiada malevolencia que Ammi no pudo evitar pensar que se debía a algún cambio sutil en la inclinación de las ramas. Pero Nahum estaba vivo, después de todo; débil, y tendido en un lecho colocado en la cocina de techo bajo, pero totalmente consciente y en condiciones de dar instrucciones sencillas a Zenas. El cuarto estaba helado y, mientras Ammi temblaba visiblemente, su anfitrión ordenó a Zenas con un grito ronco que fuese a por más leña. Y, si algo hacía falta allí urgentemente, eso era leña, ya que el cavernoso hogar estaba apagado y vacío, salvo por una nube de hollín que flotaba en el viento gélido que bajaba por la chimenea. Al rato Nahum le preguntó si la nueva leña le había hecho entrar en calor, y entonces Ammi vio lo que había ocurrido. El pilar más recio de la familia se había desmoronado al fin, y la desventurada mente del granjero era ya inmune a nuevos pesares.

Tras hacer algunas preguntas discretas, Ammi no logró obtener ninguna información clara sobre dónde se encontraba el ausente Zenas. «‘N’el pozo… vive ‘n’el pozo…», era lo único que repetía el ofuscado padre. Entonces el visitante se acordó de pronto de la esposa trastornada, y cambió la línea de su interrogatorio. «¿Nabby? ¡Si’stá ‘quí conmigo!» fue la sorprendida respuesta del pobre Nahum, y Ammi vio enseguida que iba a tener que buscarla él mismo. Dejando al inerme farfullador en su lecho, cogió las llaves del clavo que había junto a la puerta y subió entre crujidos las escaleras que conducían a la buhardilla. Arriba la atmósfera era sumamente opresiva y maloliente, y no se oía nada en ninguna dirección. De las cuatro puertas a la vista, solo una estaba cerrada, de modo que Ammi probó en ella varias llaves del llavero que había cogido. La tercera resultó ser la correcta y, tras hurgar con ella en la cerradura, Ammi abrió la chata puerta pintada de blanco.

Dentro estaba bastante oscuro, ya que la ventana era pequeña y las toscas rejas de madera tapaban parcialmente el vano; así que Ammi no consiguió ver absolutamente nada en el suelo de anchos tablones. El hedor resultaba insoportable, y antes de continuar tuvo que

retirarse a otra habitación para volver con los pulmones llenos de aire fresco. Cuando entró por fin en el cuarto, vio una silueta oscura en un rincón, y al percibir qué era con mayor claridad, Ammi gritó de forma irreprimible. Mientras lo hacía creyó ver pasar una sombra fugaz por delante de la ventana, y un segundo después sintió como si le rozase algún tipo aborrecible de corriente vaporosa. Colores extraños danzaron ante sus ojos y, de no haberle aturdido un horror allí presente, le habría venido a la mente el glóbulo del meteorito que el martillo de geólogo había reventado, así como la vegetación malsana que había brotado en primavera. Mas lo cierto es que solo pensó en la monstruosidad blasfema que tenía frente a él y que con toda claridad había sufrido el mismo destino indescriptible del joven Thaddeus y el ganado. Pero lo terrible de este horror era que se movía de manera muy lenta pero perceptible mientras se desmoronaba.

Ammi no me quiso dar más detalles de esta escena, pero la forma del rincón no vuelve a aparecer en su historia como un objeto móvil. Hay cosas que no pueden mencionarse, y actos de humanidad elemental que a veces la ley juzga de manera cruel. Deduje que en aquel cuarto de la buhardilla[207] no quedó nada que se moviese, y que dejar allí algo capaz de hacerlo habría sido un crimen tan monstruoso como para condenar al responsable al tormento eterno. Cualquier otro se habría desmayado o vuelto loco, pero, tratándose de un granjero imperturbable, Ammi salió de forma consciente por aquella puerta baja y la cerró con llave dejando allí dentro el abominable secreto que escondía. Ahora tenía que ocuparse de Nahum; necesitaba comida y cuidados, y había que trasladarlo a otro sitio donde pudieran atenderle convenientemente.

Al iniciar su descenso por las oscuras escaleras, Ammi oyó un golpe que venía de abajo. Incluso le pareció percibir un grito bruscamente ahogado, y entonces recordó con nerviosismo el vapor pegajoso que le había rozado en esa espantosa habitación de la buhardilla. ¿Qué había despertado al gritar y entrar en ella? Detenido por un leve miedo, oyó nuevos sonidos en el piso de abajo. Sin duda sonaba como si estuvieran arrastrando algo pesado, y un ruido viscoso sumamente detestable como en una especie de succión diabólica e inmunda. Con su capacidad asociativa aguijoneada hasta cotas febriles, Ammi pensó incomprensiblemente en lo que había visto arriba. ¡Dios bendito! ¿Con qué mundo sobrenatural de pesadilla había tropezado? No se atrevía a subir ni a bajar la escalera, así que se quedó temblando en la tenebrosa curva de aquella escalera encajonada. Cada mínimo detalle de la escena se grabó a fuego en su cerebro: los sonidos, su sensación de aterradora expectación, la oscuridad, lo empinado de la angosta escalera y… -¡Dios misericordioso!-, la tenue pero inequívoca luminosidad de toda la

carpintería visible: ¡los peldaños, los laterales de la escalera, los listones de las paredes y las vigas!

Entonces, fuera de la casa, el caballo de Ammi emitió súbitamente un relincho de agudo sobresalto que se vio seguido al instante por un ruido de galope que revelaba una huida frenética. Segundos después el caballo y el *buggy* se encontraban ya fuera del alcance del oído, lo cual dejó a su asustado dueño en aquellas escaleras oscuras tratando de adivinar qué había provocado su marcha. Pero eso no fue todo. Se había oído otro sonido en el exterior. Como algo cayendo en un líquido… agua… tenía que ser el pozo. Había dejado a Héroe sin amarrar cerca de él, y una rueda del *buggy* debía de haber rozado el remate del brocal y tirado una piedra al interior del pozo. Y aquella pálida fosforescencia seguía resplandeciendo en la repulsivamente antigua carpintería de la casa. ¡Dios, qué vieja era! La mayor parte de ella se había construido antes de 1670, y su tejado amansardado no podía ser posterior a 1730.

Entonces se oyó con claridad como si alguien o algo estuviera arañando débilmente el suelo del piso de abajo, y Ammi agarró con más fuerza un palo pesado que había cogido en la buhardilla por algún motivo. Armándose poco a poco de valor, terminó de bajar las escaleras y se dirigió audazmente hacia la cocina. Pero no llegó a entrar en ella, pues lo que buscaba ya no estaba dentro. Había salido a su encuentro, y se encontraba aún vivo en cierto modo. Si habían sido sus propias fuerzas o bien otra externa lo que lo había arrastrado hasta allí, Ammi no era capaz de decirlo; pero la muerte había tomado parte activa en ello. Todo había sucedido durante la última media hora, y sin embargo el colapso anatómico, la coloración grisácea y la desintegración ya estaban muy avanzados. Presentaba un horrible aspecto quebradizo, y se estaba desescamando en pequeños fragmentos resecos. Ammi no se atrevió a tocarlo, y solo pudo contemplar horrorizado la deforme parodia que una vez fue una cara.

—¿Qué ha sío, Nahum…, qué ha sío? -susurró, y los labios abotargados y partidos consiguieron articular una última respuesta con voz rechinante:

—Na… na… el coló… quema… é frío y húmeo… pero quema… vivía ‘n’el pozo… un humo o algo así… como lah floreh de la primaera pasá… el pozo brillaba ‘e noche… Thad y Mernie y Zenah… to lo que tenía vía… la chupa de to… ‘n’esa roca… tuvo que ení ‘n’esa roca… venenó toa la tierra… no sé qué quie… ‘sa cosa reonda que loh de la universiá ‘contraron en la roca… la rompieron… era ‘se mihmo coló… el mihmo, como lah floreh y plantah… debía habé máh d’ellah… semillah… semillah… crecieron… lo vi’sta semana… seguro que ‘garró fuerte a Zenah… era to un chicarrón, lleno ‘e vía… t’hunde la mente y entonceh te coge… te quema… ‘n’el agua ‘el pozo… teníah

razón ‘n’eso… l’agua era malihna… Zenah nunca volvió ‘el pozo… no pués escapar… t’atrae… sabeh qu’algo va por ti pero no pués hacé na… lo visto una y otra veh ‘esde que se llevó a Zenah… ¿ónde’stá Nabby, Ammi?… no’stoy bien ‘e la cabeza… no sé cuándo fue la última veh que le di ‘e comé… la cogerá si no tenemoh cuidao… solo un coló… a veceh tie’se coló en la cara hacia la noche… y quema y chupa… vino d’algún sitio onde lah cosah no son com’aquí… lo dijo uno ‘e loh profesoreh… tenía razón… ten cuidao, Ammi, no parará… te chupa la vía…

Pero eso fue todo. La cosa que hablaba no pudo seguir haciéndolo porque se había desmoronado por completo. Ammi tapó lo que quedaba con un mantel de cuadros rojos y salió tambaleándose por la puerta de atrás en dirección a los campos. Subió la cuesta que llevaba al pasto de cuatro hectáreas y regresó a su casa a trompicones por el camino del norte y el bosque. Fue incapaz de pasar por delante de aquel pozo que había hecho huir a su caballo. Le había echado un vistazo a través de la ventana y había visto que en su borde no faltaba ninguna piedra. Entonces el coche no había tirado nada de ningún bandazo, después de todo… el ruido del agua lo había causado otra cosa… algo que se metió en el pozo después de haber acabado con el pobre Nahum…

Cuando Ammi llegó a su casa el caballo y el *buggy* ya lo habían hecho, lo cual le había provocado a su mujer varios ataques de ansiedad. Después de tranquilizarla sin darle explicaciones, salió de inmediato hacia Arkham y una vez allí notificó a las autoridades que la familia Gardner ya no existía. No se permitió dar detalles, limitándose por el contrario a comunicar las muertes de Nahum y Nabby -puesto que ya estaban al corriente de la de Thaddeus- y a mencionar que la causa parecía haber sido la misma enfermedad extraña que había matado al ganado. Declaró también que Merwin y Zenas habían desaparecido. El interrogatorio en comisaría se alargó de manera considerable y, al final, Ammi fue obligado a guiar a tres agentes hasta la granja de los Gardner, junto con el investigador forense, el médico forense y el veterinario que había tratado a los animales enfermos. Fue muy en contra de su voluntad, pues la tarde ya estaba entrada y temía la caída de la noche en aquel lugar maldito; no obstante, encontró cierto consuelo en ir acompañado de tanta gente.

Los seis hombres partieron en un carruaje *democrat*[208], siguiendo el *buggy* de Ammi, y llegaron a la granja asolada por la peste en torno a las cuatro. Aun estando los agentes de policía acostumbrados a las experiencias truculentas, ninguno permaneció indiferente ante lo que encontraron en la buhardilla y bajo el mantel de cuadros rojos en el piso inferior. Si el aspecto general de la granja con su desolación gris

ya resultaba bastante terrible de por sí, lo de aquellas dos cosas a medio desmoronar excedía toda medida. Ninguno de los presentes pudo contemplarlas por mucho rato, e incluso el médico forense reconoció que quedaba muy poco que examinar. Cabía la posibilidad de analizar algunas muestras, desde luego, por lo que el doctor se ocupó en recogerlas; y resulta que esto dio lugar a un epílogo sumamente desconcertante en el laboratorio de la universidad al que finalmente se llevaron los dos frasquitos de polvo. En el espectroscopio ambas muestras emitieron un espectro luminoso desconocido, muchas de cuyas sorprendentes franjas eran exactamente iguales a las que había producido el extraño meteorito del año anterior. Esta propiedad emisiva desapareció en cosa de un mes, transcurrido el cual el polvo pasó a estar compuesto principalmente por carbonatos y fosfatos alcalinos.

Ammi no habría hablado del pozo a sus acompañantes de haber creído que se les ocurriría hacer algo en él de inmediato. No faltaba mucho para que el sol se pusiera, y deseaba irse de allí cuanto antes; pero no pudo evitar echar alguna que otra mirada nerviosa al brocal de piedra junto al gran cigoñal y, cuando un detective le preguntó el motivo, Ammi admitió que Nahum había tenido miedo de algo que había dentro de él, hasta tal punto que ni siquiera se había planteado buscar en su fondo a Merwin o Zenas. Como resultado, los agentes se empeñaron en vaciar y examinar el pozo inmediatamente, de modo que Ammi se vio obligado a esperar entre temblores mientras subían y echaban un cubo tras otro de agua pestilente sobre la tierra empapada. Los hombres olisquearon el fluido con desagrado y, cuando ya les quedaba poco para acabar, se taparon la nariz para protegerse del fetor que estaban sacando a la luz. La tarea no los llevó tanto tiempo como habían temido, ya que el agua del pozo estaba increíblemente baja. No es necesario entrar en excesivos detalles sobre lo que encontraron en él. Tanto Merwin como Zenas estaban allí -en parte-, aunque sus restos eran principalmente óseos. También había un pequeño ciervo y un perro de gran tamaño más o menos en el mismo estado, así como huesos diversos de animales menudos. La mezcla de fango y cieno del fondo tenía un aspecto inexplicablemente poroso y burbujeante, y uno de los hombres, que bajó agarrándose a las paredes internas y llevando una vara larga, descubrió que podía hundir el palo en aquel lodo a cualquier profundidad sin dar con ninguna obstrucción sólida.

Ya había caído el crepúsculo, por lo que se trajeron faroles de la casa. Entonces, cuando se vio que no iba a obtenerse nada más del pozo, todos pasaron adentro para contrastar opiniones en la vieja sala de estar mientras la luz intermitente de una media luna espectral jugaba de manera lánguida con la desolación gris del exterior. El

grupo se encontraba francamente confundido por todos los aspectos del caso, y no lograba hallar ningún nexo convincente que relacionara el inaudito estado de la vegetación, la desconocida enfermedad que había atacado al ganado y a seres humanos, y las inexplicables muertes de Merwin y Zenas en el pozo corrompido. Habían oído los extendidos rumores que circulaban por la región, es cierto; pero no podían creer que hubiese sucedido nada antinatural. No cabía duda de que el meteorito había envenenado el suelo, pero el hecho de que hubieran enfermado personas y animales que no habían comido nada cultivado allí era otra cuestión. ¿Había sido el agua del pozo? Probablemente. Quizá fuera buena idea analizarla. ¿Pero qué peculiar locura podía haber hecho saltar al pozo a los dos muchachos? Los dos habían actuado de un modo tan similar… y los fragmentos hallados demostraban que ambos habían sufrido la peste que volvía la carne gris y quebradiza. ¿Por qué estaba todo así?

El investigador forense, que estaba sentado cerca de una ventana que daba a la parte delantera de la casa, fue el primero en advertir el resplandor alrededor del pozo. Ya era completamente de noche, y toda aquella abominable tierra parecía brillar de forma tenue por efecto de algo más que los intermitentes rayos de la luna; pero esta nueva luminosidad era algo visiblemente distinto, que daba la impresión de surgir del negro pozo como si hubieran difuminado el rayo de un foco reflector, y que generaba reflejos apagados en los pequeños charcos del suelo allí donde se habían vaciado los cubos. Tenía un color muy extraño, y mientras todos se apiñaban alrededor de la ventana Ammi dio un violento respingo, ya que el tono de aquel curioso haz de miasmas fantasmales no le era desconocido. Había visto antes ese color, y le daba miedo pensar en su posible significado. Lo había visto en el desagradable y frágil glóbulo de aquel aerolito caído hacía dos veranos, y también en la enloquecida vegetación de la primavera; y creía haberlo visto por un instante aquella misma mañana sobre la pequeña ventana enrejada de ese terrible cuarto de la buhardilla en el que habían ocurrido cosas inenarrables. Había destelleado allí un segundo, y una corriente de un vapor frío, húmedo y odioso le había rozado al pasar por su lado; y después el pobre Nahum había sido presa de algo con ese mismo color. Eso había dicho en sus últimos momentos, que habían sido el glóbulo y las plantas. Luego se había oído la huída de su caballo en el exterior y algo cayendo al agua del pozo… y ahora aquel pozo estaba vomitando a la noche un pálido e insidioso rayo del mismo tinte demoníaco.

Dice mucho en favor de la lucidez de Ammi que incluso en aquellas tensas circunstancias se pusiera a darle vueltas a una cuestión de tipo fundamentalmente científico. No podía evitar sentirse extrañado por haber recibido la misma impresión de un vapor visto

fugazmente durante el día, sobre una ventana que se abría al cielo de la mañana, y de una exhalación nocturna que parecía una neblina fosforescente sobre un paisaje oscuro y desolado. No era como debía ser -era algo antinatural-, y entonces recordó esas terribles últimas palabras de su malparado amigo: «Vino d'algún sitio onde lah cosah no son com'aquí… lo dijo uno 'e loh profesoreh…».

Los tres caballos que estaban fuera, atados a un par de árboles jóvenes que se alzaban secos y arrugados a un lado del camino, se habían puesto a relinchar y piafar frenéticamente. El conductor del coche hizo ademán de ir a la puerta para hacer algo, pero Ammi lo detuvo poniendo una mano temblorosa sobre su hombro.

—No salg'afuera -susurró-. 'Quí pasa algo que se noh escapa. Nahum dijo que 'n'el pozo vivía algo que te chupa la vía. Dijo que tenía que sé algo que creció d'una bola como la que vimoh 'n'el metorito que cayó'n junio del año pasao. Chupa y quema, dijo, y é sol'una nube de coló como'sa luh d'ai fuera, qu'apenah se ve ni sabemoh qué cosa é. Nahum creía que s'alimenta de to lo que tie vía y que se va'ciendo ca veh máh fuerte. Dijo que l'había visto la semana pasá. Debe sé algo venío de muy lejoh allá 'n'el cielo como loh de la universidá dicen qu'era el metorito del año pasao. Como'stá hecho y lo qu'hace no se parece a na d'este mundo de Dioh. É algo de máh allá.

Así que los hombres se quedaron vacilantes mientras la luz del pozo se volvía más intensa y los caballos amarrados piafaban y relinchaban con creciente frenesí. Fue verdaderamente un momento espantoso, con el terror que reinaba en aquella antigua casa maldita, cuatro monstruosos grupos de restos -dos procedentes de la casa y dos del pozo- en la leñera detrás de ella y ese haz de iridiscencia desconocida e impía saliendo de las cenagosas profundidades del pozo ante su fachada. Ammi había sujetado al conductor del carruaje por impulso, olvidando que él mismo había resultado indemne tras el húmedo roce de aquel vapor coloreado en la habitación de la buhardilla; pero quizá fuese mejor así. Nadie sabrá nunca qué era lo que había fuera de la casa esa noche, y aunque la blasfemia del espacio exterior no había dañado hasta ese momento a ningún ser humano de capacidades mentales normales, tampoco se sabe qué no habría sido capaz de hacer en ese momento final, considerando además su fuerza aparentemente aumentada y los especiales signos de interés que pronto iba a manifestar a la luz de la luna de aquella noche parcialmente nublada.

De repente uno de los detectives frente a la ventana dio una brusca y breve bocanada de asombro. Los demás se giraron hacia él y después siguieron con rapidez su mirada ascendente hasta el punto en el que su observación distraída se había detenido de improviso. No hizo falta decir nada. El hecho que los chismorreos locales habían puesto en

cuestión era ya incuestionable, y que nunca se hable de los días extraños en Arkham se debe a lo que más tarde todos los allí presentes acordaron en susurros. Es necesario tomar como premisa que no hacía viento a esa hora de la noche. Se levantó uno no mucho después, pero en aquel momento el aire estaba absolutamente en calma. Ni siquiera las secas puntas de los jaramagos que quedaban en pie, grises y marchitos, ni el fleco de la capota del parado *democrat* se agitaban lo más mínimo. Y, sin embargo, en medio de aquella tensa calma impía, las altas ramas desnudas de todos los árboles que rodeaban la casa estaban moviéndose; agitándose de forma malsana y espasmódica, intentando arañar con convulsiva y epiléptica locura las relucientes nubes, rasgando con impotencia el nocivo aire como si tirase discontinuamente de ellos algún hilo extraño e incorpóreo unido a horrores subterráneos que se retorcieran y forcejearan bajo las negras raíces.

Durante varios segundos, todos contuvieron el aliento. Entonces una nube más oscura y espesa que las demás ocultó la luna, y la silueta de las ramas tornadas en garras se desvaneció por un momento. Seguidamente hubo un grito general; sofocado por un común sobrecogimiento, pero ronco y prácticamente idéntico en cada garganta. Porque el terror no se había desvanecido con la silueta, y en un terrorífico instante de oscuridad más profunda los observadores vieron tremolar en las copas de los árboles un millar de puntos diminutos que resplandecían con una luz débil y sacrílega, y remataban cada rama como el fuego de san Telmo[209] o las llamas que descendieron sobre las cabezas de los apóstoles en Pentecostés[210]. Era una monstruosa constelación de luz antinatural, como un enjambre de luciérnagas ahítas de cadáveres que bailasen zarabandas[211] diabólicas sobre un pantano maldito; y su color era esa misma intrusión indescriptible que Ammi había llegado a reconocer y temer. Entretanto el haz de fosforescencia que salía del pozo estaba volviéndose cada vez más intenso, evocando en el grupo de hombres apiñados una sensación de funesta anormalidad que se imponía a cualquier imagen que sus mentes conscientes pudieran formar. Ya no estaba *brillando* en la noche, sino *vertiéndose* en ella; y a medida que aquel torrente informe de un color inidentificable salía del pozo parecía fluir directamente hacia el cielo.

El veterinario se estremeció, y fue hasta la puerta principal para atravesar la pesada tranca de seguridad. Ammi se estremeció tanto o más que él y, al verse incapaz de articular palabra, tuvo que tirar de algunas mangas y apuntar con el dedo cuando quiso llamar la atención sobre la creciente luminosidad de los árboles. Los relinchos y el pataleo de los caballos resultaban ya absolutamente terrorífico, pero nadie de los que estaban en la vieja casa se habría arriesgado a salir

por nada del mundo. El resplandor de los árboles crecía por momentos, mientras sus ramas se agitaban sin descanso y parecían estirarse más y más en dirección vertical. La madera del cigoñal del pozo se había puesto a brillar, y segundos después un policía señaló en silencio unos cobertizos y colmenas de madera que había cerca de un muro de piedra al oeste. También habían empezado a brillar, aunque los vehículos amarrados de los visitantes no parecían haberse visto afectados de momento. Entonces se oyó un alboroto y un ruido de cascos desenfrenados en el camino, y cuando Ammi apagó la lámpara para poder ver mejor se dieron cuenta de que el tronco de frenéticos rucios había partido el árbol al que estaban amarrados y huido al galope con el *democrat*.

La impresión sirvió para devolver el habla a varios de los presentes, que cruzaron incómodos susurros.

—Se extiende a toda la materia orgánica que hay en los alrededores -musitó el médico forense. Nadie respondió, pero el hombre que había estado dentro del pozo sugirió que su larga vara debía de haber despertado algo intangible.

—Fue espantoso -añadió-. No había fondo. Solo cieno y burbujas, y tuve la sensación de que había algo acechando debajo.

El caballo de Ammi seguía piafando y relinchando en el camino de un modo ensordecedor, y prácticamente ahogó la débil y temblorosa voz de su amo cuando este farfulló unas deshilvanadas reflexiones:

—Vino d'esa roca… creció ai abajo… atrapó to lo qu'estaba vivo… s'alimentó d'ellos, de su mente y su cuerpo… Thad y Mernie, Zenah y Nabby… Nahum fue'l último… toh bebieron de l'agua… s'hizo fuerte 'n'elloh… vino del espacio, donde lah cosah no son com'aquí… ahora'stá volviendo a casa…

En ese momento, mientras la columna de color desconocido intensificaba repentinamente su brillo y comenzaba a enroscarse en formas vagas y fantásticas que cada espectador describiría más tarde de manera diferente, el pobre y amarrado Héroe emitió un sonido como ningún hombre ha oído jamás ni ha vuelto a oír de boca de un caballo. Todos los que estaban en aquella baja sala de estar se taparon los oídos, y Ammi se apartó de la ventana con horror y náuseas. No hay palabras que puedan describir lo que ocurrió…; cuando Ammi volvió a mirar afuera, la desventurada bestia yacía encogida e inerte bajo la luna entre las varas astilladas del *buggy*. Nadie volvió a mencionar a Héroe hasta que lo enterraron al día siguiente. Pero el presente no era momento de lamentaciones, pues prácticamente al instante un detective llamó en silencio la atención sobre algo terrible en la misma habitación en que se encontraban. Al estar la lámpara apagada, se advertía con claridad que una débil fosforescencia había empezado a invadir toda la estancia. Resplandecía en el suelo de

anchos tablones y en lo que quedaba de una alfombra de retales, y titilaba sobre las hojas de las ventanas de pequeños cuarterones. Subía y bajaba por los postes expuestos de las esquinas, centelleaba en las repisas de la estantería y la chimenea, e infestaba hasta las puertas y los muebles. Se hacía más fuerte a cada segundo, y finalmente quedó muy claro que todos los seres vivos en condiciones de ello debían abandonar aquella casa.

Ammi los condujo hasta la puerta trasera y por el sendero que subía atravesando los campos hasta el pasto de cuatro hectáreas. Avanzaron dando traspiés como en un sueño, y no se atrevieron a volver la mirada hasta que estuvieron bien lejos en lo alto de la loma. Se alegraron de haber ido por el sendero, ya que no habrían tenido valor de hacerlo por delante de la casa, junto a aquel pozo. Ya había resultado bastante horrible pasar al lado del establo y los cobertizos resplandecientes, así como de aquellos brillantes árboles frutales de contornos retorcidos y diabólicos; pero gracias a Dios las ramas que más serpenteaban eran las de sus altas copas. Varios nubarrones muy oscuros ocultaron la luna mientras cruzaban el rústico puente sobre el arroyo Chapman, así que tuvieron que avanzar a tientas desde allí hasta los prados abiertos.

Cuando echaron la vista atrás hacia el valle y la lejana casa de los Gardner en su fondo, contemplaron una visión aterradora. La granja entera estaba brillando con aquella espantosa e irreconocible amalgama de color: los árboles, las construcciones e incluso el herbaje que no había acabado totalmente convertido en una masa gris y quebradiza por la peste letal. Todas las ramas estaban tensadas al máximo hacia el cielo, con lenguas de repulsivas llamas en las puntas, y regueros tenuemente centelleantes del mismo fuego monstruoso se deslizaban con lentitud por las cumbreras de la casa, el establo y los cobertizos. Era una escena de una visión de Fuseli[212], y sobre todo lo demás reinaba aquella profusión de luminosidad amorfa, aquel arcoíris alienígena y adimensional de enigmática ponzoña que había surgido del pozo; bullendo, palpando, lamiendo, alcanzando, cintilando, pugnando y burbujeando malignamente con su cromatismo cósmico e irreconocible.

Entonces, sin previo aviso, esa terrible cosa salió disparada hacia el cielo como un cohete o un meteorito, sin dejar tras de sí rastro alguno y desapareciendo a través de un claro redondo y curiosamente regular en las nubes antes de que ninguno de los hombres tuviera tiempo de quedarse boquiabierto o gritar. Ninguno de los que vieron aquello pudo olvidar jamás aquella visión, y Ammi se quedó mirando con perplejidad las estrellas de Cygnus[213] -con Deneb titilando por encima de las demás-, donde el color desconocido se había fundido con la Vía Láctea. Pero su mirada fue llamada inmediatamente a tierra por una

crepitación procedente del valle. No fue más que eso. Solamente un desgarro y una crepitación de madera, y no una explosión, como tantos otros del grupo juraron que fue. Sin embargo, el resultado fue el mismo, pues en un febril instante caleidoscópico se desató desde aquella granja condenada y maldita un fulgurante cataclismo eruptivo de chispas y materia antinatural, que enturbió la mirada de los pocos que lo presenciaron y proyectó hacia el cenit una violenta lluvia de fragmentos de tal color y extrañeza que es imposible que tengan cabida en nuestro universo. Estos siguieron a aquella cosa morbosa través de unos vapores que estaban cerrándose con rapidez y, un segundo después, también habían desaparecido. En el fondo del valle que el grupo de hombres había dejado atrás solo quedó una oscuridad a la que no se atrevían a regresar, y a su alrededor arreció un viento que parecía descender en negras y álgidas[214] rachas desde el espacio interestelar. El vendaval chilló y aulló, y azotó los campos y los alabeados bosques en un furioso frenesí cósmico, hasta que el tembloroso grupo comprendió que era inútil esperar a que la luna revelase qué quedaba de la granja de Nahum.

Demasiado sobrecogidos como para siquiera sugerir alguna explicación, los siete agitados hombres regresaron cansinamente a Arkham por el camino del norte. Ammi se encontraba peor que sus acompañantes, así que les rogó que le acompañaran hasta la cocina de su casa en vez de seguir directamente hasta la ciudad. No quería atravesar solo aquellos tenebrosos bosques batidos por el viento hasta su casa en el camino principal, pues él había sufrido una conmoción añadida de la que los demás se habían librado, y que lo abrumaría por siempre con un miedo perturbador del que durante muchos años ni siquiera se atrevería a hablar. Cuando los demás testigos presentes en aquella tempestuosa colina habían puesto impasiblemente sus ojos en el camino, Ammi se había vuelto por un instante para mirar el ensombrecido valle de la desolación que hasta hacía bien poco había cobijado a su infortunado amigo. Y de ese lugar distante y devastado había visto elevarse algo débilmente, solo para volver a hundirse otra vez en el mismo lugar desde el cual el gran horror informe había salido disparado hacia el cielo. No era más que un color; pero ninguno que exista en nuestra tierra o nuestros cielos. Y dado que Ammi lo reconoció, y sabía que aquel leve vestigio final debía de acechar aún en el fondo del pozo, desde entonces el hombre nunca ha estado bien del todo.

Tampoco volvió a acercarse a los terrenos de la granja. Ya han pasado cuarenta y cuatro años[215] desde que tuvo lugar aquel horror, pero jamás ha regresado al lugar, y se alegrará cuando el nuevo embalse lo borre del mapa. También yo me alegraré, ya que no me gusta pensar en cómo la luz del sol cambiaba de color alrededor de la

boca de ese pozo abandonado junto al que pasé. Espero que el agua se mantenga siempre muy profunda, pero, aun así, nunca la beberé. Ni creo que vuelva a visitar la región de Arkham en el futuro. Tres de los hombres que habían estado con Ammi en la granja regresaron a la mañana siguiente para ver sus ruinas de día, pero, estrictamente hablando, allí no había ningunas ruinas. Solo los ladrillos de la chimenea, las piedras del sótano, algunos restos minerales y metálicos desperdigados y el borde de aquel pozo nefando[216]. Salvo por el caballo muerto de Ammi, el cual se llevaron a rastras para enterrarlo, y el *buggy* que le devolvieron poco después, nada quedaba allí que hubiera estado vivo alguna vez. Solo dos espeluznantes hectáreas de un polvoriento desierto gris, en el que tampoco ha vuelto a crecer nada desde entonces. Hasta el día de hoy se abre al cielo en medio de los bosques y campos como una gran quemadura causada por algún ácido, y los pocos que se han atrevido a contemplarlo brevemente a pesar de las historias de la región lo han bautizado como «el páramo maldito».

Esas historias son extrañas. Y aún podrían serlo más si se lograse que los funcionarios municipales y los químicos de la universidad se interesaran lo suficiente por el asunto como para analizar el agua de ese pozo abandonado, o el polvo gris que el viento no parece dispersar jamás. Los botánicos, asimismo, deberían estudiar la raquítica flora en los márgenes de la zona, pues podrían arrojar luz sobre la idea que circula por la región de que la plaga que sufre se está extendiendo; poco a poco, quizá tres centímetros al año. La gente dice que en primavera el color de las hierbas en los alrededores no es exactamente como debería ser, y que algunos animales salvajes dejan huellas poco convencionales sobre la fina nieve del invierno; pues en el páramo maldito nunca parece acumularse tanta como en el resto de la región. Los caballos -los pocos que quedan en esta era del motor- se vuelven asustadizos en el silencioso valle; y los cazadores no pueden confiar en sus perros cuando se hallan demasiado cerca de esa mancha de polvo grisáceo.

También cuentan que ejerce una pésima influencia sobre el cerebro. Mucha gente de la zona se volvió rara durante los años siguientes a la muerte de Nahum, y nunca tuvo fuerzas para marcharse. Luego los más decididos se fueron de la región, y solo los extranjeros intentaron vivir en las viejas y ruinosas casas de las granjas. Sin embargo, no estuvieron por mucho tiempo, y uno a veces se pregunta qué comprensión superior a la nuestra les han otorgado sus vastos, inquietantes y supersticiosos conocimientos mágicos. Sus sueños nocturnos -se quejan- son sumamente horribles en aquel entorno grotesco; y no hay duda de que el mero aspecto de esa tierra lúgubre basta para despertar imaginaciones malsanas. Ningún viajero

se ha librado de sentir una cierta extrañeza al recorrer sus hondos barrancos, y los pintores tiemblan al pintar sus espesos bosques, que resultan misteriosos para el alma además de para la vista. Y yo mismo siento curiosidad por la sensación que me dejó mi caminata solitaria antes de que Ammi me relatase su historia. Al caer la noche había sentido un vago deseo de que el cielo se nublase un poco, pues un raro apocamiento ante el profundo vacío del firmamento se había deslizado en mi alma.

No me pidáis mi opinión. No sé lo que ocurrió; eso es todo. Exceptuando a Ammi, no había nadie a quien poder preguntar, ya que la gente de Arkham no habla sobre los días extraños y los tres profesores que vieron el aerolito y su colorido glóbulo están muertos. Había más glóbulos; de eso podéis estar seguros. Uno debió de alimentarse y escapar, y probablemente hubo otro que no tuvo tiempo de hacerlo, y que sigue sin duda allí en el fondo del pozo; sé que la luz del sol no se comportaba de manera normal sobre su boca miasmática cuando lo vi. Los campesinos afirman que la plaga se extiende tres centímetros cada año, así que es posible que se esté produciendo alguna clase de crecimiento o alimentación incluso hoy. Pero sea lo que sea el engendro demoníaco que hay ahí abajo, algo tiene que estar reteniéndolo o de lo contrario se extendería con rapidez. ¿Serán quizá las raíces de esos árboles que se yerguen hacia el cielo como garras? Una de las historias que se cuentan hoy en Arkham habla de unos robles hinchados que por las noches brillan y se mueven cuando no deberían hacerlo.

Qué es esa cosa, solo Dios lo sabe. En términos de sustancia, supongo que lo que Ammi me describió sería llamado un gas, pero este gas obedecía leyes distintas a las del cosmos que habitamos. No era una creación de mundos o soles como los que relucen en los telescopios y las placas fotográficas de nuestros observatorios. No era un hálito del firmamento cuyos movimientos y dimensiones nuestros astrónomos miden o consideran demasiado vastos para medirlos. No era más que un color del espacio exterior: un aterrador mensajero de regiones informes del infinito más allá de toda naturaleza conocida; de regiones cuya mera existencia aturde el entendimiento y nos paraliza con los negros abismos extracósmicos que despliega ante nuestra mirada enloquecida.

Dudo mucho que Ammi me mintiera de forma deliberada, y no creo que su historia fuera un mero desvarío producto de la locura como me habían advertido en la ciudad. Algo terrible llegó a las colinas y los valles en ese meteorito, y algo terrible -aunque no sé hasta qué punto- continúa todavía allí. Me alegrará ver la venida de las aguas. Entretanto espero que no le ocurra nada a Ammi. Vio tanto de aquella cosa, y su influencia era tan insidiosa… ¿Por qué nunca ha

sido capaz de trasladarse a otro lugar? Con qué claridad recordaba esas últimas palabras de Nahum: «no pués escapar… t'atrae… sabeh qu'algo va por ti pero no pués hacé na…». Ammi es tan buen hombre… Cuando comiencen las obras del embalse he de escribir al ingeniero jefe para que no le quite ojo. Odiaría imaginármelo convertido en la monstruosidad gris, deforme y quebradiza que turba mi sueño de manera cada vez más persistente.

EL HORROR DE DUNWICH[217]

«Oh, oh, Dios santo… esa… esa…».
Weird Tales 13/4 (abril de 1929)
Ilustración de Hugh Rankin

«El horror de Dunwich» es otro de los relatos de Lovecraft que abunda en la idea de la ciencia enfrentada a lo desconocido, pero en este caso el elemento científico pasa a un segundo plano si lo comparamos con historias posteriores como En las montañas de la locura. *Aunque se ha llegado a afirmar que esta historia es una parodia bíblica, sus influencias son muy claras; «El gran Dios Pan» de Arthur Machen, «El horla» de Guy de Maupassant, «¿Qué fue eso» de Fitz James O'Brien y «El Wendigo» de*

Algernon Blackwood. A pesar de que en «El horror de Dunwich» se pueden reconocer varios elementos comunes con estos relatos, el cuento obtuvo un gran éxito entre los lectores de Weird Tales *y sigue siendo una de las narraciones más populares y reeditadas de Lovecraft. Construido a partir de la base establecida en «La llamada de Cthulhu», el relato encaja perfectamente en lo que Lovecraft llamaba «el ciclo de Arkham», es decir, historias ambientadas en las zonas rurales de Nueva Inglaterra y en los sacrosantos salones de la Universidad de Miskatonic. Esta es, asimismo, la única historia en la que aparece un extenso extracto del* Necronomicón, *el misterioso libro inventado por Lovecraft*[218].

* * *

Gorgonas, Hidras y Quimeras[219] -los funestos relatos de Celeno[220] y las Arpías-, aparecen y reaparecen en la parte supersticiosa de nuestro cerebro *-pero ya existían con anterioridad*. Son órdenes, tipos, arquetipos, que habitan en nuestro fuero interno y, son, por tanto, eternos. ¿Cómo sino todo aquello que sabemos falso cuando estamos despiertos y conscientes, puede afectarnos de tal modo?… ¿Es que estas criaturas nos infunden terror de forma instintiva porque reconocemos su capacidad de infligirnos terribles heridas? ¡En absoluto! *Estos terrores son de un orden antiquísimo* que *trascienden su forma mortal*, que prescinden de ella porque les resulta innecesaria… El tipo de terror que producen es puramente espiritual, un terror desproporcionado en comparación a su carencia de forma material, un terror que predominaba en la infancia de una humanidad libre de pecado, dificultando ambas circunstancias la comprensión de nuestra condición en tiempos antiguos, o, al menos, la posibilidad de iluminar apenas las tinieblas de la preexistencia.

Charles Lamb: *Witches, and Other Night-Fears*[221]

I

Cuando alguien que viaja por el centro-norte de Massachusetts se equivoca de desvío en el cruce de la carretera de Aylesbury[222] que hay nada más pasar Dean’s Corners[223] llega por accidente a una región solitaria y curiosa. El terreno gana altura y las cercas de piedra bordeadas de matas espinosas se aprietan cada vez más contra los surcos del curvado y polvoriento camino. Los árboles de las frecuentes franjas de bosque parecen tener un tamaño desmedido, y las zarzas, hierbas y hierbajos silvestres alcanzan una exuberancia que no se ve a

menudo en zonas pobladas. Al mismo tiempo, los campos de cultivo se presentan como singularmente escasos y yermos, mientras que las dispersas casas poseen un aspecto sorprendentemente uniforme de decrepitud y miseria. Sin saber por qué, uno vacila a la hora de pedir indicaciones a las encorvadas figuras solitarias que se divisan en los ruinosos umbrales de sus puertas o en los pedregosos prados en desnivel. Dichas figuras son tan silenciosas y se esfuerzan tanto por no ser vistas que uno tiene en cierto modo la sensación de encontrarse frente a algo prohibido, con lo que sería mejor no tener nada que ver. Cuando una subida del camino hace aparecer las montañas por encima de los profundos bosques, la extraña desazón que uno siente en aquel lugar crece. Las cimas son demasiado redondeadas y simétricas para dar una impresión natural y tranquilizadora, y a veces el cielo perfila con especial claridad los raros círculos de altos pilares de piedra que coronan la mayoría de ellas.

Gargantas y barrancos de hondura problemática se cruzan en el recorrido, y los toscos puentes de madera que los salvan no parecen nunca completamente seguros. Cuando el camino vuelve a descender aparecen extensiones pantanosas que resultan instintivamente desagradables, y que, de hecho, uno casi teme atravesar por la noche cuando los chotacabras parlotean a escondidas y las luciérnagas salen en anormal profusión a bailar al son de los ritmos estridentes y espeluznantemente obstinados de las cantarinas ranas toro. La delgada y reluciente línea del cauce alto del Miskatonic tiene un extraño parecido con una serpiente a medida que se desliza de manera sinuosa y próxima al pie de las redondeadas colinas entre las que nace.

Al aproximarse las colinas, se presta más atención a sus frondosas laderas que a sus cimas coronadas de piedras. Esas laderas se elevan de forma tan amenazante y escarpada que uno preferiría mantenerlas a distancia, pero no existe ningún camino por el que escapar de ellas. Al llegar a un puente cubierto, se ve a través de él un pequeño pueblo agazapado entre la corriente del río y la falda vertical de Round Mountain[224], y uno se asombra ante los apiñados y podridos tejados a la mansarda que indican un periodo arquitectónico anterior al del resto de la región. No resulta tranquilizador advertir, al mirarlas más de cerca, que la mayoría de las casas están desiertas y se caen a pedazos, ni que la iglesia, cuya aguja se encuentra rota, alberga actualmente el único y mugriento establecimiento comercial que hay en el caserío. La idea de fiarse del tenebroso túnel del puente resulta terrorífica, pero no hay ningún otro sitio por donde pasar. Una vez al otro lado, cuesta evitar la impresión de que en la calle del pueblo flota un sutil olor nocivo, producto tal vez de siglos de moho acumulado y descomposición. Siempre es un alivio dejar atrás el lugar, y continuar por el angosto camino que rodea la base de las colinas y atraviesa los

llanos campos hasta que vuelve a unirse a la carretera de Aylesbury. Tiempo después a veces uno se entera de que ha pasado por Dunwich.

Los forasteros visitan Dunwich lo menos posible y, desde la serie de horribles sucesos que allí tuvieron lugar, se han retirado todas las señales que indicaban cómo llegar al pueblo. El paisaje, juzgado según cualquier canon estético normal, posee una hermosura por encima de lo común, mas no hay afluencia de artistas ni de veraneantes. Hace dos siglos, cuando los linajes de brujas, el culto a Satán y las presencias extrañas en los bosques no eran cosas que se tomaran a risa, se acostumbraba a dar razones para evitar la localidad. En nuestra época racional -dado que el horror de Dunwich de 1928 fue silenciado por personas a las que les preocupaba el bienestar del pueblo y el mundo- la gente la rehúye sin saber exactamente por qué. Puede que una razón -inaplicable, no obstante, a los visitantes desinformados- sea que los lugareños constituyen hoy una comunidad repulsivamente degradada, al encontrarse muy avanzado en ellos el proceso involutivo que con tanta frecuencia se da en muchas zonas rurales de Nueva Inglaterra. Han acabado por conformar una raza propia, con los claros estigmas mentales y físicos de la degeneración y la endogamia. Su inteligencia media es tristemente baja, mientras que sus anales se hallan apestados de una patente depravación, así como de asesinatos, incestos y actos medio encubiertos de una violencia y perversidad casi inenarrable. La burguesía de abolengo, representada por las dos o tres familias ilustres que llegaron desde Salem en 1692, ha conseguido mantenerse algo por encima del nivel general de decadencia, aunque muchas de sus ramas están hundidas a tal profundidad en el sórdido populacho que sus apellidos son ya la única clave del origen que deshonran. Algunos de los Whateley y Bishop todavía mandan a sus hijos mayores a Harvard y Miskatonic, pese a que estos casi nunca regresan a las deterioradas casas de tejados a la mansarda en las que nacieron ellos y sus ancestros.

Nadie, ni siquiera aquellos que conocen los hechos tocantes al reciente horror, es capaz de decir qué pasa en Dunwich; aunque las viejas leyendas hablan de ritos impíos y cónclaves de los indios, en los cuales evocaban sombras prohibidas que surgían de las grandes colinas redondeadas y realizaban plegarias en ceremonias salvajes y orgiásticas que eran respondidas por fuertes crujidos y truenos bajo tierra. En 1747, el reverendo Abijah Hoadley, quien había llegado hacía poco a la Iglesia Congregacional de Dunwich, dio un sermón memorable sobre la cercana presencia de Satán y sus pequeños diablos, en el que dijo:

«Ha de reconocerse que estas blasfemias que corren acerca de un séquito infernal de demonios son cuestiones demasiado conocidas como para negarlas, después de que más de veinte testigos vivos y

fiables hayan oído bajo sus pies las voces malditas de Azazel[225] y Buzrael[226], de Belcebú y Belial. Mis propios oídos captaron hace no más de quince días lo que era a todas luces una conversación entre fuerzas malignas en la colina a espaldas de mi casa, de donde salieron tamborileos y retumbos, gemidos, chillidos y siseos como ningún ser de este mundo podría producir, y que por fuerza debían de proceder de esas cavernas que solo la magia negra es capaz de encontrar, y a las que solo el diablo puede dar acceso».

El Sr. Hoadley desapareció poco después de dar este sermón; pero el texto, que se publicó en forma impresa en Springfield, todavía se conserva. La gente siguió hablando año tras año de ruidos en las colinas, los cuales constituyen aún un enigma para geólogos y fisiógrafos[227].

Otras historias transmitidas de generación en generación hablan de olores nauseabundos en las proximidades de los círculos de pilares de piedra que coronan las colinas, y de presencias etéreas que soplan y pueden oírse a ciertas horas desde ciertos puntos en el fondo de los grandes barrancos; al tiempo que otras tratan de explicar el Baile del Diablo: una ladera desolada e inhóspita en la que nunca crece ningún árbol, arbusto ni brizna de hierba. Además, los lugareños le tienen un miedo mortal a los numerosos chotacabras que cantan en las noches cálidas. La gente jura que los pájaros son psicopompos[228] que están al acecho de las almas de los moribundos, y que acompasan su espeluznante y estridente canto a los estertores de estos. Si logran atrapar el alma de la persona cuando abandona el cuerpo, se marchan inmediatamente aleteando y gorjeando diabólicamente con regocijo; pero, en caso contrario, se hunden de manera gradual y decepcionada en el silencio[229].

Todas estas son historias obsoletas y absurdas, por supuesto, porque vienen de tiempos muy antiguos. La propia Dunwich, de hecho, es absurdamente antigua, mucho más que cualquier otra comunidad en cincuenta kilómetros a la redonda. Al sur del pueblo todavía se pueden encontrar las paredes del sótano y la chimenea de la antigua casa familiar de los Bishop, que fue construida antes de 1700; mientras que las ruinas del molino de la cascada, levantado en 1806, constituyen la construcción arquitectónica más moderna visible en la zona. La industria no prosperó aquí, y el movimiento fabril del siglo XIX resultó efímero[230]. Pero lo más antiguo de todo son los grandes anillos de columnas de piedra toscamente labradas en lo alto de las colinas, pero estos se atribuyen de manera más general a los indios que a los colonos. Ciertos yacimientos de cráneos y otros huesos, encontrados en el interior de estos círculos y alrededor de la gran roca con forma de mesa que hay en la cima de Sentinel Hill[231], sustentan la creencia popular de que tales sitios fueron en su día

lugares de enterramiento de los pocumtuck[232]; aunque muchos etnólogos, ignorando la improbabilidad de una teoría tan absurda como la que proponen, persisten en su opinión de que los restos son de personas de raza blanca.

II

Fue en el término municipal de Dunwich, en una granja con un caserón parcialmente ocupado y situado contra la falda de una colina a seis kilómetros y medio del pueblo y a unos dos y medio de cualquier otra vivienda, donde Wilbur Whateley nació a las 5 a.m. de un domingo, el 2 de febrero de 1913. Esta fecha se recuerda porque era el Día de la Candelaria[233] -el cual la gente de Dunwich celebra, curiosamente, bajo otro nombre[234]- y porque se habían oído los ruidos de las colinas, y todos los perros de la zona habían ladrado insistentemente, durante toda la noche anterior. Menos digno de mención fue que su madre perteneciera a la rama degradada de los Whateley, una mujer albina un tanto deforme y nada atractiva de treinta y cinco años que vivía con su padre, un hombre anciano y medio loco sobre el cual habían circulado en su juventud historias sumamente espantosas relacionadas con prácticas de brujería. Lavinia Whateley no tenía ningún marido conocido, pero de acuerdo con la costumbre en la región no trató de repudiar al niño, sobre cuya ascendencia paterna la gente del lugar podía especular cuanto quisiera (cosa que hizo). Por el contrario, se la veía extrañamente orgullosa del bebé moreno y de rasgos levemente caprinos que contrastaba de forma tan marcada con su propio albinismo enfermizo de ojos rosados, y se la oía musitar curiosas profecías que auguraban para él poderes fuera de lo común y un futuro grandioso.

Nadie se extrañaba de que Lavinia dijera esa clase de cosas, pues era una persona solitaria dada a vagar por las colinas cuando había tormenta y a intentar la lectura de los voluminosos y malolientes libros que su padre había heredado de los dos siglos de existencia de la familia Whateley, los cuales estaban cayéndose a pedazos rápidamente por efecto de los años y los gusanos. La mujer nunca había ido a la escuela, pero poseía una gran cantidad de conocimientos antiguos e inconexos que su padre le había enseñado. La apartada granja siempre había suscitado miedo entre los vecinos por las supuestas prácticas de magia negra del viejo Whateley, y la inexplicada muerte violenta de la esposa de este último cuando Lavinia tenía doce años no había ayudado a que la gente viera el lugar con mejores ojos. Lavinia, quien vivía aislada entre influencias

extrañas, era aficionada a ocuparse en ensoñaciones disparatadamente ambiciosas y actividades singulares, sin que su tiempo de ocio se viera excesivamente absorbido por incumbencias domésticas en una casa de la que hacía ya mucho que había desaparecido cualquier exigencia mínima de orden y limpieza.

La noche en que Wilbur nació se oyeron unos gritos espantosos que resonaron por encima incluso de los ruidos de las colinas y los ladridos de los perros, mas, que se sepa, no hubo ningún médico o partera guiando su llegada al mundo. Los vecinos no supieron nada de él hasta una semana después, cuando el viejo Whateley condujo su trineo a través de la nieve hasta Dunwich y entabló una conversación incoherente en la tienda de Osborn con un grupo de haraganes. Parecía haberse producido un cambio en el anciano -una pizca adicional de disimulo de sus enturbiados pensamientos que había transformado sutilmente a alguien que antes infundía miedo en alguien que lo sufría-, pese a que no era una persona que se alterase fácilmente por acontecimientos familiares corrientes. Entre todo ello mostró también ciertos indicios del mismo orgullo que más tarde se advertiría en su hija, y lo que dijo acerca de la paternidad del niño sería recordado durante años por muchos de quienes lo oyeron hablar aquel día:

—M'importa una arveja lo qu'estimen por ai; si'l crío de Lavinny pareciese a su padre, buena sorpresa os veniría. No debéis pensá que la gente del concejo es la sola por estos pagos. Lavinny ha leío una miaja, y visto cosas sobre las que la generalidá de vosotros solo parla. Me figuro que su hombre es tan buen esposo como pue'ncontrarse a esta margen de Aylesbury; y si tanto sabierais d'estos alcores como yo sé, no desearíais casamiento por la iglesia mejó qu'el d'ella. Dejá qu'os diga: ¡un día oiréis a un hijo de Lavinny llamando a su padre'n lo alto Sentinel Hill!

Las únicas personas que vieron a Wilbur durante su primer mes de vida fueron el viejo Zechariah Whateley -de la rama no degradada de la familia- y la barragana de Earl Sawyer, Mamie Bishop. La visita de Mamie se debió francamente a la curiosidad, y lo que contaría más tarde hizo justicia a lo que vio; pero Zechariah fue a llevar un par de vacas Alderney[235] que el viejo Whateley le había comprado a su hijo Curtis, lo cual marcó el comienzo de una serie de compras de ganado por parte de la familia del pequeño Wilbur que no cesó hasta 1928, cuando el horror de Dunwich hizo su breve aparición; mas en ningún momento el destartalado establo de los Whateley dio impresión de estar atestado de animales. Hubo un tiempo en que la curiosidad de la gente era tal que se colaba en la propiedad para contar las reses que pacían precariamente en la escarpada ladera de la colina que descollaba a espaldas del viejo caserón, sin encontrar nunca más de

diez o doce ejemplares anémicos y de aspecto exangüe. Era evidente que alguna plaga o enfermedad, surgida quizá de aquel pasto insano o de los hongos y maderos enfermos del mugriento establo, estaba provocando una alta mortalidad en los animales de Whateley. Extrañas heridas o llagas, con un aspecto un tanto similar a incisiones, parecían aquejar a las reses que se encontraban a la vista; y una o dos veces durante los primeros meses algunos visitantes creyeron distinguir unas llagas parecidas por el cuello del anciano barbicanoso y de su desaseada hija albina de pelo crespo.

La primavera siguiente al nacimiento de Wilbur Lavinia retomó sus habituales paseos por las colinas, llevando consigo en sus brazos mal proporcionados al moreno bebé. El interés de la gente del lugar por los Whateley se redujo una vez que la mayor parte de ellos hubo visto al niño, así que nadie se molestó en hacer comentarios sobre el rápido desarrollo que el nuevo miembro de la comunidad parecía presentar día a día. Wilbur estaba creciendo a un ritmo realmente extraordinario, pues a los tres meses de su nacimiento ya había alcanzado un tamaño y una potencia muscular que no suele encontrarse en niños con menos de un año. Sus movimientos e incluso sus sonidos vocales mostraban un autodominio y una premeditación sumamente peculiares en un bebé, y a nadie cogió realmente desprevenido que, a los siete meses, empezara a andar sin ayuda, con una cierta vacilación que un mes más bastó para eliminar[236].

Algo después -en la víspera de Todos los Santos- se divisó a medianoche una gran hoguera en lo alto de Sentinel Hill, donde la vieja roca con aspecto de mesa se alza en medio de los antiguos túmulos llenos de huesos que allí hay. Y se desataron considerables habladurías cuando Silas Bishop -de la rama no degradada de su familia- mencionó haber visto al niño corriendo vigorosamente colina arriba delante de su madre más o menos una hora antes de que se observara la fogata. En ese momento Silas estaba buscando una vaquilla descarriada, pero estuvo a punto de olvidar su misión cuando distinguió fugazmente las dos figuras a la tenue luz de su farol. Ambas atravesaban la maleza con rapidez y casi sin hacer ruido, y al asombrado observador le dio la impresión de que iban completamente desnudas. Más tarde tuvo dudas con respecto al niño, el cual quizá llevase una especie de cinturón con flecos y unos pantalones de color oscuro. En lo sucesivo nunca se volvió a ver a Wilbur vivo y consciente sin que fuese vestido de los pies hasta el cuello, y siempre que algo le desarreglaba o amenazaba con desarreglarle el bien abotonado atuendo parecía invadirle una gran furia e inquietud. Lo diferente que era a su madre y abuelo -quienes iban sucios y desaliñados- a este respecto se consideró algo verdaderamente digno de nota hasta que el horror de 1928 apuntó un motivo más que

fundado para ello.

Al siguiente enero los chismosos se interesaron ligeramente por que el «mocoso negro de Lavinny» hubiera comenzado a hablar, y con solo once meses. Su forma de hacerlo era bastante sorprendente tanto por lo distinta que era de los acentos comunes en la región como porque demostraba estar libre de la típica lengua de trapo infantil, una cualidad de la que bien podrían sentirse orgullosos muchos niños de tres o cuatro años. El niño no era muy hablador, pero cuando se expresaba parecía reflejar algo un tanto indefinible y completamente ajeno a Dunwich y sus habitantes. Ese matiz de extrañeza no residía en lo que decía, ni siquiera en el vocabulario sencillo que empleaba, sino que parecía vagamente relacionado con su entonación o con los órganos internos que le permitían producir los sonidos del habla. Asimismo, su aspecto facial destacaba por su madurez, ya que, pese a carecer de mentón como su madre y su abuelo, su nariz firme y precozmente desarrollada se combinaba con la expresión de sus grandes y oscuros ojos cuasilatinos de un modo que le hacía parecer prácticamente adulto y le confería un aire de inteligencia casi preternatural. Era, no obstante, extremadamente feo a pesar de esa apariencia de brillantez, pues había algo casi caprino o animal en sus labios gruesos, su piel amarillenta y porosa, su cabello áspero y crespo, y sus orejas singularmente alargadas. Pronto generó una aversión aún más decidida entre la gente que su madre y su abuelo, y todas las especulaciones en torno a él estaban salpicadas de referencias a las antiguas prácticas mágicas del viejo Whateley, y a cómo temblaron una vez las colinas cuando gritó el espantoso nombre de *YogSothoth* en medio de uno de los círculos de piedras mientras sostenía un gran libro abierto entre sus brazos. Los perros aborrecían al chico, y este siempre se veía obligado a adoptar diversas precauciones para defenderse de la amenaza de sus ladradoras fauces.

III

Mientras tanto el viejo Whateley seguía comprando reses sin que aumentara de manera apreciable el tamaño de su vacada. También taló varios árboles y comenzó a reparar con su madera las secciones que no utilizaban de la casa -una amplia construcción con tejado a dos aguas cuya parte de atrás estaba completamente metida en la rocosa falda de la colina, y cuyas tres habitaciones menos decrépitas de la planta baja siempre habían sido suficientes para su hija y él.

El anciano debía de contar con unas prodigiosas reservas de fuerza para poder llevar a cabo unos trabajos tan pesados, y, aunque a veces

farfullaba como si estuviera loco, su carpintería parecía ser resultado de unos cálculos consistentes. Había comenzado ya con las obras nada más nacer Wilbur, poniéndose repentinamente a ordenar, a reforzar con tablas y a equipar con una nueva y robusta cerradura uno de los muchos cobertizos de herramientas que había en la granja. Ahora, al restaurar el abandonado piso superior del caserón, no aplicó en absoluto menos cuidado a su labor. Su demencia se reflejó únicamente en su fijación por cubrir firmemente con tablas todas las ventanas de la sección recuperada, aunque no fueron pocos los que manifestaron que ya era una locura tomarse el trabajo de volver a dejar habitable esa parte de la casa.

Menos inexplicable fue el acondicionamiento que hizo de otra habitación del piso de abajo para que la usara su nuevo nieto; una habitación que vieron varios visitantes de la casa, aunque a ninguno de ellos se le permitió jamás subir al piso superior de ventanas entabladas. El viejo Whateley cubrió las paredes de esta nueva estancia con estanterías altas y robustas, a lo largo de las cuales comenzó a colocar poco a poco, en un orden aparentemente cuidadoso, todos los libros -y fragmentos de libros- antiguos y podridos que durante su propia vida habían estado amontonados de manera promiscua en cualquier rincón de los distintos cuartos.

—Yo les di algún uso -decía mientras trataba de reparar una hoja rasgada y llena de caracteres góticos con cola preparada al fuego de la herrumbrosa cocina-, pero'l chico'stará más capacitao pa sacarles ganancia. Debería tenerlos tan bien dispuestos como le sea dable, pues d'ellos haberá d'aprendé to.

Cuando Wilbur contaba un año y siete meses -en septiembre de 1914- su tamaño y sus habilidades resultaban casi inquietantes. Tenía ya la altura de un niño de cuatro años, y hablaba de manera fluida e increíblemente inteligente. Correteaba con libertad por los campos y colinas y acompañaba a su madre en todos sus deambulares. En casa solía dedicar su tiempo a estudiar de forma diligente y minuciosa los extraños dibujos y diagramas de los libros de su abuelo, mientras este le instruía y le hacía preguntas didácticas durante largas tardes de recogimiento. Para entonces la restauración de la casa ya había terminado, y quienes la contemplaban solían preguntarse por qué una de las ventanas del piso superior se había transformado en una recia puerta de tablones. Era una ventana en la parte trasera del hastial este, pegada a la colina; y nadie era capaz de imaginar el motivo por el que se había construido una pasarela de listones de madera desde el suelo hasta ella. En torno a los mismos días en que acabó esta reforma la gente se percató de que el viejo cobertizo -que había permanecido bien cerrado y con tablas en las ventanas desde el nacimiento de Wilbur- se había vuelto a abandonar. Su puerta abierta se mecía

lánguidamente al viento, y, en una ocasión en que Earl Sawyer echó un vistazo dentro tras hacerle una visita al viejo Whateley por una venta de ganado, el granjero se sintió bastante turbado por el singular olor que allí había; un hedor -afirmó- como nunca había olido antes salvo en las cercanías de los círculos indios de las colinas, y que no podía provenir de nada saludable ni que perteneciera a nuestro mundo. Aunque, por otra parte, las casas y los cobertizos de la gente de Dunwich nunca han destacado por su impecabilidad olfatoria.

Los siguientes meses estuvieron aparentemente libres de sucesos, salvo por que todo el mundo juraba que los ruidos de la misteriosa colina estaban aumentando de forma lenta pero continua. La víspera del Primero de Mayo[237] de 1915 hubo temblores de tierra que se sintieron incluso en Aylesbury, mientras que en la siguiente víspera de Todos los Santos se dio un estruendo subterráneo extrañamente sincronizado con unas llamaradas -«cosa d'ese brujo de Whateley»- que brotaban de la cima de Sentinel Hill. Wilbur estaba creciendo a un ritmo asombroso, tanto que al entrar en su cuarto año de edad presentaba el aspecto de un muchacho de diez. Ya leía ávidamente por su cuenta, pero hablaba mucho menos que antes. Una arraigada taciturnidad estaba devorándolo, y por primera vez la gente comenzó a hablar específicamente del incipiente aspecto malévolo de su rostro de rasgos caprinos. A veces murmuraba cosas en una jerga desconocida, y recitaba otras con extraños ritmos monótonos que provocaban en quien las oía una escalofriante sensación de inexplicable terror. La aversión que los perros demostraban tenerle era ya un hecho ampliamente comentado, y el niño se veía obligado a llevar encima una pistola a fin de moverse por el campo de forma segura. El uso ocasional que hacía del arma tampoco le granjeaba simpatías entre quienes tenían perros guardianes.

Las pocas personas que visitaban la casa encontraban a menudo a Lavinia sola abajo, mientras en el piso superior de ventanas entabladas resonaban insólitos gritos y pasos. La mujer nunca decía qué estaban haciendo allí arriba su padre y el chico, aunque una vez se puso pálida y mostró un miedo anormal cuando un jocoso vendedor ambulante de pescado trató de abrir la puerta cerrada con llave que conducía a la escalera. Aquel vendedor contó luego a los holgazanes parroquianos de la tienda de Dunwich que le había parecido oír a un caballo dando pisotones en el piso de arriba. Los parroquianos reflexionaron sobre ello, pensando en la puerta y la pasarela, y en el ganado que desaparecía con tanta rapidez, y entonces recordaron temblando las historias de cuando el viejo Whateley no era tan viejo, y las que hablaban de cosas extrañas que surgían de la tierra cuando se sacrificaba un novillo en el momento adecuado mientras se invocaba a ciertos dioses paganos. Además, se había notado hacía ya

algún tiempo que los perros habían empezado a odiar y temer la casa de los Whateley de un modo tan violento como odiaban y temían personalmente al joven Wilbur.

En 1917 llegó la guerra, y el señor Sawyer Whateley, como presidente de la junta de reclutamiento local, tuvo serias dificultades para encontrar un cupo de jóvenes de Dunwich que fuesen aptos siquiera para ser enviados al campamento de instrucción. El gobierno, alarmado por semejantes signos de decadencia general en la región, envió a varios funcionarios y peritos médicos para que investigaran e hicieran un estudio que los lectores de los periódicos de Nueva Inglaterra quizá recuerden todavía. La publicidad que comportó esta investigación fue lo que puso a los reporteros sobre la pista de los Whateley e hizo que el *Boston Globe* y el *Arkham Advertiser* publicaran unos extravagantes artículos dominicales sobre la precocidad del joven Wilbur, la magia negra del viejo Whateley, las estanterías llenas de libros extraños, el cerrado piso superior de la antigua casa de la granja y el misterio que envolvía toda la región y sus ruidos en las colinas. Wilbur tenía entonces cuatro años y medio, y el aspecto de un muchacho de quince. Sus labios y mejillas estaban cubiertos de un áspero vello oscuro, y le había empezado a cambiar la voz.

Earl Sawyer fue a la granja de los Whateley con ambos equipos de reporteros y fotógrafos, e hizo que se fijaran en la singular fetidez que parecía filtrarse desde las vedadas estancias superiores de la casa. Dijo que era idéntica a un olor que había notado en el cobertizo de herramientas abandonado cuando acabaron las reparaciones en la vivienda, y similar a unos efluvios que a veces le parecía percibir cerca de los círculos de piedras en los montes. Cuando los artículos salieron publicados en la prensa, la gente de Dunwich los leyó y se divirtió mucho con sus evidentes errores. También se extrañó de que los redactores destacaran tanto que el viejo Whateley siempre pagara el ganado que compraba con monedas de oro extremadamente antiguas. Los Whateley habían recibido a sus visitantes con un descontento mal disimulado, aunque no se atrevieron a correr el riesgo de atraer más publicidad resistiéndose de forma violenta o negándose a hablar.

IV

Durante una década los anales de los Whateley se sumen de un modo indistinguible en la vida general de una comunidad mentalmente enferma, habituada a sus raras costumbres e insensibilizada ante sus orgiásticas celebraciones de las vísperas del Primero de Mayo y del

Día de Todos los Santos[238]. Dos veces al año encendían hogueras en la cima de Sentinel Hill, y en tales ocasiones los tronidos de los montes se repetían cada vez con mayor violencia; mientras que las actividades extrañas y ominosas en la solitaria granja no se limitaban a una época concreta. Con el tiempo sus visitantes empezaron a decir que oían sonidos en el cerrado piso superior incluso cuando toda la familia se encontraba abajo, y a dudar de que sus vacas y novillos tuvieran en general una muerte rápida cuando eran sacrificados. Se habló de presentar una queja a la Sociedad contra el Maltrato Animal, pero la propuesta quedó en nada, dado que la gente de Dunwich nunca ha tenido muchas ganas de llamar la atención del resto del mundo.

En torno a 1923, cuando Wilbur era un muchacho de diez años cuya inteligencia, voz, estatura y rostro barbado daban una impresión de madurez absoluta, tuvo lugar un segundo periodo de extensas reformas en el caserón. Todas fueron en el cerrado piso superior de la casa y, a partir de los pedazos de madera desechados, la gente llegó a la conclusión de que el joven y su abuelo habían tirado todos los tabiques y eliminado incluso el suelo del desván, dejando únicamente un único espacio diáfano de enormes dimensiones entre el piso inferior y el tejado a dos aguas. También habían echado abajo la gran chimenea central, y equipado la herrumbrosa cocina con un tubo endeble de hojalata para sacar los humos al exterior.

La primavera siguiente a estos hechos el viejo Whateley se percató del número cada vez mayor de chotacabras que acudían cada noche desde la cañada de Cold Spring para cantar bajo su ventana, algo a lo que el anciano pareció conceder una gran importancia, pues a los haraganes de la tienda de Osborn les dijo que pensaba que su hora estaba muy próxima.

—Agora silban ‘n’armonía con mi resuello -contaba-, y me figuro que s’aprestan a’trapá mi alma. Saben que marcha, y no tien idea de dejarla escapá. Y vosotros, chachos, cuando haya dao las últimas boqueadas, saberéis si m’han cogío o no. Si l’hacen, cantarán y se festejarán hasta que rompa’l día. Si no, callarán un tanto. M’imagino qu’ellos y las almas que cazan han de bregá a veces con bastante saña.

La noche de Lammas[239] de 1924, Wilbur Whateley, que había surcado la oscuridad fustigando al único caballo que le quedaba y telefoneado desde la tienda de Osborn en el pueblo, hizo venir urgentemente al Dr. Houghton de Aylesbury. Este encontró al viejo Whateley en un estado muy grave, con una actividad cardíaca y una respiración estertórea que anunciaban que su fin no estaba muy lejos. La deforme hija albina y el nieto extrañamente barbado estaban junto a su cama, mientras en el desocupado e inmenso espacio de arriba parecía oírse un inquietante sonido rítmico similar al que hacen las olas del mar cuando se levantan o lamen alguna playa. Sin embargo,

lo que más perturbó al médico fue el escándalo de las aves nocturnas en el exterior de la casa: una legión aparentemente innumerable de chotacabras que emitían con estridencia su mensaje sin fin en repeticiones diabólicamente acompasadas a los sibilantes jadeos del anciano moribundo. Era algo asombroso y antinatural, características demasiado típicas -pensó el Dr. Houghton- de toda aquella región en la que se había adentrado tan a su pesar en respuesta a la urgente llamada.

Cerca de la una el viejo Whateley recuperó el conocimiento e interrumpió sus jadeos sibilantes para decirle unas palabras ahogadas a su nieto:

—Más espacio, Willy, más espacio; y pronto. 'Tas creciendo… y *eso* crece más apriesa. Estará listo pa servirte dentro poco, chico. Abre la puerta a Yog-Sothoth con el canto luengo qu'hallarás en la página 751 *de l'edición completa*, y *de seguío* quema la prisión. El fuego de la tierra no pue causarle ningún daño.

Era obvio que estaba bastante trastornado. Tras callar por un instante, durante el cual la bandada de chotacabras de fuera ajustó sus chillidos al cambio de ritmo mientras desde la lejanía llegaban algunos indicios de los extraños ruidos de las colinas, agregó a lo dicho unas pocas frases más:

—Aliméntalo a menúo, Willy, y vigila la cantidá; pero no dejes que desarrolle tan rápido como pa colmá la casa, pues si la revienta o'scapa antes qu'abras la puerta a Yog-Sothoth, to saldrá huero. Solo los de más allá puen hacé que se multiplique y la cosa funcione… Solo ellos, los antiguos que buscan regresá…

Pero tras las palabras retornaron de nuevo los jadeos, y Lavinia gritó por el modo en que los chotacabras siguieron el cambio. Aquella situación se mantuvo durante más de una hora, hasta que llegó el ronco estertor final. El Dr. Houghton bajó unos arrugados párpados sobre los ojos grises y vidriosos al tiempo que el tumulto de los pájaros iba apagándose imperceptiblemente hasta desaparecer. Lavinia sollozaba, pero Wilbur únicamente reía entre dientes mientras los ruidos de las colinas retumbaban débilmente en la distancia.

—No l'han cogío -susurró el muchacho con su profunda voz de bajo.

Wilbur era ya por aquellos días un estudioso de una erudición realmente formidable, a su modo parcial, y discretamente conocido debido a su correspondencia con muchos bibliotecarios de lugares distantes donde se guardan volúmenes raros y prohibidos de tiempos pasados. En Dunwich y sus alrededores se le odiaba y temía cada vez más como consecuencia de una serie de desapariciones de jóvenes de las que las sospechas le hacían responsable; pero él siempre conseguía silenciar cualquier indagación empleando bien la intimidación, bien

ese fondo de oro viejo que todavía, como en vida de su abuelo, gastaba de manera regular y creciente en la compra de reses. El muchacho presentaba ya un aspecto tremendamente maduro, y su altura, que había alcanzado el límite adulto normal, parecía tender hacia una cifra mayor que este. En 1925, cuando un docto corresponsal suyo de la Universidad Miskatonic fue a visitarlo un día a su casa -de la que salió pálido y desconcertado-, Wilbur medía algo más de dos metros.

Con el paso de los años el joven fue tratando a su madre albina y medio deforme con creciente desdén, hasta que al final le prohibió ir con él a las colinas en las vísperas del Primero de Mayo y del Día de Todos los Santos[240]; y en 1926 la pobre mujer le dijo en actitud quejosa a Mamie Bishop que tenía miedo de su hijo.

—Sé más cosas d'él de las que pueo contarte, Mamie -le aseguró-, pero 'n'estos días son más las que no sé. Juro por Dios que no tengo idea de lo que quie ni qué trata d'hacé.

En la víspera de Todos los Santos de ese año los ruidos sonaron con más fuerza que nunca, y una hoguera ardió en Sentinel Hill como de costumbre; pero la gente prestó más atención al rítmico griterío de enormes bandadas de chotacabras que habían retrasado anormalmente su migración y parecían haberse juntado cerca de la casa de los Whateley, la cual se encontraba a oscuras. Pasada la medianoche sus estridentes notas estallaron en una especie de jolgorio pandemoníaco que inundó toda la región, y que no cesó hasta la llegada del alba. Después las aves desaparecieron, volando apresuradamente hacia el sur adonde tenían que haber llegado hacía ya un mes. Hasta más tarde, nadie supo con seguridad qué había significado aquel suceso. Nadie parecía haber muerto en la región; pero a la pobre Lavinia Whateley, la contrahecha mujer albina, nunca se la volvió a ver.

En el verano de 1927 Wilbur reparó dos cobertizos de la granja y comenzó a trasladar a ellos sus libros y efectos personales. Poco tiempo después Earl Sawyer contó a los haraganes de la tienda de Osborn que estaban haciendo nuevas reformas en casa de los Whateley. Wilbur estaba cerrando todas las puertas y ventanas del piso inferior, y parecía estar sacando todos sus tabiques tal como su abuelo y él ya habían hecho en el superior cuatro años antes. El muchacho se había instalado en uno de los cobertizos, y Sawyer pensaba que tenía cara de encontrarse inusualmente preocupado y agitado. La mayor parte de la gente sospechaba que sabía algo acerca de la desaparición de su madre, y muy pocos se acercaban ya alguna vez por los alrededores de su finca. Había crecido hasta superar los dos metros diez, y no había signo alguno de que su desarrollo fuera a detenerse.

V

El invierno siguiente trajo consigo un acontecimiento tan extraño como fue el primer viaje de Wilbur fuera de la región de Dunwich. Su correspondencia con la Biblioteca Widener de Harvard, la Biblioteca Nacional de París, el Museo Británico, la Universidad de Buenos Aires[241] y la Biblioteca de la Universidad Miskatonic de Arkham no había servido para que le concedieran el prestamo de un libro que quería desesperadamente, así que al final fue en persona -andrajoso, sucio, barbudo y rústico en su dialecto- a consultar el ejemplar de la Universidad Miskatonic, que era el más cercano geográficamente a él[242]. Con casi dos metros y medio de altura, y una maleta barata recién comprada en la tienda de Osborn, aquella gárgola morena y de rasgos caprinos se presentó un día en Arkham en busca del terrorífico volumen que se guardaba bajo llave en la biblioteca de la universidad: el horrible *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred en la versión latina de Olaus Wormius[243], impresa en España en el siglo XVII. Era la primera vez que veía una ciudad, pero el muchacho no pensaba en otra cosa que no fuese encontrar el campus de la universidad, donde, de hecho, pasó distraídamente al lado del gran perro guardián de blancos colmillos que le ladró con una furia y una animosidad fuera de lo normal mientras tiraba frenéticamente de su recia cadena.

Wilbur llevaba consigo la inestimable pero imperfecta versión inglesa que el Dr. Dee[244] había hecho del *Necronomicón*, y que su abuelo le había legado, y en cuanto se le permitió acceder a la versión latina comenzó inmediatamente a confrontar los dos textos con el propósito de hallar un pasaje concreto que habría estado en la página 751 de su propio volumen defectuoso; algo que por cortesía el muchacho no pudo evitar contar al bibliotecario: el erudito Henry Armitage (maestría en Humanidades por la Universidad Miskatonic, doctorado por la Universidad de Princeton y doctorado *Honoris Causa* por la Universidad Johns Hopkins)[245], quien había visitado en una ocasión la granja y estaba asediándolo educadamente a preguntas en ese momento. Tuvo que confesar que estaba buscando una especie de fórmula o conjuro que contenía el espantoso nombre de *Yog-Sothoth*, y se sintió desconcertado al encontrar en los textos discrepancias, duplicaciones y ambigüedades que hicieron de la localización un asunto nada sencillo. Mientras copiaba la fórmula que finalmente había escogido, el Dr. Armitage miró sin querer por encima de su hombro las páginas desplegadas; la izquierda de las cuales, en su versión latina, contenía unas amenazas sumamente monstruosas para la paz y la cordura del mundo.

«Y no ha de pensarse -decía el texto tal como Armitage lo tradujo mentalmente- que el hombre es ni el más antiguo ni el último de los

amos de la tierra, ni que la común y corriente mayoría de sus formas de vida y sustancia son las únicas que la pisan. Los Primigenios existieron, existen y existirán. No en los espacios que conocemos, sino *entre* ellos. Caminan serenos y primarios, adimensionales e invisibles a nuestros ojos. *Yog-Sothoth* conoce la puerta. *Yog-Sothoth* es la puerta. *Yog-Sothoth* es la llave y el guardián de la puerta. Pasado, presente y futuro, todos son uno en *Yog-Sothoth*. Él sabe por dónde penetraron los Primigenios otrora, y por dónde volverán a hacerlo. Sabe dónde han hollado los campos de la tierra, y dónde siguen hollándolos, y por qué nadie es capaz de contemplarlos mientras lo hacen. Por su olor los hombres pueden en ocasiones saber que están cerca, pero su apariencia les es incognoscible, *salvo en los rasgos de los seres que Ellos han engendrado y desatado sobre la humanidad*; y de estos hay muchas clases, cuyo parecido varía desde el eidolon[246] más idéntico al hombre hasta esa forma sin imagen ni sustancia que son *Ellos*. Caminan fétidamente sin ser vistos por lugares solitarios en los que las Palabras han sido pronunciadas y los Cánticos aullados durante las épocas propicias para ello. El viento barbotea con sus voces y la tierra murmura con sus conciencias. Doblegan el bosque y aplastan la ciudad, y sin embargo ningún bosque o ciudad puede ver la mano que golpea. Kadath[247] en el yermo helado los ha conocido, ¿y qué hombre conoce Kadath? El desierto de hielo del sur y las islas hundidas del océano albergan piedras en las que está grabado su sello, ¿pero quién ha visto la gélida ciudad abismal o la torre sellada y engalanada desde hace eones con algas y percebes? El Gran Cthulhu es su primo y, aun así, él solo puede entreverlos. *¡Iä, Shub-Niggurath!*[248] Como una pestilencia los conocerás. Su mano ciñe tu cuello y, pese a ello, no los ves; y su morada es exactamente el custodiado umbral de tu mundo. *Yog-Sothoth* es la llave de la puerta, a través de la cual se conectan las esferas. El hombre gobierna ahora donde Ellos gobernaron en su día; pronto gobernarán donde el hombre gobierna ahora. Después del verano llega el invierno, y tras el invierno, el verano. Ellos aguardan pacientes y poderosos, pues reinarán de nuevo sobre la tierra».

El Dr. Armitage, al relacionar lo que estaba leyendo con lo que había oído sobre Dunwich y sus presencias siniestras, y sobre Wilbur Whateley y la sutil y espantosa atmósfera que lo rodeaba y se extendía desde un nacimiento envuelto en el misterio hasta la sospecha de un probable matricidio, se vio acometido por un terror tan tangible como una fría y húmeda exhalación de la tumba. El gigante de facciones caprinas que se hallaba encorvado frente a él parecía un engendro de otro planeta o dimensión, como si solo perteneciese a la humanidad en parte, y estuviese vinculado a negros abismos del alma y la existencia que se desplegaran como fantasmas titánicos más allá de todos los reinos de la fuerza y la materia, del espacio y el tiempo. Al

cabo de un rato Wilbur levantó la cabeza y comenzó a hablar de aquel modo extraño y resonante que hacía pensar en órganos fonadores distintos al del común de los mortales.

—Señó Armitage -dijo-, estimo que tengo que llevarm'este libro a casa. Hay 'n'él cosas qu'he de probá en ciertas condiciones que no'stán aquí a mi alcance, y sería un pecao mortal dejá qu'una cuestión de papeleo me l'obstara. Consienta que me lo lleve, señó, y le juro que no haberá persona que repare 'n'ello. Ni que decí tiene que lo cuidaré. No fui yo quien dejó así la tradución de Dee…

Wilbur calló al ver la firme negativa escrita en el rostro del bibliotecario, y sus propias facciones caprinas adquirieron un aire maquiavélico. Armitage, que estaba medianamente dispuesto a decirle que podía copiar las partes que necesitara, pensó de pronto en las posibles consecuencias y se contuvo de hacerlo. Darle a un ser así la llave de esferas exteriores tan blasfemas suponía demasiada responsabilidad. Whateley se dio cuenta entonces de cuál era la situación y trató de responder quitándole hierro.

—Muy bien, si tal es su parecé. Pue qu'en Harvard no sean tan puntillosos. -Y sin decir más se levantó y salió del edificio con grandes zancadas, agachándose al pasar por cada puerta.

Armitage oyó los feroces ladridos del gran perro guardián y observó con atención el paso largo y gorilesco de Whateley mientras este cruzaba la fracción del campus visible desde la ventana. Pensó en las delirantes historias que había oído, y recordó los viejos artículos dominicales del *Advertiser*; esto, y los asentados rumores que había escuchado a los pueblerinos y vecinos de Dunwich durante su única visita a la región. Cosas invisibles que no eran de este mundo -o al menos no del mundo tridimensional que conocemos- se movían de manera rauda, fétida y horrible por las cañadas de Nueva Inglaterra, y anidaban obscenamente en la cima de los montes. Llevaba mucho tiempo convencido de ello, y ahora parecía sentir muy cerca la presencia de alguna parte terrible del horror intruso, y detectar una diabólica expansión de los negros dominios de la antigua y otrora pasiva pesadilla. El bibliotecario guardó el *Necronomicón* bajo llave con un estremecimiento de repugnancia, mas la habitación siguió apestando con un hedor impío e inidentificable. «Como una pestilencia los conocerás», citó de memoria. En efecto: el olor era el mismo que le había asqueado en casa de los Whateley menos de tres años atrás. Entonces le vino de nuevo a la cabeza la imagen de Wilbur, cabría y amenazadora, y rio con sorna por lo que se decía en el pueblo acerca de la identidad de su padre.

—¿Endogamia? -murmuró Armitage para sí con cierta intensidad-. ¡Dios santo, qué necios son! ¡Si vieran al gran dios Pan[249] de Arthur Machen lo considerarían uno más de los escándalos de Dunwich!

¿Pero qué ser, qué influencia maldita e informe dentro o fuera de este mundo tridimensional, fue el padre de Wilbur Whateley? Nació el Día de la Candelaria, nueve meses después de la víspera del Primero de Mayo de 1912, cuando los rumores sobre los extraños ruidos telúricos llegaron claramente a Arkham. ¿Qué caminaba por los montes de Dunwich aquella noche del 30 de abril? ¿Qué horror surgido en torno a la Invención de la Santa Cruz[250] hizo presa sobre el mundo en carne y huesos parcialmente humanos?

Durante las semanas siguientes el Dr. Armitage se dedicó a recabar toda la informción posible sobre Wilbur Whateley y las presencias etéreas en la región de Dunwich. Contactó con el Dr. Houghton de Aylesbury, quien había atendido al viejo Whateley durante su agonía final, y halló mucha materia de reflexión en las últimas palabras del anciano tal como el médico las repitió. Una visita al pueblo de Dunwich no permitió descubrir apenas nada nuevo, pero un estudio detenido del *Necronomicón*, en aquellas partes que Wilbur había buscado con tanta avidez, proporcionó aparentemente nuevas y terribles pistas de la naturaleza, los métodos y los deseos del extraño mal que amenazaba de forma tan imprecisa nuestro planeta. Sus conversaciones con varios estudiantes de folclore antiguo de Boston, y cartas con muchos otros de distintos lugares, le produjeron un creciente asombro que fue pasando lentamente por varios grados de preocupación hasta alcanzar un estado de miedo interior realmente agudo. Según se acercaba el verano el Dr. Armitage fue desarrollando la vaga opinión de que había que hacer algo respecto a los terrores que acechaban en el valle alto del Miskatonic, y respecto al ser monstruoso que la humanidad conocía como Wilbur Whateley.

VI

El horror de Dunwich propiamente dicho acaeció entre Lammas y el equinoccio[251] de 1928, y el Dr. Armitage fue uno de los que presenciaron su monstruoso prólogo. Le había llegado noticia, entretanto, del grotesco viaje de Whateley a Cambridge, y de sus esfuerzos desesperados por conseguir que le prestaran el *Necronomicón* de la Biblioteca Widener, o le dejaran copiar los pasajes que necesitaba. Pero dichos esfuerzos habían sido en vano, dado que Armitage había remitido advertencias sumamente vehementes a todos los bibliotecarios que tenían a su cargo el temido volumen. Wilbur se había mostrado terriblemente nervioso en Cambridge; preocupado por hacerse con el libro, pero también en casi igual medida por regresar a su casa, como si temiera las consecuencias de estar alejado de ella

mucho tiempo.

A principios de agosto se dio el corolario que hasta cierto punto cabía esperar y, así, en la madrugada del día 3 el Dr. Armitage despertó bruscamente a causa del desaforado y feroz escándalo que estaba armando el agresivo perro guardián del campus de la universidad. Sus gruñidos y ladridos, profundos y terribles como los de un animal rabioso, se prolongaron durante un rato; cada vez más fuertes, pero con interrupciones horriblemente significativas. Entonces resonó un grito de otra garganta completamente distinta; un grito que desveló a la mitad de la gente que dormía en Arkham y en adelante siempre les perseguiría en sus sueños; un grito que no podía provenir de ningún ser de este mundo, o enteramente de este mundo.

Armitage, tras ponerse a toda prisa algo de ropa y cruzar con paso apurado la calle y los jardines del campus hasta sus edificios, vio que otras personas se le habían adelantado, y oyó los ecos de una alarma antirrobo que todavía sonaba estridentemente en la biblioteca. Una de sus ventanas estaba abierta de par en par, negra como la boca de un lobo a la luz de la luna. Sin duda, lo que había irrumpido en el campus había llegado a entrar por ella, pues los ladridos y aullidos, que en ese momento estaban atenuándose rápidamente en una mezcla de gruñidos y gañidos, procedían de manera inequívoca del interior. Algún instinto previno a Armitage de que lo que estaba teniendo lugar allí no era algo que debieran ver ojos sensibles, de modo que hizo retroceder con autoridad a la multitud mientras empleaba su llave para abrir la puerta principal del edificio. Entre la gente vio al profesor Warren Rice y al Dr. Francis Morgan, dos hombres a los que había hecho partícipes de algunas de sus conjeturas y recelos; y a ellos les hizo un gesto para que lo acompañaran al interior. Los sonidos que venían de él, exceptuando un gemido monocorde y vigilante del perro, ya se habían apagado por completo; pero Armitage percibió entonces con un brusco respingo que un fuerte coro de chotacabras posado en los arbustos del jardín había comenzado a entonar un canto detestablemente rítmico, cual al unísono con los estertores finales de una persona agonizante.

El edificio estaba invadido por una espantosa fetidez que el Dr. Armitage conocía demasiado bien, y los tres hombres atravesaron presurosos el vestíbulo hasta la pequeña sala de lectura de la sección de genealogía de la que salía el débil gemido. Durante un segundo nadie se atrevió a encender la luz, y entonces Armitage reunió coraje y le dio al interruptor. Uno de los tres -no está claro quién- chilló al ver lo que estaba tendido en el suelo frente a ellos entre un desorden de mesas y sillas volcadas. El profesor Rice asegura que perdió totalmente el sentido por un instante, aunque en ningún momento se tambaleó ni se desplomó.

La cosa que yacía de costado y parcialmente encogida en mitad de un hediondo charco de un icor[252] cetrino y pringoso como la brea tenía unos dos metros y setenta centímetros de altura, y el perro le había arrancado toda la ropa y parte de la piel. No estaba totalmente muerta, sino que se estremecía silenciosa y espasmódicamente mientras su pecho se agitaba en monstruosa sincronía con el desenfrenado canto de los expectantes chotacabras en el jardín. Trozos de cuero para zapatos y jirones de ropa se hallaban desparramados por la sala, y había un saco de lona vacío tirado justo delante de la ventana, adonde obviamente había sido lanzado. Cerca de la ancha mesa central había un revólver caído, cuyo cartucho abollado pero aún entero explicaría más tarde por qué no había sido disparado. La cosa, no obstante, impedía prestar atención a cualquier otra imagen en ese momento. Sería un cliché no del todo preciso decir que no había pluma humana capaz de describirla, pero cabe afirmar con propiedad que no podía ser visualizada en todos sus detalles por nadie cuyas ideas de aspecto y contorno se hallaran ligadas de manera demasiado estrecha a las formas de vida comunes de este planeta y de las tres dimensiones conocidas. Era parcialmente humana, no cabe duda, con manos y cabeza antropoides, y la cara de facciones caprinas desprovista de mentón tenía el sello distintivo de los Whateley; pero el torso y la parte inferior del cuerpo eran teratológicamente[253] fabulosos, por lo que solo una abundante cantidad de ropa podía haberla permitido caminar por la tierra sin verse amenazada o erradicada.

Por encima de la cintura era semiantropomorfa, aunque su pecho, en donde las patas de afiladas uñas del perro descansaban todavía en actitud vigilante, tenía la piel coriácea y reticular[254] de un cocodrilo o caimán. La espalda presentaba manchas de color amarillo y negro, y recordaba vagamente a la escamosa[255] envoltura de ciertas serpientes. Sin embargo, lo peor estaba por debajo de la cintura, puesto que aquí desaparecía toda semejanza humana y empezaba el auténtico delirio. La piel estaba densamente cubierta por un grueso pelo negro, y del abdomen sobresalían de manera flácida multitud de largos tentáculos de color gris verdoso terminados en bocas rojas con forma de ventosa. En cada una de las caderas, hundido en una especie de órbita rosácea y ciliada[256], había lo que parecía ser un ojo rudimentario; mientras que en vez de una cola le colgaba una especie de trompa o tentáculo con marcas anulares[257] de color púrpura, y con muchos signos de ser una boca o garganta no desarrollada. Las extremidades inferiores, salvo por su pelo negro, se asemejaban más o menos a las patas traseras de los gigantescos saurios de la prehistoria terrestre, y terminaban en unas patas de venas protuberantes que estaban a medio camino entre pezuñas y garras. Cuando la cosa respiraba, su cola y sus tentáculos

cambiaban de color rítmicamente, como si lo causara algún efecto circulatorio normal en el lado no humano de su ascendencia. En los tentáculos este fenómeno se percibía como una intensificación de su tinte verdoso, en tanto que en la cola se manifestaba como una aparición amarillenta que alternaba con un enfermizo tono blancuzco en los espacios entre los anillos púrpuras. Y de sangre de verdad no había el menor rastro; solo ese fétido icor cetrino que corría en finos hilillos por el suelo pintado más allá del charco pringoso y dejaba a su paso una curiosa decoloración.

Cuando la presencia de los tres hombres pareció despertar a la criatura moribunda, comenzó a mascullar algo sin girar ni levantar la cabeza. El Dr. Armitage no ha dejado constancia de lo que dijo, pero afirma con seguridad que no pronunció palabra alguna en nuestro idioma. Al principio resultaba imposible correlacionar las sílabas con ningún lenguaje de la tierra, pero hacia el final se oyeron fragmentos inconexos sacados a todas luces del *Necronomicón*, esa monstruosa blasfemia en busca de la cual el ser había hallado su destrucción. Esos fragmentos, tal como Armitage los recuerda, decían algo así como «*N'gai, n'gha'ghaa, bugg-shoggog, y'hah: Yog-Sothoth, Yog-Sothoth…*», y se fueron apagando del todo mientras los chotacabras chillaban en rítmicos *crescendos* de impía anticipación.

Entonces los jadeos se detuvieron, y el perro alzó la cabeza en un largo y lúgubre aullido. De repente el rostro amarillo y cabrío del ser postrado cambió, hundiéndose sus grandes ojos negros de un modo horrible. Al otro lado de la ventana el estridente canto de los chotacabras había cesado súbitamente, y por encima de los murmullos de la muchedumbre reunida en el exterior se oyó un tumultuoso y despavorido aleteo. Recortándose contra la luna, grandes nubes de acechadores emplumados levantaron el vuelo y se alejaron rápidamente hasta perderse de vista, aterrorizados por aquello que habían pretendido que fuera su presa.

De pronto el perro se sobresaltó, emitió un ladrido asustado y salió nerviosamente de un salto por la misma ventana que había utilizado para entrar. La multitud dejó escapar un grito, y luego el Dr. Armitage ordenó a voces a los hombres que estaban fuera que no debía permitirse el paso a nadie hasta que llegase la policía o el forense. Dio gracias de que las ventanas estuvieran demasiado altas como para atisbar el interior, pero aun así bajó prudentemente el estor oscuro de cada una de ellas. Dos policías habían llegado ya, y el Dr. Morgan, que había salido a recibirlos al vestíbulo del edificio, estaba rogándoles por su propio bien que no entraran a la maloliente sala de lectura hasta que llegara el médico forense y fuese posible tapar al ser abatido.

Mientras esto ocurría, en el suelo de la sala estaba produciéndose

una horrenda transformación. No es necesario describir la *naturaleza* ni la *velocidad* del proceso de encogimiento y desintegración que tuvo lugar ante los ojos del Dr. Armitage y el profesor Rice, mas es lícito decir que, aparte del aspecto externo de su cara y sus manos, la parte auténticamente humana de Wilbur Whateley debía de haber sido muy pequeña. Cuando llegó el forense, de él ya solo quedaba sobre las tablas pintadas del suelo una masa blancuzca y pringosa, y el detestable olor había desaparecido casi por completo. Por lo que parecía, Whateley no había tenido cráneo ni esqueleto óseo; al menos, no en un sentido estricto o estable. En algunas cosas, había salido a su desconocido padre.

VII

Sin embargo, todo esto solo fue el prólogo del verdadero horror de Dunwich. Los desconcertados funcionarios del Departamento de Justicia cumplieron con los trámites del caso, los detalles anómalos fueron debidamente ocultados a la prensa y la opinión pública, y se enviaron agentes judiciales a Dunwich y Aylesbury para visitar las propiedades de Wilbur Whateley y notificar su fallecimiento a cualquier posible heredero. Estos hombres encontraron a la gente de la región muy agitada, debido tanto a un aumento de los retumbantes ruidos bajo las colinas redondeadas como a un hedor inusitado y unos sonidos como de oleaje que se oían cada vez con más fuerza en el gran armazón vacío que era en ese momento la casa de ventanas entabladas de Whateley. Earl Sawyer, quien se había ocupado de cuidar al caballo y las vacas durante la ausencia de Wilbur, había desarrollado un cuadro terriblemente agudo de ansiedad. Los agentes judiciales inventaron excusas para no entrar en la maloliente casa de ventanas cegadas y se contentaron con limitar su inspección de la vivienda del fallecido -los cobertizos recientemente acondicionados- a una única visita. Después presentaron un abultado y tedioso informe en el tribunal de Aylesbury[258] y, según se dice, todavía hay abiertos varios litigios relacionados con la herencia del difunto entre los incontables Whateley -de ambas ramas, degradada y no degradada- que residen en la cuenca alta del Miskatonic.

Un texto manuscrito prácticamente interminable con extraños caracteres, escrito en un voluminoso libro de contabilidad y juzgado una especie de diario por los espacios y las variaciones de tinta y caligrafía que presentaba, constituyó un desconcertante enigma para aquellos que lo encontraron en la vieja cómoda que su dueño utilizaba a modo de escritorio. Al cabo de una semana de discusiones el libro se

envió a la Universidad Miskatonic, junto con la colección de otros extraños volúmenes del difunto, para su estudio y posible traducción; pero hasta los lingüistas más capaces de la institución vieron enseguida que lo más probable era que su desciframiento no fuera cosa fácil. Por otra parte, hasta el mo-mento no se ha hallado rastro alguno de las antiguas monedas de oro con las que Wilbur y el viejo Whateley siempre pagaban sus deudas.

Fue en la noche del 9 de septiembre cuando se desató el horror. Los ruidos de las colinas habían sido muy acusados durante la tarde, y los perros estuvieron ladrando frenéticamente desde la caída del sol. La mañana del día 10, los madrugadores notaron en el aire un hedor peculiar. En torno a las siete, Luther Brown, el mozo de la granja de George Corey, situada entre la cañada de Cold Spring y el pueblo, regresó corriendo como alma que lleva el diablo de su salida matinal con las vacas al pasto de Ten-Acre Meadow. El miedo prácticamente lo convulsionaba cuando entró en la cocina y, fuera, la manada estaba escarbando la tierra y mugiendo lastimosamente tras haber seguido al muchacho a causa del mismo pánico que este sufría. Luther trató entonces con voz jadeante y entrecortada de explicarle a la Sra. Corey lo que había ocurrido.

—¡'N'el camino qu'hay al otro lao la cañá, señá Corey, ¡algo ha pasao por allí! Güele a rayos, y tos los arbustos y arbolillos han sío'mpujaos pa fuera como si habieran arrastrao una casa por el camino. Y'so no es lo peó: hay güellas 'n'él, señá Corey, güellas reondas y grandes como tapas de barrica, toas hundías en la tierra como si habiera pasao un elefante, *¡solo qu'hay montones más de las que poderían hacé cuatro pies!* Miré una o dos antes d'echá a corré, y vi que toas'taban cubiertas de líneas que salían d'un punto, como si unos paipáis, pero dos o tres veces más grandes, habieran sío aplastaos en la tierra. Y olía a mil demonios, como'l tufo que sale de la vieja casa'l brujo Whateley…

Llegado a este punto se le quebró la voz, y pareció echarse a temblar otra vez por efecto del terror que le había hecho volver corriendo a la granja. La Sra. Corey, que no pudo sacarle más información al chico, comenzó a telefonear a los vecinos, desatando así con su ronda de llamadas el pánico inicial que prefiguró los mayores espantos que estaban por llegar. Pero cuando contactó con Sally Sawyer, quien trabajaba como ama de llaves en casa de Seth Bishop -la más cercana a la de Whateley-, llegó su turno de escuchar en vez de transmitir; ya que el hijo de Sally, Chauncey, el cual había pasado mala noche, había estado en lo alto de la colina adyacente a la casa de Whateley y vuelto de allí a la carrera y aterrorizado nada más echar un vistazo a la granja y a la dehesa en la que las vacas del Sr. Bishop habían pasado la noche entera.

—Como l'oye, señá Corey -dijo Sally con voz trémula a través de la línea compartida-, Cha'ncey 'caba de volvé a toa priesa, ¡y casi no podía ni hablá del espanto que tenía! Dice que la casa'l viejo Whateley'staba toa reventá, con tablones tiraos por tos laos como si habiera dinamita dentro; l'único que quea es el suelo'l piso d'abajo, pero'stá to cubierto con una'specie de cosa como la brea que güel'a rayos y gotea por los bordes sobre la tierra en qu'están desplomaos los tablones de las parés que saltaron por los aires. Y 'n'el suelo hay también algo asín com'unas marcas con pinta horrible, grandes y reondas, más grandes qu'un toné, y llenas d'una pringue como la qu'hay en la casa. Cha'ncey dice que s'alejan 'cia los praos, onde s'estiende un gran rastro de yerba'plastá más anchurosa qu'un granero y tos los cercaos de piedra'stán derribaos allá por onde pasa.

»Y cuenta también, señá Corey, cuenta, que se puso a buscá las vacas de Seth, aun estando 'sustao, y las encontró'n los pastos de la loma cerca'l Baile del Diablo, hechas una lástima. De la mitá no había güella, y casi la otra mitá que quedaba'staban desangrás, con llagas por el cuerpo como las vistas 'n'el ganao de Whateley desde que Lavinny parió a su arrapiezo moreno. Seth ha ío agora a vé cómo'stán, ¡aunque de seguro no querrá'cercarse mucho a la casa'l brujo Whateley! Cha'ncey no se fijó pa vé a onde llevaba'l rastro anchuroso más allá de los pastos, pero dice que cre que iba'cia'l camino de la cañá que va'l pueblo.

»Y le digo, señá Corey, qu'hay algo ai fuera que no debería está ai fuera, y yo por mi part'estimo que'l moreno ese de Wilbur Whateley, al que le llegó'l calamitoso fin que merecía, es quien estuvo detrás de su cría. Yo siempre digo a to'l mundo qu'él no era humano por entero; y pienso qu'él y el viejo Whateley debieron criá algo 'n'esa casa cerrá con tablas que no era siquiera tan humano como él. Alredó de Dunwich siempre ha'bío cosas invisibles, y vivas, que ni son hombres ni hacen bien a los hombres.

»La tierra'blaba anoche, y hacia'l alba Cha'ncey oyó cantá tan alto a los chotacabras en la cañá de Cold Spring que no púo pegá el ojo. 'Tonces le pareció oí otro sonío débil que venía de la casa'l brujo Whateley, como si partieran o rajaran maera, o'stuvieran abriendo una gran caja a lo lejos. Y entre una cosa y la otra, no púo dormí hasta que s'hizo de día, y na más levantarse'sta mañana, lo primero qu'hizo fue ir a vé la casa Whateley pa vé qu'había pasao. ¡Y no fue poco lo que vio, pue crerme, señá Corey! Esto no augura na bueno, y estimo que los hombres del concejo deberían formá una cuadrilla y hacé algo. Sé qu'algo horrible anda suelto, y que mi hora s'acerca, aunque solo Dios sabe cuándo llegará.

»¿Se fijó su Luther 'cia onde iban las grandes güellas? ¿No? 'Tonces, señá Corey, si'staban en el camino de la cañá a'ste lao d'ella y

no han llegao toavía a su casa, me figuro que debían enfilá'cia la propia cañá. Es lo más seguro. Siempre digo que la cañá de Col' Spring no es paraje sano ni decente. Los chotacabras y las luciénagas d'allí nunca s'han comportao como criaturas del Señó, y haylos que dicen qu'allí se puen oí 'n'el aire cosas raras que pasan y hablan si uno'stá 'n'el sitio adecuao, entre la cascá y Bear's Den[259].

Llegado el mediodía, al menos tres cuartas partes de los hombres y jóvenes de Dunwich estaban recorriendo en tropel los caminos y prados que mediaban entre las recién formadas ruinas de la granja Whateley y la cañada de Cold Spring, examinando con horror las inmensas y monstruosas huellas, las lisiadas reses de Bishop, los extraños y fétidos restos de la casa de la granja, así como la dañada y aplastada vegetación de los campos y los bordes de los caminos. Fuera lo que fuese lo que anduviera suelto por el mundo, no cabía duda de que se había internado en el amplio y siniestro barranco, ya que todos los árboles de sus márgenes estaban combados y partidos, y algo había abierto una gran avenida en la maleza que colgaba de las paredes del precipicio. Era como si una casa, empujada por una avalancha, se hubiera deslizado por entre la enmarañada espesura de aquellas laderas casi verticales. No salía ningún sonido de su fondo, solo un hedor distante e indefinible; y no es de extrañar que los hombres prefiriesen quedarse discutiendo al borde del despeñadero antes que descender y enfrentarse al desconocido horror ciclópeo en su guarida. Tres perros que acompañaban al grupo habían estado ladrando furiosamente en un principio, mas al acercarse a la cañada parecieron acobardados y apocados. Alguién llamó por teléfono al *Aylesbury Transcript* para comunicar la noticia; pero el editor, acostumbrado a las historias extrañas de Dunwich, se limitó a escribir un breve artículo humorístico sobre el asunto; un suelto que no tardó en ser reproducido por la Associated Press.

Esa noche todo el mundo se fue a su casa, y cada una de ellas y cada establo se protegió con barricadas tan firmes como fue posible levantar. Huelga decir que no se dejó que el ganado permaneciera a campo raso en los pastos. Hacia las dos de la madrugada la familia de Elmer Frye, que vivía en el margen este de la cañada de Cold Spring, despertó a causa de una pestilencia terrible y de los furiosos ladridos de sus perros, y todos coincidieron en que se oía un rumor apagado similar al de las olas en la costa que venía de fuera de la casa. La Sra. Frye sugirió avisar por teléfono a los vecinos, y Elmer se disponía a aceptar su propuesta cuando un ruido de madera astillándose interrumpió las deliberaciones. Provenía, aparentemente, del establo; y se vio seguido con rapidez por un horrendo y estridente tumulto de mugidos y pataleos producido por el ganado. Los perros comenzaron a babear y se acurrucaron a los pies de la familia petrificada por el

miedo. Frye encendió un farol por la fuerza de la costumbre, pero era consciente de que salir en aquel momento al oscuro exterior sería un suicidio. Los niños y las mujeres gimoteaban, mas los disuadía de gritar algún vago instinto vestigial de defensa que les decía que sus vidas dependían del silencio. Finalmente, el ruido de las vacas se redujo hasta un gemido lastimero, al cual siguió una estruendosa serie de chasquidos, desplomes y crujidos. Los Frye, apiñados en medio de la sala de estar, no se atrevieron a moverse hasta que los últimos ecos se perdieron en la lejanía, en dirección a la cañada de Cold Spring. Entonces, en medio de los lúgubres gemidos que llegaban del establo y del demoníaco canto de los tardíos chotacabras en la cañada, Selina Frye se acercó con paso tambaleante hasta el teléfono y, hasta donde fue capaz, hizo correr la voz de lo sucedido en la segunda fase del horror.

Al día siguiente toda la región estaba sumida en el pánico, y grupos atemorizados y poco comunicativos iban y venían del lugar donde había ocurrido el diabólico suceso. Dos titánicas estelas de destrucción se extendían desde la cañada hasta la granja de los Frye, unas huellas monstruosas cubrían las áreas de tierra expuesta y un costado del viejo establo rojo se había hundido por completo. Del ganado solo se consiguió encontrar e identificar a la cuarta parte. Algunos de los animales aparecieron en curiosos fragmentos, y a todos los que habían quedado vivos hubo que sacrificarlos. Earl Sawyer propuso entonces solicitar ayuda a Aylesbury o a Arkham, pero otros mantuvieron que no serviría de nada. El viejo Zebulon Whateley, quien pertenecía a una rama de la familia que se encontraba más o menos a medio camino entre la rectitud y la degradación, sugirió de forma enigmáticamente delirante que lo que había que hacer era practicar ciertos ritos en lo alto de las colinas. El anciano descendía de una línea en la que las tradiciones se mantenían con fuerza, y los recuerdos que conservaba de salmodias ceremoniales en los grandes círculos de piedras no estaban relacionados únicamente con Wilbur y su abuelo.

Las tinieblas se abatieron sobre una región golpeada y demasiado pasiva como para organizar una verdadera defensa. En unos pocos casos familias muy cercanas se reunieron bajo un mismo techo a fin de vigilar durante las horas de oscuridad, pero en general lo único que hubo fue una repetición del levantamiento de barricadas de la noche previa y un gesto fútil y vano consistente en cargar sus mosquetes y poner sus horcas donde las tuvieran a mano. Sin embargo, esa noche no sucedió nada a excepción de algunos ruidos en las colinas, y al llegar el día muchos abrigaban la esperanza de que el nuevo horror se hubiera esfumado tan rápido como apareció. Hubo incluso algunos lugareños audaces que propusieron emprender una expedición

ofensiva a la cañada, si bien ninguno de ellos se arriesgó a predicar con el ejemplo a la todavía reluctante mayoría.

Al caer otra vez el sol volvieron a instalarse las barricadas, aunque en esta ocasión fueron menos las familias que decidieron pasar la noche juntas. Por la mañana, llegaron noticias tanto de casa de los Frye como de la de Seth Bishop de que sus perros habían estado intranquilos, y de que se habían notado tenues sonidos y hedores de origen distante, al tiempo que algunos exploradores tempraneros descubrieron con horror un nuevo grupo de las monstruosas huellas en el camino que bordeaba Sentinel Hill. Como en las ocasiones anteriores, los bordes de la vía presentaban daños que revelaban la blasfema mole del horror, en tanto que la disposición de las huellas parecía apuntar hacia un tránsito de ida y vuelta, como si la montaña animada hubiera llegado desde la cañada de Cold Spring para después regresar a ella por el mismo camino. En la base de la colina apareció una franja de nueve metros de ancho de matas jóvenes aplastadas que subía de forma muy empinada hacia su cima, y los exploradores se quedaron boquiabiertos al ver que el inexorable rastro no se desviaba ni siquiera en las partes más verticales de la ascensión. Fuera lo que fuera aquel horror, podía escalar una pared de roca cortada prácticamente a pico; y cuando los investigadores subieron a la cumbre de la colina dando un rodeo por rutas más seguras descubrieron que el rastro terminaba -o más bien daba la vuelta- allí arriba.

Era allí también donde los Whateley, en las vísperas del Primero de Mayo y del Día de Todos los Santos, solían encender sus infernales hogueras y entonar las palabras de sus ritos diabólicos junto a la piedra con forma de mesa. Ahora aquella misma piedra constituía el centro de un vasto espacio arrasado por el horror de las montañas, mientras que en su superficie ligeramente cóncava había un depósito denso y fétido de la misma pseudobrea viscosa observada en el suelo de la destruida casa de los Whateley cuando el horror escapó. Al ver aquello, los exploradores se miraron unos a otros y musitaron cosas para sus adentros. Después miraron colina abajo. Según parecía, el horror había descendido por prácticamente la misma ruta que había usado para ascender. Era inútil hacer conjeturas. Ni la razón, ni la lógica ni ninguna hipótesis normal de motivación tenían a qué agarrarse. Solo el viejo Zebulon, que no formaba parte del grupo, habría sido capaz de dar sentido a la situación o de sugerir alguna explicación plausible.

La noche del jueves comenzó de forma parecida a las demás, pero tuvo un final mucho menos feliz. Los chotacabras de la cañada habían chillado con una insistencia tan inusual que muchos no lograron conciliar el sueño, y en torno a las tres de la mañana todos los

teléfonos[260] de la línea compartida sonaron trémulamente. Aquellos que descolgaron el auricular oyeron a una voz enloquecida por el terror gritar: «¡Ayuda, oh, Dios mío!…», y a algunos les pareció distinguir un ruido como de derrumbe al otro lado de la línea tras interrumpirse la exclamación. No se escuchó nada más. Nadie se atrevió a hacer nada, ni supo hasta que se hizo de día de dónde procedía la llamada. Entonces aquellos que la habían oído telefonearon a todos los que estaban conectados a la línea, y descubrieron que los únicos que no contestaban eran los Frye. La verdad salió a la luz una hora más tarde, cuando un grupo de hombres armados reunido a toda prisa salió con paso abatido hacia la casa de la familia, próxima a la entrada de la cañada, donde encontraron algo horrible, pero apenas sorprendente. Allí había más rastros abiertos en la tierra y huellas monstruosas, pero lo que ya no había era ninguna casa. Esta se había hundido como una cáscara de huevo, y entre las ruinas no se consiguió hallar nada vivo ni muerto. Solo un hedor y una sustancia pringosa que recordaba a la brea. La familia de Elmer Frye había sido borrada de la faz de Dunwich.

VIII

Mientras tanto, tras la puerta cerrada de una habitación bordeada de librerías había estado desarrollándose de manera tenebrosa una fase del horror más pacífica pero más angustiosa aún para el espíritu. El curioso libro de anotaciones o diario manuscrito de Wilbur Whateley entregado a la Universidad Miskatonic para su traducción había generado mucha inquietud y confusión entre los expertos en lenguas tanto antiguas como modernas, siendo su alfabeto ya por sí solo -pese a su parecido general con la caligrafía árabe de gruesos trazos oscuros que se usaba en Mesopotamia[261]- completamente desconocido para todas las autoridades a las que se había podido consultar. La conclusión final de los lingüistas fue que el texto representaba un sistema de escritura artificial, o de encriptado, según daba la impresión de ser; si bien ni uno solo de los métodos habituales de desciframiento criptográfico pareció facilitar pista alguna, ni siquiera al ser aplicados tomando como base todas las lenguas concebibles que su autor podría haber utilizado. Los arcaicos volúmenes sacados de la vivienda de Whateley, pese a resultar apasionantes y en varios casos prometedores para la apertura de nuevas y terribles líneas de investigación entre filósofos y hombres de ciencia, no fueron de ninguna ayuda en esta cuestión. Uno de ellos, un pesado mamotreto con un cierre de hierro, presentaba otra escritura irreconocible, esta

de un aspecto muy distinto, que recordaba sobre todo al sánscrito. Al final el viejo libro de contabilidad se dejó completamente al cargo del Dr. Armitage, tanto por su peculiar interés en el caso Whateley como por sus amplios conocimientos lingüísticos y su experiencia en el estudio de las fórmulas místicas de la Antigüedad y la Edad Media.

A Armitage se le ocurrió que el alfabeto podía ser un instrumento esotérico de ciertas sectas prohibidas que han ido transmitiendo sus doctrinas desde tiempos remotos, y que han heredado muchas prácticas y tradiciones de los hechiceros del mundo sarraceno. No obstante, el bibliotecario no consideraba esta cuestión algo vital, dado que no haría falta conocer el origen de los símbolos si, como sospechaba, se utilizaban a modo de clave para ocultar una lengua moderna. Según creía, en vista de la gran cantidad de texto implicado, su autor no habría querido molestarse ni mucho menos en emplear un lenguaje distinto al suyo propio, salvo quizá en algunas fórmulas y conjuros especiales. Así que, de acuerdo con esta idea, atacó el desciframiento del manuscrito con la premisa de que la mayor parte de él estaba en inglés.

El Dr. Armitage sabía, por los repetidos fracasos de sus colegas, que el enigma era profundo y complejo, y que ningún modo simple de solucionarlo merecía siquiera una sola prueba. Durante todo el final de agosto el erudito reforzó su arsenal intelectual con el inmenso acervo existente en materia de criptografía, haciendo uso de todos los recursos de su propia biblioteca y braceando laboriosamente noche tras noche entre los arcanos de *Poligraphia* de Trithemius, *De Furtivis Literarum Notis* de Giambattista Porta, *Traité des Chiffres* de De Vigenère, *Cryptomensis Patefacta* de Falconer, los tratados dieciochescos de Davy y Thicknesse, y obras de autoridades relativamente modernas como Blair y Von Marten, o Klüber y su *Kryptographik*[262]. Alternó su estudio de estos libros con acometidas al manuscrito, y con el tiempo adquirió el convencimiento de que tenía que vérselas con uno de esos criptogramas sumamente sutiles e ingeniosos en los que muchas listas distintas de letras correspondientes se ordenan como la tabla de multiplicar, y el mensaje se construye con palabras clave arbitrarias conocidas únicamente por los iniciados. Las autoridades antiguas parecían estar resultando bastante más útiles que las recientes, por lo que Armitage concluyó que el código del manuscrito era uno de gran antigüedad, transmitido sin duda a través de una larga serie de experimentadores místicos. En varias ocasiones creyó estar cerca de dar con la clave, solo para verse retrasado por algún obstáculo imprevisto. Entonces, cuando septiembre ya se acercaba, el horizonte comenzó a despejarse. Ciertas letras, tal como eran usadas en determinadas partes del manuscrito, se destacaron de un modo claro e inconfundible, y se hizo

evidente que el texto estaba realmente en inglés.

La noche del 2 de septiembre cayó la última barrera importante y el Dr. Armitage leyó por primera vez un pasaje entero de los anales de Wilbur Whateley. Se trataba verdaderamente de un diario, como todos habían pensado; y estaba redactado con un estilo que traslucía claramente la mezcla de erudición ocultista y analfabetismo general del extraño ser que lo había escrito. Prácticamente el primer fragmento de cierta extensión que logró descifrar Armitage, una entrada del 26 de noviembre de 1916, ya resultó enormemente sorprendente e intranquilizador. Y, tal como recordó, lo había escrito un niño de tres años y medio con el aspecto de un muchacho de doce o trece.

> Hoy aprendí el Aklo[263] para el Sabaoth[264] (así se llamaba), que no me gustó, pues se puede contestar desde la colina, pero no desde el aire. La cosa de arriba me lleva más ventaja de lo que pensaba, y seguramente no tiene mucho cerebro humano. Disparé al collie Jack de Elam Hutchins cuando iba a morderme, y Elam dice que me mataría si se atreviese. Supongo que no lo hará. El abuelo me tuvo anoche repitiendo la fórmula Dho, y creo que vi la ciudad interior de los dos polos magnéticos. Iré a visitarlos cuando la tierra esté limpiada, si no consigo pasar al otro lado con la fórmula Dho-Hna cuando la ejecute. Los etéreos me dijeron en el Sabbat que pasarán años antes que pueda limpiar la tierra, y supongo que el abuelo estará muerto entonces, así que tenerè que aprender todos los ángulos de los planos y todas las fórmulas entre la Yr y la Nhhngr. Los exteriores ayudarán, pero no pueden tomar cuerpo sin sangre humana. La cosa de arriba parece que tenerá la forma adecuada. Puedo verla un poco cuando hago el signo de Voor[265] o la rocío con el polvo de Ibn Ghazi, y es casi como ellos en la víspera del 1 de mayo en la colina. La otra cara tal vez se le vaya un poco. Me pregunto qué aspecto tendré cuando la tierra esté limpiada y no haya terrestres en ella. El que vino con el Aklo Sabaoth dijo que puedo ser trasfigurado, aunque hay mucho que cambiar por fuera.

El Dr. Armitage amaneció empapado por un sudor frío producto del terror y concentrado de un modo insomne y febril. Había estado trabajando en el manuscrito toda la noche, sentado ante su mesa iluminada por la lámpara, pasando con manos temblorosas una página tras otra a medida que iba descifrando el texto en clave tan rápido como podía. Había telefoneado a su mujer en un estado de gran nerviosismo para decirle que no iría a dormir a casa, y cuando ella le

llevó el desayuno a la universidad apenas pudo dar cuenta de un bocado. Siguió leyendo durante todo aquel día, haciendo algún que otro alto exasperante cada vez que hacía falta volver a aplicar al texto la compleja clave. Le llevaron el almuerzo y la cena, pero de ambos probó únicamente unas migajas. Más o menos a la mitad de la noche siguiente el sueño le venció en su asiento, pero no tardó en despertar de una confusa pesadilla casi tan espantosa como las verdades y las amenazas a la existencia del hombre que había sacado a la luz.

La mañana del 4 de septiembre el profesor Rice y el Dr. Morgan insistieron en verlo durante un rato, tras el cual ambos se fueron temblando y pálidos como la muerte. Esa noche Armitage se acostó, pero durmió únicamente a ratos. El miércoles -el día siguiente- regresó al trabajo con el manuscrito, y empezó a tomar copiosas notas tanto de las secciones en las que estaba trabajando en ese momento como de las que ya había descifrado. La madrugada de esa noche durmió un poco en un sillón de su despacho, pero antes de que amaneciese ya estaba de nuevo frente al manuscrito. Poco antes del mediodía su médico, el Dr. Hartwell, fue a verlo para instarle a que parase de trabajar. El bibliotecario se negó, dando a entender que era de vital importancia para él completar la lectura del diario y prometiendo una explicación a su debido tiempo. Esa noche, justo a la caída del sol, concluyó su terrible estudio y se derrumbó exhausto en su silla. Su mujer, cuando fue a llevarle la cena, lo encontró en un estado semicomatoso, pero lo bastante consciente como para advertirle con un grito penetrante que se alejara de las notas que había tomado y hacia las cuales la había visto desviar la mirada. Levantándose con gran debilidad, recogió las hojas garabateadas y las metió dentro de un gran sobre que selló y se guardó de inmediato en el bolsillo interior de su chaqueta. Tuvo fuerzas suficientes para llegar a casa, pero estaba tan claramente necesitado de asistencia médica que se llamó enseguida al Dr. Harwell; y mientras este lo obligaba a acostarse, Armitage solo era capaz de repetir una y otra vez en voz baja: «Pero, en nombre de Dios, ¿qué podemos hacer?».

El Dr. Armitage consiguió dormir, mas despertó al día siguiente en un estado parcialmente delirante. No dio ninguna explicación a Hartwell, pero en sus momentos de mayor calma habló de una imperiosa necesidad de departir extensamente con Rice y Morgan. Por otra parte, sus desvaríos más absurdos eran verdaderamente sorprendentes, e incluían histéricos llamamientos a destruir algo dentro de una casa de granja con las ventanas entabladas, así como referencias descabelladas a alguna clase de plan para la erradicación total de la raza humana y de la vida animal y vegetal de la tierra a manos de una terrible y antigua raza de seres de otra dimensión. Gritaba que el mundo estaba en peligro, ya que los Antiguos querían

devastarlo y arrastrarlo fuera del sistema solar y el cosmos material hasta algún otro plano o fase de la existencia que nuestro planeta había abandonado hacía incontables eones. Otras veces pedía que le llevaran el temido *Necronomicón* y el *Dæmonolatreia* de Remigius[266], en los cuales esperaba encontrar aparentemente alguna fórmula que pusiera freno al peligro que evocaba.

—¡Detenedlos, detenedlos! -gritaba-. Los Whateley tenían intención de dejarles entrar, ¡pero lo peor de todo sigue entre nosotros! Diga a Rice y Morgan que debemos hacer algo… estaremos a ciegas, pero sé preparar el polvo… No ha sido alimentado desde el dos de agosto, cuando Wilbur vino a morir aquí, y a este paso…

Pero Armitage era una persona de constitución fuerte a pesar de sus setenta y tres años, y los delirios desaparecieron tras una noche de sueño sin síntomas de auténtica fiebre. Despertó bien entrado el viernes, con la cabeza despejada, aunque circunspecto por efecto de un miedo punzante y un tremendo sentido de la responsabilidad. La tarde del sábado se sintió con fuerzas para ir a la biblioteca y convocar a Rice y Morgan a una reunión, y durante el resto del día y de la noche los tres hombres se devanaron el cerebro especulando como locos y debatiendo con suma desesperación. Consultaron montones de libros extraños y terribles sacados de las estanterías y de otros lugares donde estaban guardados a buen recaudo, y también copiaron diagramas y fórmulas con un apremio febril y apabullante profusión. No había lugar al escepticismo. Los tres habían visto el cuerpo de Wilbur Whateley tendido en el suelo de una sala de ese mismo edificio, y después de aquello ninguno se sentía siquiera mínimamente inclinado a tratar el diario como los desvaríos de un lunático.

Las opiniones estaban divididas respecto a si debían dar parte a la policía estatal de Massachusetts, y finalmente se decidió que no lo harían. Aquel asunto involucraba cosas sencillamente imposibles de creer por quienes no habían sido testigos de al menos una muestra de ellas, como, de hecho, quedó claro durante ciertas investigaciones subsiguientes. La reunión concluyó a altas horas de la madrugada sin que se hubiera llegado a un plan definitivo, pero Armitage se pasó el domingo entero comparando fórmulas y mezclando sustancias químicas obtenidas del laboratorio de la universidad. Cuanto más reflexionaba sobre el diabólico diario, más inclinado se sentía a dudar de la efectividad de cualquier agente material a la hora de acabar con la entidad que Wilbur Whateley había dejado tras de sí: esa amenaza para toda la humanidad que, sin que él lo supiera, iba a liberarse unas horas más tarde para convertirse en el por siempre recordado horror de Dunwich.

El lunes fue una repetición del domingo para el Dr. Armitage,

puesto que la tarea que tenía entre manos requería infinidad de investigaciones y experimentos. Nuevas consultas del monstruoso diario provocaron varios cambios de planes, y el bibliotecario sabía que incluso al final muchas preguntas habrían de quedar sin respuesta. El martes tenía ya trazada una línea final de acción, y pensaba intentar un viaje a Dunwich antes de que terminase la semana. Entonces, el miércoles, se produjo la gran conmoción. Escondido en un rincón poco visible de una de las páginas del *Arkham Advertiser* había un suelto socarrón de la Associated Press que hablaba de cómo el whisky destilado ilegalmente en Dunwich había provocado la aparición de un monstruo inaudito en la región. Armitage, medio aturdido, tan solo acertó a llamar por teléfono a Rice y Morgan. Hablaron hasta muy entrada la noche, y el día siguiente fue una vorágine de preparativos por parte de todos ellos. Armitage sabía que iba a mezclarse con fuerzas terribles, pero no veía alternativa si deseaba anular las interferencias de carácter más grave y maligno que otros habían llevado a cabo antes que él.

IX

El viernes por la mañana Armitage, Rice y Morgan salieron en automóvil hacia Dunwich y llegaron al pueblo en torno a la una de la tarde. Hacía un día agradable, pero incluso a plena luz del sol parecía flotar en las colinas extrañamente redondeadas y en los profundos y umbríos barrancos de la damnificada región una especie de quietud aterradora y ominosa. De vez en cuando se vislumbraba sobre la cima de alguno de los montes un círculo de piedras adustas que se recortaba en el cielo. Por el silencioso ambiente de temor que hallaron en la tienda de Osborn, los hombres supieron que había ocurrido algo espantoso, y no tardaron en enterarse de la aniquilación de la casa y la familia de Elmer Frye. Durante el resto de la tarde se dedicaron a dar vueltas con el coche por Dunwich, preguntando a los lugareños acerca de todo lo que había sucedido, y viendo personalmente con punzadas de creciente horror las tétricas ruinas de la granja de los Frye con los restos de aquella especie de brea pringosa, las blasfemas huellas en los terrenos de la propiedad, las reses heridas de Seth Bishop y las enormes estelas de vegetación arrasada en diversos lugares de la zona. El rastro que subía y bajaba Sentinel Hill le pareció a Armitage de una significación casi cataclísmica, y después estuvo un buen rato contemplando la siniestra piedra con forma de altar en lo alto de la colina.

Finalmente, los visitantes, al enterarse de la presencia de un grupo

de policías estatales llegados esa misma mañana desde Aylesbury en respuesta a las primeras informaciones telefónicas de la tragedia de los Frye, decidieron buscar a los agentes y comparar notas hasta donde fuese factible; algo que, no obstante, les resultó más fácil de planear que de hacer, dado que no consiguieron hallar rastro del grupo en ninguna dirección. Habían llegado cinco policías en un coche, pero este último se encontraba ahora vacío cerca de las ruinas en la granja de los Frye. Los lugareños, todos los cuales habían hablado con los agentes, se mostraron en un principio tan perplejos como Armitage y sus compañeros. Entonces el viejo Sam Hutchins recordó algo y se puso pálido, mientras le daba un leve codazo a Fred Farr y señalaba la fría, húmeda y profunda garganta que se abría a escasa distancia de donde estaban.

—Dios mío -dijo con voz entrecortada-, les dije que no'ntraran en la cañá, y nunca pensé qu'alguien s'atrevería a'cerlo con esas huellas y ese oló y los chotacabras que chillan ai en l'oscuridá del mediodía…

Un escalofrío recorrió tanto a los lugareños presentes como a los visitantes, y todos parecieron quedarse escuchando con atención de un modo más o menos instintivo e inconsciente. Armitage, ahora que conocía ya de primera mano el horror y sus monstruosos actos, tembló por la responsabilidad que él consideraba suya. La noche estaba al caer, y era entonces cuando la blasfemia de aquellos montes rondaba de forma espeluznante y pesada. *Negotium perambulans in tenebris*…[267]. El viejo bibliotecario repasó las fórmulas que tenía en la cabeza, y agarró con firmeza el papel que contenía el conjuro alternativo que no había memorizado. Luego comprobó que su linterna eléctrica funcionaba bien. Rice, que estaba a su lado, extrajo de una pequeña maleta un aerosol de metal de los que se usan para combatir los insectos, en tanto Morgan sacaba de su estuche el rifle de caza mayor en el que confiaba a pesar de las advertencias de sus colegas de que ningún arma física sería de ayuda.

Armitage, al haber leído el espantoso diario, sabía perfectamente con qué tipo de manifestación iban a encontrarse, pero no quiso aumentar el miedo de la gente de Dunwich dando indicios o pistas de ello. Esperaba que pudieran vencerla sin revelar al mundo en modo alguno la monstruosidad que había escapado. Conforme las sombras se fueron haciendo más densas, los lugareños comenzaron a dispersarse en dirección a sus hogares, ansiosos por atrincherarse en ellos atrancando puertas y ventanas a pesar de las pruebas allí presentes de que cualquier tipo de cerradura o cerrojo humano era inútil frente a una fuerza capaz de combar árboles y aplastar casas a su antojo. Todos ellos rehusaron unirse a los visitantes en su plan de hacer guardia cerca de la cañada, en las ruinas de la granja Frye; y, en el momento de marcharse, apenas confiaban en volver a ver al equipo de

vigilantes.

Esa noche retumbaron las entrañas de las colinas y los chotacabras cantaron de un modo amenazador. De tanto en tanto un viento surgido de la cañada de Cold Spring aportaba un toque de inefable fetidez al grávido aire nocturno; una fetidez que los tres vigilantes habían olido ya en una ocasión, cuando se alzaban junto a un ser moribundo que se había hecho pasar durante quince años y medio por un ser humano. Pero el terror esperado no apareció. La cosa de la cañada, fuese lo que fuese, estaba tomándose su tiempo para salir, y Armitage les dijo a sus colegas que sería un suicidio intentar un ataque contra ella en la oscuridad.

Amaneció de manera lánguida, y los sonidos nocturnos cesaron. Era un día gris y desapacible, con lloviznas esporádicas, y unos nubarrones cada vez más densos parecían estar acumulándose por el noroeste más allá de las colinas. Los hombres de Arkham no sabían muy bien qué hacer. Tras buscar cobijo de la creciente lluvia bajo una de las pocas construcciones de la granja de los Frye que no habían resultado destruidas, debatieron si era acertado seguir esperando, o si debían tomar la ofensiva e internarse en la cañada a la busca de su monstruosa e indescriptible presa. El aguacero estaba arreciando, y a lo lejos en el horizonte sonaban truenos distantes. Rielaron algunos fucilazos y, en ese momento, un rayo ahorquillado destelleó a corta distancia, como si hubiera caído en la cañada maldita. El cielo se oscureció con creces, y los vigilantes esperaron que la tormenta resultase ser un simple chaparrón y luego el tiempo aclarara.

Pero seguía horripilantemente oscuro cuando, transcurrida una hora y poco, se oyó una babel de voces camino abajo. Al cabo de un instante apareció por él un asustado grupo de más de una docena de hombres, corriendo, gritando e incluso gimoteando de forma histérica. Alguien de los que iba en cabeza empezó a decir algo entre sollozos, y los hombres de Arkham se sobresaltaron violentamente cuando esas palabras adquirieron una forma coherente.

—Oh, Dios mío, Dios mío -decía la voz ahogada-. Ya viene otra vé, *¡pero agora de día!* Ha salío… ha salío y se'stá moviendo, ¡y solo el Señó sabe cuándo nos cogerá!

Los propios jadeos del hombre que había hablado lo obligaron a callar, pero otro de ellos retomó su mensaje.

—'Ce casi una hora aquí Zeb Whateley oyó soná'l teléfono, y era la señá Corey, la mujé de George, que vive allá'bajo 'n'el cruce. Dijo qu'el mozo, Luther, había salío a recogé las vacas por la tormenta endespués del gran rayo, cuando vio tos los árboles doblarse en la boca de la cañá, 'n'el lao contrario a este, y olió'l mismo tufo'rrible qu'olió cuando'ncontró las grandes güellas el lunes pasao. Y la señá cuenta que Luther dice que se sentía un rumó como de olas, más

fuerte qu'el que podían hacé los árboles y arbustos al ladearse, y derrepente algo comenzó a empujá los árboles del camino a los laos, y a pisoteá y salpicá 'n'el fango de un mo terrible. Pero mire que Luther no vio na de na, solo los árboles y la maleza doblándose.

»Luego, de más alante onde'l arroyo de Bishop pasa por abajo del camino, oyó un crujío'spantoso del puente, como cuando soporta demasiao peso, y dice que distinguió el sonío de la maera al comenzá a rajarse y partirse. Y mientras to esto pasaba nunca vio ni una sola cosa, na más los árboles y arbustos doblándose. Y cuando el ruío como de olas s'alejó un buen trecho, por el camino que va pa la casa del brujo Whateley y Sentinel Hill, Luther tuvo los reaños pa'cercarse aonde l'había oío primero y echá una ojeá al suelo. 'Taba to encharcao y embarrao, y el cielo negro, y la lluvia'staba borrando toas las güellas qu'había por allí 'n'un santiamén; pero al principio en la boca de la cañá, onde los árboles s'habían movío, toavía queaban algunas d'esas güellas horribles grandes como barricas que vio'l lunes.

En ese momento lo interrumpió en actitud nerviosa el primer hombre que había hablado.

—Pero agora *ese* no's el problema; eso fue solo'l principio. Aquí Zeb estaba llamando a la gente y to'l mundo'staba al aparato cuando entró una llamá de Seth Bishop. Su ama de llaves Sally estaba'rmando un escándalo mil demonios, porque acababa de vé los árboles doblarse junto al camino, y decía que s'oía una'specie de fuelle, com'un elefante resoplando, dando pisotones y yendo'cia la casa. 'Tonces se levantó, y habló derrepente d'una peste'spantosa, y decía que su hijo Chancey'staba gritando qu'era como lo qu'había olío allá junto a las ruinas de la granja Whateley el lunes por la mañá. Y los perros'taban tos ladrando y gañendo d'un mo terrible.

»Y luego la mujé solt'un grito tremendo, y dijo qu'el cobertizo qu'había más alante 'n'el camino s'acababa de desplomá como si l'habiera barrío la tormenta, solo qu'el viento no era bastante fuerte pa tirarlo asín. Tos estábamos 'cuchando, y s'oían muchas bocanás d'asombro a través de la línea. De pronto Sally volvió a gritá, diciendo qu'algo había'cho trizas la valla d'alante de la casa, aunque n'había señales de qué. 'Tonces to'l mundo en la línea oyó a Chancey y al viejo Seth Bishop gritando también, y Sally'staba chillando qu'algo enorme había dao contra la casa; no un rayo ni na parecío, sino algo enorme contra la fachá, que estaba'mbistiéndola una y otra vé, aunque no se vía na por las ventanas. Y luego… y luego…

El miedo se acentuó en las caras de todos los presentes, y Armitage, conmocionado como estaba, apenas tuvo aplomo para animar al lugareño a que continuase.

—Y luego… Sally chilló: «Socorro, la casa se nos vie'ncima»… y por la línea oímos un terrible'struendo y un montón de gritos… iguá

que cuando rasaron la granja d'Elmer Frye, solo que peó…

El hombre calló, y habló otro del grupo.

—Y eso's to… endespués ya no s'oyó ni'l vuelo d'una mosca a través del teléfono. Solo silencio. Los que l'habíamos oío salimos con los Fords y las camionetas y reunimos a tantos hombres sanos como podimos, en la casa de Corey, y luego vinimos aquí pa vé qu'estimaban mejó hacé. Aunque yo pienso qu'es un castigo del Señó por nuestras iniquidaes, que tos los hombres arrastran.

Armitage vio que había llegado la hora de tomar medidas firmes, y se dirigió con decisión al vacilante grupo de pueblerinos asustados.

—Tenemos que seguir a esa cosa, muchachos. -Habló en un tono tan tranquilizador como pudo-. Creo que hay una posibilidad de acabar con ella. Vosotros sabéis que los Whateley eran brujos; pues bien, esa cosa es producto de la *hechicería*, y ha de ser destruida empleando los mismos medios. He visto el diario de Wilbur Whateley y leído algunos de los viejos y extraños libros que él solía leer; y creo que sé qué tipo de conjuro hay que recitar para hacer desaparecer esa cosa. Naturalmente, no es seguro que vaya a funcionar, pero no perdemos nada por intentarlo. Es invisible, sabía que lo sería, pero hay un polvo en este potente aerosol que quizá nos permita verla durante un segundo. Lo probaremos después. Es espantoso que exista algo así, pero es aún peor lo que Wilbur habría dejado entrar en nuestro mundo si hubiera seguido vivo. Nunca sabréis de lo que se ha salvado este planeta. Mas ahora solo tenemos que combatir a esta cosa, que no puede multiplicarse. Aunque sí puede causar mucho daño, por lo que no debemos vacilar en librar de ella a la comunidad.

»Tenemos que seguirla, y la manera de empezar es ir a la casa que acaba de echar abajo. Que alguien nos guíe hasta allí; no conozco muy bien vuestros caminos, pero se me ocurre que quizá se pueda atajar yendo campo a través. ¿Qué me decís?

Los hombres arrastraron los pies en actitud indecisa por unos momentos, y entonces Earl Sawyer habló con suavidad, mientras apuntaba con un dedo mugriento a través de la lluvia que poco a poco iba amainando.

—Me figuro que se pue llegá a la casa de Seth Bishop más rapio acortando por este prao bajo, cruzando'l arroyo por el vao y subiendo por el campo de heno de Carrier y el bosque maerero qu'hay detrás. Por ai sales a la parte alta'l camino muy cerca la casa de Seth, un poco 'n'el lao contrario.

Armitage, acompañado de Rice y Morgan, echó a andar en la dirección indicada; y la mayoría de los lugareños los siguió a paso lento. El cielo estaba aclarándose, y todo apuntaba a que la tormenta ya había terminado de descargar. En un momento en que Armitage equivocó la dirección, Joe Osborn le previno y se sitúo a la cabeza de

la marcha para mostrar la correcta. Los hombres se sentían cada vez más valientes y seguros de sí mismos, aunque la penumbra reinante en la boscosa colina de laderas casi verticales que se alzaba hacia el final del atajo que habían tomado, y entre cuyos viejos y colosales árboles tuvieron que trepar casi como por una escalera de mano, puso tales cualidades muy a prueba.

Finalmente salieron a un camino embarrado para encontrarse con el sol que asomaba. Estaban un poco más allá de la casa de Seth Bishop, pero los árboles torcidos y las huellas pavorosamente inconfundibles revelaban lo que había pasado por allí. Solo invirtieron unos pocos minutos en inspeccionar las ruinas que había justo a la vuelta de la curva. Era una repetición de lo ocurrido en la granja de los Frye, y no se halló nada muerto ni vivo en ninguno de los esqueletos derrumbados que habían sido la casa y el establo de Bishop. Nadie quiso permanecer allí entre el hedor y los charcos de aquella sustancia pringosa como la brea, sino que todos se volvieron instintivamente hacia la línea de horribles huellas que proseguían su camino en dirección a la derruida casa de los Whateley y las laderas de Sentinel Hill coronadas por su altar.

Al pasar junto a los terrenos de la morada de Wilbur Whateley los hombres de la partida se estremecieron visiblemente, y su celo pareció contaminarse nuevamente de dudas. Ir en busca de un ser tan grande como una casa que no era posible ver pero que poseía la despiadada malevolencia de un demonio no era ningún juego. Justo antes de llegar al pie de Sentinel Hill las huellas dejaban el camino, y podía advertirse un nuevo rastro de vegetación combada y aplastada a lo largo de la ancha pista que señalaba la ruta que el monstruo había escogido en una ocasión anterior para subir a la cumbre y luego bajar de ella.

Armitage sacó un catalejo de bolsillo de considerable potencia con el que escrutó la empinada y verde ladera de la colina. Luego cedió el instrumento a Morgan, cuya vista era más aguda. Tras mirar durante unos segundos por él Morgan soltó bruscamente un grito, le pasó el catalejo a Earl Sawyer y señaló con el dedo un punto concreto de la pendiente. Sawyer, con la torpeza propia de la mayoría de quienes no saben usar aparatos ópticos, lo manipuló un rato de forma desmañada, pero finalmente consiguió enfocar las lentes con ayuda de Armitage. Y cuando lo hizo su grito fue mucho menos contenido que el de Morgan.

—Dios topoeroso, ¡la yerba y los arbustos s'están moviendo! Está subiendo 'n'este mismo istante, lentamente, poco a poco, hasta'rriba del to, ¡solo Dios sabe con qué idea!

Entonces el germen del pánico pareció cundir entre los rastreadores. Buscar a la entidad sin nombre era una cosa, pero encontrarla, otra totalmente distinta. Los hechizos podían surtir

efecto, ¿pero y si no lo hacían? Varias voces empezaron a interrogar a Armitage sobre lo que sabía de aquella cosa, pero ninguna respuesta daba impresión de satisfacerlos por entero. Todo el mundo parecía sentirse a punto de entrar en contacto con aspectos de la naturaleza y la existencia completamente prohibidos y ajenos a la experiencia racional humana.

X

Al final los tres hombres de Arkham -el provecto y barbicano Dr. Armitage, el fornido profesor Rice de cabellos grises y el esbelto y más bien joven Dr. Morgan- subieron solos la montaña. Tras un buen número de pacientes instrucciones sobre cómo utilizarlo y enfocar con él, dejaron el catalejo al asustado grupo que se había quedado en el camino; y mientras ascendían eran atentamente observados por aquellos que se iban pasando el instrumento. Era una subida trabajosa, y fue necesario ayudar a Armitage en más de un momento. A bastante altura por encima del afanoso grupo, el gran rastro temblaba mientras su infernal creador lo iba repasando con lentitud de caracol. Resultaba obvio, por tanto, que los perseguidores estaban acortando distancias con él.

Curtis Whateley -de la rama no degradada- estaba mirando por el catalejo cuando los hombres de Arkham se desviaron radicalmente de la ruta señalada por el rastro. Curtis contó a la multitud que por lo que parecía el grupo estaba tratando de llegar a un pico secundario que ofrecía una amplia visión del rastro en un punto considerablemente más adelantado de aquel en que la maleza estaba siendo aplastada en ese momento. Aquello resultó ser cierto, y se vio cómo el grupo alcanzaba la elevación menor solo unos segundos después de que la blasfemia invisible la hubiera sobrepasado.

Entonces Wesley Corey, que había cogido el catalejo, gritó que Armitage estaba ajustando el aerosol que Rice sostenía, que algo debía de estar a punto de ocurrir. La multitud se agitó inquieta, al recordar que, supuestamente, el aerosol volvería visible por unos momentos aquel horror que no podían ver. Algunos hombres cerraron los ojos, pero Curtis Whateley le quitó el catalejo de las manos a Wesley y aguzó su vista al máximo. Vio entonces a Rice, desde la ventajosa posición del grupo en un plano superior y posterior a la entidad, disponer de una excelente oportunidad de rociarla con el potente polvo, lo cual tuvo un efecto prodigioso.

Los que no tenían el catalejo avistaron únicamente una fugaz nube gris -una nube del tamaño de un edificio medianamente grande, más o

menos- que fue visible por un instante cerca de la cima del monte. Sin embargo, Curtis, que había estado usando el instrumento, soltó este con un penetrante alarido dejando que cayera en el fango del camino, que cubría los pies de los lugareños hasta los tobillos. El hombre se tambaleó, y se habría desplomado si dos o tres de los demás hombres no le hubieran agarrado y sujetado antes. Sus fuerzas solo le permitían gemir de forma casi inaudible:

—Oh, oh, Dios santo… *esa*… *esa*…

Se desató un tumulto de preguntas, y solo a Henry Wheeler se le ocurrió rescatar el catalejo caído y limpiarlo de barro. Curtis era completamente incapaz de decir nada coherente, e incluso las respuestas aisladas resultaban casi demasiado para él.

—Más grande qu'un establo… hecha'ntera de sogas que se enretuercen… un cuerpo parecío a un güevo gallina descomuná con docenas de patas como toneles que medio se cierran al pisá… no tie na sólio, es to com'una gelatina, hecha de sogas apretás unas con otras que culebrean… grandes ojos saltones por toas partes… die o veinte bocas o trompas que le cubren los costaos, saliendo gruesas como tubos d'estufa, y que no paran d'agitarse, abrirse y cerrarse… toas grises, con una'specie d'anillos azules o moraos… *y, Dios del cielo, ¡esa media cara'n lo alto!*…

Este recuerdo final, fuese lo que fuese, pudo con el aguante del pobre Curtis, que se desmayó antes de poder decir nada más. Fred Farr y Will Hutchins se lo llevaron al borde del camino y lo tumbaron sobre la hierba húmeda. Henry Wheeler, temblando, dirigió el catalejo rescatado hacia la montaña para ver lo que allí hubiera. A través de las lentes se podían distinguir tres figuras diminutas, que parecían estar corriendo en dirección a la cima tan rápido como la empinada pendiente permitía. Solo vio aquello, nada más. Entonces todos advirtieron un ruido en el hondo valle a sus espaldas, e incluso en la espesura de la propia colina a cuyo pie estaban, que resultaba extrañamente anormal para la época. Se trataba del canto de innumerables chotacabras, y en su estridente coro les pareció percibir un tenso y maligno toque de expectación.

Earl Sawyer cogió en ese momento el catalejo e informó de que las tres figuras se hallaban en la cumbre de la colina, prácticamente al mismo nivel que la piedra con forma de altar, pero a una distancia considerable de ella. Una de las figuras, dijo, parecía estar levantando las manos por encima de la cabeza a intervalos rítmicos; y al mismo tiempo que Sawyer mencionaba aquella circunstancia, la multitud creyó oír en la distancia un sonido débil y un tanto musical, como si un fuerte canto estuviese acompañando los gestos. La extraña silueta en la lejana cima debía de constituir un espectáculo infinitamente grotesco e impresionante, pero ninguno de los observadores estaba de

humor para apreciaciones estéticas.

—Me figuro qu'estará diciendo'l hechizo -susurró Wheeler mientras cogía otra vez el catalejo. Los chotacabras estaban chillando de manera desaforada, y con un ritmo irregular y singularmente curioso totalmente distinto al del ritual que podían ver.

De pronto la luz del sol pareció atenuarse sin la intervención de ninguna nube visible. Fue un fenómeno muy peculiar, que todos notaron con claridad. Un rumor como de truenos parecía estar gestándose bajo las colinas; un rumor que se entremezclaba de un modo extraño con otro retumbo concordante que procedía a todas luces del cielo. Hubo un relampagueo en las alturas, y la asombrada multitud buscó en vano signos de tormenta. El canto de los hombres de Arkham pasó entonces a percibirse de un modo inconfundible, y Wheeler vio a través del catalejo que todos estaban levantando los brazos mientras entonaban el cadencioso conjuro. Desde alguna granja distante se oyó ladrar frenéticamente a unos perros.

El cambio en el carácter de la luz del sol se acentuó, y la multitud contempló atónita el horizonte en derredor. Una oscuridad purpúrea, nacida únicamente de una intensificación espectral del azul del cielo, se abatía de un modo opresivo sobre las retumbantes colinas. Entonces brillaron de nuevo los relámpagos, de manera algo más fuerte que antes, y los lugareños tuvieron la impresión de que habían revelado la existencia de una cierta neblina en torno a la piedra altar de la distante cumbre. No obstante, en ese momento nadie había estado usando el catalejo. Los chotacabras continuaron con su pulsación irregular, y los hombres de Dunwich se prepararon de manera tensa para alguna amenaza imponderable que parecía sobrecargar la atmósfera.

De improviso llegaron aquellos profundos, quebrados y broncos sonidos vocales que permanecerán por siempre en la memoria del impactado grupo que los oyó. No brotaron de ninguna garganta humana, pues los órganos del hombre no pueden emitir tales perversiones acústicas. Más bien se habría dicho que provenían del mismísimo infierno, si no hubiera sido su origen de manera tan clara la piedra altar de la cumbre. Resulta casi un error llamarlos en modo alguno *sonidos*, dado que gran parte de su horrible timbre infragrave incidía en oscuros centros nerviosos de la conciencia y del terror mucho más sutiles que los del oído; pero no queda otro remedio, puesto que su forma era de manera indiscutible, aunque vaga, la de unas palabras medio articuladas. Eran fuertes -tan fuertes como los retumbos y los truenos por encima de los cuales resonaban-, mas no procedían de ningún ser visible. Y puesto que la imaginación era capaz de evocar una fuente conjetural en el mundo de los seres no visibles, la apiñada multitud al pie del monte se apiñó todavía más, y

se encogió como en previsión de un golpe.

-Ygnaih… ygnaiih… thflthkh'ngha… Yog-Sothoth… -resonaba la espantosa y ronca voz, que parecía surgir del aire-. *Y'bthnk… h'ehye… n'grkdl'lh…*

Entonces el impulso que hacía hablar al ser pareció flaquear, como si estuviese teniendo lugar alguna clase de terrible lucha psíquica. Henry Wheeler se esforzó por ver algo a través del catalejo, pero solo distinguió las tres figuras humanas que se recortaban de manera grotesca en la cima del monte, las cuales movían sus brazos de manera furiosa en extraños gestos mientras su conjuro se acercaba a su culminación. ¿De qué negros pozos de miedo o sensibilidad aquerónticos[268], de qué insondables abismos de conciencia extracósmica o de una oscura heredad largo tiempo latente, salían aquellos atronadores gruñidos parcialmente articulados? Al poco, estos empezaron a cobrar una fuerza y una coherencia renovadas conforme se avivaban en un frenesí descarnado, total y definitivo.

—Eh-ya-ya-ya-yahaah… e'yayayaaaa… ngh'aaaaa… ngh'aaa… h'yuh… h'yuh… ¡AYUDA! ¡AYUDA!… pp… pp… pp… ¡PADRE! ¡PADRE! ¡YOG-SOTHOTH!…

Pero eso fue todo. El pálido grupo en el camino, aún conmocionado por las sílabas *indudablemente en nuestro idioma* que habían descendido como una avalancha pesada y atronadora desde el frenético vacío junto a esa espeluznante piedra con forma de altar, nunca volvería a oír sílabas como aquellas. En lugar de ello, se sobresaltaron violentamente por un terrorífico estallido que pareció desgarrar en ese momento las colinas; un estruendo ensordecedor y cataclísmico cuyo origen, ya se encontrase bajo tierra o en el cielo, no llegó a ser identificado jamás por ninguno de los que lo oyeron. A continuación c,ayó un único rayo sobre la piedra altar desde el cenit púrpura del cielo, y una gigantesca e indescriptiblemente fétida onda de choque invisible se extendió colina abajo a toda la campiña circundante, azotando con furia los árboles, la hierba y la maleza; y la asustada multitud en la base del monte, debilitada como estaba por el hedor mortífero que parecía a punto de asfixiarlos, no salió despedida por poco. Los perros aullaron a lo lejos, la hierba y el follaje se marchitaron adoptando un curioso y enfermizo color gris amarillento, y los campos y bosques se cubrieron de cuerpos diseminados de chotacabras muertos.

El olor desapareció enseguida, pero la vegetación nunca volvió a crecer como es debido. Desde ese día las plantas de esa temible colina y de sus alrededores tienen algo extraño e impío. Curtis Whateley estaba justo recobrando el sentido cuando los hombres de Arkham completaron su lento descenso del monte bajo los rayos de un sol otra vez resplandeciente e inmaculado. Estaban serios y callados, y

parecían afligidos por recuerdos y cavilaciones aún más terribles que los que habían convertido al grupo de lugareños en un atemorizado manojo de nervios. En respuesta a las confusas preguntas de estos últimos, los hombres se limitaron a negar con la cabeza y a reafirmar un hecho fundamental.

—La cosa se ha ido para siempre -dijo Armitage-. Ha sido disgregada en las partes que la componían originalmente, y ya nunca podrá volver a existir. Era una imposibilidad en un mundo normal. Solo una mínima fracción de ella era realmente materia en cualquier sentido que conozcamos. Era como su padre… y la mayor parte de ella ha vuelto junto a él en algún reino o dimensión indeterminados fuera de nuestro universo material; algún vago abismo desde el cual solo los ritos más execrables y blasfemos de la humanidad podrían haberla hecho acudir por un momento a estas colinas.

Hubo un breve silencio, y durante esa pausa los dispersos sentidos del pobre Curtis Whateley comenzaron a reintegrarse en una especie de continuidad, haciendo que el hombre se llevara las manos a la cabeza con un gemido. Su memoria pareció regresar justo al punto en que se había quedado, y el horror de la visión que lo había postrado irrumpió otra vez en su mente.

—Oh, oh, Dios mío, esa media cara… esa media cara'n lo alto de la cosa… esa cara con ojos rojos y pelo blanco y rizao, y sin mentón, como los Whateley… Era com'un pulpo, un cienpiés o una'raña, pero tenía una cara d'hombre a medio hacé'n lo alto, y se parecía al brujo Whateley, solo que tenía metros y metros d'ancho…

Luego calló, exhausto, mientras el grupo entero de lugareños lo miraba con fijeza y una perplejidad que no terminó de cristalizar en un renovado terror. El viejo Zebulon Whateley, que de vez en cuando recordaba cosas sueltas del pasado, pero que había permanecido callado hasta ese momento, fue el único que rompió el silencio.

—Quinz'años atrás -divagó- oí decí al viejo Whateley cóm'un día oiríamos a un hijo de Lavinny llamando a su padre'n lo alto Sentinel Hill…

Pero Joe Osborn lo interrumpió para hacerles otra pregunta a los hombres de Arkham.

—De tos mos, ¿qué era'sa cosa, y cóm'hizo el joven brujo Whateley pa qu'apareciera de la na?

Armitage midió con mucho cuidado las palabras de su respuesta.

—Era… en fin, era en su mayor parte un tipo de fuerza que no pertenece a nuestra región del espacio; un tipo de fuerza que actúa, crece y se forma de acuerdo con leyes distintas a las de nuestro modelo de naturaleza. No nos incumbe llamar a esa clase de seres de otros mundos, y solo personas y sectas sumamente perversas lo

intentan alguna vez. Había algo de esa cosa también en Wilbur Whateley, lo suficiente como para convertirlo en un demonio y en un monstruo precoz, y para hacer que su último trance resultase una visión bastante terrible. Voy a quemar su diario maldito y, si sois sensatos, dinamitaréis esa piedra altar de allí arriba y tiraréis abajo todos los círculos de piedras verticales de las demás colinas. Cosas como esa fueron las que trajeron a los seres por los que los Whateley sentían tanto aprecio; los seres a los que iban a dejar entrar en forma tangible para que aniquilaran a la raza humana y arrastraran la Tierra hasta algún lugar indescriptible con algún propósito igualmente indescriptible.

»Pero en lo que se refiere a esa cosa que acabamos de enviar de regreso a su mundo, los Whateley la criaron para que desempeñase un terrible papel en los acontecimientos que estaban por venir. Creció rápido y mucho por la misma razón que lo hizo Wilbur, pero aventajó a este porque había en él una fracción mayor de las fuerzas exteriores. No hace falta que preguntéis cómo la hizo aparecer Wilbur de la nada. Porque él no la llamó. *Era su hermano gemelo, pero se parecía más al padre que él.*

LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH[269]

«Una noche tuve un sueño terrorífico en el que me encontraba con mi abuela bajo el mar […]».

«[…] en un palacio fosforescente de muchos niveles escalonados, con jardines de extraños corales de aspecto leproso […]».
Weird Tales 36/3 (enero de 1942)
Ilustración de Hannes Bok

«*La sombra sobre Innsmouth» explora los recovecos de una oscura aldea de Nueva Inglaterra que alberga a una raza alienígena, los Profundos. Las notas preparatorias de Lovecraft indican que el narrador del relato es un tal Robert Olmstead*[270]*, quien protagoniza una trágica historia en la que descubrirá que es producto de un linaje decadente y degenerado. Su narración incluye un largo relato folclórico escrito en un dialecto propio de la década de los treinta de Estados Unidos, insertado en una historia absorbente y angustiosa. Aunque el tema del mestizaje tal como se presenta en este cuento es una expresión de las opiniones racistas de Lovecraft, la conclusión de la historia es que, en el fondo, el mal que anida en Innsmouth es producto de la avaricia humana y el deseo de alcanzar la*

inmortalidad. En este relato, uno de los más populares de Lovecraft, se vuelve a emplear con habilidad el recurso del narrador inocente que acaba descubriendo más de lo que debería, desenterrando un terrible secreto sobre su pasado que afecta de forma trágica a su vida personal.

* * *

I

Durante el invierno de 1927-1928 un grupo de agentes federales llevó a cabo una extraña investigación secreta de ciertas circunstancias existentes en el antiguo puerto marítimo de Innsmouth[271]. La gente se enteró del hecho en febrero, cuando tuvo lugar una amplia serie de redadas y arrestos en la localidad, que vino seguida por la quema y voladura -con las adecuadas precauciones- de un ingente número de casas ruinosas, carcomidas y supuestamente vacías a lo largo de su abandonada zona portuaria. Las almas poco curiosas tomaron el suceso como una de las batallas más importantes hasta la fecha de una lucha intermitente contra el contrabando de alcohol[272].

Sin embargo, aquellos que seguían las noticias con mayor interés se asombraron por el prodigioso número de detenciones, la cantidad anormalmente grande de agentes empleada para practicarlas y el secretismo que rodeó el destino de los arrestados. La prensa no informó de ningún juicio, ni de cargos concretos siquiera; y tampoco se vio posteriormente a ninguno de los encarcelados en las prisiones normales de la nación. Hubo vagas declaraciones acerca de campos de concentración[273] y cuarentena, y después de una dispersión por diversas cárceles navales y militares, pero nunca se llegó a saber nada con certeza. La propia Innsmouth quedó prácticamente despoblada, y aún hoy solo muestra tímidos signos de una lenta recuperación.

Muchas organizaciones liberales presentaron quejas que tuvieron como respuesta largos encuentros confidenciales, y algunos representantes fueron llevados de visita a ciertos campos de internamiento y prisiones; a raíz de lo cual, estas sociedades adoptaron una postura sorprendentemente pasiva y reservada. Manejar a los periodistas resultó más difícil, pero al final parecieron cooperar en buena medida con el gobierno. Solo un periódico -un tabloide cuyas noticias nadie tomaba en serio debido a su fantasiosa línea editorial- habló del submarino que descargó torpedos a gran profundidad sobre la fosa marina que hay justo detrás del arrecife del Diablo. La historia, escuchada por casualidad en un lugar frecuentado por marineros, parecía sin duda bastante inverosímil, dado que el bajo

y negro arrecife se encuentra a dos kilómetros y medio largos del puerto de Innsmouth.

Las gentes del campo y de las localidades cercanas comentaron amplia y quedamente estos hechos entre ellos, pero dijeron muy poca cosa al resto del mundo. Llevaban casi un siglo hablando de la decadente y medio desierta ciudad de Innsmouth, y nada nuevo podía ser más delirante o espantoso que lo que ellos ya habían señalado e insinuado en voz baja años atrás. Numerosas experiencias les habían enseñado a ser discretos, y ya no hacía falta presionarlos para que no revelaran lo que sabían. Lo cual, por otra parte, era muy poco en realidad; ya que extensas marismas, inhóspitas y desoladas, mantenían alejados de Innsmouth a los vecinos de los pueblos del interior.

Pero finalmente me dispongo a desafiar la ley del silencio que impera sobre esta cuestión. El resultado, estoy convencido, es tan riguroso que el único perjuicio público que podría causar el que dé una ligera idea de lo que hallaron en Innsmouth aquellos horrorizados policías es un ataque de repulsión. Además, es posible que eso que hallaron tenga más de una explicación. Ni siquiera sé qué fracción de la historia completa se me ha revelado, y tengo múltiples razones para no querer ahondar en ella; pues el contacto que he tenido con este asunto ha sido más cercano que el de cualquier otro profano, y me ha dejado impresiones que todavía pueden empujarme a tomar medidas drásticas.

Fui yo quien huyó frenéticamente de Innsmouth en la madrugada del 16 de julio de 1927 y provocó el episodio aparecido en las noticias con su asustado llamamiento a una investigación y actuación por parte del gobierno. Mientras el asunto estaba reciente y en el aire me encontraba bastante dispuesto a guardar silencio; pero ahora que forma parte del pasado, y que la gente ya no siente ningún interés ni curiosidad por él, siento un extraño deseo de hablar con cierta discreción acerca de las pocas pero aterradoras horas que pasé en aquel puerto envuelto en rumores siniestros y malignas sombras e infestado por la muerte y aberraciones blasfemas. La simple mención del hecho me ayuda a recobrar la confianza en mis facultades, a convencerme de que no fui meramente el primero en sucumbir a una contagiosa alucinación de pesadilla. Y también me ayuda a tomar una decisión con respecto a cierto paso terrible que aún he de dar.

Nunca había oído hablar de Innsmouth antes del día en que la vi por primera y última vez hasta la fecha. Estaba celebrando mi mayoría de edad con un recorrido por Nueva Inglaterra -al objeto de hacer turismo y recabar información histórica y genealógica- y había planeado viajar directamente desde la antigua ciudad de Newburyport[274] hasta Arkham[275], de donde procedía mi familia materna. No tenía coche, y viajaba en tren, tranvía y autobús,

buscando siempre la ruta más barata posible. En Newburyport me dijeron que para llegar a Arkham debía coger el ferrocarril; y no fue sino en la taquilla de la estación -cuando puse reparos a lo elevado del precio de los billetes- donde descubrí la existencia de Innsmouth. El taquillero, robusto y de aspecto inteligente, y cuya manera de hablar lo delataba como un forastero, pareció comprender mis esfuerzos por economizar recursos, y me hizo una sugerencia que ninguno de mis otros informantes había planteado.

—Supongo que podría coger ese viejo autobús -dijo con cierta vacilación-, aunque no tiene buena fama por aquí. Pasa por Innsmouth (puede que haya oído hablar de ella), así que la gente no lo ve con buenos ojos. Lo lleva un tipo de esa ciudad, Joe Sargent, pero nunca se sube ningún viajero de aquí, ni tampoco de Arkham, por lo que me figuro. Es increíble que siga funcionando. Me imagino que es bastante barato, pero nunca he visto ir en él a más de dos o tres personas, siempre gente de Innsmouth. Sale de la plaza, frente al *drugstore* de Hammond, a las diez de la mañana y a las siete de la tarde, a menos que lo hayan cambiado hace poco. Parece una carraca espantosa; nunca me he montado en él.

Esa fue la primera vez que oí hablar de la sombría Innsmouth. Cualquier referencia a una ciudad que no aparecía en los mapas normales ni en ninguna guía reciente me habría interesado, y la manera extraña en que el taquillero se había referido a ella despertó en mí algo parecido a verdadera curiosidad. Un lugar capaz de inspirar tal desagrado en la gente de los alrededores -pensé- debía ser como poco bastante inusual, y merecedor de la atención de un turista. Podía visitarlo si el autobús paraba allí de camino a Arkham, de modo que pedí al taquillero que me contara algo de él, cosa que el hombre hizo de manera muy pausada, y con un leve aire de superioridad respecto a aquello de lo que hablaba.

—¿Innsmouth? Bueno, es una población bastante rara en la desembocadura del Manuxet[276]. Antes era casi una ciudad, un destacado puerto antes de la guerra de 1812, pero se ha ido viniendo totalmente abajo durante los últimos cien años o así. El tren ya no pasa por allí; la red de la B. & M.[277] nunca lo hizo, y el ramal de Rowley fue abandonado hace años.

»Imagino que hay más casas vacías en ella que habitantes, y ninguna industria digna de mención salvo la pesca de peces y langostas. Todo el mundo comercia principalmente aquí o en Arkham o Ipswich. En su día tenía bastantes factorías, pero ya no queda ninguna a excepción de una refinería de oro que sigue funcionando a tiempo parcial con el mínimo personal imprescindible.

»Esa refinería, no obstante, era antes muy importante, y el viejo Marsh, su propietario, debe ser más rico que Creso. Aunque es un tipo

raro, que rara vez sale de su casa. Se dice que ha contraído alguna clase de enfermedad de la piel o deformidad en los últimos años que hace que no quiera dejarse ver. Es nieto del capitán Obed Marsh, el fundador del negocio. Al parecer, su madre fue una extranjera de algún tipo (una isleña del Pacífico Sur, según cuentan), así que todo el mundo puso el grito en el cielo cuando él se casó con una muchacha de Ipswich hace cincuenta años. Siempre son así con la gente de Innsmouth, y la de aquí y los alrededores procura ocultar cualquier parentesco de sangre que tenga con los habitantes de esa ciudad. Pero por lo que he podido ver los hijos y nietos de Marsh tienen el mismo aspecto que cualquier otra persona. Me señalaron quiénes eran aquí en la estación; aunque, ahora que lo pienso, los hijos mayores parecen andar un poco desaparecidos últimamente. Al viejo no he llegado a verlo nunca.

»¿Y cuál es el motivo de tanta inquina generalizada contra Innsmouth? Verás, muchacho, no debes dar excesivo crédito a lo que cuenta la gente por aquí. Es difícil soltarles la lengua, pero una vez empiezan ya no paran. Me imagino que han estado diciendo cosas sobre Innsmouth -cuchicheando, mayormente- los cien últimos años, y tengo la impresión de que les asusta más que otra cosa. Algunos de los rumores que corren harían que te troncharas de la risa, como el de que el viejo capitán Marsh hacía tratos con el diablo y sacaba demonios del infierno para que vivieran en Innsmouth, o ese otro sobre ceremonias satánicas y sacrificios horribles en algún lugar próximo a los muelles que la gente descubrió por azar más o menos hacia 1845… pero yo vengo de Panton, Vermont[278], y no me trago esa clase de historias.

»Pero tendrías que oír lo que cuentan algunos ancianos sobre el arrecife negro que hay frente a la costa: el arrecife del Diablo, lo llaman. Sobresale muy por encima de las aguas buena parte del tiempo, y estas nunca lo sumergen demasiado, pero difícilmente se podría llamar isla a aquello. La historia que circula es que a veces puede verse una legión entera de demonios sobre el arrecife, diseminados por su superficie, o entrando y saliendo rápidamente de algún tipo de cuevas cerca de su parte más alta. Es un bajo irregular y escabroso, a algo más de kilómetro y medio de la costa, y en los últimos días de Innsmouth como gran puerto los marineros solían dar grandes rodeos solo para evitarlo.

»Los marineros que no eran de allí, quiero decir. Una de las cosas que tenían contra el viejo capitán Marsh era que se decía que tomaba tierra en el arrecife algunas noches cuando la marea era favorable. Tal vez lo hacía, pues supongo que la formación rocosa resultaba interesante, y cabe la remota posibilidad de que estuviera buscando botines de piratas, quizá con éxito; pero se rumoreaba que hacía

pactos con demonios allí. Mas lo cierto es que, en general, creo que en realidad fue el capitán el que dio mala fama al arrecife.

»Eso fue antes de la gran epidemia de 1846, cuando esta se llevó a más de la mitad de la población de Innsmouth[279]. Nunca llegaron a saber con certeza qué la causó, pero probablemente fuese algún tipo de enfermedad exótica traída por los barcos desde China o alguna otra parte. Se trató de algo bastante serio, sin duda (se produjeron disturbios como consecuencia del asunto, y toda clase de atrocidades que no creo que llegaran nunca a oídos de nadie de fuera de la ciudad), y dejó la localidad en unas condiciones terribles. Jamás se recuperó… no puede haber más de trescientas o cuatrocientas personas viviendo allí actualmente.

»Pero el verdadero motivo de los sentimientos de la gente son los prejuicios raciales, nada más, y no estoy diciendo que culpe a aquellos que los tienen. Yo también detesto a la gente de Innsmouth, y no me gustaría visitar su ciudad. Supongo que estás al tanto (aunque veo por tu forma de hablar que eres del oeste[280]) de la estrecha relación que mantenían nuestros navíos de Nueva Inglaterra con extraños puertos de África, Asia, los mares del Sur y el resto del mundo, y de la extraña clase de personas que a veces traían con ellos de regreso. Probablemente hayas oído hablar del hombre de Salem que volvió con una esposa china, y quizá sepas que todavía hay un grupo de isleños de las Fiji viviendo cerca del cabo Cod[281].

»Pues bien, tiene que haber algo de ese estilo en el pasado de la gente de Innsmouth. El lugar siempre estuvo tremendamente aislado del resto de la región por marismas y canales, y es imposible estar seguro de los detalles del asunto; pero está bastante claro que el viejo capitán Marsh debió de regresar con algunos bichos raros cuando tenía sus tres navíos en servicio allá por los años veinte y treinta. Ciertamente los habitantes actuales de Innsmouth tienen algo raro; no sé cómo explicarlo, pero en cierto modo produce repelús. Lo notarás un poco en Sargent si coges su autobús. Algunos de ellos tienen cabezas singularmente estrechas con narices chatas y ojos saltones de mirada penetrante que parecen no cerrar nunca, y su piel no es totalmente normal, sino rugosa y llena de costras, con arrugas o pliegues en los lados del cuello. También se quedan calvos muy jóvenes. Pero los más viejos son los que tienen peor aspecto; de hecho, creo que en mi vida he visto ancianos como esos. ¡Imagino que morirán de mirarse en el espejo! Además, los animales los odian; solían tener muchos problemas con los caballos antes de la llegada de los automóviles.

»Nadie de los alrededores ni de Arkham o Ipswich quiere tener nada que ver con ellos, y ellos mismos se muestran relativamente distantes cuando vienen a la ciudad o cuando alguien intenta pescar

en sus tierras. Es curioso lo abundante que es la pesca en las aguas frente al puerto de Innsmouth cuando es imposible coger un solo pez en toda la región circundante, ¡pero trata de hacerlo tú allí y verás cómo te persigue la gente de la ciudad hasta echarte! Solían venir hasta aquí en tren, y después, cuando dejó de funcionar el ramal, se acercaban andando a Rowley para cogerlo; pero ahora utilizan ese autobús.

»Sí, hay un hotel en Innsmouth, llamado el Gilman House[282], pero no creo que sea gran cosa. No te aconsejaría que probaras a hacer noche en él. Más vale que lo hagas aquí y tomes el autobús de mañana a las diez; después puedes coger allí otro para Arkham a las ocho de la tarde. Hubo un inspector de fábricas que paró en el Gilman hace un par de años, y que dejó entrever un montón de cosas desagradables sobre el lugar. Según parece se hospeda en él gente rara, pues este tipo oyó voces en otras habitaciones (aunque la mayor parte de ellas estaban desocupadas) que le causaron escalofríos. Le dio la impresión de que hablaban en alguna lengua extranjera, pero dijo que lo que le horrorizó del asunto fue un tipo de voz que a veces intervenía. Le resultó tan antinatural (sonaba como un chapoteo, según dijo) que no se atrevió a desvestirse para meterse en la cama. Simplemente esperó levantado a que amaneciera y entonces se largó. Las voces siguieron oyéndose prácticamente toda la noche.

»Este tipo (Casey, se llamaba) contó muchas cosas acerca de cómo lo observaba la gente de Innsmouth y de cómo parecían estar un poco a la defensiva. La refinería de Marsh le resultó un sitio extraño; se encuentra en un viejo edificio industrial junto a las cascadas que hay en la parte baja del Manuxet. Lo que contó coincidía con lo que yo había oído. Verás, siempre ha sido una especie de misterio de dónde sacan los Marsh el oro que refinan. Nunca han parecido comprar mucha materia prima, pero sin embargo hace años enviaron por barco un cargamento enorme de lingotes.

»Corrían rumores de un extraño tipo de joyas que los marineros y los trabajadores de la refinería vendían en ocasiones a escondidas, o con las que habían visto una o dos veces a las mujeres de la familia Marsh. La gente admitía la posibilidad de que el viejo capitán Obed las obtuviese en intercambios comerciales realizados en algún puerto de salvajes, especialmente teniendo en cuenta que no paraba de encargar montones de cuentas de vidrio y baratijas como las que los marineros solían comprar para comerciar con indígenas. Otros creían y aún creen que encontró un antiguo botín pirata escondido en el arrecife del Diablo. Pero lo extraño es que el viejo capitán lleva sesenta años muerto, y no ha zarpado de la ciudad ni una sola nave de buen tamaño desde la Guerra de Secesión, pero aun así los Marsh siguen comprando unos cuantos de esos artículos para comerciar con

nativos: sobre todo baratijas de vidrio y goma, por lo que me cuentan. Puede que a la propia gente de Innsmouth le guste admirarlas; Dios sabe que han acabado siendo tan horripilantes como caníbales de los mares del Sur o salvajes de Guinea.

»Esa peste del 46 debió de llevarse a las mejores familias de la ciudad. Sea como fuere, ahora son gente que no inspira confianza, y los Marsh y los demás vecinos adinerados son tan desagradables como cualquiera de ellos. Como te digo, probablemente no haya más de cuatrocientas personas en toda la ciudad a pesar de todas las calles que dicen que hay. Supongo que son lo que allá en el Sur llaman «basura blanca»: gente artera sin respeto por la ley, y con montones de tejemanejes. Cogen gran cantidad de pescado y langostas, y transportan el género en camiones para venderlo fuera. Resulta extraño que los peces abunden justo frente a sus costas, pero no en otros sitios.

»Es imposible tener un control de qué hace esa gente, y las autoridades educativas y censales del estado encuentran serias dificultades con ellos. Puedes estar seguro de que los forasteros curiosos no son bienvenidos en Innsmouth. He oído de primera mano que más de un hombre de negocios y agente del gobierno ha desaparecido allí, y circulan habladurías sobre un hombre que se volvió loco y ahora está en Danvers[283]. Seguramente prepararon algún susto terrible para ese tipo.

»Por eso yo no iría de noche si fuese tú. Nunca he puesto un pie en la ciudad y no siento deseo alguno de hacerlo, pero no creo que por visitarla de día corrieras ningún peligro; aunque la gente de aquí te aconsejará que no lo hagas. Si solamente andas haciendo turismo y a la caza de cosas antiguas, Innsmouth debería encantarte.

De modo que pasé parte de aquella tarde en la Biblioteca Pública de Newburyport buscando información sobre Innsmouth. Cuando traté previamente de hacer algunas preguntas a los lugareños en las tiendas, la cafetería, los talleres mecánicos y el parque de bomberos, me resultó más difícil conseguir que se decidieran a hablar de lo que el taquillero había predicho; y me di cuenta de que no tenía tiempo para vencer sus instintivas reticencias iniciales. Albergaban una especie de suspicacia extraña, como si hubiese algo anormal en cualquier persona excesivamente interesada en Innsmouth. En la YMCA, donde iba a pasar la noche, el recepcionista se limitó a desaconsejarme que visitase semejante ciudad lúgubre y decadente; y los empleados de la biblioteca mostraron en buena medida la misma actitud. No cabía duda de que, a ojos de la gente instruida, Innsmouth no era más que un caso extremo de degeneración urbana.

Los libros de historia del condado de Essex[284] en las estanterías de la biblioteca tenían muy poco que aportar, exceptuando que la ciudad

se fundó en 1643, y que fue conocida antes de la Revolución por sus astilleros, como un próspero puerto de mar a principios del siglo XIX y más tarde como un núcleo industrial menor que utilizaba el Manuxet como fuente de energía. La epidemia y los disturbios de 1846 apenas se tocaban en los libros, como si constituyeran un descrédito para el condado.

Las referencias al declive de la ciudad eran escasas, aunque la significatividad de su historia reciente era inequívoca. Al término de la Guerra de Secesión toda su vida industrial quedó reducida a la Compañía Refinadora Marsh, y la comercialización de lingotes de oro pasó a ser la única actividad comercial de importancia aún presente en la localidad aparte de la incesante pesca, la cual fue resultando cada vez menos rentable a medida que caía el precio del producto y las grandes corporaciones presentaban competencia; pero jamás se dio una carestía de pescado en el puerto de Innsmouth. Los extranjeros rara vez se instalaban en la zona, y existían algunos indicios discretamente velados de que varios polacos y portugueses que habían hecho el intento habían acabado dispersados de un modo peculiarmente drástico.

Lo más interesante de todo era una leve referencia a las singulares joyas vagamente vinculadas a Innsmouth. Estas, por lo visto, habían causado no poca impresión entre los habitantes del conjunto de la región, dado que se hablaba de muestras presentes en el museo de la Universidad Miskatonic de Arkham y en la sala de exposiciones de la Sociedad Histórica de Newburyport[285]. Las incompletas descripciones que se hacían de las alhajas eran escuetas y prosaicas, pero dejaban entrever un trasfondo persistentemente extraño. Algo en ellas resultaba tan raro y sugerente que no podía quitármelas de la cabeza, y a pesar de lo un tanto avanzado de la hora decidí ver la muestra local -un objeto de grandes y raras proporciones claramente diseñado para llevarse como una tiara, según los libros- si podía lograr permiso para ello.

El bibliotecario me dio una nota de presentación para la conservadora de la Sociedad, una tal Srta. Anna Tilton[286], que vivía cerca de allí, y tras una breve explicación la anciana dama tuvo la gentileza de conducirme al cerrado edificio, puesto que aún no era escandalosamente tarde. La colección era ciertamente notable, pero dada mi tesitura en ese momento solo tenía ojos para el extravagante objeto que relucía en una rinconera a la luz de las lámparas eléctricas del techo.

No me hizo falta una sensibilidad extremada a la belleza para quedarme literalmente sin aliento ante el insólito esplendor sobrenatural de la exótica, opulenta y fabulosa pieza que descansaba allí sobre un cojín de terciopelo púrpura. Aun hoy apenas puedo

describir lo que vi, aunque se trataba con bastante claridad de una especie de tiara, tal como había dicho el libro. Su parte frontal era alta, y tenía una periferia muy amplia y curiosamente irregular, como si se hubiese diseñado para una cabeza con un contorno casi aberrantemente elíptico. Parecía estar hecha principalmente de oro, si bien una rara lustrosidad de un tono más claro hacía pensar en alguna clase de extraña aleación con otro metal igual de hermoso y prácticamente inidentificable. Su estado era casi perfecto, y uno podría haberse pasado horas examinando los asombrosos motivos de un tipo desconcertante y nada convencional -algunos simplemente geométricos y otros claramente marinos- cincelados o moldeados en altorrelieve en su superficie con increíble habilidad y elegancia.

Cuanto más lo miraba, más me fascinaba aquel objeto; y en dicha fascinación había algo curiosamente turbador apenas clasificable o explicable. En un primer momento concluí que lo que me inquietaba era el extraño carácter de su técnica, distinta a cualquier otra. Las demás piezas artísticas que había visto en mi vida, o bien pertenecían a alguna corriente racial o nacional conocida, o eran desafíos intencionalmente modernistas a todas esas corrientes. Pero aquella tiara no encajaba en ninguna de estas clasificaciones. Era a todas luces el producto de alguna técnica asentada de una madurez y perfección infinitas, que no obstante se hallaba en las antípodas de cualquier otra -oriental u occidental, antigua o moderna- de la que hubiese oído hablar o que hubiera visto ejemplificada. Era como si el arte de aquel objeto perteneciera a otro planeta.

Sin embargo, comprendí enseguida que mi intranquilidad tenía un segundo origen quizá igual de potente radicado en las evocaciones pictóricas y matemáticas de los extraños motivos artísticos. Todos los dibujos hacían pensar en secretos remotos e inconcebibles abismos de tiempo y espacio, y la naturaleza monótonamente acuática de los relieves se volvió casi siniestra. Entre ellos había monstruos fabulosos de una grotesquidad y malignidad abominables -mitad ícticos y mitad batrácicos[287] en su aspecto- que uno no podía desligar de una cierta sensación pseudomemorística incómoda y persistente, como si evocaran algún tipo de imagen desde células y tejidos profundos cuyas funciones retentivas fueran completamente primales y asombrosamente ancestrales. En algunos momentos tuve la impresión de que cada contorno de esas blasfemas ranas pez rebosaba de la quintaesencia de un mal desconocido e inhumano.

En extraño contraste con el aspecto de la tiara estuvo su breve y prosaica historia tal como me la refirió la Srta. Tilton. Había sido empeñada a cambio de una suma ridícula en un establecimiento de State Street en 1873 por un hombre borracho de Innsmouth que había muerto poco después en una reyerta. La Sociedad la había adquirido

directamente del propietario de la casa de empeños y expuesto de inmediato como correspondía a una pieza de su calidad. Había sido catalogada como una alhaja probablemente originaria del este de la India o de Indochina, aunque la atribución era francamente provisional.

La Srta. Tilton, tras comparar todas las posibles hipótesis relativas a su origen y presencia en Nueva Inglaterra, se inclinaba a creer que formaba parte de algún exótico tesoro pirata descubierto por el viejo capitán Obed Marsh; una opinión que desde luego no se vio debilitada por las insistentes y sustanciosas ofertas de compra que los Marsh comenzaron a hacerles tan pronto se enteraron de su existencia, y que habían repetido hasta aquel día pese a la firme determinación de la Sociedad de no vender la pieza.

Mientras la buena señora me guiaba a la salida del edificio, dejó claro que la teoría que atribuía la fortuna de los Marsh a un antiguo tesoro pirata estaba muy extendida entre las personas inteligentes de la región. La propia actitud de la dama hacia la sombría Innsmouth -la cual nunca había visitado- era de repugnancia por una comunidad que cada vez se encontraba más abajo en la escala cultural, y me aseguró que los rumores que hablaban de satanismo en la localidad estaban parcialmente justificados por una peculiar secta secreta que había ganado fuerza allí y absorbido todas las iglesias ortodoxas.

Se llamaba, según dijo, «La Orden Esotérica de Dagón», y era sin duda un culto degradado y cuasipagano importado del Oriente un siglo antes, en una época en que los caladeros de Innsmouth parecían estar agotándose. Su persistencia entre una población simple resultaba absolutamente natural en vista del súbito y permanente retorno de una pesca abundante y de calidad, y pronto llegó a ser la institución más influyente en la ciudad, reemplazando por completo a la francmasonería e instalando su sede en la antigua logia masónica situada en New Church Green.

Todo esto, a ojos de la pía Srta. Tilton, constituía un excelente motivo para evitar la vieja, decadente y desolada ciudad; pero para mí no era sino otro aliciente más. A mis expectativas arquitectónicas e históricas se había añadido ahora un fervoroso interés antropológico, y apenas pude conciliar el sueño en mi pequeño cuarto de la YMCA mientras la noche desgranaba sus horas.

II

Poco antes de las diez de la mañana siguiente me hallaba con una pequeña maleta frente al *drugstore* de Hammond en la vieja Market

Square esperando el autobús de Innsmouth. Conforme se aproximaba la hora de su llegada advertí un desplazamiento general de la gente que andaba haraganeando por allí a otros lugares calle arriba, o a la cafetería Ideal Lunch que había en el lado contrario de la plaza. Saltaba a la vista que el taquillero no había exagerado la repulsión que los lugareños sentían hacia Innsmouth y sus ciudadanos. Escasos minutos después un pequeño autobús extremadamente decrépito y de un color gris sucio bajó traqueteando por State Street, dio un giro y se detuvo junto al bordillo que había a mi lado. Tuve el inmediato presentimiento de que era el que yo esperaba; algo que el letrero medio ilegible del parabrisas -«*Arkham-Innsmouth-Newb'port*»- no tardó en confirmar.

Solo había tres pasajeros -unos hombres morenos y desaliñados de semblante hosco y aspecto un tanto juvenil- y cuando el vehículo paró, salieron de él con andares torpes y arrastrados, y comenzaron a subir a pie por State Street de un modo silencioso, casi furtivo. El conductor también se apeó, y lo observé mientras entraba en el *drugstore* a comprar algo. Aquel debía ser -reflexioné- el tal Joe Sargent del que había hablado el taquillero; y antes incluso de percibir ningún detalle me asaltó de manera espontánea una aversión incontenible e inexplicable. De pronto me pareció algo muy natural que la gente del lugar no deseara subirse a un autobús cuyo propietario y conductor era aquel hombre, ni visitar más de lo posible siquiera el entorno de semejante persona y sus parientes.

Cuando el conductor salió de la tienda lo observé con mayor detenimiento y traté de determinar el motivo de la repulsiva impresión que me había causado. Era un hombre enjuto y encorvado que rozaba el metro ochenta de altura, vestido de manera andrajosa con ropa común de color azul y una ajada gorra de golf gris. Rondaba quizá los treinta y cinco años, pero las extrañas y profundas arrugas que presentaba en los lados del cuello le hacían parecer más mayor cuando uno no se fijaba en su rostro apagado e inexpresivo. Tenía la cabeza estrecha, unos ojos azules saltones y acuosos que daba impresión de mantener siempre muy abiertos, la nariz chata, la frente y la barbilla hundidas, y unas orejas notablemente atrofiadas. Sus labios largos y gruesos y sus carrillos grisáceos de poros grandes parecían carecer casi por completo de vello, salvo por unos cuantos pelos rubios y rizosos que le salían de manera dispersa formando manchas irregulares; y en ciertas partes la piel se adivinaba extrañamente desigual, como si se le estuviera pelando por alguna enfermedad cutánea. Sus manos eran grandes y muy venosas, y tenían un tono azul grisáceo sumamente inusual. Los dedos eran llamativamente cortos en proporción al resto del cuerpo, y mostraban una aparente tendencia a curvarse fuertemente hacia las enormes

palmas. Mientras se dirigía al autobús me fijé en su torpe y peculiar manera de andar arrastrando los pies, y vi que tenía estos desmesuradamente grandes. Cuanto más los miraba, más me preguntaba cómo conseguía encontrar zapatos que le valieran.

El tipo tenía un cierto aire grasiento que intensificó mi desagrado. Claramente era dado a trabajar u holgazanear en los muelles pesqueros, y arrastraba consigo buena parte de su olor característico. Qué tipo concreto de sangre extranjera poseía era algo que no alcanzaba siquiera a imaginar. Sus rarezas, desde luego, no parecían asiáticas, polinesias, levantinas ni negroides, pero pude entender por qué la gente advertía en él un aspecto foráneo. Yo, por mi parte, habría considerado que se debían más a una degeneración biológica que a una ascendencia extranjera.

Sentí ver que yo iba a ser el único pasajero del autobús. Por algún motivo no me agradaba la idea de viajar solo con aquel conductor. Pero cuando se acercaba de manera clara la hora de salida vencí mis reparos y seguí al hombre al interior del vehículo, tendiéndole un billete de un dólar y musitando únicamente «Innsmouth». El hombre me miró con curiosidad por un instante mientras me daba un cambio de cuarenta céntimos sin decir palabra. Luego tomé asiento lejos de él, pero en su mismo lado del autobús, ya que quería ver la costa durante el viaje.

Finalmente, el destartalado vehículo se puso en marcha con una sacudida y pasó traqueteando frente a los viejos edificios de ladrillo de State Street en medio de una humareda procedente del tubo de escape. Al echar un vistazo a la gente de las aceras, me pareció detectar en ella un curioso deseo de evitar mirar el autobús -o al menos de evitar que pareciera que lo estaba mirando-. Después doblamos a la izquierda por High Street, donde la calzada estaba en mejores condiciones, para a continuación rodar velozmente frente a viejas mansiones señoriales de comienzos de la república y granjas aún más antiguas de la época colonial, pasar el Lower Green y el río Parker, y finalmente salir a una larga y monótona extensión de campo abierto junto a la costa.

El día era cálido y soleado, pero el paisaje de arena, juncias y arbustos raquíticos se iba volviendo más y más desolado a medida que avanzábamos. Por la ventana podía ver el mar azul y la línea arenácea de la isla Plum, y no tardamos en situarnos a corta distancia de la playa al tomar una estrecha desviación de la carretera principal a Rowley e Ipswich. No había ninguna casa a la vista, y me di cuenta por el estado del camino de que el tráfico era escaso por allí. Los pequeños y deteriorados postes de teléfonos llevaban únicamente dos cables. De vez en cuando atravesábamos toscos puentes de madera sobre canales mareales que penetraban en la costa serpenteando tierra

adentro y favoreciendo el aislamiento general de la región.

Cada cierto tiempo distinguía sobre la movediza arena tocones de árboles muertos y ruinosos muros de cimentación, y me venía a la mente la vieja historia -citada en uno de los libros que había leído en la biblioteca- de que aquella había sido en su día una zona fértil y densamente poblada. El cambio, decían, se había producido al mismo tiempo que la epidemia de Innsmouth de 1846, y la gente sencilla atribuía a aquel una conexión misteriosa con secretas fuerzas malignas. Pero, en realidad, lo había causado la tala imprudente de los bosques del litoral, un acto que privó a la tierra de su mejor medio de protección y la dejó a merced de los embates del viento arenoso.

Finalmente perdimos de vista la isla Plum y divisamos la vasta extensión del Atlántico desplegándose a nuestra izquierda. Nuestra estrecha ruta comenzó a subir de manera pronunciada, y sentí un extraño desasosiego al mirar la solitaria cima a la que nos dirigíamos, donde el camino lleno de rodadas se encontraba con el cielo. Era como si el autobús se dispusiera a persistir en su ascenso, abandonando por completo el mundo racional para fundirse con los ignotos arcanos de la atmósfera superior y la enigmática bóveda celeste. El olor del mar adquirió matices ominosos, y la espalda rígida y encorvada del silencioso conductor, así como su estrecha cabeza, me fue resultando cada vez más aborrecible. Al mirar al hombre me percaté de que tenía la nuca casi tan lampiña como el rostro, con solo unos pocos cabellos rubios salpicando su arrugada y gris superficie.

Entonces alcanzamos la cima y contemplamos el valle que se extendía al otro lado, donde el Manuxet se une al mar justo al norte de la larga línea de acantilados que culmina en el peñón de Kingsport[288] y luego se desvía hacia el cabo Ann. En el lejano y neblinoso horizonte pude distinguir a duras penas el vertiginoso perfil del peñón, coronado por la extraña y antigua casa sobre la que tantas leyendas circulan[289]; pero de momento fue el panorama más cercano justo a mis pies el que atrajo toda mi atención. Me hallaba frente a frente -comprendí- con la misteriosa Innsmouth de la que hablaban los rumores.

Era una ciudad de gran extensión y densamente construida, aunque con una portentosa falta de vida visible. Del amasijo de caperuzas de chimenea apenas surgía una voluta de humo, y las tres altas agujas de sus iglesias se alzaban descarnadas y desnudas de pintura contra el horizonte marino. Una de ellas estaba viniéndose abajo por la punta, y en esta y en otra solo había unos enormes huecos negros donde deberían haber estado las esferas de sus relojes. La vasta masa de tejados a la mansarda combados y de hastiales puntiagudos transmitía con desagradable claridad una impresión de decadencia, y mientras nos acercábamos por el camino ahora descendente vi que

muchos de esos tejados se habían hundido por completo. Había también algunos caserones de estilo georgiano y planta cuadrada, con tejados a cuatro aguas, linternas y miradores con barandilla en lo alto. Estos se encontraban en su mayoría bastante alejados del mar, y uno o dos parecían estar en condiciones medianamente buenas. Extendiéndose hacia el interior desde las calles entre ellos vi la línea herrumbrosa e invadida por la hierba del ferrocarril abandonado -con postes de telégrafos inclinados y ya desprovistos de cables- y el trazado un tanto borroso de los viejos caminos de carros a Rowley e Ipswich.

El deterioro era más acusado en los edificios más cercanos a la playa, aunque en medio de ellos avisté el campanario blanco de una construcción de ladrillo bastante bien conservada que parecía una pequeña fábrica. El puerto, cegado por la arena, estaba rodeado por un antiguo espigón de piedra, sobre el cual fui distinguiendo de manera gradual las diminutas figuras de unos cuantos pescadores sentados, y en cuyo extremo había lo que aparentemente eran los cimientos de un faro ya desaparecido. En la parte interna de esta barrera se había formado una lengua arenosa, y sobre ella vi un puñado de cabañas desvencijadas, barcas amarradas y nasas langosteras que andaban tiradas por ahí. Las únicas aguas profundas parecían estar donde el río desembocaba pasada la construcción del campanario y se desviaba hacia el sur para unirse al océano en la punta del espigón.

Aquí y allá las ruinas de los muelles se extendían desde la orilla para terminar en unos indeterminados restos podridos, siendo aparentemente los más deteriorados los que se encontraban más al sur. Y mar adentro, pese a la pleamar, vislumbré una línea larga y negra que apenas sobresalía del agua, pero que me sugirió una extraña malignidad latente. Aquello, tuve la certeza, debía ser el arrecife del Diablo. Mientras lo observaba, una sutil y curiosa sensación de atracción pareció sumarse a la repulsión siniestra; y, por extraño que parezca, me resultó más perturbador este último matiz que la impresión principal.

No nos cruzamos con nadie en el camino, pero al cabo de un rato comenzamos a pasar algunas granjas abandonadas en diversos estados de ruina. Me fijé entonces en unas cuantas casas habitadas que tenían jirones de tela cubriendo sus ventanas rotas y conchas y peces muertos tirados alrededor. En una o dos ocasiones vi a personas de aspecto lánguido trabajando en los áridos jardines o buscando almejas más abajo en la playa -de la que venía un olor a pescado- y grupos de niños sucios con caras simiescas que jugaban cerca de las entradas invadidas de malas hierbas de las casas. Por alguna razón aquellas personas me resultaron más inquietantes que sus deprimentes

viviendas, ya que prácticamente todas ellas presentaban una serie de peculiaridades en sus rostros y movimientos que me desagradaron de un modo instintivo antes siquiera de poder definirlas o comprenderlas. Por un segundo me pareció recordar aquel físico característico de una fotografía que había visto -quizá en un libro- en circunstancias particularmente horrendas o tristes; pero esta pseudorreminiscencia pasó enseguida.

Al llegar el autobús a una cota más baja comencé a oír la nota continua de una cascada a través del silencio antinatural. Las casas de paredes torcidas y sin pintar eran allí más numerosas, bordeando ambos lados del camino y mostrando tendencias más urbanas que las que habíamos dejado atrás. El panorama frente a nosotros se había contraído hasta convertirse en una escena callejera, y en algunos sitios pude distinguir trazas de una calzada de adoquines y aceras de ladrillo anteriormente existentes. Todas las casas parecían estar abandonadas, y de vez en cuando se veían huecos donde chimeneas en ruinas y paredes de antiguos sótanos hablaban de construcciones que se habían desplomado. Reinaba por doquier el más nauseabundo olor a pescado imaginable.

Poco después empezaron a aparecer cruces con calles transversales, de las cuales las que estaban a la izquierda conducían a dominios costeros sin pavimentar donde imperaban la miseria y la decadencia, en tanto que las de la derecha mostraban vistas de un pasado esplendor. Hasta el momento no había visto a nadie en la ciudad, pero entonces comenzaron a verse signos de que estaba levemente habitada: ventanas con cortinas aquí y allá, y algún que otro automóvil abollado a los lados de la calle. La calzada y las aceras estaban cada vez mejor definidas, y aunque la mayor parte de las casas eran bastante viejas -construcciones de madera y ladrillo de principios del siglo XIX-, se veía claramente que alguien se ocupaba de mantenerlas habitables. Como aficionado a las antigüedades casi olvidé mi asco olfativo y mi sensación de peligro y repulsión entre aquellas abundantes e inalteradas reliquias del pasado.

Pero no iba a llegar a mi destino sin sufrir antes una fortísima impresión de un tipo hondamente desagradable. El autobús había alcanzado una especie de explanada o punto radial con iglesias en dos de sus lados y los estropeados restos de una rotonda ajardinada en el centro, y yo estaba mirando un gran edificio columnado a mano derecha en la intersección que teníamos delante. La pintura antaño blanca de la construcción estaba ahora gris y desconchada, y el letrero negro y dorado de su frontón, tan desgastado que solo logré distinguir con esfuerzo las palabras «Orden Esotérica de Dagón». Aquella era, pues, la antigua logia masónica que se había cedido a una secta degradada. Mientras intentaba descifrar trabajosamente la inscripción

me distrajo el estridente tañido de una campana disonante en el lado contrario de la calle, y me giré con rapidez para mirar por la ventana de mi lado del autobús.

El sonido procedía de una iglesia de piedra con un campanario achaparrado, construida a todas luces en una fecha posterior a la mayoría de las casas de la localidad en un burdo estilo gótico, y que tenía un sótano desproporcionadamente elevado con ventanas cerradas por postigos. Aunque su reloj carecía de agujas por el lado que alcanzaba a ver, sabía que aquellas campanadas broncas estaban marcando las once. Pero entonces todos mis pensamientos acerca de la hora quedaron súbitamente borrados por una imagen que me asaltó con punzante intensidad y un horror inexplicable que se apoderó de mí antes de que supiera qué era realmente. La puerta del sótano de la iglesia estaba abierta, revelando un rectángulo de negrura en su interior. Y, mientras miraba, algo atravesó o pareció atravesar ese rectángulo oscuro, grabando a fuego en mi cerebro una fugaz percepción de pesadilla que resultó más enloquecedora si cabe porque tras analizarla no fui capaz de encontrar ni una sola cualidad pesadillesca en ella.

Era algo vivo -lo primero exceptuando al conductor que había visto desde mi entrada en el núcleo urbano- y de haber estado de un ánimo más sereno no habría encontrado nada terrorífico en ello. Claramente, tal como advertí un instante después, se trataba del pastor del templo, ataviado con unas peculiares vestiduras introducidas sin duda a raíz de la modificación por parte de la Orden de Dagón del ritual de las iglesias locales. Lo que probablemente había captado en un primer momento mi atención de forma subconsciente y aportado el toque de horror extraño era la alta tiara que llevaba -un duplicado casi exacto de la que la Srta. Tilton me había enseñado la tarde del día anterior-, la cual, actuando sobre mi imaginación, había conferido cualidades indescriptiblemente siniestras al indeterminado rostro y a la desgarbada forma con túnica debajo de él. Enseguida concluí que no existía ninguna razón para haber sentido aquel escalofriante roce de un pseudorrecuerdo malsano. ¿Acaso no era lógico que una misteriosa secta local adoptase como parte de su indumentaria litúrgica un tipo de tocado único con el que la comunidad había entrado en contacto de algún modo extraño -quizá encontrándolo como parte de un tesoro oculto?

A continuación, se hicieron visibles en las aceras unas pocas personas de aspecto más bien joven pero repulsivo: algunas de ellas solitarias, y también grupos silenciosos de dos o tres individuos. Los bajos de las ruinosas casas albergaban ahora de vez en cuando pequeñas tiendas de letreros sucios, y reparé en uno o dos camiones aparcados mientras el autobús avanzaba ruidosamente. El rumor de

cascadas se oía cada vez con más claridad, y no tardé en ver más adelante una garganta fluvial relativamente profunda y salvada por un ancho puente con espacio para el paso de vehículos y un pretil de hierro, más allá del cual se abría una amplia plaza. Mientras cruzábamos el puente con estrépito metálico eché un vistazo a ambos lados y divisé unas cuantas fábricas en el herboso borde de las paredes de la garganta o a media altura en ellas. El caudal en su fondo era muy abundante, y alcancé a ver dos vigorosos grupos de cascadas río arriba a mi derecha y al menos uno río abajo a mi izquierda. Luego entramos en la gran plaza semicircular de la margen contraria del río y nos detuvimos en su lado derecho frente a un edificio alto coronado por una linterna, con restos de pintura amarilla en sus paredes y un letrero medio borrado que lo señalaba como el Gilman House.

Me alegré de bajar de aquel autobús, tras lo cual me dirigí inmediatamente a la sórdida recepción del hotel con intención de dejar mi maleta en consigna. Solo había una persona a la vista -un anciano que no presentaba lo que yo había terminado llamando la «marca de Innsmouth»- y decidí no hacerle ninguna de las preguntas que me tenían en ascuas, al recordar que en aquel hotel se habían advertido cosas extrañas. En vez de ello, salí tranquilamente a la plaza, de la que el autobús ya se había marchado, y examiné el sitio de forma minuciosa y apreciativa.

Uno de los lados de la adoquinada explanada estaba formado por la línea recta del río; el otro era un semicírculo de edificios de ladrillo con tejados a un agua construidos alrededor de 1800, del que salían radialmente varias calles que se alejaban en dirección sudeste, sur y sudoeste. Las farolas eran deprimentemente pequeñas y escasas -todas ellas de luz incandescente y baja potencia- y me alegré de que mis planes requiriesen mi marcha antes del anochecer, aun cuando sabía que la luna iba a brillar con fuerza. Todos los edificios estaban en buenas condiciones, y entre ellos había quizá una docena de locales comerciales en funcionamiento, de los cuales uno era una tienda de alimentación de la cadena First National[290]; otros un restaurante tétrico, un *drugstore* y la oficina de un mayorista de pescado; y otro más, en el extremo oriental de la plaza cerca del río, una oficina de la única manufacturera de la ciudad: la Compañía Refinadora Marsh. Había tal vez unas diez personas a la vista, y cuatro o cinco automóviles y camiones repartidos por la plaza. No necesité que me dijeran que aquel era el centro de Innsmouth. Al mirar hacia el este pude vislumbrar el azul del puerto, sobre el cual se levantaban los deteriorados restos de tres agujas de estilo georgiano en otro tiempo hermosas. Y cerca de la playa en la margen contraria del río vi el campanario blanco que remataba lo que supuse que era la refinería Marsh.

Por una razón u otra decidí hacer mis primeras indagaciones en la tienda de alimentación, cuyo personal seguramente no fuese oriundo de Innsmouth. Encontré a cargo del establecimiento a un muchacho de unos diecisiete años que estaba solo, y me alegró observar en él una jovialidad y afabilidad que prometía una información entusiasta. Lo vi extraordinariamente deseoso de hablar, y pronto comprendí que no le gustaba ni la ciudad ni su olor a pescado ni su gente solapada. Conversar con cualquier forastero suponía un alivio para el chico. Él era de Arkham, se hospedaba en casa de una familia procedente de Ipswich y volvía a ella en cuanto tenía un rato libre. A su familia no le hacía gracia que trabajase en Innsmouth, pero la cadena lo había transferido allí y no quería dejar el trabajo.

Según me contó el muchacho, la ciudad no tenía biblioteca pública ni cámara de comercio, pero probablemente sabría orientarme. La calle por la que había venido era Federal Street. Al oeste de ella se encontraban las calles de las antiguas residencias señoriales -Broad, Washington, Lafayette y Adams- y al este los deprimidos arrabales del puerto. Era en estos arrabales -que se extendían a lo largo de Main Street- donde encontraría las viejas iglesias de estilo georgiano, pero todas llevaban ya mucho tiempo abandonadas. No era aconsejable llamar excesivamente la atención en esos barrios, especialmente al norte del río, dado que la gente allí era hosca y hostil. Incluso se habían producido algunas desapariciones de personas de fuera de la ciudad.

Ciertos lugares constituían prácticamente territorio vedado, según había aprendido por las malas. Uno no debía, por ejemplo, entretenerse mucho por los alrededores de la refinería Marsh, ni de ninguna de las iglesias que todavía estaban en uso, ni del templo columnado de la Orden de Dagón en New Church Green. Esas iglesias eran muy raras, habían sido visceralmente repudiadas por sus respectivas confesiones en otros sitios y, al parecer, utilizaban ceremoniales y vestiduras clericales de un tipo sumamente extraño. Sus credos eran heterodoxos y misteriosos, e involucraban vagas alusiones a ciertas transformaciones maravillosas que conducían a una -especie de- inmortalidad terrenal. El propio pastor del joven -el Dr. Wallace de la Iglesia Metodista Episcopal de Asbury, en Arkham- le había rogado en actitud muy seria que no se uniera a ninguna parroquia de Innsmouth.

En cuanto a la gente de Innsmouth, el joven apenas sabía qué sacar en claro de ella. Eran personas tan hurañas y furtivas en sus acciones como animales que vivieran en madrigueras, y resultaba casi imposible imaginar a qué dedicaban el tiempo cuando no estaban pescando de forma desganada. Quizás -a juzgar por la cantidad de alcohol de contrabando que consumían- se pasaban la mayor parte del

día sumidos en un sopor etílico. Parecían hoscamente unidos en alguna clase de hermandad y entendimiento, despreciando el mundo como si tuvieran acceso a otras esferas preferibles de existencia. Su aspecto -especialmente esos ojos de mirada fija y penetrante que parecían no cerrar nunca- resultaba sin duda bastante espeluznante, y tenían unas voces repulsivas. Aterraba oírlos salmodiar por la noche en sus iglesias, sobre todo durante sus principales fiestas o encuentros religiosos, que se celebraban dos veces al año, el 30 de abril y el 31 de octubre[291].

Les encantaba el agua, y nadaban mucho tanto en el río como en el puerto. Las carreras de natación hasta el arrecife del Diablo eran algo muy habitual, y todo el mundo en la ciudad parecía perfectamente capaz de participar en aquella ardua competición deportiva. Si uno lo pensaba por un momento, generalmente solo se veía en público por sus calles a gente bastante joven y, de esta, era la de más edad la que solía mostrar un aspecto más deforme. Cuando se daban excepciones, eran principalmente personas sin ningún rasgo aberrante, como el viejo recepcionista del hotel. Uno se preguntaba qué suerte corría la mayoría de la gente anciana, y si la «marca de Innsmouth» no era tal vez un extraño e insidioso fenómeno patológico que acrecentaba su influjo con el paso de los años.

Solo una afección sumamente rara, desde luego, podía provocar unos cambios anatómicos tan enormes y radicales en alguien que hubiera alcanzado ya la madurez -cambios que afectaban a factores óseos tan básicos como la forma del cráneo-, pero ni siquiera este aspecto resultaba más desconcertante e insólito que los signos visibles de la enfermedad en su conjunto. Sería difícil -apuntó el joven- llegar a cualquier conclusión ajustada a la realidad en lo referente a tal cuestión, dado que era imposible llegar a conocer íntimamente a los lugareños por mucho tiempo que uno pudiera llevar viviendo en Innsmouth.

El joven estaba convencido de que había muchas personas recluidas en algunos sitios cuyo aspecto era más horrible aún que el de los peores casos visibles. En ocasiones se oían sonidos de lo más extraños por la ciudad. Se rumoreaba que las inestables casuchas que había al norte del río junto a la playa estaban conectadas por túneles secretos, que conformaban, pues, un auténtico laberinto subterráneo repleto de aberraciones ocultas. Qué clase de sangre extraña -si es que esa era la causa de su condición- poseían estos seres, era algo imposible de saber. A veces, cuando se presentaban en la ciudad agentes del gobierno u otros forasteros, los lugareños procuraban mantener fuera de la vista a ciertos individuos especialmente repulsivos.

No sacaría nada -dijo mi informador- haciendo preguntas sobre

Innsmouth a la gente de allí. El único que podía estar dispuesto a hablar era un hombre muy viejo, pero de aspecto normal que vivía en el albergue de indigentes del extremo norte de la ciudad y que mataba el tiempo paseando u holgazaneando alrededor del parque de bomberos. Dicho matusalén, Zadok Allen, tenía noventa y seis años y estaba un poco tocado del ala, aparte de ser el borracho de la localidad. Era un personaje raro y esquivo que se pasaba el día mirando a su espalda como si temiera alguna cosa, y cuando estaba sobrio resultaba imposible convencerlo de que hablase con extraños. No obstante, era incapaz de resistirse a ningún ofrecimiento de su veneno favorito, y una vez bebido refería entre susurros las más asombrosas memorias de su vida pasada.

Pese a todo, apenas se podía obtener información útil de él, ya que todas esas historias hablaban de manera vaga, absurda y fragmentaria de portentos y horrores imposibles que no podían haber salido más que de su propia imaginación trastornada. Nadie le creía, pero a las gentes de Innsmouth no les gustaba que bebiera y conversara con forasteros, así que a veces resultaba peligroso que lo vieran a uno haciéndole preguntas. Probablemente él fuese la fuente de algunas de las habladurías y cuentos más difundidos y disparatados.

Varios residentes no nacidos en la ciudad habían referido en ocasiones visiones fugaces de cosas monstruosas, pero entre las historias de Zadok y los ciudadanos deformes no era de extrañar que tales espejismos fueran corrientes. Ninguna de estas personas se quedaba nunca hasta tarde en la calle tras el ocaso, ya que existía la idea general de que no era algo prudente; aparte de lo cual, las calles eran odiosamente oscuras.

En lo relativo al comercio, la abundancia de pescado era prácticamente prodigiosa, pero los lugareños cada vez la aprovechaban menos. Además, los precios estaban cayendo y la competencia, creciendo. Naturalmente la auténtica industria local era la refinería, cuya oficina comercial se encontraba en la plaza a tan solo unos metros al este de donde estábamos. El viejo Marsh nunca aparecía por ella, pero a veces iba a la factoría en un coche de carrocería cerrada que tenía las ventanillas cubiertas por cortinas.

Corrían toda clase de rumores sobre el aspecto que debía de tener Marsh en estos días. En sus tiempos había sido un gran dandi, y contaban que aún vestía con levita y otras galas de la era eduardiana[292], curiosamente arregladas para acomodar ciertas deformidades. Sus hijos se encargaban antes de dirigir la oficina de la plaza, pero últimamente no se dejaban ver mucho y delegaban en la generación más joven la mayoría de los asuntos. Los hijos y sus hermanas habían acabado teniendo un aspecto muy anormal, sobre todo los más mayores; y se decía que estaban mal de salud.

Una de las hijas de Marsh era una mujer de aspecto reptilesco y repulsivo que llevaba una exagerada cantidad de joyas raras pertenecientes claramente a la misma tradición exótica que la extraña tiara. Mi informante se había fijado en ella muchas veces, y había oído decir que procedía de un tesoro oculto de algún tipo, propiedad de piratas o demonios. Los clérigos -o sacerdotes, o como quiera que se los llamase hoy en día- lucían también la misma clase de adorno a modo de tocado; pero a estos apenas se los llegaba a ver. El muchacho no había visto a más individuos peculiares por allí, pero se rumoreaba que eran muchos los que había en torno a Innsmouth.

Los Marsh, al igual que las otras tres familias de buena casta de la ciudad -los Waite, los Gilman y los Eliot-, eran todos gente muy reservada. Vivían en casas enormes a lo largo de Washington Street, y corría la voz de que en varias de ellas se mantenía escondidos a ciertos parientes vivos cuyo aspecto personal imposibilitaba que fueran vistos en público, y cuyas muertes se habían anunciado y hecho constar en acta oficial.

Advirtiéndome que muchos de los letreros de las calles ya no estaban en su sitio, el joven dibujó para mí un croquis tosco pero amplio y hecho con esmero de los lugares más reconocibles de la ciudad. Tras estudiarlo por un instante tuve la seguridad de que me sería de gran ayuda, y me lo guardé en el bolsillo con efusivas muestras de agradecimiento. Como no me agradaba la lobreguez del único restaurante que había visto, compré una buena cantidad de galletitas saladas de queso y de galletas de barquillo con jengibre para que me sirvieran de almuerzo algo más tarde. Mi plan -decidí- iba a consistir en recorrer las calles principales, hablar con cualquier persona con la que me encontrase que no fuese natural de Innsmouth y coger el autobús de las ocho para Arkham. Podía ver que la ciudad constituía un caso significativo y exacerbado de degradación comunitaria, pero como yo no era sociólogo limitaría mis observaciones formales al campo de la arquitectura.

Así fue como emprendí mi recorrido sistemático, aunque un tanto confuso de las angostas calles plagadas de sombras de Innsmouth[293]. Tras cruzar el puente y torcer hacia el rugido de la cascada en la parte baja del río, pasé al lado de la refinería Marsh, en la que extrañamente no parecía oírse ningún ruido de actividad industrial. El edificio se levantaba sobre la escarpada ribera del río cerca de un puente y una despejada confluencia de calles que seguramente había sido la primera plaza mayor de la localidad, antes de que la actual Town Square tomara ese papel tras el fin de la Revolución.

Después de volver a cruzar la garganta por el puente de Main Street, llegué a una zona totalmente desierta que por alguna razón me dio escalofríos. Cúmulos de tejados a la mansarda al borde del

derrumbe dibujaban sobre el cielo un perfil dentado y fantasmagórico, por encima del cual se elevaba la macabra aguja decapitada de una antigua iglesia. Había algunas casas habitadas a lo largo de Main Street, pero la mayoría tenían sus vanos firmemente cegados con tablas. Por bocacalles sin pavimentar vi tenebrosos huecos de ventanas de casuchas abandonadas, muchas de las cuales se inclinaban en ángulos peligrosos e increíbles por el hundimiento parcial de sus cimientos. Aquellas ventanas lo observaban a uno de un modo tan espectral que tuve que armarme de valor para torcer al este en dirección a la costa. No cabe duda de que el terror que infunde una casa abandonada crece en progresión geométrica, más que aritmética, cuando dichas construcciones se multiplican para dar origen a una ciudad crudamente desolada. La visión de semejantes avenidas infinitas formadas por despojos de entrañas y miradas vacuas, y el hecho de imaginar tales laberintos sin fin de oscuras e inquietantes estancias rendidos a las telarañas, los recuerdos y el gusano conquistador despiertan aversiones y miedos atávicos que ni siquiera la filosofía más firme puede dispersar.

Fish Street estaba tan desierta como Main, aunque difería de esta en que tenía muchos almacenes de piedra y ladrillo aún en excelentes condiciones. Water Street era prácticamente una copia exacta de ella, salvo por que había unos grandes huecos en el lado de la costa donde en el pasado se habían levantado algunos muelles. No vi allí ningún ser vivo, aparte de los pescadores diseminados sobre el lejano espigón, ni oí nada que no fuese el arrullo de las olas del puerto o el rugido de las cascadas del Manuxet. La ciudad estaba atacándome cada vez más los nervios, y miré disimuladamente a mi espalda mientras volvía hacia el norte cruzando con cuidado el tambaleante puente de Water Street. El de Fish Street, según el croquis del joven, estaba en ruinas.

Al otro lado del río había algunos signos de vida sórdida -plantas procesadoras de pescado funcionando en Water Street, chimeneas humeantes y tejados reparados aquí y allá, algún que otro sonido de origen indeterminado y formas que aparecían de vez en cuando arrastrando los pies por las calles sombrías y los callejones sin pavimentar-, pero ello pareció resultarme más agobiante aún que la desolación de la zona sur. Para empezar, la gente era más horrible y anormal que la que había cerca del centro de la ciudad; de tal forma que en varias ocasiones me recordó de manera ominosa algo absolutamente fantástico que no conseguí identificar. No había duda de que la sangre extranjera de la población de Innsmouth estaba allí más presente que en zonas más interiores; a no ser que, en realidad, la «marca de Innsmouth» fuese una enfermedad en vez de un rasgo racial, en cuyo caso podía suponerse que aquel barrio albergaba los casos más avanzados de ella.

Un detalle que me incomodó fue la *distribución* de los escasos y débiles sonidos que oí. Lo lógico habría sido que todos ellos hubieran provenido de las casas que estaban visiblemente habitadas, pero en realidad muchas veces se oían con mayor intensidad detrás de las fachadas entablonadas de manera más rigurosa. Eran crujidos de suelos, correteos y ruidos roncos de origen incierto; y pensé con inquietud en los túneles secretos cuya existencia había insinuado el chico de la tienda de alimentación. De repente me vi preguntándome cómo serían las voces de los habitantes de aquel barrio. Hasta el momento no había oído hablar a ninguno y, extrañamente, no quería que tal cosa ocurriera por nada del mundo.

No pasé en aquel inmundo arrabal portuario más tiempo que el imprescindible para observar dos bellas pero ruinosas iglesias antiguas en Main y Church Street. La siguiente parada lógica de mi ruta era New Church Green, pero por una razón u otra no soportaba la idea de volver a pasar junto a la iglesia en cuyo sótano había vislumbrado la figura inexplicablemente terrorífica de aquel sacerdote o pastor con la extraña tiara. Además, el joven de la tienda de comestibles me había dicho que las iglesias, así como el templo de la Orden de Dagón, no eran zonas aconsejables para los forasteros.

Así pues, seguí andando hacia el norte por Main hasta llegar a Martin Street, donde torcí en dirección opuesta a la costa, para luego cruzar Federal Street bordeando sin peligro New Church Green por el norte y entrar en el deteriorado barrio de clase alta situado en la parte septentrional de las calles Broad, Washington, Lafayette y Adams. Pese al mal estado del pavimento de estas viejas avenidas señoriales y a lo descuidado de su aspecto general, no habían perdido por completo su solemnidad sombreada de olmos. Las sucesivas mansiones fueron reclamando por turnos mi atención, muchas de ellas decrépitas en medio de jardines abandonados y con sus puertas y ventanas cubiertas por tablones, pero en cada calle una o dos mostraban signos de ocupación. En Washington Street encontré una serie de cuatro o cinco en un estado excelente y con jardines magníficamente atendidos. Me figuré que la más suntuosa de todas ellas -con parterres[294] escalonados que se extendían por detrás de la casa hasta alcanzar Lafayette Street- era el hogar del viejo Marsh, el enfermo propietario de la refinería.

En ninguna de aquellas calles había un solo ser vivo a la vista, y me extrañó la completa ausencia de perros y gatos en Innsmouth. Otro detalle que me desconcertó y llenó de inquietud fue el hecho de que muchas de las mansiones -incluyendo algunas de las mejor conservadas- tenían firmemente echados los postigos de las ventanas del segundo piso y la buhardilla. La ocultación y el secretismo parecían algo generalizado en aquella silenciosa ciudad donde reinaba la muerte y lo extraño, y no podía quitarme de encima la sensación de

que había ojos fijos y astutos que nunca se cerraban acechándome por todas partes.

Sentí un escalofrío al oír que estaban dando broncamente las tres desde un campanario a mi izquierda. Recordaba demasiado bien la achaparrada iglesia de la que procedían aquellas notas. Al seguir Washington Street en dirección al río, me topé con una nueva zona que en otros tiempos había albergado actividad industrial y comercial, advirtiendo la presencia de una fábrica en ruinas delante de mí, y viendo otras, junto con los restos de una vieja estación de ferrocarril y un puente cubierto para trenes algo más allá, que se extendían a mi derecha al borde de la garganta.

El puente poco fiable que había en ese momento ante mí exhibía una señal de peligro, pero corrí el riesgo y lo crucé de regreso al lado sur del río, donde volví a encontrar signos de vida: criaturas de movimientos furtivos y paso torpe que lanzaban miradas crípticas en mi dirección, y otras caras más normales que me observaban con fría curiosidad. El ambiente de Innsmouth se me estaba haciendo ya insoportable, así que torcí por Paine Street en dirección a la plaza mayor con la esperanza de hallar algún vehículo que me llevase a Arkham antes de la aún lejana hora de salida de aquel siniestro autobús.

Fue entonces cuando vi el destartalado parque de bomberos a mi izquierda, y reparé en el viejo de rostro colorado, barba poblada, ojos llorosos y harapos vulgares que estaba sentado en un banco delante del edificio y hablaba con un par de bomberos de aspecto desaliñado pero no anormal. Aquel, sin duda, debía ser Zadok Allen, el nonagenario medio trastornado y alcohólico cuyas historias en torno a la vieja Innsmouth y la sombra que sobre ella se había abatido eran tan horrendas e increíbles.

III

Debió de ser algún diablillo de la perversidad[295] -o alguna influencia sardónica de origen misterioso y oculto- lo que hizo que cambiase mis planes tal como lo hice. Había decidido mucho antes que limitaría mis observaciones solo a la arquitectura, e incluso estaba dirigiéndome en aquel momento hacia la plaza a toda prisa con el fin de conseguir un medio de transporte que me sacara cuanto antes de aquella ciudad de muerte y podredumbre; pero el hecho de ver al viejo Zadok Allen alteró el rumbo de mis pensamientos y me hizo aflojar el paso con indecisión.

Me habían asegurado que el anciano solo sabía hacer vagas

referencias a leyendas delirantes, confusas e increíbles, y advertido que resultaba peligroso que los lugareños lo viesen a uno hablando con él; pero la idea de conversar con aquel longevo testigo de la decadencia de la ciudad -con recuerdos que se remontaban a los primeros días de su actividad portuaria e industrial- me atrajo con tal intensidad que ni todo el sentido común del mundo podría haberme hecho resistirme a ella. Al fin y al cabo, los mitos más extraños y absurdos son en muchas ocasiones meros símbolos o alegorías basados en la realidad; y el viejo Zadok debía de haber estado presente en todos los acontecimientos de la vida de Innsmouth durante los últimos noventa años. Mi curiosidad se disparó más allá de toda sensatez y precaución, y, en mi envanecimiento juvenil, creí ser capaz de extraer un núcleo de historia real de la confusa y extravagante verborrea que probablemente obtendría con la ayuda del whisky puro.

Sabía que no podía abordarlo en ese momento, ya que los bomberos sin duda se percatarían y opondrían. En lugar de ello -pensé-, prepararía el terreno comprando algún licor de contrabando en un sitio donde el chico de la tienda de alimentación me había dicho que tenían en abundancia. Después me pasearía cerca del parque de bomberos con fingida naturalidad y me juntaría con el viejo Zadok una vez que hubiera iniciado una de sus frecuentes divagaciones. El joven había mencionado que era una persona muy inquieta, y que no podía pasarse sentado junto al parque más de una hora o dos seguidas.

No me costó mucho esfuerzo -aunque sí dinero- conseguir una botella de un litro de whisky en la trastienda de un sucio bazar justo a la salida de Town Square en Eliot Street. El tipo con pinta desaseada que me atendió tenía un toque de la «marca de Innsmouth» en sus ojos de mirada penetrante, pero sus maneras fueron bastante educadas, ya que quizá estaba habituado a tener como clientela a los pocos forasteros sociables -camioneros, compradores de oro y otra gente por el estilo- que visitaban de tanto en tanto la ciudad.

Cuando estaba regresando a la plaza vi que la suerte me acompañaba; pues distinguí, saliendo de Paine Street por la esquina del Gilman House, arrastrando los pies al caminar, nada menos que la figura alta, enjuta y andrajosa del viejo Zadok Allen. Conforme a mi plan, atraje su atención meneando en el aire la botella que acababa de comprar; y no tardé en ver que el anciano había empezado a seguirme con aire anhelante mientras yo me internaba por Waite Street en dirección a la zona más solitaria de la ciudad que se me ocurrió en ese momento.

Estaba guiándome por el mapa que el muchacho de la tienda de alimentación había preparado, y mi intención era llegar a la zona de muelles completamente abandonados que había visitado unas horas antes al sur del río. Por allí solo había visto a los pescadores que se

encontraban en el distante espigón; y si me alejaba unas cuantas manzanas al sur podría ponerme fuera del alcance de su vista, y después buscar un lugar en uno de los muelles abandonados donde pudiera sentarme junto al viejo Zadok y preguntarle por tiempo indefinido sin que nadie nos observase. Antes de llegar a Main Street oí que decían a mi espalda con voz débil y sibilante: «¡Oiga, señó!», y acto seguido dejé que el viejo me alcanzara y le diera unos buenos tragos a la botella de whisky.

Comencé a tantear el terreno mientras andábamos hasta Water Street y girábamos en dirección sur en medio de la omnipresente desolación y las ruinas peligrosamente inclinadas de la zona; pero vi que la añosa lengua no se estaba soltando tan rápido como yo había esperado. Al cabo de un rato distinguí un espacio herboso que se abría hacia el mar entre unos muros de ladrillo medio desmoronados, más allá del cual se proyectaba la superficie invadida de hierbajos de un muelle de tierra y mampostería. Unos montones de piedras musgosas próximos al agua prometían ser unos asientos no excesivamente incómodos, y el lugar estaba protegido de cualquier posible mirada por un almacén en ruinas al norte. Aquel -pensé- era el sitio ideal para un dilatado coloquio secreto; de modo que conduje a mi acompañante por la lengua de tierra y buscamos dónde sentarnos entre las piedras cubiertas de musgo. Reinaba un macabro ambiente de muerte y abandono, y el olor a pescado era casi insufrible; pero estaba resuelto a no dejar que nada me disuadiera de mi propósito.

Disponía de unas cuatro horas para conversar si quería coger el autobús de las ocho para Arkham, y empecé a dar más alcohol al anciano bebedor, mientras yo daba buena cuenta de mi propio y frugal refrigerio. Tuve cuidado de no excederme en mis donaciones, ya que no quería que la verborragia que la bebida provocaba en Zadok se transformara en sopor. Al cabo de una hora su cautelosa taciturnidad mostró indicios de estar desapareciendo, pero para mi gran decepción el viejo continuó eludiendo mis preguntas sobre Innsmouth y su pasado envuelto en sombras. Parloteaba sobre temas de actualidad, revelando un amplio conocimiento de la prensa y una fuerte tendencia a filosofar de un modo rústicamente sentencioso.

Hacia el final de la segunda hora me entró miedo de que el litro de whisky no fuera a ser suficiente para producir resultados, y estaba preguntándome si era conveniente dejar allí al viejo Zadok y volver a por más. Sin embargo, justo en ese momento, el azar dio el pie que mis preguntas no habían conseguido dar, y las divagaciones del anciano de voz sibilante tomaron un giro que me hizo acercar la cabeza y escuchar con atención. Yo me encontraba de espaldas al pestilente mar, pero él estaba de cara a él, y por algún motivo su mirada errante había topado con la línea baja y distante del arrecife

del Diablo, que en aquel momento se veía de manera clara y casi fascinante sobre las olas. Esto pareció disgustarlo, pues comenzó a proferir una serie de maldiciones en voz baja que cerró con un susurro confidencial y una mirada cómplice. Se inclinó hacia mí, me agarró la solapa de la chaqueta y e hizo entre dientes algunas referencias vagas para las que no cabía confusión.

—Ai fue ond'empezó to, 'n'ese lugá maldito de maldá suprema onde comienzan las aguas profundas. La puerta'l infierno: una bajá en picao hast'un fondo ande no llega nenguna plomá. Fue cosa'l viejo capitán Obed, qu'halló má de lo conviniente pa él en las islas de los mares del Sú.

»To'l mundo pasaba penuria 'n'aquellos días[296]. El comercio iba ca vé peó, las fábricas perdían negocio, 'cluso las nuevas, y nuestros mejores hombres 'bían muerto 'ciendo'l corso en la guerra 'e 1812 o desaparicío con el bergantín reondo *Elizy* y'l esnón[297] *Ranger*, ambos 'n'empresas de la familia Gilman. Obed Marsh tenía tres naves a flote: el bergantín *Columby*, el bergantín reondo *Hetty*[298] y'l bricbarca *Sumatry Queen*. Era'l único que siguía comerciando con las Indias Orintales y'l Pacífico, aunque 'n'el veintiocho toavía zarpó 'n'un'empresa'l bergantín-goleta *Malay Pride* d'Esdras Martin.

»N'había otro como'l capitán Obed, ¡'se viejo diablo! ¡Ja, ja! Aún m'acuerdo cómo'blaba 'e las tierras d'ultramá, y llamaba'stúpida a toa la gente por í a la iglesia y soportá su carga de forma mansa y humilde. Dicía que deberían buscarse dioses mejores com'algunos que tenían en las Indias: dioses que traían buena pesca a cambio sus sacrificios, y que'scuchaban de verdá las oraciones 'e la gente.

»Matt Eliot, su primé oficial, también era muy dao a hablá, solo qu'él s'oponía a que la gente tomase cualquié clase'e costumbre pagana. Contaba qu'había una isla al este d'Otaheité[299] ond'había infinidá de ruinas de piedra má antiguas de lo que naide recordaba, parecías a las qu'hay en Ponapé[300], en las Carolinas, pero con tallas de caras como las de las grandes'tatuas de la isla'e Pascua[301]. También había no lejos d'allí un'islita volcánica, ond'había otras ruinas con tallas distintas; toas desgastás como si s'habiesen pasao mucho tiempo 'n'el fondo del ma, y cubiertas d'arriba'bajo con imágenes de mostruos horribles[302].

»Pues verá, señó, Matt dicía que los nativos 'e por allí cerca tenían to'l pescao que podían cogé, y lucían pulseras, ajorcas y tocaos hechos d'un tipo'straño d'oro y cubiertos con imágenes de mostruos como los qu'había grabaos en las ruinas de l'islita, una'specie de ranas con partes de pé o de peces con partes de rana dibujaos en toa clase posturas co'si fueran seres humanos. Naide púo sonsacarles d'onde conseguían to aquello, y los demá nativos se preguntaban cómo se las apañaban pa'ncontrá tanto pescao 'cluso cuando las islas d'al lao

cogían na y menos. Obed se dio cuenta, ademá, qu'a muchos de los mozos bien parecíos dejaba de vérselos d'un año al seguiente, y qu'eran pocos los ancianos qu'había entre'llos. También le pareció qu'alguna d'aquella gente tenía una pinta condenámente rara 'cluso pa sé canacos.

»Esto llevó a qu'Obed 'tentara sacarles la verdá a los salvajes. No sé cómo l'hizo, pero'mpezó por hacé trueques con ellos, a cambio'e las cosas d'oro que llevaban. Les preguntó d'ónde venían, y si podían conseguí má, y al finá le sonsacó l'historia al viejo cacique: Walakea, lo llamaban. Nengún otro que no fuese Obed habría creío jamá a'se vejestorio'scandaloso, pero'l capitán era capá de leé en la gente com'en un libro abierto. ¡Ja, ja! Naide me cree a mí cuando lo cuento, y no'spero qu'usté lo haga, joven; aunqu'ahora que me fijo, tie usté ojos penetrantes como los que tenía Obed.

La susurrante voz del viejo se tornó más débil, y yo me vi temblando por la terrible y genuina ominosidad de su entonación, aunque sabía que su relato no podía ser más que una fantasía inducida por el whisky.

—Pues bien, señó, Obed 'escubrió qu'hay cosas 'n'este mundo sobre las que la mayoría n'a oío hablá nunca, y que no crería si l'hiciera. Parece sé qu'esos canacos 'taban sacrificando a montones 'e sus mozos y doncellas a una'specie de seres divinos que vivían bajo'l ma, y recibiendo a cambio to tipo de favores. Se vían con esas cosas en l'islita de las ruinas raras, y al parecé 'sas horribles imágenes de mostruosos peces rana eran supuestamente d'esas cosas. Pue que fuera'sa clase de bichos la que dio'rigen a toas esas historias de sirenas y demá.

»Tenían to tipo de ciudaes 'n'el fondo del ma, y habían levantao aquella isla 'esde allí. Por lo visto algunas d'esas criaturas'taban en los edificios de piedra cuando la isla salió derrepente a la superficie. Ansí fue como los canacos s'enteraron de que'staban allá'bajo. Hablaron con ellas por sihnos en cuanto se les pasó'l susto, y no tardaron en hacé un trato.

»A'sos seres les gustaban los sacrificios humanos. Los habían tenío siglos atrá, pero pasao un tiempo perdieron contato con la superficie. No soy'l má indicao pa decí qu'hacían con las víhtimas, y supongo qu'Obed no fue tan avispao como pa preguntá. Pero los salvajes no pusieron ojeciones, porqu'habían estao pasando por una mala época y'staban desesperaos por to. 'Tregaban un cierto número jóvenes a las criaturas marinas dos veces ca año, en las vísperas del Primero'e Mayo y Tos los Santos, con tanta puntualidá como podían. Ansimesmo les daban algunas 'e las chucherías que tallaban. Y lo que las criaturas acetaron darles a cambio fueron peces 'n'abundancia (los conducían allí 'esde toas partes del océano) y unas cuantas alhajas dorás de vé'n

cuando.

»Bie, como le digo, los nativos se runían con los seres en l'islita volcánica, ande iban en canoas con las víhtimas y demá, y volvían d'allí con toas las joyas que les habieran dao. Al principio las criaturas nunca pisaban la isla principá, pero al cab'un tiempo 'cabaron queriendo. Parece sé qu'ansiaban mehclarse con la gente, y celebrá ceremonias conjuntas en sus fechas señalás: las vísperas del Primero'e Mayo y Tos los Santos. Como verá, podían viví tanto fuera como dentro'l agua; supongo qu'eran eso que llaman 'fibios. Los canacos les hablaron de cómo la gente d'otras islas podría queré 'niquilarlos si s'enteraba de que'staban allí, pero los seres dijeron que no'staban preocupaos, porque podían acabá con toa la raza humana si querían; es decí, con tos los que no tenieran ciertos símbolos como los qu'antaño usaban los desaparecíos Antiguos, fueran quien fueran. Pero como no querían molestarse, 'tentarían no dejarse vé cuando alguien visitase la isla.

»A l'hora d'aparearse con esos peces rana, los canacos no'staban muy por la labó, pero al finá les contaron algo que cambió su mo de vé el asunto. Al parecé los humanos tien una'specie de relación con esas criaturas 'cuáticas: que tos los seres vivos salieron 'n'el pasao del agua y solo necesitan un pequeño cambio pa volvé a ella. 'Sas cosas dijeron a los canacos que si mehclaban sus razas saldrían niños qu'al principio parecerían humanos, pero que luego s'irían volviendo má y má como las criaturas, hasta qu'al finá se meterían 'n'el agua pa runirse con la comunidá principá d'ellas 'n'el fondo del ma. Y lo importante 's'esto, joven: los que se convirtían en seres pé y s'iban a viví al océano *no morían jamá*. Las criaturas eran inmortales, escepto si las mataban con violencia.

»Bueno, señó, parece sé que pa cuand'Obed conoció a'sos isleños ya tenían tos la sangre de pé d'esas cosas de las profundidaes corriendo por sus venas. Cuando s'hacían viejos y'mpezaba a notarse, los mantenían escondíos'ta que sentían 'l'impulso d'echarse al agua y dejá la isla. Algunos'taban má contaminaos qu'otros, y otros má nunca cambiaban lo bastante pa'charse al ma; pero la mayoría se convertía justo como'sas criaturas'bían dicho. Los que nacían má parecíos a ellas cambiaban pronto, pero los qu'eran casi humanos a vece seguían en la isla'sta pasaos los setenta años, aunque antes solían hacé algunos viajes de prueba al fondo del ma. Aquellos que ya s'habían ío allí por lo generá volvían a menúo de visita, ansí que no'ra raro qu'un hombre hablase con el bisabuelo de su tatarabuelo, qu'había dejao la tierra firme un pa de siglos antes.

»Ya naide pensaba que s'iba a morí (escepto'n guerras de piraguas con los otros isleños o como víhtimas de los sacrificios a los dioses marinos de las profundidaes, o por mordeúra'e serpiente, pestes,

enfermedaes agúas y galopantes u otra cosa antes que pudieran echarse al agua), sino simplemente'sperabaun una'specie de cambio que no'ra tan horrible pasao un tiempo. Pensaban que lo que ganaban compensaba to aquello a lo que renunciaban, y m'imagino qu'Obed acabó pensando má o menos lo mismo cuando le dio'nas cuantas vueltas a l'historia'l viejo Walakea. A pesá de to, el cacique era uno los pocos que no tenía gota de sangre de pé, ya que venía d'una familia reá que se casaba con familias reales d'otras islas.

»Walakea'nseñó a Obed muchos ritos y conjuros relacionaos con los seres del ma, y le permitió ve a algunos del poblao qu'habían cambiao tanto que ya casi ni parecían humanos. No'stante, por un motivo o otro, nunca le permitía ve a nenguna'e las criaturas del ma propiamente dichas. Al finá le dio una'specie chisme'straño hecho'e plomo o algo que según él llamaría a los seres pé 'esde cualquié lugá del océano onde pudiera habé un nío d'ellos. La idea era tirarlo al fondo entremientras se dicían las oraciones apropiás y eso. Walakea ahmitió que las criaturas'taban estendías por to'l mundo, ansí que cualquiera las buscara podía'ncontrá un nío y llamarlas si quería.

»A Matt no le gustaba un pelo'l asunto, y quería qu'Obed se manteniera alejao'e la isla; pero'l capitán tenía buen ojo pa ganá cuartos, y 'escubrió que podía conseguí 'sas alhajas dorás tan baratas que le saldría rentable centrá su negocio 'n'ellas. Las cosas siguieron d'esta guisa durante años y Obed otuvo suficentes alhajas pa abrí la refinería 'n'el antiguo batán destartalao'e los Waite. No vendía las joyas tal cua, porque 'n'ese caso la gente n'habría parao d'hacé preguntas. Aun ansí sus marineros le sisaban de vé'n cuando alguna qu'otra pa venderla, pese a qu'habían jurao guardá'l secreto; y él dejaba llevá a las mujeres de su familia algunas de las alhajas más humanas qu'había.

»Pues bien, hacia'l treintiocho (cuando yo tenía siet'años), Obed encontró a to'l pueblo'e las islas esterminao entr'un viaje y otro. Por lo visto los demás isleños s'habían enterao de lo qu'estaba pasando y habían tomao cartas 'n'el asunto. M'imagino que debían de tené, después de to, esos viejos símbolos mágicos que las criaturas marinas dicían que era l'único a que tenían miedo. Quién sabe con qué pue arriesgarse a contactá uno d'esos canacos al vé que se levanta'l fondo del ma una'specie d'isla con ruinas antidiluvianas. Y eran tipos fervorosos: no dejaron na en pie'n la isla principá ni 'n'el islote volcánico, quitando las partes de las ruinas qu'eran demasiao grandes pa tirarlas abajo. 'N'algunos sitios había piedritas esparcías por el suelo, similares a amuletos, que tenían grabao algo parecío a lo qu'hoy día llaman esvásticas[303]. Seguramente fueran los símbolos de los Antiguos. No quedó rastro'e los isleños ni de sus alhajas dorás, y nenguno'e los canacos de los alreores diría una sola palabra'l asunto.

Se negaron a reconocé siquiera qu'alguna vé había vivío gente 'n'esa isla.

»Como's lógico, fue un golpe bastante duro pa Obed, dao que sus actividaes comerciales normales 'taban de capa caída. También afehtó a to'l pueblo'e Innsmouth, porque'n los viejos tiempos del comercio marítimo la ganancia'l capitán d'un barco era generalmente ganancia proporcioná de su tripulación. La mayoría'e la gente de la ciudá se tomó las vacas flacas con mansa resihnación, pero fueron malos momentos, porque la pesca s'estaba agotando y las fábricas no iban na bien.

»Fue'ntonces cuando Obed empezó a maldecí a la gente por sé borregos estúpidos que rezaban a un dio cristiano que no movía un deo por ellos. Contaba que sabía d'un pueblo que rezaba a dioses qu'atendían las verdaeras necesidaes d'uno, y dicía que si consiguía'l apoyo d'un buen número d'hombres, tal vé podría ponerse'n contacto con ciertas fuerzas que trairían a la ciudá pesca de sobra y bastante oro. Claro'stá que los qu'habían servío en el *Sumatry Queen* y visto la isla sabían a qué se refería, y no sentían el menó deseo d'acercarse a seres marinos com'aquellos de los qu'habían oído hablá; pero a los que no sabían de qu'iba la cosa les convenció lo que Obed tenía que decí, y'mpezaron a preguntarle qué podía hacé pa ponerlos en la senda'e la fe que trairía resultaos.

Llegados a este punto el viejo titubeó, masculló algo y se quedó callado con aire malhumorado e inquieto, en tanto echaba una mirada nerviosa a su espalda y luego volvía a fijar la vista con gesto fascinado en el lejano arrecife negro. No me contestó cuando le hablé, por lo que supe que tendría que dejarle acabarse la botella. La historia que estaba oyendo me tenía profundamente interesado, pues me daba la impresión de que contenía una especie de tosca alegoría basada en el carácter extraño de Innsmouth y elaborada por una imaginación creativa y a la vez conocedora de numerosas leyendas exóticas. No creí ni por un segundo que el relato pudiera tener una base real sólida; pero, con todo, había algo sutil y genuinamente terrorífico en él, aunque solo fuese por sus referencias a joyas raras y claramente similares a la maligna tiara que había visto en Newburyport. Quizá los adornos provenían, después de todo, de alguna isla extraña; y podía ser que las disparatadas historias fueran antiguas mentiras del propio Obed más que de este vetusto beodo.

Le pasé la botella a Zadok, y este la apuró hasta la última gota. Era curioso cómo podía aguantar tanto whisky, pues en su voz aguda y sibilante no había el más mínimo rastro de turbiedad. Lamió el morro de la botella, se la metió en el bolsillo y luego comenzó a cabecear y a susurrar algo para sí. Yo me incliné hacia él a fin de captar cualquier palabra coherente que pudiera articular, y me pareció ver una sonrisa

sardónica bajo su manchado y espeso bigote. Sí, estaba diciendo algo, de lo cual logré entender una buena parte:

—Pobre Matt… él siempre'stuvo'n contra… trató de poné a la gente'e su lao, y habló largo y tendío con los pastores… pero fue'n balde… echaron de la ciudá al párroco de l'iglesia congregacioná, y el metoísta se largó… nunca se volvió a vé a Resolved Babcock, el pastó bahtista… la Ira'e Jehová… yo'ra un crío mu pequeño, pero oí lo qu'oí y vi lo que vi… Dagón y Astoret[304]… Belial y Belcebú… el becerro d'oro y los ídolos de Canaán y los filisteos… abominaciones babilónicas… *Mene, mene, tekel, upharsin*…[305].

Calló de nuevo y, por la mirada en sus llorosos ojos azules, temí que pese a todo estuviera al borde de un sopor etílico. Mas al sacudirlo suavemente por el hombro se encaró conmigo en una actitud sorprendentemente alerta y soltó unas cuantas frases más de carácter críptico:

—No me cree, ¿eh? Je, je, je… 'tonces dígame, joven, ¿por qué'l capitán Obed y otros ventitantos hombres solían remá hasta'l arrecife'l Diablo a altas horas de la madrugá y entoná cánticos con tanta fuerza que s'oían por toa la ciudá cuando'l viento soplaba'n la dirección adecuá? ¿Me lo quie decí? Y dígame por qué Obed 'taba siempre dejando caé cosas pesás en las aguas del otro lao'l arrecife onde'l fondo 'esciende abruhtamente com'un precipicio hasta profundidaes insondables. Dígame, ¿qu'hizo con ese chisme'e plomo de forma'straña que le dio Walakea? ¿Eh, muchacho? ¿Y qu'aullaban tos en la víspera'l Primero'e mayo, y también cuando llegaba Halloween? ¿Y por qué los nuevos pastores'e las iglesias, qu'antes eran marineros, visten'sas raras túnicas y se cubren con esas alhajas dorás que traj'Obed? ¿Eh?

Los acuosos ojos azules tenían en aquel momento una mirada casi feroz y enloquecida, y la sucia barba cana se le había erizado de un modo eléctrico. Es probable que el viejo Zadok advirtiera mi temeroso encogimiento, ya que comenzó a reírse en un tono diabólicamente estridente.

—¡Ja, ja, ja, ja! Empieza a'ntenderlo, ¿verdá? Pue que l'habiera gustao sé yo 'n'aquellos días, cuando vía cosas por la noche'n alta ma 'esde la lintehna'n lo alto de mi casa. Oh, créame, los niños s'enteran de má de lo que parece, ¡y no se m'escapaba na de lo que murmuraban acerca'l capitán Obed y la gente qu'iba'l arrecife! ¡Ja, ja, ja! ¿Y si le digo qu'una noche subí con el catalejo'e mi papa a la lintehna y vi'l arrecife plagao'e figuras que se lanzaron al agua'n cuanto salió la luna? Obed y los suyos 'taban 'n'una barca, pero'sas figuras s'arrojaron a las aguas profundas d'el lao má alejao y no volvieron a salí… ¿Qué le parecería sé un mozalbete solo 'n'una lintehna viendo figuras *que no'ran humanas*?… ¿Eh?… Ja, ja, ja, ja…

El viejo estaba poniéndose histérico, y yo comencé a temblar por

una inquietud indefinible. Zadok plantó entonces una garra nudosa en mi hombro, y me pareció que su trepidación no era del todo una de júbilo.

—¿Y si una noche viera cómo tiran un bulto pesao por la borda'e la barca d'Obed má allá del arrecife, y luego s'enterase al día seguiente qu'un joven había desaparecío'e su casa? ¿Eh? ¿Acaso alguien volvió a verle'l pelo a Hiram Gilman? ¿Alguien? ¿Y a Nick Pierce, Luelly Waite, Adoniram Saouthwick o Henry Garrison? ¿Eh? Ja, ja, ja, ja… Figuras qu'hablaban en lengua'e sihnos con sus manos… al menos, las que tenían manos de verdá…

»Pues bien, señó, fue 'n'aquella época cuand'Obed empezó a levantá cabeza. La gente vía sus tres hijas llevando alhajas dorás como nunca naide las había visto llevá, y de la chiminea de la refinería'mpezó a salí humo. Otros prosperaron tambié: el pescao comenzó a'ntrá 'n'el puerto a grané, y Dios sabe los abultaos cargamentos que salían pa Newb'ryport, Arkham y Boston. Fue'ntonces cuand'Obed consiguió qu'hicieran el viejo ramá del ferrocarrí. Algunos pescaores de Kingsport oyeron hablá de las cahturas d'aquí y vinieron en balandras, pero desaparicieron tos. Naide volvió a verlos jamá. Y justo 'n'aquellos días la gente'e la ciudá organizó la Orden Esotérica'e Dagón, y le compró la logia masónica a l'Encomienda del Calvario[306]… ¡ja, ja, ja! Matt Eliot era masón y'staba'n contra'e la venta, pero dejó'e vérselo justo por entonces[307].

»Recuerde, no'stoy diciendo qu'Obed estuviera decidío a que las cosas fueran como 'n'esa isla canaca. No creo que buscara 'n'un principio mehclá su sangre con la d'esos seres, ni tené críos que s'echaran al ma pa convertirse en peces con vía eterna. Él quería'sas joyas d'oro, y'staba dispuesto a pagá un alto precio por ellas, y m'imagino qu'al *resto* le pareció bie por un tiempo…

»Llegao'l cuarentiséis la gente'e la ciudá sacó sus propias conclusiones de lo que vía. Demasiás personas desaparicías, demasiaos sermones descabellaos los domingos en los oficios, demasiaos rumores sobre'se arrecife. Supongo que yo'yudé un poco al contarle al concejá Mowry lo que vía 'esde la lintehna. Una noche un grupo salió hacia'l arrecife siguiendo a los hombres d'Obed, y oí un tiroteo'ntre las barcas. Al día seguiente Obed y otros trentidós 'taban en la carce, y to'l mundo se preguntaba qué se tenían'tre manos y de qué se los podía acusá. Dios mío, si alguien habiera sabío lo que s'avecinaba… un pa de semanas má tarde, después de que durante'se tiempo no s'habiese arrojao na'l agua…

Zadok estaba dando muestras de pavor y agotamiento, así que le dejé guardar silencio durante un rato, aunque ojeando mi reloj con aprensión mientras tanto. La marea había cambiado y estaba subiendo, y el sonido de las olas pareció sacarlo de su

ensimismamiento. Me alegré de la creciente del mar, pues con la marea alta el hedor a pescado quizá se mitigaría un poco. Nuevamente me esforcé por entender los susurros del viejo.

—'Sa noche'spantosa… los vi… yo'staba arriba'n la lintehna… hordas d'ellos… enjambres… ocupando to'l arrecife y'travesando el puerto a nao pa'ntrá por el Manuxet… Dios, lo que pasó'n las calles d'Innsmouth esa noche… sacudieron la puerta'e nuestra casa, pero papa no abrió… luego salió por la ventana'e la cocina con su mosquete pa'ncontrá al concejá Mowry y vé cómo podía ayudá… Montones de muertos y moriúndos… disparos y gritos… voces en Ol' Squar, Taown Squar y New Church Green… asaltaron la carce y soltaron a los presos… proclamas… traición… cuando vino gente'e fuera y vio que faltaba la mitá'e la nuestra, dijeron qu'había sío por culpa d'una peste… no queó naide escepto los que s'unieron a Obed y'sas cosas, y los que mantenieron cerrao el pico… nunca volví a sabé na de mi papa…

El anciano estaba jadeando, y sudando copiosamente. Su mano me apretó el hombro con más fuerza.

—Al llegá la mañana to'staba limpio… pero había *rastros*… Obed s'hizo un poco con el mando y dijo que las cosas iban a cambiá… *otros* participarían con nosotros en los oficios, y ciertas casas tendrían que acogé algunos *güéspedes*… *'sas cosas* querían cruzá su raza con la nuestra como'bían hecho con los canacos, y Obed, por su parte, no se sentía obligao a detenerlas. 'Staba ya mu ido… hablaba del asunto iguá qu'un demente. Dicía qu'ellos nos habían traído pescao y oro, que debían tené aquello qu'ansiaban…

»To seguiría como siempre, visto 'esde fuera; simplemente debíamos cuidarnos d'hablá con los forasteros si sabíamos lo que nos convinía.

»Tos tuvimos qu'hacé el Juramento'e Dagón, y más adelante algunos'e nosotros tambié hicieron un segundo y un tercé juramento. Aquellos qu'ayudaran de manera'speciá, tendrían recompensas especiales (oro y cosas ansí). Er'inútil oponé resistencia, ya qu'había millones d'esas criaturas ahí abajo. Preferían no salí del ma pa'sterminá a l'humanidá, pero si se'escubría su esistencia y se vían obligás, tenían capacidá de sobra pa'cerlo. No teníamos 'sos viejos amuletos pa rechazarlos com'hicieron los pueblos 'e los mares del Sú, y los canacos jamá revelarían sus secretos.

»Si les dábamos suficentes víhtimas de sacrificio, baratijas primitivas y refugio'n la ciudá cuando ellas quisieran, nos dejarían 'tante tranquilos. No molestarían a nengún forastero que pudiera contá cosas fuera'e la ciudá… es decí, si no fisgoneaban. Tos los que formasen parte'e los fieles, en la Orden de Dagón, y sus hijos no morirían jamá, sino que regresarían con Madre Hidra[308] y Padre Dagón

ond'antaño estuvimos tos… *¡Iä! ¡Iä! ¡Cthulhu fhtagn! Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgahnagl fhtagn…*

El viejo Zadok estaba empezando rápidamente a delirar del todo, y yo contuve la respiración. Pobre anciano infeliz… ¡hasta qué lamentables extremos alucinatorios había llevado el alcohol, junto con su odio por la decadencia, el mestizaje y la enfermedad que lo rodeaban, a su fecunda e imaginativa mente! Acto seguido comenzó a gemir, y por las mejillas estriadas le corrieron lágrimas que acabaron perdiéndose en la espesura de su barba.

—Dios, las cosas qu'he visto 'esde que tenía quinz'años… *¡Mene, mene, tekel, upharsin!*… la gente que desaparició, y los que se quitaron la vía… tos los que contaban cosas en Arkham, Ipswich o sitios ansí fueron tildaos de locos, com'usté me consiera ahora mihmo… pero Dios, lo qu'he visto… Hace mucho que m'habrían matao por lo que sé, per'hice los dos primeros Juramentos de Dagón delante d'Obed, ansí qu'estaba protegío a no sé qu'un jurao d'ellos probara que dicía las cosas a sabiendas… pero me negué a'cé el tercé Juramento… antes muerto que eso…

»La cosa'mpeoró en torno a la Guerra'e Secesión, *cuando los niños nacíos 'esde'l cuarentiséis empezaron a crecé*… o sea, algunos d'ellos. Yo tenía miedo; nunca volví a curioseá tras aquella'spantosa noche, y nunca he visto a nenguno de… *ellos*… de cerca'n toa mi vida. Es decí, nenguno de sangre pura. Me fui a la guerra, y d'habé tenío reaños o sentío común n'habría vuelto jamá, sino que m'habría afincao 'n'otra parte. Pero la gente m'escribió diciendo que las cosas no'staban tan ma. Supongo qu'era porque los agentes de reclutamiento andaban por la ciudá a partí del sesentitré. Cuando la guerra'cabó to volvió a'stá iguá de ma. La población comenzó a descendé, se cerraron fahtorías y tiendas, cesó'l comercio por ma y l'arena cegó'l puerto, s'abandonó el ferrocarrí, pero ellos… ellos nunca dejaron de vení 'esde'se maldito arrecife de Satá, subiendo a nao por el río'sta la ciudá… y ca vé se vían má y má ventanas de buhardillas entablonás, y s'oían má y má ruidos en casas onde supuestamente no vivía naide…

»La gente d'otros sitios cuenta historias acerca'e nosotros (m'imagino qu'habrá oío muchas d'ellas, viendo las preguntas qu'hace), historias sobre cosas qu'han visto de ve'n cuando, y sobre 'sas raras joyas que siguen llegando d'alguna parte y n'acaban toas fundías… pero nunca se confirma na. Naide se cree na. Dicen que 'sas alhajas d'oro son d'un tesoro pirata, y ahmiten que quizá la gente d'Innsmouth tenga sangre'stranjera, una'nfermedá o algo. Ademá, los que viven aquí ahuyentan a tantos forasteros como puen, y animan al resto a no curioseá mucho, sobre to por la noche. Las bestias rehuyen las criaturas (los caballos má que las mulas), pero cuando tuvieron autos 'se problema s'acabó.

»‘N’el cuarentiséi el capitán Obed se casó por segunda ve con una mujé *que naide de la ciudá vio nunca*; algunos dicen qu’él no quería, pero que l’obligaron ‘sos seres que lo visitaban; tuvo tres críos con ella: do desaparicieron jóvenes, per’hubo una chiquilla d’aspecto normá que fu’educá ‘n’Europa, y a la qu’Obed consiguió casá al finá mediant’un ardí con un tipo d’Arkham que no sospechaba na. Pero hoy día ya naide quie tené na que ve con la gente d’Innsmouth. Barnabas Marsh, el que lleva’hora la refiniría, ‘s’el nieto d’Obed por parte’e su primera’sposa: el chiquillo d’Onesiphorus, su hijo mayó, *pero su madre’ra otro d’esos a los que jamá se ve’n la calle.*

»El cambio’e Barnabas casi s’ha completao. Ya no pue cerrá los ojos, y su cuerpo’stá totalmente deformao. Dicen que toavía lleva ropa, pero no tardará’n echarse al ma. Pue que l’haya probao ya… a veces visitan el fondo marino por cortas temporás antes d’irse definitíamente. ‘Ce casi die años que no se le ve’n público. No m’imagino como pue sentirse su pobre mujé… ella era d’Ipswich, y’stuvieron a punto de linchá a Barnabas cuando la cortejó haz’unos cincuentipico años. Obed murió ‘n’el setentiocho y toa la seguiente generación ya’a fallecío… los niños de la primera mujé, muertos, y’l resto… sabe Dios…

El rumor de la marea en ascenso era ya muy insistente, y parecía estar cambiando poco a poco el humor del viejo de una autocompasión lacrimosa a un temeroso estado de alerta. De vez en cuando callaba por un instante para retomar esas miradas nerviosas a su espalda o en dirección al arrecife, y, pese lo fantásticamente disparatado de la historia que estaba contando, no pude evitar contagiarme de su vaga inquietud. Zadok adoptó en aquel momento un tono más chillón, y me dio la impresión de que estaba tratando de avivar su valor hablando más alto.

—Eh, ¿por qué no dice algo usté también? ¿Qué le parecería viví ‘n’una ciudá como esta, onde to se’stá podriendo y muriendo, y mostruos ocultos s’arrastran, gimen, ladran y brincan en sótanos y buhardillas a oscuras vaya onde vaya? ¿Eh? ¿Qué le parecería oí noche tras noche los aullíos que salen ‘e las iglesias y’l Templo’e la Orden de Dagón, *y sabé a qué pertenecen parte d’esos aullíos*? ¿Qué le parecería sabé lo que viene ‘esde es’espantoso arrecife ca víspera del Primero’e mayo y del Día de Tos los Santos? ¿Eh? ¿Se piensa qu’este viejo’stá majareta, verdá? Pues bien, señó, *¡deje que le diga qu’eso no es lo peó!*

Zadok estaba hablando verdaderamente a gritos en aquel momento, y el histerismo enloquecido de su voz me turbó más de lo que me gustaría admitir.

—Maldito sea, no se qué ahí sentao mirándome con esos ojos… Le digo qu’Obed Marsh está ahora ‘n’el infierno, ¡y d’ahí no pue salí! Je,

je… ¡'n'el infierno, le digo! No pue cogerme… no he'cho na ni contao na a naide…

»Oh, ¿qu'hablao con usté, joven? Bueno, 'cluso si hasta'hora no l'he dicho na a naide, ¡voy a'cerlo 'n'este momento! Quese quieto y atienda, muchacho, esto's lo que nunca l'he contao a naide… Ya l'he dicho que después de'sa noche no volví a curioseá… *¡pero 'escubrí el asunto igualmente!*

»Quie sabé cuál es el verdaero horró, ¿eh? Pues este es: lo importante no's lo qu'esos demonios con cuerpo de pé *han hecho, ¡sino lo que van a'cé!* 'Stán trayendo a la ciudá cosas d'ese lugá del que vien; llevan años haciéndolo, aunqu'últimamente han aflojao'l ritmo. 'Sas casas al norte'l río entre Water y Main Street 'tán llenas… d'esos demonios *y de lo qu'han traío consigo*… escúcheme, cuando'stén listos… ¿alguna ve ha oío hablá d'un *shoggoth*?…

»Eh, ¿m'está'scuchando? Le digo que sé lo que son 'sas cosas… las vi una noche cuando… ¡EH-AHHH-AH! ¡IIAAHHHH…!

Estuve a punto de desmayarme al oír aquel alarido espantosamente repentino e inhumanamente horrendo del viejo. Sus ojos, que miraban más allá de donde me encontraba en dirección al hediondo mar, estaban verdaderamente desencajados; al tiempo que su semblante era una máscara de terror digna de una tragedia griega. Su garra huesuda se clavaba terriblemente en mi hombro, y no se movió ni un ápice cuando giré la cabeza para ver lo que fuese que hubiera vislumbrado.

Hasta donde yo vi, allí no había nada. Solo la marea ascendente, acompañada tal vez de un grupo de ondas de carácter más local que la línea de olas rompientes que se divisaba a lo lejos. Pero Zadok estaba sacudiéndome, y yo me giré de nuevo hacia él para observar cómo aquel rostro petrificado por el miedo se transformaba en un caos de párpados temblorosos y encías mascullantes. No tardó en recuperar la voz… si bien en forma de un trémulo susurro.

—*¡Váyase d'aquí! ¡Váyase!* Nos han visto… ¡márchese si quie conservá la vía! No se detenga por na… *ahora ya lo saben*… corra… dese prisa… *váyase d'esta ciudá*…

Otra ola pesada rompió contra los holgados bloques de piedra del antiguo muelle, y tornó el susurro del anciano loco en un nuevo grito inhumano y espeluznante.

—¡IIAAHHHH!… ¡IAAAAAAH!

Antes de que pudiera recuperarme de aquel fuerte sobresalto, el viejo ya había soltado mi hombro y corría como un desesperado hacia la calle, donde dobló la esquina del almacén en ruinas y salió dando tumbos en dirección norte.

Eché una ojeada al mar a mi espalda, pero allí no había nada. Y cuando salí a Water Street y miré calle arriba no quedaba ya el más

mínimo rastro de Zadok Allen.

IV

Apenas soy capaz de describir mi estado de ánimo tras el angustioso episodio que acabo de referir; un episodio a un tiempo lastimoso y demencial, grotesco y aterrador. El chico de la tienda de alimentación me había preparado para él, pero así y todo, la realidad me dejó sobrecogido y desconcertado. Pese a lo pueril de su historia, la actitud irracionalmente sincera y horrorizada del viejo Zadok me había transmitido un creciente desasosiego que se sumó a mi aversión previa hacia la ciudad y la intangible y sombría plaga que la azotaba.

Ya habría tiempo de analizar el relato para extraer de él algún núcleo de alegoría histórica; lo que quería en aquel momento era quitármelo de la cabeza. Se había hecho peligrosamente tarde -mi reloj marcaba las 7:15 p.m., y el autobús de Arkham salía de Town Square a las ocho-, así que traté de adoptar un estado mental lo más neutro y práctico posible, mientras recorría a paso rápido las calles desiertas de tejados hundidos y casas inclinadas en dirección al hotel en cuya consigna había dejado mi maleta y junto al que encontraría mi autobús.

Aunque la luz dorada del incipiente atardecer confería a los viejos tejados y a las chimeneas decrépitas un aire místicamente bello y apacible, no podía evitar mirar de vez en cuando a mi espalda. Marcharme de aquella ciudad maloliente y ensombrecida por el miedo me iba a producir sin duda una gran alegría, y sentí el deseo de que hubiera algún otro vehículo en el que hacerlo que no fuera el autobús conducido por ese tipo de aspecto siniestro, Sargent. Con todo, no me di excesiva prisa, ya que había detalles arquitectónicos dignos de observación en cada esquina silenciosa; y, según calculé, podía cubrir con facilidad la distancia necesaria en media hora.

Después de estudiar el mapa del joven de la tienda en busca de una ruta que no hubiera transitado ya, elegí Marsh Street en vez de State para mi aproximación a Town Square. Cerca de la esquina de Fall Street comencé a ver corrillos dispersos de gente que cuchicheaba, y cuando por fin llegué a la plaza vi que la práctica totalidad de los holgazanes que había en el lugar estaban reunidos en torno a la puerta del Gilman House. Mientras recogía mi maleta en la recepción del hotel, sentí como si un gran número de ojos fijos, saltones y acuosos me estuvieran observando de un modo extraño, y deseé que ninguno de aquellos desagradables personajes fuera a acompañarme durante el viaje en autobús.

Este llegó traqueteando, con cierta antelación y tres pasajeros a bordo, un poco antes de las ocho, y un tipo con pinta siniestra que había en la acera le dijo en voz baja al conductor unas palabras que no logré distinguir[309]. Sargent lanzó fuera del vehículo una saca de correo y un rollo de periódicos y entró en el hotel, mientras los pasajeros -los mismos hombres que había visto bajarse en Newburyport esa mañana- salían a la acera arrastrando los pies y cruzaban quedamente algunas palabras guturales con uno de los holgazanes de la plaza en un idioma que habría podido jurar que no era inglés. Yo me subí al autobús vacío y ocupé el mismo asiento de la vez anterior, pero casi ni me había acomodado cuando Sargent volvió a aparecer y comenzó a mascullar algo con una voz ronca y peculiarmente repulsiva.

Al parecer, me había tocado la negra. Se había producido algún problema con el motor, a pesar de la excelente rapidez con la que había hecho el trayecto desde Newburyport, y el autobús no podía completar el viaje hasta Arkham. No, era imposible que pudieran tenerlo reparado para esa noche, ni había ningún otro medio de transporte para Arkham o cualquier otro sitio desde allí. Sargent lo sentía, pero iba a tener que pasar la noche en el Gilman. Seguramente el recepcionista me haría un buen precio por la estancia, pero no había otra opción. Casi aturdido por aquel repentino obstáculo, y fuertemente horrorizado por la perspectiva de la caída de la noche en aquella ciudad ruinosa y con escasa iluminación urbana, salí del autobús y entré nuevamente en el vestíbulo del hotel, donde el recepcionista nocturno, un hombre hosco y de aspecto extraño, me dijo que podía alojarme en la habitación 428 del penúltimo piso -espaciosa, pero sin agua corriente- por un dólar.

A pesar de lo que había oído en Newburyport sobre el hotel, firmé el registro, pague el dólar, dejé que el recepcionista cogiese mi maleta y seguí a aquel encargado solitario y con cara de pocos amigos por tres tramos ascendentes de escaleras que atravesaban pasillos polvorientos en los que no había ningún signo visible de vida. Mi habitación, un lúgubre cuarto en la parte de atrás del hotel con dos ventanas y un mobiliario barato y austero, daba a un patio mugriento rodeado en sus demás lados por unos edificios bajos y abandonados de ladrillo, y desde ella se dominaba una extensión de tejados destartalados que terminaba en un campo pantanoso al oeste de la ciudad. Al final del pasillo había un cuarto de baño: una deprimente reliquia con un antiguo retrete de mármol, una bañera de zinc, una débil luz eléctrica y paneles de madera mohosa en torno a los sanitarios.

Como aún era de día, bajé a la plaza para buscar algo de cena, y al hacerlo reparé en que los desagradables tipos que andaban

holgazaneando por allí me miraban de manera extraña. Al estar cerrada la tienda de comestibles, me vi obligado a entrar en el restaurante que había evitado antes, el cual atendían un hombre encorvado de cabeza estrecha y ojos de mirada fija que nunca parpadeaban, y una muchacha de nariz chata y manos increíblemente gruesas y torpes. El servicio era únicamente de barra, y me alivió descubrir que gran parte de lo que se servía era a todas luces comida envasada y de lata. Un tazón de sopa de verduras acompañado de galletas saladas fue cena suficiente para mí, y no tardé en encaminarme de vuelta a mi triste habitación en el Gilman, cogiendo un periódico de la tarde y una revista salpicada de excrementos de mosca del revistero desvencijado que el recepcionista malcarado tenía junto al mostrador.

Cuando avanzó el crepúsculo encendí la solitaria y mustia bombilla eléctrica que había encima de la cama de hierro barata y traté de continuar como pude la lectura que había iniciado. Me pareció conveniente mantener la mente totalmente ocupada, ya que no me iba a ayudar en nada pensar de manera obsesiva en las rarezas de aquella antigua ciudad ensombrecida por la calamidad mientras me encontrara aún dentro de sus límites. La descabellada historia que había oído de los labios del viejo borracho no auguraba sueños muy agradables, y me parecía que debía mantener la imagen de sus ojos acuosos y desorbitados lo más lejos posible de mi imaginación.

Tampoco debía pensar en lo que aquel inspector de fábricas había contado al taquillero de Newburyport sobre el Gilman House y las voces de sus ocupantes nocturnos; ni en eso ni en el rostro bajo la tiara en el oscuro umbral de la iglesia; el rostro cuyo carácter horrendo mi mente consciente no era capaz de explicar. Quizá me habría resultado más sencillo mantener mis pensamientos alejados de temas perturbadores si el cuarto no hubiera olido tan repulsivamente a moho y humedad. En aquellas condiciones, dicha característica nefasta se mezclaba de manera horrible con el hedor a pescado que flotaba por toda la ciudad y hacía que uno no pudiera dejar de evocar imágenes de muerte y putrefacción en su cabeza.

Otra cosa que me inquietaba era la ausencia de cerrojo en la puerta de mi habitación. Había tenido uno, tal como claramente indicaban las marcas en ella, pero había señales de que lo habían quitado recientemente. No cabía duda de que se había roto, como tantas otras cosas en aquel edificio ruinoso. Dado mi nerviosismo me puse a buscar por la habitación, y encontré en el ropero un cerrojo que parecía tener el mismo tamaño, a juzgar por las marcas, que el que había habido anteriormente en la puerta. A fin de aliviar un poco mi estado general de tensión me atareé en colocar aquella pieza de ferretería en el espacio dejado por su homóloga con ayuda de un práctico utensilio

multiusos con destornillador que tenía en el llavero. El cerrojo encajó a la perfección, y sentí un cierto alivio cuando tuve la seguridad de que podría dejarlo firmemente echado al acostarme. No es que temiera realmente que fuese a necesitarlo, pero cualquier símbolo de seguridad era bienvenido en un entorno como aquel. Había unos cerrojos aceptables en las dos puertas laterales del cuarto a las habitaciones contiguas, los cuales procedí a echar.

No me desvestí, sino que decidí leer hasta que me entrara sueño y luego tumbarme en la cama quitándome únicamente la chaqueta, el cuello de la camisa y los zapatos. Tras coger una linterna de la maleta, me la guardé en un bolsillo del pantalón, para así poder leer la hora si me despertaba más tarde a oscuras. La somnolencia, sin embargo, no llegó; y cuando me paré a analizar mis pensamientos, descubrí para mi intranquilidad que en realidad me hallaba inconscientemente a la escucha -a la escucha de algo que me aterrorizaba, pero no era capaz de identificar-. La historia de aquel inspector debía de haber afectado más mi imaginación de lo que sospechaba. Intenté de nuevo retomar la lectura, pero vi que no conseguía avanzar.

Al cabo de un rato me pareció oír crujir las escaleras y los pasillos a intervalos como si hubiera gente pasando por ellos, y me pregunté si las demás habitaciones estaban empezando a llenarse. Sin embargo, no sentí ninguna voz, y me dio la sensación de que los crujidos traslucían de manera sutil una cierta voluntad de pasar desapercibido. Aquello no me agradó, y sopesé si era verdaderamente aconsejable tratar de dormir. Innsmouth albergaba a gente rara, y era un hecho que se habían producido varias desapariciones en la localidad. ¿Acaso el hotel en que me encontraba era uno de esos en los que asesinaban a viajeros para quedarse con su dinero? Por descontado, mi aspecto no reflejaba excesiva prosperidad. ¿O alcanzaba realmente tales extremos el resentimiento de los lugareños hacia los visitantes curiosos? ¿Había suscitado mi recorrido obviamente turístico, con sus frecuentes consultas al mapa, una atención desfavorable? Pensé que debía de encontrarme muy alterado para permitir que unos cuantos crujidos fortuitos desencadenaran en mí especulaciones como aquellas, pero aun así lamenté estar desarmado.

Finalmente, sintiendo una fatiga desprovista de cualquier componente de somnolencia, corrí el cerrojo recién instalado en la puerta del pasillo, apagué la luz y me tiré sobre el duro e irregular colchón de la cama, con la chaqueta, el cuello de la camisa, los zapatos y todo lo demás. En la oscuridad cada mínimo ruido nocturno parecía magnificarse, y me asaltó una oleada de pensamientos mucho más desagradables que antes. Lamenté haber apagado la luz, aunque me encontraba demasiado cansado como para levantarme y encenderla de nuevo. Entonces, tras un largo y sombrío intervalo, y

con una nueva serie de crujidos en las escaleras y el pasillo como preámbulo, se oyó ese sonido débil y terriblemente inconfundible que pareció constituir en cierto modo una maligna materialización de todos mis temores. Sin la menor sombra de duda, alguien en el pasillo estaba intentando abrir la puerta de mi habitación -de forma cuidadosa, sigilosa, tentativa- con una llave.

Mis sensaciones al reconocer esta señal de peligro real se volvieron menos tumultuosas, en vez de lo contrario, por causa de mis vagos miedos previos. Me había encontrado, pese a no tener ninguna razón concreta para ello, instintivamente en guardia; y esto suponía una ventaja en aquella nueva crisis real, resultara lo que resultara ser luego. No obstante, el que la amenaza hubiera pasado de ser una premonición imprecisa a una realidad inmediata me causó un profundo impacto, y cayó sobre mí con la fuerza de un golpe físico. En ningún momento se me pasó por la cabeza que aquel intento de abrir mi puerta pudiera deberse a una simple equivocación. La única posibilidad en mi mente era que tuviera propósitos perversos, así que me mantuve en un silencio sepulcral, a la espera del siguiente movimiento del potencial intruso.

Al cabo de un rato cesaron las sacudidas cautelosas del picaporte, y oí cómo entraban en la habitación al norte de la mía con una llave maestra. Luego intentaron abrir sin hacer ruido la puerta de conexión con mi cuarto. El cerrojo lo impidió, por supuesto, y sentí crujir el suelo de la habitación contigua mientras el merodeador la abandonaba. Momentos después se oyó otra sigilosa sacudida de un picaporte, y supe que estaban entrando en la habitación situada al sur. Se produjo otra discreta tentativa de abrir una puerta de conexión con el cerrojo echado, y otro crujido del suelo por pasos en retirada; pero esta vez los crujidos continuaron por el pasillo y escaleras abajo, de lo cual deduje que el merodeador había comprendido que las puertas de mi habitación estaban cerradas con cerrojo y había desistido de su intento por largo o corto tiempo, según diría el futuro.

La presteza con que puse en marcha un plan de acción demuestra que debía de haber estado temiendo alguna amenaza y considerando posibles vías de escape de manera subconsciente durante horas. Desde el primer momento tuve la sensación de que el merodeador oculto representaba un peligro con el que no había que encontrarse o enfrentarse, sino del que únicamente había que huir de manera tan presurosa como fuese posible. Mi objetivo tenía que ser salir de aquel hotel vivo y tan rápido como pudiese, y por otra ruta que no fueran las escaleras principales y el vestíbulo.

Tras levantarme con cuidado de la cama y proyectar el haz de mi linterna sobre el interruptor, traté de encender la bombilla que había encima de la cama con idea de seleccionar y guardarme en los

bolsillos algunas pertenencias para una veloz huida sin mi maleta. Sin embargo, no ocurrió nada; y comprendí que habían cortado la electricidad. Claramente, se estaba ejecutando alguna clase de maquinación misteriosa de gran envergadura, aunque no alcanzaba a adivinar en qué consistía exactamente. Mientras cavilaba allí de pie con la mano puesta en el entonces inútil interruptor oí un crujido apagado procedente del piso de abajo, y me pareció distinguir con gran dificultad unas voces que conversaban; pero instantes después ya no estuve tan seguro de que los sonidos más graves que escuchaba fueran voces, dado el escaso parecido con el habla humana conocida de aquellos aparentes ladridos roncos y croares silabeados. Y entonces me vino a la cabeza con fuerza renovada lo que el inspector de fábricas había oído por la noche en aquel pestilente y enmohecido edificio.

Cuando terminé de llenarme los bolsillos con ayuda de la linterna, me puse el sombrero y fui de puntillas hasta la ventana a fin de considerar las posibilidades de descender por esa ruta. Pese a la normas estatales de seguridad no había escalera de incendios en aquel lado del hotel, y vi que mis ventanas daban únicamente a una caída vertical de tres pisos hasta el patio adoquinado. A izquierda y derecha, sin embargo, había pegados al hotel unos antiguos edificios comerciales de ladrillo, cuyos tejados inclinados subían hasta una distancia razonable para saltar a ellos desde el tercer piso en que me encontraba. Si quería alcanzar cualquiera de estas hileras de construcciones tendría que hacerlo desde una de las habitaciones siguientes a las dos contiguas a la mía -en un caso al norte y en el otro al sur- y mi mente se puso inmediatamente a calcular cuáles eran mis posibilidades de llegar a cada una de ellas.

Resolví que no podía arriesgarme a salir al pasillo, donde sin duda mis pasos se oirían, y donde los obstáculos para acceder a la habitación deseada serían insalvables. Mi avance, de ser realmente viable, tendría que ser a través de las puertas de factura menos recia que comunicaban entre sí las habitaciones, cuyos picaportes y cerrojos tendría que forzar violentamente, utilizando mi hombro como ariete cada vez que se negaran a cederme el paso. Pensé que ello sería posible por lo destartalado del edificio y sus elementos, pero era consciente de que no podría hacerlo de manera silenciosa. Tendría que confiar exclusivamente en mi rapidez, y en tener la opción de llegar a una ventana antes de que las fuerzas hostiles que pudiera haber se coordinaran lo suficiente como para abrir con una llave maestra la puerta que les condujese hasta mí. La principal de mi habitación, la reforcé empujando la cómoda contra ella -poco a poco, para hacer el menor ruido posible.

Me daba cuenta de que tenía muy pocas probabilidades de

conseguirlo, y estaba totalmente preparado para afrontar cualquier calamidad. Incluso si conseguía alcanzar el tejado de otro edificio seguiría estando en problemas, pues entonces tendría aún que llegar al suelo y escapar de la ciudad. Pero un elemento a mi favor era el estado de ruina y abandono de los edificios contiguos al hotel, y el número de oscuros tragaluces que se abrían en cada fila de ellos.

Deduciendo por el mapa del chico de la tienda de alimentación que la mejor ruta para salir de la ciudad era dirigirse al sur, eché primero un vistazo a la puerta de ese lado de la habitación. Estaba diseñada para abrirse en mi dirección, de lo cual concluí -tras descorrer el cerrojo y encontrarla bloqueada por otros seguros- que no era una candidata propicia para su forzamiento. Descartándola en consecuencia como vía de escape, desplacé con cuidado la cama hasta la puerta al objeto de dificultar cualquier asalto que pudiera realizarse más tarde contra esta desde la habitación contigua. La puerta de la pared norte se abría hacia fuera, por lo que supe -pese a que resultó estar cerrada con llave o cerrojo desde el otro lado- que aquella debía ser mi salida. Si lograba llegar a los tejados de los edificios de Paine Street y luego descender hasta el nivel de la calle, tal vez podría atravesar rápidamente el patio y los edificios adyacentes o situados enfrente hasta Washington o Bates, o si no, salir por Paine y después torcer cautelosamente por Washington en dirección sur. En cualquier caso, me iba a proponer llegar a esta última de un modo u otro y salir rápidamente de los alrededores de la plaza. Prefería evitar Paine Street, ya que cabía la posibilidad de que el parque de bomberos en esa calle permaneciera abierto toda la noche.

Mientras pensaba en todo esto lancé la vista por encima del sórdido mar de tejados en desmoronamiento que había a mis pies, iluminados entonces por los rayos de una luna que pocos días antes estaba llena[310]. A la derecha el negro tajo de la garganta del Manuxet hendía el panorama, con fábricas abandonadas y la estación del ferrocarril aferradas como lapas a sus costados. Más allá de ella la herrumbrosa vía del tren y el camino de Rowley se alejaban atravesando una llanura pantanosa salpicada de islotes de tierra más elevada y seca cubierta de matorrales. A la izquierda el campo surcado de canales mareales quedaba más cerca, con el estrecho camino a Ipswich reluciendo como una línea blanca a la luz de la luna. Desde el lado del hotel en el que me hallaba no podía ver la ruta sur hacia Arkham que había tomado la determinación de coger.

Me encontraba haciendo cábalas indecisas sobre el momento más conveniente para atacar la puerta norte, y sobre cómo podía hacerlo causando el menor ruido posible, cuando advertí que los vagos ruidos en el piso inferior se habían visto sustituidos por nuevos crujidos de las escaleras, esta vez más fuertes. A través del montante de mi puerta

se vio un parpadeo luminoso, y los tablones del suelo del pasillo comenzaron a rechinar bajo una pesada carga. Unos sonidos apagados de posible origen vocal se aproximaron, y finalmente una firme llamada sonó en la puerta principal de mi habitación.

Durante un instante simplemente contuve la respiración y esperé. Parecieron transcurrir varias eternidades, y tuve la impresión de que el nauseabundo olor a pescado del entorno se había intensificado de manera súbita e impactante. Entonces se repitió la llamada, ahora sin interrupción, y con creciente insistencia. Me di cuenta de que había llegado la hora de actuar, e inmediatamente descorrí el cerrojo de la puerta que conectaba con la habitación al norte y me preparé para la tarea de abrirla a empellones. Los golpes en la puerta se hicieron más fuertes, y tuve la esperanza de que su ruido amortiguara el de mis esfuerzos. Dando comienzo por fin a mi intento, embestí una y otra vez la delgada hoja de madera con el hombro izquierdo, haciendo caso omiso de la conmoción y el dolor. La puerta resistió más aún de lo que había esperado, pero no cejé en el empeño. Y mientras tanto el persistente estrépito en la puerta principal siguió creciendo.

Finalmente, la puerta de conexión cedió, pero con tal estruendo que sabía que tenían que haberlo oído fuera. De inmediato los golpes en la puerta del pasillo se convirtieron en un violento aporreo, al tiempo que unas llaves sonaban ominosamente en las puertas principales de las habitaciones a ambos lados de la mía. Atravesando a toda prisa el acceso recién franqueado, conseguí echar el cerrojo de la puerta al pasillo de la habitación del norte antes de que pudieran accionar el picaporte; pero mientras lo hacía oí cómo en la tercera habitación -aquella desde cuya ventana había albergado esperanzas de alcanzar el tejado de abajo- alguien trataba de abrir la puerta principal con una llave maestra.

Por un instante sentí una desesperación absoluta, dado que mi acorralamiento en una estancia sin vía de escapatoria por la ventana parecía un hecho consumado. De repente me invadió un horror casi antinatural, y concedí una singularidad terrible pero inexplicable a las huellas vislumbradas a la luz de mi linterna que había dejado en el polvo el intruso que escasos minutos antes había intentado abrir la puerta de mi habitación desde aquella en que me encontraba ahora. Entonces, con un aturdido automatismo que se mantuvo pese a la desesperanza, me dirigí a la siguiente puerta de conexión y la empujé en un intento a ciegas de pasar al otro lado y -suponiendo que sus mecanismos de cierre estuvieran tan providencialmente intactos como en aquella segunda habitación- echar el cerrojo de la puerta principal antes de que pudieran abrirla desde el pasillo.

La pura fortuna quiso concederme una oportunidad de salir vivo de allí, ya que la puerta ante mí no solo no tenía la llave echada, sino que

de hecho estaba entreabierta. Un segundo después ya la había atravesado, y tenía mi rodilla y mi hombro derechos contra una puerta principal que se estaba abriendo hacia dentro de manera visible. Mi presión cogió indudablemente desprevenido a quien estuviera al otro lado de ella, pues esta se cerró nada más empujarla, de tal suerte que pude deslizar el sólido cerrojo tal como había hecho con la otra puerta. Mientras conseguía aquel respiro percibí cómo remitían los furiosos golpes en las otras dos puertas del pasillo, al tiempo que llegaba a mis oídos un confuso estrépito de sacudidas de la puerta de conexión en la que había puesto la cama a modo de obstáculo. Era evidente que el grueso de mis asaltantes había entrado en la habitación del sur y estaba atacando en tromba por vía lateral. Pero en ese mismo instante una llave maestra sonó en la siguiente puerta al norte, y comprendí que había otro peligro más inminente cerniéndose sobre mí.

La puerta de conexión de la habitación al norte estaba abierta de par en par, pero no había tiempo para pensar en impedir la entrada por su puerta principal, pues esta ya estaba abriéndose. Tan solo pude cerrar y echar el cerrojo de la puerta de conexión, así como de su hermana en la pared opuesta, empujar una cama contra la primera y una cómoda contra la segunda, y mover un palanganero hasta ponerlo delante de la puerta al pasillo. Me veía en la necesidad de confiar en estas barreras improvisadas hasta que pudiera salir por la ventana y llegar al tejado del edificio en Paine Street. Pero incluso en aquel momento crítico lo que más me aterraba no era la debilidad de mis defensas: temblaba porque ninguno de mis perseguidores -pese a que se oían de vez en cuando horrendos jadeos, gruñidos y ladridos apagados- estaba profiriendo ni un solo sonido vocal claro e inteligible.

Mientras desplazaba el mobiliario y me dirigía sin perder un segundo a las ventanas oí un aterrador correteo por el pasillo hacia la habitación al norte de la mía, y advertí que habían cesado los embates sobre la puerta al sur. Estaba claro que la mayoría de mis oponentes se disponían a concentrar sus esfuerzos en la débil puerta de conexión que sabían que les conduciría directamente hasta mí. En el exterior, la luna rielaba sobre la cumbrera del edificio a mis pies, y me di cuenta de que el salto sería extremadamente peligroso por lo empinado de la superficie sobre la que tenía que aterrizar.

Tras analizar las condiciones, elegí como vía de escape la ventana que estaba más al sur de las dos, planeando caer sobre la vertiente interior del tejado y dirigirme al tragaluz más próximo. Una vez dentro de una de las ruinosas construcciones de ladrillo tendría que contar con que me perseguirían; pero esperaba poder descender hasta el lóbrego patio y atravesarlo rápidamente escondiéndome durante mi

avance en las cavernosas entradas que se abrían en su perímetro, hasta llegar por fin a Washington Street y abandonar sigilosamente la ciudad en dirección sur.

Los repetidos golpes en la puerta que comunicaba con la habitación al norte eran ya terribles, y vi que la fina hoja de madera estaba comenzando a astillarse. Era obvio que los asaltantes habían cogido algún objeto pesado para utilizarlo a modo de ariete. La cama, no obstante, todavía se mantenía firme en su sitio, por lo que tenía al menos una pequeña posibilidad de llevar a cabo con éxito mi huida. Al abrir la ventana reparé en que estaba flanqueada por unas gruesas cortinas de velour suspendidas de una barra con anillas de latón, y también en que había un gran gancho para retener las contraventanas que sobresalía de la pared exterior. Al ver en todo ello un posible medio de evitar el peligroso salto, tiré de las cortinas hasta descolgarlas, con barra y todo; y luego enganché rápidamente dos de las anillas en el retenedor de la contraventana y dejé caer las cortinas por fuera. Los pesados pliegues llegaban totalmente hasta el tejado contiguo, y vi probable que las anillas y el retenedor soportaran mi peso. De modo que, tras salir por la ventana y bajar por la improvisada escala de cuerda, dejé atrás para siempre las malsanas estancias infestadas de horrores del Gilman House.

Alcancé sin incidentes las sueltas pizarras de la empinada cubierta, y conseguí llegar al abierto y tenebroso tragaluz sin sufrir ningún resbalón. Al levantar la vista hacia la ventana por la que había salido, observé que seguía a oscuras, aunque lejos al norte avisté entre las chimeneas en ruinas unas luces que brillaban ominosamente en el Templo de la Orden de Dagón, la iglesia baptista y la iglesia congregacional cuyo recuerdo me resultaba tan escalofriante. No parecía haber nadie abajo en el patio, y esperé poder tener la oportunidad de huir antes de que se propagase una alarma general. Cuando iluminé el interior del tragaluz con mi linterna, vi que no había ninguna escalera para descender. No obstante, la distancia era pequeña, así que pasé a gatas sobre el borde del tragaluz y salté, cayendo sobre un suelo polvoriento lleno por todas partes de cajas y barriles carcomidos.

El lugar tenía un aspecto macabro, pero este tipo de impresiones habían dejado ya de importarme y me dirigí enseguida hacia la escalera que mi linterna había revelado -después de una rápida ojeada a mi reloj, que marcaba las dos de la mañana-. Los peldaños crujían, pero parecían suficientemente sólidos; de modo que me apresuré en descender hasta la planta baja pasando antes por un primer piso semejante al de un granero. La desolación era total, y solo el eco respondía a mis pisadas. Finalmente llegué al vestíbulo inferior, en cuyo extremo vi un rectángulo débilmente luminoso que señalaba la

ruinosa salida a Paine Street. Yendo en dirección contraria, encontré la puerta trasera también abierta, y salí a toda prisa por ella bajando cinco escalones de piedra hasta la superficie adoquinada e invadida de hierbajos del patio.

La luz de la luna no llegaba allí abajo, pero veía lo suficiente como para orientarme sin tener que encender la linterna. Algunas de las ventanas del Gilman House brillaban débilmente, y me pareció oír ruidos confusos que provenían del interior. Mientras avanzaba con paso silencioso hacia el lado de Washington Street distinguí varios accesos abiertos, y elegí el más cercano como mi vía de salida. El pasillo de dentro estaba a oscuras, y cuando alcancé el extremo opuesto vi que la puerta a la calle estaba cerrada y bloqueada con cuñas. Decidido a intentarlo con otro edificio, regresé a tientas por el pasillo en dirección al patio, pero me detuve en seco cuando me encontraba ya cerca del acceso al exterior.

Pues por una puerta que se había abierto en el Gilman House estaba saliendo una gran multitud de figuras que no inspiraban ninguna confianza, con faroles que se bamboleaban en la oscuridad y unas horribles voces croantes que intercambiaban gritos apagados en un lenguaje que con toda seguridad no era inglés. Las figuras se movían con aire vacilante, y me di cuenta para mi alivio de que no sabían adónde había ido; pero así y todo me provocaron un escalofrío de horror que me recorrió de pies a cabeza. No podía distinguir sus facciones, pero sus andares encorvados y torpes, arrastrando los pies, eran abominablemente repelentes. Pero lo peor de todo fue que advertí que una de ellas iba extrañamente ataviada con una túnica, y tocada de manera inconfundible con una alta tiara cuyo diseño me resultaba más que familiar. A medida que las figuras se iban desplegando por el patio, noté cómo mi miedo se intensificaba. ¿Qué pasaría si no hallaba ninguna salida a la calle en aquel edificio? El hedor a pescado era aborrecible, y me pregunté si sería capaz de soportarlo sin desmayarme. Avanzando otra vez a tientas en dirección a la calle, abrí una puerta que daba fuera del pasillo y encontré una habitación vacía cuyas ventanas estaban firmemente cerradas por postigos, pero que no tenían cristales. Tras inspeccionarlas manualmente a la luz de mi linterna, descubrí que los postigos se podían abrir; de modo que, instantes después, había salido ya por una de ellas y estaba cerrando con cuidado el hueco para dejarla tal como estaba en un principio.

Me encontraba ahora en Washington Street, y de momento no veía ningún ser vivo ni otra luz que no fuese la de la luna. No obstante, podía oír a lo lejos en varias direcciones ecos de voces roncas, de pasos y de una especie de curioso y leve golpeteo contra el pavimento que no sonaba del todo como pisadas humanas. Era evidente que no

tenía tiempo que perder. Tenía perfectamente ubicados los puntos cardinales, y me alegraba que todas las farolas estuvieran apagadas, como es muchas veces costumbre durante las noches de luna brillante en las zonas rurales deprimidas. Algunos de los sonidos venían del sur, pero aun así mantuve mi plan de escapar en esa dirección. Sabía que habría abundantes entradas abandonadas donde esconderme en caso de que me topara con cualquier persona o grupo con aspecto de estar buscándome.

Avancé con paso ligero y silencioso, y pegado a las ruinosas casas. Pese a encontrarme sin sombrero y despeinado tras mi arduo descenso desde la ventana, mi aspecto no llamaba especialmente la atención, y tenía bastantes posibilidades de que me ignoraran si me veía forzado a un encuentro casual con algún transeúnte. En Bates Street me refugié en un espacioso vestíbulo mientras dos figuras pasaban frente a mí arrastrando los pies, pero poco después me había puesto otra vez en camino y me estaba aproximando a la explanada donde Eliot Street atraviesa oblicuamente Washington en la intersección de esta última con South. Aunque era la primera vez que veía aquel lugar, me había parecido peligroso en el mapa del joven de la tienda de alimentación, dado que la luz de la luna campaba allí a sus anchas. No tenía sentido tratar de evitarla, pues cualquier ruta alternativa implicaba un rodeo de visibilidad posiblemente desastrosa y efecto dilatorio. Lo único que podía hacer era cruzarla de manera audaz y abierta, imitando lo mejor que supiese la forma típica de andar de la gente de Innsmouth, arrastrando los pies, y confiando en que allí no hubiera nadie -o al menos ninguno de mis perseguidores.

No tenía la menor idea de hasta qué punto se trataba de una caza organizada, ni de cuál era realmente su propósito. Parecía haber una actividad inusual en la ciudad, pero concluí que las noticias de mi huida del Gilman aún no se habían difundido. Naturalmente, tendría que cambiar pronto de Washington a otra calle que fuera hacia el sur, ya que aquellos perseguidores del hotel andarían sin duda tras mis pasos. Lo más seguro es que hubiera dejado algunas huellas en el polvoriento suelo de aquel último edificio decrépito, que revelarían cómo había llegado a la calle.

La explanada se hallaba, tal como había esperado, fuertemente iluminada por la luna; y en su centro vi los restos de una especie de parque ajardinado y rodeado por una verja de hierro. Por suerte no había nadie en la zona, aunque un curioso rumor o clamor de algún tipo parecía oírse cada vez con más fuerza en la dirección de Town Square. South Street era muy ancha, conducía directamente hasta los muelles en una suave bajada y ofrecía una larga vista del mar a lo lejos; y yo esperé que no hubiera nadie mirando calle arriba desde la distancia mientras la cruzaba en medio de la brillante claridad lunar.

Nada me salió al paso, y no surgió ningún nuevo sonido que diera a entender que alguien me había visto. Tras echar una ojeada a mi alrededor, reduje involuntariamente el ritmo por un segundo para contemplar el mar al final de la calle: una visión esplendorosa a la fúlgida luz de la luna. Más allá del espigón se adivinaba la oscura línea del arrecife del Diablo, y mientras la observaba no pude evitar acordarme de todas las espantosas leyendas que había oído en las últimas treinta y cuatro horas: leyendas que retrataban aquella roca irregular como una auténtica puerta a reinos de horror insondable y aberraciones inconcebibles.

Entonces, de improviso, vi unos destellos intermitentes en el distante arrecife. Eran claros e inequívocos, y despertaron en mí un horror ciego más allá de toda medida racional. Mis músculos se tensaron para huir, incitados por el pánico y frenados únicamente por una cierta cautela inconsciente y una fascinación medio hipnótica. Y, por si aquello no fuera suficiente, desde la alta linterna del Gilman House, que se alzaba a mi espalda en dirección nordeste, se proyectó a continuación una serie de destellos análogos, aunque espaciados de manera diferente que solo podían ser una señal de respuesta.

Tomando el control de mis miembros, y recordando lo claramente expuesto que me hallaba, volví a mi anterior paso ligero y fingidamente desgarbado, aunque sin quitar en ningún momento los ojos de aquel diabólico e inquietante arrecife mientras la amplitud de South Street me permitió ver el mar. No alcanzaba a imaginar cuál era el significado de todo aquel suceso, a menos que tuviera que ver con algún tipo de rito extraño vinculado al arrecife del Diablo, o que un grupo de hombres hubiera desembarcado en ese escollo siniestro. Me desvié en aquel momento hacia la izquierda para rodear el abandonado parque, mirando aún en dirección al océano mientras este resplandecía bajo la espectral luna del estío, y observando los enigmáticos destellos de aquellos faros desconocidos e inexplicables.

Fue entonces cuando me golpeó la impresión más horrible de todas: la impresión que destruyó el último vestigio de autocontrol que me quedaba y me hizo echar a correr frenéticamente hacia el sur pasando frente a las puertas de tenebrosos vanos abismales y a las ventanas de mirada vidriosa de aquella desierta calle de pesadilla; ya que al mirar con más atención vi que las iluminadas aguas entre el arrecife y la orilla distaban mucho de estar vacías. Bullían con una horda de figuras que estaban nadando en dirección a la ciudad; e incluso a la enorme distancia a la que me encontraba y en el único instante en que las contemplé pude distinguir que las cabezas que subían y bajaban y los brazos que se agitaban en las aguas eran extraños y aberrantes de un modo apenas expresable o descriptible en términos conscientes.

Mi desesperada carrera cesó antes de que hubiese cubierto una manzana, ya que a mi izquierda comencé a oír algo parecido al revuelo de una partida organizada de caza al hombre. Había pasos y sonidos guturales, y un automóvil bajaba hacia el sur por Federal Street emitiendo un rumor sibilante. En un segundo todos mis planes dieron un vuelco; ya que, si el camino del sur quedaba bloqueado delante de mí, era obvio que debía hallar otra ruta de salida de Innsmouth. Hice un alto en mi marcha y me guarecí en una entrada abierta, mientras pensaba en lo afortunado que había sido por haber dejado atrás la explanada iluminada por la luna antes de que aquellos perseguidores bajaran por la calle paralela.

Mi segunda reflexión fue menos confortante. Puesto que dichos perseguidores estaban bajando por otra calle, era evidente que no andaban buscándome directamente. No me habían visto, sino que seguían un plan general dirigido a cortar mi huida. Lo cual implicaba, no obstante, que en todos los caminos que salían de Innsmouth había patrullas similares, ya que sus habitantes no podían haber sabido qué ruta pretendía tomar yo. De ser así, tendría que llevar a cabo mi retirada campo a través, alejándome de cualquier camino; pero ¿cómo iba a poder hacerlo en vista del carácter pantanoso y profuso en canales de toda la región circundante? Por un momento sentí que la cabeza me daba vueltas, tanto por mi absoluta desesperación como por un rápido aumento del omnipresente hedor a pescado.

Entonces pensé en la vía férrea abandonada que iba a Rowley, cuya firme línea de tierra balastada e invadida de maleza aún se extendía hacia el noroeste desde la ruinosa estación que había al borde de la garganta del Manuxet. Existía una pequeña posibilidad de que la gente de la ciudad no pensara en ella, dado que por su estado de abandono las zarzas la habían infestado hasta hacerla parcialmente intransitable, y que constituía la ruta más improbable que un fugitivo escogería para huir. Yo la había visto con claridad desde la ventana del hotel y sabía por dónde pasaba. La mayor parte de su antiguo trazado era intranquilizadoramente visible desde el camino de Rowley, así como desde puntos elevados dentro la propia ciudad; pero quizá era posible recorrerla sin ser descubierto avanzando a gatas por entre los arbustos. Sea como fuere, constituía mi única posibilidad de salvación, y no quedaba más remedio que intentarlo.

Escondiéndome en el vestíbulo de mi abandonado refugio, consulté una vez más el mapa del chico de la tienda con ayuda de la linterna. El problema inmediato era cómo llegar a la antigua línea del ferrocarril, y vi entonces que el camino más seguro era seguir hasta Babson Street, luego torcer al oeste hasta Lafayette -donde rodearía pero no cruzaría una explanada similar a la que había dejado atrás- y acto seguido volver hacia el norte y el oeste recorriendo en zigzag las

calles Lafayette, Bates, Adams y Bank -la cual bordeaba la garganta del río- hasta llegar a la ruinosa estación abandonada que había divisado desde la ventana del hotel. El motivo de continuar en dirección sur hasta Babson era que no deseaba cruzar otra vez la explanada anterior ni tampoco iniciar mi avance hacia el oeste por una calle transversal tan ancha como South Street.

Tras ponerme de nuevo en camino, pasé al lado derecho de la calle con idea de doblar por Babson de la manera más discreta posible. Todavía se oían ruidos en Federal Street, y al echar una ojeada a mi espalda me pareció ver un resplandor luminoso cerca del edificio a través del cual había huido. Ansioso como estaba por dejar Washington Street, cambié el paso a un trote lento y silencioso, encomendándome a la suerte para no encontrarme con nadie al acecho. Junto a la esquina de Babson Street descubrí para mi gran inquietud que una de las casas estaba todavía habitada, tal como atestiguaban unas cortinas en su ventana; pero no se apreciaban luces en el interior, y pasé frente a ella sin que ocurriera ningún desastre.

En Babson Street, la cual se cruzaba con Federal y podía dejarme por tanto a la vista de mis perseguidores, me pegué todo lo posible a los desnivelados y medio hundidos edificios, y me detuve al abrigo de sus puertas en un par de ocasiones en que los ruidos a mi espalda se intensificaron momentáneamente. La explanada frente a mí relucía amplia y desolada bajo la luna, pero mi ruta no me obligaba a atravesarla. Durante el segundo alto en mi marcha empecé a notar una redistribución de los vagos sonidos, y al asomarme con cuidado desde mi escondite observé cómo un coche cruzaba a toda velocidad la explanada, bajando por Eliot Street -la cual se corta en ese punto con Babson y Lafayette- en dirección a las afueras de la ciudad.

Mientras miraba -asfixiado por un súbito empeoramiento del hedor a pescado tras una breve remisión- vi un grupo de figuras torpes y semiagachadas que avanzaban en la misma dirección dando trancos y arrastrando los pies; y me di cuenta de que aquel debía de ser el grupo encargado de vigilar el camino a Ipswich, dado que este constituye una prolongación de Eliot Street. Dos de las figuras que vislumbré iban ataviadas con amplias túnicas, y una llevaba una tiara triangular que relucía pálidamente a la luz de luna. La forma de andar de esta última era tan peculiar que hizo que me recorriera un escalofrío, pues tuve la impresión de que aquel individuo caminaba prácticamente *dando pequeños saltos*.

Cuando el último de ellos se perdió de vista reanudé la marcha, doblando rápidamente la esquina en dirección a Lafayette Street, y cruzando Eliot a toda prisa por si acaso algún rezagado del grupo anterior estaba aún bajando por la calle. A decir verdad, oí a lo lejos algunas voces croantes y golpeteos contra el pavimento en la dirección

de Town Square, pero logré cruzar la calle sin ningún percance catastrófico. Lo que más me asustaba era tener que pasar otra vez por la ancha e iluminada South Street -con sus vistas al mar-, por lo que tuve que armarme de coraje para tan dura prueba. Alguien podría perfectamente estar mirando a lo largo de la calle y, de haber rezagados en Eliot Street, tendrían dos puntos desde los cuales verme sin dificultad. En el último momento decidí que era mejor reducir el paso y cruzar como había hecho antes, imitando la manera de andar típica de los lugareños de Innsmouth.

Cuando la vista del mar volvió a desplegarse -esta vez a mi derecha- me encontraba bastante decidido a no mirar en absoluto en esa dirección. Con todo, no fui capaz de resistirme, y eché una ojeada de soslayo mientras me dirigía en actitud cautelosa e imitativa en mi paso arrastrado hacia las protectoras sombras del lado contrario de la calle. No había ningún barco a la vista, tal como había esperado hasta cierto punto. Pero, en cambio, captó mi atención inicialmente una pequeña barca de remos que se estaba aproximando a los muelles abandonados y que iba cargada con algún tipo de objeto voluminoso y cubierto por una lona. Sus remeros, pese a la distancia y a la poca claridad con que se los veía, tenían un aspecto particularmente repulsivo. Todavía se distinguía a varios nadadores, mientras que en el apartado arrecife negro vislumbré un leve resplandor continuo que no se parecía a los parpadeantes destellos anteriormente visibles, y que tenía un curioso color que no fui capaz de identificar con precisión[311]. Sobre los inclinados tejados frente a mí y a mi derecha descollaba amenazante la alta linterna del Gilman House, pero se encontraba completamente a oscuras. El olor a pescado, que se había disipado durante unos instantes por acción de alguna brisa compasiva, me envolvió nuevamente con enloquecedora intensidad.

No había terminado de cruzar la calle cuando oí murmullos y pasos de un grupo que bajaba por Washington desde el norte. Los divisé con claridad a solo una manzana de distancia cuando alcanzaron la amplia explanada en la que había tenido mi primera y perturbadora visión del mar a la luz de la luna, y me horrorizó el carácter bestialmente aberrante de sus caras y caninamente infrahumano de su encogida manera de andar. Había un hombre que se movía de un modo absolutamente simiesco, con largos brazos que tocaban a menudo el suelo; mientras que otra de las figuras -vestida con túnica y tiara- parecía desplazarse prácticamente a pequeños saltos. Deduje que aquel grupo debía ser el que había visto en el patio del Gilman, y, por consiguiente, el que me seguía más de cerca. Cuando algunas de las figuras se giraron para mirar en mi dirección me quedé petrificado por el miedo, pero aun así conseguí mantener el paso tranquilo y desgarbado que había adoptado. Aún hoy no sé si me

vieron o no. Si lo hicieron, mi estratagema debió de engañarlos, pues atravesaron la explanada iluminada sin cambiar de dirección, mientras croaban y farfullaban en algún detestable dialecto gutural que no pude identificar.

Cuando estuve de nuevo al amparo de las sombras, retomé mi trote previo pasando frente a las inclinadas y destartaladas casas que contemplaban la noche con ojos vacíos e inmóviles. Tras haber cruzado a la acera oeste doblé la siguiente esquina para internarme en Bates Street, por la que avancé sin despegarme de los edificios del lado sur. Pasé dos casas que mostraban signos de estar habitadas -una de las cuales tenía unas luces tenues encendidas en el piso de arriba-, mas aun así no me topé con ningún obstáculo. Después de torcer por Adams Street me sentí apreciablemente más seguro, pero me llevé un susto cuando un hombre salió con paso tambaleante por una puerta oscura justo delante de mí. No obstante, resultó estar demasiado borracho para representar una amenaza, por lo que llegué sano y salvo a las lúgubres ruinas de los almacenes de Bank Street.

No había nadie moviéndose en aquella calle desierta junto a la garganta del río, y el rugido de las cascadas prácticamente ahogaba el sonido de mis pasos. Al trote al que iba, me llevó un buen rato alcanzar la estación en ruinas, y los grandes muros de ladrillo de los almacenes a mi alrededor me resultaron en cierto modo más aterradores que las fachadas de las casas. Finalmente vi la antigua estación porticada -o lo que quedaba de ella- y me dirigí directamente a las vías que arrancaban desde su extremo más alejado.

Los raíles estaban oxidados, pero básicamente intactos, y las traviesas podridas eran menos de la mitad. Caminar o correr sobre una superficie como aquella era muy difícil; pero lo hice lo mejor que pude, y en general logré avanzar a buen ritmo. La línea siguió el borde de la garganta durante un trecho, pero al cabo de un rato llegué al largo puente cubierto que salvaba aquel abismo a una altura vertiginosa. El estado de este puente iba a determinar mi próximo paso. Si era humanamente posible, lo usaría; si no, tendría que arriesgarme a seguir callejeando hasta alcanzar el siguiente puente para el tráfico rodado que estuviese intacto.

Los enormes costados del viejo puente, similares a los de un granero, relucían de manera fantasmal a la luz de la luna, y vi que las traviesas del interior eran seguras al menos en los primeros metros. Mientras me adentraba, encendí la linterna, y estuve a punto de ser derribado por una nube de murciélagos que pasó aleteando junto a mí. Luego, más o menos a la mitad del puente, encontré un peligroso agujero entre los raíles que por un instante temí que me detuviera; pero al final me arriesgué a dar un salto desesperado que, por suerte, tuvo un final feliz.

Me alegré de volver a ver la luz de la luna cuando salí de aquel túnel macabro. Las viejas vías cruzaban River Street a nivel, y acto seguido se desviaban hacia una región cada vez más rural y libre del aborrecible olor a pescado de Innsmouth. Allí la densa maleza de zarzas y hierbajos dificultaba mi avance y me rasgaba cruelmente la ropa, pero a pesar de ello me alegré de que estuviera presente para proporcionarme ocultación en caso de peligro. Sabía que buena parte de mi ruta debía de ser visible desde el camino de Rowley.

La zona pantanosa comenzó muy poco después, y allí la solitaria vía recorría un terraplén bajo y herboso en el que la maleza era ya algo más dispersa. Después apareció una especie de isla de terreno elevado, donde la línea pasaba por una trinchera poco profunda obstruida por zarzas y matorrales. Agradecí mucho esta protección parcial, ya que en aquel punto el camino de Rowley se encontraba intranquilizadoramente cerca, según podía ver desde mi posición. Al final de la trinchera el camino se cruzaba con la vía y después torcía alejándose hasta una distancia segura; pero por de pronto debía actuar con extremo cuidado. A aquellas alturas ya tenía la certeza de que la línea del ferrocarril no estaba siendo patrullada, de lo cual di gracias al Cielo.

Justo antes de entrar por la trinchera eché un vistazo detrás de mí, pero no vi a ningún perseguidor. Las arcaicas agujas y tejados de la ruinosa Innsmouth resplandecían de manera hermosa y etérea bajo la mágica luz amarilla de la luna, y pensé en el aspecto que debían de haber tenido en los tiempos anteriores a que la sombra del infortunio cayera sobre la ciudad. Entonces, mientras mi mirada regresaba de esta al interior siguiendo una trayectoria circular, algo menos pacífico atrajo mi atención e hizo que me quedara inmóvil durante un segundo.

Lo que vi -o creí ver- fue un perturbador atisbo de un movimiento ondulante lejos al sur; un atisbo que me llevó a concluir que un inmenso tropel debía de estar saliendo de la ciudad por el llano camino de Ipswich. Nos separaba una gran distancia, y no podía distinguir ningún detalle; pero no me gustó en absoluto el aspecto de aquella columna en movimiento. Ondulaba demasiado, y relucía con excesiva intensidad bajo los rayos de la luna, ya en descenso hacia el horizonte oeste. Se percibía, asimismo, un vago rumor, pese a que el viento soplaba en la dirección opuesta; un rumor de bramidos y rechinidos bestiales más horrible aún que los murmullos de los grupos que había oído recientemente.

Toda clase de desagradables conjeturas se me pasaron por la cabeza. Pensé en esos aberrantes moradores de Innsmouth que, según decían, se ocultaban en decrépitos laberintos subterráneos cerca de los muelles; pensé, también, en esos seres indescriptibles que había

divisado nadando en el mar. Si contaba a los grupos que había visto hasta ese momento, así como a los que suponía que estaban cubriendo otros caminos, el número de mis perseguidores debía de ser extrañamente elevado para una ciudad tan despoblada como Innsmouth.

¿De dónde podían haber salido los apretados integrantes de una columna como la que estaba viendo? ¿Hormigueaban aquellos túneles antiguos e insondables con insospechadas y contrahechas formas de vida no estudiadas aún? ¿O tal vez había desembarcado furtivamente algún barco una legión de extranjeros de origen desconocido en aquel maligno arrecife? ¿Quiénes eran? ¿Por qué estaban allí? Y si había una columna así batiendo el camino de Ipswich, ¿se habrían reforzado de forma similar las patrullas del resto de caminos?

Había penetrado ya en la trinchera invadida de maleza y me encontraba recorriéndola con gran esfuerzo y lentitud cuando aquel detestable olor a pescado creció de nuevo hasta llenarlo todo. ¿Había cambiado el viento repentinamente hacia el este, de modo que ahora soplaba desde el mar y sobre la ciudad? Seguramente -concluí-, dado que entonces comencé a oír unos espeluznantes murmullos guturales que venían de aquella dirección hasta ese momento silenciosa. Los acompañaba asimismo otro sonido: una especie de golpeteo o trote que de algún modo evocaba imágenes de un tipo sumamente odioso, y que me hizo pensar sin motivo lógico alguno en aquella desagradable columna ondulante del distante camino de Ipswich.

Y entonces tanto el hedor como los sonidos cobraron fuerza, de tal suerte que me detuve temblando y agradeciendo la protección que me brindaba la trinchera. Era allí, recordé, donde el camino de Rowley se aproximaba a la antigua línea del ferrocarril antes de cruzarla en dirección oeste y alejarse de nuevo. Algo venía por ese camino, por lo que debía permanecer agachado hasta que pasara de largo y se perdiera en la distancia. Di gracias de que aquellos tipos no utilizaran perros para hallar mi rastro; aunque quizá ello habría resultado imposible en medio del ubicuo olor de la zona. Me sentía razonablemente seguro agazapado entre los arbustos de aquella zanja arenosa, si bien sabía que los buscadores tendrían que cruzar la vía por delante de donde me encontraba, a no mucho más de cien metros de distancia. Yo los vería, pero ellos no a mí, salvo por efecto de un milagro maligno.

De pronto comencé a temer el momento de contemplarlos cuando pasaran. Veía el cercano espacio bañado por la luna por donde iban a aparecer en tropel, y pensé de manera curiosa en que aquel lugar iba a verse irremediablemente contaminado. Quizá fueran habitantes de Innsmouth de la peor ralea: una imagen que nadie querría recordar.

La pestilencia aumentó hasta volverse asfixiante, y los ruidos se

transformaron en una babel bestial de croares, aullidos y ladridos sin el más mínimo parecido al habla humana. ¿Realmente eran aquellas las voces de mis perseguidores? ¿Tenían perros después de todo? Hasta el momento no había visto a ningún animal en Innsmouth. Aquel golpeteo o trote era monstruoso: no me sentía capaz de mirar a los degenerados engendros responsables de él. Mantendría los ojos cerrados hasta que los ruidos se alejaran por el oeste. La horda estaba ya muy próxima; el aire, viciado con sus roncos gruñidos, y la tierra, prácticamente temblando al ritmo antinatural de sus pisadas. Casi me abandonó el aliento, y dediqué hasta el último ápice de mi fuerza de voluntad a mantener los párpados bajados.

Aún hoy no me hallo en disposición de decir si lo que viví a continuación fue un espantoso hecho real o una mera alucinación de pesadilla. La posterior actuación del gobierno, a raíz de mis frenéticas demandas, tendería a confirmarlo como una verdad monstruosa; ¿pero no podría haberse repetido una misma alucinación bajo el hechizo cuasihipnótico de aquella antigua, embrujada y sombría ciudad? Tales lugares tienen propiedades extrañas, y su acervo de delirantes leyendas podría haber actuado perfectamente sobre la imaginación de más de uno en medio de aquellas calles muertas azotadas por la fetidez con sus cúmulos de tejados carcomidos y agujas en proceso de desmoronamiento. ¿Acaso no es posible que se oculte en lo más profundo de esa sombra sobre Innsmouth el germen de una locura real y contagiosa? ¿Quién puede estar seguro de qué es real tras oír cosas como el relato del viejo Zadok Allen? El gobierno nunca encontró al pobre anciano, y no tienen ni una sola hipótesis respecto a qué fue de él. ¿Dónde acaba la locura y empieza la realidad? ¿Podría ser que incluso mi miedo más reciente fuera un puro delirio?

Pero he de intentar referir lo que me pareció ver aquella noche bajo la burlona luna amarilla, recorriendo en un brincante y perfectamente visible tropel el camino de Rowley que había frente a mí en tanto yo permanecía agazapado entre las zarzas silvestres de aquella desolada trinchera ferroviaria. Naturalmente había fracasado en mi determinación de mantener los ojos cerrados. Estaba condenada a fracasar, pues ¿quién podría quedarse así agachado mientras una legión de seres croantes y aullantes de origen desconocido pasaba trotando ruidosamente junto a él, a apenas un centenar de metros de distancia?

Creí estar preparado para lo peor, y lo cierto es que debería haberlo estado considerando lo que había visto antes. Mis otros perseguidores habían sido abominablemente anormales, de modo que ¿no debería haber estado listo para enfrentarme a un aumento de la parte aberrante; para contemplar formas en las que no hubiese el más mínimo aspecto de normalidad? No abrí los ojos hasta que oí con

claridad el estridente griterío justo en línea recta frente a mí. En ese momento me di cuenta de que una amplia sección de la columna debía de hallarse perfectamente a la vista donde las paredes de la trinchera se allanaban y el camino cruzaba las vías, así que me vi incapaz de seguir reprimiendo el deseo de atisbar cualquier horror que aquella burlona luna amarilla pudiera depararme.

Ese fue el final, para lo que pueda restarme de vida en este mundo, de todo vestigio de serenidad y de confianza en la integridad de la naturaleza y de la mente humana. Nada de lo que podría haber imaginado -nada, siquiera, de lo que podría haber inferido si hubiese creído al pie de la letra el absurdo relato del viejo Zadok- sería comparable en modo alguno a la demoníaca y blasfema realidad que vi… o que creo que vi. He tratado de insinuar lo que fue para aplazar el horror de ponerlo claramente en negro sobre blanco. ¿Acaso es posible que este planeta haya engendrado realmente seres como aquellos; que unos ojos humanos hayan contemplado verdaderamente, en carne y hueso, lo que el hombre solo ha conocido hasta ahora en fantasías febriles y leyendas poco verosímiles?

Y sin embargo los vi en un torrente inacabable -trotando, brincando, croando, berreando- que avanzaba ondulándose inhumanamente a través de la espectral luz de la luna en una grotesca y maligna zarabanda de pesadilla. Y algunos de ellos llevaban altas tiaras de ese desconocido metal dorado-blanquecino… y varios iban ataviados con túnicas extrañas… y uno en concreto, que encabezaba la marcha, vestía una chaqueta negra repulsivamente corcovada y unos pantalones a rayas, y tenía un sombrero de fieltro de caballero puesto en lo alto de la masa amorfa que hacía las veces de su cabeza…

Creo que el color predominante en aquellos seres era un verde grisáceo, aunque tenían los vientres blancos. La mayor parte de su piel tenía un aspecto brillante y resbaladizo, pero la protuberante curva de sus espaldas era escamosa. Sus cuerpos tenían una forma vagamente antropoide, mientras que sus cabezas eran idénticas a las de los peces, con enormes ojos saltones que jamás se cerraban. En los lados de sus cuellos había agallas palpitantes, y tenían largas garras palmeadas. Se desplazaban a pequeños saltos irregulares, unas veces sobre dos patas y otras sobre cuatro. En cierto modo me alegré de que no tuvieran más de cuatro extremidades. Sus voces croantes y aullantes, que empleaban claramente para emitir los sonidos de un lenguaje articulado, presentaban todos los oscuros matices expresivos que era imposible hallar en sus caras de ojos fijos.

Pero a pesar de toda su monstruosidad no me resultaron desconocidos. Sabía demasiado bien lo que debían de ser, pues ¿no tenía aún reciente el recuerdo de esa maligna tiara de Newburyport? Eran las blasfemas ranas pez de su indescriptible dibujo -vivas y

horribles-, y al verlas supe también a qué me había recordado de forma tan aterradora aquel pastor encorvado de la tiara en el oscuro sótano de la iglesia. Su número era imposible de adivinar. Me parecía que había un sinnúmero de ellas, y sin duda mi atisbo fugaz no podía haberme mostrado más que una mínima parte. Un segundo después todo se oscureció a causa de un piadoso desmayo; el primero que había tenido en mi vida.

V

Fue una suave lluvia diurna lo que me sacó de mi letargo en la trinchera invadida por la maleza, y cuando salí tambaleándome de ella al camino que había un poco más adelante no vi el más mínimo rastro de huellas en el barro fresco. También había desaparecido el olor a pescado. Los tejados en ruinas y las inclinadas agujas de Innsmouth se elevaban grises y amenazantes hacia el sudeste, pero no había ni una sola criatura viviente a la vista en toda la desolada marisma que me rodeaba. Mi reloj aún funcionaba, y me dijo que ya eran más de las doce del mediodía.

No tenía nada claro si lo que me había pasado había sido real, pero albergaba la sensación de que tras ello se escondía algo espantoso. Tenía que alejarme de Innsmouth y su maligna sombra, y de acuerdo con este plan comencé a examinar mis capacidades de locomoción, disminuidas por el agotamiento y los calambres. Pese a la debilidad, el hambre, el horror y el desconcierto me vi al cabo de un rato capaz de andar, por lo que puse lentamente rumbo a Rowley por el enfangado camino. Llegué al pueblo antes del anochecer, y una vez allí me procuré algo de comer y ropa presentable. Después cogí el tren nocturno a Arkham, y al día siguiente mantuve allí una larga y seria conversación con representantes de las autoridades federales; un proceso que repetí posteriormente en Boston. La gente conoce bien ya el principal resultado de estos coloquios, y desearía, en aras de la normalidad, que no hubiera más que decir. Tal vez sea locura lo que me invade, o quizá esté aflorando un horror -o un prodigio- mayor.

Como puede imaginarse, renuncié a la mayoría de las actividades planeadas para el resto de mi viaje: los divertimentos paisajísticos, arquitectónicos e históricos que había esperado con tanto anhelo. Tampoco me atreví a buscar esa extraña joya que, se decía, estaba en el Museo de la Universidad Miskatonic. No obstante, sí que hice mi estancia en Arkham más interesante recopilando algunos apuntes genealógicos que llevaba tiempo queriendo tener; unos datos muy imprecisos y obtenidos apresuradamente, es cierto, pero de los que

podría hacer buen uso más adelante cuando dispusiera de tiempo para organizarlos y cotejarlos. El conservador de la sociedad histórica de la ciudad -el Sr. E. Lapham Peabody- fue muy amable al ayudarme con la tarea, y expresó un inusual interés cuando le dije que era nieto de Eliza Orne de Arkham, la cual había nacido en 1867 y se había casado con James Williamson de Ohio a los diecisiete años.

Al parecer, un tío materno mío había estado allí muchos años antes en una búsqueda muy similar a la que yo estaba realizando, y la familia de mi abuela era objeto de una cierta curiosidad local. Según el Sr. Peabody, la boda de su padre, Benjamin Orne, nada más terminar la Guerra de Secesión había generado un considerable debate, dado que la ascendencia de la novia era particularmente misteriosa. Esta, supuestamente, había sido una huérfana de los Marsh de Nuevo Hampshire -y prima de los Marsh del condado de Essex-, pero se había educado en Francia y sabía muy poco de su familia. Un tutor legal había ingresado fondos en un banco de Boston para mantenerlas a ella y a su institutriz francesa; pero la gente de Arkham desconocía el nombre de dicho tutor, y con el tiempo dejó de vérselo por la región, de tal suerte que la institutriz asumió ese papel por designación judicial. La francesa -fallecida hacía ya largo tiempo- era una mujer muy taciturna, y había quienes decían que sabía más cosas de las que llegó a revelar.

Pero lo más desconcertante de todo era que nadie lograba ubicar a los supuestos padres de la joven -Enoch y Lydia (Meserve) Marsh- entre las familias conocidas de Nuevo Hampshire. Muchos apuntaron la posibilidad de que fuese hija natural de algún Marsh prominente, pues tenía sin duda los característicos ojos de la familia. La mayoría de estas cábalas se hicieron tras su temprana muerte, que tuvo lugar al nacer mi abuela -su única hija-. Habiéndome formado algunas impresiones desagradables en relación con el nombre de los Marsh, no recibí con gusto la noticia de que estaba dentro de mi propio árbol genealógico; así como tampoco me agradó la insinuación del Sr. Peabody de que yo también tenía los peculiares ojos de dicha familia. Con todo, agradecí una información que sabía que me resultaría valiosa; y tomé abundantes notas y listas de referencias bibliográficas sobre la familia Orne, de la cual existía abundante documentación.

Regresé directamente a mi hogar en Toledo desde Boston, y después pasé un mes en Maumee recuperándome de mi terrible experiencia[312]. En septiembre comencé mi último año en Oberlin[313], y desde entonces hasta el junio siguiente estuve ocupado con estudios y otras actividades saludables, recordando el terror del pasado únicamente al recibir alguna que otra visita de agentes del gobierno en relación con la campaña que habían puesto en marcha mis peticiones y pruebas. Hacia mediados de julio -justo un año después

de mi experiencia en Innsmouth- pasé una semana con la familia de mi difunta madre en Cleveland; verificando algunos de mis nuevos datos genealógicos con las diversas notas, historias y reliquias familiares que allí había, y viendo qué clase de diagrama de parentesco era capaz de construir.

No es que disfrutase precisamente de esta labor, ya que el ambiente en la casa de los Williamson siempre me había resultado deprimente. Había en él algo malsano, y mi madre nunca me había animado a visitar a sus padres cuando era niño, aunque ella siempre recibía con agrado a mi abuelo cuando venía a vernos a Toledo. Mi abuela, natural de Arkham, me resultaba extraña y casi aterradora, y no creo que llorase su desaparición. Yo tenía ocho años entonces, y se decía que el dolor por el suicidio de mi tío Douglas, su hijo mayor, la había empujado a irse de casa. Él se había pegado un tiro después de un viaje a Nueva Inglaterra; el mismo viaje, sin duda, a causa del cual era recordado en la Sociedad Histórica de Arkham.

Este tío mío guardaba cierto parecido con ella, y tampoco me había gustado nunca. Algo en el rostro de ambos -cuyos ojos miraban siempre fijamente y sin parpadear- me producía una vaga e inexplicable desazón. Pero el aspecto de mi madre y mi tío Walter era distinto. Se parecían a su padre, aunque mi pobre primo Lawrence -el hijo de Walter- había sido prácticamente un calco de su abuela antes de que la enfermedad que padecía lo condujese a una reclusión permanente en un sanatorio de Canton.[314] Yo llevaba cuatro años sin verlo, pero mi tío había dado a entender en una ocasión que su estado, tanto físico como mental, era muy malo. Esta preocupación había sido probablemente una de las principales causas de la muerte de su madre dos años antes.

Mi abuelo y su viudo hijo Walter eran ahora los únicos habitantes de la casa de Cleveland, pero el recuerdo de los tiempos de antaño flotaba pesadamente en ella. El lugar seguía sin gustarme, por lo que traté de llevar a cabo mi investigación lo más rápido posible. Mi abuelo me proporcionó abundantes documentos e historias sobre los Williamson; aunque para el material relativo a los Orne tuve que contar con mi tío Walter, quien puso a mi disposición el contenido de todo su archivo, que comprendía anotaciones, cartas, recortes de prensa, recuerdos de familia, fotografías y miniaturas.

Fue al examinar las cartas y fotos de esta última rama familiar cuando empecé a desarrollar una especie de terror hacia mi propia ascendencia. Como ya he mencionado, mi abuela y mi tío Douglas siempre me habían resultado inquietantes. Y ahora, años después del fallecimiento de ambos, contemplaba sus rostros en las fotografías sintiendo una repulsión y un distanciamiento apreciablemente acrecentados. Al principio no entendí este cambio, pero poco a poco

una horrible especie de *comparación* empezó a abrirse paso en mi inconsciente a pesar de la firme negativa de mi conciencia a reconocer siquiera la menor sospecha de ella. Era evidente que la característica expresión de aquellos rostros sugería ahora algo que no había sugerido antes; algo que causaría un pánico absoluto si se pensaba en ello de forma demasiado abierta.

Pero la mayor conmoción de todas se produjo cuando mi tío me enseñó las joyas de la familia Orne en una cámara acorazada del centro de la ciudad. Algunas de las piezas eran bastante delicadas y sugerentes, pero había una caja de alhajas viejas y extrañas heredadas de mi misteriosa abuela que mi tío sacó de donde estaba guardada prácticamente a regañadientes. Me explicó que el diseño de aquellas reliquias era sumamente grotesco y casi repulsivo, y que nunca se habían llevado en público por lo que él sabía; aunque mi abuela solía disfrutar con su contemplación. En torno a ellas giraban vagas leyendas de infortunios, y la institutriz francesa de mi bisabuela decía que no había que llevarlas en Nueva Inglaterra, aunque era relativamente seguro hacerlo en Europa.

Cuando mi tío comenzó a desenvolverlas en actitud pausada y reacia, me rogó que no me escandalizara por el carácter insólito y mayormente horrendo de sus diseños. Algunos artistas y arqueólogos habían declarado al verlas que su factura era de una exquisitez soberbia y exótica, si bien ninguno de ellos había sido aparentemente capaz de determinar el material exacto del que estaban hechas ni de adscribirlas a ninguna tradición artística concreta. Había dos ajorcas, una tiara y una especie de pectoral; el último de los cuales presentaba en altorrelieve unas figuras de una extravagancia casi insoportable.

Yo me había mantenido sereno durante esta descripción, pero mi rostro debía de haber delatado los crecientes miedos que sentía. Mi tío tenía cara de preocupado, y paró de desenvolver las joyas para estudiar mi semblante. Yo le indiqué con un gesto que continuara, cosa que hizo con nuevas muestras de renuencia. Parecía estar esperando algún tipo de manifestación emocional por mi parte cuando la primera pieza -la tiara- quedó a la vista, pero dudo que esperase exactamente lo que acabó sucediendo. Yo tampoco me lo esperaba, pues creía encontrarme completamente sobre aviso de lo que iban a resultar ser las joyas. Lo que hice fue desmayarme en silencio, justo como había hecho un año antes en aquella trinchera invadida de zarzas.

Desde aquel día mi vida ha sido una pesadilla llena de cavilaciones sombrías y temor, y desconozco qué parte de ella es espantosa realidad y qué parte locura. Mi bisabuela había sido una Marsh de procedencia desconocida cuyo marido vivía en Arkham… ¿y no había dicho el viejo Zadok que la hija de Obed Marsh y una madre

monstruosa había contraído matrimonio con un hombre de Arkham gracias a un ardid? ¿Qué era lo que había musitado el anciano bebedor sobre el parecido de mis ojos con los del capitán Obed? También, en Arkham, aquel conservador había dicho que yo tenía los ojos característicos de la familia Marsh. ¿Era Obed Marsh mi tatarabuelo? ¿Quién -o qué- era, entonces, mi tatarabuela? Pero puede que todo esto no fuera más que una locura. Aquellos adornos de oro blanquecino podrían perfectamente habérselos comprado a algún marinero de Innsmouth el padre de mi bisabuela, quienquiera que fuese. Y esa expresión en los rostros de ojos fijos de mi abuela y de ese tío mío que se había suicidado podría ser una pura fantasía por mi parte; una pura fantasía reforzada por la sombra sobre Innsmouth que tan siniestramente había influido en mi imaginación. ¿Pero por qué se había quitado la vida mi tío después de haber buscado información sobre sus antepasados en Nueva Inglaterra?

Durante más de dos años traté de rechazar estas reflexiones, con un éxito parcial. Mi padre me consiguió un puesto en una agencia de seguros, y me enfrasqué en la rutina tan a fondo como me fue posible. No obstante, en el invierno de 1930-1931, empezaron los sueños. Al principio eran muy esporádicos e insidiosos, pero fueron haciéndose más frecuentes y vivos con el transcurso de las semanas. Amplios espacios acuáticos se extendían ante mí, y parecía deambular a través de titánicos pórticos sumergidos y laberintos de muros ciclópeos cubiertos de algas con peces grotescos como acompañantes. Posteriormente comenzaron a aparecer *las otras figuras*, que me llenaban de un horror indescriptible al despertar. Pero durante los sueños no me horrorizaban en lo más mínimo, pues yo era una de ellas, y llevaba sus adornos inhumanos, recorría sus caminos acuosos y rezaba monstruosamente en sus malignos templos del fondo del mar.

Pasaban muchas más cosas de las que podía recordar luego, pero lo que sí retenía en mi memoria cada mañana bastaría para señalarme como un loco o un genio si me atreviese alguna vez a plasmarlo en papel. Sentía que alguna terrorífica influencia estaba tratando poco a poco de sacarme de mi sana vida en el mundo racional para arrastrarme a innombrables abismos de negrura y alienación; un proceso que me afectó duramente. Mi salud y mi aspecto fueron empeorando cada vez más, hasta que finalmente me vi obligado a dejar mi trabajo para adoptar la vida estática y solitaria de un inválido. Alguna clase de extraña afección nerviosa se había apoderado de mí, y en ocasiones me veía prácticamente incapaz de cerrar los ojos.

Fue entonces cuando empecé a observarme en el espejo con creciente preocupación. Nunca resulta agradable ver los paulatinos estragos de la enfermedad, pero en mi caso se escondía algo más sutil

y desconcertante. Mi padre pareció notarlo también, puesto que comenzó a mirarme con curiosidad y de forma casi aterrorizada. ¿Qué me estaba pasando? ¿Podía ser que me estuviera pareciendo cada vez más a mi abuela y mi tío Douglas?

Una noche tuve un sueño terrorífico en el que me encontraba con mi abuela bajo el mar. Vivía en un palacio fosforescente de muchos niveles escalonados, con jardines de extraños corales de aspecto leproso y grotescas formaciones braquiales[315], y me recibió con una afectuosidad que quizá tuviese algo de burlona. Había cambiado -como lo hacen aquellos que se echan al mar- y me dijo que no estaba muerta. Por el contrario, había viajado a un lugar cuya existencia había descubierto su difunto hijo, y se había zambullido en un mundo cuyas maravillas -destinadas también a él- mi tío había rechazado con una pistola humeante. Aquel iba a ser mi mundo igualmente; era algo ineludible. La muerte nunca me llegaría, sino que viviría con otros que habían vivido desde antes de que el hombre caminara sobre la tierra.

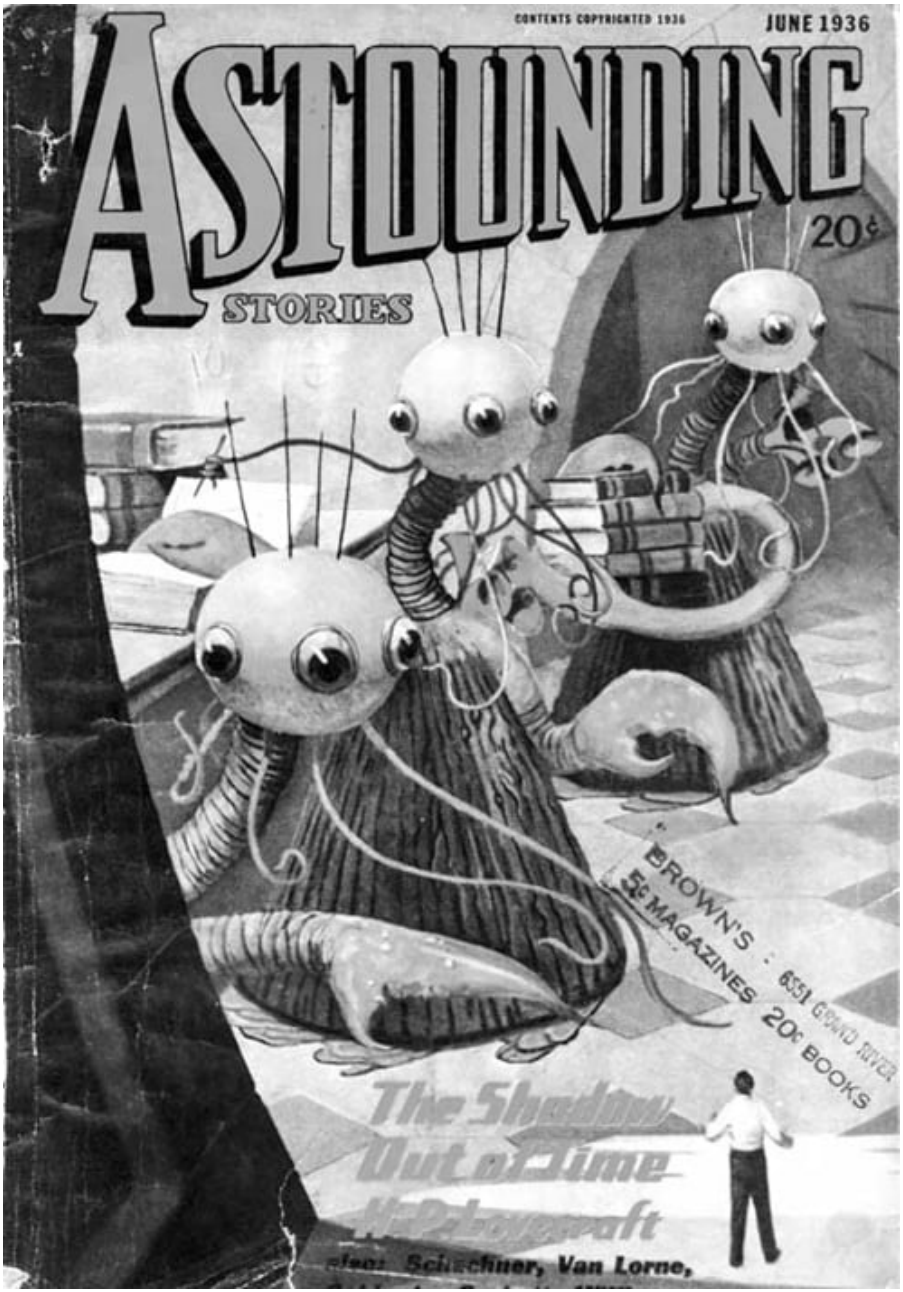
Conocí asimismo a quien había sido la abuela de mi abuela. Durante ochenta mil años Pth'thyal'yi había vivido en Y'hanthlei, y allí había regresado después de que Obed Marsh muriese. Y'hanthlei no resultó destruida cuando los hombres de la superficie lanzaron muerte al fondo del mar. Fue dañada, pero no destruida. Los Profundos nunca podrían ser destruidos, aun cuando la magia paleogeica de los Antiguos pudiera frenarlos a veces. Por ahora descansarían; pero algún día, si se acordaban, subirían de nuevo para cobrarse el tributo que el Gran Cthulhu ansiaba. La próxima vez sería una ciudad mayor que Innsmouth. Habían planeado extenderse, y traído desde las profundidades lo que les ayudaría a ello, pero por el momento debían esperar de nuevo. Por traer la muerte de los hombres de la superficie, yo tendría que cumplir una penitencia, pero no sería pesada. Este fue el sueño en el que vi un *shoggoth* por primera vez, y cuando lo hice me desperté gritando de manera histérica. Aquella mañana el espejo me confirmó definitivamente que había contraído la *marca de Innsmouth*[316].

Todavía no me he pegado un tiro como hizo mi tío Douglas. Compré una semiautomática y estuve a punto de dar el paso, pero ciertos sueños me disuadieron. Los tensos extremos de horror están disminuyendo, y me siento curiosamente atraído hacia las ignotas profundidades marinas en vez de temerlas. Oigo y hago cosas extrañas en mis sueños, y despierto inmerso en una especie de júbilo en vez de en el terror. No creo que sea necesario esperar a que el cambio se complete, como ha esperado la mayoría. Si lo hiciera, mi padre probablemente me encerraría en un sanatorio como le ocurrió a mi desgraciado primo pequeño. Maravillas formidables e insólitas me aguardan bajo el mar, y pronto iré en su busca. *¡Iä-R'lyeh! ¡Cthulhu*

fhtagn! ¡Iä! ¡Iä! No, no me suicidaré… ¡nadie puede obligarme a hacerlo!

Planearé la fuga de mi primo del manicomio de Canton, y juntos viajaremos a esa ciudad de misteriosos prodigios que es Innsmouth. Nadaremos hasta ese inquietante arrecife en el mar y descenderemos buceando a través de negros abismos hasta la ciclópea y multicolumnada Y'hanthlei, y en esa guarida de los Profundos moraremos rodeados de maravillas y esplendor por toda la eternidad[317].

EN LA NOCHE DE LOS TIEMPOS[318]



«Se comunicaban chasqueando o frotando unas enormes garras […]».
Astounding Stories 17/4 (junio de 1936)
Ilustración de Howard V. Brown

De todas las historias de ciencia ficción que escribió Lovecraft quizá esta sea la mejor, un relato cuyo argumento gira alrededor de un viaje en el tiempo que resulta tan fascinante como sutil. Solo la novela corta, En las montañas de la locura, *podría rivalizar con el despliegue imaginativo y la ingeniosa construcción de este cuento. El pausado ritmo de la trama y el meticuloso desarrollo de las extrañas vivencias de Peaslee, permitirán a los lectores descubrir junto a él la terrible verdad, esto es, que ha sido poseído por una mente extraterrestre y que él mismo ha viajado a un remoto pasado. El impactante final transmite tanto horror como sentido de la maravilla, a la vez que subraya el insignificante papel que desempeña la raza humana en el orden cósmico del universo.*

* * *

I

Tras veintidós años de pesadilla y terror, a los que sobreviví únicamente por mi convicción desesperada en el origen mítico de una serie de impresiones, soy reacio a asegurar de manera fehaciente la realidad de lo que creo que encontré en Australia Occidental la noche del 17 al 18 de julio de 1935. Hay motivos para albergar esperanzas de que mi experiencia fuese por completo o en parte una alucinación -para lo cual, de hecho, existían sobradas causas-. Y, con todo, su realismo fue tan espantoso que en ocasiones tales esperanzas me parecen imposibles.

Si aquello sucedió de verdad, entonces el hombre ha de estar preparado para aceptar ideas sobre el cosmos, y sobre su propio lugar en el hirviente vórtice del tiempo, cuya más mínima mención resulta paralizante. Y también ha de prevenírsele contra un determinado peligro oculto que, si bien nunca llegará a devorar a toda la raza humana, podría someter a ciertos miembros audaces de ella a horrores monstruosos e inconjeturables.

Esta es la razón por la que ruego, con toda la fuerza de mi ser, que se abandonen finalmente todos los intentos de desenterrar esos bloques de piedra de unas construcciones de origen desconocido y primordial que mi expedición pretendía investigar.

Suponiendo que no fuera producto de la enajenación ni de un sueño, mi experiencia de aquella noche fue algo que no le había sucedido con anterioridad a ningún hombre. Y fue, además, una aterradora confirmación de todo lo que yo había tratado de rechazar calificándolo de mito y sueño. Gracias a Dios no hay nada que

demuestre que ocurrió, ya que a causa del pánico perdí el sobrecogedor objeto que -en caso de que fuera real y hubiera podido sacarlo de aquel pernicioso inframundo- habría constituido una prueba irrefutable de ello. Estaba solo cuando me encontré con ese horror, y hasta el momento no le he hablado a nadie de él. No pude impedir que los demás continuaran excavando en su dirección, pero el azar y las movedizas arenas han evitado hasta ahora que den con él. Ahora he de hacer una declaración definitiva; no solo por el bien de mi propia salud mental, sino también para advertir a quienes pudieran leerla desde una postura seria.

Escribo estas páginas -en cuya parte inicial aquellos que leen con atención la prensa general y científica hallarán mucha información conocida- en el camarote del barco que me está llevando a casa. Tengo intención de hacérselas llegar a mi hijo, el Prof. Wingate Peaslee de la Universidad Miskatonic: el único miembro de mi familia que permaneció a mi lado tras la extraña amnesia que sufrí mucho tiempo atrás, y el hombre que mejor conoce los pormenores de mi caso. De todas las personas del planeta, él será la menos proclive a mofarse de lo que contaré de esa noche fatídica.

No le revelé nada de palabra antes de zarpar porque creo que es mejor que lo tenga todo por escrito. Leerlo y releerlo con tranquilidad le transmitirá lo que quiero de manera más convincente de lo que mi turbada lengua podría esperar. Puede hacer lo que considere mejor con este relato; enseñarlo, acompañado de observaciones apropiadas, en cualquier parte donde sea probable que haga algún bien. Ahora, antes de proceder a la revelación en sí, voy a hacer un resumen bastante amplio de los antecedentes iniciales de mi caso en beneficio de los lectores que no estén familiarizados con ellos.

Me llamo Nathaniel Wingate Peaslee, y quienes recuerden las noticias que aparecieron en los periódicos hace una generación -o las cartas y los artículos publicados en revistas de psicología hace seis o siete años- sabrán quién soy y a qué me dedico[319]. La prensa se llenó de detalles de la extraña amnesia que padecí entre los años 1908 y 1913, y se habló mucho de las historias de horror, locura y brujería que, según dice la gente, se esconden tras las fachadas de la antigua ciudad de Massachusetts que entonces era y sigue siendo mi lugar de residencia. Pero quisiera hacer constar que no hay ningún toque de locura ni nada siniestro en mi herencia ni en mis años de juventud, lo cual constituye un hecho tremendamente relevante en vista del infortunio que tan repentinamente se abatió sobre mí por causas que nada tenían que ver conmigo. Quizá siglos de secretos oscuros habían dado a la decrépita Arkham plagada de rumores una vulnerabilidad especial en relación con tales infortunios, aunque incluso esto parece dudoso a la luz de esos otros casos que acabé estudiando

posteriormente. Pero la cuestión principal es que mi propia ascendencia y antecedentes eran completamente normales. Lo que me ocurrió tuvo su origen *en otra parte*; si bien dónde es algo que todavía hoy no me atrevo a afirmar claramente.

Soy hijo de Jonathan y Hannah (Wingate) Peaslee, pertenecientes ambos a familias con una larga y sana raigambre en Haverhill, donde nací y me crié -en la antigua granja de Boardman Street, cerca de Golden Hill-; y no pisé Arkham hasta mi entrada en la Universidad Miskatonic a los dieciocho años. Eso fue en 1889. Después de graduarme, estudié economía en Harvard y volví a Miskatonic como profesor auxiliar de Economía Política en 1895. Durante los trece años siguientes tuve una vida feliz y tranquila. Me casé con Alice Keezar de Haverhill en 1896, y mis tres hijos, Robert K., Wingate y Hannah, nacieron en 1898, 1900 y 1903 respectivamente. En 1898 pasé a ser profesor titular y, en 1902, catedrático. En ningún momento profesé el más mínimo interés por el ocultismo ni la psicopatología.

Fue el 14 de mayo de 1908 cuando me atacó la extraña amnesia. La cosa fue bastante repentina, aunque me di cuenta posteriormente de que una serie de breves visiones centelleantes durante las horas previas -visiones caóticas que me causaron una gran inquietud por lo inaudito de las mismas- debían de haber constituido síntomas premonitorios. Me dolía la cabeza, y tenía la rara impresión -totalmente nueva para mí- de que otra persona estaba tratando de adueñarse de mi mente.

El colapso se produjo alrededor de las diez y veinte de la mañana, mientras estaba impartiendo una clase de Economía Política VI -historia y tendencias actuales de la economía- para estudiantes de tercer curso y unos pocos de segundo. Comencé a ver formas extrañas ante mis ojos y a sentir que me encontraba en una estancia grotesca que no era el aula. Perdí el hilo del discurso y de mis pensamientos, y los estudiantes vieron que algo grave estaba pasando. Acto seguido caí inconsciente en mi silla, sumido en un letargo del que nadie fue capaz de sacarme; como tampoco los sentidos de que soy legítimamente dueño volvieron a asomarse a nuestro mundo normal durante cinco años, cuatro meses y trece días.

Naturalmente, fue por otras personas que me enteré de lo que sucedió a continuación. Estuve dieciséis horas y media sin dar signo alguno de conciencia, a pesar de que fui trasladado hasta mi casa en el n.º 27 de Crane Street y recibí la mejor atención médica.

A las tres de la mañana del 15 de mayo mis ojos se abrieron y comencé a hablar, pero al poco los médicos y mi familia se sintieron verdaderamente asustados por mi lenguaje y cómo tendía a expresarme. Estaba claro que no tenía el menor recuerdo de mi identidad ni de mi pasado, si bien por alguna razón parecía ansioso

por ocultar esta falta de conocimientos. Miraba fijamente a las personas a mi alrededor de una forma muy rara, y los músculos de mi cara se contraían en rictus absolutamente desconocidos para todos.

Incluso mi forma de hablar resultaba poco fluida e impropia de mí. Utilizaba mis órganos vocales de manera torpe y tentativa, y mi dicción tenía un curioso carácter forzado, como si hubiera aprendido laboriosamente nuestro idioma estudiándolo en libros. Mi pronunciación era toscamente extravagante, mientras que el lenguaje parecía contener tanto curiosos arcaísmos ocasionales como expresiones de un tipo absolutamente incomprensible. De estas últimas, el más joven de los médicos recordaría de forma muy vívida -incluso aterrada- una en particular veinte años después, pues en esa época tan posterior una expresión así comenzó a ponerse verdaderamente de moda -primero en Inglaterra y después en Estados Unidos-, reproduciendo en cada mínimo detalle, pese a su gran complejidad e indiscutible novedad, las enigmáticas palabras del extraño paciente de Arkham de 1908.

Recuperé la fuerza física de inmediato, aunque curiosamente tuve que aprender de nuevo a utilizar hasta cierto punto mis manos, piernas y aparatos corporales en general. Debido a esta y otras discapacidades inherentes al fallo mnemónico, hube de permanecer durante un tiempo bajo estrictos cuidados médicos. Cuando vi que mis intentos de ocultar dicho fallo habían fracasado, lo reconocí abiertamente, y me puse ansioso por obtener toda clase de información. De hecho, los médicos tuvieron la impresión de que perdí el interés en mi auténtica personalidad en cuanto vi aceptada mi amnesia como algo natural. Observaron que mis esfuerzos se dirigieron principalmente a tratar de dominar ciertos aspectos de la historia, la ciencia, el arte, el lenguaje y el folclore -algunos de ellos tremendamente abstrusos y otros puerilmente simples- de los que, de forma muy extraña en muchos casos, ya no era consciente.

Al mismo tiempo se percataron de que tenía inexplicablemente a mi disposición conocimientos de tipos diversos y prácticamente desconocidos; algo que, más que hacer gala de ello, parecía querer ocultar. Solía aludir sin darme cuenta, y con despreocupada seguridad, a acontecimientos concretos de edades remotas que no figuraban en los modelos históricos aceptados, intentando hacer creer que todo era una broma cuando veía la sorpresa que generaban tales alusiones. Y hablaba del futuro de un modo que en dos o tres ocasiones causó verdadero miedo. Estos misteriosos arranques dejaron pronto de verse, si bien algunos observadores atribuyeron su desaparición más a una cierta cautela sigilosa por mi parte que a cualquier tipo de mengua de los extraños conocimientos que los motivaban. De hecho, me mostraba insólitamente ávido por asimilar el lenguaje, las costumbres y las

perspectivas de la época que me rodeaba, como si fuera un viajero estudioso de una lejana tierra extranjera.

Tan pronto como me lo permitieron, comencé a frecuentar la biblioteca de la universidad a todas horas y, poco tiempo después, a planear esos curiosos viajes, y cursos especiales en universidades estadounidenses y europeas, que tantos comentarios provocaron durante los años siguientes. En ningún momento sufrí una falta de contactos eruditos, pues mi caso se hizo moderadamente famoso entre los psicólogos de la época. Hablaban de mí en sus clases como de un ejemplo típico de personalidad secundaria, aunque a veces parecía desconcertarlos al mostrar algún síntoma singular o algún extraño indicio de una actitud burlona cuidadosamente disimulada.

Sin embargo, en lo que se refiere a verdadera simpatía, encontré poca. Algo en mi aspecto y en mi manera de hablar parecía despertar vagos miedos y aversiones en todos aquellos a los que iba conociendo, como si me considerasen un ser antitético a todo lo que es normal y sano. Se había extendido de forma curiosa y persistente la idea de que que en mí se escondía un horror maligno ligado a regiones incalculablemente *distantes*, en uno u otro sentido. Mi propia familia no era una excepción a este respecto. Desde el instante de mi extraño despertar mi esposa me había mirado con sumo horror y repugnancia, jurando que yo era un ser completamente extraño que había usurpado el cuerpo de su marido[320]. En 1910 obtuvo el divorcio y no consintió en volver a verme, ni siquiera tras mi vuelta a la normalidad en 1913. Mi hijo mayor y mi hija pequeña albergaban los mismos sentimientos que ella, y no he visto a ninguno de los dos desde entonces.

Solo mi segundo hijo Wingate fue aparentemente capaz de vencer el terror y la repulsión que suscitaba mi cambio. Él sentía desde luego que yo era un extraño, pero pese a tener solo ocho años confiaba profundamente en que mi verdadero yo regresaría algún día. Cuando tal regreso se produjo me buscó, y los tribunales me dieron su custodia. A lo largo de los años siguientes me ayudó con los estudios que me sentí impelido a emprender, y hoy a sus treinta y cinco años es profesor de psicología en Miskatonic. Pero no me sorprende que mi presencia causara tanto horror, pues la mente, la voz y la expresión facial del ser que despertó el 15 de mayo de 1908 no eran las de Nathaniel Wingate Peaslee.

No voy a intentar dar muchos detalles de mi vida entre 1908 y 1913, dado que los lectores pueden recabar la información esencial y más conocida -como tuve que hacer yo en gran medida- en las hemerotecas y en los archivos de revistas científicas. Se me dio el control de mis fondos, y los fui gastando paulatinamente y por lo general con prudencia en viajes y en estudios desarrollados en diversos centros de enseñanza. Los viajes, no obstante, fueron

extremadamente singulares, ya que involucraron largas visitas a sitios remotos y desolados. En 1909 pasé un mes en el Himalaya, y en 1911 generó mucho interés una expedición que hice en camello a los desiertos inexplorados de Arabia[321]. Qué pasó en esos viajes es algo que nunca he conseguido averiguar. Durante el verano de 1912 fleté un barco y navegué por el Ártico, al norte de Spitsbergen[322], de donde regresé mostrando signos de decepción. Ese mismo año pasé unas semanas recorriendo en solitario, más allá de donde nunca había llegado ninguna exploración previa o ha llegado ninguna posterior, los vastos sistemas de cavernas calizas de la zona oeste de Virginia: tenebrosos laberintos tan intrincados que ni siquiera podía plantearme volver por la misma ruta que había seguido para adentrarme en ellos[323].

Mis estancias en las universidades se caracterizaron por una asimilación de conocimientos anormalmente rápida, como si la personalidad secundaria estuviera dotada de una inteligencia inmensamente superior a la mía. He averiguado, asimismo, que mi ritmo de lectura y de estudio solitario era espectacular. Podía llegar a dominar todos los detalles de un libro con solo echarle un vistazo a la velocidad a la que era capaz de pasar las hojas, al tiempo que mi habilidad para interpretar cálculos matemáticos complejos en un instante resultaba verdaderamente asombrosa. De vez en cuando aparecían historias que rozaban lo inquietante y hablaban de una capacidad por mi parte para influir en los pensamientos y actos de otras personas, aunque por lo visto tenía cuidado de reducir al mínimo las demostraciones de esta facultad.

Otras murmuraciones desagradables aludían a mi cercanía con líderes de grupos ocultistas y con eruditos sospechosos de estar vinculados con misteriosos círculos de aborrecibles hierofantes[324] del mundo antiguo. Estos rumores, si bien nunca fueron confirmados en su día, se habían visto avivados sin duda por el conocido cariz de algunas de mis lecturas, pues la consulta de libros raros en las bibliotecas no puede llevarse a cabo en secreto. Existen pruebas tangibles -en forma de notas marginales- de que estudié minuciosamente volúmenes tales como el *Cultes des Goules*[325] del Comte d'Erlette, *De Vermis Mysteriis*[326] de Ludvig Prinn, el *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt, los fragmentos que aún se conservan del desconcertante *Libro de Eibon* y el temido *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred. Es innegable, además, que en torno a la época de mi extraña mutación se desató una nueva y maligna oleada de actividades clandestinas por parte de diversas sectas.

En el verano de 1913 comencé a dar muestras de hastío y de un decaimiento de mi interés, y a insinuar a distintos colegas que cabía esperar que pronto se diera un cambio en mí. Hablé de una

recuperación de la memoria de mi vida anterior, si bien muchos de quienes me oyeron me juzgaron insincero, dado que todos los recuerdos que mencioné eran sobre cosas triviales y que podía haber averiguado leyendo mis antiguos papeles privados. Hacia mediados de agosto regresé a Arkham y volví a ocupar mi casa de Crane Street, la cual llevaba mucho tiempo cerrada. Allí instalé una máquina de aspecto sumamente curioso, que había sido construida pieza a pieza por distintos fabricantes de aparatos científicos de Europa y Norteamérica, y cuidadosamente mantenida fuera de la vista de cualquier persona lo bastante inteligente como para analizarla. Aquellas que tuvieron ocasión de verla -un obrero, un criado y la nueva ama de llaves- cuentan que era un extraño conjunto de barras, ruedas y espejos, aunque de solamente unos 60 centímetros de alto y unos 30 centímetros de ancho y profundidad. El espejo central era circular y convexo. Todo esto ha sido confirmado por los fabricantes de las piezas a los que es posible localizar.

La noche del viernes 26 de septiembre, di orden a la ama de llaves y a la criada de que se fueran a sus hogares hasta el siguiente mediodía. Las luces estuvieron encendidas en la casa hasta tarde, y un hombre enjuto, moreno y de aspecto curiosamente extranjero llegó de visita en un automóvil. Las luces se vieron por última vez en torno a la una de la madrugada. A las dos y cuarto un policía vio que la vivienda estaba a oscuras, aunque el automóvil del desconocido seguía aparcado delante. A las cuatro claramente el vehículo ya no estaba. A las seis una voz titubeante con acento extranjero llamó por teléfono al Dr. Wilson para pedirle que se presentara en mi casa y me reanimase, pues había sufrido un extraño desmayo. Esta llamada -de larga distancia- se rastreó posteriormente hasta situar su origen en una cabina pública de la Estación Norte[327] de Boston, pero no se llegó a hallar el menor rastro del desconocido enjuto.

Cuando el médico llegó a mi casa me encontró inconsciente en la sala de estar, en un sillón con una mesa arrimada frente a él. En la pulida superficie de esta última había arañazos que indicaban que un objeto pesado de algún tipo había estado apoyado en ella. La extraña máquina había desaparecido, y nunca volvió a saberse más de ella. No cabía duda de que se la había llevado el extranjero moreno y enjuto. En la chimenea había abundantes cenizas claramente resultantes de la quema de hasta el más mínimo papelito que tuviera guardado de todo lo que había escrito desde la llegada de la amnesia. El Dr. Wilson descubrió que mi respiración estaba alterada de un modo muy raro, pero tras ponerme una inyección se normalizó un poco.

A las once y cuarto de la mañana del 27 de septiembre comencé a despertar con movimientos enérgicos; y mi rostro, hasta entonces impasible como una máscara, a dar señales de expresión. El Dr. Wilson

observó que dicha expresión no era la de mi personalidad secundaria, sino que se parecía mucho más a la de mi yo normal. Sobre las once y media musité algunas sílabas tremendamente curiosas: sílabas que no parecían pertenecer a ninguna lengua humana. Yo daba la impresión, además, de estar luchando contra algo. Después, pasado justo el mediodía -habiendo regresado entretanto la ama de llaves y la criada-, empecé a decir algo entre dientes en nuestro idioma:

—… de los economistas ortodoxos de la época, Jevons[328] tipifica la tendencia preponderante hacia la correlación científica. Su intento de vincular el ciclo comercial de prosperidad y depresión al ciclo físico de las manchas solares constituye quizá el culmen de…

Nathaniel Wingate Peaslee había regresado; un espíritu en cuya escala temporal era todavía esa mañana de jueves de 1908, cuando la clase de economía atendía a sus explicaciones desde el castigado escritorio en lo alto del estrado.

II

Mi reintegración a la vida normal fue un proceso difícil y penoso. La pérdida de más de cinco años crea más complicaciones de las que uno es capaz de imaginar, y en mi caso hubo que arreglar innumerables asuntos. Lo que me contaron acerca de mis acciones desde 1908 me dejó asombrado y preocupado, pero traté de ver la cuestión con tanta filosofía como pude. Tras recuperar al fin la custodia de mi segundo hijo Wingate, me instalé con él en la casa de Crane Street y me esforcé en volver a la docencia, después de que la universidad hubiera tenido la amabilidad de ofrecerme mi vieja cátedra.

Me reincorporé al trabajo con el cuatrimestre de febrero de 1914, y persistí en él tan solo un año. Para entonces ya era consciente de las terribles secuelas que mi experiencia me había dejado. Pese a gozar de perfecta salud -o eso esperaba- y a no haber sufrido menoscabo alguno en mi personalidad original, no me sentía con la energía de antaño. Me perseguían continuamente sueños vagos e ideas extrañas, y cuando el estallido de la Guerra Mundial me hizo pensar en cuestiones históricas me vi evocando épocas y acontecimientos de un modo rarísimo. Mi concepción del *tiempo* y mi capacidad para distinguir entre consecutividad y simultaneidad parecían ligeramente alteradas, de tal suerte que me formaba ideas quiméricas sobre la posibilidad de vivir en una edad concreta y proyectar la propia mente hasta un extremo u otro de la eternidad para conocer el futuro y el pasado.

A veces, al pensar en la guerra, tenía la extraña impresión de que *recordaba* algunas de sus *consecuencias* en ese momento más lejanas,

como si supiera cómo iba a terminar y pudiera contemplarla a la luz de una información futura. Todos estos cuasirrecuerdos venían acompañados de un dolor muy fuerte, así como de una sensación de que había algún tipo de barrera psicológica artificial erigida contra ellos. Las veces que mencioné estas impresiones a otras personas, de forma vaga e insegura, me encontré con diversas respuestas. Algunos de mis oyentes me miraron con inquietud, pero ciertos miembros del Departamento de Matemáticas me hablaron de recientes avances en esas teorías de la relatividad -las cuales solo se trataban por entonces en círculos académicos- que posteriormente cobrarían tanta fama. El Dr. Albert Einstein, decían, estaba reduciendo rápidamente el *tiempo* a la condición de una mera dimensión.

Pero los sueños y las sensaciones propias de una mente trastornada fueron ganando terreno, de modo que tuve que dejar mi trabajo en 1915. Algunas impresiones concretas estaban adoptando una forma irritante, pues me transmitían la persistente idea de que mi amnesia había constituido algún tipo impío de *intercambio*; de que la personalidad secundaria había sido en efecto una fuerza intrusa procedente de alguna región desconocida, y de que mi propia personalidad había sufrido un desplazamiento. Esto me condujo, como resultado, a vagas y aterradoras especulaciones relativas al paradero de mi verdadero yo durante los años en que otro había estado en posesión de mi cuerpo. Los curiosos conocimientos y la extraña conducta de su reciente ocupante me preocuparon cada vez más a medida que fui enterándome de más detalles por personas, periódicos y revistas. Las rarezas que habían desconcertado a otros parecían armonizar de un modo terrible con un soterrado conjunto de conocimientos siniestros que se habían alojado en lo más profundo de mi subconsciente, por lo que comencé a buscar frenéticamente cualquier información por mínima que fuera relacionada con los estudios y viajes de *el otro* durante los años de la amnesia.

No todos mis problemas eran tan parcialmente abstractos como este: también estaban los sueños, los cuales parecían ganar realismo y concreción a medida que pasaba el tiempo. Sabiendo la opinión que de ellos tendría la mayor parte de la gente, apenas se los mencioné a nadie que no fuese mi hijo o ciertos psicólogos de confianza; pero al cabo de un tiempo inicié un estudio científico de otros casos a fin de comprobar cuán típicas o no podían ser tales visiones entre las víctimas de amnesia. Mis resultados -a los que contribuyeron psicólogos, historiadores, antropólogos y alienistas de dilatada experiencia, así como un estudio que incluyó todos los casos documentados de personalidad múltiple desde los tiempos de las leyendas sobre posesiones demoníacas hasta el presente, realista en lo tocante a la medicina- en un principio me preocuparon más de lo que

me consolaron.

No tardé en descubrir que mis sueños no tenían ningún equivalente en la inmensa mayoría de casos de verdadera amnesia. Había, sin embargo, una minúscula cantidad residual de testimonios que me desconcertaron y conmocionaron durante años por su paralelismo con mi propia experiencia. Algunos de ellos eran antiguas leyendas de carácter popular; otros eran historiales clínicos extraídos de los anales de la medicina, y uno o dos eran anécdotas misteriosamente escondidas en historias corrientes. Así pues, parecía que, si bien mi tipo especial de aflicción era prodigiosamente raro, se habían producido casos esporádicos del mismo desde el comienzo de la historia del hombre. Algunos siglos podían contener uno, dos o tres, y otros ninguno; o al menos ninguno del que quedase constancia.

Estos casos eran siempre iguales en lo esencial: una persona dada a reflexiones profundas tomaba una extraña vida secundaria y llevaba durante un periodo más o menos largo una existencia completamente impropia de ella caracterizada en un primer momento por un torpe manejo de su voz y su cuerpo, y luego por una adquisición sistemática de conocimientos científicos, históricos, artísticos y antropológicos; una adquisición en la que perseveraba con frenético entusiasmo y una capacidad de asimilación totalmente fuera de lo normal. Después se producía un súbito retorno de la conciencia legítima, que en lo sucesivo se veía acosada de forma intermitente por sueños vagos e inclasificables que se asemejaban a fragmentos de algún tipo espantoso de recuerdos que hubieran sido minuciosamente borrados. Y el gran parecido de esas pesadillas con las mías -incluso en algunos de sus detalles más insignificantes- no me dejaron dudas de su carácter significativamente típico. Uno o dos de los casos me sugirieron además una cierta sensación de familiaridad blasfema, como si hubiera sabido ya de su existencia por algún canal cósmico demasiado malsano y aterrador como para considerarlo. En tres de los casos se hacía mención explícita de una máquina desconocida como la que había habido en mi casa antes del segundo cambio.

Otra cosa que me preocupó vagamente durante mi investigación fue la frecuencia un tanto superior de casos en los que personas que no habían sufrido amnesias claras recibían breves y fugaces atisbos de las características pesadillas. Estas personas eran en su mayoría gente con una inteligencia mediocre o peor; algunas tan primitivas que apenas resultaba posible verlas como medios para una erudición extraordinaria y un aprendizaje preternatural. Durante un segundo, se veían invadidas por una fuerza extraña, para acto seguido regresar a su estado anterior con un débil y efímero recuerdo de horrores inhumanos.

Había habido al menos tres casos como estos durante el último

medio siglo; uno de ellos solo quince años antes[329]. ¿Acaso había estado algo *avanzando a tientas* a través del tiempo desde algún insospechado abismo de la naturaleza? Estos casos leves ¿eran experimentos monstruosos y siniestros de un tipo y una autoría completamente inconcebibles para una mente racional? Tales eran algunas de las difusas especulaciones de mis horas bajas, fantasías inducidas por mitos que mis estudios sacaban a la luz; pues no me cabía duda de que ciertas leyendas persistentes de antigüedad inmemorial, aparentemente desconocidas para las víctimas y los médicos vinculados a los casos recientes de amnesia, constituían una sorprendente y asombrosa descripción ampliada de fallos de memoria como los que yo sufría.

Respecto a la naturaleza de los sueños e impresiones que tan insistentes se estaban volviendo, casi me da miedo hablar todavía. Parecían albergar un toque de locura, y algunas veces creí estar realmente perdiendo la cabeza. ¿Existía un tipo especial de delirio que afectaba a quienes habían sufrido fallos de memoria? Resultaba concebible que los esfuerzos del subconsciente por llenar un desconcertante vacío con pseudorrecuerdos pudieran dar origen a extraños caprichos de la imaginación. Esta, de hecho (aunque una teoría alternativa basada en el folclore me pareció finalmente más plausible), era la creencia de muchos de los alienistas que me ayudaron en mi búsqueda de casos paralelos y que compartieron mi perplejidad ante los puntos de coincidencia descubiertos en ocasiones. No calificaron la afección de auténtica locura, sino que la incluyeron entre los trastornos neuróticos; y aprobaron por completo el que estuviera tratando de identificarla y analizarla -en vez de pretender inútilmente rechazarla u olvidarme de ella- al considerarlo algo correcto según los mejores principios psicológicos. Especialmente, valoré el consejo de los médicos que me habían estudiado mientras me hallaba poseído por la otra personalidad.

Los primeros trastornos que experimenté no fueron en modo alguno visuales, sino que estuvieron asociados a las cuestiones de tipo más abstracto que ya he mencionado. También se dio una sensación de profundo e inexplicable horror relacionada *conmigo mismo*. Desarrollé un miedo extraño a ver mi propio cuerpo, como si a mis ojos les pareciese algo completamente ajeno a mí e inimaginablemente aborrecible. Cuando finalmente bajaba la mirada para contemplar mi familiar forma humana envuelta en un sobrio traje gris o azul siempre sentía un curioso alivio, aunque para conseguirlo primero debía vencer un terror inmenso. Evitaba los espejos en la medida de lo posible, y siempre me afeitaba en la barbería. Pasó mucho tiempo antes de que empezara a correlacionar cualquiera de estas sensaciones de disgusto con las fugaces impresiones visuales que comenzaron a

aparecer. La primera de dichas correlaciones tuvo que ver con una rara sensación de limitación artificial de mi memoria por parte de una fuerza externa. Me parecía que las visiones incompletas que experimentaba tenían un significado profundo y sobrecogedor, así como una relación terrorífica conmigo mismo, pero que, al mismo tiempo, una influencia pertinaz me impedía captar ese significado y esa relación. Después vino esa rara percepción del factor *tiempo*, y con ella esfuerzos desesperados por situar las fragmentarias visiones oníricas en el esquema cronológico y espacial.

Las visiones en sí fueron en un primer momento simplemente extrañas, más que horribles. Me parecía estar en una enorme cámara abovedada cuyas elevadas aristas de piedra prácticamente se fundían con las sombras de las alturas. Fuera cual fuera la época o el lugar de la escena, la técnica del arco estaba tan perfeccionada y tan profusamente presente en ella como en los tiempos de los romanos. Había ventanas redondas de dimensiones colosales y enormes puertas arqueadas, así como pedestales o mesas tan altas como el techo de una habitación normal. Vastas estanterías de madera oscura cubrían las paredes, conteniendo lo que parecían ser libros de inmenso tamaño con misteriosos jeroglíficos en sus lomos. La piedra que quedaba a la vista albergaba curiosas tallas, todas ellas con forma de figuras matemáticas curvilíneas, y había inscripciones cinceladas en la piedra con los mismos caracteres que presentaban los enormes volúmenes. Los sillares de granito oscuro eran de un tipo monstruosamente megalítico, con hiladas de bloques convexos por arriba que encajaban en las líneas de bloques de base cóncava que descansaban sobre ellas. No había sillas, pero las caras superiores de los gigantescos pedestales estaban llenas de libros, papeles y lo que parecían ser instrumentos de escritura: unos botes de un metal violáceo decorado con motivos extraños y unas barras que tenían la punta manchada. Pese a la gran altura de los pedestales, a veces creía ser capaz de verlos desde arriba. Sobre algunos de ellos había unas grandes esferas de cristal luminoso que hacían las veces de lámparas, así como máquinas inexplicables compuestas de tubos vítreos y barras de metal. Las ventanas tenían cristales y celosías hechas con barras de metal de aspecto robusto. Aunque no me atrevía a acercarme para mirar por ellas, desde donde me encontraba podía ver los cimbreantes extremos de unas plantas singulares que recordaban helechos. El suelo era de enormes losas octagonales, al tiempo que no había alfombras ni tapices de ningún tipo.

Posteriormente tuve visiones en las que recorría etéreamente ciclópeos pasillos de piedra y subía y bajaba por gigantescos planos inclinados hechos con el mismo tipo de sillares monstruosos. No había escaleras por ningún lado, ni ninguno de los corredores medía menos

de nueve metros de ancho. Algunas de las estancias por cuyo interior me movía como un fantasma debían de haberse encontrado a cientos de metros de altitud. Debajo de ellas había múltiples niveles de oscuras cámaras subterráneas, y trampillas que permanecían siempre cerradas, selladas con flejes de metal, y que transmitían una cierta y particular sensación de peligro. Parecía encontrarme prisionero allí, y una amenazadora aura de horror pendía sobre todo lo que veían mis ojos. Tenía la impresión de que los burlones jeroglíficos curvilíneos de las paredes harían añicos mi alma con su mensaje si no me protegiera una piadosa ignorancia.

Más adelante mis sueños incluyeron vistas desde las grandes ventanas redondas, así como desde la titánica azotea -con sus curiosos jardines, su amplia zona de tierra baldía y su alto parapeto de piedra festoneado- a la que conducía el plano inclinado situado más arriba. Había leguas casi infinitas de edificios gigantescos, rodeados por jardines individuales y alineados a lo largo de calzadas pavimentadas de como mínimo 60 metros de ancho. Eran muy diferentes en aspecto, pero pocos medían menos de 150 metros de lado o 300 metros de alto. Muchos parecían tan interminables que debían de haber tenido fachadas de cientos y cientos de metros, mientras que otros se levantaban hasta altitudes propias de montañas sobre el nebuloso cielo gris. Parecían estar hechos principalmente de piedra u hormigón, y la mayoría de ellos incorporaba el tipo de sillería extrañamente curvilínea visible en el edificio que me retenía. Las cubiertas eran planas y estaban tapizadas por jardines, y solían tener parapetos festoneados. A veces había terrazas y niveles superiores, y amplios espacios despejados en mitad de los jardines. Las grandes calzadas parecían albergar objetos en movimiento, pero en las primeras visiones no fui capaz de concretar esta impresión en imágenes nítidas.

En ciertos sitios divisé enormes torres cilíndricas de piedra oscura que se elevaban hasta una altura mucho mayor que todas las demás construcciones. Parecían de una naturaleza totalmente única, y mostraban signos de una prodigiosa antigüedad y decrepitud. Estaban construidas con un curioso tipo de sillares de basalto rectangulares y se estrechaban ligeramente hacia sus cúspides en círculo. Era imposible encontrar en ellas el menor rastro de ventanas u otras aberturas que no fueran sus enormes puertas. Reparé asimismo en otros edificios más bajos -todos ellos en desmoronamiento por el azote durante eones de los elementos- cuya arquitectura básica era similar a la de las oscuras torres cilíndricas. En torno a todas estas aberrantes pilas de sillares rectangulares flotaba un aura inexplicable de peligro y miedo concentrado, tal como la que generaban las trampillas selladas.

Los ubicuos jardines resultaban casi terroríficos por su extrañeza, con formas de vegetación singulares y desconocidas que se

cimbreaban sobre amplios paseos bordeados de monolitos curiosamente esculpidos. Las plantas más abundantes eran una especie de helechos descomunales; algunos verdes, y otros de una horrenda palidez fungoide. Entre ellos se alzaban unas grandes formas fantasmales semejantes a calamites[330], cuyos troncos como cañas de bambú se elevaban hasta alturas increíbles. También había unos penachos que semejaban cícadas fabulosas, así como arbustos grotescos de color verde oscuro y árboles de apariencia conífera. Las flores eran pequeñas, de colores neutros e inidentificables, y crecían en macizos geométricos y entre la vegetación en general. En unas cuantas de las terrazas y de los jardines de las azoteas había flores más grandes, de colores más vivos y contornos casi desagradables, cuyo aspecto hacía pensar que se trataba de cultivos artificiales. Hongos de tamaños, formas y colores inconcebibles salpicaban aquellos escenarios en diseños que hablaban de una tradición hortícola desconocida pero muy arraigada. En los jardines más extensos al nivel del suelo parecía haberse dado un intento de preservar las irregularidades de la naturaleza, pero en las azoteas habían sido más selectivos y se apreciaban más muestras de arte topiario.

El cielo estaba casi siempre nublado y cargado de humedad, y en ocasiones me parecía presenciar lluvias tremendas. No obstante, de vez en cuando se vislumbraba el sol -que daba la impresión de ser anormalmente grande- y la luna, cuyo relieve tenía un aspecto un poco diferente al acostumbrado cuyo origen jamás alcancé a desentrañar. Cuando -muy raras veces- el cielo se encontraba despejado por la noche, aunque fuese mínimamente, observaba en él constelaciones que me resultaban prácticamente irreconocibles[331]. Sus conocidos perfiles eran semejantes en algunos casos, pero casi nunca iguales; y por la posición de los pocos grupos que logré identificar, pensé que debía encontrarme en el hemisferio sur de la Tierra, cerca del trópico de Capricornio. El lejano horizonte estaba siempre velado por la bruma, pero alcanzaba a ver que más allá de la ciudad se extendían inmensas junglas de helechos arbóreos desconocidos, calamites, lepidodendros y sigilarias[332], cuyas fantásticas frondas se mecían con aire burlón en la voluble neblina. A veces tenía la ligera impresión de que algo se movía en el cielo, pero mis primeras visiones nunca llegaron a aclarar este punto.

En el otoño de 1914 empecé a tener sueños esporádicos en los que flotaba de manera extraña sobre la ciudad y por las tierras que la rodeaban. Vi caminos interminables que atravesaban selvas de árboles aterradores con troncos moteados, estriados y bandeados, y que pasaban por otras ciudades tan extrañas como la que se me aparecía repetidamente por las noches. Avisté monstruosas construcciones de piedra negra o iridiscente en claros donde reinaba una penumbra

perpetua, y recorrí calzadas elevadas sobre pantanos tan oscuros que apenas era capaz de distinguir su húmeda y altísima vegetación. Una vez vi una zona de incontables kilómetros salpicada de ruinas basálticas destruidas por el tiempo cuya arquitectura había sido semejante a la del pequeño número de torres sin ventanas y con cúspides circulares que había en la primera ciudad. Y en una ocasión divisé el mar: una infinita extensión brumosa más allá de los colosales muelles de piedra de una enorme urbe llena de arcos y cúpulas. Sobre él se movían unas vagas sombras informes de gran tamaño, y su superficie se veía perturbada aquí y allá por insólitos chorros de vapor.

III

Como ya he dicho, estas visiones no comenzaron a adquirir su carácter terrorífico hasta un tiempo después. Ciertamente, son muchas las personas que han soñado cosas esencialmente más extrañas; cosas compuestas de fragmentos inconexos de la vida diaria, de imágenes y de lecturas, y dispuestas en formas fabulosamente originales por los incontrolados caprichos del sueño. Durante un tiempo acepté las visiones como un fenómeno natural, aun cuando nunca había tenido sueños extravagantes con anterioridad. Muchas de sus vagas rarezas -argumentaba yo- debían de provenir de fuentes triviales demasiado numerosas como para identificarlas; mientras que otras parecían reflejar un conocimiento de las plantas y de otras características del mundo primitivo de hace 150 millones de años -el mundo del periodo pérmico o triásico[333]- como el que podría extraerse de un libro de texto común y corriente. Sin embargo, con el transcurso de los meses, el componente terrorífico fue figurando cada vez con mayor intensidad. Fue entonces cuando los sueños comenzaron indefectiblemente a tener aspecto de *recuerdos*, y cuando mi mente empezó a relacionarlos con mis crecientes trastornos de carácter abstracto: la sensación de limitación mnemónica, las curiosas impresiones en cuanto al *tiempo*, el presentimiento de que se había producido un odioso intercambio con mi personalidad secundaria durante los años 1908-1913 y, bastante más tarde, la inexplicable aversión hacia mi propia persona.

A medida que ciertos detalles concretos fueron introduciéndose en los sueños, el horror que me producían se multiplicó por mil; hasta que, en octubre de 1915, me pareció que debía hacer algo al respecto. Fue entonces cuando acometí un estudio intensivo de otros casos de amnesia y de visiones, al creer que así podría objetivar mi problema y

liberarme de su presa emocional. No obstante, como ya he mencionado antes, el resultado fue en un primer momento casi totalmente opuesto al deseado. Descubrir que mis sueños se habían repetido en formas tan parecidas me produjo una enorme inquietud; sobre todo porque algunos de los testimonios eran demasiado antiguos como para que sus autores pudieran haber tenido el menor conocimiento de geología -y, por ende, la menor idea sobre cómo eran los paisajes primitivos-. Además, muchos de esos testimonios proporcionaban detalles y explicaciones sumamente horribles en relación con las visiones de grandes edificios y jardines selváticos -así como de otras cosas-. Experimentar uno mismo las vistas y las impresiones vagas ya era algo bastante espantoso, pero lo que algunos de los demás soñadores insinuaban o afirmaban rezumaba locura y tintes blasfemos. Lo peor es que esto excitó mi propia pseudomemoria generando sueños más delirantes y augurios de futuras revelaciones. Y, con todo, la mayor parte de los médicos consideró que mi modo de proceder, en general, resultaba aconsejable.

Empecé a estudiar psicología de manera sistemática y, bajo el estímulo imperante, mi hijo Wingate hizo lo mismo; unos estudios que terminaron llevándolo a la cátedra que ocupa actualmente. En 1917 y 1918 hice unos cursos especiales en Miskatonic y, mientras tanto, mi investigación de documentos médicos, históricos y antropológicos se volvió infatigable, implicó viajes a bibliotecas de lugares lejanos y hasta me llevó finalmente a leer los espantosos libros de antiguos conocimientos prohibidos por los que mi personalidad secundaria había mostrado un interés tan inquietante. Algunos de estos fueron los mismos ejemplares que había consultado en mi estado alterado, y me turbaron sobremanera ciertas notas marginales y aparentes *correcciones* de los terribles textos en una letra y un lenguaje que parecían de algún modo extrañamente inhumanos.

Estas anotaciones estaban en su mayoría en las respectivas lenguas de los diversos libros, todas las cuales el autor parecía conocer con igual soltura -una soltura adquirida no obstante de un modo obviamente académico-. Una glosa añadida al *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt, sin embargo, era alarmantemente distinta a las demás. Consistía en una serie de jeroglíficos curvilíneos dibujados con la misma tinta que las correcciones en alemán, pero que no se ajustaban a ningún modelo humano conocido. Y estos jeroglíficos eran inequívoca y tremendamente similares a los caracteres que encontraba por todas partes en mis sueños; caracteres cuyo significado a veces creía por un instante conocer o estar a punto de recordar. Para completar mi profunda confusión, los bibliotecarios me aseguraron que, en vista de quiénes habían examinado previamente los volúmenes en cuestión y de los registros de consulta de estos, todas aquellas

anotaciones debían de haberlas hecho yo mismo en mi estado secundario. Ello a pesar de que no conocía y sigo sin conocer ninguna de las tres lenguas implicadas.

Tras interrelacionar los diversos documentos, antiguos y modernos, antropológicos y médicos, descubrí una mezcla relativamente uniforme de mitos y alucinaciones cuya envergadura e irracionalidad me dejó totalmente anonadado. Solo una cosa me consoló: el hecho de que los mitos tuvieran un origen tan arcaico. Qué conocimientos perdidos podían haber introducido escenas del paisaje paleozoico o mesozoico en esas fábulas primitivas era algo que no alcanzaba siquiera a imaginar, pero las escenas habían estado ahí. Por consiguiente, existía una base para la formación de un tipo concreto de delirio. Los casos de amnesia crearon sin duda el modelo mítico general, pero después las imaginativas adiciones de los mitos debían de haber afectado a los amnésicos influyendo en sus pseudorrecuerdos. Yo mismo había leído y oído contar todas aquellas leyendas primigenias durante los años en que había perdido la memoria; mi investigación lo había demostrado sobradamente. ¿No era natural, entonces, que mis sueños e impresiones emocionales subsiguientes se vieran influidos y moldeados por lo que mi memoria conservaba subconscientemente de mi estado secundario? Unos cuantos de los mitos estaban relacionados de un modo significativo con otras leyendas inciertas del mundo prehumano, especialmente con esos relatos hindúes que hablan de tiempos pasmosamente antiguos y forman parte de las enseñanzas de los teosofistas modernos.

Los mitos primordiales y los delirios modernos coincidían en la idea básica de que la humanidad es solo una -y quizá la más insignificante- de las razas altamente evolucionadas y dominantes de la larga y en gran parte desconocida historia de este planeta. Unos y otros apuntaban que seres de formas inconcebibles habían erigido torres que rozaban el cielo y ahondado en todos los secretos de la naturaleza antes de que el primer antepasado anfibio del hombre hubiera salido arrastrándose del cálido mar de hace trescientos millones de años. Algunos habían llegado de las estrellas; unos cuantos eran tan antiguos como el propio cosmos, en tanto que otros habían surgido con rapidez de gérmenes terrestres tan alejados temporalmente de los primeros gérmenes de nuestro ciclo vital como estos lo están de nosotros. Se hablaba con total libertad de periodos de miles de millones de años y de vínculos con otras galaxias y universos. De hecho, el tiempo no existía en el sentido aceptado por el ser humano.

Pero la mayoría de las leyendas e impresiones hablaban de una raza comparativamente reciente -cuya extraña y compleja anatomía no se parecía a la de ninguna otra forma de vida conocida por la

ciencia- que había vivido hasta hace solo cincuenta millones de años antes de la llegada del hombre. Esta, señalaban, era la raza más grandiosa de todas, porque había llegado a descifrar el secreto del tiempo por sus propios medios. Había aprendido todo lo que se había llegado a saber *o se llegaría a saber* durante la existencia de la Tierra, utilizando el poder de sus mentes superiores para proyectarse al pasado y al futuro, incluso a través de abismos de millones de años, y estudiar el conocimiento de todas las eras. Los logros de esta raza habían sido el origen de todas las leyendas relacionadas con *profetas*, incluyendo las presentes en la mitología humana.

En sus vastas bibliotecas había volúmenes con textos e ilustraciones que contenían la totalidad de los anales de la tierra: historias y descripciones de cada especie que había existido o llegaría a existir jamás, con completos registros de sus artes, triunfos, lenguas y psicologías. Provista de este saber que abarcaba eones enteros, la Gran Raza elegía de cada era y cada forma de vida las ideas, artes y procedimientos que pudieran resultar más apropiados para su propia naturaleza y situación. El conocimiento del pasado, obtenido mediante una especie de proyección mental que no empleaba los sentidos conocidos, era más difícil de reunir que el conocimiento del futuro.

En este último caso el proceso era más sencillo y material. Valiéndose de una máquina adecuada a tal fin la mente se proyectaba hacia delante en la corriente temporal, avanzando a tientas por ella de un modo extrasensorial hasta aproximarse al periodo deseado. Entonces, tras unos sondeos preliminares, poseía al mejor ejemplar que consiguiera descubrir de la forma de vida más avanzada del periodo, introduciéndose en el cerebro del organismo e implantando en él sus propias ondas psíquicas mientras la mente desplazada viajaba a la época del intruso, donde permanecería dentro del cuerpo de este último hasta que se pusiera en marcha un proceso inverso. La mente proyectada, en el cuerpo del organismo del futuro, se hacía pasar entonces por un miembro de la raza cuya forma exterior presentaba, aprendiendo tan rápido como le fuese posible todo lo que pudiera del periodo elegido y de la información y las técnicas acumuladas durante el mismo.

Mientras tanto la mente desplazada, expulsada al tiempo y el cuerpo del intruso, era puesta bajo una atenta vigilancia. No se le dejaba dañar el cuerpo que ocupaba, e interrogadores cualificados se encargaban de extraerle todos sus conocimientos. Muchas veces era posible hacerle las preguntas en su propia lengua, cuando los viajes previos al futuro habían traído información acerca de ella. Si la mente procedía de un cuerpo cuyo lenguaje la Gran Raza no era capaz de reproducir físicamente, se construían ingeniosas máquinas que podían manejarse como un instrumento musical para reproducir la forma de

comunicación desconocida. Los miembros de la Gran Raza eran inmensos conos rugosos[334] de tres metros de altura, de cuyos vértices salían unos apéndices extensibles[335] de unos treinta centímetros de ancho a los que estaban unidos la cabeza y otros órganos. Se comunicaban chasqueando o frotando unas enormes garras o pinzas situadas al final de dos de sus cuatro apéndices, y se desplazaban expandiendo y contrayendo una capa viscosa que cubría sus enormes bases o pies de tres metros de diámetro.

Una vez que desaparecía la sorpresa y el resentimiento de la mente cautiva, así como (suponiendo que procediera de un cuerpo muy distinto al de la Gran Raza) su horror por la desconocida forma temporal que ocupaba, se le permitía estudiar su nuevo entorno y experimentar un asombro y una iluminación muy similares a los del ser que le había desplazado de su cuerpo. Con las debidas precauciones, y a cambio de unos servicios apropiados, se le dejaba recorrer todo el mundo habitable en aeronaves titánicas o en los gigantescos vehículos con motores atómicos y semejantes a barcos que iban y venían por las grandes calzadas, así como investigar a su antojo en las bibliotecas que contenían la información sobre el pasado y el futuro del planeta. Esto hacía que muchas de las mentes cautivas terminaran aceptando su suerte, dado que todas ellas eran muy inteligentes, y para tales mentes el descubrimiento de los misterios arcanos de la tierra -capítulos cerrados de pasados inimaginables y vertiginosos vórtices de tiempos futuros que incluyen los años posteriores a la época que les corresponde- constituye siempre, pese a los horrores infernales a menudo hallados, la experiencia más sublime de la vida.

De vez en cuando se permitía a los prisioneros conocer a otras mentes cautivas del futuro: intercambiar impresiones con seres dotados de conciencia que habían vivido cien, mil o un millón de años antes o después de sus propias eras. Y a todos ellos se les pedía que escribieran copiosamente en su propia lengua acerca de sí mismos y sus respectivos periodos; unos documentos que habrían de guardarse en el gran archivo central.

Cabe añadir que había un triste tipo especial de cautivo cuyos privilegios eran muy superiores a los de la mayoría. Eran los desterrados *permanentes* moribundos, cuyos cuerpos en el futuro habían sido poseídos por miembros astutos de la Gran Raza que, ante la perspectiva de la muerte, intentaban escapar de su extinción mental. Estos melancólicos desterrados no eran tan comunes como pudiera esperarse, ya que la longevidad de la Gran Raza reducía su amor por la vida, especialmente entre las mentes superiores que tenían la capacidad de proyectarse. De estos casos de proyección permanente de mentes ancianas derivaban muchos de los cambios de

personalidad persistentes observados en periodos históricos posteriores (incluyendo los correspondientes a la humanidad).

En lo que se refería a los casos habituales de exploración, cuando la mente desplazada había aprendido todo lo que quería en el futuro, construía un aparato como el que había dado comienzo a su viaje astral y revertía el proceso de proyección, volviendo otra vez a su propio cuerpo y época, al tiempo que la mente que había permanecido cautiva regresaba al cuerpo del futuro al que verdaderamente pertenecía. Esta restitución era imposible únicamente cuando uno u otro de los cuerpos había muerto en el tiempo que había durado el intercambio. En tales casos, por supuesto, la mente exploradora -como en el caso de los que escapaban de la muerte- tenía que pasar el resto de su vida en el futuro, dentro de un cuerpo que no era el suyo; o bien la mente cautiva -al igual que los desterrados permanentes moribundos- se veía obligada a terminar sus días en la forma y en la era pasada de la Gran Raza.

Este destino resultaba menos horrible cuando la mente cautiva pertenecía también a la Gran Raza: un caso que no era infrecuente, dado que la raza había albergado un profundo interés por su propio futuro en todos sus periodos de existencia. El número de desterrados permanentes moribundos de la Gran Raza era muy escaso, debido principalmente a los terribles castigos impuestos a los desplazamientos por parte de moribundos a mentes futuras de la Gran Raza; castigos que, por medio de la proyección, se encargaban de infligir en las mentes de los delincuentes dentro de sus nuevos cuerpos futuros -efectuándose en ocasiones reversiones forzosas del intercambio-. Se habían conocido y rectificado de manera cuidadosa complicados casos de desplazamientos de mentes exploradoras o ya cautivas por parte de mentes de diversas épocas del pasado. En todas las eras desde el descubrimiento de la proyección mental, una fracción mínima pero perfectamente reconocida de la población consistía en mentes de la Gran Raza pertenecientes a eras pasadas que estaban pasando allí temporadas más o menos largas.

Cuando una mente de origen distinto era devuelta a su propio cuerpo en el futuro, se la purgaba por medio de una compleja hipnosis mecánica de todo lo que había aprendido en la era de la Gran Raza: una medida practicada a causa de una serie de problemáticas consecuencias inherentes al acarreo general de conocimientos al futuro en grandes cantidades. Los pocos casos de transmisión clara existentes habían causado -y causarían en tiempos futuros conocidos- grandes desastres. Y era principalmente de resultas de dos casos de este tipo (según decían los antiguos mitos) que la humanidad había averiguado lo que sabía de la Gran Raza. De todo lo que había sobrevivido *física y directamente* de aquel mundo antediluviano, solo

quedaban ya una serie de ruinas compuestas por grandes bloques de piedra en lugares remotos y bajo el mar, y algunas partes del texto de los aterradores Manuscritos Pnakóticos.

Así pues, la mente retornaba a su propia era solo con unas visiones sumamente vagas y fragmentarias de todo lo que había vivido desde su captura. Se erradicaban todos los recuerdos susceptibles de ello, de forma que en la mayoría de los casos lo único que se recordaba desde el momento del intercambio inicial era una serie de sueños confusos. Algunas mentes conservaban más recuerdos que otras, y el enlazamiento casual de estos había llevado en raras ocasiones atisbos del pasado prohibido a eras futuras. Probablemente nunca hubo una época en la que no existiesen grupos o sectas que atesoraran en secreto algunos de tales atisbos. En el *Necronomicón* se apuntaba la presencia de una secta así entre los seres humanos: una que a veces prestaba ayuda a las mentes que salvaban los eones que separaban el presente de los días de la Gran Raza.

Y durante ese tiempo la propia Gran Raza llegó a ser prácticamente omnisciente, y centró su interés en la tarea de establecer intercambios con mentes de otros planetas, y de explorar sus pasados y futuros. Trató asimismo de sondear los años pretéritos y el origen de ese tenebroso orbe largamente desprovisto de vida del que procedía su herencia mental; pues la mente de la Gran Raza era más antigua que su forma corpórea. Los habitantes de un anciano mundo moribundo, conocedores de los secretos supremos, habían enviado su conciencia al futuro en busca de un nuevo mundo y una nueva especie en donde pudieran disfrutar de una larga vida; y habían enviado sus mentes en masa a los cuerpos de esa raza futura más idónea para albergarlas: los seres con forma de cono que poblaban nuestra Tierra hace mil millones de años. Así fue cómo surgió la Gran Raza, mientras las incontables mentes enviadas al pasado eran abandonadas a su suerte para que murieran sumidas en el horror de unos cuerpos extraños. La raza volvería a enfrentarse más adelante a la extinción, pero sobreviviría gracias a otra migración al futuro de sus mentes más dotadas a los cuerpos de otros seres que contaban con un periodo vital más extenso por delante.

Tal era el contexto de la trama que formaban las leyendas y las alucinaciones. Cuando, en torno a 1920, logré ordenar de forma coherente mis investigaciones, sentí un cierto alivio de la tensión que sus primeras etapas habían acrecentado. Al fin y al cabo, y a pesar de las fantasías suscitadas por mis a veces ciegas emociones, ¿no eran la mayoría de los fenómenos que estaba experimentando fácilmente explicables? Un hecho casual cualquiera podía haber motivado que me interesara por estudios siniestros durante la amnesia, y que leyera entonces las leyendas prohibidas y conociera a miembros de antiguas

sectas de mala reputación. Eso, a todas luces, proporcionaba la materia prima para los sueños y las sensaciones alteradas que siguieron a mi recuperación de la memoria. En cuanto a las notas marginales escritas con jeroglíficos oníricos y en lenguas desconocidas para mí, pero atribuidas a mi persona por los bibliotecarios, no resultaba para nada descabellado que pudiera haber adquirido unas nociones de dichas lenguas durante mi estado secundario, en tanto que los jeroglíficos habían sido acuñados sin duda por mi imaginación a partir de descripciones en viejas leyendas e introducidos *después* en mis sueños. Intenté verificar ciertas cuestiones departiendo con conocidos líderes espirituales, pero nunca conseguí establecer las relaciones adecuadas.

A veces el paralelismo de tantos casos en épocas tan distantes seguía preocupándome como al principio, pero, por otro lado -pensaba- aquellas excitantes leyendas tenían sin lugar a dudas un carácter más global en el pasado que en el presente. Probablemente todas las demás víctimas cuyos casos eran similares al mío habían estado largamente familiarizadas con las fábulas que yo había descubierto solo en mi estado secundario. Cuando estas víctimas habían perdido la memoria, se habían asociado a sí mismas con las criaturas de los mitos que conocían -los fabulosos invasores que supuestamente desplazaban las mentes de los hombres- y, así, se habían embarcado en búsquedas de conocimientos que consideraban que podían llevarse consigo a un mítico pasado prehumano. Luego, cuando recuperaron la memoria, invirtieron el proceso asociativo creyéndose las mentes anteriormente cautivas en vez de los intrusos. De ahí los sueños y pseudorrecuerdos que seguían el modelo mítico convencional.

Pese a la aparente complejidad de estas explicaciones, terminaron por desbancar a todas las demás en mi cabeza, debido principalmente a la superior endeblez de cualquier otra teoría rival. Y un número considerable de psicólogos y antropólogos eminentes fue aceptando poco a poco mi teoría. Cuanto más reflexionaba sobre esta, más convincente me parecía mi razonamiento; hasta que finalmente dispuse de un baluarte verdaderamente eficaz contra las visiones e impresiones que todavía me asaltaban. ¿Y si veía cosas extrañas por la noche? Se debía sencillamente a lo que había oído y leído. ¿Y si experimentaba singulares aversiones, perspectivas y pseudorrecuerdos? Igualmente, no eran más que ecos de mitos asimilados durante mi estado secundario. Nada que soñara o sintiera podía tener ninguna importancia real.

Fortalecido por esta filosofía, mi estabilidad nerviosa mejoró enormemente, pese a que las visiones (más que las impresiones abstractas) se fueron volviendo cada vez más frecuentes y

perturbadoramente detalladas. En 1922 me sentí con fuerzas para regresar a un trabajo normal, y puse mis recién adquiridos conocimientos en práctica aceptando un puesto de profesor auxiliar de psicología en la universidad. Mi antigua cátedra de economía política había sido adecuadamente ocupada hacía ya largos años; aparte de lo cual, los métodos de enseñanza en este campo habían cambiado sobremanera desde mis buenos tiempos. Mi hijo estaba justo por entonces iniciando los estudios de posgrado que lo llevaron a su posición actual de catedrático, y trabajábamos mucho juntos.

IV

No obstante, seguí llevando un cuidadoso registro de los extravagantes sueños que me asediaban de forma tan frecuente y vívida. Un registro así -me decía- tenía verdadero valor como documento psicológico. Las visiones aún se parecían terriblemente a *recuerdos*, aunque logré reprimir esta impresión con considerable éxito. Cuando las ponía por escrito, trataba esas fantasmagorías como cosas que había visto realmente; pero el resto del tiempo las desechaba como cualquier otra ilusión vaporosa de la noche. Nunca he mencionado estas cuestiones en una conversación normal; pero algunas informaciones que han trascendido, como siempre ocurre con esta clase de cosas, han dado pie a diversos rumores relacionados con mi salud mental. Si uno lo piensa, resulta gracioso que estos rumores circularan únicamente entre la gente común, y que no tuvieran ni un solo defensor entre los médicos o los psicólogos.

De mis visiones a partir de 1914 solo mencionaré aquí unas pocas, dado que existen descripciones y testimonios más completos de ellas a disposición de los investigadores serios. Es evidente que con el tiempo las curiosas inhibiciones se redujeron hasta cierto punto, pues el alcance de mis visiones aumentó enormemente; aunque nunca han pasado de ser fragmentos inconexos aparentemente desprovistos de un motivo claro. En los sueños me pareció ir adquiriendo poco a poco una mayor libertad para deambular. Me deslizaba como un fantasma por el interior de un gran número de extraños edificios de piedra, yendo de uno a otro a través de mastodónticos túneles subterráneos que parecían constituir las vías habituales de tránsito. A veces hallaba esas gigantescas trampillas cerradas en el nivel más profundo, alrededor de las cuales flotaba tal aura de miedo y de estar en presencia de algo prohibido. Vi enormes piscinas teseladas, y habitaciones que contenían utensilios curiosos e inexplicables de innumerables clases. También había cavernas colosales llenas de una

compleja maquinaria cuyas formas y propósitos me eran completamente extraños, y cuyo *sonido* se manifestó solo después de muchos años de sueños. Cabe apuntar aquí que la vista y el oído son los únicos sentidos que he llegado a emplear en el mundo de mis visiones.

El verdadero horror comenzó en mayo de 1915, cuando vi por primera vez a las *criaturas*. Esto fue antes de que mis estudios me hubieran enseñado, en vista de los mitos y las historias de los distintos casos, qué esperar. Al debilitarse las barreras mentales, observé en diversas partes del edificio y en las calles del exterior grandes masas de un fino vapor, las cuales se fueron volviendo paulatinamente más sólidas y definidas, hasta que al fin pude seguir sus monstruosos contornos con desagradable facilidad. Parecían ser unos enormes conos iridiscentes, de unos tres metros de altura y otros tres de diámetro en la base, hechos de algún tipo de materia estriada, escamosa y parcialmente elástica. De sus vértices salían cuatro miembros flexibles y cilíndricos, cada uno de unos treinta centímetros de grosor y de una sustancia estriada semejante a la de los propios conos. Unas veces estos miembros se hallaban contraídos hasta no ocupar prácticamente ningún espacio, y otras extendidos cualquier distancia hasta un máximo de tres metros aproximadamente. Dos de ellos terminaban en unas enormes garras o pinzas. En el extremo de un tercero había cuatro apéndices rojos con forma de trompeta. El cuarto estaba rematado por un globo irregular de color amarillento y unos sesenta centímetros de diámetro que tenía tres grandes ojos oscuros alineados a lo largo de su circunferencia central. Coronando esta cabeza había cuatro finos pedúnculos grises con unos apéndices que recordaban flores, mientras que de su parte inferior pendían ocho antenas o tentáculos verdosos. La gran base del cono central estaba bordeada por una sustancia gris y gomosa que hacía posible el desplazamiento de todo el ser mediante su expansión y contracción.

Sus actos, pese a ser inofensivos, me horrorizaban aún más que su aspecto, pues no es sano ver a criaturas monstruosas hacer cosas que uno solo ha visto hacer a seres humanos. Estos seres se movían de forma inteligente por las grandes estancias, cogiendo libros de las estanterías y llevándolos a las enormes mesas, o viceversa, y a veces escribiendo diligentemente con una peculiar barra sujeta entre los tentáculos verdosos de la cabeza. Las colosales pinzas se empleaban para acarrear libros y para articular el lenguaje con el que se comunicaban, consistente en una especie de chasquidos y frotamientos de esas extremidades. Los seres no utilizaban ninguna vestimenta, pero llevaban carteras o mochilas colgadas de lo alto del tronco cónico. Generalmente mantenían la cabeza, así como el miembro que la soportaba, al mismo nivel que el vértice del cono, aunque la

levantaban o bajaban a menudo. Los otros tres grandes miembros solían descansar sobre las paredes del cono con sus extremos hacia abajo, y contraídos más o menos hasta un metro y medio, cuando no los estaban usando. Por la velocidad a la que leían, escribían y manejaban sus máquinas (las que había encima de las mesas parecían relacionadas de algún modo con el pensamiento) concluí que su inteligencia era muy superior a la del hombre.

Después comencé a verlos por doquier: pululando por todas las grandes cámaras y corredores, atendiendo máquinas colosales en bóvedas bajo tierra y viajando con rapidez por las vastas carreteras a bordo de gigantescos automóviles con forma de barco. Dejé entonces de tenerles miedo, pues parecían formar parte de su entorno de un modo sumamente natural. Empecé a apreciar diferencias individuales entre ellos, y unos pocos daban la impresión de encontrarse sometidos a alguna clase de encierro. Estos últimos, pese a mostrarse físicamente iguales a los demás, tenían una diversidad de gestos y hábitos que los distinguía no solo del grueso de los seres, sino sobre todo entre sí mismos. Escribían copiosamente en lo que a mi turbia visión se le antojaba una inmensa variedad de caracteres: nunca en los típicos jeroglíficos curvilíneos de la mayoría. Unos cuantos, me dio la impresión, utilizaban nuestro familiar alfabeto. Y la mayor parte de ellos trabajaba mucho más despacio que la masa general de los entes.

Durante todo este tiempo *mi propio papel* en los sueños pareció ser el de una conciencia incorpórea con un campo de visión más amplio de lo normal; flotando de un lado a otro con total libertad, aunque limitado a las vías y velocidades normales de tránsito. No hube de enfrentarme a ningún angustioso indicio de existencia física hasta agosto de 1915. Y digo *angustioso* porque sus estadios iniciales consistieron en una asociación puramente abstracta aunque infinitamente terrible de la aversión hacia mi cuerpo que ya he señalado anteriormente con las escenas de mis visiones. Durante un tiempo mi mayor preocupación durante los sueños fue evitar bajar la vista para mirarme a mí mismo, y recuerdo cuán agradecido me sentía por la ausencia total de espejos de gran tamaño en las extrañas salas. Me inquietaba enormemente el hecho de que viese las gigantescas mesas -cuya altura no podía ser inferior a los tres metros- siempre desde un nivel más elevado que sus superficies.

Y después la malsana tentación de mirar mi propio cuerpo se fue volviendo más y más fuerte, hasta que una noche no pude resistirla. Cuando bajé la vista, mi mirada no reveló absolutamente nada en un primer momento; pero al cabo de un instante me percaté de que ello se debía a que mi cabeza estaba al final de un cuello flexible de enorme longitud. Al retraerlo y mirar hacia abajo en un ángulo muy pronunciado, vi la mole escamosa, rugosa e iridiscente de un enorme

cono de tres metros de alto y otros tres de diámetro en su base. Y entonces emergí repentinamente de las profundidades del sueño despertando a la mitad de Arkham con mis demenciales gritos.

Solo después de semanas de repetidas y espantosas visiones de mí mismo en forma monstruosa terminé por aceptarlas hasta cierto punto. En los sueños me movía ahora con este cuerpo entre los demás entes desconocidos, leyendo libros terribles de las interminables estanterías y escribiendo durante horas en las enormes mesas con un estilo manejado con los tentáculos verdes que colgaban de la parte inferior de mi cabeza. Algunos fragmentos de lo que leía y escribía se le quedaban en la memoria. Había historias horribles de otros mundos y universos, y de formas de vida sin forma que se agitan más allá de todos esos universos. Había documentos que hablaban de seres de extrañas clases que habían poblado el mundo en tiempos inmemoriales, y crónicas horripilantes sobre inteligencias con cuerpos grotescos que lo poblarían millones de años después de la muerte del último ser humano. Y descubrí capítulos de la historia del hombre cuya existencia ningún estudioso de nuestros días ha llegado a sospechar. La mayoría de estos textos estaban escritos en la lengua de los jeroglíficos, la cual estudié de un modo extraño -con ayuda de unas máquinas zumbadoras- y era claramente una lengua aglutinante[336] con sistemas de raíces totalmente diferentes a cualquiera hallado en las lenguas humanas. Había asimismo volúmenes en otros idiomas desconocidos, que aprendí del mismo modo extraño, y apenas unos pocos en lenguas familiares para mí. Unas ilustraciones sumamente inteligentes, que figuraban tanto intercaladas en los documentos como en álbumes independientes, me servían de gran ayuda. Y, por lo que parecía, me dedicaba entretanto a escribir una historia en inglés de mi propia época. Cuando despertaba, podía recordar únicamente fragmentos mínimos e incomprensibles de las lenguas desconocidas que mi yo onírico había llegado a dominar, pero conservaba en mi memoria frases enteras de mi libro de historia.

Me enteré -antes incluso de que hubiera estudiado durante la vigilia los casos paralelos o los viejos mitos de los que sin duda procedían los sueños- de que los entes a mi alrededor pertenecían a la raza más grandiosa del planeta, aquella que había logrado controlar el tiempo y enviado mentes a explorar todas las eras. Descubrí, asimismo, que me habían sacado de mi tiempo mientras *otro* utilizaba mi cuerpo en él, y que unos cuantos de los demás seres de forma extraña albergaban mentes que habían sido apresadas de manera similar. Tuve la impresión de hablar, en algún curioso lenguaje articulado mediante chasquidos de las pinzas, con intelectos desterrados de todos los rincones del sistema solar. Había una mente del planeta que conocemos como Venus que viviría incontables eras, y

otra de una luna exterior de Júpiter[337] tal como era seis millones de años en el pasado. En lo relativo a mentes terrestres, había algunas de la raza alada, medio vegetal y con cabeza en forma de estrella de mar procedente de la Antártida paleogeica[338]; una del pueblo reptil de la mítica Valusia[339]; tres de los peludos adoradores prehumanos de Tsathoggua[340] que habitaban Hiperbórea; una de los completamente abominables *tcho-tchos*[341]; dos de los moradores arácnidos de la última edad de la tierra; cinco de la resistente especie coleóptera que sucederá a la humanidad -a la cual la Gran Raza iba algún día a transferir en masa sus mentes más brillantes al verse ante un horrible peligro- y varias de diferentes ramas de la humanidad.

Hablé con la mente de Yiang-Li, un filósofo del cruel imperio de Tsan-Chan[342], que ha de llegar en el año 5000 d.C.; con la de un general del pueblo de piel morena y grandes cabezas que dominó Sudáfrica en el 50000 a.C.; con la de un monje florentino del siglo XII llamado Bartolomeo Corsi; con la de un rey de Lomar que había gobernado esa terrible tierra polar cien mil años antes de que los achaparrados y amarillos inutos llegasen desde el oeste para invadirla[343]; con la de Nug-Soth, un hechicero de los conquistadores oscuros del 16000 d.C.; con la de un romano llamado Tito Sempronio Bleso, que había sido cuestor en tiempos de Sila[344]; con la de Kefnes, un egipcio de la 14.ª dinastía[345] que me reveló el horrendo secreto de Nyarlathotep; con la de un sacerdote del reino medio de Atlantis; con la de un caballero de Suffolk que vivió durante la época de Cromwell[346], James Woodville; con la de un astrónomo real del Perú preincaico[347]; con la del médico australiano Nevil Kingston-Brown, quien morirá en el año 2518 d.C.; con la de un archimago de la desaparecida Yhe, en el Pacífico; con la de Teodotides, un burócrata grecobactriano del año 200 a.C.[348]; con la un anciano francés de la época de Luis XIII[349] llamado Pierre-Louis Montmagny; con la de Crom-Ya, un caudillo cimmerio del 15000 a.C.[350], y con la de tantos otros que mi cerebro no es capaz de retener los impactantes secretos y las maravillas vertiginosas que supe por ellos.

Despertaba cada mañana en un estado febril, y a veces trataba de verificar o desmentir frenéticamente aquella información que entraba dentro del conocimiento humano contemporáneo. Los hechos tradicionalmente aceptados adoptaron tintes novedosos e inciertos, y quedé maravillado por la fantasía onírica capaz de inventar adiciones tan sorprendentes a la historia y la ciencia. Sentí escalofríos al pensar en los misterios que tal vez oculte el pasado, y me estremecí al hacer otro tanto con las amenazas a las que el futuro podría dar lugar. Lo que entreví en mis conversaciones con los seres poshumanos acerca del destino de la humanidad me afectó de tal manera que no lo pondré aquí por escrito. Después del hombre llegaría la poderosa civilización

coleóptera, de los cuerpos de cuyos miembros se apropiaría la elite de la Gran Raza cuando la monstruosa fatalidad se abatiera sobre el mundo antiguo. Más adelante, al aproximarse el fin de los días de la tierra, las mentes transferidas migrarían de nuevo a través del tiempo y el espacio, hasta su siguiente etapa en los cuerpos de los bulbosos seres vegetales de Mercurio. Pero habría otras razas después de ellos, que se aferrarían patéticamente al planeta inerte excavando túneles hasta su horrendo núcleo, antes de que llegase el final definitivo.

Mientras tanto, en mis sueños, escribía sin parar esa historia de mi propia era que estaba preparando -en parte de manera voluntaria y en parte por las promesas de una mayor libertad y de más oportunidades de viajar- para el archivo central de la Gran Raza. El archivo estaba en una colosal construcción subterránea próxima al centro de la ciudad que acabé conociendo bastante bien por mis frecuentes trabajos y consultas allí. Este titánico depósito, construido con la idea de que durase tanto como la raza, y de que soportase las más violentas convulsiones de la tierra, superaba en firmeza a todos los demás edificios por la pétrea solidez de su estructura.

Los documentos, escritos o impresos en grandes hojas de un tejido de celulosa curiosamente tenaz, se encuadernaban en libros que se abrían por su parte superior y se guardaban en estuches individuales hechos de un extraño metal grisáceo inoxidable y tremendamente ligero, decorados con figuras matemáticas e identificados con el título correspondiente en los jeroglíficos curvilíneos de la Gran Raza. Estos estuches se almacenaban en hileras superpuestas de cámaras rectangulares -como estantes cerrados por puertas de seguridad- forjadas del mismo metal inoxidable y aseguradas mediante ruedas de combinación de complicada apertura. A mi libro se le asignó un lugar específico en las cámaras del nivel más profundo, o nivel de los vertebrados: la sección dedicada a la cultura de la humanidad y de las razas mamíferas y reptiles que la precedieron de manera inmediata como formas de vida dominantes sobre la tierra.

No obstante, los sueños nunca me proporcionaron una visión de conjunto de cómo era el día a día en aquel mundo. Todo se reducía a simples escenas vagas e inconexas, y albergo la certeza de que estas no se me revelaban en su orden correcto. Tengo, por ejemplo, una idea muy incompleta de cómo era mi propio alojamiento en el mundo onírico, aunque creo que disponía de una gran habitación de paredes de piedra para mí solo. Las restricciones a las que estaba sometido como prisionero fueron desapareciendo de forma gradual, de modo que algunas de las visiones incluyeron viajes de un gran realismo por las enormes calzadas de la jungla, estancias en ciudades extrañas y exploraciones de algunas de las gigantescas ruinas de oscuras paredes sin ventanas a las que la Gran Raza evitaba acercarse por efecto de un

curioso miedo. También hubo largas travesías por mar a bordo de inmensas embarcaciones de múltiples cubiertas e increíble rapidez, y vuelos sobre extensiones de naturaleza virgen en aeronaves cerradas con forma de proyectil que se sustentaban en el aire y se movían por repulsión eléctrica. Más allá del ancho y cálido océano había otras ciudades de la Gran Raza, y en un continente lejano vi las toscas aldeas de las criaturas aladas de hocico negro que se desarrollarían como especie dominante después de que la Gran Raza hubiera enviado sus mentes más excelsas al futuro para escapar del horror que la acechaba. La llanura y una vegetación exuberante eran siempre la tónica del paisaje. Las colinas eran bajas y escasas, y por lo general mostraban signos de la acción de fuerzas volcánicas.

Sobre los animales que vi, podría escribir miles de páginas. Todos eran salvajes, puesto que la cultura mecanizada de la Gran Raza había prescindido hacía ya mucho de los animales domésticos, al tiempo que su comida era de origen completamente vegetal o sintético. Torpes reptiles de enormes dimensiones se revolcaban en ciénagas humeantes, aleteaban en el denso aire o expulsaban chorros de vapor en los mares y los lagos; y entre ellos me pareció reconocer vagamente ejemplares arcaicos e inferiores de muchas formas de vida: dinosaurios, pterodáctilos, ictiosaurios, laberintodontes[351], ranforrincos[352], plesiosaurios[353] y otras por el estilo, conocidas gracias a la paleontología. En lo que se refiere a aves y mamíferos no había ninguno, que yo distinguiera.

La tierra y los pantanos eran un hervidero constante de serpientes, lagartos y cocodrilos, al tiempo que los insectos zumbaban sin cesar entre la lujuriante vegetación. Y lejos en alta mar, desconocidos monstruos nunca vistos expelían inmensas columnas de espuma hacia el brumoso cielo. En una ocasión me llevaron bajo el océano dentro de una gigantesca nave submarina equipada con focos reflectores, y vislumbré seres horrendos de un tamaño sobrecogedor. Contemplé asimismo las ruinas de increíbles ciudades sumergidas, y la profusión de vida crinoidea, braquiópoda, coralina e íctica[354] que abundaba por todas partes.

De la fisiología, psicología, costumbres e historia detallada de la Gran Raza mis visiones guardaban escasa información, y muchas de las cuestiones que aquí comento de manera dispersa se obtuvieron de mis estudios de antiguas leyendas y de otros casos más que de mis propios sueños; ya que con el tiempo, naturalmente, mis lecturas e investigaciones me revelaron tanto o más que los sueños en muchos aspectos, de tal forma que ciertas escenas oníricas fueron explicadas con antelación, y constituyeron verificaciones de lo que había leído. Algo que probaba, para consuelo mío, mi creencia de que lecturas e investigaciones similares, llevadas a cabo por mi yo secundario,

habían sido el origen de todo aquel terrible entramado de pseudorrecuerdos.

Mis sueños, aparentemente, se desarrollaban en un periodo situado hace algo menos de 150 millones de años, cuando la era paleozoica estaba dejando paso a la mesozoica. Los cuerpos que ocupaba la Gran Raza no representaban ninguna línea superviviente -ni conocida por la ciencia, siquiera- de la evolución terrestre, sino que eran de un tipo orgánico peculiar, densamente homogéneo y muy especializado que tendía en la misma medida hacia la condición vegetal que hacia la animal. La acción celular era de una clase única que prácticamente imposibilitaba la fatiga y eliminaba por completo la necesidad de dormir. El alimento, que era asimilado a través de los apéndices rojos con forma de trompeta situados en uno de los grandes miembros flexibles, era siempre parcialmente fluido y en muchos aspectos totalmente diferente de la comida que ingerían los animales existentes. Los seres poseían solo dos de los sentidos que nosotros reconocemos -la vista y el oído, de los cuales el segundo funcionaba a través de los apéndices semejantes a flores ubicados en el extremo de los pedúnculos grises que coronaban sus cabezas-, pero también muchos otros sentidos incomprensibles (los cuales, no obstante, las mentes cautivas de otras especies que habitaban sus cuerpos no sabían utilizar correctamente). Sus tres ojos estaban posicionados de un modo que les proporcionaba un campo de visión más amplio de lo normal. Su sangre era una especie de icor profundamente verdoso y muy espeso. No tenían sexo, sino que se reproducían por semillas o esporas que se concentraban en sus bases y podían desarrollarse únicamente debajo del agua. Para el crecimiento de sus crías utilizaban grandes tanques de escasa profundidad; crías que, sin embargo, tenían solo en pequeñas cantidades debido a la longevidad de los individuos, los cuales llegaban a vivir por lo general cuatro o cinco mil años.

Aquellos que presentaban deficiencias acusadas eran discretamente eliminados tan pronto como estas se advertían[355]. La enfermedad y la cercanía de la muerte, a falta de un sentido del tacto o de dolor físico, se reconocían por síntomas puramente visuales. A los difuntos se los incineraba con solemnes ceremonias. De vez en cuando, como ya he mencionado, alguna mente astuta escapaba de la muerte proyectándose hacia delante en el tiempo; pero tales casos no eran numerosos. No obstante, cuando se producía uno, la mente desterrada del futuro era tratada con la mayor de las amabilidades hasta la extinción de la vida de su nueva morada.

La Gran Raza parecía constituir una sola nación o liga no muy cohesionada con una serie de grandes instituciones comunes, aunque había cuatro grupos territoriales definidos. El sistema económico y político de cada unidad era una especie de socialismo fascista, en el

que los recursos principales se distribuían de manera racional y el poder se delegaba en un pequeño consejo de gobierno elegido por los votos de todos aquellos que habían conseguido aprobar ciertas pruebas educativas y psicológicas. No se daba excesiva importancia a la organización familiar, si bien se reconocían los vínculos entre aquellos individuos que compartían ascendencia, y los jóvenes se criaban por lo general con sus progenitores.

Los parecidos con las actitudes e instituciones humanas eran, naturalmente, más marcados en aquellos ámbitos en los que había, por un lado, elementos muy abstractos implicados o, por otro, un predominio de los impulsos básicos y generales comunes a toda la vida orgánica. Unas cuantas similitudes más llegaron por un proceso de adopción consciente conforme la Gran Raza fue explorando el futuro y copiando lo que encontró de su gusto. La industria, altamente mecanizada, requería muy poco tiempo de cada ciudadano; y el abundante tiempo de ocio se llenaba con actividades intelectuales y estéticas de diversas clases. Las ciencias habían alcanzado un grado de desarrollo increíble, y el arte era una parte fundamental de la vida, aunque en el periodo correspondiente a mis sueños su cumbre y cenit habían quedado ya atrás. La tecnología recibía un enorme estímulo de la lucha constante por la supervivencia -y para mantener la estructura física de las grandes ciudades- impuesta por las tremendas convulsiones geológicas de aquellos tiempos primordiales.

Sorprendentemente, el crimen era escaso, y se respondía a él aplicando medidas coercitivas muy eficaces. Los castigos iban desde la retirada de privilegios y el encarcelamiento hasta penas de muerte o dolorosas torturas emocionales, y nunca se administraban sin un cuidadoso estudio de los motivos del criminal. La guerra, de carácter principalmente civil durante los últimos milenios, pese a haberse librado en ocasiones contra invasores reptiles y octópodos, o contra los Primordiales alados y de cabezas estrelladas que se concentraban en la región antártica[356], era infrecuente, aunque tremendamente devastadora. Un inmenso ejército, provisto de armas con aspecto de cámaras que producían terribles descargas eléctricas, se mantenía siempre listo para entrar en acción por razones apenas mencionadas, pero relacionadas obviamente con el miedo constante a las oscuras y arcaicas ruinas sin ventanas y a las grandes trampillas selladas de los niveles subterráneos más profundos.

Este miedo a las ruinas basálticas y a las trampillas era en gran medida una cuestión insinuada de manera tácita; o, a lo sumo, mencionada en cuasisusurros furtivos. Todo lo que tuviera que ver con ello de un modo específico había sido significativamente omitido de los libros que estaban en las estanterías de acceso general. Era el único tema que constituía un tabú absoluto entre los miembros de la Gran

Raza, y parecía estar relacionado tanto con horribles conflictos violentos del pasado como con ese peligro que estaba por llegar y que algún día obligaría a la raza a enviar en masa hacia el futuro a sus mentes más brillantes. Por incompletas y fragmentarias que fueran las demás cosas que aparecían en los sueños y las leyendas, este asunto se hallaba envuelto en un misterio aún más desconcertante. Los vagos mitos de la antigüedad lo evitaban; o quizá se habían eliminado todas las referencias a él por algún motivo. Y en mis sueños y los de otros, los indicios relacionados eran singularmente escasos. Los miembros de la Gran Raza nunca mencionaban el asunto de forma voluntaria, y si se consiguió averiguar algo fue únicamente gracias a algunas de las mentes cautivas más perspicaces y observadoras.

Según estos retazos de información, el motivo del miedo era una horrible y antigua raza de seres parecidos a pólipos absolutamente alienígenas que habían llegado atravesando el espacio desde universos inconmensurablemente distantes, y que habían dominado la Tierra y otros tres planetas del sistema solar hacía unos 600 millones de años. Eran entes corpóreos -tal como nosotros entendemos el concepto de «cuerpo físico»- solo en parte, y su tipo de conciencia y sus medios de percepción diferían radicalmente de los de los organismos terrestres. Por ejemplo, la vista no figuraba entre los sentidos que poseían, de modo que su mundo mental era una extraña representación no visual formada a partir de sus impresiones. No obstante, su cuerpo era lo suficientemente sólido como para usar instrumentos hechos de materia ordinaria cuando se encontraban en zonas del cosmos que la contenían; y necesitaban viviendas, si bien de un tipo peculiar. Aunque sus *sentidos* podían atravesar todas las barreras físicas, su *sustancia* no; y ciertas formas de energía eléctrica podían destruirlos por completo. Tenían la capacidad de moverse por el aire, pese a carecer de alas y de cualquier otro medio visible de levitación. Sus mentes poseían tal textura que a la Gran Raza le resultaba imposible efectuar ningún intercambio con ellas.

Cuando estas criaturas llegaron a la Tierra construyeron imponentes ciudades basálticas de torres sin ventanas, y cazaron de manera horrible a los seres que encontraron a fin de procurarse su sustento. Tal era la situación cuando las mentes de la Gran Raza atravesaron a toda velocidad el vacío del espacio desde ese recóndito mundo transgaláctico conocido en los inquietantes y discutibles Fragmentos de Eltdown[357] como Yith. Los recién llegados, con los instrumentos que crearon, no tuvieron dificultades para someter a aquellos seres depredadores y obligarlos a retirarse a las cavernas del interior de la tierra que estos ya habían conectado con sus moradas y empezado a habitar. Después cerraron las entradas y los dejaron a su suerte, para después ocupar la mayoría de sus grandes ciudades

preservando ciertos edificios importantes por razones que tenían más que ver con la superstición que con la indiferencia, la osadía o el afán científico e histórico.

Pero con el transcurrir de los eones, se advirtieron vagos y funestos indicios de que los Antiguos estaban volviéndose más fuertes y numerosos en el mundo subterráneo. Se dieron irrupciones esporádicas de una naturaleza particularmente espantosa en ciertas localidades pequeñas y remotas de la Gran Raza, así como en algunas de las antiguas ciudades desiertas que la Gran Raza no había ocupado: lugares donde los accesos a las profundidades del subsuelo no habían sido adecuadamente cerrados o vigilados[358]. Después de lo ocurrido se tomaron más precauciones y muchos de los accesos se cegaron para siempre, aunque unos pocos se dejaron con trampillas selladas que se utilizarían de un modo estratégico para combatir a los Antiguos en caso de que alguna vez salieran por lugares inesperados: nuevas grietas abiertas por la misma alteración geológica que había obstruido algunos de los accesos y reducido lentamente el número de construcciones y ruinas de los vencidos que aún seguían en pie en la superficie.

Las irrupciones de los Antiguos debieron de ser indescriptiblemente espantosas, puesto que habían dejado secuelas permanentes en la psicología de la Gran Raza. El invariable clima de horror que suscitaban era tan intenso que el mero aspecto de las criaturas resultaba algo inmencionable. Me fue del todo imposible lograr una idea clara de su aspecto. Había insinuaciones veladas de una *plasticidad* monstruosa, y de lapsos temporales de *invisibilidad*, en tanto que otros rumores fragmentarios aludían a una capacidad de controlar y utilizar militarmente *vientos de gran fuerza*. Unos singulares *silbidos*, así como unas huellas colosales compuestas por cinco marcas circulares de dedos, parecían asociarse también a ellos[359].

Era evidente que la futura catástrofe que tenía tan terriblemente aterrorizada a la Gran Raza -la catástrofe que un día haría que millones de mentes de gran agudeza salvaran el abismo del tiempo hasta unos cuerpos extraños de un futuro más seguro- estaba relacionada con una última irrupción victoriosa de los Antiguos. Las proyecciones mentales a eras posteriores habían anticipado claramente tal horror, y la Gran Raza había resuelto que nadie tenía por qué hacerle frente si podía escapar de él. Que la incursión sería más una venganza que un intento de volver a ocupar el mundo de la superficie era algo que sabían por la historia ulterior del planeta, pues sus proyecciones revelaron la aparición y desaparición de nuevas razas que no se habían visto molestadas por los monstruosos entes. Puede que estos hubieran terminado prefiriendo las simas del interior de la tierra a la cambiante superficie y sus devastadoras tormentas, dado

que el que hubiera luz o no era irrelevante para ellos. Cabía la posibilidad, asimismo, de que estuvieran debilitándose gradualmente con el paso de los eones. De hecho, se sabía que estarían ya totalmente extinguidos en la era de la raza poshumana de coleópteros en la que se refugiarían las mentes de la Gran Raza; la cual, entretanto, mantenía su prudente vigilancia, con potentes armas listas en todo momento aun cuando el tema hubiera sido desterrado con horror de la conversación diaria y de los registros históricos visibles. Y alrededor de las trampillas selladas y de las oscuras y antiguas torres sin ventanas flotaba de manera constante la sombra de un miedo inenarrable.

V

Ese es el mundo del que mis sueños me traían ecos confusos y dispersos todas las noches. No puedo esperar dar ninguna idea fiel del horror y el pavor que dichos ecos contenían, ya que tales sensaciones dependían principalmente de una cualidad totalmente intangible: la punzante impresión de que los sueños eran *pseudorrecuerdos*. Como he dicho, mis estudios me fueron proporcionando de manera gradual una defensa contra esas sensaciones, en forma de explicaciones racionales desde el punto de vista de la psicología; y esta influencia protectora se vio acrecentada por el sutil efecto de la habituación que provoca el paso del tiempo. Mas a pesar de todo el vago terror que me acechaba regresaba en algunos momentos, si bien ya no se apoderaba de mí como antes; por lo que a partir de 1922 llevé una vida muy normal de trabajo y esparcimiento.

Con el paso de los años comencé a pensar que mi experiencia -junto con los casos afines y las leyendas relacionadas- debía ser definitivamente resumida y publicada en beneficio de los investigadores serios; de modo que preparé una serie de artículos que trataban de forma sucinta todo el asunto y lo ilustré con toscos bocetos de algunas de las formas, escenas, motivos ornamentales y jeroglíficos que recordaba de los sueños. Dichos artículos aparecieron en varios números de la revista de la Sociedad Estadounidense de Psicología[360] durante los años 1928 y 1929, pero pasaron relativamente desapercibidos. Mientras tanto seguí tomando nota de mis sueños con minucioso cuidado, aunque la pila de apuntes en constante crecimiento estaba alcanzando proporciones problemáticas debido a su enormidad. El 10 de julio de 1934 la Sociedad de Psicología me remitió la carta que inició la fase culminante y más espantosa de toda mi terrible y demencial experiencia. Había sido

matasellada en Pilbara[361], Australia Occidental, y llevaba la firma de alguien que, tras algunas indagaciones, resultó ser un ingeniero de minas de considerable prestigio. Junto con ella venían unas instantáneas muy curiosas. Reproduciré el texto de forma íntegra, y todo aquel que lo lea alcanzará a comprender el tremendo impacto que su mensaje y las fotografías tuvieron en mí.

Durante un rato, me quedé prácticamente atónito, sin poder dar crédito a aquello; ya que, si bien había pensado muchas veces que debía de existir alguna base real para ciertos aspectos de las leyendas que habían influido en mis sueños, no por ello estaba preparado para nada remotamente parecido a un vestigio tangible de un mundo perdido de inimaginable antigüedad. Lo más devastador de todo fueron las fotografías; pues en ellas, con frío e incontrovertible realismo, se recortaban sobre un fondo arenoso una serie de bloques de piedra desgastados por el tiempo y los elementos, y estriados por la acción del agua, cuyas caras superiores ligeramente convexas y bases ligeramente cóncavas no necesitaban de explicación alguna.

Y cuando las estudié a través de una lupa pude ver con terrible claridad, entre las fracturas y picaduras de la superficie, los rastros de esos grandes dibujos curvilíneos y ocasionales jeroglíficos cuyo significado se había vuelto tan espantoso para mí. Pero aquí está la carta, que habla por sí sola.

Dampier Street, n.º 49[362]
Pilbara, Australia Occidental
18 de mayo de 1934

A/A Prof. N. W. Peaslee
Sociedad Estadounidense de Psicología
Calle 41 Este, n.º 30
Nueva York
Nueva York, EEUU

Estimado señor:

Una reciente conversación con el Dr. E. M. Boyle de Perth y algunos papeles que me acaba de enviar con los artículos que usted ha escrito hacen aconsejable que le hable de ciertas cosas que he descubierto en el Gran Desierto Arenoso, al este del yacimiento aurífero en el que estamos trabajando aquí. Da la impresión, en vista de las peculiares leyendas sobre ciudades antiguas con enormes sillares de piedra y con motivos y jeroglíficos extraños que usted describe, de que he dado con algo muy importante.

Los negros[363] siempre han contado muchas historias acerca de unas «grandes piedras con marcas», y parecen tener un miedo terrible de esas cosas. Las relacionan de algún modo con las leyendas comunes a toda su raza que hablan de Buddai, el viejo gigante que lleva una eternidad dormido bajo tierra con la cabeza apoyada en el brazo, y que un día despertará y devorará el mundo[364].

Existen algunos cuentos muy antiguos y medio olvidados que aluden a enormes chozas subterráneas hechas con grandes piedras, donde hay pasadizos que se adentran más y más en las profundidades, y donde han tenido lugar cosas horribles. Los aborígenes dicen que, en una ocasión, unos guerreros que huían de una batalla bajaron por uno y no regresaron jamás, y que, por el contrario, unos vientos espantosos comenzaron a soplar desde el interior poco después de que hubieran entrado. No obstante, lo que cuentan estos nativos por lo general no tiene mucho fundamento.

Pero no le escribo solo para contarle esto. Hace dos años, mientras hacía prospecciones en el desierto unos 800 kilómetros al este, tropecé con un raro y numeroso grupo de bloques de piedra labrada, con un tamaño de quizá 90 X 60 X 60 centímetros y sus caras extremadamente desgastadas y picadas. Al principio no pude encontrar ninguna de las marcas de las que hablaban los aborígenes, pero al mirar más de cerca distinguí a pesar de la erosión unas líneas profundas grabadas en las piedras. Eran unas curvas peculiares, iguales que las que los aborígenes habían intentado describir. Me figuro que debía de haber unos treinta o cuarenta bloques, algunos prácticamente enterrados en la arena, y todos dentro de un círculo de tal vez unos 400 metros de diámetro.

Al ver algunos de ellos, me puse a buscar más con detenimiento, y calculé cuidadosamente la posición del lugar con mis instrumentos. También hice fotos de los diez o doce bloques más típicos, y le adjuntaré las copias que he hecho de ellas para que las vea. Entregué la información y las imágenes a las autoridades gubernamentales de Perth, pero no han hecho nada con ellas. Más tarde conocí al Dr. Boyle, el cual había leído sus artículos en la revista de la Sociedad Estadounidense de Psicología, y al cabo de un tiempo le hablé por casualidad de las piedras. El asunto le interesó muchísimo, y se entusiasmó bastante cuando le enseñé mis instantáneas, pues decía que las piedras y las marcas eran iguales a las de los sillares con los que usted había soñado y cuyas descripciones había leído en leyendas.

El doctor tenía intención de escribirle, pero se ha visto demorado. Mientras tanto me envió la mayoría de las revistas que contenían sus artículos, y vi de inmediato por sus dibujos y descripciones que mis piedras son sin duda del tipo al que usted se refiere. Puede apreciarlo en las fotografías que adjunto. Tendrá noticias directas del Dr. Boyle más adelante.

Ahora entiendo cuán importante será todo esto para usted. Sin duda nos hallamos ante los restos de una civilización desconocida anterior a cualquier otra con la que nadie haya soñado jamás, y que constituye la base de sus leyendas.

Como ingeniero de minas, poseo algunos conocimientos de geología, y le puedo asegurar que estos bloques tienen una antigüedad pavorosa. La mayor parte de ellos son de arenisca y granito, aunque hay uno hecho casi con toda seguridad de un extraño tipo de *cemento* u *hormigón*. Presentan marcas visibles causadas por la acción del agua, como si esta parte del mundo hubiera estado sumergida y vuelto a salir a la superficie tras largas eras; todo ello desde que estos bloques se fabricaron y utilizaron. Estamos hablando de cientos de miles de años, o Dios sabe cuánto más tiempo. No me gusta pensar en ello.

En vista del concienzudo trabajo que realizó a la hora de localizar las leyendas y todo lo relacionado con ellas, no me cabe la menor duda de que querrá ponerse al mando de una expedición al desierto para hacer algunas excavaciones arqueológicas. El Dr. Boyle y yo estamos dispuestos a colaborar en tal empresa si usted -o alguna organización que usted conozca- puede aportar los fondos. Yo puedo reunir a una docena de mineros para las pesadas labores de excavación (sería inútil recurrir a los aborígenes, pues he descubierto que le tienen un terror casi enfermizo a ese lugar en concreto). Boyle y yo no hemos hablado del asunto con nadie más, pues obviamente usted debería ser el primero en llevarse el mérito de cualquier hallazgo.

Es posible llegar al lugar desde Pilbara en unos cuatro días de viaje en camión, lo cual sería necesario para llevar el equipo. Se encuentra ligeramente al sudoeste de la ruta que siguió Warburton en 1873[365], y unos 160 kilómetros al sudeste del manantial Joanna. Podríamos transportar las cosas río arriba por el De Grey en vez de comenzar desde Pilbara; pero podemos discutir todo eso más adelante[366]. Las piedras se encuentran aproximadamente en el punto 22º 3’ 14” de latitud sur, 125º 0’ 39” de longitud este[367]. El clima es tropical, y las condiciones desérticas son de una gran dureza. Sería conveniente hacer cualquier expedición en invierno: en junio,

julio o agosto. Agradeceré nueva correspondencia en relación con este tema, y siento grandes deseos de ayudar en cualquier plan que usted pueda concebir. Tras estudiar sus artículos, me hallo profundamente impactado por la tremenda importancia de todo el asunto. El Dr. Boyle le escribirá más adelante. Cuando necesite comunicarse con rapidez, puede mandar un cable a Perth que nos será retransmitido por radiotelégrafo.

Quedo ansiosamente a la espera de su pronta respuesta.

Créame.
Atentamente,
Robert B. F. Mackenzie

De las consecuencias inmediatas de esta carta, uno puede encontrar amplia información en la prensa. La fortuna me sonrió enormemente a la hora de recabar el apoyo de la Universidad Miskatonic, y tanto el Sr. Mackenzie como el Dr. Boyle resultaron de inestimable ayuda para organizarlo todo del lado australiano. No dimos excesivos detalles a la opinión pública en lo que se refiere a nuestros objetivos, dado que todo el asunto se habría prestado de manera desagradable a un tratamiento sensacionalista y jocoso por parte de los tabloides. Como resultado, nuestra presencia en los medios escritos fue moderada, aunque suficiente para informar de nuestra búsqueda de unas supuestas ruinas en Australia y para describir nuestros diversos preparativos.

Me acompañaron los profesores William Dyer, del Departamento de Geología de la universidad (quien dirigió la Expedición Antártica Miskatonic de 1930-1931)[368], Ferdinand C. Ashley, del Departamento de Historia Antigua, y Tyler M. Freeborn, del Departamento de Antropología, junto con mi hijo Wingate. Mackenzie, mi correspondiente, vino a Arkham a principios de 1935 y ayudó a ultimar los preparativos. Resultó ser un hombre tremendamente competente y afable de unos cincuenta años, admirablemente culto y profundamente familiarizado con todas las circunstancias de los viajes por Australia. Tenía camiones esperándonos en Pilbara, y fletamos un vapor volandero de calado lo suficientemente bajo como para remontar el río hasta ese punto. Estábamos preparados para excavar de un modo sumamente cuidadoso y científico, cribando cada partícula de arena y no tocando nada que pareciera hallarse en su emplazamiento original o cerca de él.

Tras zarpar desde Boston el 28 de marzo de 1935 a bordo del resollante *Lexington*, tuvimos un viaje tranquilo a través del Atlántico, el Mediterráneo, el canal de Suez, el mar Rojo y el océano Índico hasta llegar a nuestro destino. Huelga decir cuánto me deprimió la visión de

la baja y arenosa costa occidental de Australia, y cuánto detesté la basta ciudad minera y los inhóspitos yacimientos auríferos donde los camiones se cargaron con los últimos pertrechos. El Dr. Boyle, que se encontró allí con nosotros, resultó ser un hombre de cierta edad, agradable e inteligente; y sus conocimientos de psicología lo llevaron a entablar abundantes y largos coloquios con mi hijo y conmigo.

La mayoría de nosotros sintió una extraña mezcla de inquietud y expectación cuando nuestro grupo de dieciocho personas se puso finalmente en camino traqueteando a través de áridas leguas de arena y roca. El viernes 31 de mayo vadeamos un brazo del río De Grey y entramos en aquel reino de desolación absoluta. Mientras avanzábamos hacia ese escenario real del mundo antiguo en el que se habían basado las leyendas comencé a experimentar un cierto y genuino terror: un terror favorecido naturalmente por el hecho de que los perturbadores sueños y pseudorrecuerdos seguían acosándome con la misma fuerza de siempre.

El lunes 3 de junio vimos los primeros bloques semienterrados en la arena. No tengo palabras para describir cómo me sentía cuando toqué con mis propias manos -de forma real y objetiva- uno de aquellos sillares ciclópeos idénticos en todos los aspectos a los bloques que formaban las paredes de los edificios de mis sueños. Había en él claros rastros de un motivo escultórico, y las manos me temblaron cuando reconocí parte de un esquema decorativo de trazos curvilíneos que años de terribles pesadillas y desconcertantes investigaciones habían hecho que me resultase horrendo.

Un mes de excavaciones dio un total aproximado de 1.250 bloques en diversos estados de desgaste y desintegración. La mayor parte de ellos eran megalitos tallados con sus caras superiores e inferiores curvadas. Una minoría eran más pequeños y planos, de superficies lisas y forma cuadrada u octagonal -como los de los enlosados y calzadas de mis sueños-, mientras que otros pocos eran particularmente grandes y pesados, además de curvados o sesgados de un modo que sugería un uso en superficies y aristas de bóvedas, o como partes de arcos o de marcos de ventanas redondas. Cuanto más profundo -y más al norte y al este- excavábamos, más bloques encontrábamos; si bien seguíamos sin descubrir ningún indicio de una disposición ordenada de los mismos. El profesor Dyer estaba horrorizado por la inconmensurable antigüedad de los fragmentos, y Freeborn halló rastros de algunos símbolos que encajaban de manera misteriosa con ciertas leyendas infinitamente arcaicas de Papúa y la Polinesa. El estado y la dispersión de los bloques hablaban sin palabras de ciclos temporales vertiginosos y de convulsiones geológicas de una violencia cósmica.

Teníamos con nosotros un aeroplano, y mi hijo Wingate volaba con

frecuencia a diferentes altitudes y escrutaba el desierto de arena y rocas en busca de algún indicio de contornos de gran tamaño en la superficie, ya fuesen cambios de nivel o líneas de bloques desperdigados. No obtuvo prácticamente ningún resultado positivo, ya que, cada día que creía haber entrevisto alguna pauta significativa, se encontraba en su siguiente vuelo con que la impresión se había visto reemplazada por otra igual de volátil, como resultado del efecto del viento sobre la movediza arena. No obstante, una o dos de estas visiones fugaces me afectaron de un modo extraño y desagradable. Parecían, en cierto modo, concordar horriblemente con algo que había soñado o leído, pero que ya no lograba recordar. Despertaban en mí una terrible sensación de *pseudofamiliaridad* que, de alguna forma, me hacía mirar con cautela y aprensión hacia las abominables y yermas tierras que había al norte y al nordeste.

En torno a la primera semana de julio desarrollé inexplicablemente una serie de emociones contradictorias en relación con esa amplia región nororiental. Me producía horror, y curiosidad, pero sobre todo una persistente y desconcertante impresión de que *no era la primera vez que la veía*. Probé toda clase de recursos psicológicos para quitarme estas ideas de la cabeza, pero fue en balde. El insomnio fue apoderándose asimismo de mis noches, pero casi lo agradecí por el acortamiento resultante de mi actividad onírica. Cogí la costumbre de dar largos y solitarios paseos de madrugada por el desierto, normalmente hacia el norte o el nordeste, adonde la suma de mis nuevos y extraños impulsos parecían empujarme de manera sutil.

Algunas veces, durante estos paseos, tropezaba con restos de los antiguos sillares enterrados casi por completo en la arena. Pese a que allí había menos bloques a la vista que donde habíamos empezado a buscar, tenía el convencimiento de que debía haber una enorme abundancia de ellos bajo la superficie. El suelo era menos llano que en nuestro campamento, y los fuertes vientos predominantes amontonaban de vez en cuando la arena en fantásticos y efímeros montículos, dejando al descubierto algunos rastros de las vetustas piedras al tiempo que cubría otros. Sentía extraños e intensos deseos de que las excavaciones se ampliaran a aquel territorio, mas al mismo tiempo temía lo que pudiera salir a la luz. Obviamente, empezaba a encontrarme muy nervioso; una situación agravada por el hecho de que no podía explicar el motivo de dicho nerviosismo.

Es posible hacerse una idea de mi terrible estado de tensión por cómo reaccioné a un insólito hallazgo efectuado durante uno de mis paseos nocturnos. Fue la noche del 11 de julio, cuando una luna gibosa bañaba los misteriosos montículos con una curiosa palidez[369]. Mientras deambulaba algo más lejos de por donde solía hacerlo habitualmente, me encontré con una piedra de gran tamaño que

parecía muy diferente a cualquier otra que hubieramos hallado hasta el momento. Estaba enterrada casi por completo en la arena, pero me agaché y retiré esta con las manos, para después examinar el objeto con detenimiento al tiempo que añadía la luz de mi linterna eléctrica a la de la luna. A diferencia del resto de enormes piedras, esta era perfectamente rectangular, sin superficies convexas ni cóncavas. Parecía, asimismo, estar hecha de una oscura sustancia basáltica totalmente distinta al granito, la arenisca y el esporádico hormigón de los bloques que ya conocíamos.

De repente me levanté, me di la vuelta y eché a correr hacia el campamento a toda velocidad. Fue una huida completamente inconsciente e irracional, y no supe con certeza por qué había corrido hasta que estuve ya cerca de mi tienda. Entonces caí en la cuenta. La extraña piedra oscura era algo que había aparecido en mis sueños y lecturas, y que estaba relacionado con los horrores supremos de aquellas leyendas del pasado remoto. Era uno de los bloques de esas antiguas torres basálticas que tanto temía la mítica Gran Raza: las altas ruinas sin ventanas que habían dejado aquellos amenazadores seres alienígenas parcialmente incorpóreos que infestaban las profundidades de la tierra y contra cuyas fuerzas invisibles semejantes a vendavales se sellaron las trampillas y se apostaron centinelas en vela permanente.

Permanecí despierto toda esa noche, pero antes de que llegase el amanecer me di cuenta de lo tonto que había sido por dejar que el fantasma de un mito me afectase. En vez de asustarme, el descubrimiento tendría que haberme entusiasmado. Esa mañana informé a los demás de mi hallazgo, y Dyer, Freeborn, Boyle, mi hijo y yo salimos del campamento para ver el singular bloque. Sin embargo, nos encontramos con una decepción. No me había hecho una idea clara de la ubicación de la piedra, y un viento reciente había alterado por completo los montículos de volátil arena.

VI

Llegamos ahora a la parte crucial de mi historia, y la más difícil para mí; más aún porque no puedo estar seguro de que sucediera realmente. A veces tengo el inquietante convencimiento de que no estuve soñando ni alucinando; y es esta sensación -habida cuenta de las tremendas implicaciones que tendría la realidad objetiva de mi experiencia- la que me impele a hacer este testimonio. Mi hijo -un experto psicólogo que conoce mi caso perfectamente y se muestra más comprensivo que nadie con él- será mayormente quien juzgue lo que

tengo que decir.

Permítanme antes de nada que explique a grandes rasgos las circunstancias del asunto, tal como las conocen quienes estaban en el campamento. La noche del 17 al 18 de julio, después de un día de mucho viento, me acosté temprano, pero no podía dormir. Tras levantarme poco antes de las once, mortificado como de costumbre por esa extraña sensación con respecto al territorio del nordeste, salí en uno de mis típicos paseos nocturnos; viendo y saludando únicamente a una persona -un minero australiano llamado Tupper- mientras abandonaba el recinto de nuestro campamento. La luna, recién salida del plenilunio, brillaba en un firmamento cristalino e inundaba las inmemoriales arenas de un resplandor blanquecino y enfermizo que se me antojaba en cierto modo infinitamente siniestro. Ya no corría viento, ni volvió a aparecer ninguno en casi cinco horas, como han atestiguado suficientemente Tupper y otros que no consiguieron pegar ojo en toda la noche. La última vez que me vio el australiano me encontraba atravesando a paso largo los pálidos montículos guardianes de secretos que se elevaban hacia el nordeste.

Hacia las tres y media de la madrugada se levantó un furioso vendaval que despertó a todos los que dormían en el campamento y tiró tres de las tiendas. El cielo estaba despejado, y el desierto seguía reluciendo con aquella enfermiza luz de luna. Mientras el grupo se ocupaba de las tiendas mi ausencia fue advertida, pero en vista de mis anteriores paseos dicha circunstancia no alarmó a nadie. Y, con todo, hasta tres hombres -todos australianos- creyeron percibir algo siniestro en el aire. Mackenzie le explicó al Prof. Freeborn que era un miedo derivado de las leyendas de los aborígenes, los cuales habían fabricado una curiosa y perversa mitología alrededor de los fuertes vientos que barrían las arenas a largos intervalos bajo un cielo sin nubes. Tales vientos, se rumoreaba, surgían de las grandes chozas de piedra que había debajo de la tierra -donde habían sucedido cosas terribles- y no se sentían sino en las inmediaciones de los lugares donde estaban desperdigadas las grandes piedras con marcas. Cerca de las cuatro el vendaval amainó tan repentinamente como había empezado, dejando las colinas arenosas en nuevas formas desconocidas.

Justo pasadas las cinco, cuando la hinchada luna fungoide se hundía ya por el oeste, llegué tambaleándome al campamento, con la ropa hecha jirones y la cara llena de arañazos y ensangrentada, y sin el sombrero ni la linterna. La mayoría de los hombres se habían vuelto a acostar, pero el Prof. Dyer estaba fumándose una pipa delante de su tienda. Al ver mi estado jadeante y prácticamente histérico, llamó al Dr. Boyle, y entre los dos me tumbaron y acomodaron en mi catre. Mi hijo, que se había despertado a causa del revuelo, se unió poco después a ellos, y todos trataron de obligarme a que me quedara

quieto e intentara dormir.

Pero no hubo forma. Me hallaba en un estado psicológico sumamente anormal, distinto a cualquier otro que hubiera sufrido con anterioridad. Al cabo de un rato insistí en hablar, y di cuenta de manera nerviosa y detallada de por qué estaba como estaba. Les conté que me había entrado cansancio, y que me había tumbado en la arena para echar una cabezada. Mis sueños -dije- habían sido aún más terroríficos de lo normal, y el brusco ventarrón, al despertarme, había terminado de alterarme los nervios. Había huido presa del pánico, tropezando en numerosas ocasiones con piedras semienterradas en la arena, lo cual explicaba mi aspecto desaliñado y andrajoso. Seguramente había pasado mucho tiempo durmiendo; de ahí mis horas de ausencia.

En ningún momento di a entender que hubiera visto o encontrado nada raro, desplegando la mayor contención a este respecto. Pero sí dije que había cambiado de opinión en lo relativo al objetivo general de la expedición, y rogué encarecidamente que se detuvieran todas las excavaciones hacia el nordeste. Mis argumentos fueron a todas luces endebles, pues hablé de una escasez de bloques en la zona, de un deseo de no ofender a los supersticiosos mineros, de una posible insuficiencia de los fondos de la universidad y de otras cosas que, o bien no eran ciertas, o resultaban irrelevantes. Naturalmente, nadie prestó la más mínima atención a mis nuevos deseos; ni siquiera mi hijo, cuya preocupación por mi salud era muy evidente.

Aquel día me reincorporé a la actividad del campamento, pero no tomé parte en las excavaciones. Al ver que no iba a conseguir detener los trabajos, decidí volver a casa lo antes posible por el bien de mi estabilidad nerviosa, e hice prometer a mi hijo que me llevaría con el avión a Perth −1.600 kilómetros al sudoeste- tan pronto como hubiera hecho un reconocimiento de la zona en la que yo no quería que se excavara. Si lo que yo había hallado -pensé- seguía todavía visible, quizá decidiera intentar una advertencia específica aun al precio de convertirme en objeto de burla. Podía darse el caso de que los mineros que conocían las leyendas locales me apoyaran. Mi hijo, condescendiendo a mi petición, llevó a cabo el reconocimiento esa misma tarde, sobrevolando todo el terreno que yo podría haber cubierto durante mi paseo. Mas no quedaba a la vista nada de lo que había encontrado. Se había repetido la misma situación que con aquel singular bloque de basalto: las cambiantes arenas habían borrado por completo su rastro. Por un momento lamenté un poco haber perdido un cierto objeto de asombrosa naturaleza mientras me dominaba el pánico; pero ahora tengo la seguridad de que dicha pérdida fue una bendición. Aún puedo creer que toda mi experiencia fue una ilusión, sobre todo si, como espero con toda mi alma, nadie halla jamás esas

catacumbas infernales.

Wingate me llevó a Perth el 20 de julio, aunque rehusó abandonar la expedición y regresar a casa. Se quedó conmigo hasta el día 25, cuando salía el vapor para Liverpool. Ahora, en mi camarote del *Empress*, me hallo cavilando de manera dilatada y frenética sobre todo el asunto, y he decidido que al menos mi hijo ha de ser informado. Suya será la responsabilidad de darlo a conocer o no a otras personas. A fin de solventar cualquier eventualidad, he preparado este resumen de los antecedentes de mi experiencia -tal como ya los conocen algunos de manera dispersa- y seguidamente relataré con la mayor concisión posible lo que pareció suceder durante mi ausencia del campamento aquella terrible noche.

Yo iba caminando a paso lento bajo la maligna y fulgurante luna, con los nervios a flor de piel y poseído por una especie de perversa impaciencia provocada por ese inexplicable impulso pseudomnemónico teñido de temor que me empujaba hacia el nordeste. De vez en cuando veía, parcialmente cubiertos por la arena, aquellos ciclópeos bloques primordiales: vestigios de eones desconocidos y olvidados. La incalculable antigüedad y el horripilante carácter siniestro de aquel desierto monstruoso comenzaron a agobiarme como no lo habían hecho nunca antes, y no pude evitar pensar en mis enloquecedores sueños, en las terroríficas leyendas que los habían provocado y en el miedo que sienten actualmente los aborígenes y los mineros hacia el desierto y sus piedras talladas.

Aun así seguí caminando como si me estuviese dirigiendo a una cita sobrenatural, asaltado con creciente intensidad por desconcertantes fantasías, compulsiones y pseudorrecuerdos. Estuve considerando algunos de los posibles trazados que dibujaban las líneas de piedras vistas por mi hijo desde el aire, y me pregunté por qué me resultaban al mismo tiempo tan ominosos y tan familiares. Algo estaba intentando emerger desde el fondo de mi memoria, mientras otra fuerza desconocida trataba de impedírselo.

La noche estaba en calma, y la pálida arena se curvaba arriba y abajo como olas congeladas en el mar. No me dirigía a ningún lugar en concreto, pero por algún motivo avanzaba incesantemente como si tuviera una confianza ciega en el destino. Mis sueños afloraron invadiendo el mundo real, de tal suerte que cada megalito incrustado de arena parecía formar parte de interminables estancias y corredores hechos de sillares prehumanos, tallados e inscritos con símbolos que conocía demasiado bien por años de costumbre en el papel de una mente cautiva de la Gran Raza. En algunos momentos me parecía ver a aquellos omniscientes horrores cónicos yendo de acá para allá, ocupados en sus tareas habituales, y me entró miedo de bajar la mirada por si descubría que compartía su aspecto. Pero mientras tanto

veía los bloques cubiertos de arena a la vez que las estancias y corredores; la maligna y fulgurante luna a la vez que las lámparas de cristal luminoso; el desierto infinito a la vez que los helechos y las cícadas que se mecían al otro lado de las ventanas. Estaba despierto y soñando al mismo tiempo.

No sé cuánto tiempo ni qué distancia -ni, de hecho, en qué dirección exacta- había andado cuando divisé un montón de bloques que el viento había dejado al descubierto aquel día. Era el conjunto más numeroso que había visto hasta entonces en un mismo lugar, y me impresionó de tal manera que las visiones de eones legendarios se desvanecieron súbitamente. Nuevamente volvía a estar solo el desierto, la luna siniestra y los fragmentos de un pasado insospechado. Me acerqué un poco y añadí el haz de mi linterna a la luz que alumbraba el derruido montón de piedras. El viento había deshecho un montículo de arena, dejando un bajo e irregular cúmulo redondeado de megalitos y cascotes más pequeños de unos doce metros de ancho y entre medio metro y dos metros y medio de alto.

Me di cuenta desde el primer momento de que aquellas piedras tenían de algún modo un carácter completamente único. No solo su número resultaba del todo excepcional, sino que también algo en los vestigios medio borrados por la arena de sus motivos captó mi atención mientras los examinaba bajo los rayos combinados de la luna y mi linterna. No es que ninguno fuera esencialmente diferente de los que habíamos encontrado con anterioridad. Se trataba de algo más sutil. La impresión no se producía al mirar un único bloque, sino solo cuando recorría varios de ellos con la vista en sucesión casi simultánea. Entonces, por fin, caí en qué era realmente: las figuras curvilíneas de muchos de aquellos bloques estaban *estrechamente relacionadas*; eran partes de un mismo concepto decorativo de inmenso tamaño. Por primera vez en aquel desierto sometido a las sacudidas del tiempo había encontrado un grupo de sillares en su ubicación original; caídos y fragmentados, es cierto, pero existentes aun así de un modo perfectamente inequívoco.

Tras subir al montón de bloques por un punto de escasa altura, trepé con dificultad por él, limpiando la arena de algunos sitios con los dedos y tratando constantemente de interpretar las variaciones de tamaño, forma y estilo de las piedras y las relaciones entre sus diseños. Al cabo de un rato pude hacer algunas vagas conjeturas sobre la naturaleza de la construcción original y sobre los motivos ornamentales que se habían extendido en su día por las amplias superficies de aquellos sillares primordiales. La coincidencia exacta del conjunto con algunas de las visiones de mis sueños me tenía turbado y horrorizado. Aquello había sido una vez un ciclópeo corredor de nueve metros de altura, enlosado con bloques octagonales

y coronado por una sólida bóveda. En su lado derecho habría seguramente una serie de accesos a diversas estancias y, en su extremo más alejado, uno de aquellos extraños planos inclinados habría conducido a zonas aún más profundas.

Al venirme a la cabeza estas ideas me sobresalté violentamente, pues eran más detalladas de lo que los bloques habían dejado ver por sí solos. ¿Cómo sabía yo que aquel nivel debía de haberse encontrado a gran profundidad; que la rampa que conducía a los niveles superiores debía de haberse encontrado detrás de mí; que el largo pasadizo subterráneo a la plaza de las columnas debía de estar a la izquierda en el nivel inmediatamente superior; que la sala de las máquinas y el túnel que salía hacia la derecha en dirección al archivo central debían de encontrarse dos niveles más abajo; que habría una de esas horribles trampillas selladas por flejes de metal en el nivel más profundo, cuatro más abajo? Esta intrusión del mundo onírico me dejó perplejo, y me vi temblando y bañado por un sudor frío.

Entonces, como un último detalle insoportable, sentí aquella débil e insidiosa corriente ascendente de aire frío que salía de una depresión próxima al centro del enorme montón de bloques. Mis visiones se desvanecieron en el acto, como ya había ocurrido una vez, y volví a ver tan solo el siniestro resplandor de la luna, el inquietante desierto y el ancho túmulo de sillares paleogeicos. Me enfrentaba en aquel momento a algo real y tangible, pero cargado de infinitas evocaciones de tenebrosos misterios. Pues aquella corriente solo podía significar una cosa: que había una sima de gran tamaño oculta bajo los desordenados bloques de la superficie. Mi primer pensamiento fue para las siniestras leyendas aborígenes que hablaban de inmensas chozas subterráneas entre los megalitos donde sucedían cosas horribles y nacían fuertes vientos. Después me vinieron otra vez a la cabeza imágenes de mis sueños, y percibí vagos pseudorrecuerdos que trataban de captar mi atención. ¿Qué clase de lugar tenía bajo mis pies? ¿Qué inconcebible germen primigenio de antiquísimos ciclos mitológicos y de insistentes pesadillas podía estar a punto de descubrir? Vacilé solo por un instante, ya que algo más que la curiosidad y el afán científico me estaba empujando a seguir adelante en contra de mi creciente temor.

Tenía la impresión de moverme casi como un autómata, cual si me hallara en las garras de un destino que me estuviera atrayendo hacia él. Tras guardarme la linterna en el bolsillo, y desplegando una fuerza que no había sido consciente de poseer, aparté trabajosamente un primer fragmento descomunal de piedra y después otro, hasta que de las profundidades surgió una fuerte corriente de aire cuya humedad contrastaba de manera rara con el ambiente seco del desierto. Una grieta negra comenzó a abrirse, y al cabo de unos minutos -cuando

terminé de retirar todos los fragmentos lo bastante pequeños como para dejarse mover- la enfermiza luz de la luna alumbró una abertura de anchura más que suficiente para meterme por ella.

Saqué la linterna y proyecté un brillante rayo al interior. Bajo mis pies había un caos de bloques caídos que se extendían hacia el norte en una escabrosa pendiente descendente de unos cuarenta y cinco grados, y que eran evidentemente el resultado de un pasado hundimiento. Entre su superficie y el nivel del desierto había un abismo de impenetrable negrura en cuyo borde superior se adivinaba una bóveda gigantesca levantada por efecto de la presión. Según parecía, en aquel punto, las arenas del desierto descansaban directamente sobre una superficie que había formado parte de algún tipo de construcción titánica de la primera edad de la tierra. Cómo había podido conservarse esta a través de eones de convulsiones geológicas era algo que no me vi entonces ni me veo ahora capaz de intentar adivinar siquiera.

Vista en retrospectiva, la mera idea de efectuar un precipitado descenso en solitario a un abismo de dudosa seguridad como aquel -y en un momento en el que no había nadie al corriente de mi paradero- parece el culmen absoluto de la locura. Quizá lo fuera; pero esa noche me embarqué sin dudarlo en tal descenso. Una vez más se puso de manifiesto esa atracción e impulso de la fatalidad que había parecido dirigir mis actos en todo momento. Empleando la linterna de forma intermitente para no gastar mucha energía de la pila, comencé a bajar de manera dificultosa y frenética la siniestra pendiente ciclópea bajo la abertura; unas veces de cara, cuando encontraba buenos apoyos para los pies y las manos, y otras con el rostro vuelto hacia el montón de megalitos mientras me agarraba y tanteaba el terreno de manera más insegura. A ambos lados de mí se alzaban, imponentes y envueltos en la penumbra que creaban los rayos directos de mi linterna, distantes muros de sillares tallados y medio desmoronados. Al frente, sin embargo, solo había una negrura ininterrumpida.

No presté atención al reloj durante mi trabajoso descenso. Mi mente bullía con tantos atisbos e imágenes desconcertantes que todas las cuestiones objetivas me parecían en aquel momento incalculablemente lejanas. Físicamente no sentía nada, e incluso el miedo no era ya más que un fantasma grotesco y pasivo que me observaba con expresión maliciosa pero cargada de impotencia. Finalmente alcancé una zona llana por la que había diseminados bloques caídos, fragmentos irregulares de piedra, arena y detritus de todo tipo. A cada lado -separados quizá unos nueve metros- se elevaban unos gigantescos muros que culminaban en una enorme bóveda de arista. Alcanzaba a distinguir vagamente que estaban tallados, pero la naturaleza de las esculturas se encontraba más allá de

mi percepción. Lo que más me fascinó fue la bóveda sobre mi cabeza. El rayo de mi linterna no llegaba hasta ella, pero las partes inferiores de sus monstruosos arcos sobresalían visiblemente de las paredes. Y su parecido con lo que había visto en innumerables sueños del mundo antiguo era tan exacto que me eché violentamente a temblar por primera vez.

Detrás y a gran altura por encima de mí, un borrón tenuemente luminoso revelaba la ubicación del mundo exterior alumbrado por la luna. Un vago ápice de cautela me advirtió que no debía perderlo de vista, a fin de que me sirviera de guía para regresar. Avancé a continuación hacia la pared de mi izquierda, donde los rastros escultóricos eran más claros. Atravesar aquel espacio lleno de escombros resultaba casi tan arduo como lo había sido bajar por la pendiente de bloques, pero conseguí abrirme camino. En un punto concreto eché a un lado algunos bloques y aparté los detritus con el pie para ver cómo era el enlosado, y me estremecí al reconocer perfecta y fatídicamente las grandes piedras octagonales cuya dañada superficie se mantenía todavía más o menos entera.

Al llegar a una distancia conveniente de la pared, deslicé lenta y cuidadosamente el haz de mi linterna por los desgastados restos de las tallas. La superficie de arenisca presentaba signos de la acción de alguna masa de agua que había entrado allí en el pasado, junto con unas curiosas incrustaciones para las que no hallé explicación. En ciertos puntos, la sillería estaba muy suelta y deformada, y me pregunté cuántos eones más podría mantener aquella recóndita construcción primordial lo que quedaba de su forma en medio de las sacudidas de la tierra.

Pero lo que más entusiasmo despertó en mí fueron las tallas. Pese al desmoronamiento de las figuras provocado por el tiempo, de cerca era relativamente fácil seguir sus contornos; y el carácter total e íntimamente familiar de cada uno de sus detalles me dejó casi estupefacto. Que los principales rasgos distintivos de aquellos vetustos sillares me fuesen conocidos no era algo imposible de creer. Tras causar una honda impresión en los artífices de ciertos mitos, habían acabado incorporados en una corriente de leyendas crípticas que, al llegar de algún modo a mi conocimiento durante mi periodo amnésico, habían evocado vívidas imágenes en mi subconsciente. Pero ¿cómo podía explicar el modo preciso y minucioso en que cada línea y espiral de aquellos extraños motivos coincidía con lo que yo había estado soñando a lo largo de más de una veintena de años? ¿Qué iconografía desconocida y olvidada podía haber evocado en mi cerebro cada mínimo sombreado y matiz que de manera tan persistente, exacta e invariable asediaba mi visión onírica noche tras noche?

Pues aquel no era ningún parecido casual ni lejano. De forma indudable y rotunda, el antediluviano corredor escondido durante eones en el que me encontraba era el modelo original de algo que conocía en sueños tan bien como mi propia casa en Crane Street, Arkham. Es verdad que mis visiones nocturnas mostraban el lugar en la lozana plenitud de sus días; pero no por ello resultaba menos cierta su identidad. Me había ubicado de forma horriblemente perfecta. Conocía la edificación concreta en la que me hallaba, como también conocía su situación en aquella terrible ciudad arcaica de mis sueños. Comprendí con una certeza espantosa e instintiva que podía llegar sin equivocarme a cualquier punto de esa construcción o de esa ciudad que había escapado a los cambios y devastaciones de incontables eras. ¿Qué diablos podía significar todo aquello? ¿Cómo había llegado a saber lo que sabía? ¿Y qué terrible realidad podía subyacer tras aquellas leyendas antiguas sobre los seres que habían habitado ese laberinto de piedra primordial?

Las palabras solo pueden transmitir de manera parcial la confusa amalgama de pavor y desconcierto que me corroía. Conocía aquel lugar. Sabía lo que tenía ante mí, y lo que había habido encima de mí antes de que los innumerables niveles de aquella altísima construcción hubieran quedado reducidos a polvo y escombros, y sucumbido ante el desierto. Con un estremecimiento, pensé que ya no me hacía falta tener siempre a la vista aquel tenue borrón de luz exterior. Me debatía entre un deseo de huir y una mezcla febril de ardiente curiosidad y fatalidad imperiosa. ¿Qué le había sucedido a aquella monstruosa megalópolis de la antigüedad en los millones de años transcurridos desde la época de mis sueños? De los laberintos subterráneos que se habían extendido por debajo de la ciudad y que conectaban todas sus torres gargantuescas, ¿cuánto había sobrevivido a las convulsiones de la corteza terrestre?

¿Me había topado con todo un mundo subterráneo impíamente arcaico? ¿Sería posible encontrar aún la morada del maestro escriba y la torre donde S'ggha -una mente cautiva perteneciente a la raza de vegetales carnívoros con cabeza en forma de estrella de la Antártida- había esculpido ciertas imágenes en los espacios vacíos de las paredes? ¿Seguiría despejado y practicable el pasillo del segundo nivel inferior a la sala de las mentes alienígenas? En dicha sala la mente cautiva de un ser increíble -un morador semiplástico del interior hueco de un desconocido planeta transplutoniano[370] que procedía de dieciocho millones de años en el futuro- había guardado un objeto que él mismo había modelado en arcilla.

Cerré los ojos y me llevé una mano a la cabeza en un vano y lastimero intento de alejar estos disparatados fragmentos oníricos de mi mente. Entonces, por primera vez, noté de manera acusada el

frescor, el movimiento y la humedad del aire que me rodeaba. Temblando, comprendí que una vasta cadena de oscuros abismos desiertos desde hacía eones debía abrirse ciertamente en alguna parte más adelante y más abajo de donde me encontraba. Pensé en las espantosas estancias, corredores y rampas que recordaba de mis sueños. ¿Seguiría despejado el camino al archivo central? Esa fatalidad imperiosa volvió a llamarme de manera insistente al venirme a la memoria los asombrosos documentos que antaño permanecían guardados en aquellas cámaras rectangulares de metal inoxidable.

Allí, según los sueños y las leyendas, había descansado toda la historia, pasada y futura, del continuo espaciotemporal del cosmos, escrita por mentes cautivas procedentes de todos los planetas y todas las eras del sistema solar. Una locura, sin duda… ¿pero acaso no acababa de descubrir un mundo abisal igualmente descabellado? Pensé en los estantes cerrados con puertas de metal, y en las curiosas combinaciones de movimientos manuales que había que realizar para activar el mecanismo de apertura de cada uno de ellos. La mía me vino vívidamente a la cabeza. ¡La de veces que había ejecutado aquella complicada y variada secuencia de giros y empujes en la sección de vertebrados terrestres del nivel más bajo! Cada detalle estaba fresco y claro en mi memoria. Si existía una cámara como la que había soñado, podría abrirla de inmediato. En ese momento la locura se apoderó completamente de mí. Un segundo después, me encontraba saltando y pasando a trompicones sobre los escombros en dirección a la rampa que, como recordaba perfectamente, descendía hacia los profundos niveles inferiores.

VII

De ahí en adelante mis impresiones son escasamente fiables; de hecho, sigo queriendo creer pese a todo que forman parte de alguna pesadilla demoníaca, o de una alucinación nacida del delirio. La cabeza me ardía por la fiebre, y percibía todo como si mis sentidos estuvieran embotados de algún modo -a veces solo a ratos-. Los rayos de mi linterna penetraban con debilidad en la oscuridad que me rodeaba, trayendo de regreso fugaces visiones fantasmales de paredes y tallas horriblemente familiares, todas deterioradas por el paso de las eras. Llegué a un punto concreto donde se había derrumbado una enorme sección de la bóveda, por lo que me vi obligado a trepar por un inmenso montículo de piedras que llegaban casi hasta el techo desgarrado y salpicado de grotescas estalactitas. Aquello fue el culmen absoluto del horror; un horror agravado por la blasfema insistencia de

los pseudorrecuerdos. Solo había una cosa que no me resultaba familiar, y era mi propio tamaño en relación con los monstruosos sillares. Me sentía insólitamente pequeño, y agobiado por ello, como si la visión de aquellas imponentes paredes desde la perspectiva de un simple cuerpo humano fuera algo completamente nuevo y anormal. No paraba de mirarme a mí mismo nerviosamente, experimentando una vaga inquietud al ver la forma que poseía.

Iba saltando, corriendo y dando tumbos por la abismal negrura; cayéndome y haciéndome daño a menudo, y llegando casi a romper mi linterna en una ocasión. Conocía cada piedra y cada esquina de aquella sima diabólica, y me paré en muchos puntos del camino para proyectar haces de luz a través de algunos arcos cegados por cascotes y en proceso de estarlo que, no obstante, me eran familiares. Algunas de las estancias se habían venido completamente abajo; otras estaban vacías o llenas de escombros. En unas pocas vi masas de metal -algunas relativamente intactas, otras rotas y otras más aplastadas o destrozadas- que reconocí como los pedestales o mesas colosales de mis sueños. Qué podían haber sido en realidad fue algo que no me atreví a imaginar.

Encontré la rampa descendente y comencé a bajar por ella; mas al cabo de un rato me impidió el paso una enorme grieta irregular cuya anchura de lado a lado no podía ser muy inferior al metro veinte en su punto más angosto. La sillería se había hundido en ese tramo del túnel, dejando ver debajo unas negras profundidades insondables. Sabía que había dos niveles subterráneos más en aquel titánico edificio, y temblé con renovado pánico al recordar la trampilla con flejes de metal existente en el más profundo. Ya no podía haber ningún vigilante allí, dado que hacía ya largo tiempo que lo que se ocultaba bajo ella había hecho su terrible trabajo y caído después en un prolongado declive. Para cuando apareciese la raza coleóptera poshumana, ya se habría extinguido por completo. Y, aun así, al pensar en las leyendas de los aborígenes, me estremecí de nuevo.

Me costó un esfuerzo terrible saltar aquel enorme abismo, ya que los desechos desperdigados por el suelo me impedían coger carrerilla; pero la locura me hizo seguir adelante. Elegí para el salto un punto cercano a la pared izquierda -donde la grieta era menos amplia y el lugar de aterrizaje estaba razonablemente libre de escombros peligrosos- y tras un momento de angustia alcancé sano y salvo el otro lado. Cuando por fin llegué al nivel inferior, pasé dando traspiés por delante de la entrada de la sala de las máquinas, dentro de la cual había unas fantásticas ruinas de metal semienterradas bajo una bóveda desplomada. Todo estaba donde sabía que estaría, y trepé con confianza por encima de los bloques amontonados que impedían el acceso a una vasta galería transversal; la cual, comprendí, me llevaría

hasta el archivo central pasando por debajo de la ciudad.

Pareció transcurrir una eternidad mientras recorría a trompicones, a saltos y a rastras aquella galería atestada de escombros. De vez en cuando distinguía algunas tallas en las paredes manchadas por el tiempo: unas familiares, otras añadidas aparentemente en periodos posteriores al de mis sueños. Como aquello era un túnel de conexión entre viviendas, no había puertas ni salidas excepto cuando el camino atravesaba los niveles inferiores de diversos edificios. En algunas de estas intersecciones me desvié el tiempo justo para echar un vistazo por pasadizos y dentro de estancias que recordaba perfectamente. Tan solo en dos ocasiones hallé cambios radicales respecto de lo que había soñado; y en uno de tales casos pude reconocer el tapiado contorno del arco de acceso que existía en mi memoria.

Sentí un intenso estremecimiento -y una curiosa y súbita debilidad que me hizo reducir el paso- cuando atravesé de forma apresurada y reluctante el sótano de una de esas grandes y ruinosas torres sin ventanas cuya extraña sillería basáltica apuntaba un rumoreado origen horrible. Aquella bóveda primordial era circular y tenía al menos sesenta metros de diámetro, con paredes de piedra oscura completamente lisas. El suelo estaba allí completamente despejado, salvo de polvo y arena, y vi las aberturas que conducían a los niveles superiores e inferiores. No había escaleras ni rampas de ningún tipo -de hecho, en mis sueños, la mítica Gran Raza no había tocado en lo más mínimo aquellas torres inmemoriales-. Sus constructores no las necesitaban. En los sueños, la abertura inferior había estado firmemente sellada y vigilada por nerviosos centinelas. Ahora se encontraba abierta, como una ancha y negra sima, y de ella salía una corriente de aire frío y húmedo. Qué cavernas insondables de oscuridad eterna podían acechar allí abajo era algo sobre lo que no iba a permitirme pensar.

Después, tras abrirme camino con las manos por una sección de la galería llena de bloques amontonados, llegué a un lugar en el que el techo se había venido totalmente abajo. Había una pila de escombros que se elevaba como una montaña, y tuve que trepar por ella, pasando a través de un enorme espacio vacío en el que mi linterna no consiguió revelar paredes ni bóveda algunas. Aquel -pensé- debía de ser el sótano del edificio de los proveedores de metal que daba a la tercera plaza, no muy lejos del archivo. No alcancé a imaginar qué podía haberle ocurrido.

Volví a encontrar la galería al otro lado de la montaña de detritus y piedras, pero tras recorrer una corta distancia llegué a un punto completamente obstruido donde los restos de la derrumbada bóveda casi tocaban el techo, el cual se hallaba combado de manera peligrosa. De qué forma me las arreglé para retirar y apartar suficientes bloques

como para crear un acceso, y cómo tuve el valor de mover los fragmentos firmemente encajados cuando la más mínima alteración del equilibrio del conjunto podría haber hecho que todas aquellas toneladas de bloques amontonados unos sobre otros me aplastaran por completo, no lo sé. Lo que me impelía y me guiaba era simplemente la locura; si es que en realidad toda mi aventura bajo tierra no fue, según es mi esperanza, una diabólica alucinación o parte de un sueño. Pero ciertamente abrí -o soñé que abrí- un hueco por el que pude pasar arrastrándome. Mientras reptaba sobre el montículo de escombros -con la linterna encendida en todo momento, bien sujeta en la boca- sentí cómo me desgarraban la espalda las increíbles estalactitas que pendían del dentado techo sobre mi cabeza.

Me encontraba ya cerca del gran archivo subterráneo al que parecía estar dirigiéndome. Tras descender -unas veces deslizándome y otras ayudándome con los pies y las manos- por el lado contrario de la barrera de escombros, y tras recorrer con cuidado el tramo restante de la galería encendiendo de manera intermitente la linterna en mi mano, llegué por fin a una sala subterránea circular y de escasa altura con arcos -todavía en un estado de conservación maravilloso- que se abrían por todo su perímetro. Las paredes, o aquellas partes de ellas que se encontraban al alcance de la luz de mi linterna, estaban densamente repletas de jeroglíficos y talladas con aquellos típicos símbolos curvilíneos; algunos de los cuales se habían añadido en eras posteriores a la de mis sueños.

Me di cuenta de que aquel era el destino que la fatalidad me había señalado, y me interné de inmediato por un arco a mi izquierda que me resultaba conocido. Por raro que parezca, tenía pocas dudas de que hallaría expedita la rampa de subida y bajada a todos los niveles aún existentes. Aquel enorme complejo protegido por la tierra, que albergaba los anales de todo el sistema solar, había sido construido con una habilidad y una solidez soberbias para que durase tanto como dicho sistema. Bloques de dimensiones colosales, situados con genial precisión matemática y unidos con cementos increíblemente resistentes, habían sido combinados de modo que formaran una masa tan firme como el rocoso núcleo del planeta. Allí, tras eras más vastas de lo que mi mente era capaz de asimilar sin perder la cordura, su mole subterránea se mantenía intacta en todas sus líneas fundamentales, con sus extensas y polvorientas estancias apenas salpicadas de los escombros que predominaban en otras partes.

El carácter relativamente despejado de los túneles a partir de aquel punto se me subió curiosamente a la cabeza. Toda la furiosa impaciencia frustrada hasta entonces por los obstáculos se tradujo ahora en una especie de apresuramiento febril, y literalmente eché a correr por los pasillos de techo bajo y de recuerdo tan

espeluznantemente claro que había más allá del arco. Mi familiaridad con lo que veía había dejado ya de asombrarme. Por doquier se alzaban ominosamente las grandes puertas cubiertas de jeroglíficos de los estantes acorazados; algunas todavía en su sitio, otras desencajadas y otras tantas torcidas y combadas bajo tensiones geológicas que no habían sido lo bastante fuertes como para romper la titánica sillería. Aquí y allá, montones cubiertos de polvo bajo estantes abiertos y vacíos parecían señalar puntos donde los estuches habían caído al suelo por culpa de temblores sísmicos. Alguna que otra columna estaba marcada con símbolos o letras de gran tamaño que indicaban clases y subclases de volúmenes.

En un momento dado me detuve ante una cámara abierta donde vi un cierto número de los consabidos estuches de metal que seguían en sus sitios en medio del omnipresente polvo arenoso. Levantando el brazo, saqué uno de los ejemplares más delgados con cierta dificultad y lo deposité en el suelo a fin de examinarlo. Presentaba un título escrito en los predominantes jeroglíficos curvilíneos, pero algo en la disposición de los caracteres me resultó sutilmente inusual. Conocía a la perfección el extraño mecanismo del gancho de cierre, así que abrí la tapa -que aún se mantenía reluciente y funcional- y extraje el libro de dentro. Este último, tal como esperaba, tenía unos cincuenta por cuarenta centímetros de alto y ancho, y un grosor de cinco centímetros; la fina cubierta de metal se abría por su parte superior. Sus resistentes hojas de celulosa no parecían afectadas por los innumerables ciclos de tiempo durante los que habían existido, y estudié las letras trazadas con pincel y singulares pigmentos del texto -unos símbolos que no se parecían en nada a los habituales jeroglíficos curvilíneos ni a ningún otro alfabeto conocido por la ciencia humana- experimentando unas inquietantes reminiscencias. Me vino a la memoria que aquel era el lenguaje que utilizaba una mente cautiva con la que había tenido cierto contacto en mis sueños: una mente originaria de un gran asteroide en el que se había conservado buena parte de la vida y el saber arcaicos del planeta original del que constituía un fragmento[371]. Al mismo tiempo recordé que el nivel del archivo en el que me hallaba estaba dedicado a volúmenes que trataban de otros planetas.

Cuando dejé de examinar cuidadosamente aquel increíble documento vi que la luz de mi linterna estaba empezando a fallar, por lo que corrí a ponerle la pila de recambio que siempre llevaba encima. Luego, provisto ya de mayor iluminación, reanudé mi frenético avance por el interminable laberinto de pasillos y corredores, reconociendo de vez en cuando algunos estantes, y ligeramente molesto por las condiciones acústicas que hacían que mis pisadas resonaran de manera ilógica en aquellas catacumbas donde la muerte y el silencio

habían reinado durante eones. Las mismas huellas que iba dejando detrás de mí en el polvo -que llevaba milenios sin ser perturbado- me producían escalofríos. Si mis sueños disparatados contenían algún ápice de verdad, era la primera vez que unos pies humanos hollaban aquellos enlosados inmemoriales. De la meta concreta de mi alocada carrera, mi mente consciente no tenía la menor pista. No obstante, una fuerza siniestramente intensa tiraba de mi aturdida voluntad y de mis recuerdos enterrados de tal forma que sentía vagamente que no estaba corriendo sin rumbo.

Llegué a una rampa descendente y la seguí hasta profundidades mayores. Mientras bajaba a toda prisa vislumbré de manera fugaz varios niveles subterráneos, pero no me detuve a explorarlos. En mi ofuscado cerebro había comenzado a pulsar un cierto ritmo que hacía moverse mi mano derecha en espasmos sincronizados. Quería abrir algo, y tenía la impresión de que conocía todos los complejos movimientos manuales necesarios para hacerlo. Sería como abrir una caja fuerte moderna con un cierre de combinación. Ya lo hubiese soñado o no, había conocido dicha combinación, y seguía haciéndolo. Cómo un sueño -o un fragmento de una leyenda interiorizada sin darme cuenta- podía haberme enseñado algo tan detallado, intrincado y complejo era algo para lo que no intenté encontrar explicación. Pensar de manera coherente me resultaba ya del todo imposible. ¿Pues no era acaso toda aquella experiencia -aquella espantosa familiaridad con un conjunto de ruinas desconocidas, y aquella espeluznante identidad entre todo lo que veía y lo que solo podían haberme evocado sueños y fragmentos de mitos- un horror completamente irracional? Es probable que pensara en mi fuero interno -al igual que ocurre ahora en mis momentos de mayor sensatez- que me encontraba totalmente dormido, y que toda la ciudad subterránea era solo parte de una alucinación febril.

Finalmente llegué al nivel más bajo y me dirigí hacia la derecha de la rampa. Por alguna misteriosa razón procuré atenuar el ruido de mis pasos, pese a avanzar así con menor rapidez. Había una zona en aquel último nivel situado a gran profundidad que temía cruzar; y al aproximarme a ella recordé qué era lo que me daba miedo en aquel lugar. Se trataba únicamente de una de las trampillas selladas con flejes de metal y sometidas a estrecha vigilancia. Ya no habría ningún guardia, y a causa de ello temblaba y avanzaba de puntillas como había hecho al atravesar aquella negra bóveda de basalto donde había abierta otra trampilla similar. Noté una corriente de aire frío y húmedo parecida a la que había sentido allí arriba, y sentí deseos de que mi camino pasara por otra parte. Por qué tenía que seguir la ruta concreta que estaba siguiendo era algo que desconocía.

Cuando llegué a la zona vi que la trampilla se encontraba abierta

de par en par. Más adelante comenzaban de nuevo los estantes, y alcancé a ver en el suelo frente a uno de ellos un montón cubierto por una capa muy fina de polvo, formado por varios estuches que habían caído de manera reciente. Al mismo tiempo se apoderó otra vez de mí un súbito pánico, aunque tardé un rato el descubrir el motivo. Los montones de estuches caídos no eran infrecuentes allí, ya que aquel laberinto sin luz llevaba eones viéndose sacudido por las convulsiones de la tierra y resonando intermitentemente con el ensordecedor estruendo de objetos al caer. Únicamente cuando ya estaba a punto de salir de la zona me di cuenta de por qué temblaba tanto.

Lo que me inquietaba no era el montón de estuches, sino algo relacionado con el polvo del suelo. A la luz de mi linterna parecía como si aquella capa de polvo no fuese tan uniforme como debiera; había sitios donde su aspecto era más fino, como si algo la hubiese alterado no muchos meses antes. Me era imposible estar seguro, ya que incluso en los sitios donde aparentemente era más delgada, tenía un espesor considerable; pero dentro de la falta de uniformidad que creía percibir atisbé una cierta regularidad sumamente intranquilizadora. Cuando acerqué la linterna a uno de esos sitios extraños, no me gustó lo que vi, pues la impresión de regularidad se volvió muy fuerte. Era como si hubiera líneas regulares de huellas compuestas: huellas que aparecían en grupos de tres, cada una con algo más de treinta centímetros de lado y formada por cinco marcas cuasicirculares de siete centímetros y pico, con una adelantada a las otras cuatro.

Estas posibles líneas de huellas parecían avanzar en dos direcciones, como si algo hubiese ido a alguna parte y vuelto después. Naturalmente eran muy borrosas, y tal vez tuvieran un origen ilusorio o casual; pero había algo terrorífico -de un modo vago y torpe- en el modo en que parecían discurrir. Pues en un extremo de ellas estaba el montón de estuches que debía de haberse caído hacía no mucho tiempo, mientras que en el otro se encontraba la ominosa trampilla abierta a abismos inimaginables, con su viento frío y húmedo, y sin vigilancia ninguna.

VIII

Que mi extraña sensación compulsiva era profunda y abrumadora queda demostrado por su victoria sobre mi miedo. Ningún motivo racional podría haberme empujado a continuar tras aquel espantoso atisbo de unas huellas y los insidiosos recuerdos oníricos que este hecho despertó. Pero mi mano derecha, a la vez que temblaba por

efecto del miedo, seguía moviéndose con rítmicos espasmos en su afán por accionar un mecanismo de apertura que esperaba encontrar. Antes de darme cuenta ya había dejado atrás el montón de estuches recientemente caídos y corría de puntillas por pasillos cubiertos de polvo imperturbado hacia un lugar del que parecía poseer un conocimiento malsano y horrible. Mi mente se estaba haciendo preguntas cuyo origen y relevancia tan solo empezaba a imaginar. ¿Podría un cuerpo humano alcanzar el estante? ¿Sabría mi mano ejecutar a la perfección todos los movimientos de apertura que recordaba del pasado arcaico? ¿Seguiría intacto y funcionando el mecanismo correspondiente? ¿Y qué haría -qué me atrevería a hacer- con lo que (como ya empezaba a comprender) esperaba y temía encontrar? ¿Resultaría ser algo inconcebible mas pavorosa y demoledoramente real, o revelaría simplemente que todo aquello era un sueño?

Cuando me quise dar cuenta había detenido mi sigilosa carrera y me encontraba parado, mirando fijamente una hilera de estantes enloquecedoramente familiares inscritos con jeroglíficos. Su estado de conservación era prácticamente perfecto, y tan solo tres de las puertas de las inmediaciones habían resultado desencajadas. Me resulta imposible describir las sensaciones que me provocaban aquellos estantes: así de rotunda e insistente era la impresión que tenía de que los conocía de largo tiempo atrás. Estaba mirando a su parte más alta, a una de las últimas hileras de cámaras que quedaba totalmente fuera de mi alcance, y preguntándome cuál sería la mejor manera de llegar hasta ella. Una puerta abierta en la cuarta fila contando desde abajo me ayudaría a ello, y las ruedas de combinación de las puertas cerradas constituían posibles asideros y apoyos para las manos y los pies. Sujetaría la linterna con los dientes, tal como había hecho en otros sitios donde se necesitaba de ambas manos. Y, sobre todo, no debía hacer ningún ruido. Resultaría complicado bajar lo que quería coger del estante, pero seguramente podría enganchar su cierre móvil en el cuello de mi chaqueta y colgármelo como una mochila. Me pregunté de nuevo si el mecanismo de apertura de la cámara seguiría funcionando. De que podría repetir cada uno de los movimientos que me eran familiares no me cabía la menor duda; pero esperaba que la rueda no chirriara ni crujiera, y que mi mano pudiese accionarla correctamente.

Mientras pensaba en estas cosas me puse la linterna en la boca y comencé a subir. Las ruedas de combinación que sobresalían eran malos puntos de apoyo; pero, tal como había esperado, el estante abierto fue de gran ayuda. Utilicé en mi ascenso tanto la puerta -que oscilaba de manera problemática- como el borde de la propia abertura, y me las arreglé para no provocar ningún crujido fuerte.

Haciendo equilibrios sobre el borde superior de la puerta, e inclinando mucho el cuerpo hacia la derecha, logré alcanzar la rueda de combinación que me interesaba con la punta de los dedos. Estos últimos, un tanto entumecidos por la escalada, me respondieron en un primer momento de manera muy torpe; pero no tardé en comprobar que eran anatómicamente adecuados. Y estaban fuertemente poseídos por el ritmo mnemónico. Los complicados movimientos secretos habían llegado de algún modo a mi mente desde un desconocido pasado abismal, correctos en cada uno de sus detalles; pues tras menos de cinco minutos de intentos se oyó un clic cuyo familiar sonido me sobresaltó más de lo normal porque no lo había previsto de manera consciente. Un momento después la puerta de metal se estaba abriendo lentamente con apenas un chirrido casi imperceptible.

Examiné con aturdimiento la hilera de bordes de estuches de color grisáceo que habían quedado a la vista de resultas de ello, y sentí cómo me invadía una fuerte emoción completamente inexplicable. Justo al alcance de mi mano derecha había un estuche cuyos jeroglíficos curvilíneos me hicieron estremecer a causa de una súbita sensación infinitamente más compleja que la que provoca el simple miedo. Temblando todavía, conseguí sacarlo del estante entre una lluvia de escamas de polvo y tirar de él hacia mí con cuidado y sin hacer apenas ruido. Al igual que el otro estuche que había cogido minutos antes, medía algo más de cincuenta por cuarenta centímetros, y tenía figuras matemáticas curvilíneas grabadas en bajorrelieve. En grosor superaba escasamente los siete centímetros. Sujetándolo como pude entre mi cuerpo y la superficie a la que estaba encaramado, intenté abrir torpemente el cierre del estuche hasta que al fin liberé el gancho. Tras levantar la tapa, trasladé el pesado objeto a mi espalda y dejé que el gancho quedara prendido del cuello de mi chaqueta. Con ambas manos ya libres, descendí con algunos apuros hasta el polvoriento suelo y me dispuse a examinar mi botín.

Arrodillándome sobre el polvo arenoso, me pasé el estuche hacia delante con un amplio movimiento del brazo y lo deposité en el suelo frente a mí. Las manos me temblaban, y sacar el libro que había dentro del estuche me horrorizaba casi tanto como anhelaba -y me sentía impelido a- hacerlo. De forma muy paulatina había acabado viendo claro qué era lo que debía encontrar, y dicha conciencia me tenía prácticamente conmocionado. Si el objeto estaba allí -y yo no estaba soñando-, las implicaciones de un hecho así serían absolutamente insoportables para el alma humana. Lo que más me atormentaba era mi incapacidad en aquel momento para percibir que lo que me rodeaba era producto de un sueño. La sensación de realidad era espantosa, y vuelve a serlo ahora mientras recuerdo la escena.

Finalmente extraje el libro de su estuche de manera temblorosa y

contemplé con fascinación los familiares jeroglíficos de la cubierta. Parecía encontrarse en perfectas condiciones, y los caracteres curvilíneos del título me mantuvieron casi tan hipnotizado como si fuese capaz de leerlos. De hecho, no puedo asegurar que no lo hiciera realmente al verme asaltado de un modo fugaz y terrible por ciertos recuerdos aberrantes. No sé cuánto tiempo pasó antes de que me atreviese a levantar aquella fina cubierta de metal. Traté de retrasar el momento, dándome excusas para ello. Me saqué la linterna de la boca y la apagué para ahorrar energía de la pila. Después, en medio de la oscuridad, reuní suficiente coraje como para levantar por fin la cubierta, sin encender la luz. Y, finalmente, iluminé por un momento la página expuesta, preparándome para reprimir hasta el más mínimo sonido encontrase lo que encontrase allí.

Miré durante un instante, y estuve a punto de desmayarme. No obstante, me mantuve en silencio, apretando los dientes. Me desplomé por completo en el suelo y me llevé una mano a la frente en medio de la negrura que me rodeaba. Lo que había temido y esperado se encontraba allí. O bien estaba soñando, o el tiempo y el espacio se habían convertido en una farsa. Seguramente era lo primero, pero pondría a prueba aquel horror llevándome el libro conmigo y enseñándoselo a mi hijo si es que era verdaderamente real. Todo me daba vueltas de un modo terrible, aun cuando no había ningún objeto visible en la ininterrumpida oscuridad que pudiera girar a mi alrededor. Ideas e imágenes absolutamente terroríficas -suscitadas por las perspectivas que mi ojeada al libro había abierto- comenzaron a agolparse sobre mí enturbiando mis sentidos.

Pensé en esas posibles huellas en el polvo y, mientras lo hacía, temblé al oír el sonido de mi propia respiración. Volví a encender brevemente la linterna y contemplé la página como la víctima de una serpiente podría mirar los ojos y colmillos de su destructor. Luego, con dedos torpes en la oscuridad, cerré el libro, lo metí en su estuche y devolví a su posición original la tapa y el curioso gancho de cierre. Esto era lo que debía llevar conmigo al mundo de la superficie si es que existía realmente; si es que aquellas profundidades, el propio mundo y yo existíamos realmente.

En qué momento exactamente me levanté de manera tambaleante y emprendí el regreso, no lo sé con certeza. Curiosamente me doy cuenta ahora, como indicador de mi sensación de alejamiento del mundo normal, de que no miré el reloj ni una sola vez durante aquellas horribles horas que estuve bajo tierra. Linterna en mano, y con el siniestro estuche bajo el brazo, finalmente me vi pasando de puntillas por delante de la sima de la corriente de aire y esos rastros velados de huellas, sumido en una especie de pánico silencioso. Reduje las precauciones al subir por las interminables rampas, pero no

logré quitarme de encima una cierta sensación de temor que no había experimentado durante el viaje de bajada.

Me horrorizaba tener que pasar de nuevo por aquella negra cripta de basalto que era más antigua que la propia ciudad, y en la que frías corrientes de aire ascendían desde profundidades que ya nadie vigilaba. Pensé en lo que la Gran Raza había temido, y en lo que podía estar acechando aún -por muy débil y agonizante que estuviese- allí abajo. Pensé en esas posibles huellas compuestas de cinco marcas circulares y en lo que mis sueños me habían revelado acerca de tales impresiones; así como en los extraños vientos y silbidos asociados a ellas. Y pensé también en las leyendas de los aborígenes de nuestros días, en las que el horror suscitado por unos fuertes vendavales y unas desconocidas ruinas subterráneas ocupaba un lugar predominante.

Supe gracias a un símbolo grabado en la pared cuál era el nivel subterráneo al que debía acceder, y llegué por fin -tras pasar junto al otro libro que había examinado- a la gran sala circular de los arcos que se abrían en todas direcciones. A mi derecha, reconocible de inmediato, estaba el arco por el que había venido. Me adentré entonces por él, siendo consciente de que el resto del camino sería más duro por culpa de los bloques de piedra desplomados en la zona exterior del edificio del archivo. Mi nueva carga con estuche de metal era pesada de llevar, y cada vez me resultaba más complicado avanzar en silencio a medida que tropezaba con toda clase de escombros y fragmentos diseminados.

Después llegué al montículo de cascotes alto hasta el techo a través del cual había abierto un angosto paso. La idea de arrastrarme de nuevo por él me producía un terror infinito, pues había hecho algo de ruido la primera vez, y en aquel momento -tras haber visto aquellas posibles huellas- lo que más temía era la falta de silencio. El estuche, asimismo, agravaba el problema de recorrer la estrecha grieta. No obstante, remonté la barrera lo mejor que pude y empujé el estuche por la abertura frente a mí. Luego, con la linterna en la boca, me adentré a gatas por ella, desgarrándome la espalda con las estalactitas como la vez anterior. Al intentar coger de nuevo el estuche, se alejó de mí una cierta distancia resbalando por la pendiente de escombros, creando un estrépito alarmante y levantando ecos que me causaron un sudor frío. Me lancé a por él de inmediato y llegué a donde estaba sin hacer más ruido; pero un instante después el deslizamiento de unos bloques bajo mis pies provocó un súbito estruendo como no se había sentido hasta entonces allí.

Ese estruendo fue mi perdición; ya que, equivocadamente o no, me pareció oír cómo algo respondía a él de un modo horrible desde algún punto lejano a mi espalda. Creí percibir un silbido estridente como no se conocía en la tierra, e imposible de describir adecuadamente. Quizá

fuese solo mi imaginación. En ese caso, lo que sucedió a continuación fue algo crudamente irónico, dado que, de no haber sido por el pánico que me provocó este incidente, el segundo podría no haber tenido lugar jamás.

Tal como ocurrieron las cosas, mi histeria fue total y absoluta. Cogiendo la linterna con la mano y asiendo el estuche con escasa firmeza, salté y me abalancé hacia delante como un loco sin otro pensamiento que no fuese un ansia desesperada por salir corriendo de aquellas ruinas de pesadilla al mundo real del desierto iluminado por la luna del que tan lejos me encontraba. Apenas me di cuenta cuando alcancé la montaña de escombros que se elevaba hacia la vasta oscuridad que había por encima del techo derrumbado, y me magullé y corté varias veces a lo largo de mi penoso ascenso por su abrupta ladera de bloques y fragmentos irregulares. Entonces se produjo el gran desastre. Justo cuando cruzaba a ciegas la cima de la montaña, sin pensar en el brusco desnivel que tenía ante mí, mis pies resbalaron por completo y me vi implicado en una arrolladora avalancha de sillares cuya barahúnda similar a la de una batería de cañones hendió el aire de la negra caverna en una ensordecedora serie de reverberaciones cataclísmicas.

No recuerdo haber salido de aquel caos, pero un fugaz retazo de conciencia me muestra precipitándome, tropezando y avanzando a gatas por el corredor en medio del tumulto, aún con el estuche y la linterna. A continuación, justo cuando estaba llegando a esa cripta primordial de basalto que tanto pavor había despertado en mí, me sobrevino la locura absoluta; pues al apagarse los ecos de la avalancha, se hizo audible una repetición de aquel espantoso silbido alienígena que creía haber oído antes. Esta vez no cabía ninguna duda al respecto; y lo que era aún peor, venía de un punto situado no detrás sino *delante de mí.*

Probablemente grité con todas mis fuerzas en ese momento. Tengo un vago recuerdo de mí mismo cruzando a toda velocidad la infernal bóveda basáltica de los Antiguos, y oyendo ese detestable silbido que brotaba de la solitaria puerta abierta de ilimitada oscuridad abisal. También había allí un viento; no una simple corriente de aire frío y húmedo, sino un violento y significativo vendaval que salía de manera salvaje y gélida de aquel abismo abominable del que provenía el espantoso silbo.

Recuerdo saltar y pasar a trompicones por encima de toda clase de obstáculos, con ese torrente de viento y estridente silbido creciendo por momentos y dando la impresión de girar y retorcerse con voluntad propia a mi alrededor a medida que surgía de forma perversa de las regiones que había detrás y debajo de mí; aunque justo a mi espalda ese viento tenía el extraño efecto de dificultar mi avance en vez de

favorecerlo, actuando como una especie de soga o lazo que me tuviera cogido. Sin preocuparme ya por el ruido que hiciera, salvé estrepitosamente una gran barrera de bloques y me encontré de nuevo en la construcción que conducía a la superficie. Recuerdo que eché un vistazo al interior de la sala de las máquinas, y que estuve a punto de gritar al ver la rampa que bajaba a donde una de esas trampillas blasfemas debía de hallarse abierta dos niveles más abajo. Pero en vez de gritar murmuré una y otra vez para mis adentros que todo aquello era un sueño del que habría de despertar pronto. Quizá me encontraba en el campamento, o en mi casa de Arkham. Mientras estas esperanzas apuntalaban mi cordura, comencé a subir la rampa que llevaba al nivel superior.

Era consciente, por supuesto, de que tenía que volver a cruzar la grieta de metro veinte de anchura, pero me encontraba demasiado atormentado por otros miedos como para darme cuenta de todo el horror que ello implicaba hasta que no estuve prácticamente en el lugar. En mi descenso, el salto de un lado a otro había sido sencillo, pero ¿podría salvar la distancia con tanta facilidad yendo cuesta arriba y teniendo que hacer frente al miedo, al agotamiento, al peso del estuche de metal y a ese viento demoníaco que tiraba anormalmente de mí hacia atrás? Pensé en todas estas cosas en el último momento, y también pensé en los seres indescriptibles que podían estar acechando en las negras profundidades del fondo del abismo.

La temblorosa luz de mi linterna era cada vez más tenue, pero un vago recuerdo me permitió saber que me estaba aproximando a la grieta. Las glaciales ráfagas de viento y los nauseabundos chillidos sibilantes a mi espalda eran por el momento como un piadoso narcótico, pues embotaban mi imaginación ante el horror de la sima que se abría más adelante. Y entonces me di cuenta de que también me llegaban ráfagas y silbidos *desde delante*: oleadas de abominación que surgían de la propia grieta desde profundidades inimaginadas e inimaginables.

En ese momento, ciertamente, se abatió sobre mí la más pura esencia de las pesadillas. Me abandonó la cordura y, haciendo caso omiso de todo excepto del impulso animal de huir, simplemente me lancé a ascender con gran esfuerzo la rampa llena de escombros como si no hubiera existido ninguna grieta. Luego vislumbré el borde del abismo, salté frenéticamente con cada gramo de fuerza que poseía y me vi inmediatamente engullido por un vórtice pandemoníaco de sonidos abominables y una negrura absoluta y físicamente tangible.

Aquí acaba mi experiencia, hasta donde puedo recordarla. Cualquier impresión posterior pertenece completamente al reino del delirio fantasmagórico. Los sueños, la locura y los recuerdos se

combinaron de forma descabellada en una serie de alucinaciones fantásticas e inconexas que no pueden guardar relación con nada real. Hubo una espantosa caída a través de incalculables leguas de oscuridad viscosa y sensitiva, y una babel de ruidos absolutamente diferentes a todo lo que conocemos de la tierra y su vida orgánica. Dentro de mí parecieron activarse unos rudimentarios sentidos latentes que me revelaron abismos y vacíos habitados por horrores flotantes que conducían a riscos y océanos sin sol y a bullentes ciudades de torres de basalto sin ventanas sobre las que no brillaba jamás luz alguna.

Por mi mente pasaron fugazmente secretos del planeta primigenio y de sus eones inmemoriales sin ayuda de imágenes ni sonidos, y me fueron reveladas cosas que ni siquiera los más disparatados sueños que había tenido en el pasado habían sugerido jamás. Y mientras esto ocurría, fríos dedos de vapor húmedo trataban de agarrarme y tocarme, y ese odioso silbido sobrenatural chillaba diabólicamente por encima de todas las alternancias de babel y silencio en los remolinos de oscuridad que me rodeaban.

A continuación, tuve visiones de la ciudad ciclópea de mis sueños; no en ruinas, sino tal como había aparecido en estos últimos. Me hallaba de nuevo en mi inhumano cuerpo cónico, y me relacionaba con grupos de individuos de la Gran Raza y de las mentes cautivas que se movían de acá para allá por los altos corredores y las enormes rampas cargados con libros. Después, superponiéndose a estas imágenes, experimenté momentáneamente unas terroríficas percepciones de conciencia no visual que incluyeron forcejeos desesperados, una liberación de unos constrictivos tentáculos de viento silbante, una desquiciada huida a ciegas a través de un aire parcialmente sólido, un manoteo frenético a través de la oscuridad azotada por el ciclón y una desenfrenada carrera a trompicones y a gatas sobre bloques de piedra caídos.

En un momento dado tuve una curiosa, fugaz y molesta impresión parcialmente visual: un débil y difuso atisbo de un resplandor azulado a gran altura sobre mi cabeza. Después vino un sueño en el que trepaba y me arrastraba perseguido por el viento; y en el que me escurría hacia un sardónico fulgor lunar por entre un amasijo de escombros que se deslizaban y caían a mi paso en medio de un espeluznante huracán. Y fue la maligna y monótona pulsación de la luz de esa luna enloquecedora la que finalmente me dijo que había regresado a lo que antes conocía como el objetivo mundo de la vigilia.

Me encontraba tendido boca abajo, tirando con las manos de mi propio cuerpo a través de las arenas del desierto australiano, y a mi alrededor giraba un estridente tumulto de viento como nunca había presenciado sobre la faz de la tierra. Tenía la ropa desgarrada, y todo

mi cuerpo era una masa de cardenales y arañazos. Recuperé plenamente la conciencia con mucha lentitud, y en ningún momento supe decir dónde terminaban mis auténticos recuerdos y comenzaban los delirios. Me había parecido encontrar un montículo de bloques titánicos, un mundo abisal debajo de él, una monstruosa revelación del pasado y por último un horror de pesadilla… ¿pero qué parte de todo ello era real? Mi linterna había desaparecido, al igual que cualquier estuche de metal que pudiera haber descubierto. ¿Había existido tal estuche, o cualquier clase de abismo o montículo? Levantando la cabeza, miré detrás de mí y lo único que acerté a ver fueron las yermas y ondulantes arenas del desierto.

El viento demoníaco amainó, y la abotargada luna fungoide se hundió arrebolándose por el horizonte de poniente. Yo me puse en pie de manera inestable y eché a andar con paso tambaleante hacia el sudoeste, en dirección al campamento. ¿Qué me había ocurrido en realidad? ¿Acaso simplemente me había desplomado en medio del desierto y había arrastrado mi cuerpo atormentado por las pesadillas a lo largo de kilómetros de arena y bloques enterrados? Si no había sido así, ¿cómo podía soportar seguir viviendo? Pues con esta nueva duda toda mi fe en la irrealidad de origen mítico de mis visiones se diluía una vez más en mis terribles dudas previas. Si ese mundo abisal era real, entonces la Gran Raza era real, y sus blasfemos viajes y posesiones en la omnímoda vorágine del tiempo no eran mitos ni pesadillas, sino una realidad terrible y desgarradora.

¿Me habían arrastrado, de manera absoluta y espantosamente real, a un mundo prehumano que había existido hacía 150 millones de años en aquellos misteriosos y desconcertantes días de la amnesia? ¿Se había servido de mi presente cuerpo una espantosa mente alienígena venida de remotos tiempos paleogeicos? ¿Había conocido realmente, como una mente cautiva de esos horrores reptantes, aquella abominable ciudad de piedra en su esplendor primordial, y recorrido sus familiares corredores con la repugnante forma de mi captor? ¿Eran esos torturantes sueños de hacía más de veinte años el producto de unos recuerdos crudos y monstruosos? ¿Verdaderamente había hablado en otro tiempo con mentes llegadas de confines inalcanzables del tiempo y el espacio, aprendido los secretos del pasado y del porvenir del universo, y escrito la historia de mi propio mundo para guardarla en los estuches de metal de aquel archivo colosal? ¿Y eran en verdad esos otros seres -esos horribles Antiguos de los vientos furiosos y los silbidos demoníacos- una persistente amenaza al acecho, que esperaba y se debilitaba poco a poco en abismos tenebrosos mientras diversas formas de vida extendían sus milenarios caminos evolutivos sobre la castigada superficie del planeta?

No lo sé. Si ese abismo y lo que albergaba eran reales, no hay

esperanza. En tal caso, sobre este mundo del hombre se cierne con terrible certeza una sombra burlona e inconcebible surgida en la noche de los tiempos. Pero, gracias a Dios, no hay pruebas de que estas cosas sean algo más que nuevos aspectos de mis sueños inducidos por los mitos. No conseguí traer el estuche de metal que habría demostrado lo contrario, y hasta el momento esas galerías subterráneas no han sido encontradas. Si hay bondad en las leyes del universo, eso nunca ocurrirá. Pero he de informar a mi hijo de lo que vi o de lo que creí ver, y dejar que aplique su criterio como psicólogo para juzgar la realidad de mi experiencia y para hacer partícipes a otros de este testimonio.

He dicho que la terrible verdad subyacente tras los años que me vi atormentado por mis sueños depende por completo de la realidad de lo que creí ver en aquellas ciclópeas ruinas subterráneas. He tenido auténticas dificultades para poner por escrito la revelación crucial, aunque todos los que han leído este testimonio han debido de adivinar cuál fue. Se hallaba, naturalmente, en el libro que había dentro de aquel estuche de metal: el estuche que saqué de su escondrijo olvidado y rodeado por el polvo imperturbado de un millón de siglos. Nadie había visto ni tocado ese libro desde la llegada del hombre a este planeta. Y, pese a ello, cuando lo iluminé por un instante con mi linterna en aquellas espantosas catacumbas megalíticas, vi que los caracteres trazados con extraños pigmentos sobre las quebradizas hojas de celulosa oscurecidas por el tiempo no eran en absoluto jeroglíficos desconocidos de las primeras edades de la tierra; sino que eran, por el contrario, las letras de nuestro familiar alfabeto, que formaban palabras escritas en inglés con mi propia caligrafía.

EL MORADOR DE LAS TINIEBLAS[372]

«Aquel hombre había entrado en el templo abandonado
buscando un bombazo periodístico».
Weird Tales 28/5 (diciembre de 1936)
Ilustración de Virgil Finlay

Esta es la última historia de Lovecraft, escrita poco antes de morir, y, en

muchos aspectos, sigue la fórmula ya establecida; la combinación de elementos de ciencia ficción y terror, una acción que transcurre en Nueva Inglaterra -más concretamente en su querida Providence-, y un narrador acaba literalmente paralizado por el terror a lo desconocido. Su estructura resulta muy similar a «La araña», un cuento que Lovecraft conocía perfectamente, escrito por su contemporáneo alemán, Hanns Heinz Ewers. En dicha estructura, el autor de Providence incluyó un inserto acerca de un antiguo culto muy parecido a la Orden Esotérica de Dagón, descrita en «La sombra sobre Innsmouth», y un objeto de carácter cósmico que aterroriza al narrador, el Trapezoedro Resplandeciente, un artilugio que, según se insinúa en el relato, pudiera tratarse de un vehículo interestelar. Esta historia es un ejemplo de la peculiar originalidad que Lovecraft aportó a la ficción sobrenatural; el hecho de que este sea el broche final a una carrera literaria que se vio truncada de forma tan prematura resulta aún más triste y frustrante.

* * *

[DEDICADO A ROBERT BLOCH][373]

He contemplado la profunda oscuridad del universo
donde negros planetas se arrastran sin propósito
recorriendo terribles órbitas de horrores olvidados,
ignotos, marchitos e ignorados[374]*.*

Los investigadores prudentes dudarán en cuestionar la creencia generalizada de que Robert Blake cayó fulminado por un rayo, o por una profunda conmoción nerviosa derivada de una descarga eléctrica. Es cierto que la ventana frente a la que se hallaba estaba intacta, pero la naturaleza ha dado abundantes muestras de su capacidad para actuar de manera insólita. Es perfectamente posible que la expresión en el rostro de Blake se debiese a causas musculares desconocidas y ajenas a cualquier cosa que viese, mientras que las anotaciones de su diario son claramente el resultado de una imaginación fabulosa excitada por ciertas supersticiones locales y por ciertos asuntos del pasado que había descubierto. En lo que se refiere a las extrañas circunstancias en la iglesia abandonada de Federal Hill, el analista perspicaz no tarda en atribuirlas a algún tipo de charlatanería, consciente o inconsciente, con al menos una parte de la cual Blake estaba secretamente relacionado.

Pues al fin y al cabo la víctima era un escritor y pintor entregado en cuerpo y alma al mundo de los mitos, los sueños, el terror y la superstición que buscaba con avidez escenas y fenómenos de

naturaleza singular y fantasmal. Su primera estancia en la ciudad -una visita a un extraño anciano cuyo interés por las ciencias ocultas y los conocimientos prohibidos era tan profundo como el suyo- había acabado entre llamas y muerte, y debió de ser algún instinto morboso el que lo impulsó a volver desde su hogar en Milwaukee[375]. Es posible que conociera las viejas historias pese a las afirmaciones de lo contrario halladas en su diario, y puede que su muerte haya truncado un enorme montaje destinado a tener un reflejo literario.

No obstante, entre aquellos que han examinado y correlacionado todas estas pruebas, hay quienes se aferran aún a teorías menos racionales y corrientes. Estos se inclinan a tomar al pie de la letra una gran parte del diario de Blake, y señalan de manera significativa ciertos hechos como la indudable autenticidad del viejo libro parroquial, la probada existencia de la aborrecida y heterodoxa secta de la Sabiduría Estelar antes del año 1877, la desaparición documentada de un inquisitivo reportero llamado Edwin M. Lillibridge en 1893 y -sobre todo- la expresión de inmenso horror que transfiguró el semblante del joven escritor en el momento de su muerte. Fue uno de los que creen esas teorías quien, llevado a extremos fanáticos, arrojó a las aguas de la bahía la piedra curiosamente angulada y su caja de metal con extraños adornos que se encontraron en el chapitel de la vieja iglesia -en el oscuro chapitel sin ventanas, y no en el campanario donde el diario de Blake afirmaba que habían estado ambas en un principio-. Pese a la censura generalizada de su acción por parte tanto de las autoridades como de otras personas, este hombre -un reputado médico al que le gustaban las leyendas populares de corte singular- aseguraba que había librado a la tierra de algo demasiado peligroso como para que estuviera sobre ella.

Entre estas dos corrientes de opinión, el lector ha de juzgar por sí mismo. La prensa ha publicado los datos tangibles desde una perspectiva escéptica, dejando que otros reconstruyan la situación tal como la veía -o creía o fingía verla- Robert Blake. Ahora, tras haber realizado un estudio atento, objetivo y tranquilo del diario, permítannos resumir la siniestra cadena de acontecimientos desde el punto de vista expresado por su protagonista.

El joven Blake regresó a Providence en el invierno de 1934-1935, y alquiló el piso superior de una venerable vivienda situada en una herbosa parcela de College Street, en la cima de la gran colina del este, cerca del campus de la Universidad de Brown y detrás de la mole marmórea de la Biblioteca John Hay[376]. Era un sitio acogedor y fascinante, en un pequeño oasis ajardinado de aspecto rústico y tradicional donde enormes y simpáticos gatos tomaban el sol en lo alto de algún que otro cobertizo convenientemente ubicado. La casa, de planta cuadrada y estilo georgiano, tenía una cubierta monitor, una

entrada clásica con un frontón tallado en forma de abanico, ventanas de pequeños cuarterones y todos los demás elementos característicos de la arquitectura de principios del siglo XIX. En el interior había puertas de seis paneles, suelos de anchos tablones, una escalera curva de inspiración colonial, chimeneas blancas de estilo Adam y un grupo de habitaciones en la parte de atrás de la casa situadas tres peldaños por debajo del nivel general de la planta baja.

El despacho de Blake, una amplia estancia en la esquina sudoeste de la vivienda, daba al jardín delantero por uno de sus lados, mientras que las ventanas de la pared oeste -frente a una de las cuales tenía su escritorio- estaban orientadas en la dirección opuesta a la cima de la colina y ofrecían una vista espléndida del mar de tejados de la parte baja de la ciudad y de las mágicas puestas de sol que llameaban más allá. En el lejano horizonte se divisaban las lomas purpúreas del campo abierto. Y recortándose sobre estas últimas, a unos tres kilómetros de distancia, se levantaba la corcova espectral de Federal Hill, densamente erizada de tejados y agujas cuyos remotos contornos temblaban de manera misteriosa, adoptando formas fantásticas a medida que el humo de la ciudad ascendía en espiral y los atrapaba. Blake tenía la curiosa sensación de estar contemplando un mundo etéreo y desconocido que podría o no esfumarse como un sueño si alguna vez trataba de buscarlo y de entrar físicamente en él.

Tras haber hecho traer desde Milwaukee la mayor parte de su biblioteca, Blake adquirió un mobiliario antiguo acorde a su nueva casa y comenzó a escribir y a pintar; viviendo solo, y ocupándose él mismo de las sencillas tareas domésticas. Había montado su estudio en una habitación de la parte norte del ático, donde las claraboyas de la cubierta monitor proporcionaban una excelente iluminación. Durante ese primer invierno compuso cinco de sus relatos más conocidos -«El que horada en las profundidades», «Las escaleras de la cripta», «Shaggai», «En el valle de Pnath» y «El devorador de las estrellas»- y pintó siete lienzos: estudios de monstruos indescriptibles e inhumanos, y paisajes extraterrestres profundamente chocantes.

Al atardecer solía sentarse en su escritorio a contemplar con ojos soñadores el panorama que se extendía al oeste: las oscuras torres del edificio Memorial Hall[377] justo debajo, el campanario de estilo georgiano del palacio de justicia[378], los altos pináculos de la zona centro y aquella colina en lontananza de luces titilantes y coronada de agujas cuyas desconocidas calles y hastiales laberínticos despertaban de forma tan poderosa su imaginación. Gracias al puñado de personas que conocía en la ciudad, descubrió que aquella pendiente lejana era un inmenso barrio italiano, aunque la mayoría de las casas eran vestigios de épocas anteriores de ocupación yanqui e irlandesa. De vez en cuando enfocaba con sus gemelos de campo aquel mundo espectral

e inalcanzable más allá del humo que se elevaba en volutas, distinguiendo tejados, chimeneas y agujas, y especulando acerca de los singulares y curiosos misterios que podían albergar. Incluso con la ayuda de instrumentos ópticos, Federal Hill parecía en cierto modo una tierra extraña, parcialmente fabulosa y vinculada a las maravillas irreales e intangibles de los propios relatos y cuadros de Blake. La sensación le duraba hasta mucho después de que la colina se hubiera desvanecido en el crepúsculo violeta y constelado de luces urbanas, y de que los focos del palacio de justicia y el faro rojo de la torre Industrial Trust[379] se hubieran encendido dando a la noche un aspecto grotesco.

De todos los distantes objetos en Federal Hill, el que más fascinaba a Blake era una cierta iglesia enorme y oscura. Destacaba con especial claridad a determinadas horas del día, y al caer la tarde su gran campanario con chapitel apuntado se perfilaba como una silueta amenazante sobre el cielo en llamas. Parecía descansar sobre un terreno especialmente elevado, pues la mugrienta fachada y la cara norte del edificio, oblicuamente visible con su cubierta inclinada y con los remates de sus grandes vidrieras ojivales, se alzaban de manera impúdica sobre el circundante caos de cumbreras y caperuzas de chimenea. Peculiarmente lúgubre y austera, parecía estar hecha de piedra, manchada y deslucida por más de un siglo de exposición al humo y las tormentas. Su arquitectura, hasta donde los gemelos podían revelar, se correspondía con esa temprana forma experimental del neogótico que precedió al majestuoso estilo Upjohn[380] y que mantuvo algunas de las líneas y proporciones de la época georgiana. Posiblemente fuese erigida hacia 1810 o 1815[381].

A medida que pasaron los meses, Blake fue observando la distante e imponente construcción con un interés extrañamente creciente. Dado que nunca veía luz en las enormes vidrieras, sabía que el edificio debía de encontrarse abandonado. Cuanto más lo contemplaba, más trabajaba su imaginación, hasta que un día comenzó a figurarse cosas curiosas. Creía que sobre el lugar flotaba un aura vaga y singular de desolación, de tal suerte que incluso las palomas y las golondrinas evitaban sus tiznados aleros. Sus gemelos le permitían ver grandes bandadas de pájaros en torno a otras torres y campanarios, pero allí nunca se posaban. Al menos, eso era lo que él pensaba y anotó en su diario. Habló del lugar a varios amigos, pero ninguno de ellos había estado siquiera en Federal Hill, ni tenía la más mínima idea de qué era o había sido la iglesia.

Al llegar la primavera se apoderó de Blake una honda inquietud. Había empezado una novela que tenía planeada desde hacía mucho tiempo -basada en una supuesta pervivencia del culto de las brujas en Maine-, pero se vio extrañamente incapaz de progresar con ella. Cada

vez se pasaba más tiempo sentado frente a la ventana oeste de su despacho mirando la lejana colina y el negro y adusto chapitel que las aves evitaban. Cuando las delicadas hojas brotaron en las ramas del jardín el mundo se llenó de una renovada belleza, pero la desazón de Blake no hizo sino acrecentarse. Fue entonces cuando se planteó por primera vez la idea de cruzar la ciudad y subir en persona aquella fabulosa ladera, adentrándose en su onírico mundo envuelto en humo.

A finales de abril, poco antes de la largamente misteriosa Noche de Walpurgis, Blake hizo su primera excursión hacia lo desconocido. Tras atravesar con paso lento las interminables calles del centro de la ciudad y las lóbregas y deterioradas plazas que hay más allá, llegó al fin a la avenida ascendente de escaleras desgastadas, porches dóricos de techos combados y linternas de cristales sucios sobre los tejados que él creía que debía de conducir al familiar mundo inalcanzable que había al otro lado de la neblina. Había sucias señales de color blanco y azul que no le sonaban de nada, y no tardó en fijarse en los extraños rostros atezados de la muchedumbre que deambulaba por allí y en los letreros foráneos que coronaban curiosas tiendas sitas en edificios de envejecidas paredes marrones. No logró encontrar por ninguna parte nada de lo que había visto desde la distancia, por lo que volvió a experimentar una cierta sensación de que la Federal Hill que divisaba desde su despacho era un mundo onírico que nunca sería hollado por pies humanos.

De vez en cuando aparecía la maltrecha fachada o la aguja en desmoronamiento de alguna iglesia, pero nunca la mole ennegrecida que buscaba. Al preguntarle a un tendero por una gran iglesia de piedra, el hombre sonrió y negó con la cabeza, pese a que hablaba inglés con soltura. Conforme Blake iba remontando el desnivel de la colina, la región parecía volverse más y más extraña, con enmarañados laberintos de siniestros callejones marrones que llevaban siempre al sur. Cruzó dos o tres avenidas amplias, y en una ocasión creyó vislumbrar una torre de aspecto familiar. Preguntó nuevamente a otro comerciante por la colosal iglesia de piedra, y esta vez habría podido jurar que la alegación de ignorancia fue fingida. El moreno rostro de aquel hombre presentaba una expresión temerosa que trató de disimular, y Blake le vio hacer un curioso signo con la mano derecha.

Entonces, de pronto, un chapitel negro se recortó sobre el nublado cielo a su izquierda, por encima de las escalonadas hileras de tejados marrones que bordeaban las intrincadas callejas que venían del sur. Blake supo lo que era en el acto, y se dirigió hacia él sin pensárselo a través de las sórdidas costanas sin pavimentar que subían desde la avenida. Se perdió un par de veces, pero, por algún motivo, no se atrevió a pedir indicaciones a ninguno de los patriarcas o amas de

casa que estaban sentados a la puerta de sus casas, ni a ninguno de los niños que gritaban y jugaban en el barro de las sombrías callejuelas.

Finalmente divisó con claridad el campanario sobre el cielo del sudoeste, y una gigantesca mole de piedra surgió de manera siniestra al fondo de una calle estrecha. Poco después se hallaba en una plaza barrida por el viento, cubierta de pintorescos adoquines, con un alto muro de contención en su lado contrario[382]. La búsqueda de Blake terminaba allí, dado que sobre la amplia meseta llena de maleza y circundada por una verja de hierro que el muro sujetaba -una ínsula separada y elevada por lo menos a un metro ochenta de altura por encima de las calles de alrededor- se erguía una mole sombría y titánica cuya identidad, pese a la nueva perspectiva de Blake, era indiscutible.

La iglesia abandonada se encontraba en un estado ruinoso. Algunos de sus altos contrafuertes de piedra se habían venido abajo, y varios pináculos de delicada factura yacían medio escondidos entre las hierbas y hierbajos pardos que ya nadie se encargaba de cortar. La mayoría de las hollinientas vidrieras góticas no presentaba ninguna rotura, aunque faltaban muchos de los parteluces de piedra. Blake se preguntó cómo podía ser que las hojas de cristal, decoradas con imágenes apenas distinguibles, se hubieran conservado tan bien, habida cuenta de los conocidos hábitos de los muchachos en todas partes del mundo. Las colosales puertas del templo estaban intactas y firmemente cerradas. Bordeando la parte superior del muro de contención, y rodeando por completo el terreno de la iglesia, había una oxidada verja de hierro cuya puerta de acceso -en la cabecera de un tramo de escaleras que arrancaba de la plaza- estaba visiblemente cerrada por un candado. El camino de la puerta al edificio estaba cubierto por entero de maleza. Un ambiente de desolación y decadencia flotaba sobre el lugar como un manto, y en los aleros sin nidos y las negras paredes desnudas de hiedra Blake percibió algo vagamente siniestro que le fue imposible definir.

Había muy poca gente en la plaza, pero Blake vio a un policía en su extremo norte y se acercó a él para hacerle unas preguntas sobre la iglesia. Era un irlandés lozano y corpulento, y le resultó raro que prácticamente se limitara a santiguarse y a murmurar que los vecinos nunca hablaban de ese edificio. Cuando Blake le insistió, dijo de manera apresurada que los curas italianos advertían a todo el mundo que no se acercasen al lugar, jurando que un mal monstruoso había habitado antaño allí y dejado su impronta. Él mismo había oído historias siniestras de boca de su padre, quien recordaba ciertos sonidos y rumores de su niñez.

Una secta maligna se había reunido en la iglesia en los viejos tiempos: una secta ilegal que llamaba a cosas terribles que moraban

en algún desconocido abismo de la noche. Había hecho falta un buen sacerdote para exorcizar lo que había venido de allí, aunque algunas personas decían que la luz era lo único capaz de hacerlo. Si el padre O'Malley estuviese vivo le podría contar gran cantidad de cosas; pero ahora ya no había nada que hacer, excepto dejar el sitio en paz. Ya no causaba daño alguno, y sus propietarios estaban muertos o muy lejos de allí. Habían huido como ratas tras las amenazas recibidas en el 77, cuando la gente empezó a preocuparse por cómo desaparecían de vez en cuando algunas personas en el barrio. Un día el ayuntamiento tomaría cartas en el asunto y se quedaría la propiedad por falta de herederos, pero apenas nada bueno saldría de que alguien tocara el edificio. Lo mejor era dejarlo en paz para que los años lo echasen abajo, no fuese a ser que despertaran ciertas cosas que debían permanecer para siempre en su negro abismo.

Cuando el policía se fue Blake se quedó mirando fijamente la hosca mole con su campanario. Le emocionó descubrir que otros encontraban la construcción tan siniestra como él, y se preguntó qué poso de verdad habría en las antiguas historias que el agente le había contado. Probablemente eran meras leyendas inspiradas por el amenazante aspecto del lugar, pero aun así le parecía como si una de sus propias historias hubiera cobrado vida de manera extraña.

El sol de la tarde salió de detrás de unas nubes que se estaban dispersando, mas no pareció capaz de iluminar las manchadas y tiznadas paredes del viejo templo que se erguía de forma imponente sobre su alta meseta. Resultaba raro que el verdor de la primavera no hubiera tocado las pardas hierbas marchitas que cubrían el terreno elevado y cercado de la iglesia. Blake se vio acercándose con cautela a la zona y examinando el muro de contención y la oxidada verja en busca de posibles vías de acceso. La iglesia[383] ennegrecida le producía una terrible atracción que no admitía resistencia alguna. La verja no tenía ninguna abertura cerca de las escaleras, pero en su lado norte faltaban unas cuantas barras. Podía subir por las escaleras y rodear la verja por fuera caminando por la estrecha albardilla que remataba el muro hasta llegar al agujero. Si la gente sentía un miedo tan vivo hacia el lugar, nadie le saldría al paso.

Antes de que nadie se percatase, Blake ya se encontraba en lo alto del muro de contención y casi al otro lado de la verja. Entonces, al mirar abajo, vio que las pocas personas que había en la plaza se estaban alejando poco a poco de él mientras hacían el mismo signo con la mano derecha que había hecho el comerciante de la avenida. Varias ventanas se cerraron de golpe, y una señora rolliza salió corriendo de una destartalada casa sin pintar y metió dentro a unos niños pequeños que estaban en la calle. Pasar por la abertura de la verja no entrañaba apenas dificultad, y Blake se vio pronto caminando

entre la alta, pútrida y enmarañada maleza del desierto terreno de la iglesia. Algunas lápidas partidas y desgastadas aquí y allá le revelaron que en otro tiempo se habían practicado entierros en aquel lugar; pero eso -observó- debía de haber sido hacía mucho tiempo. La escarpada mole de la iglesia le producía una sensación opresiva ahora que se encontraba cerca de ella, mas venció su malestar y se aproximó a las tres grandes puertas de la fachada para tratar de abrirlas. Todas estaban bien cerradas, por lo que comenzó a rodear el ciclópeo edificio en busca de alguna entrada secundaria más accesible. Ni siquiera estaba aún seguro de querer entrar en aquel nido de sombras y desolación, pero la atracción de su carácter extraño lo impulsó a seguir adelante de forma automática.

Una amplia ventana al sótano en la parte de atrás, abierta y desprotegida, proporcionó el acceso necesario. Al mirar por ella, Blake vio un abismo subterráneo de polvo y telarañas débilmente iluminado por los rayos del sol de la tarde que se filtraban al interior. Su mirada se topó con escombros, barriles viejos y cajas y muebles inservibles de muchos tipos, pese a que un manto de polvo desdibujaba por doquier los contornos de todo lo que allí había. Los restos oxidados de una caldera de aire caliente revelaban que el edificio se había utilizado y mantenido en buenas condiciones hasta mediados de la época victoriana.

Actuando por una iniciativa casi inconsciente, Blake se arrastró a través de la ventana y se dejó caer sobre el suelo de hormigón alfombrado de polvo y sembrado de escombros del interior. El abovedado sótano era enorme y diáfano; y al fondo a la derecha, entre las densas sombras de un rincón, vio un arco tenebroso que conducía claramente al piso de arriba. Estar dentro de aquel gran edificio fantasmal le provocaba una sensación particularmente agobiante, pero mantuvo la serenidad mientras inspeccionaba con cuidado la sala, encontrando un barril todavía intacto entre el polvo que hizo rodar hasta la ventana abierta para facilitar su salida. Después, armándose de coraje, cruzó la amplia sala festoneada de telas de araña en dirección al arco. Medio asfixiado por el omnipresente polvo, y cubierto de vaporosos hilos de araña, alcanzó y comenzó a remontar los gastados escalones de piedra que ascendían adentrándose en la oscuridad. No contaba con ninguna luz, pero iba tanteando cuidadosamente el camino con las manos. Tras un giro brusco de las escaleras notó que había una puerta cerrada frente a él, y palpándola un poco encontró su viejo picaporte. Se abrió hacia dentro, y al otro lado de ella vio un pasillo tenuemente iluminado y revestido por paneles de madera carcomida.

Una vez en la planta baja, Blake empezó a explorar con rapidez. Ninguna de las puertas interiores estaba cerrada, por lo que fue

pasando libremente de una estancia a otra. La colosal nave de la iglesia era un lugar casi como de otro mundo, con sus cúmulos y montañas de polvo sobre los bancos cerrados, el altar, el púlpito con forma de copa y el tornavoz, y con sus enormes guirnaldas de telaraña que se extendían entre los arcos apuntados de la galería y se enroscaban alrededor de las columnas nervadas de estilo gótico. Sobre toda esta silenciosa desolación se posaba una horrible luz plomiza a medida que el declinante sol vespertino enviaba sus rayos a través de los extraños cristales medio ennegrecidos de las grandes vidrieras del ábside.

Las imágenes de aquellas vidrieras estaban tan oscurecidas por el hollín que Blake apenas fue capaz de descifrar lo que habían representado, mas por lo poco que consiguió distinguir no le agradaron. Los diseños eran en su mayoría convencionales, y los conocimientos que Blake poseía sobre simbolismos oscuros le fueron muy clarificadores en relación con algunos de los antiguos motivos pictóricos. Los pocos santos figurados mostraban expresiones claramente criticables, mientras que en una de las vidrieras parecía representarse simplemente un espacio oscuro en cuyo interior había diseminadas espirales de curiosa luminosidad. Al alejarse de las vidrieras, Blake reparó en que la cruz cubierta de telarañas que dominaba el altar no era del tipo normal, sino que recordaba al primitivo anj o *crux ansata* del misterioso Egipto[384].

En una sacristía trasera junto al ábside Blake encontró un escritorio carcomido y unas estanterías altas hasta el techo que contenían libros mohosos y medio deshechos. Fue allí donde tuvo por primera vez una clara impresión de horror objetivo, pues los títulos de aquellos libros le resultaron muy familiares. Eran los siniestros volúmenes prohibidos de los que la mayoría de la gente juiciosa nunca ha oído hablar, o lo ha hecho únicamente en discretos rumores cargados de aprensión; los vedados y temidos repositorios de secretos ambiguos y fórmulas inmemoriales que han venido transmitiéndose a lo largo de los siglos desde las primeras edades del hombre, y desde los inciertos tiempos de leyenda anteriores a este. Él mismo había leído muchos de ellos: una versión en latín del aborrecido *Necronomicón*, el siniestro *Liber Ivonis*, el infame *Cultes des Goules* del Comte d'Erlette, el *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt y el viejo y diabólico *De Vermis Mysteriis* de Ludvig Prinn. Pero había otros que conocía simplemente por su reputación, o que no le sonaban de nada: los Manuscritos Pnakóticos, el *Libro de Dzyan*[385] y un deteriorado volumen escrito en caracteres absolutamente inidentificables, pero con ciertos símbolos y diagramas que un estudioso de lo oculto podría reconocer entre escalofríos. Estaba claro que los persistentes rumores locales no mentían. Aquel templo había albergado en otro tiempo un

mal más antiguo que la humanidad y más vasto que el universo conocido.

En el estropeado escritorio había un pequeño libro parroquial encuadernado en cuero y lleno de anotaciones que empleaban un extraño sistema criptográfico. La escritura manuscrita estaba compuesta por los símbolos tradicionales utilizados hoy de manera habitual en la astronomía y antaño en la alquimia, la astrología y otras artes cuestionables; los símbolos del Sol, la Luna, los planetas, los aspectos y los signos zodiacales, concentrados allí en páginas absolutamente repletas de texto, con divisiones y párrafos que hacían pensar que cada símbolo correspondía a una letra del abecedario.

Con la esperanza de resolver más tarde el criptograma, Blake se llevó aquel librito en el bolsillo de su chaqueta. Muchos de los grandes volúmenes de las estanterías despertaban en él una fascinación indecible, y sintió la tentación de cogerlos prestados en algún otro momento. Se preguntó cómo podían haberse mantenido allí tanto tiempo, sin que nadie los tocara. ¿Había sido él el primero en vencer el miedo tenaz y generalizado que había protegido de intrusos aquel templo abandonado durante casi sesenta años?

Habiendo explorado ya a conciencia la planta baja, Blake se abrió camino de nuevo a través del polvo de la fantasmagórica nave hasta el vestíbulo delantero, donde había visto una puerta y una escalera que conducían presumiblemente a la tiznada torre del campanario y su chapitel, los cuales hasta el momento solo conocía a distancia. La subida fue una experiencia asfixiante, pues la capa de polvo era muy espesa allí, y las arañas se habían empleado perversamente a fondo en aquel angosto lugar. La escalera era de caracol, con peldaños de madera altos y de escasa anchura, y cada cierto tiempo Blake pasaba junto a una sucia ventana que miraba de manera vertiginosa a la ciudad. Aunque no había visto ninguna cuerda abajo, esperaba encontrar una campana o un grupo de ellas en el campanario cuyas estrechas ventanas ojivales de lamas había estudiado tantas veces con sus gemelos de campo. Pero, a este respecto, Blake estaba condenado a llevarse una decepción; pues al llegar a lo alto de las escaleras descubrió que en el campanario no había ningún carillón, sino que se había destinado visiblemente a fines muy distintos.

La cámara, de unos cuatro metros y medio de largo y ancho, estaba tenuemente iluminada por cuatro ventanas ojivales -una en cada lado- acristaladas por la parte interna de sus celosías de podridas lamas de madera. A estas se les habían incorporado además pantallas opacas que tapaban por completo cada vano, pero que se habían descompuesto ya en gran medida. En el centro de la polvorienta estancia se alzaba una columna de piedra curiosamente angulada de en torno a un metro veinte de alto y unos sesenta centímetros de

diámetro de media, cubierta de extraños jeroglíficos toscamente grabados y absolutamente irreconocibles en cada una de sus caras. Sobre dicha columna descansaba una caja metálica peculiarmente asimétrica, con una tapa abisagrada abierta, que contenía lo que bajo el polvo acumulado durante décadas parecía ser un objeto ovoide o irregularmente esférico de unos diez centímetros de diámetro. Colocadas más o menos en círculo alrededor de la columna había siete sillas de respaldo alto y diseño gótico mayormente intactas aún, mientras que detrás de ellas, alineadas a lo largo de las paredes de oscuros paneles de madera, había siete colosales imágenes de escayola pintadas de negro y a medio desmoronar que recordaban más que nada los enigmáticos megalitos tallados de la misteriosa isla de Pascua[386]. En una esquina de la cámara llena de telarañas, una escalera de mano anclada a la pared subía hasta la cerrada trampilla que daba acceso al chapitel sin ventanas de arriba.

Cuando la vista de Blake se acostumbró a la tenue iluminación, advirtió unos raros bajorrelieves en la extraña caja abierta de metal amarillento. Tras acercarse a ella, intentó limpiarle el polvo con las manos y su pañuelo, y vio que las figuras de la caja eran de un tipo monstruoso y absolutamente desconocido, pues representaban seres que, pese a estar aparentemente vivos, no se parecían a ninguna de las formas de vida conocidas a lo largo de la historia de la evolución terrestre. La supuesta esfera de diez centímetros resultó ser un poliedro prácticamente negro, con estrías rojas y muchas caras planas de forma irregular: algún tipo de cristal sumamente singular, o bien un objeto artificial hecho tallando y puliendo una sustancia mineral. No tocaba el fondo de la caja, sino que estaba suspendida por medio de un anillo de metal en torno a su centro, con siete soportes de llamativo diseño que se extendían horizontalmente hasta ángulos cercanos al borde superior de la pared interna de la caja. Aquella piedra, una vez expuesta, empezó a ejercer sobre Blake una fascinación casi alarmante. El joven apenas podía quitar los ojos de ella, y mientras observaba sus relucientes superficies casi le pareció que era transparente, y que encerraba en su interior nebulosos mundos de maravillas. Le vinieron a la mente imágenes de planetas extraterrestres con grandes torres de piedra, y de otros con montañas titánicas y sin rastros de vida, y de espacios aún más remotos donde solo la agitación de una vaga negrura revelaba la presencia de una voluntad consciente.

Cuando al fin consiguió dejar de mirar la piedra, fue para advertir un montón de polvo un tanto singular que se levantaba en el rincón de la escalera al chapitel. No sabía por qué le había llamado la atención, pero algo en su contorno le hablaba directamente al subconsciente. Mientras se abría camino en su dirección, apartando las telarañas

colgantes a su paso, comenzó a percibir algo macabro en él. Sus manos y su pañuelo no tardaron en revelar la verdad, y Blake se quedó boquiabierto, asaltado por una desconcertante mezcla de emociones. Era un esqueleto humano, y debía de llevar allí muchísimo tiempo. Tenía la ropa hecha jirones, pero algunos botones y trozos de tela indicaban que se trataba de un traje gris de caballero. Había otras pruebas: unos zapatos, unas hebillas metálicas, unos botones enormes para puños redondeados, un alfiler de corbata de estilo antiguo, una insignia de reportero con el nombre del desaparecido *Providence Telegram*[387] y una estropeada cartera de cuero. Blake examinó esta última con cuidado, encontrando dentro de ella varios billetes anticuados, un pequeño calendario promocional de celuloide del año 1893, unas cuantas tarjetas con el nombre de «Edwin M. Lillibridge» y un papel lleno de anotaciones a lápiz.

El papel era de una naturaleza sumamente desconcertante, y Blake lo leyó con detenimiento junto a la sombría ventana de la pared oeste. Entre sus notas inconexas había frases como las siguientes:

> El Prof. Enoch Bowen regresa de Egipto en mayo de 1844; compra la vieja Iglesia del Libre Albedrío en julio; sus estudios y trabajos arqueológicos en el campo del ocultismo son bien conocidos[388].
>
> El Dr. Browne de la 4.ª baptista previene contra la congregación de la Sabiduría Estelar en su sermón del 29 de dic. de 1844.
>
> 97 fieles a finales del 45.
>
> 1846: 3 desapariciones; primera mención del Trapezoedro Resplandeciente.
>
> 7 desapariciones en 1848; surgen rumores de sacrificios humanos.
>
> La investigación de 1853 queda en nada; se oyen ruidos extraños, según comenta la gente.
>
> El P. O'Malley habla de ritos satánicos con una caja hallada en unas inmensas ruinas egipcias; dice que llaman a algo que no puede existir en presencia de la luz. Una pequeña lo hace huir, y una fuerte lo expulsa. Después tiene que ser convocado otra vez. Probablemente supo esto por la confesión en el lecho de muerte de Francis X. Feeney, quien se había unido a la congregación de la Sabiduría Estelar en el 49. Sus miembros afirman que el Trapezoedro Resplandeciente les muestra el cielo y otros mundos, y que el Morador de las Tinieblas les revela secretos de algún modo.
>
> Testimonio de Orrin B. Eddy, 1857. Lo convocan mirando dentro del cristal y tienen un lenguaje secreto propio.

1863: 200 fieles o más en la congregación, sin incluir a sus líderes.

Una turba de muchachos irlandeses ataca la iglesia en 1869 tras la desaparición de Patrick Regan.

Acusaciones veladas en un artículo, 14 de marzo del 72; pero la gente no habla del asunto.

6 desapariciones en 1876; un comité secreto exige al alcalde Doyle que haga algo[389].

Feb. de 1877: el alcalde promete tomar medidas; la iglesia se clausura en abril.

Una banda, los Chicos de Federal Hill, amenazan al Dr. y a miembros del consejo parroquial en mayo.

181 personas dejan la ciudad antes del fin del 77; no se mencionan nombres.

Las historias sobre fantasmas comienzan en torno a 1880; tratar de verificar los testimonios de que nadie ha entrado en la iglesia desde 1877.

Pedir a Lanigan la fotografía del lugar tomada en 1851…

Tras devolver el papel a la cartera y guardarse esta en la chaqueta, Blake se giró para mirar el esqueleto tendido en el polvo. Las implicaciones de las notas eran claras, y no cabía ninguna duda de que aquel hombre había entrado en el templo abandonado hacía cuarenta y dos años buscando un bombazo periodístico que ningún otro había tenido el valor de intentar conseguir. Tal vez nadie conocía sus planes… ¿quién sabe? Pero nunca volvió a su redacción. ¿Quizá un miedo valientemente reprimido había acabado apoderándose de él provocándole un repentino fallo cardíaco? Blake se inclinó sobre los relucientes huesos y se fijó en su peculiar estado. Algunos de ellos estaban muy desparramados, y unos pocos parecían curiosamente *disueltos* por sus extremos. Otros presentaban un extraño tono amarillento, con leves signos de carbonización que también aparecían en algunos de los restos de ropa. El estado del cráneo era muy singular, con manchas amarillas y un agujero de bordes calcinados en su parte superior, como si un potente ácido hubiera atravesado el hueso macizo. Qué le había ocurrido al esqueleto durante las cuatro décadas de silencioso encierro que había pasado allí era algo que Blake no alcanzaba a imaginar.

Antes de darse cuenta, el joven estaba observando otra vez la piedra, y dejando que su curiosa influencia evocara en su mente una serie de imágenes confusas. Vio procesiones de figuras encapuchadas y ataviadas con túnicas cuyas formas no eran humanas, y contempló infinitas leguas de desierto con hileras de monolitos tallados que se elevaban hasta el cielo. Vio torres y muros en tenebrosas

profundidades submarinas, y vórtices espaciales donde flotaban volutas de niebla oscura frente al tenue resplandor de unas frías nubes purpúreas. Y más allá de todo lo demás vislumbró un abismo de oscuridad infinita, donde solo unos movimientos fluidos permitían distinguir algunas formas sólidas y semisólidas, y unos turbios patrones de fuerzas parecían superponer un orden sobre el caos y dar explicación a todas las paradojas y arcanos de los mundos que conocemos.

Entonces el hechizo se rompió bruscamente por un punzante ataque de pánico de origen indeterminado. Blake se atragantó y apartó de la piedra, siendo consciente de una presencia extraña e informe cerca de él que lo observaba con espantosa atención. Tuvo la sensación de haber establecido un vínculo con algo; algo que no estaba en la piedra, pero que lo había observado a través de ella; algo que seguiría sin cesar todos sus movimientos con una cognición que no era el sentido físico de la vista. Estaba claro que aquel lugar estaba poniéndolo de los nervios, lo cual no era de extrañar en vista de su truculento hallazgo. Además, el sol se estaba yendo, y dado que no llevaba consigo ninguna fuente de luz, sabía que tendría que marcharse pronto de allí.

Entonces, en medio de la creciente penumbra, le pareció detectar un tenue resplandor en aquella piedra de ángulos irracionales. Había intentado apartar sus ojos de ella, pero una extraña compulsión le hacía volver a mirarla. ¿Acaso emitía una leve fosforescencia de origen radiactivo? ¿Qué era lo que ponía en las notas del muerto sobre un *Trapezoedro Resplandeciente*? ¿Qué era, en cualquier caso, aquella abandonada guarida de maldad cósmica? ¿Qué cosas se habían hecho allí, y qué podía acechar todavía en sus sombras evitadas por los pájaros? Parecía en aquel momento como si hubiera surgido un leve hedor indefinible de algún punto cercano, aunque su fuente no estaba clara. Blake agarró la tapa de la caja largo tiempo abierta y la cerró de golpe, haciéndola girar sin dificultad sobre sus extrañas bisagras y cubriendo totalmente la piedra, que brillaba de manera inequívoca.

Nada más cerrarse la caja con un seco chasquido pareció oírse débilmente que algo se movía arriba en la oscuridad eterna del chapitel, al otro lado de la trampilla. Ratas, sin duda: los únicos seres vivientes que habían revelado su presencia en aquella mole maldita desde que Blake había entrado en ella. Y, con todo, aquel ruido en el chapitel lo aterrorizó de un modo espantoso, haciendo que se lanzara casi como un loco escaleras abajo, a través de la fantasmal nave de la iglesia, al interior del sótano abovedado, al exterior en medio del incipiente crepúsculo de la plaza desierta y por las atestadas y atemorizadas callejuelas y avenidas descendentes de Federal Hill en dirección a las saludables calles principales y las acogedoras aceras de

ladrillo del barrio de la universidad.

Durante los días siguientes, Blake no le habló a nadie de su excursión. En vez de ello, leyó abundantemente en ciertos libros, buceó a través de largos años de archivos periodísticos en el centro de la ciudad y trabajó de manera frenética en el criptograma de aquel librito con cubiertas de cuero de la polvorienta sacristía. La clave para descifrarlo, según pronto advirtió, no era para nada sencilla; y tras largos esfuerzos obtuvo el convencimiento de que no podía estar escrito en inglés, latín, griego, francés, español, italiano ni alemán. Estaba claro que tendría que recurrir a los conocimientos más profundos de su extraña erudición.

Todas las tardes lo volvía a asaltar el viejo impulso de mirar hacia el oeste, y divisaba como antaño el negro chapitel entre los tejados erizados de un mundo distante y parcialmente fabuloso. Pero ahora aquel chapitel tenía para él un cierto carácter terrorífico que antes no había tenido. Conocía el siniestro legado que ocultaba, y con dicho conocimiento su visión enloqueció de nuevas y extrañas formas. Las aves de la primavera estaban regresando, y mientras observaba sus vuelos en el ocaso, Blake tenía la impresión de que evitaban el solitario y sombrío chapitel de un modo nunca visto hasta entonces. Cuando una bandada de ellas se acercaba al remate de la torre, le parecía verlas mudar de dirección y dispersarse presas del pánico; y podía imaginarse el frenético griterío que los kilómetros que lo separaban del lugar le impedían oír.

El diario de Blake revelaba que su victoria sobre el criptograma había tenido lugar en junio. El texto -descubrió- estaba en la oscura lengua aklo que utilizaban algunas sectas de siniestra antigüedad y que él conocía de forma fragmentaria gracias a anteriores estudios. El diario es extrañamente reservado en cuanto a lo que Blake logró descifrar, pero el sobrecogimiento y desconcierto del joven por sus resultados era patente. Hay referencias a un Morador de las Tinieblas que despertaba al mirar dentro del Trapezoedro Resplandeciente, y conjeturas demenciales sobre los negros abismos del caos desde los que acudía cuando se lo llamaba. Se habla de este ser como de un ente omnisciente y que exige sacrificios monstruosos. Algunas de las anotaciones de Blake revelan su miedo de que aquella cosa, que él parecía creer que había sido convocada, saliera del edificio para cazar; aunque añade que el alumbrado de la ciudad constituye una barrera infranqueable para ella.

Blake hace numerosas observaciones sobre el Trapezoedro Resplandeciente, diciendo de él que es una ventana a todo el tiempo y el espacio, y reconstruyendo su historia desde los tiempos de su creación en el oscuro Yuggoth, antes de que los Primigenios lo trajeran a la Tierra. Fue guardado como un tesoro y colocado en su

curiosa caja por los seres crinoideos de la Antártida[390], rescatado de las ruinas de una de sus ciudades por los hombres serpiente de Valusia y contemplado eones después con ojos escrutadores en Lemuria por los primeros seres humanos. Viajó por tierras extrañas y por mares más extraños aún, y se hundió con Atlantis antes de que un pescador minoico lo hallara en su red y lo vendiera a unos atezados mercaderes de la oscura tierra de Khem. El faraón Nefrén-Ka[391] construyó un templo alrededor de él con una cripta sin ventanas, e hizo aquello que provocó que su nombre fuese eliminado de todos los monumentos y crónicas. Después la piedra durmió entre las ruinas de aquel templo maligno destruido por los sacerdotes y el nuevo faraón, hasta que la pala del buscador la trajo una vez más a la superficie para maldecir a la humanidad.

A comienzos de julio los periódicos completan de un modo extraño las anotaciones de Blake, si bien de un modo tan breve y ocasional que solo el diario ha hecho notar públicamente su contribución. Al parecer, un nuevo y creciente miedo se había instalado en Federal Hill tras la entrada de un extraño en la temida iglesia. Los italianos hablaban en susurros de que algo se movía en el interior de su oscuro chapitel sin ventanas, golpeando y rascando sus paredes, y pidieron a sus curas que expulsaran a un ser que se les aparecía en sueños. Algo -decían- estaba observando constantemente una puerta para ver si estaba lo suficientemente oscuro como para aventurarse a salir. Los artículos en la prensa hicieron mención de las antiguas supersticiones locales, pero no aclararon mucho sobre los antecedentes de aquel horror. Era evidente que los jóvenes reporteros de hoy no sentían mucho interés por la historia. Al escribir de todas estas cosas en su diario, Blake expresa unos curiosos remordimientos, y habla de su deber de enterrar el Trapezoedro Resplandeciente y de expulsar aquello que había evocado haciendo que la luz del día penetrara en el espantoso y prominente chapitel. Sin embargo, manifiesta al mismo tiempo el peligroso alcance de su fascinación, y reconoce su malsano deseo -que dominaba incluso sus sueños- de visitar la torre maldita y escudriñar de nuevo los secretos cósmicos de la brillante piedra.

Luego una noticia aparecida en el *Journal* la mañana del 17 de julio sumió al diarista en un auténtico frenesí de horror. Era tan solo una variante de los anteriores artículos parcialmente sarcásticos acerca del clima de inquietud en Federal Hill, pero a Blake le pareció sumamente terrible de algún modo. Esa noche una tormenta había provocado un apagón en el alumbrado de la ciudad durante una hora entera, y en ese oscuro entretanto los italianos se habían vuelto prácticamente locos de terror. Los que vivían en las inmediaciones de la temida iglesia habían jurado que la cosa que se ocultaba en el chapitel había aprovechado la falta de luz en las calles y bajado a la

nave de la iglesia, agitándose y dando tumbos de un lado a otro de un modo viscoso y completamente horrible. Hacia el final había vuelto a subir de forma ruidosa al campanario, de donde habían llegado ecos de cristales haciéndose añicos. El ser podía ir adonde fuera que alcanzase la oscuridad, pero la luz siempre lo hacía huir.

Al volver la corriente se había oído una espeluznante conmoción en la torre, pues incluso la escasa luz que se filtraba a través de las ventanas de lamas tiznadas de hollín era demasiada para aquel ser. Este había regresado sacudiéndose y deslizándose al interior de su tenebroso chapitel justo a tiempo, pues una exposición prolongada a la luz lo habría enviado de vuelta al abismo desde el que el extraño lo había hecho venir. Durante la hora de oscuridad una multitud orante se había reunido alrededor de la iglesia con velas y faroles encendidos y protegidos de la lluvia con pliegos y paraguas: una protección de luz para salvar la ciudad de la pesadilla que caza entre tinieblas. Los que se encontraban más cerca de la iglesia habían declarado que, en un momento concreto, la puerta principal se había sacudido de un modo terrible.

Pero, con todo, eso no fue lo peor. Esa tarde Blake leyó en el *Bulletin*[392] lo que habían descubierto los reporteros. Habiendo comprendido al fin el enigmático interés periodístico de aquel estado de pánico generalizado, un par de ellos había desafiado a la histérica muchedumbre de italianos colándose en la iglesia por la ventana del sótano tras intentar abrir sin éxito las puertas de la fachada principal. Los reporteros hallaron el polvo del vestíbulo y de la fantasmal nave levantado en singulares surcos, con trozos de cojines podridos y de tapicería de raso procedente de los bancos esparcidos curiosamente por el lugar. Había un hedor ubicuo, y aquí y allá se veían manchas amarillentas y pequeñas zonas aparentemente chamuscadas. Cuando abrieron la puerta que lleva al campanario, y se quedaron quietos por un instante al creer oír un ruido de rascado que venía de arriba, encontraron la angosta escalera de caracol relativamente despejada de polvo y telarañas, como si algo hubiera pasado por allí.

El campanario propiamente dicho presentaba un aspecto similar, parcialmente barrido. Los reporteros hablaron en su artículo de la columna de piedra heptagonal, de las sillas góticas -que encontraron tiradas- y de las singulares imágenes de escayola, aunque, extrañamente, no hicieron mención alguna de la caja de metal ni del viejo esqueleto mutilado. Pero lo que más inquietó a Blake -aparte de las ligeras alusiones a manchas amarillas, zonas chamuscadas y malos olores- fue el detalle final que explicaba el estrépito de cristales de minutos antes. Todas las ventanas ojivales del campanario estaban rotas, y dos de ellas habían sido cegadas de forma tosca y apresurada embutiendo tapicería de raso y relleno de los cojines de los bancos en

los huecos entre las lamas inclinadas del exterior. También había más trozos de raso y ovillos de relleno de crin esparcidos por el suelo recientemente limpiado, como si alguien hubiera sido interrumpido mientras devolvía el campanario a la oscuridad absoluta de los días en que las ventanas estaban completamente tapadas.

Se encontraron asimismo manchas amarillentas y zonas chamuscadas en la escalera de mano que subía al chapitel sin ventanas, pero cuando un reportero subió por ella, abrió la trampilla deslizante y hendió con el débil rayo de su linterna aquel espacio tenebroso y extrañamente fétido, no vio nada más que oscuridad y un amasijo de desechos informes cerca de la abertura. El veredicto, por supuesto, fue que todo lo que se decía no eran más que patrañas. O bien alguien les había gastado una broma a los supersticiosos residentes de la colina, o algún fanático había procurado reafirmar sus miedos supuestamente por su propio bien. O quizás alguno de los vecinos más jóvenes y sofisticados había orquestado con gran detalle y cuidado un engaño dirigido al resto del mundo. Aquella visita tuvo graciosas repercusiones cuando la policía quiso enviar a un agente a verificar la información de los artículos. Tres hombres, uno tras otro, se las arreglaron para eludir la tarea, y el cuarto fue de muy mala gana y regresó enseguida sin añadir nada a lo dicho por los reporteros.

A partir de este punto el diario de Blake da cada vez más muestras de angustia y de un terror insidioso. Se reprende a sí mismo por su inacción, y especula de manera desaforada sobre las consecuencias de otro apagón eléctrico. Se ha comprobado que en tres ocasiones -durante tormentas- llamó desesperado a la compañía eléctrica para rogar que se tomaran precauciones urgentes dirigidas a evitar que se fuera la luz. De vez en cuando las anotaciones del diario revelan su preocupación por el hecho de que los reporteros no encontraran la caja de metal ni la piedra, así como tampoco el viejo esqueleto con aquellas extrañas lesiones, cuando exploraron el sombrío campanario. Dio por hecho que se habían llevado todo aquello -adónde, y quién o qué lo había hecho, era algo que solo podía conjeturar-. Pero sus mayores miedos tenían que ver con él mismo, y con esa especie de vínculo impío que creía percibir entre su mente y la de aquel horror oculto en el lejano chapitel: esa monstruosa criatura de la noche que su irreflexión había hecho venir desde los negros confines del espacio. Parecía sentir una influencia constante sobre su voluntad, y quienes lo visitaron durante aquel periodo recuerdan cómo solía sentarse ante su escritorio con aire abstraído y mirar por la ventana de la pared oeste aquella distante colina erizada de puntiagudos remates más allá del girante humo de la ciudad. Su diario habla con monótona insistencia de ciertos sueños terribles, en los que su vínculo impío se refuerza. Se menciona una noche en la que se despertó completamente vestido y

en la calle, bajando por College Hill hacia el oeste como un autómata. Sus reiteraciones de que el ser del chapitel sabe dónde encontrarlo son constantes.

La semana siguiente al 30 de julio se recuerda por ser aquella en que Blake sufrió su crisis parcial de tipo nervioso. Se pasaba el día entero en pijama, y encargaba toda su comida por teléfono. Sus visitas reparaban en las cuerdas que mantenía cerca de su cama, y él decía que el sonambulismo lo había obligado a atarse los tobillos por la noche con nudos que probablemente no podría desatar o que, en caso contrario, lo harían despertar por el esfuerzo realizado. Blake dejó constancia en su diario de la espantosa experiencia que le provocó aquella crisis. Después de acostarse la noche del día 30, se había visto de repente caminando a tientas por un lugar sumido en una oscuridad casi total. Lo único que alcanzaba a ver eran unos cortos y tenues haces horizontales de luz azulada, pero percibía un hedor penetrante y oía unos curiosos ecos furtivos que venían de algún punto sobre su cabeza. Cada vez que se movía tropezaba con algo, y con cada ruido que hacía le llegaba de arriba una especie de respuesta: un vago revuelo mezclado con el sonido de un cauteloso deslizamiento de madera sobre madera.

Sus manos se toparon en un momento dado con una columna de piedra de cabeza plana y vacía, mientras que, posteriormente, se descubrió agarrando los travesaños de una escalera de mano anclada a la pared, y subiendo por ella de forma torpe y vacilante hacia algún lugar de mayor pestilencia donde una ráfaga de aire abrasador se abatió sobre él como un martillo. Ante sus ojos bailó una caleidoscópica variedad de imágenes fantasmagóricas, todas las cuales se disolvían de manera intermitente en el panorama de un vasto e insondable abismo nocturno donde giraban soles y mundos de una oscuridad aún más profunda. Le vinieron entonces a la mente las antiguas leyendas del Caos Primordial, en cuyo centro se extiende el dios ciego e idiota Azathoth, Señor de Todas las Cosas, rodeado por su bamboleante horda de amorfos danzantes sin mente, y arrullado por el fino y monótono son de una flauta demoníaca que sostienen unas garras indescriptibles.

Entonces un claro estampido procedente del mundo exterior lo sacó de su estupor y le hizo darse cuenta del indecible horror de su situación. Nunca llegó a saber qué fue aquel ruido; quizás alguna detonación tardía de los fuegos artificiales que se oyen durante todo el verano en Federal Hill cuando los vecinos aclaman a sus diversos patronos o a los santos de sus pueblos de origen en Italia. Sea como fuere, Blake dejó escapar un grito, se soltó con desesperación de la escalera y atravesó a tientas y trompicones el espacio plagado de obstáculos de la cámara prácticamente a oscuras que lo rodeaba.

Supo de inmediato dónde estaba, y se lanzó a bajar la angosta escalera de caracol de manera desenfrenada, tropezando y golpeándose a cada paso. Después tuvo lugar una huida pesadillesca a través de una vasta nave llena de telarañas con arcos fantasmales que se elevaban hasta reinos de sombras burlonas, un accidentado recorrido a ciegas por un sótano invadido de desperdicios, una ascensión a un iluminado mundo exterior donde el aire era fresco y luego una carrera frenética bajando una colina fantasmagórica de hastiales murmullantes, cruzando una adusta y silenciosa ciudad de altas torres negras y subiendo la escarpada vertiente oriental de esta hasta la puerta de su vetusta morada.

Cuando recuperó la conciencia a la mañana siguiente, se descubrió tendido en el suelo de su despacho y totalmente vestido con ropa de calle. Estaba cubierto de suciedad y telarañas, y parecía tener dolorosas magulladuras en cada centímetro de su cuerpo. Al mirarse en el espejo vio que su pelo se encontraba muy chamuscado, mientras que su chaqueta y su camisa parecían conservar restos de un extraño olor nauseabundo. Fue entonces cuando sufrió su crisis nerviosa. Desde ese momento, paseándose en bata por la casa con aire agotado, apenas hizo otra cosa que mirar por la ventana oeste, estremecerse frente a la amenaza de los truenos y escribir anotaciones delirantes en su diario.

La gran tormenta se desató justo antes de la medianoche del 8 de agosto. Cayeron numerosos rayos por toda la ciudad, y se informó de dos sorprendentes avistamientos de centellas globulares. La lluvia fue torrencial, al tiempo que una incesante andanada de truenos impidió que miles de personas conciliaran el sueño. Blake estaba absolutamente histérico por su miedo a que fallara el sistema de alumbrado, y trató de telefonear a la compañía de la luz en torno a la una de la mañana, aunque para entonces el servicio se encontraba temporalmente interrumpido por razones de seguridad. El joven dejó todo anotado en su diario, cuyos amplios, angustiados y a menudo indescifrables jeroglíficos hablan por sí mismos de un nerviosismo y una desesperación crecientes, así como de una escritura a ciegas en medio de la oscuridad.

Tenía que mantener las luces de la casa apagadas a fin de poder ver algo a través de la ventana, y parece ser que estuvo la mayor parte del tiempo sentado frente a su escritorio, oteando con ansiedad a través de la lluvia y de la reluciente extensión de tejados del centro de la ciudad la distante constelación de luces que señalaba Federal Hill. De vez en cuando hacía algún apunte tembloroso en su diario, de tal forma que es posible hallar frases sueltas como «Las luces no deben irse», «Sabe dónde estoy», «Tengo que destruirlo» y «Me está llamando, pero quizá esta vez no pretende hacerme daño» repartidas

desordenadamente por dos de sus páginas.

Entonces se produjo un apagón que afectó a toda la ciudad. Sucedió a las 2:12 de la madrugada, según los registros de la central eléctrica, pero el diario de Blake no da indicación de la hora. La anotación correspondiente es un escueto: «Se ha ido la luz… que Dios me ayude». En Federal Hill había gente alerta que compartía su preocupación, y grupos empapados de personas desfilaron por la plaza y las callejas que rodeaban la siniestra iglesia pertrechados con velas, linternas eléctricas, lámparas de queroseno, crucifijos y misteriosos amuletos de los muchos que suelen verse en el sur de Italia; todo ello bajo el amparo de los paraguas. Daban gracias al cielo por cada relámpago, e hicieron crípticos y asustados signos de protección con la mano derecha cuando un cambio en la tormenta provocó una reducción de su número y finalmente su cese total. Después se levantó un viento que apagó la mayor parte de las velas, por lo que la escena se volvió amenazadoramente oscura. Alguien despertó al padre Merluzzo de la Iglesia del Spirito Santo, y este se apresuró en acudir a la lúgubre plaza para pronunciar cualquier oración que supiera y pudiera ser de ayuda en aquel momento. De que se oían unos curiosos ruidos de movimiento procedentes del interior del ennegrecido campanario, no cabía la menor duda.

En corroboración de lo sucedido a las 2:35 tenemos el testimonio del cura, una persona joven, inteligente e instruida; del agente William J. Monahan de la comisaría central, un policía de la mayor confianza que había hecho un alto en su ronda para echar un vistazo a la multitud, y de la mayoría de las setenta y ocho personas que se habían reunido alrededor del alto muro de contención de la iglesia (especialmente de las que estaban en la plaza, desde donde podía verse la fachada oriental del templo). Desde luego no ocurrió nada que pueda calificarse de manera fundada como algo fuera del orden natural. Son muchas las posibles causas de un suceso como el que tuvo lugar. Nadie puede decir con seguridad qué oscuros procesos químicos pueden desencadenarse en un edificio enorme, antiguo, mal ventilado y largamente abandonado que alberga toda clase de cosas. Emanaciones mefíticas[393], una combustión espontánea, una acumulación de gases producto de años de descomposición… innumerables fenómenos podrían haber tenido la culpa. Y además, por supuesto, no podemos dejar de considerar en modo alguno el factor de la exageración deliberada. El suceso en sí fue algo muy simple, en realidad, y no duró más de tres minutos; el padre Merluzzo, que siempre ha sido una persona meticulosa, miró repetidas veces su reloj.

Todo comenzó con un claro aumento de los sordos y confusos ruidos de movimiento en el interior del negro campanario. Llevaba cierto rato notándose una vaga exhalación de olores extraños y

repulsivos procedente de la iglesia, que en aquel momento se volvió sumamente notoria y desagradable. Entonces se oyó finalmente un crujido de madera astillándose, y una cosa grande y pesada cayó con estrépito al pie de la adusta fachada oriental, entre la verja y la puerta del templo. Era imposible ver el campanario ahora que no había velas encendidas, pero cuando la cosa estaba ya a punto de dar contra el suelo, la gente la reconoció como la tiznada cubierta de lamas de la ventana este del campanario.

Acto seguido un hedor absolutamente insoportable emanó de las invisibles alturas, asfixiando y nauseando a los temblorosos asistentes, y llegando casi a tumbar a los que se encontraban en la plaza. Al mismo tiempo el aire trepidó con una vibración similar a la producida por un aleteo, y un repentino viento del oeste más furioso que cualquier ráfaga anterior se llevó los sombreros de la gente y arrancó los chorreantes paraguas de sus manos. Era imposible ver nada en aquella noche despojada de iluminación, pero a algunos testigos que levantaron la mirada les pareció vislumbrar sobre el oscurísimo cielo la silueta de una gran mancha borrosa de negrura aún más densa: una especie de nube de humo informe que salió disparada a toda velocidad hacia el este.

Eso fue todo. Los presentes se encontraban medio petrificados por el miedo, el sobrecogimiento y el desasosiego, y apenas sabían qué hacer, o si hacer algo siquiera. Como no sabían qué había ocurrido, no cejaron en su vigilancia; y un instante después elevaron una plegaria cuando un tardo y brillante relámpago, seguido de un fugaz estruendo ensordecedor, desgarró el inundado cielo. Media hora más tarde la lluvia cesó, y al cabo de otros quince minutos las farolas volvieron a encenderse súbitamente, mandando de vuelta a sus casas a la agotada y empapada concurrencia.

Los periódicos del día siguiente mencionaron brevemente estos hechos en relación con la información general sobre la tormenta. Por lo visto el fuerte relámpago y el retumbo atronador que hubo tras el suceso de Federal Hill fueron aún más intensos al este de allí, donde también se dejó sentir un repentino brote de aquel hedor singular. El fenómeno se notó sobre todo en College Hill, donde el estruendo sacó de su sueño a todos los vecinos de la zona que dormían y dio origen a una serie de confusas especulaciones. De aquellos que ya estaban despiertos, solo unos pocos vieron el extraño y efímero fulgor junto a la cima de la colina, o advirtieron la inexplicable ráfaga de viento que subió por ella desnudando casi los árboles de hojas y arrasando las plantas de los jardines. La gente se mostró de acuerdo en que un rayo solitario debía de haber caído súbitamente en algún punto del vecindario, aunque no pudo hallarse rastro alguno del suceso. Un joven de la hermandad estudiantil Tau Omega[394] creyó ver desde su

sede una grotesca y espantosa masa flotante de humo justo cuando estalló el relámpago inicial, pero su observación no ha sido corroborada. Los escasos testigos coinciden, sin embargo, en señalar la furiosa racha de poniente y la oleada de insoportable fetidez que precedieron el rayo tardío; al tiempo que los testimonios relacionados con el olor a quemado que se percibió temporalmente tras el impacto son igualmente generalizados.

Estas cuestiones se discutieron con sumo cuidado debido a su probable conexión con la muerte de Robert Blake. Algunos estudiantes en la sede de la hermandad Psi Delta[395], cuyas ventanas traseras del piso superior daban al despacho de Blake, repararon en el borroso y pálido rostro en su ventana oeste la mañana del día 9, y se preguntaron por qué tenía aquella rara expresión. Cuando vieron la misma cara en la misma posición esa tarde, se preocuparon, y esperaron a ver si las luces se encendían en el apartamento. Más tarde llamaron al timbre del piso a oscuras, y terminaron pidiéndole a un policía que forzase la puerta.

El cuerpo se encontraba rígidamente sentado frente al escritorio de la ventana, y, cuando los intrusos vieron sus ojos vidriosos abiertos como platos y el terror convulsivo que reflejaban sus crispadas facciones, retrocedieron presa de la consternación y las náuseas. El forense lo examinó poco después y, a pesar del estado intacto de la ventana, comunicó que la causa de la muerte había sido una descarga eléctrica, o la tensión nerviosa provocada por una descarga eléctrica. El médico ignoró por completo la horrible expresión que presentaba el cadáver, al considerarla un resultado nada improbable de la profunda impresión que habría causado la experiencia en una persona dotada de una imaginación fuera de lo común y emocionalmente desequilibrada como era la víctima; unas cualidades que dedujo a partir de los libros, las pinturas y los manuscritos hallados en el apartamento, así como por las anotaciones garrapateadas a ciegas en el diario que estaba sobre el escritorio. Blake había seguido escribiendo frenéticamente hasta el último momento, y en su mano derecha contraída de forma espasmódica se halló el lápiz con el que lo había hecho, firmemente aferrado y con la punta rota.

Las anotaciones posteriores al comienzo del apagón eran tremendamente inconexas, y legibles solo en parte. Ciertos investigadores han extraído de ellas conclusiones muy distintas a la versión oficial y materialista de los hechos, pero existen pocas posibilidades de que las mentes conservadoras crean tales especulaciones. No ha beneficiado al argumentario de sus imaginativos autores la acción del supersticioso Dr. Dexter, que tiró la curiosa caja y la piedra angulada -un objeto sin duda luminiscente, como se vio en el oscuro chapitel sin ventanas donde fue encontrado-

al canal más profundo de la bahía de Narragansett. Un exceso de imaginación y un desequilibrio de tipo neurótico por parte de Blake -agravados por el conocimiento de la siniestra secta de tiempos pasados cuyos sorprendentes vestigios había descubierto- conforman la interpretación dominante que se ha hecho de esas últimas anotaciones frenéticas, que incluyo a continuación (al menos, hasta donde es posible entenderlas):

> La luz todavía no ha vuelto… deben de haber pasado ya cinco minutos. Ahora todo depende de los rayos. ¡Quiera Yaddith que continúen! […] Una poderosa presencia parece batir la noche. […] La lluvia, los truenos y el viento son ensordecedores. […] El ser está adueñándose de mi mente. […] Problemas de memoria. Me vienen a la cabeza cosas que no he visto en mi vida. Otros mundos y otras galaxias […] Negrura […] Los rayos se me antojan oscuros, y la oscuridad, luminosa…
>
> Lo que veo en plena oscuridad no puede ser de verdad la colina y la iglesia. Ha de ser una impresión retiniana causada por los relámpagos. ¡Quiera Dios que los italianos hayan salido a la calle con sus velas si cesan los rayos!
>
> ¿Qué es lo que me asusta? ¿No es acaso un avatar de Nyarlathotep, que llegó incluso a adoptar forma humana en la antigua y sombría Khem? Recuerdo Yuggoth[396], y el aún más lejano Shaggai[397], y el vacío primordial de los planetas negros…
>
> El largo vuelo a través del espacio […] no puede cruzar el universo de la luz […] recreado por los pensamientos atrapados en el Trapezoedro Resplandeciente […] envíalo a través de los horribles abismos de luz radiante…
>
> Me llamo Blake, Robert Harrison Blake del 620 de la calle Knapp Este, en Milwaukee, Wisconsin[398]. […] Me hallo en este planeta…
>
> ¡Azathoth, ten piedad!, los rayos han cesado, es horrible, puedo ver todo con un sentido monstruoso que no es la vista… la luz es oscuridad y la oscuridad es luz […] esa gente en la colina […] hacen guardia […] velas y amuletos […] sus sacerdotes…
>
> He perdido el sentido de la distancia, lejos es cerca y cerca es lejos. No hay luz, ni cristal, veo ese chapitel, esa torre, la ventana, puedo oír, Roderick Usher[399], he perdido o estoy perdiendo el juicio, el ser se agita y se mueve torpemente en el campanario, yo soy él y él es yo, quiero salir […] debo salir y unificar las fuerzas. […] Sabe dónde estoy…
>
> Soy Robert Blake, pero veo el campanario en la oscuridad.

Percibo un hedor terrible […] sentidos transfigurados […] las lamas de esa ventana del campanario se parten y ceden. […] Iä […] ngai […] ygg…

Lo veo, viene hacia aquí, un viento infernal, una nube inmensa, alas negras, Yog-Sothoth, ¡sálvame!, el ardiente ojo trilobulado…[400]

AGRADECIMIENTOS

Agradezco especialmente a Peter Cannon, S. T. Joshi, Stefan Dziemianowicz y Nils Hobbs su ayuda en mis investigaciones y estudios sobre Lovecraft. Asimismo, he de dar las gracias a mi agente, Don Maass, y a mi abogado, Jonathan Kirsch. He de agradecer a Bob Weil y Gina Iaquinta de Liveright por su atenta labor como editores; y a Nick Curley, Zeba Arora, y el resto del equipo de Liveright/Norton -como viene siendo habitual- por convertir mi trabajo en un libro del que estoy realmente orgulloso. También agradezco los ánimos y la ayuda de mis camaradas del mundo literario, en particular el de mis amigos Cornelia Funke, Neil Gaiman, Nancy Holder, Laurie R. King, Bonnie MacBird, Nicholas Meyer, Lisa Morton, Otto Penzler, Barbara Peters y Peter Straub, y a mis viejos amigos del *fandom* de Sherlock Holmes, Mike Whelan, Steve Rothman, Andy Peck y Jerry Margolin. Y, sobre todo, le doy las gracias a mi esposa Sharon por mostrarse comprensiva con mis ausencias enfrascado en la investigación y la labor de escribir; siempre ha sido, y seguirá siendo, «la mujer».

BIBLIOGRAFÍA[401]

OBRAS DE H. P. LOVECRAFT

Los diez relatos de esta obra han sido extraídos de *H. P. Lovecraft. Edición anotada*, Leslie S. Klinger (ed.), Alan Moore (intro.), Madrid, Akal, 2017; y de *H. P. Lovecraft. Más allá de Arkham. Edición anotada*, Leslie S. Klinger (ed.), Victor LaValle (intro.), Madrid, Akal, 2019.

* * *

The Ancient Track: Complete Poetical Works, S. T. Joshi (ed.), San Francisco, Night Shade, 2001.

The Annotated H. P. Lovecraft, S. T. Joshi (ed.), Nueva York, Dell, 1997.

The Annotated Supernatural Horror in Literature, S. T. Joshi (ed.), Nueva York, Hippocampus, 2000.

At the Mountains of Madness and Other Novels, A. Derleth (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1964.

Beyond the Wall of Sleep, A. Derleth y D. Wandrei (eds.), Sauk City (WI), Arkham House, 1943.

The Call of Cthulhu and Other Weird Stories, S. T. Joshi (ed.), Nueva York, Penguin Classics, 1999.

The Case of Charles Dexter Ward, S. T. Joshi (ed.), Tampa (FL), University of Tampa, 2010.

The Classic Horror Stories, R. Luckhurst (ed.), Nueva York, Oxford University Press, 2013.

Collected Essays, S. T. Joshi (ed.), Nueva York, Hippocampus, 2004-2006, 5 vols.

Collected Poems, A. Derleth (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1963.

The Complete Fiction, S. T. Joshi (ed. e intro.), Nueva York, Barnes & Noble, 2011.

Dagon and Other Macabre Tales, A. Derleth, S. T. Joshi, y T. E. D.

Klein (eds.), Sauk City (WI), Arkham House, 1986.

The Dreams in the Witch House and Other Weird Stories, S. T. Joshi (ed.), Nueva York, Penguin Classics, 2004.

The Dunwich Horror and Others, A. Derleth (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1963.

In Defence of Dagon, S. T. Joshi (ed.), West Warwick (RI), Necronomicon, 1985.

Letters from New York, S. T. Joshi y D. E. Schultz (eds.), San Francisco, Night Shade, 2005 (*The Lovecraft Letters*, II).

Lord of a Visible World: An Autobiography in Letters, S. T. Joshi y D. E. Schultz (eds.), Athens, Ohio University Press, 2000.

Marginalia, A. Derleth (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1944.

Miscellaneous Writings, S. T. Joshi (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1995.

More Annotated H. P. Lovecraft, S. T. Joshi y P. Cannon (eds.), Nueva York, Dell, 1999.

Mysteries of Time and Spirit: The Letters of H. P. Lovecraft and Donald Wandrei, S. T. Joshi y D. E. Schultz (eds.), San Francisco, Night Shade, 2002.

The Outsider and Others, A. Derleth y D. Wandrei (eds.), Sauk City (WI), Arkham House, 1939.

Selected Letters 1911-1924, S. T. Joshi (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1965 (*Selected Letters*, I).

Selected Letters 1925-1929, S. T. Joshi (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1968 (*Selected Letters*, II).

Selected Letters 1929-1931, S. T. Joshi (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1969 (*Selected Letters*, III).

Selected Letters 1932-1934, S. T. Joshi (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1976 (*Selected Letters*, IV).

Selected Letters 1934-1937, S. T. Joshi (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1976 (*Selected Letters*, V).

The Shadow Out of Time, S. T. Joshi y D. E. Schultz (eds.), Nueva York, Hippocampus, 2003.

The Shadow over Innsmouth, S. T. Joshi y D. E. Schultz (eds.), West Warwick (RI), Necronomicon, 1994.

The Shuttered Room and Other Pieces, A. Derleth (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1959.

«Some Notes on Interplanetary Fiction», en *The Californian* 3/3 (invierno de 1935), pp. 39-42.

Something About Cats and Other Pieces, A. Derleth (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1949.

«Supernatural Horror in Literature», en *Dagon and Other Macabre*

Tales, 7.ª ed. corregida, S. T. Joshi (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1965 [ed. cast.: *El horror sobrenatural en la literatura y otros escritos teóricos y autobiográficos*, J. A. Molina Foix (trad.), Madrid, Valdemar, 2010].

Tales, P. Straub (ed.), Nueva York, Library of America, 2005.

Tales of H. P. Lovecraft, Joyce Carol Oates (ed.), Nueva York, Ecco Press, 2000.

The Thing on the Doorstep and Other Weird Stories, S. T. Joshi (ed.), Nueva York, Penguin Classics, 2001.

«The Vermont Horror», R. M. Price (ed.), en *Call of Cthulhu* 101 (Pascua de 1999), pp. 3-39.

A Winter Wish, T. Collins (ed.), Chapel Hill (NC), Whispers Press, 1977.

Lovecraft, H. P. *et al., The Dark Brotherhood and Other Pieces*, Sauk City (WI), Arkham House, 1966.

Lovecraft, H. P. y Connover, W., *Lovecraft at Last*, Arlington (VA), Carrollton Clark, 1975.

FUENTES SECUNDARIAS (CRÍTICAS Y BIOGRÁFICAS)

Airaksinen, T., *The Philosophy of H. P. Lovecraft: The Route to Horror* Nueva York, Peter Lang, 1999.

Anderson, J. A., *Out of the Shadows: A Structuralist Approach to Understanding the Fiction of H. P. Lovecraft*, Holicong (PA), Borgo, 2011.

Atama, B., «An Autopsy on the Old Ones», en *Crypt of Cthulhu* 32 (noche de San Juan de 1985), pp. 3-7.

Beckwith, H. L. P. Jr., *Lovecraft's Providence & Adjacent Parts*, West Kingston/Hamilton Falls, Donald M. Grant, 1990.

Beherec, M. A., «The Devil, the Terror, and the Horror: "The Whateley Twins" Further Debts to Folklore and Fiction», en *Lovecraft Studies* 44 (2004) pp. 23-25.

Berglund, E. P., «Lovecraft on Eldritch Tomes», en *Crypt of Cthulhu* 35 (día de Todos los Santos de 1985), pp. 26-27.

Bloch, R., «Out of the Ivory Tower», en *The Shuttered Room and Other Pieces*, Sauk City (WI), Arkham House, 1949.

Blosser, F., «The Sign of the Magna Mater», en *Crypt of Cthulhu* 97 (día de Todos los Santos de 1997), pp. 25-27.

Bouchard, A. y Smith Lacroix, L. P., «Necronomicon: A Note», en *Lovecraft Studies* 44 (2004), pp. 107-112.

Bryant, R., «The Alchemist and the Scientist», en *Nyctalops* 2/3

(enero-febrero de 1975), pp. 26-29 y 43.

Buchanan, C., «"The Music of Erich Zann": A Psychological Interpretation (or Two)», en *A Century Less a Dream: Selected Criticism on H. P. Lovecraft*, S. Connors (ed.), Holicong (PA), Wildside, 2002, pp. 224-229.

Burleson, D. R., *H. P. Lovecraft, A Critical Study*, Westport (CT), Greenwood, 1983.

—, «Humour Beneath Horror: Some Sources for "The Dunwich Horror" and "The Whisperer in Darkness"», en *Lovecraft Studies* 1/ 2 (primavera de 1980), pp. 5-15.

—, «A Note on Lovecraft, Mathematics, and the Outer Spheres», en *Crypt of Cthulhu* ¼ (Pascua de 1982), pp. 23-24.

Burleson, M., «The Outsider: A Woman?», en *Lovecraft Studies* 22/23 (otoño de 1990), pp. 22-23.

Callaghan, G., «Elementary, My Dear Lovecraft: H. P. Lovecraft and Sherlock Holmes», en *Lovecraft Annual* 6 (2012), pp. 199-229.

—, *H. P. Lovecraft's Dark Arcadia: The Satire, Symbology and Contradiction*, Jefferson (NC) y Londres, McFarland & Company, 2013.

—, «A Reprehensible Habit: H. P. Lovecraft and the Munsey Magazines», en *Lovecraft and Influence: His Predecessors and Successors*, R. H. Waugh (ed.), Lanham, Toronto y Plymouth (RU), The Scarecrow, 2013, pp. 69-82.

Cannon, P., *The Chronology Out of Time: Dates in the Fiction of H. P. Lovecraft*, West Warwick (RI), Necronomicon, 1986.

—, *H. P. Lovecraft*, Boston, Twayne, 1989.

—, «The Late Francis Wayland Thurston of Boston, Lovecraft's Last Dilettante», en *Lovecraft Studies* 19/20 (otoño de 1989), pp. 32 y 39.

—, «Lovecraft's Old Men», en *Nyctalops* 3/2 (marzo de 1981), pp. 13-14.

—, «The Return of Sherlock Holmes and H. P. Lovecraft», en *Baker Street Journal* 34/4 (diciembre de 1984), pp. 217-220.

—, «Some Thoughts on the State of Lovecraft Studies», en *Books at Brown* 38-39 (1991-1992), pp. 1-5.

—, «You have been in Providence, I perceive», en *Nyctalops* 14 (marzo de 1978), pp. 45-46.

Carlson, E., «Map of Innsmouth», en *Nyctalops* 6 (febrero de 1972), p. 9.

Clore, D., *Weird Words: A Lovecraftian Lexicon*, Nueva York, Hippocampus, 2009.

Cockroft, T. G. L., «Carta al editor (Manuscritos Pnakóticos)», en *Nyctalops* 2/2 (julio de 1974), p. 45.

—, «Some Notes on "The Shadow over Innsmouth"», en *Lovecraft Studies* 1/3 (otoño de 1980), pp. 3-4.

Colavito, J., *The Cult of Alien Gods: H. P. Lovecraft and Extraterrestrial Pop Culture*, Amherst (NY), Prometheus, 2005.

Connors, S. (ed.), *A Century Less a Dream: Selected Criticism on H. P. Lovecraft*, Holicong (PA), Wildside, 2002.

Cook, W. P., «A Plea for Lovecraft», en *The Ghost* 3 (mayo de 1945), pp. 55-56 [reed.: *Lovecraft Studies* 19-20 (otoño de 1989), pp. 26-27].

Cooke, J. B. (ed.), *H. P. Lovecraft Centennial Guidebook*, Providence, Mantilla, 1990.

Cuppy, W., «Reseña de *The Outsider and Others*», en *The New York Herald Tribune Book Review* (17 de diciembre de 1939), p. 14.

Davis, S. H. [Greene], *The Private Life of H. P. Lovecraft*, S. T. Joshi (ed.), West Warwick (RI), Necronomicon, 1985, [ed. rev.: 1992].

De Camp, L. S., *Lovecraft: A Biography*, Garden City (NY), Doubleday & Company, 1975 [ed. cast.: *Lovecraft: una biografía*, F. Torres Oliver (trad.), Madrid, Valdemar, 2002].

Derleth, A., *H. P. L.: A Memoir*, Nueva York, Ben Abramson, 1945.

—, «Transcripción de la conferencia *Lovecraft: A Symposium*», panelistas: F. Leiber, R. Bloch, S. Russell, A. J. Cox, Leland Sapiro, edición privada, The Riverside Quarterly, 1963.

—, *Some Notes on H. P. Lovecraft*, Sauk City (WI), Arkham House, 1959.

De Vries, P., «Reseña de *Beyond the Wall of Sleep*», en *The Chicago Sun Book Week* (26 de diciembre de 1943), p. 4.

Eckhardt, J. C., «Cthulhu's Scald: Lovecraft and the Nordic Tradition», en *Lovecraft Studies* 3/1 (primavera de 1984), pp. 25-29.

—, *Off the Ancient Track: A Lovecraftian Guide to New-England & Adjacent New York*, edición privada, 2013.

Ellison, H. y Gordon, S. (eds.), *A Lovecraft Retrospective: Artists Inspired by H. P. Lovecraft*, Lakewood (CO), Centipede, 2008.

Everts, R. A., *The Death of a Gentleman: The Last Days of Howard Phillips Lovecraft*, Madison (WI), The Strange Company, 1987.

Faig, K. W. Jr., *The Parents of Howard Phillips Lovecraft*, West Warwick (RI), Necronomicon, 1990 [ed. rev.: *Epicure in the Terrible: A Centennial Anthology of Essays in Honor of H. P. Lovecraft*, D. E. Schultz y S. T. Joshi (eds.), Nueva York, Hippocampus, 2011].

—, *The Unknown Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus, 2009.

Ferraresi, R. A., «The Question of Shub-Niggurath», en *Crypt of Cthulhu* 35 (día de Todos los Santos de 1985), pp. 17-18 y 22.

Frenschkowski, M., «Hali», en *Crypt of Cthulhu* 92 (Pascua de 1996), pp. 8-11.

—, «Nodens— Metamorphosis of a Deity», en *Crypt of Cthulhu* 87 (día de Lammas, primero de agosto de 1994), pp. 3-8 y 18.

—, «The Secret of Leng», en *Crypt of Cthulhu* 14/1 (día de Todos los Santos de 1994), pp. 6-7.

Fulwiler, W., «Reflections on "The Outsider"», en *Lovecraft Studies* ½ (primavera de 1980), pp. 3-4.

Gaiman, N., *Only the End of the World Again*, Portland, Oregón, Oni, 2000.

Goho, J., «The Shape of Darkness: Origins for H. P. Lovecraft within the American Gothic Tradition», en *Lovecraft and Influence: His Predecessors and Successors*, R. H. Waugh (ed.), Lanham, Toronto y Plymouth (RU), The Scarecrow, 2013, pp. 21-34.

Goodenough, A. H., *Correspondence with H. P. Lovecraft*, agosto de 1931, disponible en [http://revelatormagazine.com/from-the-vaults/brattleboro-days-yuggoth-nights/].

Haden, D., «Looking into the Shining Trapezohedron», en *Lovecraft in Historical Context: The Fourth Collection of Essays and Notes*, edición privada, 2013, pp. 125-133.

—, «A Note on the Elder Signs», en *Lovecraft in Historical Context: Further Essays and Notes*, edición privada, 2011, pp. 121-124.

—, «Of Rats and Legions: H. P. Lovecraft in Northumbria», en *Lovecraft in Historical Context: Fourth Collection*, edición privada, 2013, pp. 109-124.

—, «"The Rats in the Walls": Otherness and British Culture», en *Lovecraft in Historical Context: Essays*, edición privada, 2010, pp. 32-37.

—, «Some Notes on the Origins of Lovecraft's "The Colour Out of Space"», en *Lovecraft in Historical Context: Further Essays and Notes*, edición privada, 2011, pp. 26-62.

—, *Walking with Cthulhu: H. P. Lovecraft as Psychogeographer, New York City 1924-1926*, edición privada, 2012.

Haefele, J. D., *A Look Behind the Derleth Mythos: Origins of the Cthulhu Mythos*, Odense, H. Harksen, 2012.

Harman, G., *Weird Realism: Lovecraft and Philosophy*, Alresford, Zeno, 2012.

Harms, D., *Encyclopedia Cthulhiana (Call of Cthulhu Fiction)*, Hayward (CA), Chaosium, 1994.

Hay, G., *The Necronomicon*, Londres, Corgi, 1980.

Hazel, F. R., «Some Strange New England Mortuary Practices: Lovecraft Was Right», en *Lovecraft Studies* 29 (otoño de 1993), pp. 13-18.

Hitz, J. K., «Lovecraft and the Whitman Memoir», en *Lovecraft Studies* 37 (otoño de 1997), pp. 15-17.

Hoefler, E., «Lovecraft Rising: Tracing the Growth of Scholarship on Howard Phillips Lovecraft, 1990-2004», tesis inédita, disponible en

[https://cupdf.com/document/lovecraft-rising.html?page=1].

Houellebecq, M., *H. P. Lovecraft. Contre le monde, contre la vie*. Du Rocher, París, 2005 [ed. cast.: *Lovecraft: contra el mundo, contra la vida*, E. Castejón (trad.), Barcelona, Anagrama, 2021].

Houstoun, A., *The Language of Lovecraft & Other Essays*, edición privada, 2013.

Huber, R. «H. P. Lovecraft and Easter Island», en *Nyctalops* 4/1 (abril de 1991), pp. 60-61.

Indick, B. P., «Lovecraft's POEtical Adventure», en *Crypt of Cthulhu* 32 (noche de San Juan de 1985), pp. 25-32.

Joshi, S. T., «Attis and Cybele, a Translation of Catullus 63», en *Crypt of Cthulhu* 72 (Cruz de Mayo de 1990), pp. 6-8.

—, *Dissecting Cthulhu*, Lakeland (FL), Miskatonic River, 2011.

—, *The Evolution of the Weird Tale*, Nueva York, Hippocampus, 2004.

—, *H. P. Lovecraft: A Comprehensive Bibliography*, Tampa (FL), University of Tampa Press, 2009.

—, *H. P. Lovecraft: The Decline of the West*, Berkeley Heights (NJ), Wildside, 1990.

—, *H. P. Lovecraft: Nightmare Countries, the Master of Cosmic Horror*, Nueva York, Metro, 2012.

—, *I Am Providence: The Life and Times of H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus, 2010, 2 vols. [ed. cast.: *Yo soy Providence: la vida y época de H. P. Lovecraft* 1, C. M. Pla (trad.), Valencia, Aurora Dorada, 2022].

—, *An Index to the Fiction & Poetry of H. P. Lovecraft*, West Warwick (RI), Necronomicon, 1992.

—, *Introduction to H. P. Lovecraft in the Argosy: Collected Correspondence from the Munsey Magazines, by H. P. Lovecraft*, West Warwick (RI), Necronomicon, 1994.

—, *Lovecraft's Library: A Catalogue* revisado y ampliado, Nueva York, Hippocampus, 2002.

—, *The Modern Weird Tale*, Jefferson, Londres y Carolina del Norte, McFarland & Company, 2001.

—, *The Rise and Fall of the Cthulhu Mythos*, Poplar Bluff (MO), Mythos, 2008.

—, *A Subtler Magick: The Writings and Philosophy of H. P. Lovecraft*, Gillette (NJ), Wildside, 1999.

—, «Topical References in Lovecraft», en *Primal Sources: Essays on H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus, 2003, pp. 126-144.

—(ed.), *H. P. Lovecraft: Four Decades of Criticism*, Athens (OH), Ohio University Press, 1980.

—, *Primal Sources: Essays on H. P. Lovecraft*, Nueva York,

Hippocampus, 2003.

—, *A Weird Writer in Our Midst: Early Criticism of H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus, 2010.

—y Schultz, D. (eds.), *An H. P. Lovecraft Encyclopedia*, Nueva York, Hippocampus, 2004.

—, *Lord of a Visible World, An Autobiography in Letters: H. P. Lovecraft*, Athens (OH), Ohio University Press, 2000.

King, S., «Lovecraft's Pillow», intro. de *H. P. Lovecraft: Against the World, Against Life*, de M. Houellebecq, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 2006.

Lane, J., «The Master of Masks», en *Nyctalops* 4/1 (abril de 1991), pp. 62-67.

Leiber Jr., F., «A Literary Copernicus», en *Something About Cats and Other Pieces*, A. Derleth (ed.), Sauk City (WI), Arkham House, 1949, pp. 290-303.

Lenoir, A., «Dead Lies Dreaming: Lovecraft and the Other Side of Modernity», en *Lovecraftian Proceedings: Papers from Necronomicon Providence* 1 (2013), pp. 53-72.

Levy, M., *Lovecraft A Study in the Fantastic*, S. T. Joshi (trad.), Detroit (MI), Wayne State University Press, 1988.

Livesey, T. R., «Dispatches from the Providence Observatory: Astronomical Motifs and Sources in the Writings of H. P. Lovecraft», *Lovecraft Annual* 2 (2008), pp. 3-87.

—, «Green Storm Rising: Lovecraft's Roots in Invasion Literature», en *Lovecraft and Influence: His Predecessors and Successors*, R. H. Waugh (ed.), Lanham, Toronto y Plymouth (RU), The Scarecrow Press, 2013, pp. 83-94.

Lord, B., «The Genetics of Horror: Sex and Racism in H. P. Lovecraft's Fiction».

Loucks, D. K., «Antique Dreams: Marblehead and Lovecraft's Kingsport», en *Lovecraft Studies* 42/43 (otoño de 2001), pp. 45-51.

Lovett-Graff, B., «Shadows over Lovecraft: Reactionary Fantasy and Immigrant Eugenics», en *Extrapolation* 38/3 (otoño de 1997), pp. 175-192.

Mabbott, T. O., «Reseña de *The Outsider and Others*», en *American Literature* 12/1 (marzo de 1940), p. 136.

Mariconda, S. J., «Curious Myths of the Middle Ages and "The Rats in the Walls"», en *On the Emergence of "Cthulhu" & Other Observations*, West Warwick (RI), Necronomicon, 1995, pp. 53-55.

Marten, R. D., «Arkham Country: In Rescue of Lost Searchers», *Lovecraft Studies* 39 (verano de 1998), pp. 1-20.

Martin, S. E., *H. P. Lovecraft and the Modernist Grotesque*, edición privada, 2008.

Migliore, A. y Strysik, J., *Lurker in the Lobby: A Guide to the Cinema of H. P. Lovecraft*, Portland y San Francisco, Night Shade, 2006.

Monteleone, P., «The Inner Significance of "The Outsider"», *Lovecraft Studies* 35 (otoño de 1996), pp. 9-21.

Mosig, D. W., «An Analytic Interpretation: The Outsider, Allegory of the Psyche», en *The Miskatonic EOD* 7 (agosto de 1974) [reed.: *The Miskatonic: The Lovecraft Centenary Edition*, Glenview (IL), The Moshassuck, 1991, pp. 128-133].

—, «H. P. Lovecraft: Myth-Maker», en *Whispers* 3/1 (diciembre de 1976), pp. 48-55.

—, «A Note on The Occult Lovecraft», en *The Miskatonic EOD* 11 (agosto de 1975) [reed.: *The Miskatonic: The Lovecraft Centenary Edition*, Glenview (IL), The Moshassuck Press, 1991, pp. 210-211].

—, «Toward a Greater Appreciation of H. P. Lovecraft: The Analytic Approach», *The Miskatonic EOD* 1 (junio de 1973) [reed.: *The Miskatonic: The Lovecraft Centenary Edition*, Glenview (IL), The Moshassuck Press, 1991, pp. 2-14].

Mosig, Y. D. W., *Mosig At Last: A Psychologist Looks at H. P. Lovecraft*, West Warwick (RI), Necronomicon, 1997.

Murray, C. y Corstorphine, K., «Co(s)mic Horror», en *New Critical Essays on H. P. Lovecraft*, D. Simmons (ed.), Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013, pp. 57-92.

Murray, W., «Behind the Mask of Nyarlathotep», en *Lovecraft Studies* 25 (otoño de 1991), pp. 25-29.

—, «The Dunwich Chimera and Others: Correlating the Cthulhu Mythos», en *Lovecraft Studies* 3/1 (primavera de 1984), pp. 10-24.

—, «In Search of Arkham Country», en *Lovecraft Studies* 5/2 (otoño de 1986), pp. 54-67.

—, «In Search of Arkham Country Revisited», en *Lovecraft Studies* 19/20 (otoño de 1989), pp. 65-69.

Neff, W., «Carta», en *Lovecraft Studies* 22/23 (otoño de 1990), pp. 66-67.

Oates, J. C., «The King of Weird», en *New York Review of Books* (31 de octubre de 1996).

Owens, P. S., «The Mirror in the House: Looking at the Horror of Looking at the Horror», en *Lovecraft Studies* 42/43 (otoño de 2001), pp. 70-73.

Pearsall, A. B., *The Lovecraft Lexicon: A Reader's Guide to Persons, Places and Things in the Tales of H. P. Lovecraft*, Tempe (AZ), New Falcon, 2005.

Petersen, S., *S. Petersen's Field Guide to Cthulhu Monsters: A Field Observer's Handbook of Preternatural Entities*, Hayward (CA), Chaosium, 1988.

Pohl, F., *Necronomicon (Call of Cthulhu)*, Hayward, California, Chaosium, 2002.

Price, R. M., «A Critical Commentary on the Necronomicon», en *Crypt of Cthulhu* 58 (día de Lammas, primero de agosto de 1988), p. 8.

—, «Demythologizing Cthulhu», en *Lovecraft Studies* 3/1 (primavera de 1984), pp. 3-9 y 24.

—, «Erich Zann and the Rue d'Auseil», en *Lovecraft Studies* 22/23 (otoño de 1990), pp. 13-14.

—, «Is Abdul Alhazred Still Alive?», en *Crypt of Cthulhu* 7 (día de Lammas, primero de agosto de 1982), pp. 31-32.

—, «Lovecraft's "Artificial Mythology"», en *An Epicure in the Terrible: A Centennial Anthology of Essays in Honor of H. P. Lovecraft*, D. E. Schultz y S. T. Joshi (eds.), Nueva York, Hippocampus, 2011, pp. 259-268.

—, «Lovecraft's Concept of Blasphemy», en *Crypt of Cthulhu* 1 (día de Todos los Santos de 1981), pp. 3-15.

—, «The Old Ones' Promise of Eternal Life», en *Nyctalops* 3/3 (junio de 1982), pp. 4-11.

—, «Two Biblical Curiosities in Lovecraft», en *Lovecraft Studies* 7/1 (primavera de 1988), pp. 12-13 y 18.

—, «The Works of Robert Blake», en *Crypt of Cthulhu* 80 (Pascua de 1992), pp. 30-32.

—, «You Fool! Loveman Is Dead!», en *Crypt of Cthulhu* 98 (Pascua de 1998), pp. 16-21.

Quinn, D., «Endless Bacchanal: Rome, Livy, and Lovecraft's Cthulhu Cult», en *Lovecraft Annual* 5 (2011), pp. 188-215.

Rawlik, P., «History of the Miskatonic Valley, Part One», en *Crypt of Cthulhu* 19/2 (Pascua de 2000).

Rodionoff, H.; Giffen, K. y Breccia, E., *Lovecraft*, Nueva York, Vertigo Comics, 2004 [ed. cast.: *Lovecraft*, C. Muñoz Miralles (trad.), Madrid, Norma, 2004].

St. Armand, B. L., «Facts in the Case of H. P. Lovecraft», en *Rhode Island History* 31/1 (febrero de 1972), pp. 3-19.

—, *The Roots of Horror in the Fiction of H. P. Lovecraft*, Elizabethtown (NY), Dragon, 1977.

Schafer, J. C., «H. P. Lovecraft: Aspiring Materialist», en *Nyctalops* 4/1 (abril de 1991), pp. 52-59.

Schultz, D. E., «"The Thing in the Moonlight": A Hoax Revealed», en *Crypt of Cthulhu*, 53 (día de La Candelaria de 1988), pp. 12-13.

—, «Who Needs the "Cthulhu Mythos"?», en *A Century Less a Dream: Selected Criticism on H. P. Lovecraft*, S. Connors (ed.), Holicong (PA), Wildside, 2002 [ed. ant.: *Lovecraft Studies* 5/2 (otoño de 1986), pp. 43-53].

—, *An Epicure in the Terrible: A Centennial Anthology of Essays in Honor of H. P. Lovecraft*, D. E. Schultz y S. T. Joshi (eds.), Nueva York, Hippocampus, 2011.

—, *Essential Solitude: The Letters of H. P. Lovecraft and August Derleth*, Nueva York, Hippocampus, 2013, 2 vols.

—, *Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus, 2011.

Schweitzer, D., *The Dream Quest of H. P. Lovecraft*, San Bernardino (CA), Borgo, 1978.

—, *Lovecraft in the Cinema*, edición privada, 1975.

—, «Lovecraft's Debt to Lord Dunsany», en *Lovecraft and Influence: His Predecessors and Successors*, R. H. Waugh (ed.), Lanham, Toronto y Plymouth (RU), The Scarecrow, 2013, pp. 55-68.

—, *Windows of the Imagination*, Berkeley Heights (NJ), Wildside, 1999.

—(ed.), *Essays Lovecraftian*, Baltimore, T-K Graphics, 1976.

Setiya, K., «Two Notes on Lovecraft», en *Lovecraft Studies* 26 (primavera de 1992), pp. 14-16.

Shea, J. V., *H. P. Lovecraft: The House and the Shadows*, Nueva York, Necronomicon, 1982.

Shreffler, P. A., *The H. P. Lovecraft Companion*, Westport (CT) y Londres, Greenwood, 1977.

Smith, D. G., *H. P. Lovecraft in Popular Culture: The Works and Their Adaptations in Film, Television, Comics, Music and Games*, Jefferson (NC) y Londres, McFarland & Company, 2006.

Stefans, B. K., «Let's Get Weird: On Graham Harman's H. P. Lovecraft», en *Los Angeles Review of Books* (13 de abril de 2013), disponible en [https://lareviewofbooks.org/article/lets-get-weird-on-graham-harmans-h-p-lovecraft/].

Szumskyj, B. S. J. y Joshi S. T. (eds.), *Fritz Leiber and H. P. Lovecraft: Writers of the Dark*, Holicong (PA), Wildside, 2003.

Taylor, J., «"A Mountain Walked or Stumbled": Madness, Apocalypse, and H. P. Lovecraft's "The Call of Cthulhu"», disponible en [https://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.447.5107&rep=rep1&type=pdf].

Tierney, R. L., «The Derleth Mythos», en *HPL: A Tribute to Howard Phillips Lovecraft*, M. Frierson y P. Frierson (eds.), Birmingham (AL), The Editors, 1972, 1975.

—, «When the Stars Are Right», en *Discovering H. P. Lovecraft*, D. Schweitzer (ed.), Holicong (PA), Wildside, 2001, pp. 67-71.

Tyson, D., *The Dream World of H. P. Lovecraft*, Woodbury (MN), Llewellyn Worldwide, 2010.

—, *The 13 Gates of the Necronomicon*, Woodbury (MN), Llewellyn, 2010.

Wallace, B., «The Untravelled Roads 'Round Arkham», en *Essays Lovecraftian*, D. Schweitzer (ed.), Baltimore, T-K Graphics, 1976, pp. 76-79.

Waugh, R. H., «The Blasted Heath in "The Colour Out of Space": A Nightmare Theodicy», en *Lovecraft Studies* 45 (primavera de 2005), pp. 10-21.

—, «Bloch and Leiber: The Siblings at War with Lovecraft», en *A Monster of Voices: Speaking for H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus, 2011, pp. 109-130.

—, «Dr. Margaret Murray and H. P. Lovecraft: The Witch-Cult in New England», en *Lovecraft Studies* 31 (otoño de 1994), pp. 2-9.

—, «Documents, Creatures, and History in H. P. Lovecraft», en *Lovecraft Studies* 25 (otoño de 1991), pp. 2-10.

—, «Lovecraft's Rats and Doyle's Hound: A Study in Reason and Madness», en *Lovecraft Annual* 7 (2013), pp. 60-74.

—, *The Monster in the Mirror: Looking for H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus, 2006.

—, *A Monster of Voices: Speaking for H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus, 2011.

—, «The Weird Historical Novel: Jonathan Strange & Mr. Norrell, The Case of Charles Dexter Ward, and Other Historical Ventures», en *A Monster of Voices: Speaking for H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus, 2011, pp. 131-156.

Weinberg, R., «H. P. Lovecraft and Pseudomathematics», en *Discovering H. P. Lovecraft*, D. Schweitzer (ed.), Holicong (PA), Wildside Press, 2001, pp. 88-91.

—, *The* Weird Tales *Story*, Berkeley Heights (NJ), Wildside, 1999.

Wetzel, G. T., «The Cthulhu Mythos: A Study», en *H. P. Lovecraft: Four Decades of Criticism*, S. T. Joshi (ed.), Athens (OH), Ohio University Press, 1980, pp. 79-95.

Wilson, E., «Mr. Holmes, They Were the Footprints of a Gigantic Hound!», en *The New Yorker* (17 de febrero de 1945).

—, «Oo, Those Awful Orcs», en *The Nation* (14 de abril de 1956).

—, «Tales of the Marvelous and the Ridiculous», en *The New Yorker* (24 de noviembre de 1945) [reed.: *Wilson's Classics and Commercials: A Literary Chronicle of the Forties*, Nueva York, Farrar, Straus, 1950].

Zanger, J., «Poe's Endless Voyage: *The Narrative of Arthur Gordon Pym*», en *Papers on Language and Literature* 22/3 (verano de 1986), pp. 276-283.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Allen, R. H., *Star Names: Their Lore and Meaning*, Mineola, Nueva York, Dover, 1963.

Amundsen, R., *The South Pole*, A. G. Chater (trad.), Londres, John Murray, 1913. 2 vols [ed. cast.: *Polo Sur, 1910-1912: Relato de la expedición noruega a la Antártica del Fram*, J. F. García Rosado (trad.), Madrid, Interfolio, 2011].

Arenstein, J., *Austria at the International Exhibition of 1862*, Viena, Imprenta Oficial Imperial, 1862.

Baring-Gould, S., *Curious Myths of the Middle Ages*, Second Series, Londres, Oxford y Cambridge, Rivingtons, 1868.

Beck, J. C., *Vermont Recollections*, Maine, University of Maine, 1995.

Belcher, H. y Swale, E., «To Catch a Falling Star», en *Folklore* 95/2 (1984), pp. 210-220.

Bell, M. E., *Food for the Dead: On the Trail of New England's Vampires*, Middletown (CT), Wesleyan University Press, 2001.

Birkhead, E., *The Tale of Terror: A Study of the Gothic Romance*, Londres, Constable & Company, 1921.

Brewer, E. C., *Dictionary of Phrase and Fable*, Filadelfia, Henry Altemus, 1894.

Brush, S. G., «Early History of Selenogony», en *Origin of the Moon*, W. K. Hartmann, R. J. Phillips y G. J. Taylor (eds.), Houston, Lunar & Planetary Institute, 1986, pp. 3-15.

Calmet, A., *The Phantom World; or, the Philosophy of Spirits, Apparitions, Etc.*, H. Christmas (ed.), Londres, R. Clay, 1850.

Campbell, J., *The Masks of God, Volume 4: Mythology*, Nueva York, Penguin, 1991 [ed. cast.: *Las máscaras de Dios IV: mitología creativa*, B. Urrutia (trad.), Girona, Atalanta, 2018].

Carlson, E. A., *The Unfit: A History of a Bad Idea*, Cold Spring Harbor (NY), Cold Spring Harbor Laboratory Press, 2001.

Chace, H. R., *Owners and Occupants of the Houses, Lots and Shops in the Town of Providence Rhode Island in 1798*, Providence, edición privada, 1914.

Clauson, J. E., *These Plantations*, Providence, Roger Williams Press, 1937.

Coffman, E. M., *The War to End All Wars: The American Military Experience in World War I*, Lexington, University Press of Kentucky, 1998.

Cohen, C. L., *God's Caress: The Psychology of Puritan Religious Experience*, Nueva York, American Council of Learned Societies E-book Project, 2001.

Coleridge, S. T., «Reseña de *The Monk*», en *The Norton Anthology of English Literature*, S. Greenblatt y M. H. Abrams (eds.), Nueva York, W.

W. Norton, 2006, pp. 603-606.

Crane, C. E., *Pendrift*, Brattleboro (VT), Stephen Daye Press, 1931.

Dalley, S., *The Mystery of the Hanging Garden of Babylon: An Elusive World Wonder Traced*, Nueva York, Oxford University Press, 2013.

Daniels, L., *Living in Fear: A History of Horror in the Mass Media*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1975.

Dunlap, W., *History of the Rise and Progress of the Arts of Design in the United States*, Nueva York, George P. Scott & Co., 1834.

Dunsany, L., *Patches of Sunlight*, Londres, William Heinemann, 1938.

—, *Tales of War*, Boston, Little, Brown & Company, 1919.

Elworthy, F. T., *The Evil Eye*, Londres, John Murray, 1895 [reed.: Nueva York, Bell Publishing Company, 1989].

Encyclopædia Britannica, 9.ª ed., reimpresión R. S. Peale, Chicago, The Werner Company, 1893.

Encyclopædia Britannica, 11.ª ed., Nueva York, The Encyclopædia Britannica Company, 1910.

Fell-Smith, C., *John Dee*, Londres, Constable & Co., 1909.

Field, E., *Manual of the Rhode Island Society of the Sons of the American Revolution*, Central Falls (RI), E. L. Freeman and Sons, 1800.

—(ed.), *State of Rhode Island and Providence Plantations at the End of the Century*, Boston y Syracuse, The Mason Publishing Company, 1902, 2 vols.

Fiske, J., *Myths and Myth-Makers: Old Tales and Superstitions Interpreted by Comparative Mythology*, Cambridge (MA), Riverside Press, 1902.

Finger, S., *Origins of Neuroscience*, Nueva York, Oxford University Press, 1994.

Forbes, B. C., «Edison Working on How to Communicate with the Next World», en *American Magazine* (octubre de 1920).

Fort, C., *The Complete Books of Charles Fort*, Nueva York, Dover, 1974 [ed. que contiene *The Book of the Damned, Lo*!, *Wild Talents*, y *New Lands]*.

Gardner, M., *Did Adam and Eve Have Navels? Debunking Pseudoscience*, Nueva York, W. W. Norton, 2001 [ed. cast.: *¿Tenían ombligo Adán y Eva?*, J. M. Ibeas Delgado (trad.), Barcelona, Debate, 2001].

Gibbon, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, H. H. Milman (ed.), Nueva York, Harper & Bros., 1879, 6 vols. [ed. cast.: *Decadencia y caída del Imperio Romano*, J. M. Sánchez de León (trad.), Barcelona, Atalanta, 2013].

Ginzburg, C., *Ecstasies: Deciphering the Witches' Sabbath*, Raymond Rosenthal (ed.), Chicago, University of Chicago Press, 2004.

Goulart, R., *An Informal History of the Pulp Magazines*, Nueva York, Ace, 1973.

Graves, R., *The White Goddess: A Historical Grammar of Poetic Myth*, corregida y ampliada, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1966 [ed. cast.: *La diosa blanca: una gramática histórica del mito poético*, L. G. Echevarri (trad.), Madrid, Alianza, 2015].

Greene, W. A., *The Providence Plantations for Two Hundred and Fifty Years: An Historical Review of the Foundation, Rise and Progress of the City of Providence*, Providence, J. A. and R. A. Reid, 1886.

Haefele, J. D., *August Derleth Redux: The Weird Tale 1930-1971*, Odense, H. Harksen, 2009.

Henderson, S. R., «Architecture and Theosophy: An Introduction», en *Architronic* 7/2 (1998), disponible en [https://oaks.kent.edu/journals/architronic-electronic-journal-architecture/vol8/iss1/architecture-and-theosophy].

Heschel, A. J., *The Prophets*, Nueva York, Harper Perennial, 2001.

Homero, *The Iliad*, R. Fagles (trad.), Nueva York, Penguin, 1991 [ed. cast.: *Ilíada*, A. López Eire (ed. y trad.), Madrid, Cátedra, 2007].

Homero, *The Odyssey*, A. T. Murray (trad.), Cambridge (MA), Harvard/Loeb Classical Library, 1919 [ed. cast.: *Odisea*, A. López Eire (ed. y trad.), Madrid, Cátedra, 2006].

Hornig, C. D., *The Fantasy Fan, The Fans' Own Magazine: September 1933-February 1935*, facsímil de Lance Thingmaker, 2010.

Howard-Bury, C. K., *Mount Everest: The Reconnaissance, 1921*, Nueva York, Longmans, Green and Co., 1922.

James, E. y Mendelsohn F. (eds.), *The Cambridge Companion to Fantasy Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

Jeans, J. H., *The Universe Around Us*, Nueva York, Macmillan, 1929.

Johnson, P. R., *Johnson's Business and Professional Directory of Providence, etc.*, P. R. Johnson, 1901.

Joshi, S. T., *Unutterable Horror: A History of Supernatural Fiction*, Hornsea, PS Publishing, 2012, 2 vols.

—, *The Weird Tale*, Holicong (PA), Wildside Press, 2003.

Kimball, G. S., *Pictures of Rhode Island in the Past, 1642-1833*, Providence, Preston & Rounds, 1900.

—, *Providence in Colonial Times*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1912.

King, S., *Just After Sunset*, Nueva York, Pocket Books, 2009.

Lescarboura, A. C., «Edison's Views on Life After Death», en *Scientific American* (octubre de 1920).

Lévi, E., *The Mysteries of Magic: A Digest of the Writings of Eliphas Lévi*, A. Edward Waite (trad. y ed.), Londres, George Redway, 1886.

—, *Transcendental Magic: Its Doctrine and Ritual*, A. Edward Waite (trad. y ed.), Londres, George Redway, 1896.

Lichauco, M. P. y Moorfield S., *The Conquest of the Philippines by the United States, 1898-1925*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1926.

Macdonald, D. L. y Scherf, K. (eds.), *The Vampyre and Ernestus Berchtold; or, The Modern Oedipus: Collected Fiction of John William Polidori*, Toronto, University of Toronto Press, 1994.

Marinetti, F. T., *Let's Murder the Machine: Selected Writings/F. T. Martinetti*, R. W. Flint (ed. y trad.) y A. A. Coppotelli (trad.), Los Ángeles, Sun and Moon Press, 1991.

McGhee, R., *The Last Imaginary Place: A Human History of the Arctic World*, Chicago, University of Chicago Press, 2005.

McNamara, P. H., *Nightmares: The Science and Solution of Those Frightening Visions During Sleep (Brain, Behaviour and Evolution)*, Westport (CT), Praeger, 2008.

Melton, J. G., *The Vampire Book*, Detroit y Londres, Visible Ink, 1999.

Miller, J. (impr.), *Collections of the Rhode Island Historical Society*, Providence, 1827.

Montgomery, M. C., «The Modernization of the Salon of the Société Nationale», en *Apollo: The International Magazine for Collectors* (octubre de 2003).

Munger, F. M., «A Jack in the Box: An Account of the Strange Performances of the Most Wonderful Island in the World», en *National Geographic* (febrero de 1909).

Nash, H. S., *Genesis of the Social Conscience: The Relation Between the Establishment of Christianity in Europe and the Social Question*, Nueva York, Macmillan & Co., 1897.

Nolan, L. y Nolan J. E., *Secret Victory: Ireland and the War at Sea, 1914-1918*, Blackrock, Mercier Press, 2009.

Parry-Jones, W. L., *The Trade in Lunacy: A Study of Private Madhouses in England in the Eighteenth and Nineteenth Centuries*, Londres, Routledge, 1972 [reed.: 2013].

Pernick, M. S., *The Black Stork: Eugenics and the Death of «Defective» Babies in American Medicine and Motion Pictures Since 1915*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.

Philbrick, N., *Sea of Glory*, Nueva York, Penguin, 2004.

Plinio Segundo, C., *Naturalis historia*, P. Holland (trad.), 1601, Londres, edición privada del Club Wernerian, 1847-1848, 37 vols. [ed. cast.: *Historia natural*, M. J. Cantó Llorca, I. Gómez Santamaría, E. Tarriño y S. Gómez Marín (eds. y trads.), Madrid, Cátedra, 2002].

Poe, E. A., *Complete Poems*, vol. 1 de *Complete Works*, T. Ollive Mabbott (ed.), Cambridge (MA), Harvard University Press, 1978 [ed.

cast.: *Poesía completa*, J. F. Ruiz Casanova (ed. y trad.), Madrid, Cátedra, 2016].

Prerau, D., *Seize the Daylight: The Curious and Contentious Story of Daylight Saving Time*, Nueva York, Thunder's Mouth Press, 2005.

Punter, D., *The Literature of Terror: A History of Gothic Fictions from 1765 to the Present Day*, Londres, Longman, 1996, 2 vols.

Putnam, G. R., «Hidden Perils of the Deep», en *National Geographic* (septiembre de 1909).

Radford, E. y Radford M. A., *Encyclopædia of Superstitions*, Nueva York, The Philosophical Library, 1949.

Railo, E., *The Haunted Castle: A Study of the Elements of English Romanticism*, Londres, George Routledge & Sons, 1927.

Randi, J., *Flim- Flam! The Truth About Unicorns, Parapsychology, and Other Delusions*, Nueva York, Lippincott & Crowell, 1980. [ed. cast.: *Fraudes paranormales: fenómenos ocultos, percepción extrasensorial y otros engaños*, Pruzzo de Borgui (trad.), Madrid, Tikal, 1995].

Rice, P. J., «Beginning with Candle Making: A History of the Whaling Museum», en *Historic Nantucket* (verano de 1998).

Rink, H., *Tales and Traditions of the Eskimo, with a Sketch of Their Habits, Religion, Language, and Other Peculiarities*, Edimburgo y Londres, William Blackwood and Sons, 1875.

Röhl, J. C. G., *Wilhelm II: The Kaiser's Personal Monarchy, 1888-1900*, S. de Bellaigue (trad.), Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

Scarborough, D., *The Supernatural in Modern English Fiction*, Nueva York y Londres, G. P. Putnam's Sons, 1917.

Simmons, W. S., *Spirit of the New England Tribes: Indian History and Folklore, 1620-1984*, Hannover, University Press of New England, 1986.

Skinner, C. M., *Myths and Legends of Our Own Land*, 4.ª ed., Nueva York y Filadelfia, J. B. Lippincott & Co., 1896.

Slafter, E. F., *John Checkley; or, the Evolution of Religious Tolerance in Massachusetts Bay*, Boston, 1897, disponible en [http:// www.archive. org/stream/johncheckleyorev01slaf#page/n9/ mode/2up].

Spence, L., *Encyclopedia of the Occult*, Londres, Bracken, 1994.

Spoto, D., *The Kindness of Strangers: The Life of Tennessee Williams*, Nueva York, Da Capo, 1985.

Staples, W. R., *Annals of the Town of Providence*, Providence, Knowles & Vose, 1843

Stetson, G. R., «The Animistic Vampire in New England», *The American Anthropologist* 9/1 (enero de 1896), pp. 1-13.

Sweet, F. H., «Callum's Cot'in- A Plantation Idyl», *The Craftsman* 11

(octubre de 1906-marzo de 1907), pp. 712-727.

Thoreau, H. D., *The Maine Woods, Introduction by Edward Hoagland*, Nueva York, Penguin, 1988 [ed. cast.: *Los bosques de Maine*, H. Silva Miguel (trad.), Santa Cruz de Tenerife, Baile del Sol, 2005].

Upham, C. W., *Salem Witchcraft*, Boston, Wiggin & Lunt, 1867, 2 vols.

Waite, A. E., *Lives of Alchemystical Philosophers Based on Materials Collected in 1815*, Londres, George Redway, 1888.

Watkins, A., *Early British Trackways: Moats, Mounds, Camps and Sites*, Hereford (RU), The Watkins Meter Company, 1922.

Weinberg, R. E., *The Weird Tales Story*, Berkeley Heights (NJ), Wildside, 1999.

Wilkinson, W., *An Account of the Principalities of Wallachia and Moldavia, with Various Political Observations Relating to Them*, Londres, Longman, Hurst, Rees, Orme y Brown, 1820.

Wolf, N., *The Art of the Salon: The Triumph of 19th Century Painting*, Múnich, Londres Nueva York, Prestel, 2012.

Woodward, W. W., *Prospero's America: John Winthrop, Jr., Alchemy, and the Creation of New England Culture (1606-1676)*, Chapel Hill (NC), University of North Carolina Press, 2010.

Wright, M. I. y Sullivan R. J., *The Rhode Island Atlas*, Providence, Rhode Island Publications Society, 1982.

NOTAS

1 Estos versos aparecieron por primera vez en el relato de Lovecraft, «La ciudad sin nombre» (1921), y, posteriormente, en «La llamada de Cthulhu» (1926). Aunque en ambos relatos se atribuye su autoría al ficticio «poeta loco» Abdul Alhazred, solo en la segunda de dichas historias se indica explícitamente que dichos versos se incluían originalmente en el *Necronomicón*, el libro místico inventado por Lovecraft. Véase la n. 2 (*infra*, p. 193) de «El horror de Dunwich», para saber más acerca del *Necronomicón.*

2 Las revistas *pulp* eran revistas baratas impresas en papel de *pulpa* (de ahí su nombre) generalmente dedicadas a los géneros más populares: erotismo, aventuras, *thriller*, misterio, terror, wéstern y ciencia ficción, considerados de escasa calidad literaria, pero cuyos temas e imaginería han influido enormemente en la cultura popular contemporánea; la saga de *Star Wars, Indiana Jones*, Superman o Batman hunden sus raíces en los héroes y aventureros del *pulp*, sin desmerecer otras influencias. *[N. del T.]*

3 Extraído de «Some Notes on a Nonentity», un ensayo autobiográfico de novecientas palabras destinado a prologar una antología, pero que fue finalmente descartado. No se publicó hasta después de la muerte de Lovecraft, apareciendo en el volumen de la editorial Arkham House, *Beyond the Wall of Sleep* (1943), la segunda recopilación de sus relatos de ficción publicada por August Derleth y Donald Wandrei. [*N. del T.*: en las palabras finales de este párrafo Lovecraft se refiere al *weird fiction*, traducido aquí como «literatura de lo extraño», una denominación inventada por el propio Lovecraft para etiquetar un subgénero del fantástico, sobre todo anglosajón, surgido a caballo entre los siglos XIX y XX, y ya completamente alejado del cuento gótico de miedo. El *weird fiction*, muy influenciado por los avances científicos y tecnológicos de la época y el impacto que estos produjeron en el concepto que se tenía del ser humano y su lugar en el mundo, se caracterizaba por emplear un armazón de relato macabro o de terror al que se le añadían temas sobrenaturales, fantásticos,

míticos, psicológicos, científicos y filosóficos. Aunque se trate de una etiqueta un tanto escurridiza, el *weird* ha aparecido como término crítico y editorial en el mundo literario anglosajón en repetidas ocasiones a lo largo del siglo XX, como demuestra el más reciente *new weird* de finales de la década de los noventa, *revival* en el que despuntaron el británico China Miéville, autor de *La estación de la calle Perdido*, y el norteamericano Jeff VanderMeer, cuya obra más conocida, *Aniquilación*, fue llevada al cine en 2018. Aparte del propio Lovecraft y su círculo, entre los escritores de *weird* más conocidos se podría nombrar a William Hope Hodgson, Lord Dunsany, Arthur Machen, M. R. James y Algernon Blackwood, y, posteriormente, Mervyn Peake o Robert Aickman, todos ellos precedidos por Mary Shelley y Edgar Allan Poe, a quien Lovecraft consideraba padre de la «fantasía sobrenatural»].

4 Se trata de un ejercicio de autodesprecio muy propio de Lovecraft, puesto que aunque es cierto que la ficción de Lord Dunsany guarda cierta similitud con sus obras, Lovecraft había escrito sus historias «dunsanianas» mucho antes de descubrir al escritor irlandés.

5 Carta enviada a James F. Morton, fechada el 14 de mayo de 1933 y recogida en *Selected Letters, 1932-1934*, A. Derleth y J. Turner (eds.), Sauk City (WI), Arkham House, 1976, pp. 186-188, en lo sucesivo *Selected Letters*, IV.

6 Las fechas incluidas en este volumen se basan en los meticulosos estudios de S. T. Joshi y en su biografía de Lovecraft, editada en dos volúmenes, *Yo soy Providence: La vida y época de H. P. Lovecraft*. También se incluyen las fechas de publicación, aunque en muchos casos los relatos de Lovecraft no vieron la luz hasta fechas posteriores a su fallecimiento.

7 Escrito en el verano de 1917, este relato apareció por primera vez en *The Vagrant* 11 (noviembre de 1919), pp. 23-29 y más tarde en *Weird Tales* 2/3 (octubre de 1923), pp. 23-25.

8 La Primera Guerra Mundial, también conocida como la Gran Guerra, comenzó el 28 de junio de 1914. Lovecraft intentó alistarse pero fue rechazado, primero en el ejército, y más tarde en la Guardia Nacional de Rhode Island, pero sus diversas dolencias (y la decisiva intervención de su madre) evitaron su reclutamiento.

9 En la versión publicada en *The Vagrant*, el narrador se refiere a «la marina del Káiser». El término «hunos», popularizado por la propaganda aliada, pasó a emplearse más tarde para denominar a todos los soldados del ejército alemán durante la Gran Guerra.

10 El narrador se refiere al cambio en la estrategia bélica de los submarinos de guerra alemanes, o *Unterseeboot* (*U-boot*) durante la guerra. Al principio, los almirantes alemanes observaban las reglas de apresamiento que regían la captura de navíos civiles, tripulación y

pasajeros incluidos, un protocolo firmado internacionalmente durante el siglo XIX. Sin embargo, el 20 de octubre de 1914, el *U-17* alemán hundió el *SS Giltra*, un navío mercante, cerca de la costa noruega. El 4 de febrero de 1915, el káiser declaró zona de guerra las aguas territoriales de Inglaterra e Irlanda. A partir de entonces, los capitanes de submarinos alemanes tenían permiso para hundir navíos mercantes, incluso aquellos que pudieran ser neutrales, sin previo aviso.

11 No existen registros de ninguna erupción volcánica terrestre acaecida en 1914 o 1915. Los registros de actividad volcánica submarina de aquellos años son muy escasos o inexistentes.

12 Una luna algo más llena que la media luna. En «Dispatches from the Provicence Observatory Astronomical Motifs and Sources in the Writings of H. P. Lovecraft», T. R. Livesey señala que la luna llena aparece durante al atardecer y los cuartos lo hacen a mediodía o medianoche; por tanto, una luna gibosa que se encontrase «cerca del cénit» tendría que haber aparecido tras el ocaso. Es decir, las observaciones sobre la luna que aparecen en esta historia son correctas.

13 En el poema de John Milton, *El paraíso perdido* (1667), una versión de la historia bíblica sobre la caída del hombre, Satán se rebela contra Dios y asciende desde el Tártaro, donde había sido arrojado, hasta el mundo material. En la mitología griega, Tártaro es tanto el nombre que recibe una deidad primordial como un lugar ubicado en las entrañas del inframundo.

14 Se trata de una referencia al río Estigia situado en las regiones oscuras y tenebrosas que limitan con el mundo de los muertos.

15 La escena se asemeja al descubrimiento del monolito, primero por los monos y más tarde por los seres humanos que llegan a la Luna, en la película de Stanley Kubrick, *2001: Una odisea del espacio* (1968).

16 «Científico» era un término relativamente nuevo en la época. Según el *Oxford English Dictionary*, se empleó por primera vez en 1840.

17 «Enorme, gigantesco, semejante al cíclope de la mitología clásica» (E. Cobham Brewer, *Dictionary of Phrase and Fable*, p. 322, en lo sucesivo, Brewer). Lo único que se puede afirmar con seguridad sobre las criaturas que levantaban estas estructuras es su gusto por los edificios grandes. En «La llamada de Cthulhu» estos seres reciben el nombre de «primordiales», pero, tras la reorganización y sistematización del panteón *lovecraftiano* llevado a cabo por August Derleth con posterioridad a la muerte de Lovecraft, esta denominación pasó a ser la mucho más formal «Dioses Arquetípicos».

18 Durante mucho tiempo se ha especulado con la existencia de criaturas desconocidas para la ciencia que habitarían las profundidades oceánicas y las grandes simas abisales. Algo que se

puede comprobar, por ejemplo, en *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869) la novela de Julio Verne en la cual el submarino del capitán Nemo sufre el ataque de un calamar gigante.

19 Paul Gustave Doré (1832-1883) era un artista francés, grabador y escultor, conocido por su sobrecogedor libro de viajes ilustrado, *Londres. Una peregrinación* (1872), una colección de 180 grabados donde se representaban algunos de los barrios londinenses más degradados.

20 Edward George Earle Lytton Bulwer-Lytton, primer barón de Lytton (1803-1873), era un escritor inmensamente popular en su época. Bulwer-Lytton acuñó muchas frases, pero siempre se le recordará por la florida prosa que abría su novela de 1830, *Paul Clifford*: «Era una noche oscura y tormentosa; la lluvia caía en cataratas, excepto a intervalos ocasionales, cuando se veía arrastrada por rachas de viento que barrían las calles (puesto que es en Londres donde acontece esta historia), tamborileando en los tejados, y agitando furiosamente la escasa luz de las lámparas que luchaba por abrirse paso en la oscuridad». Bulwer-Lytton escribió muchas historias de terror y ciencia ficción, como la muy popular «La casa y el cerebro» (1859).

21 En 1912, el arqueólogo amateur Charles Dawson afirmaba haber reconstruido el cráneo de un hombre prehistórico anterior a los especímenes conocidos entonces, basándose en los fragmentos de hueso encontrados en Piltdown (East Sussex, Inglaterra). El «hombre de Piltdown», como acabó llamándose el descubrimiento, se puso en duda en numerosas ocasiones, pero hasta 1953 no se pudo demostrar que se trataba de un fraude creado por un bromista desconocido.

22 Los Neandertales -*Homo neanderthalensis* u *Homo sapiens neanderthalensis*- fueron descubiertos por Philippe-Charles Schmerling en 1829. Se cree que habitaron la Tierra hace unos 130.000 años.

23 Polifemo, hijo de Poseidón, el dios del mar, era un cíclope gigante con un solo ojo en medio de la frente.

24 S. T. Joshi señala que la criatura está *adorando* el monolito, tal como hacen las criaturas representadas en él (*The Rise and Fall of the Cthulhu Mythos*, p. 27). Nótese que los seres esculpidos en el monolito son bastante grandes, así que podemos concluir que la criatura pertenece a dicha raza.

25 Dagón era el nombre de un «ídolo de los filisteos, medio mujer, medio pez» (Brewer, p. 325). En *El paraíso perdido* de Milton también aparece una referencia a este dios:

> *Dagón es su nombre, monstruo marino, arriba hombre*
> *abajo pez; orgulloso templo exhibía*

en Azoto erigido, temido por todo el litoral
de Palestina, en Gad y Ascalón,
y en Ecrón y los límites de Gaza.

La Biblia también menciona la adoración a Dagón («pececillo» en hebreo) en el templo de Azoto, una antigua ciudad filistea que ahora se conoce como Asdod, al sur de Israel (I S 5, 1-7). Posteriormente, Dagón se fusionó con un dios agrícola y pasó a ser adorado por todo el país de los filisteos. Sin embargo, la *Encylopædia Britannica* (9.ª ed.) sugiere que la parte humana del ídolo desapareció «quedando únicamente su forma de pez».

26 Escrito durante el verano de 1921, «El extraño» se publicó por primera vez en *Weird Tales* 7/4 (abril de 1926), pp. 449-453.

27 Consúltese al respecto el innovador artículo de Dirk W. Mosig, «An Analytical Interpretacion: The Outsider, Allegory of the Psyche» en el que Mosig abogaba por una interpretación *jungiana* del relato de Lovecraft.

28 Esta cita corresponde a la última estrofa del poema «La víspera de Santa Inés», líneas 372-375, de John Keats, publicada por primera vez en *Lamia, Isabella, The Eve of St. Agnes and Other Poems* (1820). William Fulwiler sostiene que el objeto de estos versos es señalar al lector que los acontecimientos narrados se corresponden a un sueño. ¿Cómo si no explicar las numerosas inconsistencias del relato? («Reflections on "The Outsider"», en *Lovecraft Studies* ½ (primavera de 1980), pp. 3-4)

29 Mollie Burleson afirma que estos comentarios «típicamente góticos, que podrían haber sido pronunciados por una mujer moderna», revelan que el narrador del relato «es una mujer, una extraña en un mundo dominado por hombres» («The Outsider: A Woman?», en *Lovecraft Studies* 22/23 [otoño de 1990], pp. 22-23).

30 ¿Quién enseñó al narrador a leer? Curiosamente, en el *Frankenstein* de Mary Shelley, la criatura aprende a leer sin la ayuda de un profesor.

31 S. T. Joshi sugiere que estos rostros corresponden a los descendientes del narrador (*H. P. Lovecraft, Decline of the West*, Berkeley Heights (NJ), Wilside, 1990, p. 120).

32 Del griego ειδωλον (*eídōlon*), «ídolo»; imagen, fantasma, aparición.

33 Paul Monteleone sostiene que esta aparición se trata de un cadáver. Al darse cuenta de este hecho, el narrador, que busca restaurar la vida y el paso del tiempo, se da cuenta de que en el fondo, bajo toda existencia «no hay más que un mero cadáver, un montón de polvo que sueña el interminable sufrimiento del mundo. Este es el

sentido oculto de su búsqueda, que es él mismo quien da significado al mundo» («The Inner Significance of "The Outsider"», en *Lovecraft Studies* 35 [otoño de 1996], pp. 9-21).

34 H. P. Lovecraft incorporó por primera vez a los *guls* (demonios necrófagos de la mitología árabe) a sus narraciones en 1921, los cuales aparecen asimismo en «La ciudad sin nombre».

35 Una droga empleada para obtener el olvido, del griego *nephentés*, «que disipa el dolor». En la mitología griega los dioses utilizaban el nepente para «aliviar el alma» y Homero lo menciona en la *Odisea* (canto IV, v. 221).

36 Nefrén-Ka es mencionado en la novela de Lovecraft, *El caso de Charles Dexter Ward*, escrita entre enero y marzo de 1927. En «El morador de las tinieblas», escrita en noviembre de 1935, se indica que se trata de un faraón (véase *infra*, p. 459).

37 Hadoth también es mencionado en *El caso de Charles Dexter Ward*.

38 Nitocris, la primera mujer que tomó el título de faraón, y supuestamente la última gobernante de la sexta dinastía de Egipto (2345-2180 a.C.), invitó a los asesinos de su hermano y marido, el rey de Egipto, a un banquete celebrado en un templo bajo el Nilo durante el transcurso del cual los ahogó a todos. [*N. del T.*: actualmente se considera que Nitocris era un personaje legendario creado durante el Bajo Imperio. La leyenda del banquete, que fue registrada por Heródoto en sus *Historias* (Libro II), parece inspirada en Nitocris II, una princesa egipcia de la XXVI dinastía (560 a.C.) quien organizó desde Libia la resistencia contra la ocupación persa de Egipto, particularmente contra los colaboracionistas que habían propiciado la muerte de su hermano Psamético III].

39 El descubrimiento de la imagen reflejada recuerda tanto al relato de Edgar Allan Poe, «William Wilson» (1839), que H. P. Lovecraft conocía perfectamente, como a «La noche de diciembre» (1835), el poema de Alfred de Musset. En ciertos aspectos, también evoca los temas centrales de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1886), de Robert Louis Stevenson, y *El retrato de Dorian Gray* (1891), de Oscar Wilde, volúmenes ambos que H. P. Lovecraft poseía en su biblioteca.

Forrest Jackson señala que, tal como ocurre en el *Frankenstein* de Mary Shelley, donde la criatura toma conciencia de su condición monstruosa al contemplar su imagen en un estanque, el narrador de «El extraño» queda devastado al descubrir su reflejo. Ambas visiones se producen al relacionarse con seres humanos normales. «Al final», escribe Jackson, «una vez se ha definido la monstruosidad del narrador mediante el proceso de socialización, solo el suicidio o el nepente pueden destruir la imagen del doble y la locura que trae consigo» («The Reflection of Narcissus: And How It Applies to

Shelley's Frankenstein And Lovecraft's "The Outsider"», en *Crypt of Cthulhu* 13/3 [día de Lammas, primero de agosto de 1994], pp. 9-13).

40 Escrita muy probablemente en diciembre de 1921, esta historia apareció por primera vez en *National Amateur* 44/4 (marzo de 1922), pp. 38-40. Se reimprimió en *Weird Tales* 5/5 (mayo de 1925), pp. 219-224 y volvió a ser publicada de nuevo en *Weird Tales* 24/5 (noviembre de 1934), pp. 644-648 y 655-656. En 1936 Lovecraft afirmaba que era su segunda historia favorita de entre todas las que había escrito hasta la fecha (siendo la primera «El color que cayó del cielo», [*infra*, pp. 149-191]), basando este veredicto en que «no es tan mala como el resto de mis historias. Me gusta más por lo que no tiene que por lo que tiene». (Carta dirigida a Wilfred Blanch Talman el 10 de noviembre de 1936, y aparecida en *Selected Letters, 1934-1937*, A. Derleth y J. Turner (eds.), Sauk City (WI), Arkham House, 1976, p. 348, en lo sucesivo, *Selected Letters*, V).

41 El nombre de la calle es de resonancias claramente francesas, pero dicha vía no aparece en ningún callejero del mundo. Donald R. Burleson señala que podría traducirse como «en el umbral», como si el relato sugiriese que, al atravesar dicha calle, el narrador se encontrase «en el umbral de una serie de inmensas y terroríficas revelaciones» (*H. P. Lovecraft: A Critical Study*, p. 94, n. 26). Robert M. Price prefiere la palabra «alféizar» en lugar de «umbral», fijándose en la ventana de Zann. («Erich Zann and the Rue d'Auseil», *Lovecraft Studies* 22/23 [otoño de 1990], p. 13). [*N. del T.: d'Auseil* es una expresión que no existe en francés, con toda probabilidad se trate de una corrupción de *au seuil*, esto es, «en el umbral»].

42 Según escribe Price en su artículo «Erich Zann and the Rue d'Auseil», esta descripción sugiere que «la calle provoca en el narrador una regresión, tanto en el tiempo, como en el espacio».

43 La viola de gamba (o «viola de pierna») es un instrumento musical parecido a un violonchelo, de fondo plano, caja de hombros caídos y oídos en forma de «C», posee de cinco a siete cuerdas y su sonido es algo más grave que el del violín. Este instrumento fue muy popular durante el Renacimiento y el Barroco, por lo que resulta poco probable que fuese el instrumento del miembro de «una orquestina de baja estofa» (aunque es posible que tocase el violín o el violonchelo en dicha orquesta y guardase la viola para tocar en privado).

44 ¿Es posible que esta afirmación -«firmaba con el nombre de Erich Zann»- indique que no se trata de su verdadero nombre, sino de un pseudónimo? Carl Buchanan, en su interpretación freudiana de este relato, señala que, según la etimología escandinava, *Erich* significa «rey» en nórdico antiguo y *Zand* significa «arena» en holandés, lo que indicaría que la verdadera identidad del músico sería la del Rey del Sueño. («"The music of Erich Zann": A Psychological Interpretation (or

Two)», en *A Century Less a Dream: Selected Criticismn H. P. Lovecraft*, Scott Connors (ed.), Holicong, Pensilvania, Wildside Press, 2002, pp. 224-229). [*N. del T.*: la relación entre la arena y el sueño proviene de la figura del *Sandman*, u «hombre de arena», un personaje originario de la cultura celta, adoptado posteriormente por los anglosajones, que visita a los durmientes esparciéndoles arena mágica en los ojos con el objetivo de provocarles los sueños].

45 «Zann no puede expresarse con palabras que pertenezcan a nuestro mundo», señala Price (véase *supra*, p. 45, n. 2). Su francés escrito es «deplorable» y su intento de comunicarse en alemán es ahogado por un viento sobrenatural.

46 «Esta es, lisa y llanamente, una frase poética y onírica», escribe Robert E. Pierson, «¿dónde volamos y flotamos libremente, si no es en sueños? Lovecraft nos induce a un estado de confusión, un estado en el que el sueño y la realidad chocan y se fusionan de un modo insólito». («High House, Shunned House and a Silver Key», en *Nyctalops* 3/2 [marzo de 1981], p. 6).

47 «Las ratas en las paredes» fue escrita en agosto o septiembre de 1923 y apareció publicada en *Weird Tales* 3/3 (marzo de 1924), pp. 25-31. Tanto Gavin Callaghan como Robert H. Vaughn señalan varias similitudes entre este relato y *El sabueso de los Baskerville*, de Arthur Conan Doyle (escrito en 1901) -véase «Elementary, My Dear Lovecraft: H. P. Lovecraft and Sherlock Holmes», artículo escrito por Callaghan y publicado en el *Lovecraft Annual* 6 (2012), pp. 198-228 y «Lovecraft's Rats and Doyle's Hound: A Study in Reason and Madness», de Vaughn, publicado en *Lovecraft Annual* (2013), pp. 60-75. Lovecraft afirmaba que Poe era su «Dios» pero que Doyle era su «modelo» (carta a Reinhardt Kleiner, fechada el 2 de febrero de 1916, y publicada en *Selected Letters, 1911-1924*, A. Derleth y D. Wandrei (eds.), Sauk City (WI), Arkham House, 1965, pp. 20-21, en lo sucesivo, *Selected Letters*, I).

48 Véase por ejemplo, «Toward a Greater Appreciation of H. P. Lovecraft: The Analytic Approach», de Dirk W. Mosig.

49 Carta a Frank Belknap Long, fechada el 8 de noviembre de 1923, publicada en *Selected Letters*, I, p. 259.

50 No existe un «Exham Priory» en Inglaterra. Sí que puede hallarse un Hexham Priory School y una abadía de Hexham en el norte del país, al oeste de Newcastle upon Tyne, en la localidad de Hexham (en la zona sudoeste de Northumberland).

51 La idea de que la erección de estructuras arquitectónicas de carácter religioso se fueran superponiendo a lo largo del tiempo tiene su origen, al menos en Inglaterra, en el arqueólogo aficionado Alfred Watkins, que la expuso en su obra de 1922, *Early British Trackways: Moats, Mounds, Camps, and Sites* (Hereford, The Watikins Meter Co.; y

Londres, Simpkin, Marshall, Hamilton, Kent, & Co.). En ella, Watkins sugería que las «líneas de visión» o «líneas ley» que marcaban el alineamiento de distintos lugares de importancia arqueológica, señalaban caminos ceremoniales o rutas de carácter mercantil y comercial.

52 Rey de Inglaterra (1603-1625) y Escocia (1567-1625).

53 El título nobiliario de «Exham» también es ficticio y no aparece en el registro de títulos nobiliarios, *Peerage, Baronetage and Knightage of Great Britain and Ireland* (1886). [*N. del T.*: el *Dod's Peerage and Baronetage* es un volumen que contiene un listado de la nobleza británica, incluyendo detalles de los nacimientos, matrimonios y muertes de cada familia que el escritor y periodista irlandés Charles Roger Phipps Dod comenzó a publicar en 1841 y cuyas sucesivas ediciones llegaron hasta 1923].

54 No existe ningún Delapore en los registros históricos norteamericanos anteriores al siglo XIX. Existió un Delapore en Boston en 1882 y aparecen varios en el censo neoyorquino de Manhattan de 1905; un tal Jose Delapore residió en Los Ángeles en 1918. El nombre «De la Poer» parece ser un homenaje tanto a Edgar Allan Poe como a Sarah Helen Power Whitman, un interés romántico del propio Poe y con quien mantuvo una relación sentimental.

55 En Hampshire y Lincolnshire existieron varias familias de apellido Norrys, quienes llevaban largo tiempo establecidas en dichas comarcas, pero no existe registro alguno de ninguna familia Norrys en el norte de Inglaterra. En la edición de 1886 del *Peerage, Baronetage and Knightage of Great Britain and Ireland* aparecen varias familias Norreys, Norris, Norie, Norrie y Norran, pero tampoco ninguna de estas familias estaban establecidas en la zona norte del país. Y, en cualquier caso, ninguno de ellos recibió su título nobiliario hasta el siglo XIX.

56 El estilo gótico dominó la arquitectura europea occidental desde el siglo XII hasta bien entrado el XVI, dando la máxima importancia a la luz y la verticalidad. «Las torres góticas» serían por tanto muy altas y puntiagudas, con ventanas adornadas por tracería de filigrana. Se conservan escasos ejemplos de arquitectura gótica aparte de los edificios catedralicios o eclesiales.

57 El románico es el estilo arquitectónico que precedió al gótico durante los siglos XI y XII, caracterizado por sus arcos de medio punto.

58 Según la mayoría de los etnólogos, los primeros pobladores de las islas británicas eran de etnia celta. Llegaron desde Europa occidental durante el I milenio antes de la era cristiana y dominaron las islas hasta la llegada del Imperio romano, alrededor del siglo i a.C. Tras la retirada de los romanos de Bretaña durante el siglo V d.C., la

población celta indígena del sur quedó limitada al país de Gales, o *Cymry* (palabra galesa que significa «el pueblo»), mientras que el norte seguía ocupado por los celtas gaélicos. Los druidas eran la clase instruida y sacerdotal de los pueblos celtas; las primeras menciones de los druidas en documentos históricos datan del siglo II a.C., aunque, por supuesto, su presencia en la cultura celta podría ser mucho más antigua.

59 Anchester no aparece en ninguna publicación inglesa. Existe un Ancaster en el condado de Lincolnshire, pero se encuentra a casi 200 millas de Hexham. David Haden señala que podría tratarse de Corbridge, a 3 millas al este del Hexham Priory, muy cerca de la antigua ciudad romana de Corstopitum, un campamento militar. David Haden argumenta que los hallazgos arquelógicos encontrados en Corstopitum apoyan la teoría de que la ciudad albergaba un culto a Cibeles/Atys («Of Rats and Legions: H. P. Lovecraft in Northumbria», en *Lovecraft in Historial Context: The Fourth Collection of Essays and Notes*, pp. 109-124).

60 La referencia a «los dueños de las plantaciones vecinas» (Virginia era tierra de plantaciones de tabaco propiedad de grandes terratenientes) deja claro que el narrador se refiere a la Guerra de Secesión norteamericana (1861-1865) y no a la Revolución inglesa (1642-1651). [*N. del T.*: en el mundo anglosajón, la Guerra de Secesión norteamericana se conoce como *American Civil War*, la Revolución inglesa que aupó al poder a Oliver Cronwell a mediados del siglo XVII, se la conoce en inglés como *English Civil War*. En el texto original de Lovecraft aparece como «Civil War» a secas, de ahí la posible confusión].

61 El topónimo «Carfax» deriva del latín «quadrifurcus» o «cuatro caminos», en otras palabras, se trata de un cruce de caminos. Sin embargo, este nombre puede deberse al capricho de los caballeros sureños que podrían haberlo bautizado así por alguna razón peregrina. Por ejemplo, Carfax es un cruce de cuatro calles en el corazón de Oxford, Inglaterra, considerado el centro de la ciudad, así que el nombre podría haberle evocado cierto cosmopolitismo a la familia Delapore. Quizá el Carfax más conocido sea el lugar de descanso de Drácula, cerca de Londres, bautizado de forma impropia como «abadía de Carfax» en la adaptación fílmica de 1931. Según el boletín de la Sociedad Arqueológica de Sussex, el Carfax situado en Horsham, Sussex, fue, a finales del siglo XIX, la dirección de una calle residencial (*Sussex Archaeological Collections Relating to the History and Antiquities of the County*, Lewes, Farncombe & Co., p. xxvi). Hoy en día es una rotonda peatonal, un cenador y un lugar de encuentro de los habitantes de la localidad.

62 Se trata de un río de 350 millas de largo que fluye en su

totalidad por el Estado de Virginia. Puesto que la capital de la Confederación estaba ubicada en Richmond (véase *infra*, p. 63, n. 18), la mayoría de los combates en el frente este de la Guerra de Secesión, tuvieron lugar en Virginia. Richmond fue arrasada por las llamas en los últimos días de la guerra, pero también se produjeron muchos incendios en las zonas colindantes, así que el dato de que Carfax cayera presa de las llamas no nos sirve de mucho para ubicar su situación dentro del Estado de Virginia.

63 Aunque el narrador recuerda ese día con horror, los rezos y alaridos podrían haber sido meras manifestaciones de alegría por parte de unos esclavos que pronto serían emancipados. Aunque al principio de la Guerra de Secesión los esclavos que eran capturados solían ser devueltos a sus «dueños», en la época de la destrucción de Richmond se les trataba como mercancía de contrabando, siendo confiscados por el ejército de la Unión para ser liberados posteriormente, así que era muy común que los esclavos buscaran refugio tras las líneas del ejército unionista. El nombre de su gato nos indica que el narrador se crio en el seno de una cultura esclavista (véase *infra*, p. 74, n. 38).

64 Richmon era la capital de Virginia, y también capital de la Confederación durante los años de la Guerra de Secesión. Es posible que Delapore sirviera en dicha ciudad en algún momento de la guerra. En 1862, el general de la Unión, George McClellan libró lo que acabó conociéndose como la batalla de los Siete Días contra la ciudad, batalla que perdió. Sin embargo, tras numerosas victorias de la Unión en Virginia, Richmond se convirtió en una ciudad imposible de defender, así que acabó siendo devastada por el ejército unionista en abril de 1865. Más del 25% de las estructuras de la ciudad fueron destruidas por incendios, muchos de ellos iniciados por soldados de la Confederación en retirada.

65 ¿Qué edad tiene el narrador? Robert H. Waugh ha calculado minuciosamente su edad aproximada:

Tenía siete años cuando ardió la plantación familiar durante el sitio de Richmond en 1865, así que probablemente nació en 1858. Tras la guerra, su familia se trasladó al norte, donde, con los años, se convirtió en un «yanqui impasible», tan impasible que llega a mostrar sus simpatías por el Partido Republicano al enterarse de la muerte del presidente Harding [véase *infra*, p. 86, n. 49]. Cuando su hijo alcanzó los diez años en 1904, él tenía cuarenta y seis. Contaba con cincuenta y nueve años cuando su hijo se alistó para combatir en la Primera Guerra Mundial y sesenta cuando esta acabó. Comenzó a reconstruir el Priory a los sesenta y tres años, reforma que se completó al alcanzar los sesenta y cinco, cuando se mudó allí y los acontecimientos del relato tuvieron lugar. Puesto que es posible que hubiera nacido antes

de lo que suponemos, y teniendo en cuenta los ciclos de la existencia de una persona corriente, podemos estar seguros de que se trata de una historia narrada por un hombre al que no le queda demasiado tiempo de vida, convencido de que será el último de su línea familiar (*A Monster of Voices: Speaking for H. P. Lovecraft*, Nueva York, Hippocampus, 2011, pp. 61-62). [*N. del T.*: en origen, el Partido Republicano de los Estados Unidos, formado a partir de las cenizas del Partido Whig; exmiembros del Partido Demócrata, y políticos independientes, adoptaron una postura antiesclavista, lo que, junto a su posición proteccionista y su apuesta por el fomento de la obra pública y las infraestructuras, lo hacían muy popular y representativo del norte de Estados Unidos].

66 El Real Cuerpo Aéreo o *Royal Flying Corps*., formaba parte del ejército británico hasta que se fusionó con el Real Servicio Aéreo Naval (*Royal Naval Air Service*) el 1 de abril de 1918, convirtiéndose en lo que hoy se conoce como la Real Fuerza Aérea (*Royal Air Force* o *RAF*). Se trataba de un cuerpo militar ciertamente pequeño que cobró gran importancia durante la Primera Guerra Mundial con la llegada de la fotografía aérea y las comunicaciones inalámbricas. Al final de la guerra disponía de doscientos escuadrones activos y un número equivalente de escuadrones de entrenamiento. Los pilotos del Real Cuerpo Aéreo no iban equipados con paracaídas, tal como afirmaba el teniente coronel Ian Philpott de la RAF: «A los pilotos británicos no les quedaba otra opción que la de pegarse un tiro si su aeronave se incendiaba, puesto que durante la Primera Guerra Mundial no se nos proporcionaban paracaídas» (*The Birth of the Royal Air Force: An Encyclopedia of British Air Power Before and During the Great War 1914-1918*, Barnsley, Pen & Sword Military, 2013, p. 287).

67 ¿Es posible que este rechazo se debiera al poco interés que muestra el narrador por el legado de su familia, evitando asumir su responsabilidad por los actos cometidos por sus antepasados?

68 Uno de los monumentos prehistóricos ceremoniales más conocidos y reconocibles del mundo. Erigido mediante enormes piedras verticales, o menhires, sobre los que se colocaron pesados dinteles, se encuentra ubicado en Wiltshire, Inglaterra. De miles de años de antigüedad, su construcción transcurrió en diferentes etapas, comenzando en el 3100 o 3000 a.C. (según algunas fuentes su construcción se iniciaría antes del 3700 a.C.) para ser finalizado en el 1600 a.C.

69 El culto a Cibeles, *Magna Mater* (Gran Madre) ya era conocido en el siglo VIII a.C. Se puede identificar a Cibeles con Ishtar, Isis, Ma, Ops y otras divinidades femeninas. El dios Atis, o Atys, es su hijo o amante, dependiendo del mito. [*N. del T.*: Ishtar era la diosa babilonia del amor y la belleza, la vida y la fertilidad, y su culto implicaba la

prostitución sagrada. Isis es una de las principales divinidades del antiguo Egipto, cuyo culto se extendió por todo el mundo grecorromano. Esposa de Osiris y madre de Horus, se la consideraba madre divina del faraón, a quien se identificaba con Horus. Ma era una diosa local de Comana, en Capadocia, Turquía. Era una diosa lunar, a la vez Madre y Guerrera, y se le asociaba con los epítetos de «Invencible» y «Portadora de la Victoria». Ops, divinidad de origen sabino (pueblo del centro de Italia), era la diosa de la fertilidad y la tierra; esposa de Saturno, se le identificaba con Rea, la titánide esposa de Cronos en la mitología griega].

Fred Blosser describe este culto de la siguiente forma:

El credo se distinguía por un festival orgiástico anual que se celebraba en el umbral de la primavera, durante el que los sacerdotes de la secta, los Galos, se extraían su propia sangre para acelerar la resurrección de Atis, el amante o hijo de la Diosa, quien había muerto tras castrarse a sí mismo. El culto era así famoso por el hecho de que los Galos eran eunucos. Siendo novicios, emulaban a Atis durante el Día de la Sangre y ofrecían sus genitales cercenados como sacrificio para acelerar la resurrección del dios («The Sign of the Magna Mater», en *Crypt of Cthulhu* 97 [día de Todos los Santos de 1997), pp. 25-27). [*N. del T.*: no confundir a los sacerdotes del culto de Cibeles con los galos, celtas habitantes de la Galia. El nombre Galo (*gallus*) provenía del río Gallus, situado en Frigia, Turquía, donde se veneraba a esta Diosa. Otros, sin embargo, proponen la teoría de que el nombre para los pobladores celtas de la Galia era un término despectivo romano que se debía a que, en Asia y Grecia, la palabra *gallus* equivalía a «eunuco»].

70 «DIV» podría ser la latinización de «DIU» que vendría a significar «que dura mucho tiempo» o «eterno». «OPS» es la diosa romana de la fertilidad, la riqueza y la abundancia, la esposa de Saturno y aliada de Cibeles (evidentemente alguna de las letras se han borrado con el paso el tiempo). De este modo la inscripción reza: *Ops Eterna Magna Mater*. Es posible que H. P. Lovecraft leyera acerca de Ops en el artículo sobre Saturno que J. G. Frazier escribió para la *Encyclopædia Britannica* (9.ª ed.).

71 La Legio III *Augusta* no estaba destinada en Inglaterra (su principal teatro de operaciones fue el norte de África), era la Legio II la que se encontraba estacionada en Isca Silurum (Caerleon-on-Usk), en Gales. Estas legiones fueron unidades militares del ejército romano, fundadas durante el reinado de Cesar Augusto en el 25 a.C.

72 El reino frigio floreció desde el 700 hasta el 300 a.C. en la región de Anatolia, Turquía.

73 Los sajones y los anglos (y otras tribus germánicas europeas) invadieron Bretaña en el siglo V d.C., colonizando la isla una vez fue

abandonada por los romanos.

74 La «heptarquía» era el gobierno de los siete reinos que conformaban la Inglaterra anglosajona, más concretamente: Northumbria, Mercia, East Anglia, Wessex, Kent, Essex y Sussex.

75 Las «crónicas» más importantes de este periodo eran los registros de la Inglaterra anglosajona, la primera de las cuales se cree que fue escrita entre los siglos VIII y IX d.C. El conjunto recibe el nombre de *The Anglo-Saxon Chronicles* (o simplemente *Anglo-Saxon Chronicle* en algunos casos). Más adelante, el narrador se refiere a otra crónica que señala «que un De la Poer había sido maldecido por Dios en 1307», pero dicha crónica no debe confundirse con *The Anglo-Saxon Chronicles*, que no registran sucesos posteriores a 1154 d.C.

76 Los daneses y sus aliados noruegos comenzaron sus incursiones por territorio inglés alrededor de 990 d.C. Durante los siguientes 25 años, estas *razzias* se convirtieron en una invasión en toda regla, y el día de santa Brígida, el 13 de noviembre de 1002, el rey Ethelred ordenó «el justo exterminio» de todos los daneses que se hallaran en Inglaterra. Tras su fracaso a la hora de expulsar a los daneses y tras varias torpezas posteriores que tuvieron el efecto de atraer más vikingos a Inglaterra, finalmente Ethelred acabó por exiliarse en Normandía primero y en la Isla de Wight después. En 1016, Canuto (*Cnut*), el hijo de Svend «Barbapartida», rey de Dinamarca, fue coronado rey de Inglaterra.

Canuto, convirtió su reinado -cuyo devenir fue registrado en una de las *Anglo-Saxon Chronicles* (véase *supra*, p. 68, n. 29), la Crónica de Peterborough- en una progresiva y formidable consolidación de su poder. Se coronó rey de Dinamarca y Noruega en 1018 y 1028 respectivamente, gobernando los tres países hasta 1035. No fue hasta 1066 que el trono le fue arrebatado a los daneses por Guillermo el Conquistador, que inició así la dinastía de los reyes normandos.

77 Enrique III, hijo del rey Juan y e Isabel de Angulema, ascendió al trono a la edad de 9 años y gobernó Inglaterra desde 1216 a 1272. La Magna Carta, firmada por su padre solo un año antes de su entronización, reconocía el poder de la nobleza inglesa y representaba los primeros avances hacía un Derecho Común para todo el reino. Durante su largo reinado, Enrique mantuvo diversos conflictos con sus barones -incluido su propio hijo Eduardo-, que comenzaron en 1258 con el enfrentamiento con Simon de Montfort y su familia. Tras establecer diversas negociaciones con diversos poderes extranjeros -que incluían al Papa- para apuntalar su poder, en 1261 Enrique comenzó a nombrar barones que simpatizaban con su causa. Al convertir a Gilbert de la Poer en barón, buscaba sin duda atraerse un aliado político.

78 Gilles de Rais (1405-1440 aprox.), también conocido como el

mariscal de Retz, es descrito como sigue por John Fiske:

Un mariscal de Campo francés, un hombre erudito y un patriota de exacerbada fe cristiana, quien, de repente, se vio poseído por un deseo incontrolable de asesinar infantes. Durante siete años se dedicó a embaucar a niños y niñas de corta edad para conducirlos a su castillo, en un número de *dos por semana*, (?)… Cuando finalmente se descubrió esta iniquidad sin paragón ni precedente alguno, se encontraron en el castillo numerosos arcones llenos hasta los topes con los huesos de los niños. Los horribles detalles del juicio pueden hallarse en las historias de Francia, escritas por Michelet y Martin (*Myths and Myth Makers: Old Tales and Superstitions Interpreted by Comparative Mythology*, Boston y Nueva York, Houghton, Mifflin & Company, 1872/1896, 21.ª edición, p. 81).

79 Donatien Alphonse François, Marqués de Sade (1740-1814) es sinónimo de erotismo libertino. Sus novelas, poesía, ensayos y obras de teatro combinaban la filosofía revolucionaria (fue delegado de la Convención Nacional durante la Revolución francesa), con la blasfemia religiosa y las aventuras sexuales, convirtiéndose en un defensor de la acción libre de las restricciones de la ley, la religión o la moral. Pasó más de 32 años encarcelado, 10 de ellos en la Bastilla, y el resto internado en varios manicomios; murió en el psiquiátrico de Charenton.

80 El «vodún», conocido popularmente como «vudú», es una religión politeísta que se desarrolló cuando los africanos occidentales del Congo, Angola, Dahomey (la parte sur de Benin en la actualidad) y otros países, fueron llevados como esclavos a América, donde fusionaron sus creencias y prácticas religiosas con las del cristianismo en Haití, Puerto Rico, Cuba, Brasil y las islas del Caribe.

81 Guerra que tuvo lugar entre 1846 y 1848, bajo la presidencia de James K. Polk, y que significó la mayor anexión territorial llevada a cabo por Estados Unidos hasta aquel momento. Finalizó con el Tratado de Guadalupe Hidalgo, cuyos términos establecían la cesión de México a Estados Unidos de los territorios de Texas, Arizona, Nuevo México, California, Utah, Nevada, Oregón y Washington, así como otros territorios que se incorporaron más tarde a los Estados de Oklahoma, Kansas, Wyoming y Montana.

82 Sir John Clavering (1672-1714), tercer baronet de Clavering de Axwell, en Northumberland, el mismo condado en el que estaba situado Hexham Priory, es el candidato que mejor encaja con el protagonista de este incidente; el baronesado de Clavering se fundó en 1620 y se extinguió en 1893 con la muerte de sir Henry Clavering.

83 Sabine Baring-Gould le dedica todo un largo capítulo a la leyenda del obispo alemán Hatto. Según se cuenta, Hatto invitó a su castillo a los parroquianos más pobres, aquellos que se habían quejado

amargamente de pasar hambre. Tras conducirlos a un granero, le prendió fuego con ellos dentro, anunciado que había librado a la región de aquellas «ratas». Poco después, fue atacado por una plaga de ratas y ratones. Huyó a una torre, pero fue despedazado por un ejército de alimañas (*Curious Myths of the Middle Ages*, Londres, Oxford y Cambridge, Rivingtons, 1868 [1.ª ed.: 1834], pp. 182-205).

Baring-Gould recopila varias historias similares provenientes de otros países, llegando a la conclusión de que todos estos mitos (puesto que no existen evidencias históricas de que ocurrieran realmente) provenían de antiquísimos rituales de sacrificios humanos, en los que un sacerdote o un príncipe eran entregados a las ratas para aplacar a los dioses. Las ratas y los ratones, señala, solían ser animales sagrados que representan el alma de los hombres o incluso diversas deidades. Según S. T. Joshi, el libro de Baring-Gould se encontraba en la biblioteca de H. P. Lovecraft (*Lovecraft's Library, A Catalogue, Revised and Enlarged*, Nueva York, Hippocampus, 2002).

84 Es un hecho conocido que durante su infancia, H. P. Lovecraft poseía una mascota con el mismo nombre. Dicho nombre puede resultar inadmisible para el lector moderno, pero esta palabra ofensiva puede encontrarse en diversos relatos y crónicas sobre la vida de los negros norteamericanos del siglo XIX y principios del XX, como por ejemplo, en el «Callum's Cot'in-A Plantation Idyl», escrita en 1906-1907 por Frank Herbert Sweet. El argot y lenguaje empleados en esta historia era el habitual en las publicaciones más populares. [*N. del T.: Nigger-Man* es el nombre del gato en el original inglés, siendo *nigger* un término despectivo y racista empleado en Estados Unidos para referirse a los hombres y mujeres de piel negra].

Donald R. Burleson justifica que el director de *Weird Tales* admitiera el nombre del gato, puesto que era simplemente un reflejo del racismo reinante en la época y sociedad contemporáneas de H. P. Lovecraft. Pero Lovecraft era perfectamente consciente del impacto que produciría dicha palabra. Además, H. P. Lovecraft no reprobaría el racismo de de la Poer, es más, su caída no se produce por ser quién es, sino por fracasar a la hora de asumir y abrazar la herencia de sus ancestros.

85 Se trata del escenario donde se desarrolla el relato de Lovecraft, «Herbert West: Reanimador».

86 Compárense estos hechos con la historia de Lovecraft, «Arthur Jermyn» (publicada originalmente con el título de «El mono blanco»), donde se describen unos sucesos similares.

87 Daniel Harley era un reputado explorador británico del Ártico que murió en 1878. Es muy posible que, en este caso, Lovecraft se refiriese a su hijo. Bellview era una conocida plantación de Carolina del Norte, vendida en 1811. En 1878 también existía otra plantación

Bellview cerca de Franklin, Louisiana, propiedad de Bradish Johnson.

88 Un insecticida fabricado con trióxido de arsénico y acetato de cobre.

89 Similar a un hongo. No queda muy claro el significado exacto de este término en este contexto, pero sin duda se trata de algo repugnante.

90 Los getas, o dacios, eran una tribu de Tracia que finalmente se fusionó con los tervingios, tribu cuyos asentamientos se extendían desde el Danubio al río Dniester. Resulta imposible establecer el significado exacto de estos fragmentos puesto que disponemos de muchas posibilidades entre las que elegir. ¿Podrían ser indicaciones sobre las distintas estancias? Por ejemplo «Liber Praeceptiones», es decir, el lugar donde se guardaban los manuales de instrucciones. ¿El «templum» sería donde se encontraba el templo? ¿El «pontificatus» indicaba donde se encontraban las estancias de los sacerdotes? ¿Quizá «dona» (obsequios) señalara el lugar donde se guardaban las ofrendas?

91 Cayo Valerio Cátulo, poeta romano (84-54 a.C. aprox.), dedicó el canto 63 de sus *Poemas* a la huida de Atis de su madre-amante, Cibeles. En el poema, Atis se castra a sí mismo, y los versos hablan tanto sobre el carácter fluido y cambiante de la sexualidad, como acerca del mito.

92 El «sol radiante» es una estrella de 16 puntas, conocido también como Sol de Vergina, un motivo del arte griego empleado habitualmente entre los siglos VI y II a.C. y asociado con el reino de Macedonia. En 1993 se adoptó como símbolo nacional griego.

93 Es decir, el narrador se pregunta si se trata de manchas de sangre que provienen de sacrificios, humanos o de otro tipo.

94 La península de Biga se encuentra ubicada en la Anatolia noroccidental, en Turquía, cerca de las ruinas de Troya, área en la que varios asentamientos griegos florecieron durante la época clásica. S. T. Joshi apunta que «la referencia indica que estas excavaciones se llevaron a cabo mucho antes de 1923, fecha en la que se producen los sucesos de este relato. Casi con toda seguridad los trabajos de Brinton fueron posteriores a los espectaculares descubrimientos de Schliemann en Troya en 1867» («Tropical References in Lovecraft», en *Primal Sources: Essays on H. P. Lovecraft*, p. 135).

95 El presidente Warren G. Harding murió inesperadamente de un ataque al corazón (aunque dicho fallecimiento se vio envuelto por multitud de rumores) mientras se alojaba en el Palace Hotel de San Francisco el 2 de agosto de 1923. Harding fue el sexto presidente de Estados Unidos que murió mientras ejercía el cargo.

96 El cortesano romano Cayo Petronio Árbitro (27-66 d.C.) o simplemente Petronio, creó en su novela *Satiricón* a un personaje

llamado Trimalción, un antiguo esclavo que acaba convirtiéndose en un hombre rico. Trimalción celebraba ostentosos banquetes y, aunque probablemente la intención de Petronio era la de satirizar al entonces emperador Nerón, su nombre se ha convertido en sinónimo del despilfarro y el exceso de los nuevos ricos. Se rumoreaba que Harding, cuyas numerosas aventuras extramaritales vieron la luz tras su muerte, tenía una bisabuela afroamericana, pero los tests de ADN llevados a cabo en 2015 probaron que se trataba de una mera especulación.

97 El cretinismo, o hipotiroidismo congénito, se produce por una deficiencia de yodo. Era muy común en partes de Asia y Europa en las que la tierra era deficitaria en yodo, terrenos que a su vez producían cosechas bajas en yodo.

98 Steven J. Mariconda señala las muchas similitudes que existen entre el abismo de Exham Priory y la caverna del Purgatorio de san Patricio, sita en la isla de Lough Derg, caverna que, según Sabine Baring-Gould, se encontraba a «dos días de viaje» desde la ciudad ficticia de Valdric, en Irlanda. Al internarse en dicha cueva, el ermitaño san Patricio fue asaltado por «los aullidos lastimosos que surgían desde las profundidades de la caverna, como si fuesen los lamentos de las almas del Purgatorio» (*Curious Myths of the Middle Ages*, pp. 230-249; y «The Rats in The Walls», en *On Emergence of «Cthulhu» & Other Observations*, pp. 53-56).

99 Montículos de tierra y piedras levantados sobre una o varias tumbas.

100 Véase la n. 15 de «Dagón», p. 28.

101 Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, nacido Ernst Theodor Wilhelm Hoffmann (1776-1822), y que firmaba sus obras como E. T. A. Hoffmann, es conocido sobre todo por su cuento de 1816, «El cascanueces y el rey de los ratones» («Nußknacker und Mausekönig»), que fue la inspiración para el ballet de Chaikovski, *El cascanueces* (1892), así como por sus relatos, que aparecen en la ópera de Offenbach, *Los cuentos de Hoffmann* (1881). En su ensayo, «El horror sobrenatural en la literatura», Lovecraft señalaba que los relatos de Hoffmann eran «proverbiales por la riqueza de su ambientación y la madurez de su estructura, aunque se inclinan en exceso hacia la ligereza y la extravagancia, y carecen de los momentos sublimes de terror desnudo e impactante que un escritor menos sofisticado hubiese sido capaz de lograr. Generalmente, sus obras tienden a lo grotesco más que a lo terrible (*Dagon and Other Macabre Tales*, pp. 389-390).

102 Charles-Marie-Georges Huysmans (1848-1907) o simplemente J. K. (de Joris-Karl) Huysmans es conocido por su oscura novela, *A contrapelo* (*À rebours*, 1884). H. P. Lovecraft escribía lo siguiente acerca de la literatura de horror sobrenatural francesa: «Más tarde [tras Victor Hugo, Théophile Gautier y Gustave Flaubert] la corriente

se bifurca, produciendo, por un lado, extraños poetas y fantasistas de las escuelas simbolista y decadentista, cuyos oscuros intereses se centraban en las anomalías del intelecto y del instinto humano más que en lo genuinamente sobrenatural, y, por otro, los sutiles narradores cuyos escalofríos derivan directamente de los negros abismos de la irrealidad cósmica. De entre los "escritores malditos" el ilustre poeta Charles Baudelaire, enormemente influido por Poe, se alzaría como supremo representante, mientras que el novelista psicológico Joris-Karl Huysmans, un genuino vástago de la década de 1890, sería, al mismo tiempo su compendio y punto final («El horror sobrenatural en la literatura», ensayo publicado en *Dagon and Other Macabre Tales*, p. 392).

103 Ensilado es un forraje obtenido mediando el proceso de ensilaje, un método de recolección, almacenamiento y conservación del forraje con altos niveles de humedad basado en la fermentación láctica del pasto.

104 El antiguo y venerable arte del *graffiti*. Aún pueden admirarse diversos *graffiti* en las ruinas de Pompeya, en el Partenón, y en el Coliseo, y su temática es la clásica del género: «Fulanito estuvo aquí», «Fulanito ama a Menganita», «Fulanito fornicó con Menganita», «Zutanito es un (término descalificativo)» y «la (comida/servicio/diversión) de este establecimiento es (maravilloso/una basura)».

105 Un pitecántropo es un miembro de la antigua especie de los *Pithecanthropus erectus*. Los huesos hallados en 1891 por el antropólogo Eugène Dubois llevaron a la comunidad científica a concluir que pertenecían a una especie llamada «El hombre de Java» que sería el «eslabón perdido» entre los monos y los seres humanos. El nombre *Pithecanthropus* es una combinación latinizada del griego πίθηκος (*pithekos*), «mono», y ἄνθρωπος (*anthrōpos*), «ser humano». En la actualidad el *Pithecanthropus* se clasifica dentro de la amplia especie de los homínidos (prehumanos) como el *Homo erectus*, que abarcaría además al llamado hombre de Pekín, cuyos huesos fueron descubiertos en Zhoukoudian, China, en 1921 y el *Homo georgicus*, el nombre que en ocasiones se le da a la subespecie cuyos fósiles fueron descubiertos en Dmanisi, Georgia (zona sur del Cáucaso) en 1991.

106 Habitualmente se representaba a la diosa egipcia Isis con alas, pero Bastet, que se presentaba en forma de gato o leona, carecía de ellas. En origen se trataba una diosa guerrera, aunque evolucionó hasta convertirse en una deidad protectora.

107 Will Murray señala que «para los lectores de *Weird Tales* de 1924, donde esta historia apreció por primera vez, el sugestivo nombre de Nyarlathotep hubiera significado únicamente una mención vaga e inquietante y no lo hubiesen reconocido» («Behind the Mask of Nyarlathotep», p. 25). El poema en prosa de Lovecraft, «Nyarlathotep»

había sido publicado en 1920 en *The United Amateur*, una oscura revista prácticamente desconocida. Murray sugiere que Nyarlathotep es un homenaje al científico e inventor Nikola Tesla, pero no existe ninguna prueba que demuestre esta conexión. [*N. del T.*: la teoría de Murray se debe a que, en este poema en prosa, el dios Nyarlathotep adquiere el aspecto de un antiguo faraón, alto, delgado y moreno, que recorre «los países civilizados» reuniendo a cientos de seguidores ante los que se presentaba como un científico, realizando espectaculares exhibiciones de poder mediante una serie artefactos extraños. Es posible que para crear a este personaje, Lovecraft se inspirase en Tesla, que era muy alto y delgado, y reunía a cientos de personas para sus espectaculares experimentos en conferencias públicas].

108 «¿Os serviréis de mí?».

109 Fred Blosser (véase *supra*, p. 67, n. 23), considera que estos alaridos prueban que los antepasados de Delapore eran sumos sacerdotes del culto de la Magna Mater.

110 Esta frase en gaélico aparece en «The Sin-Eater» (1895) de Fiona Macleod (pseudónimo de William Sharp, 1856-1905), quien la traduce como «Que Dios aparte su rostro de vos… ojalá sufráis una muerte dolorosa… ¡Que el mal y la desgracia os aflijan por siempre jamás!».

111 Nótese que las lenguas que emplea el narrador se retrotraen en el tiempo; primero inglés arcaico, luego inglés medio, latín y gaélico hasta que únicamente es capaz de gruñir. El escritor Robert Howard envió una carta dirigida a Farnsworth Wright, editor de *Weird Tales*, señalando el empleo del gaélico en lugar del címrico o galés: «He observado… que el señor Lovecraft… se adscribe a las teorías de Lhuyd acerca de los asentamientos celtas en Bretaña». Esta carta desembocó en una amistad por correspondencia entre Howard y H. P. Lovecraft que duró durante 6 años. [*N. del T.*: Howard se refería a Edward Lhuyd (1660-1709), conservador del Museo Ashmolean de Arte y Arqueología de Oxford, quien estudió los idiomas célticos de Gran Bretaña entre finales del siglo XVII y principios del XVIII, dividiéndolos en dos grandes grupos: el de lenguas británicas (galés o címrico, cornuallés y bretón) y el de las lenguas goidélicas (irlandés, gaélico escocés y manés, el idioma de la isla de Man)].

112 El Hospital Psiquiátrico de Hanwell (Middlesex), conocido popularmente como el manicomio de Hanwell, ubicado a diez kilómetros de distancia del centro de Londres, fue inaugurado el 16 de mayo de 1831. En 1880 albergaba dos mil pacientes bajo supervisión, ampliándose en 1937. Al año siguiente se rebautizó como Hospital St. Bernard. Esta institución pasó a formar parte del Hospital Ealing en 1985 y en la actualidad desarrolla sus actividades integrado en el fideicomiso de Salud Mental del West London.

113 Esta historia apareció publicada por primera vez en *Weird Tales*

11/2 (febrero de 1928), pp. 159-178 y 287, y probablemente se escribió entre agosto y septiembre de 1926, basándose en un borrador previo. *Weird Stories* rechazó una primera versión en la que Lovecraft volvió a trabajar durante julio de 1927, reescritura que finalmente fue publicada.

114 Francis Wayland (1796-1865) fue presidente de la Universidad de Brown entre 1827 y 1855 y era un eminente ciudadano de Providence. Howard Thurston (1869-1936) era el mago teatral más famoso del mundo. Peter Cannon, en su ingeniosa y sucinta biografía de Francis Wayland Thurston, el personaje ficticio creado por Lovecraft, concluye que: «solo una persona cultivada y erudita, que poseyera una fortuna ilimitada, cantidades ingentes de tiempo libre y que se viera libre de problemas psicológicos o emocionales, podría haber sacado a la luz la conspiración de Cthulhu» («The Late Francis Wayland Thurston, of Boston: Lovecraft's Last Dilettante», p. 39).

115 Cita extraída de *El centauro*, de Algernon Blackwook, novela publicada en 1911. Lovecraft consideraba que el relato de Blackwood, «Los sauces», era uno de los mejores cuentos fantásticos de la literatura universal -véase «El horror sobrenatural en la literatura»-. En este caso, Lovecraft comete un pequeño error al citar el original: al referirse a lo que Blackwood llamaba «El espíritu de la Tierra», Lovecraft escribió «la conciencia», en lugar de «su conciencia» [*N. del T.*: en el texto original de Blackwood, el posesivo «su» es «*her*», «de ella», en femenino]. Thomas G. Cockcroft señaló esta cita errónea en una carta al editor publicada en *Nyctalops* 2/2 (julio de 1974), p. 45.

116 Los teósofos son estudiosos que especulan sobre la naturaleza del alma, más concretamente, aquellos que se adhieren a los sistemas de creencias y enseñanzas de la Sociedad Teosófica, fundada en la ciudad de Nueva York en 1875, que integraba aspectos del budismo y el brahmanismo, especialmente la reencarnación y la evolución espiritual. Véase la explicación sobre uno de sus textos más importantes, el *Libro de Dzyan*, en la n. 14 de «El morador de las tinieblas» (*infra*, p. 450).

117 Fundada en 1764, la Universidad de Brown es la séptima institución educativa por orden de antigüedad de Estados Unidos. Tratándose de una de las instituciones más importantes de Providence, aparece mencionada en diversos relatos ambientados en este Estado o lugares próximos, como ocurre en *El caso de Charles Dexter Ward* y en «El morador de las tinieblas».

118 Un servicio de transporte marítimo regular que funciona entre Providence y Newport, en Rhode Island, atravesando la bahía de Narragansett.

119 Se trata de College Hill. Henry L. P. Beckwith Jr. afirma que el profesor Angell murió con casi total seguridad en la intersección entre

Williams Street y Well Street (*Lovecraft's Providence & Adjacent Parts*, p. 65).

120 La Sociedad Arqueológica Estadounidense fue fundada en 1879 en Boston, pero en comunicación privada con el editor, la institución niega todo conocimiento de los documentos del profesor Angell.

121 Un bajorrelieve es una forma escultural fija, cuyas figuras o imágenes sobresalen ligeramente del fondo que suele aparecer decorando muros y paredes de edificios.

122 El término cubismo nació cuando el crítico francés Louis Vauxcelles definió el estilo de Braques en su exposición de 1906 como «*bizarreries cubiques*» («extravagancias cúbicas»).

123 En «The Dunwich Chimera and Others: Correlating the Cthulhu Mythos», Will Murray argumenta que solo existe una criatura en el folclore universal que se parezca a Cthulhu; el Kraken, el gigantesco monstruo marino descrito por primera vez por Erik Ludvigsen Pontoppidan en su *Historia natural de Noruega* (1755): «Este nombre se ajustaría en verdad a la descripción de su criatura, la cual es redonda, chata, y armada con multitud de miembros, o brazos». Según la leyenda, solo existían dos de estas criaturas casi inmortales, de las que se decía se alzarían del día del Fin del Mundo. Según Murray, Lovecraft estaba familiarizado con el poema «El Kraken» de Alfred Lord Tennyson, escrito en 1830, en el que describe la leyenda de esta criatura.

124 Lovecraft dio algunas indicaciones sobre la pronunciación de este nombre:

[…] se supone que dicha palabra es el torpe intento humano de imitar la fonética de un término que *es en absoluto humano*. El nombre de esta entidad infernal fue inventado por seres cuyos órganos vocales eran muy diferentes a los del hombre, de ahí que dicha pronunciación no tenga relación alguna con el aparato fonador humano. Las sílabas se formaron en una fisiología completamente diferente a la nuestra, por tanto *jamás podría ser pronunciada adecuadamente por gargantas humanas*… En la época en la que se desarrolla la historia, cuando el profesor Angell se interesó en la cuestión, no se había producido aún intento alguno de trasladar el nombre de *R'lyeh* a nuestro alfabeto, aunque Abdul Alhazred intentó volcarlo a alfabeto árabe, que más tarde un traductor bizantino vertió al griego. El traductor latino se limitó a copiar del griego. Los caracteres CTHULHU eran simplemente los únicos caracteres que el profesor Angell logró reproducir (de forma tosca e imperfecta, por supuesto), a partir del nombre onírico que el joven artista Wilcox le comunicó verbalmente. El sonido original -o lo más cerca que pueden estar los órganos humanos de pronunciarlo o la caligrafía humana de reproducirlo- sería algo así como *Khlul'-hloo*, con una primera sílaba muy gutural y viscosa. La *u* es muy parecida a la

de la palabra inglesa *full*, y el sonido de la primera sílaba no es muy diferente a *klul*, por lo cual, la *h* representaría cierta viscosidad gutural (Carta de Lovecraft a Duane Rimel, 23 de julio de 1934, *Selected Letters*, V, pp. 10-11).

Ante este párrafo no queda más que preguntarse cómo pudo saber Lovecraft cuál era la correcta pronunciación de Cthulhu.

125 Se trata de una dirección real, y la casa que se encuentra allí, Fleur de Lys, es un edificio de aspecto extremadamente curioso, cuya fachada aparece cubierta de bajorrelieves. El Club de Arte de Providence (véase *infra*, p. 106, n. 20), la describía como «fachada de estilo normando, parcialmente construida en madera». Erigida por Sydney Richmond Burleigh en 1885, Fleur de Lys es en la actualidad un estudio de arte -tras ser donada al Club de Arte por la esposa de Burleigh- y aparece en el Registro Nacional de Lugares Históricos. Curiosamente, Thomas Street es una continuación de la calle Angell Street, en Providence, lo que sugiere el origen del nombre del tío-abuelo del narrador. El mismo Lovecraft nació en el 454 de Angell Street, donde vivió hasta cumplir los once años. Asimismo, residió en el 598 de Angell Street durante veinte años, entre 1904 y 1924.

126 En esta ocasión se trata una dirección ficticia.

127 *The Story of Atlantis*, de William Scott-Elliot, fue publicada en 1896, *The Lost Lemuria* apareció en 1904. Y una edición que recopilaba ambos volúmenes se publicó en 1925. Las tres obras fueron editadas por la Theosophical Publishing Society. Asimismo, es muy probable que el profesor Angell consultara la entonces popular obra del político de Minnesota, Ignatius Donelly, *Atlantis: The Antediluvian World* (1882), que proponía la idea de que la isla legendaria, descrita por primera vez por Platón en uno de sus diálogos socráticos en el 360 a.C., era un lugar real, origen de muchas y antiguas civilizaciones.

128 *La rama dorada: un estudio sobre magia y religión*, de sir James George Frazer, es una extensa obra sobre mitología y religión comparada que fue publicada en dos volúmenes en 1890. Frazer (1845-1941) un antropólogo escocés, optó por un enfoque analítico en lugar de teológico a la hora de analizar la religión como fenómeno cultural.

129 Esta obra de Margaret Murray, publicada en 1921, sostenía la controvertida opinión de que una religión pagana clandestina floreció hasta verse desplazada por el cristianismo. Estas teorías aparecen también en las entradas sobre brujería de la *Encyclopædia Britannica* durante el periodo 1929-1968. La *Wicca* moderna reivindica ser heredera de este culto histórico.

130 Esta escuela posee su sede central en Providence, y fue fundada en marzo de 1877 por la Comisión Femenina para el Centenario de Estados Unidos de Rhode Island al descubrir que habían obtenido un

beneficio de 1.675 dólares tras la Feria Mundial de 1876. La escuela ofrece una amplia variedad de materias y estudios sobre arte y diseño. Se encuentra a pocas manzanas de la casa Fleur de Lys de Thomas Street, siendo contigua a la Universidad de Brown.

131 Véase la n. 13 (*supra*, p. 104).

132 Una asociación profesional fundada en 1880 y que continua en activo, con el objeto de promocionar las artes visuales. Su sede se encuentra a dos números de la casa Fleur de Lys.

133 La ciudad de Tiro fue fundada en Fenicia a principios del III milenio a.C.; actualmente forma parte del Líbano.

134 Los jardines colgantes de Babilonia eran una de las siete maravillas del mundo antiguo, pero en realidad se trataba más de una leyenda que de una realidad, aunque en *The Mystery of the Hanging Garden of Babylon: An Elusive World Wonder Traced*, Stephanie Dalley, una autoridad en los textos cuneiformes babilonios, rebate esta teoría. Tradicionalmente, la construcción de estos jardines se atribuye a Nabucodonosor II (alrededor del 600 a.C.) pero Dalley proporciona diversas pruebas de que fueron erigidos por el gobernante asirio Senaquerib (705-681 a.C.), quizá en Nínive, considerada la «Nueva Babilonia» a partir del 689 a.C. tras la conquista del Imperio babilonio por los asirios.

135 De hecho, el 28 de febrero de 1925 se produjo un terremoto de magnitud 7 con epicentro en la región del río de St. Lawrence. En Providence se sintieron efectos de intensidad V, los primeros de tal intensidad desde 1883. [*N. del T.*: los efectos de intensidad V corresponden a la escala sismológica de Mercalli, creada por Giuseppe Mercalli en 1902, que mide los efectos de un terremoto en un lugar determinado. Posee doce grados, la Intensidad V es considerada «Poco fuerte», equivaldría a una magnitud 4.0-4.9 de la escala de Richter, y la descripción correspondiente sería: «Sacudida sentida casi por todo el país o zona y algunas piezas de vajilla o cristales de ventanas se rompen; pocos casos de agrietamiento de aplanados; caen objetos inestables. Se observan perturbaciones en los árboles, postes y otros objetos altos. Se detienen los relojes de péndulo»].

136 Esta calle se encuentra muy cerca de la casa Fleur de Lys, donde residía Wilcox.

137 Esta dirección se halla en el barrio de College Hill.

138 Resulta tentador identificar a este sujeto con el importante teósofo y arquitecto holandés Karel de Bazel, pero este murió en 1923, no en 1925. Muchos arquitectos se vieron atraídos por la teosofía, una popular filosofía esotérica basada en el estudio de las relaciones entre el mundo, la raza humana y lo divino. En 1875, Helena Blavatsky (1831-1891) fundó, junto a varios seguidores, la Sociedad Teosófica, que abrazaba el esoterismo místico oriental basándose en los

supuestos estudios de Blavatsky en el Tíbet. Consúltese la n. 14 de «El morador de las tinieblas» (*infra*, p. 450) para saber más acerca de estos estudios. Asimismo, en «Architecture and Theosophy: An Introduction», Susan R. Henderson señala que al principio del siglo XX muchos arquitectos basaban su obra en filosofías esotéricas antes que en la mera funcionalidad de los espacios arquitectónicos.

139 Entre el 28 de febrero y el 23 de marzo se produjeron dos terremotos más de magnitud 7.0 o superior, uno en China y el otro en Vanuatu, el archipiélago del Pacífico, a 1.600 kilómetros al este de Australia. En este periodo también se produjeron varios terremotos en el centro de Italia.

140 El vudú, o más correctamente *vadou* o *vodou*, es una religión originada en África occidental que se fusionó con elementos cristianos a principios del siglo XVI en Haití. Se basa en la adoración a los dioses subordinados a Bondye, dios creador, inaccesible e insondable. En sus rituales se producen estados de trance en los que los fieles son poseídos por los *loa*, o dioses menores (también conocidos como *orishas*): en numerosas ocasiones se ha calificado a estos rituales de «orgías», de forma errónea o malintencionada.

141 Durante la ocupación de las Filipinas por parte de Estados Unidos no hubo ni un solo momento en que las autoridades no considerasen «molestos» a los nativos. La historia de la «pacificación» norteamericana de la población filipina durante la ocupación de 1898 es larga y triste. Consúltese especialmente, *The Conquest of the Philippines by the United States, 1898-1925*, de M. P. Lichauco y M. Storey.

142 Según el *New York Times*, el 23 de marzo se produjo «la mayor redada de ladrones y criminales jamás llevada a cabo en Nueva York desde la llegada al cargo del actual jefe de Policía». La acción policial dio comienzo cuando todos los agentes y detectives de la ciudad recibieron órdenes confidenciales de arrestar a todos los delincuentes conocidos para ser conducidos a los cuarteles de policía a las 9:00 del día 24 con la finalidad de formar parte de sucesivas ruedas de identificación. En los periódicos del día no aparece ni rastro de algarabías entre la población de origen semítico.

143 En 1926, el Salón de Primavera de París ya no era un acontecimiento único, sino que durante la primavera, diversas organizaciones patrocinaban diferentes salones en París. [*N. del T.*: el Salón de París era la exposición de arte oficial de la Academia de Bellas Artes de París, que se celebraba a partir de 1725. Entre 1748 y 1890 fue el acontecimiento artístico anual o bienal más importante del mundo. En 1881 el gobierno retiró el patrocinio oficial al Salón anual, y un grupo de artistas organizaron la Société des Artistes Français para que se hiciera cargo de la muestra, momento en que se produjeron

varias escisiones, como el Salon de la Societé Nationale des Beaux-Arts, o el Salón de Otoño, organizado a partir de 1903 por un grupo de artistas liderados por Pierre-Auguste Renoir y Auguste Rodin].

144 De hecho, el Instituto Arqueológico de América celebró su décima asamblea general a finales de 1908, en Toronto. Aunque la delegación de Boston acudió con un nutrido número de representantes, no aparecen miembros de la Universidad de Brown en las actas.

145 En Nueva Orleans, el inspector de policía era el jefe del cuerpo, nombrado por el alcalde de la ciudad. E. S. Whitaker sirvió como inspector de policía hasta el 2 de enero de 1908. Es posible que tras dejar el puesto, viajara a Toronto para asistir a la conferencia. El siguiente inspector de policía, William J. O'Connor, asumió el cargo desde el día en que Whitaker dejó el puesto hasta su muerte el 29 de noviembre de 1910, así que no pudo ser la persona interrogada por el narrador en 1925. Resulta más probable que el narrador confundiera el cargo del oficial de policía, es decir, que simplemente se tratase de un oficial de menor rango del cuerpo de policía de Nueva Orleans al que se le hubiera encargado la tarea de llevar a cabo la extraña redada.

146 El vudú de Luisiana o Nueva Orleans es un movimiento cultural y religioso que se basa fundamentalmente en la interacción con lo divino mediante el empleo de amuletos, pociones y la adoración de santos y ancestros. Derivado del vudú africano y haitiano (véase *supra*, p. 112, n. 28), cuando llegó a Nueva Orleans mediante el comercio de esclavos, incorporó nuevos elementos a su credo y liturgia, extendiéndose por toda Luisiana.

147 Los profesores Allan Marquand y Andrew Fleming West, ambos miembros de la Universidad de Princeton, asistieron a la décima asamblea general. Marquand se había especializado en arqueología helenística, mientras que West centraba sus estudios en la arqueología romana. Ambos carecen de los rasgos que identifican al «profesor Webb».

148 Alfabetos nórdicos cuyo origen se remonta al 150 d.C., empleados por las lenguas germánicas antes de adoptar estas el alfabeto latino.

149 Los esquimales (término ya en desuso) de Groenlandia occidental son los kalaallit, parte del pueblo inuit. Más del 80% de la población de Groenlandia son kalaallit. Se considera que descienden de los Dorset, una cultura que surgió en el 500 a.C. Tanto los hallazgos arqueológicos (véase *The Last Imaginary Place: A Human History of the Arctic World*, de Robert McGhee) como la mitología inuit indican que la cultura Dorset -que prosperaron en la región hasta el 1500 d.C.- desplazaron a los tuniit o sivullirmiut, los Primeros

Habitantes, quienes también poblaban la zona ártica del Canadá. Es probable que los Primeros Habitantes llegaran a Groenlandia alrededor del 3000 a.C. Los inuit aparecieron en el ártico sobre el 1100 o el 1200 d.C., expulsando a los tuniit, quienes no desaparecieron de la región hasta que en 1902 una pandemia aniquiló su último asentamiento.

150 En *Tales and Traditions of the Eskimo, with a Sketch of Their Habits, Religion, Language, and other Peculiarities*, de Henry Rink (1875), la palabra *tornasuk* se traduce como «"el supremo ayudante" quien únicamente se revelaba a los *agakoks*, o sabios, es decir, a los sacerdotes».

151 Jean Laffite (1776-1823 aprox.) era un bucanero francés, quien, a cambio del perdón, ayudó al general Andrew Jackson a defender Nueva Orleans contra los ingleses en 1815.

152 Al sur de Nueva Orleans se extienden numerosos lagos, a partir de los escasos detalles que proporciona Lovecraft, resulta imposible identificar de cuál de ellos se trata (al final de una carretera medio transitable a la que se llegaba atravesando los pantanos durante varias «millas»).

153 Lo que está claro es que no se trata de Cthulhu, puesto que a Cthulhu se lo describe como una «inmensa mole verde». ¿Se trataría de otro Primigenio?

154 Pierre Le Moyne d'Iberville (1661-1702, o 1706) era un mercader, soldado y administrador colonial canadiense, a quien se considera fundador de la colonia francesa de Luisiana.

155 Robert de La Salle (1643-1687) era un explorador francés quien reclamó el delta del Misisipi para Francia en 1682, bautizándolo como *La Louisiane*, en honor al rey Luis XIV.

156 Sidney Sime (1864 o 1867-1941) era un pintor inglés de orígenes humildes que comenzó a trabajar al final de la época victoriana. Las obras de Sime solían estar pobladas de imaginería extraña y fantástica, e ilustró muchos relatos de Lord Dunsany. Lovecraft volvió a mencionarlo en su obra en «El modelo Pickman» (probablemente escrito en 1926).

157 Anthony Angarola (1893-1929) era un artista norteamericano cuyos cuadros celebraban la inmigración a Estados Unidos y que también aparece mencionado en «El modelo de Pickman». En 1924 Angarola ilustró la novela fantástica *The Kingdom of Evil* de Ben Hecht, también originario de Chicago como él.

158 La isla más meridional del archipiélago de Cabo Verde, Brava, es un volcán o estratovolcán, al igual que el Monte Fuji. [*N. del T.*: un estratovolcán es un volcán cónico de gran altura compuesto por múltiples estratos o capas de lava endurecida, alternando con capas de

piroclastos. La lava que fluye desde su interior es altamente viscosa, y se enfría y endurece antes de que pueda alcanzar grandes distancias].

159 Es decir, una persona de ascendencia nativa y europea.

160 Probablemente se trate a una referencia a los monasterios del Tíbet, la región del Himalaya que no se declaró formalmente independiente de China hasta 1913. Los teósofos (véase *supra*, p. 100, n. 4) sostenían que sus enseñanzas se basaban en las de los mahatmas tibetanos.

161 Compárense estas frases con *Más allá del bien y del mal* (1886) de Friedrich Nietzsche, una obra que resultaba de enorme interés para Lovecraft.

162 En «La ciudad sin nombre», el narrador descubre la ciudad «perdida» de Irem o Iram, situada en la península arábiga, hallando en sus entrañas pruebas de la existencia de una antigua civilización. En dicho relato se menciona el *Necronomicón* por primera vez. [*N. del T.*: para «La ciudad sin nombre», Lovecraft se inspiró en las ciudades perdidas o hechizadas que pueblan las historias de *Las mil y una noches*; el nombre de Irem está tomado del cuento árabe, «Iram, la de las columnas», un relato que versa sobre una hermosa ciudad (que también aparece mencionada en el Corán) construida por un orgulloso rey con el propósito de erigir el Paraíso en la Tierra y que acaba siendo destruida por la voluntad de Dios].

163 Con toda probabilidad se trate de una referencia a la Primera Iglesia Baptista de América, ubicada en el 75 de North Main Street y cuya construcción finalizó en 1775. En realidad, se trata de la tercera ampliación, ya que la congregación creció de tal manera que los dos edificios ya construidos se quedaron pequeños. Lovecraft apreciaba la arquitectura de este edificio.

164 Arthur Machen (1863-1947) era un prolífico autor galés de terror y ficción sobrenatural. Lovecraft lo consideraba uno de los cuatro «maestros modernos» de la literatura sobrenatural (siendo los otros tres Algernon Blackwood, M. R. James y Lord Dunsany). La obra de Machen ejerció una influencia decisiva en el desarrollo y formación de los Mitos de Cthulhu.

165 Clark Ashton Smith (1893-1961) firmó la autoría de más de cien relatos de fantasía oscura y entre los lectores de *Weird Tales* era tan popular como Lovecraft. Aunque nunca se conocieron en persona, Smith y Lovecraft mantuvieron una abundante correspondencia que se extendió por un periodo de quince años, y cada uno de ellos usaba libremente las cosmogonías creadas por el otro.

166 La historia del marino aparece detallada en la III parte de este mismo relato, un poco más abajo.

167 El *Bulletin* era un semanario de Sídney publicado entre 1880 y

2008. Originalmente se trataba de un diario de opinión política y económica, pero amplió sus horizontes hacia la literatura y rápidamente se convirtió en una plataforma donde publicaron por primera vez muchos de los más importantes escritores australianos. Sin embargo, la fecha que aparece aquí es errónea, si el narrador se refiere a la fecha de la cubierta de dicho número en concreto, el del 18 de abril de 1925, resulta que ese día fue sábado y durante aquellos años el *Bulletin* únicamente aparecía los jueves (algo que no siempre fue así; en otras épocas esta publicación aparecía en diferentes días de la semana). El *Bulletin* solía encontrarse disponible en la calle varios días antes de la fecha de cubierta, así que es posible que el narrador se refiera al número del 16 de abril o al del 23. Aun así, el artículo mencionado no aparece en ninguno de estos dos números del semanario.

168 Casi 3.000 kilómetros al este-nordeste de Wellington, Nueva Zelanda y a más de 1.600 kilómetros de la isla habitada más próxima.

169 La Universidad de Sídney, la más antigua de Australia, fue fundada en 1850.

170 La Real Sociedad (The Royal Society) es descrita como «la asociación académica más antigua del hemisferio sur, cuyos orígenes se hallan en la Sociedad Filosófica de Australasia, fundada en Sídney en 1821». En 1866 se rebautizó como la Real Sociedad de Nueva Gales del Sur, y en 1881 fue incorporada a la administración pública por una ley del Parlamento de Nueva Gales del Sur.

171 El Museo Colonial, o Museo de Sídney, como se conocía en un principio, fue fundado en 1827. En 1836 se convirtió en el Museo de Australia. Su sede está ubicada en la College Street de Sídney desde su creación.

172 Un puerto del Perú.

173 A unos 1.600 kilómetros al sur del naufragio, y quizás a unos 800 kilómetros del trayecto del *Emma* en su travesía desde Auckland a Callao.

174 Originalmente, «canacos» es como se llamaba a los nativos de Hawái, término que acabó aplicándose por extensión a todos los isleños del Pacífico, quienes con frecuencia eran forzados a trabajar en las colonias británicas, australianas y en ciertas partes de Estados Unidos. En la actualidad se considera un término peyorativo.

175 ¿Podría tratarse de la misma isla descrita en «Dagón»? Sin embargo, Johansen no es el narrador de «Dagón», puesto que este arribó de vuelta a San Francisco y no a Sídney.

176 Justin Taylor señala que se trata de un mero deseo o ilusión; «¿No encontraron Legrasse y sus hombres varios cadáveres de personas asesinadas en el lugar de culto en Luisiana? ¿No elaboró

Wilcox sus esculturas impulsado por sus sueños?». Es más, señala Taylor, el artículo del periódico deja claro que los miembros del culto que se encontraban a bordo del *Alert* se dirigían a *un lugar en concreto*, con un *propósito definido* («"A Mountain Walked or Stumbled": Madness, Apocalypse, and H. P. Lovecraft's "The Call of Cthulhu"», p. 36). No existe razón alguna para pensar que el curso de los acontecimientos, que ya se habían puesto en marcha, iba a interrumpirse con el cese de los sueños, es más, la trágica muerte del profesor Angell debería haber bastado para disuadir a Thurston de su ingenua convicción de que la conspiración de Cthulhu no eran más que «horrores únicamente mentales».

177 Una montaña al este de Oslo.

178 En un principio, Oslo fue el nombre de la ciudad fundada por el rey Haardrada. Tras ser destruida por un incendio, fue reconstruida en 1624, bajo el nombre de Christiania (Lovecraft se dejó fuera la última «i») en honor al rey de Noruega y Dinamarca, Cristián IV. La ciudad recuperó el nombre de Oslo en 1925.

179 El puerto de Gotemburgo se encuentra en Suecia, a unos 290 kilómetros de Oslo (la distancia en millas náuticas es de 140, unos 330 kilómetros). ¿Qué hacía Johansen allí? El relato de su viuda da a entender que Johansen se ha retirado de su vida de marino. ¿Acaso había comenzado a investigar el incidente por su cuenta?

180 Se trata de un arcaico término anglo-persa con el que antiguamente se denominaba a los «civiles» de una tripulación, pero que más tarde acabó empleándose para referirse a cualquier tripulante auxiliar de abordo, en particular a los marinos «nativos» (es decir, los que no eran blancos) que integraban las tripulaciones de los navíos europeos que surcaban las aguas orientales.

181 A unos 3.200 kilómetros al sudeste del naufragio y a unos 2.800 kilómetros de la isla habitada más cercana (las islas Pitcairn).

182 Johansen parafrasea un fragmento de «La caída de la Casa Usher» de Edgar Allan Poe: «la negrura, como si poseyera una cualidad física, se derramaba…».

183 Se trata de un número descomunal en numeración norteamericana; un «1» seguido de 63 ceros, estructurados en veinte (*vingt*) series de tres ceros más otra serie más; en numeración británica sería un número aún más grande, un «1» seguido de 120 ceros. Las estimaciones actuales acerca de la edad del universo, es decir, el tiempo que ha transcurrido desde el Big Bang, es una cifra mucho menor, apenas 13.797 millones de años. Como recordatorio, hay que señalar que se cree que la edad de la Tierra es de un tercio de esta última cifra, y que la del *Homo sapiens* es de 500.000 años (es decir, más o menos una 1/9000 parte de la edad de la Tierra). El único número mayor que el vigintillón es el centillón, o 10^{600}. Por supuesto,

la cifra aquí ofrecida por Lovecraft es una exageración, puesto que Cthulhu no podría haber permanecido confinado en su prisión terrestre una cantidad de años mayor que la edad del planeta. [*N. del. T.*: la diferencia del vigintillón norteamericano y el británico se debe a los diferentes sistemas de nomenclatura de los valores superiores al millón. En Europa continental, América Latina y el Reino Unido hasta época reciente, se empleaba la escala larga, inventada por el matemático francés Nicolas Chuquet, basada en potencias de un millón, de tal forma que según esta escala 1 billón es 1 millón × 1 millón, un uno seguido de doce ceros, o 10^{12} y un trillón sería 1 millón × 1 millón × 1 millón, un uno seguido de dieciocho ceros o 10^{18}, es decir la escala va avanzado de millón en millón. La escala corta, empleada en Estados Unidos y Gran Bretaña en tiempos recientes, señala que a partir del millón cada nuevo término es mil veces mayor que el término anterior, por tanto, el billón representa 1.000 millones, un 1 seguido de 9 ceros, o 10^{9} (un millardo), y un trillón sería 1.000 billones, un uno seguido de 12 ceros, o 10^{12}, es decir la escala va avanzando de mil en mil. Si continuamos calculando los valores siguiendo estas escalas, al llegar al vigintillón nos encontraríamos con la diferencia antes establecida].

184 Reírse compulsivamente. [*N. del T.*: en el original Lovecraft emplea el verbo «*to cachinnate*», que significa «reírse a carcajadas o compulsivamente». Es un cultismo que no muchos angloparlantes conocen, como ocurre con muchas palabras inglesas de origen latino, de ahí que Klinger haya considerado oportuno incluir una nota. Proviene del latín «*cachinnāre*» y posee el mismo significado].

185 Escrito en marzo de 1927, el relato apareció en *Amazing Stories* 2/6 (septiembre de 1927), pp. 557-567.

186 Arkham, la ciudad situada en el valle del río Miskatonic y sede de la Universidad de Miskatonic, es uno de los lugares más importantes del universo lovecraftiano que aparece en numerosos cuentos; «El horror de Dunwich», «Herbert West: Reanimador», «La cosa en el umbral» y «Los sueños en la casa de la bruja», además de ser mencionado en varios más. Aunque en la geografía de Nueva Inglaterra pueden encontrarse los lugares reales que inspiraron las ciudades de Arkham, Kingsport y el resto de ubicaciones de Massachusetts inventadas por Lovecraft, el autor escribía lo siguiente en una misiva dirigida a August Derleth el 6 de noviembre de 1931:

Respecto a «Arkham» y «Kingsport», ¡santo cielo, pensaba que ya le había escrito sobre ellos hace años! Son lugares típicos de la zona pero completamente imaginarios, al igual que el río «Miskatonic», que inventé inspirándome en el lenguaje algonquino. «Arkham» equivaldría vagamente a Salem (aunque no hay universidad en Salem), mientras que «Kingsport» se corresponde con Marblehead. De

forma similar, no existe un «Dunwich» propiamente dicho, sino que sería un vago eco del decadente entorno rural de Massachusetts, en los alrededores de Springfield, y que abarcaría, digamos, los pueblos de Wilbraham, Monson y Hampden (*Selected Letters*, 1929-1931, A. Derleth y D. Wandrei [eds.], Sauk City [WI], Arkham House, 1969, p. 432, en lo sucesivo, *Selected Letters*, III).

Aunque numerosos eruditos continúan debatiendo acerca de las localizaciones reales de los eventos narrados en los relatos de Lovecraft, en *H. P. Lovecraft*, Peter Cannon señala que Arkham es «la quintaesencia urbana de Nueva Inglaterra, una ciudad poseída por lo cósmico, y, acorde con este estatus, capaz de trascender cualquier intento de situarla en el mapa». Incluso Will Murray, el estudioso que ha invertido más tiempo en investigar e identificar los lugares de la geografía lovecraftiana, y quien considera que Oakham, Massachusetts es el auténtico Arkham, acaba por admitir que «a Lovecraft no le preocupaba la consistencia geográfica de los espacios donde situaba sus relatos […]. Ninguno de estos lugares imaginarios resulta inalterable, por el contrario, son fluidos y proteicos, como corresponde a las creaciones fantásticas» («In Search of Arkham Country», pp. 66-67).

187 Probablemente el narrador se refiera al embalse Quabbin entonces en proyecto, para cuya construcción se comenzó a sondear el terreno en 1922, aunque los trabajos no comenzaron hasta 1939. Lovecraft negaba que el embalse del relato fuese el Quabbin, es más, llegó a afirmar en una carta que se trataba del embalse Scituate, en Rhode Island, construido en 1926 (carta de Lovecraft a Richard Ely Morse del 13 de octubre de 1935, aparecida en *Yo soy Providence*). Sin embargo, Joshi desconfía de la memoria de Lovecraft, y se muestra convencido de que, en realidad, H. P. Lovecraft estaba pensando en el embalse Quabbin.

188 El «páramo maldito» es una frase tomada de *El paraíso perdido* de Milton y del *Macbeth* de Shakespeare. Se ha debatido mucho a cuál de las dos obras se refiere el narrador. En su ensayo «The Blasted Heath en "The Colour Out of Space"», Robert H. Waugh, sostiene que el narrador tenía a los dos escritores en mente y que a lo largo del relato aparecen elementos de ambas obras. [*N. del T.*: el original inglés de «páramo maldito» es *the blasted heath*. En inglés *blasted* puede significar tanto «maldito» o «detestable» como dañado por una explosión, un rayo, el viento u otra fuerza de la naturaleza. *Heath* puede significar tanto «páramo» como «matorral»].

189 Esta alteración del entorno natural que delata la presencia de poderes oscuros aparece también en «El horror de Dunwich»: «Los árboles de las frecuentes franjas de bosque parecen tener un tamaño desmedido […]». Bill Wallace señaló por primera vez este tropo de los

relatos de Lovecraft en su artículo, «The Untravelled Roads 'Round Arkham».

190 Pintor italiano de la época barroca famoso por sus paisajes fantásticos, nació en 1615 y murió en 1673.

191 Es decir, los juicios por brujería de Salem.

192 Una manivela encajada en un eje, utilizada para subir y bajar cubos de un pozo.

193 Gases atrapados en una sustancia mineral y liberados mediante el proceso de calentar metal o disolver cristales, o, algunas veces, simplemente rompiendo el mineral en sí. Dichos gases representan un grave peligro en la minería, puesto que pueden ser venenosos o explosivos.

194 Un test creado por el químico sueco Jöns Jacob Berzalius en 1812 para descubrir la presencia de ciertos metales en diversas sustancias.

195 Un artilugio, inventado en 1813 por el químico norteamericano Robert Hare y el mineralogista inglés Edward Daniel Clarke, capaz de generar una llama a alta temperatura, empleado para los análisis químicos. En la actualidad ha sido sustituido por el soplete de oxiacetileno.

196 Un instrumento científico que permite el análisis de los componentes que forman un metal estudiando el espectro lumínico de dicho metal, calentándolo hasta llevarlo al punto de incandescencia. Robert Bunsen y Gustav Kirchoff desarrollaron el primer espectroscopio en 1859 mientras trabajaban en un antiguo experimento que consistía en hacer pasar la luz a través de una fuerte llama de sodio.

197 En 1913 se descubrió un nuevo elemento de la tabla periódica, el protactinio, el siguiente elemento en ser descubierto fue el tecnecio, en 1937.

198 Una mezcla de ácido nítrico y ácido clorhídrico, llamado así porque es capaz de disolver los metales «nobles» como el oro o el platino.

199 Es cierto que la inhalación del disulfuro de carbono produce náuseas, pero estos desagradables efectos también los producen otros disolventes.

200 Se suele atribuir erróneamente al Conde Alois von Beckh Widmanstätten (1753-1849) nacido en Estiria, al sudeste de Austria, el descubrimiento en 1808 de los patrones magnéticos de los meteoritos de núcleo de hierro. En realidad, el descubrimiento tuvo lugar unos pocos años antes, en 1804, cuando un geólogo inglés, conocido únicamente como G. Thomson publicó una descripción de dichos patrones en la *Bibliothèque Britannique*. «Las estructuras de

Widmanstätten» son un entramado de cristales de níquel-hierro que aparecen cuando se aplica ácido nítrico al mineral.

201 Véase «La cosa maldita» un relato de Ambrose Bierce publicado en 1893:

A cada extremo del espectro luminoso, el químico puede detectar la presencia de los llamados rayos «actínicos». Dichos rayos representan colores -colores esenciales en la composición de la luz- que los seres humanos somos incapaces de distinguir. El ojo humano es un instrumento imperfecto y su alcance únicamente abarca unas pocas octavas de la verdadera «escala cromática». No estoy loco; lo que ocurre es que hay colores que no podemos ver.

Y, Dios me ampare, ¡la cosa maldita es de uno de esos colores!

Lovecraft era un admirador de la obra de Bierce, y no cabe duda de que conocía esta historia.

202 En «Some Notes on the Origins of Lovecraft's "The Colour Out of Space"» publicado en su *Lovecraft in Historial Context: Further Essays and Notes*, David Haden escribía que la asociación entre masas gelatinosas y meteoritos aparece ya en diversos relatos populares que se remontan hasta el siglo XIV. Dicha conexión no se limita al folclore; por ejemplo, en un artículo publicado por el *Scientific American* que recogía la información sobre un meteorito que había caído en 1846 cerca de Lowville, Nueva York, el redactor escribía: «[el meteorito] parecía ser más grande que el sol e iluminaba el cielo casi como si fuese de día. Un gran número de ciudadanos acudieron enseguida al lugar del impacto, hallando allí un cuerpo gelatinoso y fétido de cuatro pies de diámetro».

203 Esta piedra parece poseer las características distintivas de las «piedras de rayo» o ceraunias, descritas por Charles Fort en su *El libro de los condenados* (1919) y que se suponía caían a tierra «junto al impacto de un rayo». Fort llegaba a la conclusión de que aunque la existencia de dichas piedras era un hecho irrefutable, la conexión con los rayos era un mero mito y que dichas piedras ya estaban presentes en el suelo antes de que el rayo impactara en el lugar donde estas se encontraban.

204 No queda muy claro cómo una tormenta podría haber destruido el pozo de tal modo que los restos de la estructura quedaron enterrados en el suelo, a menos que dicho «pozo» consistiera únicamente en un agujero excavado en el suelo, agujero al que se le hubiese colocado un cigüeñal para subir y bajar el cubo.

205 Una hierba perenne habitual en los bosques del este de Estados Unidos, la *Dicentra cucullaria*.

206 Otra planta perenne, herbácea natural del este de Estados Unidos, la *Sanguinaria canadensis*.

207 El relato indica que Ammi golpeó a su mujer hasta matarla, pero no se especifica qué arma empleó para cometer el asesinato. En la casa no hay leña para el fuego, así que quizá encontró un bastón o una escoba, o utilizó el poste de una cama. Más tarde se menciona de pasada «un palo pesado que había cogido en la buhardilla», pero sin ofrecer explicación alguna de por qué se encontraba allí.

208 Una carreta ligera de caja plana, con dos o más asientos, tirada habitualmente por dos caballos.

209 Plinio el Viejo recogió este fenómeno en su *Historia Natural* II (publicada entre el 77-79 a.C. aprox.):

Por otra parte, existen incendios repentinos que se producen en las aguas e incluso en los cuerpos de los hombres. Valerio Antias informaba que el lago Trasimeno ardió por completo. A Servio Tulio, siendo niño, una llama le brotaba de la cabeza durante el sueño. Del mismo modo, en Hispania, a Lucio Marcio, mientras realizaba una oración ante el ejército después de la muerte de los Escipiones y arengaba a los soldados a vengarlos, una llama de aspecto similar le envolvió la cabeza.

Este fenómeno se debe a una descarga de efecto corona producida sobre un objeto conductor situado dentro de un campo eléctrico (una tormenta, por ejemplo), la ionización del aire provoca la aparición de un plasma luminoso de baja intensidad. Los marinos que observaban una llama brillante de tono púrpura apareciendo en los mástiles de los navíos, atribuían su aparición a san Erasmo o san Ermo (que derivó a san Telmo), el santo patrón de los marinos del Mediterráneo.

210 La fiesta cristiana del Pentecostés se celebra 50 días después de la Pascua:

Y cuando llegó el día del Pentecostés, todos se encontraban reunidos en el lugar acordado.

Y repentinamente, del cielo surgió un enorme estruendo, como el de un poderoso viento, y llenó la casa donde estaban congregados.

Y sobre ellos aparecieron lenguas hendidas, como llamas de fuego, que se posaron sobre sus cabezas.

Y todos se llenaron con el Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en muchos idiomas diferentes, que el Espíritu Santo les había otorgado la capacidad de emplear (*La Biblia del Rey Jacobo*, Hechos 2, 1-4).

[*N. del T.: la Biblia del rey Jacobo* (*King James Version* en el original) es la traducción más popular de la Biblia al inglés, realizada en 1607 por encargo del rey Jacobo I, hijo de María Estuardo, reina de Escocia, quien sucedió a Isabel I en el trono cuando esta murió sin descendencia. La traducción se llevó a cabo por un equipo de 50 académicos divididos en seis compañías y los trabajos se extendieron durante dos años y nueve meses, tras lo cual fueron revisados por 12

expertos. Sin embargo, a pesar de emplearse el hebreo y el griego originales, se siguió de cerca las traducciones anteriores, por lo que esta versión de la Biblia se considera más una revisión que una traducción nueva].

211 Una danza del siglo XVI de origen español, habitualmente interpretada con acompañamiento de castañuelas y considerada por los moralistas de la época como un baile obsceno y detestable. [*N. del T.*: la frase de Lovecraft recuerda al «el endemoniado son de la zarabanda» que aparece en *El celoso extremeño* de Cervantes].

212 Henry Fuseli, nacido Füssli (1741-1825), era un pintor suizo que plasmaba sobre el lienzo extrañas visiones fantásticas. Pasó la mayor parte de su vida adulta en Inglaterra. Su obra más famosa es *La pesadilla* (1781). Fuseli mantuvo una relación amorosa con Mary Wollstonecraft, la madre de Mary Shelley.

213 La constelación del Cisne, o *Cygnus* en latín, también conocida como la Cruz del Norte, es una enorme región estelar que atraviesa la Vía Láctea cuya alta densidad de estrellas (262) resulta bastante inusual.

214 Muy frío, helado, glacial. [*N. del T.: frore* en el original, un arcaísmo que proviene del inglés antiguo *froren*, «helado», equivaldría al vocablo inglés común *frozen*].

215 En ediciones posteriores esta frase se sustituyó por: «Ya había pasado medio siglo».

216 Innombrable, abominable, que causa repugnancia hablar de ello. [*N. del T.]: Nefandous* en el original, ambas palabras provienen del latín *nefandus*, «lo que no puede ser expresado en público»].

217 Este relato fue escrito en septiembre de 1928 y apareció publicado por primera vez en *Weird Tales* 13/4 (abril de 1929), pp. 481-508.

218 El *Necronomicón* es el famoso libro ficticio escrito por «el poeta loco» Abdul Alhazred (véase *supra*, p. 5, n. 1) que ya aparece mencionado en varias historias anteriores del propio Lovecraft. En 1927, Lovecraft escribió un esbozo de la historia de este libro maldito, borrador que no fue publicado hasta una fecha posterior a su fallecimiento. En una carta dirigida a Harry O. Fischer en 1937, Lovecraft aseguraba que el nombre se le ocurrió en un sueño (*Selected Letters*, V, p. 418), y consideraba que el título podía traducirse como «Una representación (o descripción) de la ley de los muertos». Sin embargo, esta versión de la traducción al griego del título original ha levantado una gran controversia. En «Necronomicon, A Note», artículo aparecido en *Lovecraft Studies* 44 de 2004, Alexandre Bouchard y Louis-Pierre Smith Lacroix examinan en detalle las distintas teorías al respecto, ofreciendo cuatro versiones que consideran igualmente válidas: *Devoradores de los muertos, Cantos de los muertos, Libro de las*

regiones/estancias/escondrijos/recintos de los muertos y *Ley de los muertos*. Por supuesto, el *contenido* del libro también ha generado su propia polémica. En este y otros relatos («La declaración de Randolph Carter», por ejemplo), el libro se presenta como un tratado de demonología, una obra erudita que se ocupa del estudio de diversas entidades sobrenaturales. En otros relatos se lo considera un grimorio, un volumen donde pueden hallarse encantamientos y hechizos para invocar a dichas entidades, como ocurre, por ejemplo, en *El caso de Charles Dexter Ward*. En «La historia del *Necronomicón*» (1927) de Lovecraft, Alhazred se nos presenta como un adorador de estas entidades, y no como un erudito dedicado a su estudio.

219 El inicio de este fragmento recuerda a *El paraíso perdido*, de Milton, Libro I, líneas 624-628: «donde toda vida muere y donde toda muerte vive; donde la naturaleza perversa, / engendra cosas monstruosas, cosas abominables, prodigiosas, inexplicables / peores aún que las inventadas por la fábula o concebidas por el terror, / Gorgonas, Hidras y Quimeras espantosas». En la mitología griega, las Gorgonas eran tres hermanas, Esteno, Euríale y Medusa, hijas de Forcis y Ceto. Medusa era una mortal. Se decía que tenían serpientes en lugar de cabellos, alas doradas, garras de bronce y ojos ardientes. Y lo más importante, se creía que contemplarlas convertía al observador en piedra. Una imagen también terrible era la Hidra de muchas cabezas: muerta por Hércules, generaba dos cabezas por cada una que se le cortaba. Según relata Homero en la *Ilíada*, una Quimera «no tenía nada de humano, león en su mitad delantera, serpiente su trasera, cabra entre las dos».

220 En la *Eneida* de Virgilio una de las Arpías se aparece ante Eneas realizando una profecía.

221 Ensayo publicado por primera vez en el *London Magazine* en 1821, siendo recopilado más tarde en un volumen titulado *Essays of Elia* en 1823. La cursiva es del propio Lovecraft.

222 En «Arkham Country: Rescuing the Lost Searchers», Robert D. Marten sugiere que se trata de la vieja carretera de Springfield, la Ruta 20. Lo cual significaría que Springfield sería el equivalente en el mundo real de Aylesbury, ciudad con la cual comparte diversas características comunes.

223 Dean's Corner no aparece en ningún mapa corriente.

224 Se trata de una montaña que existe en realidad, situada entre el sudoeste de Massachusetts y el noroeste de Connecticut, en cuyas inmediaciones pueden hallarse dos pequeñas localidades: Mount Washington, en Massachusetts y Salisbury, en Connecticut. Sin embargo, cualquier intento de encontrar Dunwich ha arrojado resultados infructuosos.

225 El ángel Azazel aparece mencionado en Lv 16, 10, y su

naturaleza se examina con más detalle en *El libro de Enoch*, una obra de origen precristiano, donde se afirma que se trata de un comandante de los ángeles caídos. En el *Sefer Hekhalot* (*El libro de los palacios*), un texto místico hebreo escrito entre el 200 y el 500 d.C., Azazel es un ángel que se desposó con una mujer humana. Belcebú («el señor de las moscas») y Belial (otro ángel caído cuyo nombre es muy posible que sea otro apelativo de Belcebú) también aparecen mencionados en la Biblia.

226 Se trata de un demonio de origen desconocido, quizá su nombre sea una corrupción de Bezrial, uno de los ángeles guardianes del Tercer Cielo, tal como se indica en el *Pirke Hekhalot* (*Grandes palacios*), un texto hebreo místico también conocido como *Hekhalot Rabbati* (*Los palacios del Rabbi*), que muy probablemente fue escrito en el I milenio d.C. y que forma parte de la tradición de la Cábala.

Lovecraft no era un aficionado al ocultismo -«Soy, desde luego, un materialista absoluto en lo que a sistemas de creencias se refiere, no poseo ni un ápice de credulidad en lo sobrenatural, ya sea religión, espiritualidad, trascendentalismo, transmigración de las almas o inmortalidad»-, escribía en una carta dirigida a Clark Ashton Smith el 9 de octubre de 1925 (*Selected Letters*, 1925-1929, A. Derleth y D. Wandrei (eds.), Sauk City (WI), Arkham House, 1968, p. 27, en lo sucesivo, *Selected Letters*, II), pero en sus obras aparecen numerosas referencias a lo oculto y sus practicantes.

227 Durante mucho tiempo se decía que en la ciudad de Moodus, en Connecticut, se producían ruidos espeluznantes como los aquí descritos. Se piensa que diversos cultos religiosos de los nativos americanos consideraban que Moodus era el lugar donde se manifestaba el dios Hobomock (una deidad malvada). Los algonquinos llamaban Machimoodus a esta localidad, «el lugar de los ruidos malvados». Los científicos opinan que estos ruidos eran originados por los microterremotos que se producen en el lugar.

228 Los seres que guían a las almas al inframundo.

229 Dunwich no era la única localidad donde se manifestaban fenómenos como el aquí descrito. En el pueblo de Wilbraham, en Massachusetts, se contaban historias similares acerca de una residencia conocida como «la vieja casa de Randolph Beebe» que llegaron a oídos de Lovecraft. El linaje de los habitantes de esta casa se remontaba hasta 1790, y según se decía, en ella se producían anómalas congregaciones de numerosos chotacabras que atemorizaban a la población local. En su artículo «In Search of Arkham Country: In Rescue of the Lost Searchers», Robert D. Marten señala que hay muchos rasgos de Wilbraham que recuerdan a Dunwich.

230 A finales del siglo XIX se establecieron numerosas fábricas de industria pesada a gran escala en Estados Unidos, como acerías y

fundiciones. Sin embargo, en épocas anteriores, «el movimiento fabril» (como lo llama el narrador), que supuso la mecanización y reorganización de las plantaciones de algodón sureñas, ya ejercía un gran impacto en el Sur. Estos avances permitieron la aparición de las factorías textiles del algodón ubicadas en el Norte, muchas de las cuales se encontraban en Nueva Inglaterra.

231 En Athol, Massachusetts, existe una granja llamada Sentinel Elm, ubicada en la parte norte del Estado. En *H. P. Lovecraft: A Critical Study*, Donald Burleson argumenta que tanto Athol como Wilbraham podrían identificarse con Dunwich (véase *supra*, p. 200, n. 13). Burleson también señala en «Humour Beneath Horror: Some Sources for "The Dunwich Horror" and "The Whisperer in Darkness"», que Lovecraft tomó muchos de los nombres de los granjeros locales de los registros de Athol.

232 O también conocidos como «pocumtuc», se trata de una nación india que provenía del valle del río Connecticut, en la zona occidental de Massachusetts, que, muy probablemente alcanzó los 5.000 individuos en 1600. Acabaron diezmados por las guerras y absorbidos por otras naciones indias, hasta que acabaron por desaparecer.

233 Fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, o Fiesta de la Purificación de María, conocida en los países de habla hispana como la Fiesta de La Candelaria, que se celebra el 2 de febrero. Tradicionalmente (más o menos hasta el siglo XIX, aunque en el Vaticano todavía se mantiene la decoración hasta ese día) la víspera de la Candelaria era el momento en el que se retiraban las decoraciones navideñas, con el objeto de purificar el hogar de los malos presagios que el acebo y las bayas representaban, ya que estos símbolos navideños se asociaban también con funerales y entierros.

234 Se refiere al Día de la Marmota que se celebra en Estados Unidos, una fiesta oficiosa basada en una tradición popular según la cual, si una marmota sale de su madriguera y no ve su sombra por ser un día nublado, el invierno terminará pronto. Si el día es soleado, y la marmota ve su sombra, regresando a la madriguera, el invierno durará seis semanas más.

235 Una variedad bovina dócil de pequeño tamaño originaria de Alderney, una de las islas del canal de la Mancha. En la actualidad ya no existen vacas Alderney de pura raza.

236 Quizá sea una edad algo temprana para que un bebé eche a andar, pero muchos niños comienzan a andar con ayuda a los nueve meses, siendo capaces de andar por sí solos a los doce meses.

237 Es decir, la noche de Walpurgis (véase *infra*, p. 220, n. 34).

238 El Día de Todos los Santos cae el 1 de noviembre, la noche de Halloween se celebra la noche anterior. Véase la nota 34, más adelante. [*N. del T.*: en inglés, el día de Todos los Santos es el *All*

Hallow's Day, y la víspera es la *All Hallow's Eve*, es decir, *Halloween*].

239 El día de Lammas cae el 1 de agosto, y en la noche anterior se festeja la Fiesta de los Primeros Frutos, una fiesta pagana en la que se celebra la primera cosecha del trigo. [*N. del T.*: el Lammas o *Loaf Mass Day* (que podría traducirse como «la misa del pan») es una fiesta celebrada en los países anglosajones el 1 de agosto, cuyo origen es la fiesta celta del Lugnasad. Este ofrecimiento ritual de la primera cosecha se produce en muchas culturas, griega, romana, hebrea (*Bikkurim*) o cristiana ortodoxa].

240 *Hallowmass* en el original, otro nombre anglosajón para el Día de Todos los Santos *[N. del T.]*.

241 La razón por la cual una copia del *Necronomicón* se encuentre en Argentina sigue siendo un misterio.

242 Que la biblioteca de la Universidad de Miskatonic de Arkham fuese la «más cercana geográficamente a él», confirma que Arkham se encuentra en el centro del Estado de Massachusetts. Puesto que Dunwich se encuentra en el centro de la zona norte de este Estado, si Arkham estuviese situada al este, la Biblioteca Widener de Cambridge se encontraría más próxima a Dunwich que la Biblioteca de Miskatonic.

243 Ole Worm (1588-1655) era un médico y erudito danés que empleaba su nombre latinizado, Olaus Wormius. Fue uno de los pioneros de la embriología.

244 El doctor John Dee (1527-1608 o 1609) era un matemático inglés que también poseía conocimientos de geografía, astronomía y astrología (ocupó el puesto de astrólogo real en la corte de la reina Isabel I de Inglaterra, a quien le elaboraba el horóscopo). Fascinado por las filosofías ocultistas, se convirtió en una figura capital de la historia de la alquimia. La traducción de Dee aparece mencionada por primera vez en «Los devoradores del espacio» una historia de Frank Belknap Long perteneciente al ciclo de Los Mitos de Cthulhu que apareció en el número de julio de 1928 de *Weird Tales*. Long (1901-1994) conoció a Lovecraft cuando contaba con tan solo 19 años, y durante muchos años Lovecraft fue su mentor y amigo.

245 El doctor Armitage es tocayo de otro Armitage, el criador de ovejas que persigue al monstruo de la mina de Blue John en la historia de Arthur Conan Doyle, «El terror del túnel Blue John» (publicada por primera vez en el *Strand Magazine* en 1911). La criatura que aparece en el relato de Doyle es muy similar al ser con el que se toparon los gemelos Whateley, un parecido al que Marc A. Beherec presta especial atención en su artículo «The Devil, the Terror, and the Horror. The Whateley Twins' Further Debts to Folklore and Fiction».

246 Un fantasma o aparición (véase *supra*, p. 39, n. 7).

247 Según el propio Lovecraft relata en *La búsqueda en sueños de Kadath la desconocida*, del ciclo onírico de Randolph Carter, Kadath es un gigantesco castillo de ónice ubicado en la cima de una enorme cordillera montañosa rodeada por una inmensa desolación helada. Compárese esta descripción de Kadath con la que Lovecraft realiza del Polo Sur en su novela corta *En las montañas de la locura*.

248 Shub-Niggurath es una «entidad de apariencia nebulosa» (carta de Lovecraft a Willis Conover, fechada el 1 de septiembre de 1936, *Selected Letters*, V, p. 303), una diosa de la fertilidad también conocida como «la Negra Cabra de los Bosques» o «la Cabra de los Mil Vástagos». Shub-Niggurath era la esposa de Yog-Sothoth, y «con ella engendró dos seres monstruosos, los malvados gemelos Nug y Yeb». Según Robert M. Price en «Lovecraft's "Artificial Mythology"», el grito «¡Iä!» es señal de que su culto comenzó en la Hélade, puesto que este aullido era el que las bacantes emitían en sus correrías por los bosques. Sin embargo, la «Negra Cabra» no se identificaría con Shub-Niggurath, sino que sería un animal sagrado de la diosa.

249 En la novela corta *El gran dios Pan* de Arthur Machen, publicada por primera vez en 1894, se narra la historia de una mujer mortal que engendra la prole del dios Pan.

250 También conocida como Fiesta de las Cruces, Cruz de Mayo o Día de la Santa Cruz, esta festividad se celebra el 3 de mayo y se suele asociar con la celebración del 1 de mayo, el Día de Santa Walpurga. Esta Fiesta de las Cruces cae exactamente seis meses antes del día de Todos los Santos (del mismo modo, la noche de Walpurgis, noche de brujas y hechiceros, se celebra la víspera del 1 de mayo, reflejando la noche de Halloween, que cae en la víspera de Todos los Santos).

251 Es decir, el 23 de septiembre de 1928.

252 El fluido que corría por las venas de los dioses. Esta palabra aparece mencionada en la *Ilíada* de Homero, así como en las obras de Alexander Pope y Lord Byron.

253 La teratología es el estudio de las deformidades físicas; es un término que proviene del griego τέρας (*téras*), «monstruo».

254 Un patrón de líneas entrecruzadas.

255 Hecho de escamas.

256 Los cilios son pelillos largos y finos, con aspecto de pestaña.

257 O anillado.

258 Tal como señala Robert D. Marten en su artículo «Arkham Country: In Rescue of the Lost Searchers», se deduce por lo aquí expuesto que Aylesbury era la capital del condado.

259 En «Humor Beneath Horror» Donald R. Burleson comenta que Lovecraft visitó este lugar a finales de junio de 1928, acompañado de H. Warner Munn. El propio Burleson lo describe como un desfiladero

rocoso y profundo, en el que aparecían curiosas grietas, y que estaba ubicado en un lugar conocido en la época como North New Salem (al sudoeste de Athol, en Massachusetts).

260 Durante la década de los veinte, menos del 20% de los hogares americanos disponían de teléfono, y, por supuesto, en las zonas rurales su número era todavía inferior. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los teléfonos de las zonas residenciales norteamericanas funcionaban sobre líneas compartidas por varios usuarios, aunque algunas ciudades, como Nueva York y Washington suprimieron completamente dichas líneas.

261 S. T. Joshi sugiere que este manuscrito aparecía escrito en caligrafía cúfica, una caligrafía empleada entre los siglos VIII y XII en países de lengua árabe. Dicha caligrafía fue bautizada con el nombre de la ciudad de Kufa, en Iraq, aunque se descubrió por primera vez en unos manuscritos hallados en Mesopotamia.

262 Todas estas obras aparecen en la *Enciclopædia Britannica* bajo la entrada de «criptografía». Se considera que Johannes Tritemio, el abad de Sponheim es el fundador de la criptografía moderna, y su *Poligraphia*, publicada en 1500, se ha reeditado en numerosas ocasiones. El libro de Porta apareció en 1563; el de De Vigenère en 1587. La obra de Falconer se publicó en 1685, la de Davys en 1737 y la de Thicknesse en 1772. El trabajo de Balir, un extenso artículo sobre cifrado destinado a la *Cyclopædia* de Rees, apareció en 1819; el libro de von Marten fue editado en 1801. Según la *Britannica*, la «obra más importante» sobre la materia es el *Kryptographik*, de J. L. Klüber, publicado en 1809. No se recogen más aportaciones al campo en la undécima versión de la *Britannica*. Por otro lado, el criptoanálisis (el área de la criptografía que se ocupa del descifrado de códigos) le hubiera resultado bastante más útil al doctor Armitage; resulta sorprendente que no consultase obras tan importantes como *Die Geheimschriften und die Dechiffrierkunst*, de Friedrich W. Kasiski (1863) donde se exponía por primera vez la solución al código Vigenére, considerado hasta entonces como indescifrable.

263 Un idioma secreto mencionado por primera vez en el relato de Arthur Machen, «El pueblo blanco», cuento que Lovecraft admiraba enormemente.

264 En hebreo *Sabaoth* significa «hueste» o «ejércitos» y habitualmente se emplea en la expresión hebrea «El Señor de los ejércitos».

265 Otro término extraído de «El pueblo blanco» de Machen. Según cuenta el propio Machen en este relato, el Voor es un elemento o sustancia, sin identificar o describir, que se extiende sobre unas colinas.

266 El magistrado francés Nicolas Remy (1530-1616), también

conocido como Remigius, escribió *Dæmonolatreiæ Libri Tres* (*Demonolatría en tres libros*), un manual para cazadores de brujas que acabó sustituyendo al *Malleus Maleficarum* como libro de referencia en la materia. El *Demonolatría* incluía varios informes acerca de diversos juicios sobre brujería celebrados en Lorraine, Francia, donde, en un periodo de 15 años 9 personas fueron ejecutadas por cometer delitos de brujería.

267 La traducción aproximada de esta expresión sería «Los asuntos que transcurren en las tinieblas […]». Los versos 5 y 6 del Sal 91 de la Biblia (versión del rey Jacobo) rezan así; «No temerás al terror de la noche; ni a la flecha que vuela de día, / ni a la peste que camina en las tinieblas; ni a la devastación que destruye a mediodía».

268 En la mitología griega, el Aqueronte era uno de los cinco ríos que atravesaban el inframundo.

269 Escrito entre noviembre y diciembre de 1931, este relato apareció por primera vez en una publicación de escasa tirada de la editorial Visionary Publising Co., Everett (PA), en 1936. Tras la muerte de Lovecraft se reeditó en forma abreviada en *Weird Tales* 36/3 (enero de 1942), pp. 6-33, donde se presentaba con las siguientes líneas: «Innombrables monstruosidades se cernían sobre la derruida y pestilente ciudad maldita de Innsmouth… donde la población había logrado escapar de la muerte…»

270 Las notas de Lovecraft, así como el primer borrador de esta historia aparecieron publicadas en *Something About Cats and Other Pieces*, una antología de ensayos de -y sobre- Lovecraft publicada por Arkham House en 1949. El libro incluye asimismo el árbol genealógico de Olmstead, en el que figura como descendiente del capitán Obed Marsh (véase *infra*, p. 344, n. 48).

271 Otra ciudad ficticia del paisaje de Nueva Inglaterra imaginado por Lovecraft (véase *infra*, p. 260, n. 7).

272 La Ley Seca, como acabó conociéndose popularmente, fue una ley federal contra el consumo de alcohol ratificada como la XVIII Enmienda de la Constitución de Estados Unidos el 16 de enero de 1919. La ley prohibía «la fabricación, venta o transporte de licores intoxicantes en el interior del país y su importación o exportación al exterior de Estados Unidos». El «gran experimento social y económico», como lo calificó el entonces presidente Herbert Hoover, finalizó el 20 de febrero de 1933, cuando se ratificó la XXII Enmienda a la Constitución, que derogaba la XVIII Enmienda y dejaba en manos de los Estados la regulación de la fabricación, transporte, consumo y venta de alcohol.

273 En la Guerra de los Bóers en Sudáfrica a finales del siglo XIX, el mariscal de campo Horatio Herbert Kitchener, primer conde de Kitchener, comandante en jefe del ejército británico, ordenó erigir

varias casas cuartel de piedra y hierro corrugado a lo largo de las líneas férreas, con el objeto de que sirvieran de avanzadilla al ejército. A continuación, se incendiaron las granjas de los bóers, se sacrificó su ganado y se condujo a las mujeres y los niños a «campos de concentración» (una técnica copiada de los españoles, que emplearon la táctica del «reconcentrado» contra las guerrillas cubanas en 1895), vigilados por los centinelas desde las recién construidas casas cuartel. A finales de 1901 más de 100.000 bóers permanecían prisioneros en estos campos, sin alimentación suficiente ni medidas higiénicas, incorporando de este modo un arma nueva al arsenal del horror. La estrategia de Kitchener, que provocó la indignación internacional, fue defendida, entre otros, por Arthur Conan Doyle en su obra de propaganda; *The War in South Africa: Its Cause and Conduct*, gracias a lo cual (al menos en parte) el escritor fue nombrado Sir.

274 Un pequeño pueblo costero de Massachusetts, a unos 55 kilómetros al nordeste de Boston.

275 Si ha de identificarse Arkham con Salem (algo que está lejos de ser cierto, puesto que en «El horror de Dunwich», pp. 193-254, aparecen pruebas convincentes de que Arkham estaba situada en la zona central de Massachusetts), entonces Newburyport se encontraría a unos 30 kilómetros al norte. Sería lógico que un autobús que pasara por «Innsmouth» también lo hiciera por los pueblos de Newbury (no confundir con Newburyport), Ipswich, South Hampton y Beverly, ninguno de los cuales, por cierto, es un pueblo portuario. El puerto más cercano en línea recta entre Newburyport y Salem sería Manchester-by-the-Sea. Cerca de este lugar se hallan varias islas sin nombre que podrían identificarse con «el arrecife del Diablo». En un borrador previo, Lovecraft indicaba que el narrador planeaba visitar Gloucester tras viajar a Arkham. Algo que resulta consistente con la teoría del «Arkham es en realidad Salem, y Manchester es Innsmouth»; Gloucester se encuentra a unos 50 kilómetros al nordeste de Salem y a pocos kilómetros, también al nordeste, de Manchester-by-the-Sea (¿Innsmouth?). Las notas de Lovecraft también revelan que Innsmouth se encuentra más cerca de Arkham que de Newburyport.

276 Un río ficticio. Solo hay tres ríos importantes en los alrededores de «Innsmouth»: el Merrimack, el Ipswich y el Rowley. Pero, aunque la situación del pueblo de Ipswich, entre Newburyport y Salem, es correcta, e incluso el río que pasa por sus inmediaciones podría identificarse con el Manuxet, resulta evidente que Ipswich *no* es Innsmouth, puesto que en el relato se menciona de pasada la posibilidad de que el narrador pudiera dirigirse a dicha localidad.

277 Se trata del ferrocarril Boston & Maine que acabó por fusionarse con la Pan Am Railways en 1983. Tenía parada en Newburyport, Rowley (una localidad situada entre Newburyport y Salem) y Salem.

278 Un pueblo del condado de Addison, en la frontera occidental del Estado de Vermont, cuya población es, en la actualidad, inferior a los 700 habitantes. Entre los habitantes de Vermont hay un dicho que reza: «Puede que sea idiota, pero no soy un maldito idiota».

279 Tuvo que tratarse de una epidemia local, puesto que no existen registros históricos de ninguna epidemia en el Massachusetts de 1846, aunque cinco años atrás la fiebre amarilla había constituido un grave problema de salud pública, el mismo año en que se desató una epidemia de disentería en el Estado. Según indica Donald R. Burleson en *H. P. Lovecraft: A Critical Study*, Newburyport sufrió una epidemia de viruela a finales del 1700: otras fuentes confirman que las epidemias de viruela eran un problema común a principios del siglo XVIII en Massachusetts. Consúltese por ejemplo el ensayo de Zabdiel Boylston, *An Historical Account of the Small-Pox Inoculated in New England* (1726).

280 Más tarde se nos informará que el narrador procede de Toledo, en Ohio, así que, en el Estados Unidos de la década de los veinte, difícilmente podría considerársele como «del oeste». Quizá disfrutaba de sus veraneos en la costa oeste del país. [*N. del T.*: Ohio es un Estado que se encuentra al sur del lago Erie (el más meridional de los Grandes Lagos), en la llamada región del Medio Oeste, que abarca doce Estados situados en el centro-norte del país, quizá por esta razón se considere al narrador como proveniente «del oeste». La denominación de esta zona se debe a que la expresión «Medio Oeste» se acuñó a principios del siglo XIX, una época en que Estados Unidos se encontraba aún en expansión y este territorio se hallaba entre lo que se consideraba el Este y el lejano Oeste].

281 Según se revela en una carta fechada el 15-16 de agosto de 1930 dirigida a su tía, Mrs. F. C. Clark., parece ser que Lovecraft vio dicha colonia en 1930 en un viaje a Onset, Massachusetts, una pequeña localidad turística donde los bostonianos pasaban sus vacaciones.

282 Muy probablemente el nombre de esta casa provenga de la familia Gilman, a la que más tarde se menciona como una de las familias «de alta cuna» de Innsmouth. Nombre que en sí mismo es una terrible nota de humor negro a la luz de las posteriores revelaciones sobre la «marca de Innsmouth», puesto que los habitantes del pueblo con aspecto «ictíneo» muy bien podrían describirse como «hombres-agalla». [*N. del T.*: el original inglés para «hombre-agalla» es *gill-man*, un vocablo muy parecido al nombre de la respetable familia Gilman de Innsmouth].

283 Llegado el siglo XX, el Hospital Estatal de Danvers, en Massachusetts, dejó de anunciarse como un hospital psiquiátrico. Pero en su inauguración en 1878 y durante los años siguientes, se

denominaba claramente como tal. Fue sucesivamente el Hospital Psiquiátrico Estatal de Danvers, el Hospital Psiquiátrico Residencial de Danvers y la Residencia Estatal de Enfermos Mentales de Danvers. Se dice que fue una de las primeras instituciones de Estados Unidos en practicar la lobotomía prefrontal.

Una prueba de lo mucho que Lovecraft detestaba los manicomios fue la forma que tuvo de comportarse cuando su madre fue ingresada en el Butler en 1921. Según relata Joshi en *Yo soy Providence*, la visitaba con frecuencia, y ambos se encontraban en los jardines del hospital, pero él se negaba a entrar en los pabellones, incluso cuando ella acabó confinada en una cama. Lovecraft nunca visitó a su padre cuando este fue ingresado en una institución psiquiátrica, pero su conducta resulta comprensible: solo tenía 8 años cuando su padre murió, y parece ser que le dijeron que durante sus últimos años, su padre se encontraba completamente paralizado y comatoso, lo cual era falso (*The Parents of Howard Phillips Lovecraft*, de Kenneth W. Faig Jr., p. 50).

284 La fecha oficial de la fundación de Mánchester es 1645. Fue una aldea de pescadores hasta 1845, cuando se convirtió en residencia veraniega de la elite de Boston. Nunca ha existido fábrica alguna en la localidad.

285 Fundada con el nombre de Sociedad Histórica y Anticuaria de Old Newbury, la Sociedad Histórica de Old Newbury se reformó en 1877, y en 1927 tenía sede en la esquina entre las calles High y Winter.

286 La supervisora de la sala de lectura de la biblioteca de Newburyport desde 1905 se llamaba Helen E. Tilton; es muy probable que Anna fuese un pariente cercano.

287 Es decir, mitad pez y mitad batracio respectivamente (los batracios es el orden de los anfibios que engloba a las ranas y los sapos).

288 Hay que recordar que Kingsport puede identificarse tanto con Marblehead, en Massachusetts, como con Salem. Y ambas ciudades se podían ver desde Mánchester.

289 Lovecraft exploraría con más detalle esta casa en su relato «La extraña casa en la niebla», escrito en 1926 y publicado por primera vez en *Weird Tales* 18/3 (octubre de 1931), pp. 394-400.

290 Se trata de la franquicia de alimentación que dominó la zona nordeste de Estados Unidos durante muchos años. La compañía se fundó en 1917 y en 1925 cambió su nombre corporativo de Ginter Company a First National Stores, Inc. Más tarde sus tiendas se rebautizaron como Finast. El nombre de las tiendas volvió a cambiar cuando la compañía desapareció a lo largo de la década de los noventa del siglo XX a causa de diversas fusiones empresariales.

[291] La noche de Walpurgis y Halloween (véase *supra*, p. 210, n. 22 y p. 220, n. 34).

[292] El reinado del rey Eduardo VII de Inglaterra, entre 1901 y 1910.

[293] Lovecraft dibujó un mapa incompleto de Innsmouth, publicado junto a sus notas en *Something About Cats and Other Pieces*.

[294] Lechos de flores ornamentales delimitados por plantas perennes con un diseño habitualmente geométrico.

[295] Esta expresión se popularizó con la publicación del relato de Edgar Allan Poe, «El demonio de la perversidad» (que apareció por primera vez en el *Graham's American Monthly* en 1845), y su significado alude a la procrastinación, la parálisis o la toma de una decisión equivocada cuando nos encontramos ante una situación crítica.

La más importante crisis de nuestras vidas reclama con urgencia nuestra acción y energía inmediatas […]. Es necesario y perentorio que emprendamos hoy mismo la tarea y, sin embargo, la postergamos hasta mañana. ¿Y por qué? No existe explicación, salvo que sabemos que cometemos un acto *perverso*, empleando la palabra sin comprender el principio […]. Suena el reloj y cada campanada señala la agonía de nuestro bienestar, pero al mismo tiempo es el canto que nos despierta ante Aquello que durante tanto tiempo nos ha sobrecogido. Y finalmente huye. Desaparece. Somos libres. Recobramos nuestra antigua energía. *Ahora* trabajaremos. Pero ¡ay!, ya es *demasiado tarde*.

[296] En el artículo «The Weird Historical Novel» publicado en su antología *A Monster of Voices*, Robert H. Waugh señala que la descripción que sigue no se ajusta a los ciclos económicos de la Nueva Inglaterra del siglo XIX, pero, curiosamente, sí que coincide con los del XX.

[297] Un esnón era un navío pequeño de tres mástiles parecido al bergantín, empleado como navío mercante y de guerra. El *Oxford English Dictionary* indica que el término se empleaba ya en 1676 y que seguía empleándose en 1881. Los navíos *Lawrence* y *Niagara*, que tomaron parte en la batalla del Lago Erie (1813) eran esnones. [*N. del T.*: la batalla del Lago Erie es un episodio de la Guerra anglo-estadounidense de 1812 que se extendió hasta 1815, un conflicto entre Gran Bretaña y un Estados Unidos en expansión que había puesto sus ojos en las colonias británicas de Canadá].

[298] Aunque *Eliza* (que Zadok pronuncia como «Elizy») y *Hetty* parecen nombres extraños para un barco, un navío americano bautizado como *Eliza* navegaba en 1799 a las órdenes del capitán Rowan (fue el primer barco norteamericano que entró en la bahía de San Francisco); y en 1802, una goleta llamada *Hetty* partió desde Filadelfia bajo el mando del capitán Jona Briggs.

299 Otaheite (que suele escribirse sin tilde), el lugar donde fondeó el capitán Cook durante su primer viaje al océano Pacífico, es más conocida como la isla de Tahití.

300 Ahora llamada Pohnpei, se trata de una isla del archipiélago de las Carolinas, en el Pacífico, uno de los Estados que constituyen los Estados Federados de Micronesia, y lugar donde se encuentra la capital federal, Palikir.

301 Las cabezas de la Isla de Pascua (en realidad, se trata de estatuas de cuerpo entero que poseen cabezas enormes), fueron descubiertas por los occidentales en 1722, cuando el explorador holandés, Jacob Roggeveen visitó la isla hoy conocida como Rapa Nui. Conocidas como *moai* en el idioma polinesio, miden unos cuatro metros de alto y metro y medio de ancho, y fueron esculpidas por nativos polinesios entre el 1250 y el 1500 d.C. Son tanto un homenaje a los ancestros fallecidos como una conmemoración de importantes figuras locales. Estas estatuas vuelven a mencionarse en «El morador de las tinieblas», *infra*, pp. 437-471, relato en el que unas imágenes talladas que recuerdan a estas estatuas son descubiertas en el interior de la cámara secreta del Trapezoedro Resplandeciente.

302 Véase «Dagón» (*supra*, pp. 21-30).

303 El origen de este símbolo de gran importancia en varias religiones orientales, se remonta a las antiguas civilizaciones del valle del Indo y alrededores. En 1920, el partido nazi adoptó la esvástica como símbolo de la unión de los líderes del partido con la raza aria (indoeuropeos), que los nazis consideraban antepasados directos del pueblo alemán. En «Shadows over Lovecraft: Reactionary Fantasy and Immigrant Eugenics», Bennet Lovett-Graff afirma que la aparición de este símbolo en un relato sobre los peligros de la impureza racial no es mera coincidencia. Nótese que tras ser descubiertos por el narrador y capturados por los agentes federales, los Profundos, tal como ocurrió con las víctimas de los nazis, acabaron internados en «ciertos campos de internamiento y prisiones» (véase *supra*, p. 258, n. 5).

304 Astarté o Ishtar, la diosa de la sexualidad y la fertilidad que aparece en diversas civilizaciones, incluida la cultura cananea.

305 La frase en sí, que es una enumeración de diversas monedas antiguas (básicamente es lo mismo que decir, «céntimo, céntimo, dólar y penique»), no tiene un significado literal, pero según la interpretación que de ella realizó el profeta Daniel ante el Rey Beshazzar, se trataba de una premonición sobre la división del reino que conllevaría un destino funesto (Dn 5, 25-28). En este caso se trata simplemente de un ejemplo de «la ira de Jehová», con la que amenazaron a Zadok.

306 Una rama administrativa de los Caballeros Templarios, una orden monástica militar.

307 Este relato resulta similar a ciertos acontecimientos que tuvieron lugar en el mundo de la francmasonería norteamericana durante un periodo concreto de su historia. En 1826, William Morgan desapareció tras amenazar con divulgar los secretos de la masonería, tras lo cual, los masones fueron acusados de haber asesinado a Morgan. El desprestigio de la institución fuel tal que se llegó a fundar un partido político antimasón (Andrew Jackson, presidente de Estados Unidos entre 1829 y 1837 también era masón, así que, en el fondo, se trataba de un partido anti-Jackson). Sin embargo, hacia 1850, la orden resurgió, y para la época de la Guerra Civil americana, los francmasones eran más populares que nunca.

308 En la mitología griega, una hidra era un monstruo acuático con forma de serpiente y siete cabezas, destruida por Hércules en uno de sus trabajos. Esta es la primera y única mención al carácter matriarcal de la sociedad de los Profundos.

309 En las notas de Lovecraft queda muy claro que se han dado instrucciones al conductor para que el autobús no continúe su recorrido.

310 Según los registros del Observatorio Naval de Estados Unidos, el 14 de julio de 1927 hubo luna llena, tal como se indica en el relato.

311 Tal como ocurre en «El color que cayó del cielo» aquí también se sugiere que ciertas características de lo auténticamente alienígena -el color, por ejemplo- no pueden ser percibidas por los seres humanos.

312 Maumee es un suburbio de Toledo, Ohio. Es posible que el narrador quisiera ocultar su estancia en el Hospital Psiquiátrico de Toledo, inaugurado en 1888 y diseñado como un entramado de pequeñas casas de campo (que entonces se consideraba un gran avance sobre los enormes edificios donde se ubicaban los manicomios en épocas anteriores). En 1894, la institución cambió su nombre al más amable Hospital Estatal de Toledo. Es muy posible que si el narrador llegase a relatar los acontecimientos que vivió en Innsmouth, fuese tomado por loco, como le ocurrió a su primo Lawrence.

313 Una pequeña universidad privada ubicada en Oberlin, Ohio, a unos 145 kilómetros al este de Toledo. Aunque Oberling siempre apoyó las causas progresistas y las actividades comunitarias, resulta improbable que los estudiantes mostraran interés en el programa de rituales impíos de Innsmouth.

314 En aquella época no existían hospitales psiquiátricos en Canton, pero a unos 15 kilómetros al oeste se encontraba el Hospital Estatal para Enfermos Mentales de Massillon, inaugurado en 1898.

315 Que posee apéndices ramificados.

316 En las notas de Lovecraft reproducidas en *Something About Cats and Other Pieces*, aparecen diversas versiones del linaje familiar:

Obed: tatarabuelo n. 1798-1878 Innsmouth.

Ft'thya-ly: criatura marina; tatarabuela n. 78.000 a.C.; regresó al mar tras la muerte de su esposo humano.

Alice Marsh: bisabuela 1847-1867 Innsmouth. Tía del Viejo Marsh, medio hermana de su padre. Hija de la unión entre el hijo del /Capt. Marsh, Onesiphorus, y una criatura marina/c. con Joshua Orne 1840-1904, de Arkham. [En otra versión se añaden los siguientes datos; Capt. Obed Marsh, nacido en 1830, Ezekiel Marsh, también nacido en 1830, y Alice Marsh, nacida en 1847. Henry Marsh, también conocido como el Viejo Marsh, nació en 1862].

Eliza Orne: abuela. Hija única (John Marsh Orne n. 1870: muerto por suicidio en 1903 tras la muerte de su primer hijo; Charles Peckham Orne n. 1873, desaparecido en 1914; Rebecca Orne n. 1875, cas. 1900, 2 h., 1 f., el otro, soltero, acabó ingresado en un manicomio) 1861-1914 f. Arkham c. en 1899 con James Wmson de Cleveland [en otra versión se indica que este se volvió a casar con Helen Crane en 1895].

Mary Williamson: madre 1885-1922, f. 1922 Cleveland c. Henry Olmstead de Akron [en otra versión se apunta «enfermedad extraña»].

Douglas Orne Williamson n. 1887 c. 1915 1 h.n. 1917 loco [otra versión señala que se suicidó en 1913].

Walter Williamson: n. 1890, ingresado en el manicomio de Canton en 1900 [en otra versión se indica que Walter tuvo un hijo nacido en 1917, y añade; «ingresado en un manicomio» aunque no queda claro si se trata de Walter o de su hijo].

Robert (Martin) Olmstead: Narrador; n. 1906? Akron.

[*N. del T.*: en sus notas, Lovecraft indicaba que Eliza Orne era hija única pero, a continuación, enumeraba los nombres de tres familiares, hermanos o primos, lo que resulta algo confuso. Posteriormente, Lovecraft pensó que esta genealogía era excesivamente complicada para el lector, simplificó el árbol genealógico (en esta simplificación es donde Eliza aparece como hija única, eliminándose los tres familiares y apuntándose un «desaparecida» junto a su nombre) y acabó por suprimir a la mayoría de estos personajes en el relato final].

317 En *H. P. Lovecraft: A Critical Study*, Donald R. Barleson señala que esta frase es «una deliciosa parodia del final del Salmo 23» que reza: «y en la casa del Señor moraré por toda la eternidad».

318 Escrito entre noviembre y diciembre de 1931, este relato apareció por primera vez en una publicación de escasa tirada de Visionary Publising Co., Everett (PA), en 1936. Tras la muerte de Lovecraft se reeditó en forma abreviada en *Weird Tales* 36/3 (enero de 1942), pp. 6-33, donde se presentaba con las siguientes líneas: «Innombrables monstruosidades se cernían sobre la derruida y

pestilente ciudad maldita de Innsmouth… donde la población había logrado escapar de la muerte».

319 En sus notas para este relato aparecidas en *Something About Cats and Other Pieces*, Lovecraft incluyó una breve biografía de Peaslee que reproducimos a continuación:

Nathaniel Wingate Peaslee n. Haverhill 1871 hijo de Jonathan y Hannah (Wingate) Peaslee. :: matr. U. de Miskatonic 1889-1893. Harvard 1893-5. Profesor de Pol. Econ. Miskatonic 1895-1898. C. con Alice Keezar de Harvard 1896. Robert K. B. 1898. Wingate n. 1900. Hannah n. 1903. Prof. Asoc. 1898-1902. Prof. 1902-1908. ::: Amnesia martes, 14 de mayo, 1908 (edad 37) 1913 (edad 42). Investigación sobre sueños extraños y Amnesia, estudios sobre psicología de 1915 en adelante. Prof. Psiq. Miskatonic 1922+ (edad, 51). Llegan a su conocimiento ciertas leyendas australianas de la región de Perth, 1934. Visita Australia en Junio (Dic., h/sur) 1935. Clímax, julio de 1935, edad 64…

320 En la novela *El retorno* (1910), de Walter de la Mare, se produce una reacción similar cuando un hombre poseído por el espíritu de un suicida del siglo XVIII es rechazado por su esposa.

321 Es muy posible que se refiera a los acontecimientos que tienen lugar en «La ciudad sin nombre».

322 Una isla situada más allá de los 80° de latitud norte, a 970 kilómetros al este del extremo norte de Groenlandia.

323 Muy posiblemente se trate de las «Endless Caverns» o «cavernas sin fin» de New Market, en Virginia, de unos 8 kilómetros de longitud. Aunque en dicho Estado pueden encontrarse grutas aún más grandes, las «Endless Caverns» son una conocida atracción turística ampliamente explotada desde 1920.

324 Sumos sacerdotes.

325 Este libro también aparece mencionado en «El morador de las tinieblas» (*infra*, pp. 437-471). Se dice que D'Erlette era el antiguo apellido familiar del amigo y apóstol de Lovecraft, August Derleth, pero lo más probable es que se trate de una invención de Lovecraft, que solía divertirse poniendo apodos a sus amigos.

326 O los *Misterios del gusano*, un texto o grimorio ficticio que siempre aparece citado con el título en latín, que es, junto a su autor, Ludvig Prinn, una creación de Robert Bloch. Dicho grimorio apareció por primera vez en el cuento de Bloch, «El vampiro estelar» (1935). Posteriormente, escribió a Lovecraft consultándole sobre este relato, y Lovecraft le contestó proporcionándole un encantamiento en latín que Bloch acabó incluyendo en la historia: «*Tibi, magnum Innominandum, signa Stellarum nigrarum et bufaniformis Sadoquae sigillum*» («A ti, el que No Ha de Ser Nombrado, señales de las estrellas negras y el sello del

dios-sapo Tsathoggua»). También aparecen otras referencias a este libro inventado por Bloch en «El morador de las tinieblas» y en «El diario de Alonzo Typer» (este último relato obra de William Lumley, revisado por Lovecraft en 1935 y publicado en 1938).

327 Ubicada en el n.º 120 de la calle Causeway, desde donde operaba la compañía ferroviaria Boston & Maine.

328 Originario de Liverpool, William Stanley Jevons (1835-1882) estudió ciencias químicas y botánica en el University College de Londres y lógica y filosofía en la Universidad de Londres. Fue el primero en introducir el rigor matemático en las ciencias económicas. Aparentemente, la clase de Peaslee de aquel día versaba sobre los estudios empíricos de Jevons acerca de la influencia de las manchas solares sobre los ciclos económicos y la coincidencia de estos con las condiciones meteorológicas, teoría esbozada en su ensayo, «The Solar Period and the Price of Corn», publicado de forma póstuma en *Investigations in Currency and Finance* (1884).

329 Este incidente que tuvo lugar «tan solo quince años antes», es una referencia al relato de Lovecraft, «Más allá del muro del sueño» (escrito y publicado por primera vez en 1919).

330 Plantas extintas de la familia de los helechos que normalmente alcanzaban los 30 metros de altura.

331 Nótese que las observaciones astronómicas de Peaslee se ajustan a las teorías del siglo XIX; la contracción del sol (a causa del consumo del combustible solar), la escasez de evidencias de actividad volcánica en la superficie de la luna y el movimiento de las estrellas provocado por «corrientes estelares». En «Dispatches from the Providence Observatory», T. R. Livesey realiza una interesante exposición acerca de los conocimientos de Lovecraft sobre esta disciplina. Livesey señala que la comunidad científica había descartado estas teorías en la década de los treinta, pero hay que tener en cuenta que las observaciones de Peaslee resultarían poco fiables dadas las condiciones en que fueron realizadas. Peaslee no era un científico y registró sus observaciones 20 años después de estos acontecimientos, así que es muy posible que anotara lo que *creía* que debería haber visto, basándose en sus desfasados conocimientos de astronomía.

332 Vegetación del periodo Carbonífero, que comenzó hace 360 millones de años y finalizó hace 300 millones de años.

333 El periodo Pérmico siguió al Carbonífero, que a su vez fue sucedido por el Triásico. Durante este último periodo comenzó la fragmentación del supercontinente Pangea.

334 Arrugado.

335 Es decir, capaz de extenderse.

336 Las lenguas aglutinantes como el turco, el sánscrito, el vasco, el

japonés o el bengalí, entre muchas otras, son aquellas en las que se pueden formar palabras compuestas acumulando monemas, es decir, a una raíz fija, normalmente monosilábica, se le van añadiendo sufijos que modifican o precisan su sentido, siendo el significado de la palabra resultante equivalente a una frase corta. Por ejemplo, en Bantú, la palabra «*yu-le m-tu m-moja m-refu a-li y-e ki-soma ki-le ki-tabu ki-refu*» significa «esa persona alta que lee un libro muy largo».

337 Posiblemente se refiera a los seres que aparecen en «Más allá del muro del sueño».

338 Es decir, la raza de los Antiguos de *Las montañas de la locura*.

339 El reino de Valusia, situado en el continente de Thuria, fue fundado por hombres-serpiente que llegaron a habitar la Europa moderna (es decir, la posterior al Arqueozoico, o eón arcaico, la segunda división geológica del Precámbrico, que comenzó hace 4.000 millones de años y finalizó hace 2.500 millones de años). Este reino fue creado por Robert E. Howard para el ciclo de Kull, un héroe de la Atlántida precedente de Conan el bárbaro.

340 Un dios mitad murciélago mitad rana creado por Clark Ashton Smith en «El relato de Satampra Zeiros» (escrito en 1929 y publicado en 1931), que pertenece a su ciclo de Hiperbórea.

341 Los *tcho-tchos* aparecieron por primera vez en «La guarida del engendro estelar» de August Derleth y Mark Schorer (1932).

342 Este Imperio ya aparece mencionado en «Más allá del mundo del sueño».

343 La historia de esta invasión se narra en «Polaris» un relato de Lovecraft escrito a finales de la primavera o principios del verano de 1918, publicado por primera vez en *The Philosopher* (diciembre de 1920).

344 Lucio Cornelio Sila (138-178 a.C.) era un reformador y tirano romano. Los cuestores eran funcionarios que se encargaban de la administración del Erario público y la recaudación de impuestos.

345 Esta dinastía gobernó Egipto entre los años 1705 a.C. y el año 1690 a.C. No se sabe con exactitud quienes fueron los gobernantes durante este periodo. Un faraón de nombre similar, Kefrén, reinó en Egipto entre el 2558 a.C. y el 2535 a.C.

346 Oliver Cromwell vivió entre el 1599 y el 1658 y entró a formar parte del Consejo del Estado de la Mancomunidad de Inglaterra (convertida en República) inmediatamente después de la ejecución de Carlos I en 1649; fue acumulando nombramientos que le proporcionaron cada vez más poderes hasta que finalmente se convirtió en lord protector en 1653, supremo gobernante de Inglaterra, cargo que ocupó hasta su muerte.

347 O lo que es lo mismo, anterior al siglo XIII.

348 El reino grecobactriano floreció entre el 250 a.C. y el 125 a.C. en Bactria y Sogdiana. Estas regiones estaban situadas en el extremo oriental del mundo helénico.

349 Luis XIII, también conocido como Luis el Justo, vivió entre 1601 y 1643. Aconsejado por su primer ministro, el cardenal Richelieu, acabó con los grandes señores feudales (en parte ordenando la destrucción de sus castillos), consolidando el poder real y allanando el camino para que Francia se convirtiese en un estado absolutamente centralizado.

350 Cimmeria era el nombre de un continente en la era Hiperbórea, hogar de Conan el bárbaro, un personaje creado por Robert E. Howard, quien escribió numerosas historias narrando sus aventuras.

351 Animales anfibios que poseían una complicada estructura dental (de ahí su nombre, *laberinto-dontes*) y un enorme cráneo achatado.

352 Pterosaurios alados de cola larga (periodo Jurásico).

353 Reptiles marinos (era Mesozoica).

354 Se refiere a todo tipo de vida oceánica.

355 A finales del siglo XIX y principios del XX, varios científicos y líderes políticos pervirtieron las teorías de Darwin alimentado la idea de que la genética de la población debía gestionarse mediante la acción humana. Se atribuye a sir Francis Galton (1822-1911), primo de Darwin, la invención del término «eugenesia», en 1883. En 1909 redactó un informe enviado al gobierno británico, donde afirmaba que una de cada 118 personas «estaba loca, era débil mental o idiota» y recomendaba que se les recluyera en colonias para separarlos del resto de la población. En 1910, Churchill abogaba por la esterilización de estos «degenerados morales» y en 1934, el Comité Brock emitió el llamado *Informe Brock*, en el que recomendaban la esterilización voluntaria de los enfermos mentales. Lovecraft simpatizaba con tales opiniones, y es bien conocido su apoyo a los programas de eugenesia de Hitler. A pesar de ello, ha de tenerse en cuenta que las opiniones de Lovecraft, por extremistas que puedan parecer hoy en día, se producían en un contexto en las que, por lo general, eran consideradas como perfectamente aceptables. Véase, por ejemplo, *The Black Stork: Eugenics and the Death of «Defective» Babies in American Medicine and Motion Pictures since 1915*, de Martin S. Pernick. Hacia la década de los treinta, muchos Estados norteamericanos solicitaban la esterilización de los individuos «defectuosos» que no lograban alcanzar el nivel mínimo definido por su coeficiente intelectual, ingresos, educación, antecedentes penales, e incluso por su apariencia física.

356 Los principales protagonistas de *En las montañas de la locura*, obra en la que se describe de forma pormenorizada su sociedad.

357 Los Fragmentos de Eltdown aparecen por primera vez en el relato «La urna sellada» de Richard F. Searight, publicado en *Weird Tales* en marzo de 1935. En un principio, Lovecraft iba a contribuir a este relato con el fragmento que incluimos a continuación, escrito con la intención de prologar el cuento, pero finalmente no fue publicado:

[…] se cuenta que, en los Tiempos Antiguos, Om Oris, el más poderoso de los hechiceros, le tendió una astuta trampa al demonio Avaloth empleando magia negra contra él, puesto que Avaloth había cubierto la tierra con una extraña capa de hielo y nieve que se arrastraba sin descanso hacia el sur como si estuviera viva, tragándose en su avance los bosques y las montañas. Pero se desconoce el resultado de su enfrentamiento con el demonio, puesto que los magos de aquellos días sostenían que Avaloth, quien era apenas visible, solo podría ser destruido con una gigantesca fuente de calor cuya naturaleza se desconocía en aquella época, aunque algunos de esos magos predijeron su aparición en el futuro. Sin embargo, los campos de hielo disminuyeron y mermaron hasta finalmente desaparecer y la tierra volvió a florecer de nuevo.

El 15 de enero de 1934, Lovecraft escribía a Searight (la carta aparece citada en «Lovecraft on Eldricht Tomes» de Edward P. Berglund):

Asimismo, me gusta el pasaje sobre los Fragmentos de Eltdown. Estas terribles y crípticas narraciones sobre los tempranos conflictos entre la humanidad y los supervivientes de un mundo pre-humano -relacionados con los abyectos párrafos del Libro de Eibón y los más tardíos textos (escritos ya por la mano humana) de los Manuscritos Pnakóticos- siempre me han fascinado… sobre todo a la vista de las sutiles e inquietantes alusiones del temido *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred, o la oscura (y controvertida) única referencia que puede hallarse en el monstruoso *Unaussprechlichen Kulten* del infortunado Friedrich-Wilhelm von Junzt.

358 Es posible que se trate de una referencia a las catacumbas que aparecen en «La ciudad sin nombre».

359 Todos estos acontecimientos se describen con detalle en *En las montañas de la locura*.

360 En 1894 la Sociedad Estadounidense de Psicología comenzó la publicación de una revista, el *Psychological Review*, que sigue editándose hoy en día.

361 Pilbara es una región del noroeste de Australia escasamente poblada que posee una enorme industria minera y energética. Allí pueden encontrarse algunas de las más antiguas formaciones rocosas de la tierra.

362 Dampier Street se encuentra en la pequeña población de Dampier, un importante puerto industrial situado en el archipiélago

del mismo nombre en la costa de Pilbara. William Dampier (1652-1715) fue uno de los primeros exploradores ingleses del noroeste de Australia.

363 Es decir, los aborígenes.

364 Según la *Enclycopædia Britannica* (9.ª ed.), Buddai es «el único dios concebido por estas gentes [los nativos australianos], un anciano gigante dormido desde hace eones, cuya cabeza yace sobre su brazo enterrado profundamente en la arena. Se dice que un día despertará y devorará el mundo. No tienen otras creencias más allá de estos sombríos sueños».

365 Peter Egerton Warbuton (1813-1889) exploró la zona occidental de Australia y el Gran Desierto Arenoso entre 1872 y 1874, convirtiéndose en el primer británico o europeo en lograrlo. En las notas de Lovecraft para este relato aparecidas en *Something About Cats and Other Pieces*, se revela que la localización exacta es «al este de la ruta de Macpherson & Gregory de 1861». Con «Gregory» se refiere a Frances Thomas Gregory (1821-1888), hermano del explorador sir Augustus George Gregory. En 1861, Frank, nombre con el que se le conocía, lideró una expedición de nueve hombres a través de Pilbara. No se ha logrado identificar a Macpherson.

366 La masa de agua más cercana a la excavación es el Percival Lakes, un lago estacional (o como se diría en ciencias medioambientales refiriéndose a estos lagos de agua marina, «temporales»), que se describe en singular a pesar de que se nombra en plural.

367 Esta ubicación se encuentra situada a 650 kilómetros al sur de Dampier aproximadamente. Las notas de Lovecraft amplían la descripción de este lugar: «Al N. del Lago Salado y de la cordillera del Amgas. S. de la cordillera de St. George y la mina de oro Fitzroy R. & Kimberly. Al este de la mina de oro De Grey R. & Pilbara».

368 Dyer es el narrador de *En las montañas de la locura*. Donald R. Burleson señala que «resulta inevitable preguntarse acerca del estado mental de Dyer, quien, tras su aventura antártica, no duda en embarcarse en otra expedición destinada a desenterrar los secretos primordiales de la Tierra». (*H. P. Lovecraft: A Critical Study*, p. 201).

369 La luna llena apareció cinco días después, el 16 de julio de 1935, lo que resulta congruente con las observaciones de Peaslee.

370 En «El morador de las tinieblas» (*infra*, p. 470, n. 26), puede encontrarse una explicación más amplia acerca de los objetos celestes transneptúnicos (situados más allá del planeta Neptuno), un tema sobre el que el propio Lovecraft publicó un artículo académico.

371 «Los asteroides», escribía Lovecraft, «son un grupo numeroso de minúsculos planetoides situados entre las órbitas de Marte y Júpiter,

cuyo descubrimiento se produjo gracias a que la ley de distancias planetarias señalaba que en aquel lugar debía existir un cuerpo celeste» («The March Sky», *Providence Evening News*, 2 de marzo de 1914, p. 8). Ceres fue el primer asteroide o planetoide descubierto en el lugar predicho por las teorías astronómicas. Fue observado por Giuseppe Piazzi (1746-1826) el 1 de enero de 1801, a «hombros» de la constelación de Tauro, aunque no estaba seguro de si se trataba de una estrella o un cometa. Sin embargo, otros científicos, entre los cuales se encontraba el genial matemático alemán Carl Friedrich Gauss, se dieron cuenta de que se trataba del «planeta perdido» predicho por las teorías de Johannes Kepler, Johann Elert Bode y Johann Daniel Titius.

En 1802 se observó el asteroide Palas: en 1807 Juno y Vesta, se unieron a lo que, un siglo después, se convertiría en una larga lista. Tras descubrir Palas, H. W. M. Olbers (1758-1840) formuló una hipótesis acerca del origen de estos pequeños cuerpos celestes, descrita en la *Encyclopaedia Britannica* (11.ª ed.) como «fragmentos de un planeta más grande que había estallado en pedazos a consecuencia de convulsiones internas; [Olbers] proponía que deberían buscarse más fragmentos de dicho planeta cerca del lugar de intersección entre las dos órbitas». [*N. del T.*: las dos órbitas a las que se refiere Olbers son las de Ceres y Palas. En 1802, Olbers había logrado localizar Ceres de nuevo, en la posición predicha por Carl Friedrich Gauss, puesto que Giuseppe Piazzi había perdido su posición tras haberlo descubierto en 1801. Hacia 1901 se habían descubierto más de 600 asteroides, y en la época en que se publicó el ensayo de Lovecraft, la lista llegaba hasta más de 1.000 según el propio H. P. Lovecraft].

Hoy en día la teoría de la «explosión» se ha descartado en favor de la hipótesis del astrónomo Daniel Kirkwood propuesta por primera vez en 1867, según la cual los asteroides se formaron a partir de un anillo de materia situado en el interior de la órbita de Júpiter; este anillo estaría compuesto por los restos del material proveniente de la nube de gas y polvo que dio origen al sistema solar, pero que no llegó a convertirse en un planeta a causa del enorme tirón gravitacional de Júpiter.

372 Este relato se escribió en noviembre de 1935, y apareció por primera vez en *Weird Tales* 28/5 (diciembre de 1936), pp. 538-553. La sinopsis de presentación rezaba así: «Una poderosa historia acerca de una antigua iglesia en Providence, Rhode Island, evitada y temida por todos aquellos que la conocían». Lovecraft murió apenas tres meses después de la publicación de este cuento, el 15 de marzo de 1937.

373 En aquella época Robert Bloch (1917-1994) era un joven escritor del círculo de Lovecraft. Autor de numerosas historias de terror, misterio y ciencia ficción, así como de varios guiones de cine,

saltó a la fama gracias a la adaptación a la pantalla grande de su escalofriante novela *Psicosis* (1959), dirigida por Alfred Hitchcock. Parece ser que «El morador de las tinieblas» fue escrito como respuesta a la misiva que un lector envió a *Weird Tales* acerca de «El vampiro estelar», un cuento de Bloch. En este relato aparece un personaje fácilmente identificable con Lovecraft, que acaba muriendo de forma truculenta. El lector sugería que Lovecraft «le devolviese el cumplido» a Bloch, dedicándole una historia, cosa que H. P. Lovecraft hizo.

374 Versos del poema de Lovecraft «Némesis», publicado en 1917.

375 Lovecraft no registró estos sucesos en ninguno de sus cuentos.

376 Donovan Loucks señala que se trata de la casa de Samuel B. Mumford, construida originalmente en el n.º 66 de College Street, en 1825. En 1959 la ampliación de la Universidad de Brown obligó al traslado de la casa al n.º 65 de Prospect Street. La habitación de Blake aquí descrita en realidad era la estancia en la que vivía Lovecraft.

377 Uno de los edificios principales del campus de la Escuela de Diseño de Rhode Island, construido en 1902-1903.

378 Se trata del Palacio de Justicia del Condado de Providence, erigido en 1932 y situado en el n.º 250 de Benefit Street.

379 La torre Industrial Trust, construida en 1927 en el n.º 111 de Westminster Street, pasó a albergar al Bank of America en 1998. Conocido como *Superman Building*, se dice que fue la inspiración para el diseño del edificio donde se encontraban las oficinas del *Daily Planet*, el periódico donde trabajaba Clark Kent (Superman). La luz de su faro se encendía cambiando de color según la estación. En 2012 el Bank of America no renovó su contrato de arrendamiento y desde entonces el edificio se encuentra vacío y el faro, apagado.

380 Richard Upjohn (1802-1878) era un arquitecto de origen británico que diseñó numerosas iglesias de estilo neogótico en Estados Unidos.

381 La iglesia en cuestión es, con toda seguridad, la iglesia católica de St. John, que se encontraba en la avenida Atwells, la principal vía pública de Federal Hill. Erigida en 1871, fue demolida en 1992. La torre del campanario quedó destruida en 1935 durante una tormenta.

382 Tal como se indica en la nota anterior, la iglesia de St. John daba a la avenida Atwells.

383 Un lugar consagrado a una deidad.

384 La «llave de la vida», tal como se conoce popularmente a este símbolo (puesto que es también un jeroglífico que significa «vida»), puede hallarse en inscripciones que se remontan a la primera Dinastía de Egipto, hace más de 5.000 años. Su significado en el arte funerario egipcio, contexto donde aparece habitualmente, no está muy claro

aún, aunque es posible que se trate de una referencia a la vida ultraterrena. En 1869, en su obra *Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism*, Thomas Inman sugería que «simboliza la tríada masculina y la unidad femenina, ambas representadas de forma pudorosa… En algunas curiosas esculturas, los rayos del sol se representan rematados por pequeñas manos, las ofrendas de estas son, en muchos casos, una *crux ansata*, simbolizando la fértil unión entre hombre y mujer como un regalo de la divinidad». Sin embargo, existen muchas otras teorías acerca de la «cruz en la mano». Irónicamente, este símbolo adorna el collar favorito de Muerte, la hermana mayor de Sueño, los dos Eternos que protagonizan *Sandman*, la serie de cómics creada por Neil Gaiman y el dibujante Sam Kieth. [*N. del T.*: el personaje de Muerte fue un diseño creado por el dibujante Mike Dringenberg, que se encargaría de la serie tras la temprana marcha de Kieth, inspirado en una amiga suya llamada Cinnamon. El primer concepto de Muerte propuesto por Gaiman se basaba en la cantante alemana Nico].

385 El *Libro de Dzyan* (que contiene las *Estrofas de Dzyan*) es un supuesto antiguo texto tibetano que fue la base del libro místico de Helena Petrovna Blavatsky, *La doctrina secreta*, escrito en 1875. Blavatsky, fundadora del movimiento teosófico, afirmaba haber visto el antiguo libro mientras estudiaba la tradición esotérica en el Tíbet y presumía de haber traducido varios extractos escritos en Senzar, «la lengua secreta de los sacerdotes tibetanos» (*La doctrina secreta*, Nueva York, Tarcher, 2009, p. xliii). Asimismo, aseguraba que el *Libro de Dzyan* «no podía hallarse en ninguna biblioteca europea» y que era «completamente desconocido para nuestros filólogos» (p. xxii).

386 Veáse *supra*, p. 295, n. 33 de «La sombra sobre Innsmouth».

387 El periódico *Providence Evening Telegram* fue fundado en 1880, siendo el *Sunday Telegram* su dominical. En 1806, el *Telegram* se rebautizó como *Evening Tribune and Telegram*, finalmente el término «*Telegram*» se acabó suprimiendo.

388 David Haden sugiere que «Bowen» estaba basado en Charles Edwin Wilbour (1833-1896), un graduado de la Universidad de Brown, nacido en Rhode Island que se convirtió en un prominente egiptólogo (véase el artículo «Looking into the Shining Trapezohedron», aparecido en el volumen *Lovecraft in Historical Context: The Fourth Collection of Essays and Notes* de David Haden, p. 125). Sin embargo, Wilbour no visitó Egipto antes de 1874. El arqueólogo prusiano, Carl Richard Lepsius (1810-1884), padre de la egiptología moderna, se ajusta mejor al perfil del descubridor del Trapezoedro. Sin embargo, en su *Briefe aus Aegypten, Aethiopien und der Halbinsel des Sinai: Geschrieben in den Jahren 1842-1845 (Cartas desde Egipto, Etiopía y el Sinaí, redactadas en los años 1842-1845)*, una crónica epistolar de sus viajes, no hace mención alguna de este posible

descubrimiento, y se desconoce que existiese conexión alguna entre Lepsius y Providence. Asimismo, Lepsius fue el primero en traducir *El libro egipcio de los muertos*, un antiguo texto funerario, en 1842; Lovecraft poseía una edición de 1923 de la primera traducción al inglés, realizada por E. A. Wallis Budge. Según cuenta S. T. Joshi en *Yo soy Providence*, Lovecraft ya estudiaba y escribía sobre mitología egipcia a la edad de 6 años.

389 El alcalde republicano de Providence en 1876 era Thomas A. Doyle. Ocupó el cargo durante 18 años y mejoró la ciudad mediante la construcción de numerosas infraestructuras y obras civiles, de tal modo que la población de Providence se duplicó durante su mandato.

390 Se refiere a los sucesos descritos en *En las montañas de la locura*.

391 Faraón mencionado por primera vez en «El extraño» (*supra*, pp. 31-42).

392 En 1863, los editores del *Providence Journal* comenzaron a publicar el *Providence Evening Bulletin*. El periódico siguió en circulación hasta el 2 de junio de 1995; el nombre, aunque no el diario, siguió existiendo al combinarse con el *Journal* una semana después, creándose el *Providence Journal-Bulletin*.

393 Un olor maloliente como el emitido por la descomposición de un cadáver.

394 Una fraternidad universitaria ficticia. Existe la fraternidad Alpha Tau Omega, fundada en 1865, la cual podría ser el objeto de la referencia del texto: sin embargo, la delegación de esta fraternidad en la Universidad de Rhode Island no se fundó hasta 1994. Tampoco existe esta fraternidad en la Universidad de Brown.

395 Psi Delta Omega se fundó en 1922, pero no tenía delegación en Providence.

396 En el relato de Lovecraft, «El que susurra en la oscuridad», Yuggoth se identifica con el planeta Plutón. Yuggoth también aparece en el ciclo poético de Lovecraft, *Fungi from Yuggoth* (1929-1930). En una carta dirigida a Duane Rimel fechada el 14 de febrero de 1934, Lovecraft escribía: «El término “Yuggoth” posee cierto aire hebreo o árabe, lo que sugiere que algunas palabras se han transmitido desde tiempos antiguos en las fórmulas incluidas en los manuscritos judíos y moriscos… “Nug” y “Yeb” evocan el tono oscuro y misterioso del folclore tártaro o tibetano… Mi propósito es el de representar las diferentes variantes de una misma época remota según la recuerdan las diferentes razas de la Tierra… De este modo, también existiría un *Yog-Sothoth*… que sería *Yog-Sototl* entre los aztecas…» (*Selected Letters*, IV, pp. 385-388).

397 Si damos por cierto que Yuggoth es Plutón, entonces Shaggai es otro objeto transneptúnico situado más allá de la órbita de Plutón. En

la época en que Blake tomó sus notas, Percival Lowell había postulado la existencia del Planeta X, un objeto planetario de gran tamaño, el décimo del sistema solar. Aunque la existencia de un planeta desconocido más allá del Plutón fue descartada definitivamente por el viaje del *Voyager 2* que pasó junto a Neptuno en 1989, se han descubierto otros objetos más pequeños, conocidos como planetas enanos, en esa zona del espacio. De hecho, el objeto transneptúnico conocido como Eris, descubierto en 2005, es más grande que Plutón, pero se encuentra aún más lejos del Sol. Resultaría perfectamente factible que este objeto fuese Shaggai.

398 Estas son las señas reales de Robert Bloch. La identificación entre Bloch y Blake es un tema analizado con detalle por Robert H. Waugh en «Bloch and Leiber: The Siblings at War with Lovecraft».

399 Roderick Usher es la víctima de «La caída de la Casa Usher» (1839) de Edgar Allan Poe, asesinado por el cadáver de su hermana. El narrador de la historia es testigo de su muerte y, a continuación, escapa de la Casa Usher. En su huida, atisba brevemente una «luz salvaje» proveniente de una luna roja como la sangre, tras lo cual la casa se derrumba partida en dos. En este caso, Blake se refiere a la hipersensibilidad de Usher para los ruidos distantes.

400 Lovecraft explicaba la impotencia de Blake en una carta dirigida a Arthur Widner con fecha del 20 de febrero de 1937: «El monstruo nocturno ha logrado introducirse en el cerebro de Blake, penetrando en su interior, hasta tal punto que casi se ha producido un intercambio de personalidades. En este punto, Blake es incapaz de pensar por sí mismo, y menos aún protegerse del monstruo […]. Si todavía hubiese sido dueño de su mente, podría haber intentado resistirse, pero para entonces la Cosa ya se había apoderado de su cerebro» (*Selected Letters*, II, pp. 413-414).

401 Se presenta aquí una bibliografía de los títulos consultados en la labor de edición de este volumen. No es, bajo ningún concepto, una bibliografía completa de las principales obras de H. P. Lovecraft. Para esta cuestión se recomienda al lector consultar la obra de S. T. Joshi, *H. P. Lovecraft: A Comprehensive Bibliography*, Tampa, Florida, University of Tampa Press, 2009.